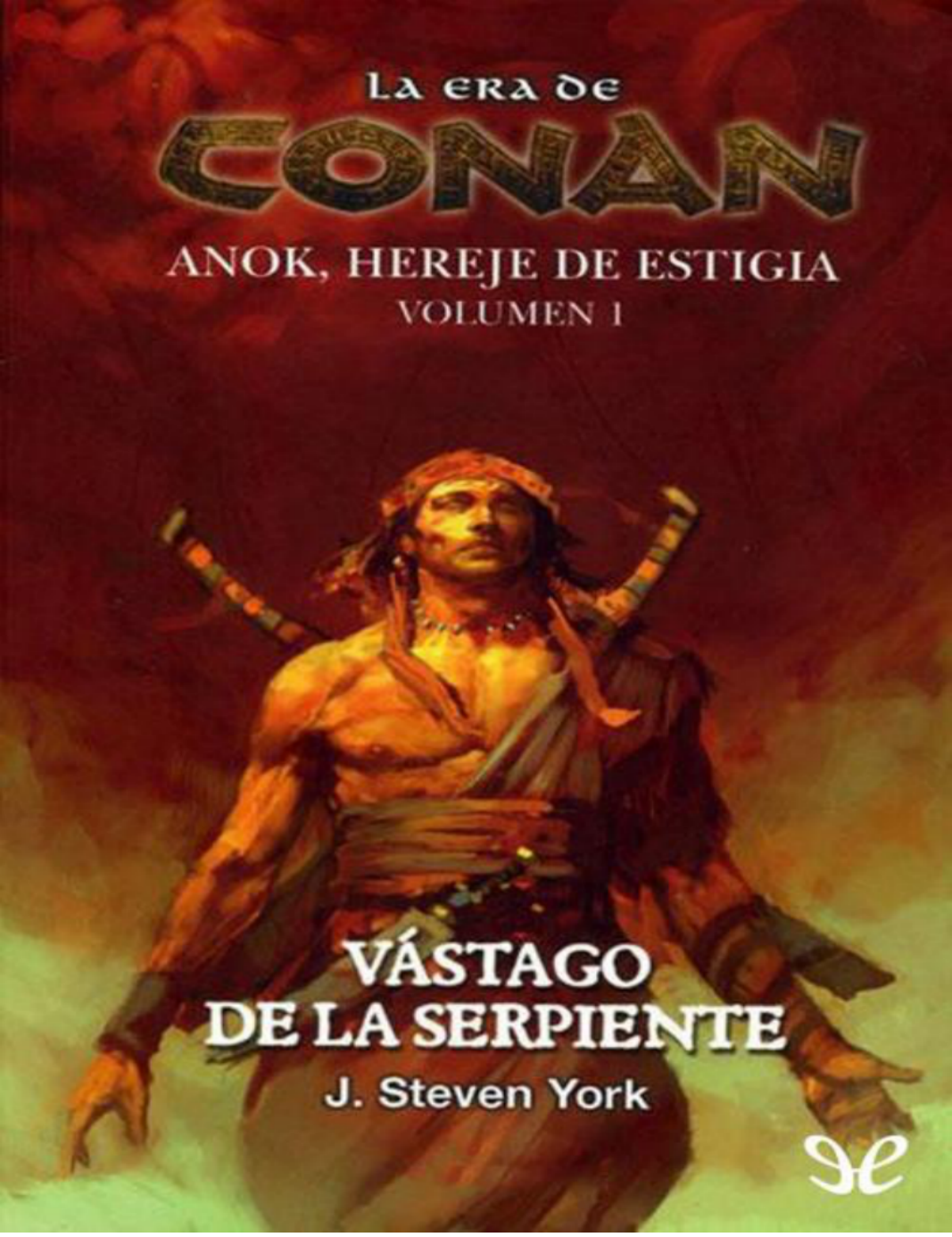
La era de

CONAN

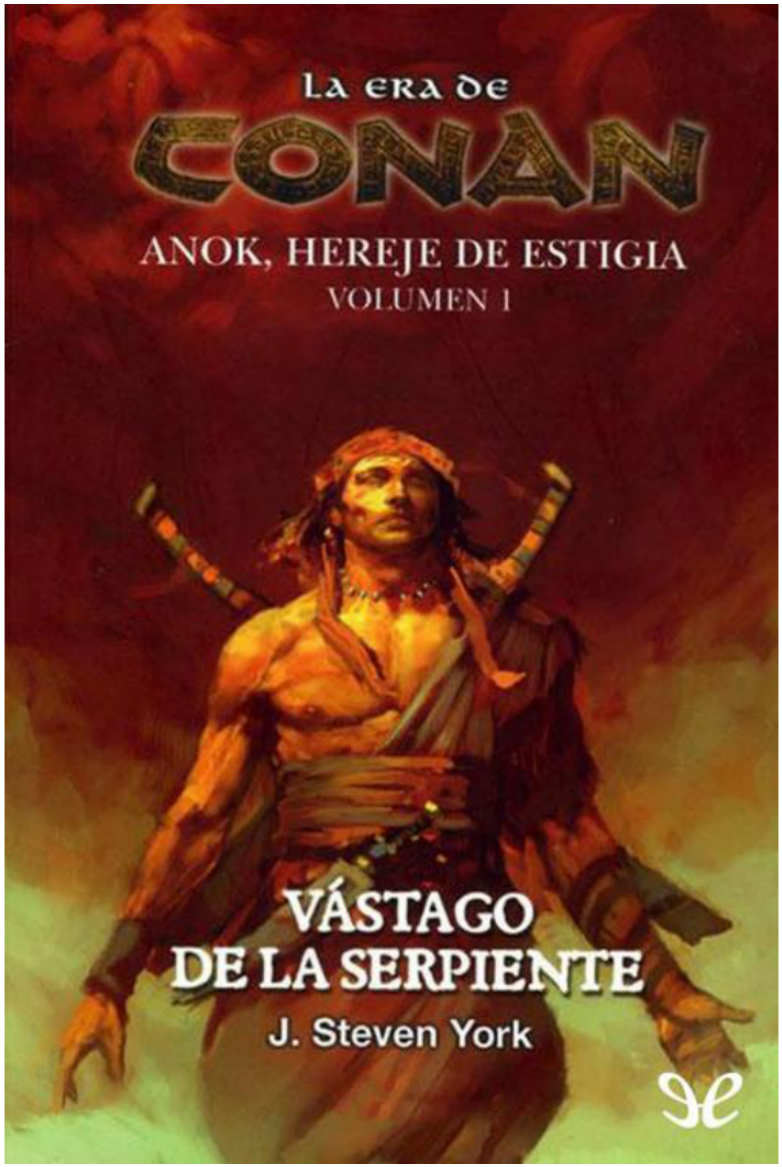
ANOK, HEREJE DE ESTIGIA

VOLUMEN I



VÁSTAGO DE LA SERPIENTE

J. Steven York


La era de
CONAN
ANOK, HEREJE DE ESTIGIA
VOLUMEN 1
VÁSTAGO
DE LA SERPIENTE
J. Steven York

Con este título se inicia la segunda trilogía de La era de Conan, ambientada en el malvado reino de Estigia.

Han pasado seis años desde que el joven guerrero Anok Wati fuera testigo del asesinato de su padre. Huérfano, obligado a huir y esconderse de los desconocidos que mataron a su progenitor, se ha forjado una nueva vida en los barrios bajos de Estigia. En una tierra de mentiras y traición, Anok y sus compañeros, los Cuervos, se han ganado la fama de valerosos y honorables.

Anok hace un pacto con un antiguo dios prohibido que le encarga una tarea aparentemente imposible: para desentrañar los misterios del pasado y vengar la muerte de su padre, debe unirse al siniestro culto del dios serpiente Set y destruirlos desde dentro…

J. Steven York

Vástago de la serpiente

La Era de Conan. Anok, hereje de Estigia 1

ePub r1.1
Titivillus 10.05.2020

Título original: *Age of Conan: Scion of the Serpent*
J. Steven York, 2005
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Agradecimientos

Esta trilogía es la empresa de mayor calibre en la que me haya visto envuelto nunca, y no habría sido posible sin la ayuda, apoyo y, de vez en cuando, la paciencia de muchas personas maravillosas.

En primer lugar, me gustaría darle las gracias a mi agente, Jodi Reamer, por su sabio consejo y apoyo.

Como siempre, mi más profunda gratitud a mi esposa, Chris, cuya enorme ayuda demostró ser no sólo inestimable, sino también indispensable. También por su eterna comprensión y apoyo. Espero ser capaz de devolverle el favor mientras se enfrenta a sus propios plazos de entrega.

Gracias a toda la estupenda gente de Conan Properties International que ha participado en este proyecto y lo ha guiado a través de las diferentes etapas, incluyendo a Fredrik Malmberg, Matt Forbeck (con un agradecimiento especial para él por tolerar mis nervios destrozados hasta el final), Theo Bergquist y Jeff Conner.

En especial, gracias a Ginjer Buchanan de Ace, que ya ha estado a mi lado en cinco novelas.

Les doy las gracias a todos los amigos que me han brindado ánimo, apoyo y consejo y que ofrecieron sus impresiones durante el proyecto, incluyendo a Sean Prescott, Dean Wesley Smith (sí, Dean, tenías razón), Kristine Kathryn Rusch, Loren Coleman, Rose Prescott, a todo el Grupo de Almuerzo Dominical y a mis colegas del Sandbox, que me ayudaron a mantenerme cuerdo cuando dejé de tener vida.

Gracias a mi familia, sobre todo a mi padre, Jim York, a mi madre, Martha York (sabuesa secreta de Internet) y a mi hermano Tim, que me ayudaron a resistir en los momentos difíciles. Gracias a mis hijos, Shane y Lynette, por pensar que lo que hago es genial.

Por último, gracias a Justin Sweet por algunas de las cubiertas más impresionantes que he visto nunca.

Y, naturalmente, mi agradecimiento para Robert E. Howard. Sin él, no somos nada.

NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HIPERBÓREA
CIMMERIA
REINO DE LA FRONTERA
VERMOS PICTOS
TAURAN
AQUILONIA
NEMEDIA
BRITHUNIA
CORINTHIA
ZAMORA
OFIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
SHEM
ESTIGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
REINOS NEGROS
PUNT
IRANISTAN
TURAN
MAR VILAYET
HIRKANIA
PATHENIA
KHITAI
VENDHYA
KAMBULA
ISLAS BARACHA
ISLA DEL NEGRO
ISLA DE SIPTAH
ISLAS MERIDIONALES
ISLAS DE LAS PERLAS
ISLAS NUBLADAS
OCCIDENTAL
MAR MERIDIONAL

Aunque he viajado por todo el mundo conocido, hay un reino que no he visitado nunca, que nunca he podido visitar. Pocos forasteros civilizados han llegado a atravesar las temidas fronteras de la antigua Estigia y han vivido para contarlo. Aquellos que lo han logrado, sólo hablan de ello en susurros, si es que llegan a mencionarlo.

De todos los reinos del continente turiano es el que está envuelto en mayor medida en el misterio y la leyenda. Lo único seguro es que una vez fue muy poderoso, que mantenía bajo su dominio a gran parte del mundo, y que este poder se desvaneció, no a causa de la guerra ni de la conquista, sino de algún desastre o corrupción internos. Este reino, otrora extenso y fértil, ahora no es más que una polvorienta sombra de su antigua gloria.

Algunos dicen que un gran mal fue desatado aquí, liberado de las suntuosas profundidades, invocado del oscuro éter o, simplemente, que lo sacaron de una urna prohibida. Otros afirman que en este lugar se produjo una guerra entre dioses, en la que los hombres escogieron bandos, y todos perdieron al final. Algunos aseguran que todo el mal del mundo (y yo he encontrado mucho) se originó en el interior de sus desiertos inexplorados. Dicen que envenenó para siempre las tierras del sur con su magia negra, que convirtió sus bosques en desiertos y que liberó innumerables demonios y monstruos que acosarán a la humanidad hasta el fin de los tiempos.

En cuanto a mí, no puedo afirmarlo. Pues, ¿cómo encontrar la verdad en una tierra forjada del mal y las mentiras?

Sin embargo, esto es lo que creo: El reino de Estigia no puede ser, como muchos aseguran, una tierra totalmente malvada, pues un lugar así se consumiría a sí mismo en sólo una noche. Para que este reino, esta ascua negra, haya ardido durante tanto tiempo, también debe de haber bondad allí, evitando que el mal alcance su conflagración final.

Debe contar con amor, valor, honor, lealtad y con todas las nobles inclinaciones del corazón.

Y yo me pregunto si, a pesar de ello, no estaríamos mejor si no fuera así, y el inmundo lugar simplemente ardiera antes de que pueda producir más mal que contamine los asuntos de los hombres.

SEXTO PERGAMINO DE VAGOBIS, EL VIAJERO

Prólogo

Puerto de Khemi, Estigia

El muchacho, Sekhemar, se encontraba en el pequeño jardín, los pies calzados con sandalias separados, la espada agarrada en la sudorosa mano derecha y un escudo de latón batido sobre el brazo izquierdo. El corazón le latía con fuerza, todos los sentidos alerta, sus ojos estudiaban los oscuros rincones detrás de los arbustos y los árboles. Olfateó el aire, olió las flores del desierto que se abrían por la noche. Todo parecía tranquilo y sereno, pero él sabía que el ataque llegaría.

Oyó un ligero crujido en la alta hierba decorativa que se encontraba tras su hombro derecho, pero no mostró ninguna señal de haberlo oído. Se esforzó por mantener la respiración lenta y regular, pero el cuerpo se le tensó, como una trampa, esperando a que el sonido adecuado lo pusiera en movimiento.

¡Ahora!

El tiempo se ralentizó.

Dio un largo paso hacia adelante y se volvió. Alzó el escudo para interceptar la espada, a la que oyó surcar el aire mucho antes de verla.

Plantó ambos pies, preparándose para el impacto. La espada repicó contra el escudo y casi lo lanzó de espaldas. Su atacante medía una cabeza más que él y doblaba su peso.

La espada se deslizó hacia la izquierda del escudo y, mientras esto ocurría, cambió la posición del brazo, ejerciendo presión contra el arma para desequilibrar al atacante.

Arremetió con la espada, pero el agresor saltó hacia atrás y la punta del arma sólo rozó la placa pectoral del hombre. No podía igualar el alcance de su oponente, al igual que tampoco podía igualar su tamaño ni fuerza. Con lo que sí contaba era con rapidez y agilidad.

Rogó para que fueran suficientes.

El agresor respondió, rebanando el aire frente a él con la espada. El movimiento resultó más una defensa que un ataque y Sekhemar percibió una debilidad momentánea. Se lanzó hacia adelante con el escudo, tomando la iniciativa. Simuló un golpe alto con la espada, apartándose en el mismo instante en que su adversario se movía para

contraatacar.

Sekhemar utilizó el escudo para apartar la espada del atacante, creando una brecha. Lanzó la espada hacia el expuesto costado derecho de su agresor. Una vez más, el hombre resultó ser demasiado rápido para él, pues se hizo a un lado, recuperando la posición con rapidez. Dirigió dos rápidos tajos a Sekhemar, adelante y atrás, haciendo retroceder al joven fuera del sendero del jardín.

Sekhemar tropezó en la gravilla suelta y perdió el equilibrio. El agresor avanzó con rapidez, sus pies se movían con seguridad y decisión. La espada descendió hacia la cabeza del joven y éste alzó su arma para protegerse.

El acero repicó contra el acero y el dolor invadió el brazo de Sekhemar como si lo hubiera golpeado un rayo, haciendo que por poco perdiera la espada. La mano se le entumeció a causa del impacto y se esforzó por respirar. Desesperado, blandió el escudo, golpeando el brazo izquierdo de su atacante con el borde.

El golpe cayó con fuerza, pero el hombre aprovechó la brecha para asir la correa del escudo, utilizándola para sostener al joven indefenso. Se encontró frente a frente con su oponente durante una fracción de segundo, lo bastante cerca como para oler su aceite perfumado para el cabello.

La espada del hombre arremetió y Sekhemar apenas pudo apartar de su cuerpo la punta utilizando su propia espada.

El muchacho liberó el brazo del escudo de un tirón y éste repiqueteó contra el camino de piedra. El agresor aprovechó su ventaja.

Sekhemar se dio la vuelta y corrió hacia una mesa de madera cubierta de armas. Su mirada se posó sobre otra espada, idéntica a la que sostenía en la mano derecha, que aún le hormigueaba. La levantó con la izquierda y se volvió para enfrentarse a su atacante en el preciso instante en que la espada caía hacia su cabeza.

Flexionó las rodillas para absorber el impacto, con las armas cruzadas frente a él. Una espada se encontró con dos, las hojas gemelas se deslizaron una contra la otra, en respuesta al impacto, hasta que las guardas se entrelazaron, deteniendo la espada con un fuerte sonido de acero. Utilizando ambas armas pudo parar mejor el golpe, y empujando con las piernas lanzó al hombre hacia atrás.

Sekhemar lo siguió por el sendero. Liberó la espada de abajo, que sostenía con la mano izquierda, y apartó el arma del agresor con la espada de la derecha.

El hombre, que no estaba acostumbrado a los ataques con la izquierda, fue lento y torpe al defenderse. La espada golpeó la

armadura pectoral con la fuerza suficiente como para dejar sin aire los pulmones de su oponente.

Sekhemar volvió a atacar, blandiendo ambas espadas hacia adelante y hacia atrás. Cambió el pie de apoyo y atacó de nuevo con el brazo derecho, utilizando la espada izquierda de forma defensiva. El arma golpeó el hombro izquierdo del hombre con fuerza, haciendo que soltara un ahogado grito de dolor.

El joven volvió a cambiar de pie, fintó a la derecha, golpeó a la izquierda, luego a la izquierda de nuevo. Finta. A continuación, a la derecha.

Las espadas danzaban frente a él y la confianza del muchacho creció. Su agresor se encontraba confundido, desconcertado. Sekhemar atacó con la espada izquierda el brazo del arma de su oponente, forzando una torpe defensa que dejó al hombre completamente abierto a la espada derecha, la punta de la cual arremetió, rápida como una víbora al encuentro de la garganta del hombre.

Se detuvo allí, justo frente a la agitada nuez del otro luchador.

—No —exclamó el hombre—, está mal.

Sekhemar mostró una sonrisa torcida.

—Lo decís porque estáis perdiendo.

—Lo digo porque está mal. Baja la espada, hijo.

La sonrisa del muchacho se desvaneció, y retrocedió mientras bajaba las armas.

—Estaba ganando.

El hombre se quitó el yelmo de bronce que le cubría el ensortijado cabello negro y suspiró.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Sekhemar? Esto no es una competición. Es para que aprendas. —Dejó el yelmo y la espada sobre la mesa—. Eres demasiado impaciente. Cuentas con ciertos dones naturales que te conceden ventaja, es cierto. Eres joven y rápido. Puedes luchar con la mano izquierda con la misma facilidad que con la derecha, pero eso no es más que un truco, no una auténtica habilidad.

Estiró la mano y Sekhemar le pasó las espadas con la empuñadura por delante. Las colocó en la mesa junto a las otras.

Mientras desataba las correas de la armadura de prácticas que le cubría casi toda la parte superior del cuerpo, el padre de Sekhemar se volvió de nuevo para examinar a su hijo.

—Debes aprender a luchar con una espada en la mano derecha, como cualquier joven. Luego, podrás utilizar una espada con la izquierda. Cuando lo hayas dominado, podrás aprender a luchar con ambas. Así es como debe hacerse.

El joven Sekhemar se estiró cuanto pudo, poniéndose derecho.

—Estaba ganando. —Se le quebró la voz al decirlo.

Su padre sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Tu impaciencia será tu perdición, Sekhemar. Debes aprender a esperar. Todo tiene su momento.

—Estaba ganando —insistió.

El padre de Sekhemar soltó una carcajada y alborotó el cabello del joven con una mano.

—Es cierto. Pero yo no soy más que un viejo mercader con cierta habilidad, no un auténtico guerrero. Puede que tus trucos funcionen conmigo, pero fracasarían contra un verdadero guerrero.

—Vos mismo habéis dicho que la mayor parte de los hombres que empuñan una espada, incluso algunos soldados, no son más que torpes patanes.

La expresión del rostro de su padre se volvió seria.

—La mayoría lo son, Sekhemar, pero no debes permitir que eso te engañe, —Hizo un gesto hacia un banco de piedra tallada, cerca del alto muro que separaba la vivienda de la ciudad que había más allá—. Siéntate conmigo.

Sekhemar se sentó junto a su padre. Al hacerlo, se dio cuenta de que la diferencia de altura no era tanta como cuando estaban de pie. El joven crecía cada día más. Pronto sería tan alto y ancho como su padre. Puede que más, incluso.

—Hijo, debes entender las limitaciones de las pequeñas habilidades que te he inculcado. En cualquier grupo de luchadores (ya sean soldados, piratas o bandidos), la mayoría carece de habilidad y experiencia, y hombre a hombre resultan presas fáciles para un auténtico guerrero con destreza. Pocos han llegado a poner a prueba realmente esas habilidades. Sobreviven a las batallas gracias a la suerte, la sorpresa, la superioridad numérica, la ventaja táctica y a la ayuda de guerreros más experimentados. Cuando llega el fatídico día en el que su temple es cuestionado, pocos sobreviven.

»Si, de alguna forma, superan esa primera batalla real, habrán aprendido lo suficiente como para volverse al menos un poco peligrosos, aunque incluso esto sólo los acompaña ocasionalmente durante el segundo día. Pero si sobreviven a una tercera prueba real, entonces hay que respetarlos y temerlos. Pocos hombres viven para luchar en una docena de batallas. Ni siquiera uno entre cien o, tal vez, uno entre un millar, pero esos hombres resultan prácticamente imparables.

»Las guerras las pierden las multitudes sin experiencia, pero las ganan las minorías con práctica. Ante tales hombres, la gente como tú

y como yo no tienen ninguna posibilidad.

—Yo tengo destreza, padre. Soy rápido y me vuelvo más fuerte cada día.

—Eres el hijo de un mercader, Sekhemar. Un comerciante, no un guerrero. Ruega para que estas habilidades que te he brindado nunca sean puestas a prueba. Sólo te enseño para que puedas defenderte. Quizá, si te he instruido bien, cuentes casi con la habilidad de un soldado en el segundo día de batalla. Pero nunca has conocido el auténtico miedo, nunca has sabido lo que es el dolor de verdad, nunca has experimentado los horrores del campo de batalla, Armarse de valor ante estas cosas también forma parte de la experiencia de un guerrero.

»No te engañes, Sekhemar. Cuando me diste la espalda y te alejaste corriendo, ése era el camino correcto para aquellos como nosotros. Huye si puedes y deja que otros luchen las batallas.

Ante esas palabras, Sekhemar sintió que una furia inesperada crecía en su corazón. ¡El no era un cobarde!

—¿Huisteis vos, padre, cuando los bandidos vinieron a por madre y a por mí?

De inmediato, el muchacho lamentó aquellas palabras. Él no era más que un niño cuando los bandidos atacaron su caravana de venta ambulante. Sólo recordaba los sucesos de la muerte de su madre en destellos de memoria sensorial y su padre rara vez hablaba de ello. Incluso ahora, largos años después, le ocasionaba gran dolor.

Su padre hundió la cabeza y apretó las manos con fuerza una contra otra. Respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente a través de los labios entrecerrados.

—Sekhemar, eres lo bastante mayor como para saber que no había mucho amor entre tu madre y yo. El nuestro fue un matrimonio de conveniencia, una alianza de negocios tanto como un casamiento. De otra forma, yo nunca habría tomado una esposa de pura sangre estigia, ni siquiera una de la nobleza. Sin embargo, era la madre de mi hijo, y habría muerto por salvarla, y a ti, aquel día. No huí. Luché con todo mi corazón y mi alma, pero no fue suficiente.

—Lo siento, padre. Nunca debí haberlo mencionado.

Su progenitor levantó la mirada hacia la luna llena que ascendía sobre las torres de la ciudad, y a Sekhemar le impresionó ver que tenía los ojos húmedos.

—No, hace mucho tiempo que deberíamos haber hablado de esto, hijo. Deberías saber qué ocurrió ese día. Yo no contaba con las habilidades para salvaros a ambos y ella te puso en mis brazos. «Sálvalo», me dijo. «Déjame y sálvalo.» —Asintió con la cabeza—. En

ese último instante descubrí el auténtico corazón de tu madre y, en ese último instante, llegué a amarla. Pero entonces ya era demasiado tarde. Cogió una espada de un guía de camellos muerto y protegió nuestra huida hacia el desierto. La oí gritar mientras la mataban. Decía tu nombre.

Hubo unos minutos de silencio.

—Lamento que os apene tanto, padre. Pero ¿no lo veis? Es otra razón más por la que debo convertirme en un luchador hábil.

Su padre se dio la vuelta y lo miró, con los ojos humedecidos pero llenos de ardiente furia.

—Es otra razón más por la que debes evitar el combate. No te salvé en el desierto ni tu madre pagó por tu vida con su sangre para que pudieras morir enfrentándote a algún idiota en un callejón.

»Has pasado la mayor parte de tu vida en esta casa. No puedes entender de verdad lo que se encuentra más allá de este muro. Estigia es un reino maldito, un antiguo mal contamina sus tierras y sus gentes. Hemos vivido aquí porque, por ahora, debemos hacerlo. Pero llegará el día en que regresaremos a la tierra de mi padre, a Aquilonia. Sólo entonces estarás a salvo. Sólo entonces puede que lleves la vida tranquila y feliz que se suponía que debías llevar, una vida que me he negado a mí mismo y que deseo para ti.

Se levantó y colocó una mano en el hombro de Sekhemar.

—Ven. Es tarde y empieza a hacer frío. Deja la armadura a los criados, pero trae las espadas.

El muchacho recogió las armas de la mesa y siguió a su padre por una entrada abovedada que conducía a la biblioteca. Estaban en pleno día cuando salieron de la casa para comenzar el entrenamiento, pero antes de su regreso los criados habían encendido ornamentadas lámparas de aceite que colgaban de las paredes. En cada extremo de la habitación, unos estantes de madera ascendían del suelo al techo llenos de manuscritos y pergaminos. En el centro se encontraba una mesa de escribiente con su propia lámpara de trabajo, y unas hojas de pergamino a medio llenar ocultaban la superficie: documentos de los negocios comerciales de su padre.

La pared más distante de la habitación estaba cubierta de armas: espadas, cuchillos, hachas, lanzas…; algunas de ellas utilitarias, otras recargadas y exóticas. Las armas no cumplían únicamente una función decorativa. Colgaban de ganchos de metal y se las podía bajar con facilidad para utilizarlas con rapidez en el caso poco probable de que la vivienda fuera atacada alguna vez por bandidos o invasores. Varios juegos de ganchos permanecían vacíos, hasta que Sekhemar volvió a situar las armas, una a una, en sus puestos correspondientes.

En último lugar, colocó las espadas de prácticas con las que su padre y él habían estado luchando. Cada espada de prácticas, con el filo y la punta romos, colgaba junto a una mortal gemela, con las mismas dimensiones, peso y equilibrio, aunque con los bordes y la punta muy afilados. Sekhemar se entretuvo un momento, rozando con los dedos las vainas que guardaban las gemelas de sus espadas de prácticas. Anhelaba que llegase el día en el que se las confiaran y pudiese llevarlas.

Se volvió hacia su padre.

—Si este sitio os disgusta tanto, ¿por qué no nos vamos? Preferiría cualquier lugar en el que pudiera recorrer las calles libremente y no encontrarme atrapado tras estos muros.

—No deseo menos para ti, hijo, pero tengo obligaciones que aún no puedes comprender. Promesas hechas por mi padre, y por el padre de mi padre, y así durante una docena de generaciones. Confío en que esas obligaciones se cumplan pronto, que podamos librarnos de este lugar, y que nunca tenga que pasarte esta carga familiar. Esa es mi más sincera esperanza. Pero hoy no, y puede que tampoco mañana.

Su padre se sentó en el taburete frente a la mesa, abrió un bote de arcilla con tinta y cogió una pluma. Ajustó la posición de la lámpara del escritorio para iluminar mejor la hoja de pergamino que tenía ante él y, a continuación, se puso a trabajar como cada noche.

Sekhemar se alejó de su padre de forma que únicamente las sombras pudiesen ver la expresión de tristeza de su rostro. Los manuscritos y mapas de la habitación, las historias que contaban su padre y los empleados de la casa, lo que podía ver de la ciudad desde las torres de defensa del edificio, eso era prácticamente todo lo que conocía del mundo que había más allá de los muros.

A menudo había sacado el mapa de Khemi del estante y se había imaginado caminando por las calles que se extendían más allá de los muros de la casa, incluso más allá de las murallas de Akhet, la ciudad dentro de la ciudad donde se permitía vivir a regañadientes a los no estigios como su padre y los criados.

Fantaseaba con recorrer el Gran Mercado, donde se vendían verduras y carne al lado de místicos artefactos de antiguo poder. Se imaginaba atravesando los estrechos callejones que separaban los grandes palacios negros y los templos de la ciudad interior, donde la luz del sol apenas penetraba en los días más brillantes. Incluso se imaginaba visitando Odji, los barrios bajos junto a la orilla donde se dejaba vivir a los esclavos libres y a otros estigios de sangre impura; donde, según se decía, cualquier placer y vicio estaban disponibles por el precio adecuado.

Anhelaba ver todo esto con sus propios ojos, e incluso más. Viajar lejos de la ciudad hasta el gran desierto, o hasta el río Estix y los reinos del norte más allá de Estigia, o hasta el inmenso Océano Occidental, que se extendía tras el puerto de la ciudad. Pero, por ahora, sólo se trataba de sueños, y se preguntaba si llegaría alguna vez el día en el que eso cambiase.

Con el tiempo, llegaría a maldecir este momento, como si de alguna forma su deseo hubiera provocado todo lo que ocurrió después.

Desde el frente de la casa, el gong de la puerta, un cilindro colgante de hierro forjado, entonó su nota larga y profunda.

Su padre levantó la vista de la mesa.

—¿Quién puede venir de visita tan tarde? Hay luna llena. Sólo un tonto recorre las calles en las noches de luna llena.

Dejó la pluma y tapó el tintero. Observó la entrada que conducía al resto de la vivienda con expectación.

Tras varios minutos, la delgada figura de Hericus, el jefe de los criados de la casa, apareció en la puerta con un trocito de pergamino doblado en la mano.

—Señor, tenemos visita. Me pidieron que os diera esto.

Le pasó el pergamino, que el padre de Sekhemar desdobló y leyó de inmediato. Frunció el entrecejo, aunque el joven estaba seguro de que estaba ocultando alguna emoción más fuerte.

—Tengo que ocuparme de un asunto inesperado. Es tarde. Retírate a tu habitación. Hablaremos de nuevo por la mañana. —Dirigió la mirada a la pared cubierta de armas y pareció dudar. Estiró la mano hacia la homologa más mortífera de la espada de prácticas de Sekhemar, la descolgó de la pared y se la pasó a su hijo—. Ya eres lo bastante mayor como para guardar esto en tu habitación.

Entonces titubeó unos segundos más antes de coger la gemela de la otra espada de Sekhemar. La puso en la mano del joven sin otra palabra.

Sekhemar parpadeó sorprendido, pero su padre ya estaba dirigiéndose con rapidez a encargarse de sus negocios.

—Ve a tu habitación. Buenas noches, hijo.

Subió la escalera curva hasta el segundo piso de la casa, pero se detuvo a medio camino del pasillo que llevaba a su habitación y contempló las espadas que sostenía en las manos. Otro día, en otras circunstancias, se habría sentido satisfecho, incluso honrado, con este obsequio, pero no esta noche. No tenía la sensación de que su padre le hubiera dado las armas porque se las mereciera.

No, su padre sospechaba que sus tardíos visitantes suponían una amenaza, y Sekhemar pensaba averiguar de quién se trataba. Miró

alrededor con cuidado y, al no descubrir a ningún criado ni guardia a la vista, se deslizó tras un tapiz que colgaba de la pared oeste. Pasó los dedos bajo el borde de una columna decorativa y apretó una barra de metal oculta hasta que oyó un ligero chasquido. La columna falsa se movió suavemente gracias a unas bisagras astutamente diseñadas y Sekhemar se introdujo en el oscuro pasadizo que había detrás, y cerró la columna a su espalda.

El pasillo estaba a oscuras. Unas muescas grabadas que recorrían las paredes con diseños que se podían identificar por medio del tacto le permitieron orientarse con total seguridad. Deslizó el dedo hacia abajo por la pared hasta que localizó una muesca grabada en un diseño en espiral, como las vueltas de una cuerda, y la siguió en medio de la oscuridad.

La casa era una de las más viejas de Akhet, sólo un poco más moderna que algunos de los antiguos castillos y templos que se alzaban en el centro de Khemi. Construida por los antiguos, su diseño poseía tanto una siniestra belleza como una gran astucia. Una serie de conductos en las paredes y techos conectaban con las torres abiertas de lo alto y unas frías cámaras subterráneas excavadas bajo los cimientos. Durante el día, el flujo natural traía aire fresco de abajo y expulsaba el aire caliente a través de las torres, manteniendo la casa confortable.

Pero, lo que resultaba igual de importante, una serie de puertas ocultas que había descubierto su padre y que más tarde le había mostrado sólo a Sekhemar permitían el acceso a esos pasadizos desde numerosos puntos de la casa. Por medio de los mismos paneles de enrejado de mármol que dejaban pasar el aire se podía observar las habitaciones comunes sin ser visto. Además, una puerta atrancada situada en las salas inferiores conectaba con las cloacas, proporcionando una ruta de escape de emergencia del edificio.

El largo pasadizo central por el que avanzaba Sekhemar llegó a un cruce con varios respiraderos más pequeños que se extendían por la casa. Para evitar hacer ruido sin querer, escondió las espadas en una esquina de aquel cruce, donde pudiera volver a encontrarlas con facilidad, incluso en la oscuridad.

El conducto de ventilación que conducía al vestíbulo era mucho más pequeño que el pasadizo central, tanto, que Sekhemar tuvo que avanzar a gatas. El suelo estaba cubierto de un polvo fino y suave que parecía talco bajo sus manos y rodillas desnudas.

En la oscuridad sintió el roce duro y seco de un escorpión doméstico mientras la criatura le pasaba sobre los dedos. Aparte de quedarse inmóvil unos segundos, el joven ignoró al animal. Aunque se

trataba de una especie bastante venenosa, él era menos sensible a su veneno, como la mayoría de las personas con la mitad de sangre estigia. Además, de niño había recibido tantas picaduras trepando por los caminos secretos, que había desarrollado cierta inmunidad.

De vez en cuando, la luz iluminaba el lugar, el brillo surgía de las habitaciones de abajo a través de las ornamentadas rejillas para el aire, proyectando extraños diseños en el techo del pasadizo. Procuró rodear las rejillas, no sólo para evitar que lo vieran, sino porque no estaba seguro de que resistieran su peso de muchacho.

Por fin, llegó al vestíbulo. Oyó voces de hombres, y se arrastró a hurtadillas hasta el borde de la rejilla, donde se tendió boca abajo. Con cuidado de no dejar caer polvo por la reja, observó a través de las aberturas del tamaño de una mano la sala situada debajo.

Tres hombres vestidos con túnicas de seda oscura estaban hablando con su padre en el interior de la sala. No reconoció las voces de los visitantes, y las túnicas contaban con capuchas que ocultaban los rostros de los hombres. Aunque nadie alzó la voz ni hizo ningún gesto amenazador, incluso desde su escondite Sekhemar podía sentir la tensión en el aire. La expresión de su padre era grave; su piel parecía pálida bajo la luz de la lámpara.

En cierto sentido habría preferido los gritos, pues el que hablasen en voz baja le hacía imposible distinguir más de una o dos palabras. Oyó a uno de los encapuchados, que parecía ser el líder, decir «Ibis», el nombre de un dios extranjero que rara vez se pronunciaba en Estigia, y «hereje», pero poco más.

Entonces, hubo un momento de silencio. Sekhemar pensó que tal vez la conversación había terminado y que los hombres se marcharían.

Nada podría haber estado más lejos de la realidad.

La mano del líder hizo un pequeño gesto. Sólo al pensar en ello más tarde Sekhemar lo reconocería como una orden silenciosa hacia sus compañeros. Tras eso, las cosas sucedieron de prisa.

Uno de los hombres se situó detrás de su padre con un movimiento muy rápido.

Antes de que Sekhemar se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, antes de que pudiera tomar aliento para gritar una advertencia, la mano del hombre cayó sobre la boca de su padre.

El líder sacó una recargada daga de debajo de la túnica y la hundió en el pecho del padre de Sekhemar con la habilidad que proporciona la práctica. Al instante, las piernas de su padre se doblaron y el hombre que lo sostenía dejó que se desplomase sobre la alfombra de entrada.

El joven observaba completamente horrorizado. Quería gritar de

furia y dolor, pero el instinto lo hizo permanecer en silencio. Ocultó sus emociones en algún oscuro rincón de la mente, lejos de los fuertes latidos de su corazón. Sintió cómo su cuerpo se volvía tan frío como la piedra sobre la que estaba tendido.

Por el borde de su campo de visión, otra figura entró en la habitación: Hericus. El sirviente ahogó un gritó al ver a su amo caído, pero fue lo único que pudo hacer. Uno de los encapuchados lo agarró por detrás y le retorció el cuello con violencia hasta que se oyó el chasquido del hueso al romperse.

Hericus cayó al suelo con un fuerte golpe.

Uno de los hombres corrió hacia la puerta, levantó la tranca y la abrió.

Al instante, una docena de hombres, también cubiertos con túnicas, entraron rápidamente en la casa.

El líder habló. Ahora su voz se oía con claridad.

—Registrad la casa. Matad a todo el que encontréis: sirvientes, esclavos, mujeres, niños, ganado, perros…, a cualquiera con vida. ¡Todos llevan la mancha de Ibis! A continuación, llenad los bolsos con cualquier cosa de valor y regresad. ¡De prisa!

Los hombres desaparecieron y Sekhemar pudo oírlos moviéndose a su alrededor, a través de los corredores de abajo, por las escaleras, en las habitaciones que lo rodeaban y arriba en el techo. Captó algún enfrentamiento, espadas que entrechocaban y objetos de la vivienda que se rompían, y uno a uno oyó los gritos del personal de la casa mientras morían.

Los contó, reconociendo algunas voces. La cocinera, el panadero, una de las doncellas, el jardinero, el escríba. Los dos guardias de la casa fueron los que lucharon más tiempo y con más fuerza, pero se vieron superados en número y aplastados.

Demasiado de prisa, los sonidos de combate y muerte fueron reemplazados por otros de saqueo precipitado y vandalismo.

El alboroto de abajo cubrió los ruidos de los movimientos de Sekhemar mientras atravesaba los pasadizos secretos. Vio cómo los preciados pergaminos de su padre eran arrojados al suelo y aplastados por pesados pies. Los hombres cogieron las mejores armas de la pared del estudio. Uno de ellos gritó triunfante cuando, al notar un tapiz suelto, lo apartó y dejó al descubierto una puerta. Incapaz de encontrar el pestillo secreto, el hombre más grande se lanzó contra ella con un hacha de guerra, golpeándola una y otra vez hasta que la pesada madera se astilló y se partió. Arrancaron el resto de la puerta destrozada, desvelando las reservas secretas de oro y joyas del comercio de su padre.

Con gritos de placer, los hombres se lanzaron como perros hambrientos sobre la carne, introduciendo el reluciente tesoro en sus bolsas. En cuestión de segundos, las riquezas que llevó toda una vida reunir habían desaparecido.

Oyó cómo los hombres volvían al frente de la casa y los siguió, de regreso a la rejilla sobre la entrada, donde el líder y un único subalterno esperaban junto al cuerpo de su padre.

Los hombres se reunieron frente a su maestro.

El líder se dirigió a ellos:

—¿Están todos muertos?

Los demás asintieron con un grito.

—Entonces, quemad este lugar. ¡Que no quede nada!

De nuevo, los hombres se desplegaron, cogieron lámparas de la pared y vertieron el aceite sobre todo lo que pudiera arder: tapices, alfombras, almohadones, muebles, pergaminos… La casa se fue oscureciendo mientras, una a una, las lámparas se fueron apagando.

Sekhemar permaneció sobre la entrada, lo más cerca posible de su padre. Se mordió al labio hasta que notó el sabor de su propia sangre. Era lo único que podía hacer para contener la furia, Una y otra vez la relegaba a ese lejano lugar, y cada vez brotaba con más fuerza para ocupar su sitio.

Entonces, se produjo un milagro.

Su padre se movió.

Sólo fue un temblor, una ligera sacudida de los miembros, pero aun así, ¡estaba vivo!

El joven no fue el único que se dio cuenta del movimiento, Cuando el pie de su padre se agitó, el borde de su sandalia raspó ligeramente contra la piedra provocando un ruidito áspero.

El subalterno se volvió.

—He oído algo. ¿Estáis seguro de que está muerto?

El líder dejó escapar un sonido de irritación.

—He matado a un centenar o más en el altar, idiota. Mi arma es certera.

Sekhemar sintió que algo se deslizaba por su brazo desnudo. ¡Un escorpión!

Con rapidez, tomó a la criatura por la cola, ignorando el dolor mientras el aguijón le pinchaba el dedo y comenzaba a bombearle veneno en la mano. Dejó caer al animal a través de una abertura de la rejilla que daba al piso inferior, donde aterrizó con un golpe seco, y comenzó a corretear por la alfombra.

El líder observó al escorpión mientras éste se escabullía hacia un rincón oscuro de la habitación. Levantó un pie y aplastó al bicho,

riéndose con desdén.

—Ahí está tu ruido. Incluso los escorpiones sirven a Ibis en esta casa. Incluso los escorpiones pagarán por ello.

A medida que los hombres regresaban, abandonaban la casa por la puerta principal cargados con el botín robado.

El líder los observó pasar. Luego, cogió la última lámpara de una mesa cerca de la puerta. Se situó en el umbral e hizo una pausa, volviendo la vista hacia la casa.

—Por Set —dijo, y lanzó la lámpara a través de la habitación, donde chocó contra un tapiz colgante, que estalló en llamas.

Sekhemar podía sentir cómo el calor y el humo negro comenzaban a ascender por todas las aberturas. Si se quedaba aquí, se cocería en cuestión de minutos.

Se arrastró de regreso a la sala central, guiándose por medio del tacto, intentando no toser, por si acaso un rezagado detectaba su presencia. Recuperó sus armas, aunque en este momento parecían inútiles, y consiguió llegar a un hueco vertical que conducía al primer piso.

Descendió por una escalera oculta, sin poder aguantar más la tos. El calor que subía por el conducto resultaba casi insoportable. Al llegar al final, encontró un pestillo escondido, y un panel en la pared de entrada se abrió, lo que le permitió salir a gatas, manteniéndose en esta posición para situarse debajo de la capa de humo negro.

Por toda la habitación los tapices estaban ardiendo, al igual que el borde de la alfombra sobre la que reposaba la parte superior del cuerpo de su padre. Sekhemar llegó junto a él, lo agarró por los brazos y, utilizando alguna reserva oculta de fuerza, lo apartó de las llamas en expansión.

Le alzó la cabeza, bajando la mirada hacia su rostro, de un tono naranja bajo la oscilante luz de las llamas. Los ojos de su padre se agitaron y los párpados se le abrieron ligeramente.

—Sehkemar, hijo mío. Este día ha llegado demasiado pronto.

—Os salvaré, padre. Os llevaré afuera.

El joven comenzó a moverse, pero la mano de su padre le agarró la pechera de la túnica con fuerza sorprendente.

—¡No! Ya estoy muerto. La espada sólo me rozó el corazón, pues los sanadores me contaron que está en el lado contrario de mi cuerpo, pero aun así estoy muerto. Guardo mi último aliento para ti, hijo.

—No, padre, no es cierto.

—Escúchame, Sekhemar. Llevo un amuleto alrededor del cuello. Aparte de ti, es lo único de valor que tengo. Cógelo. Cuida de él. —Jadeó y tosió. La sangre le salpicó los labios—. Encuentra a tu

hermana. Ella sabrá qué hacer con él.

Abrió la túnica de su padre y halló un grueso medallón de metal de baja ley que colgaba de una simple cadena de hierro. Sekhemar conocía bien el medallón, pues su padre lo había llevado desde que él podía recordar. Pero se trataba de un objeto simple y aparentemente sin importancia, y él nunca había comprendido su valor. Seguía sin hacerlo.

Volvió a mirar a su padre. ¿Estaría delirando?

—Esto no tiene ningún valor, padre, y yo no tengo ninguna hermana.

Los ojos de su progenitor se clavaron en él, serios y alerta.

—Sé de lo que hablo, Sekhemar. La tuve con otra mujer, antes de que tú nacieras. Encuéntrala…

—Pero, padre, ¿cómo daré con ella?

Volvió a mirar a su padre a los ojos, justo a tiempo de ver cómo la luz se apagaba en ellos.

Se había ido.

Un único sollozo sacudió el cuerpo de Sekhemar, y el joven levantó la vista hacia la habitación. El calor le abrasaba la piel desnuda y el cabello de su padre estaba comenzando a arder.

—Esta será vuestra pira funeraria, padre. Es lo único que puedo ofreceros.

Con cuidado, dejó la cabeza de su padre en el suelo y, a continuación, regresó a gatas hasta la puerta oculta.

En el interior del pasadizo se vio protegido por un momento del calor, pero no duraría. Avanzando a tientas en la oscuridad, encontró otra abertura y levantó la tapa de madera que la cerraba.

Un potente hedor emanaba del pasaje descendente, la piedra que cubría las paredes estaba aún fría. De la roca sobresalían peldaños de hierro formando una escalera que se adentraba en la densa oscuridad. Sekhemar los encontró por medio del tacto y descendió hacia la oscuridad sin límites, hacia la seguridad de las cloacas.

Nunca había tomado esta ruta, pero su padre se la había descrito, y estaba seguro de que lograría encontrar el camino. Seguiría las cloacas, bajo el muro de la casa, hacia la ciudad que hasta ese momento sólo había visto desde lejos.

Ahora tendría que hallar un modo de sobrevivir allí, en las calles, en los barrios bajos. No poseía nada salvo las espadas, el medallón y la ropa que llevaba puesta. Ni una sola moneda de plata ni una miga de pan.

Sin embargo, de alguna forma, sobreviviría.

Localizaría a su desconocida medio hermana y le daría el

medallón.

Después, encontraría a los responsables de la muerte de su padre y se la haría pagar a todos.

Pero primero tenía que sobrevivir, y esa labor comenzaría en cuanto volviera a salir el sol…

1

Puerto de Khemi, Estigia, seis años después El hombre al que ahora se conocía simplemente como Anok Wati se encontraba sobre el tejado del burdel Paraíso contemplando Odji, el gran barrio junto al agua al que consideraba su hogar. Desde aquí podía ver la amplia extensión de edificios bajos, la mayoría de paredes de barro y ladrillo, muchos con tejados elaborados únicamente con toldos de piel, paja entrelazada o, para aquellos que podían permitírselo, sedas de vivos colores.

La gente abarrotaba las calles, además de numerosos animales: caballos, cabras, cerdos, camellos, perros… Había gatos por todas partes, encaramados en los alféizares de las ventanas, caminando sobre los muros, merodeando por los callejones llenos de basura entre los cerdos que se daban un festín. Mantenían libres los graneros de la ciudad de ratas y alimañas.

En un amplio bulevar en la base de la colina, vio cómo el gentío se separaba y los animales se alejaban, rodeando con cautela un punto, como si los apartase alguna fuerza invisible.

Anok sabía que allí en la calle, oculta a su mirada, se encontraba una de las grandes serpientes constrictoras, calentándose sobre los adoquines abrasados por el sol. Las grandes serpientes eran seres sagrados para los discípulos de Set y estaba prohibido, bajo pena de muerte, hacerles daño. Deambulaban sin problemas por las calles, alimentándose de todo el ganado y los incautos humanos que se encontrasen al alcance de sus aplastantes anillos. Por suerte, había pocas de las grandes, y rara vez estaban lo bastantes hambrientas como para atacar a un humano adulto. Principalmente saciaban su hambre con cabras, cerdos, perros y algún que otro niño dormido.

Más allá se extendía el oscuro e imponente perfil de los edificios de la ciudad interior recortados contra el horizonte, rodeados por una enorme muralla de antigua piedra que se había vuelto negra como el carbón por alguna causa desconocida. Elaboradas puntas y tallas cubrían los parapetos, y grandes torres de guardia, rematadas con estatuas de demonios y dioses olvidados tiempo atrás, se alzaban para alejar a los atacantes.

Las murallas se veían empequeñecidas por las torres del interior, grandes palacios y templos que se elevaban al encuentro del cielo despejado. Su altura era únicamente una muestra de intimidación y orgullo. Algunos estaban decorados con oro y mármol tallado, otros estaban adornados con sedas

estampadas con diseños mágicos y religiosos, y otros más eran negros como la tinta de un kraken incluso a plena luz del día. El más alto de todos era el Gran Templo de Set, cuya torre central se alzaba negra y perfecta sobre toda la ciudad, coronada con su cabeza tallada, mitad serpiente, mitad humana, sus ojos dorados resultaban una visión sobrecogedora.

La ciudad era un lugar oscuro y aterrador, donde solamente aquellos con sangre estigia permanecían después del oscurecer, y durante el día sólo se permitía acceder a los sirvientes y a aquellos que iban por negocios. Los guardias registraban a todo el que entraba y únicamente los estigios de sangre noble podían llevar armas.

Más allá de los barrios bajos, enclavados en la base de las murallas de la ciudad interior, Anok observó los muros mucho más bajos y elaborados con mármol blanco de Akhet, el enclave de los extranjeros. En el interior de aquellos muros vivían mercaderes, diplomáticos y otros extranjeros de prestigio, Dentro del enclave, alcanzaba a ver las casas, los pequeños palacios y las pensiones en las que se alojaban los visitantes acaudalados que sólo venían por un corto período.

La sola visión de aquel lugar lo hería, con un dolor persistente, como si tuviera arena en los ojos. Excepto por negocios, sólo había regresado allí una vez en los últimos seis años, para detenerse ante los restos calcinados de su antigua casa. Seguía abandonada, las paredes de piedra se desmoronaban y se desteñían bajo el sol, los jardines se habían transformado en arena y las ventanas vacías recordaban los ojos de una calavera.

Sin embargo, ese día, años atrás, sólo él se había atrevido a contemplar el edificio en ruinas. Todos los demás apartaban la mirada del lugar como si aquella noche, seis años antes, simplemente hubiese dejado de existir.

Tal vez había sido así, al igual que Sekhemar, el hijo de Brocas el comerciante, había dejado de existir aquella noche.

Cambió de postura sobre el tejado para poder bajar la vista hacia la entrada del burdel. Un grupo de marineros, ruidosos, borrachos y probablemente recién salidos del barco, estaban atravesando la puerta principal, atraídos hacia el interior de sus paredes. Sólo podía ver los brazos que hacían señas a los hombres desde cada ventana, esbeltos y gráciles, con piel de todos los tonos desde el marfil al negro más oscuro, largas uñas pintadas y decorados con pulseras y anillos.

A pesar de que no podía verlas, sabía que las mujeres de las ventanas iban descaradamente desnudas, como era la costumbre entre las prostitutas de Estigia. Aunque se había acostado con algunas de ellas, ésa no era la razón por la que conocía todos sus nombres. El era el protector de este sitio, por cuyo servicio le habían cedido unas modestas habitaciones en el sótano del edificio, un lugar al que sus compañeros y él llamaban «el Nido».

El tiempo, pensó, es como las cambiantes arenas del desierto. Nada puede

resistirse a él y lo transforma todo. Aquello que no puede desgastar, simplemente lo cubre. Ya se había tragado a Sekhemar y a Brocas. Ahora, amenazaba con tragarse a Anok Wati.

—Anok, ha pasado demasiado tiempo.

La voz que se dirigía a él era dulce como campanillas, pero ya no se trataba de la de la niña con aspecto de muchacho que lo había encontrado viviendo en las calles y lo había traído a este lugar. Era la voz de toda una mujer. Mientras la observaba bajar de la escalera para reunirse con él en el tejado, ya no quedaba rastro del aspecto de muchacho.

—Apenas ha transcurrido un ciclo de la luna, Sheriti, pero incluso eso es demasiado tiempo sin contemplar tu belleza.

Ciertamente, era hermosa, y resultaba difícil imaginar que hubo una época en la que él no se había dado cuenta. ¿Era la joven la que había cambiado tanto, o había cambiado él? La examinó como si fuera la primera vez. El cabello de Sheriti era del color de la miel y de los rayos solares, el implacable sol de Estigia le había dorado ligeramente la pálida piel. Sus movimientos resultaban suaves, elegantes, su cuerpo era delgado, pero contaba con curvas en los lugares adecuados, curvas acentuadas por las sedas de vivos colores que llevaba atadas alrededor del cuerpo. Mientras la muchacha lo miraba y sonreía, sus ojos azul zafiro brillaron traviesos. Anok sabía que cualquiera de los marineros que se encontraban abajo en el burdel habría entregado toda la paga de una travesía a cambio de una noche en la cama de esta flor exótica. Y también sabía, por el juramento de la madre de la joven, que eso nunca sucedería.

Sheriti se acercó y le colocó con suavidad las manos sobre los hombros.

—¿Cómo has estado, hermano cuervo?

Entonces, incapaz de contenerse, lo abrazó con fuerza.

Anok pudo apreciar el picante y complejo perfume de gálbano de su cabello, tan diferente de las fragancias florales que preferían las prostitutas de abajo… y su madre.

La muchacha mantuvo el abrazo unos segundos y él se lo devolvió, reacio a mostrar demasiado entusiasmo por si acaso ella malinterpretaba sus intenciones. O eso se dijo a sí mismo. El abrazo de Sheriti resultaba más fraternal que apasionado, pero había ocasiones en las que Anok deseaba que hubiera algo más. «Está hecha para algo mejor que para la escoria callejera como yo», pensaba.

Le dio un beso en la mejilla y retrocedió para observarlo.

—Cada vez que te veo, Anok, me pregunto si será la última. Los tiempos están cambiando y no sé qué nos está ocurriendo.

Le ardía la piel donde los labios de la joven lo habían rozado, y se alegraba de que la complexión oscura que había heredado de su madre estigia ocultara su sonrojo.

—¡Apártate, canalla! No pongas otra mano sobre esa piel inocente.

La voz retumbó, mientras una figura alta y oscura saltaba por el borde del tejado. Los pies calzados con sandalias aterrizaron con fuerza. Se trataba de un adusto gigante, no más ancho que Anok, pero sí dos cabezas más alto, de piel casi negra como el carbón. En la mano portaba un poderoso arco de diseño estigio y un carcaj de cuero lleno de flechas colgaba de su espalda desnuda. Sólo llevaba puesto un taparrabos y un klaft (un tocado) sobre sus largos y negros cabellos rizados.

Anok bajó las manos y las situó sobre las empuñaduras de sus dos espadas. Entrecerró los ojos y gruñó: —¿Y a ti qué te importa, kushita?

El peligroso ceño del hombre se disolvió en carcajadas.

—¡Se lo decía a ella, no a ti, idiota!

Anok le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de que hayas venido, Teferi, viejo amigo. Te necesito tanto como a mi brazo derecho.

El otro hombre se rió y el sonido retumbó como un trueno.

—¿La mitad que otros hombres, quieres decir, demonio de dos espadas?

—Sólo es un dicho, Teferi. —Dio una palmadita sobre las empuñaduras de sus espadas gemelas—. Acuñado por luchadores menos hábiles que yo.

Teferi simplemente se rió.

Sheriti se estiró para colocar una mano sobre el hombro del recién llegado y lo hizo agacharse para plantarle un beso en la mejilla.

—Bienvenido, hermano cuervo. Temía que ya te hubieras marchado.

Teferi frunció el entrecejo ante las palabras de la muchacha.

—Lo habría hecho si pudiera conseguir pasaje hacia el norte de este reino maldito, pero todos mis intentos han fracasado. Los señores de Estigia no aprueban que los de humilde cuna abandonemos este lugar hacia tierras mejores. Saben que si uno lo lograse, todos podrían hacer lo mismo, y ¿quién atendería sus campos, limpiaría sus casas y lucharía en sus guerras? Pero, por la tribu de mi padre, hallaré la forma de marchame de aquí y ver el mundo.

Anok asintió con la cabeza en señal de comprensión.

—Tu desgracia es nuestra ganancia, viejo amigo.

La sonrisa de Teferi regresó mientras bajaba la mirada hacia Sheriti.

—¿Y qué tal tú, hermanita? ¿Cómo te trata el Templo de los Escribas?

La joven se encogió de hombros.

—Es duro. Anok me enseñó muchísimas cosas y sin eso nunca me habrían aceptado de aprendiz. Pero en el templo me siento idiota.

Anok se rió.

—Ya te lo advertí, Sheriti. Eras una buena alumna, pero yo soy mal profesor. Aunque he leído y estudiado mucho por mi cuenta desde entonces, nunca llegué a completar mi educación, y nunca se pretendió que aprendiera las habilidades de un escriba.

Ella le apretó el brazo.

—Tuve suerte de contar con un profesor en este lugar, Anok, y sobre todo con uno tan bueno y paciente como tú. Mi madre siempre deseó que pudiera dejar este lugar por algo mejor, pero sólo tú conseguiste hacer ese sueño realidad.

Anok sonrió con tristeza. El éxito de Sheriti suponía, a la vez, un triunfo y un sufrimiento para él. Estigia era un reino fuertemente constreñido por los conceptos de clase y sangre. Había pocos medios por los que un plebeyo, y mucho menos uno de Odji, pudiera incorporarse a las clases superiores. Sin embargo, los escribas eran muy apreciados en la sociedad estigia, y las habilidades de un escriba se valoraban por encima de cualquier asunto de nacimiento o educación.

Anok le había transmitido a Sheriti todos sus conocimientos sobre lectura, escritura y números, y a la joven le habían bastado para que la aceptasen como aprendiz de escriba. Pero también la había apartado de los Cuervos y la había situado en una senda que con suerte los dejaría a ellos y a Odji atrás.

—Cada vez que convoco a los Cuervos —dijo Anok—, temo que sea la última. El día en el que vosotros dos no acudáis será el día en que el tiempo de los Cuervos habrá terminado completamente.

Entre ellos se produjo un incómodo momento de silencio. Al final, fue Sheriti quien habló.

—¿Has oído algo de Dejal?

Anok dirigió la mirada hacia las oscuras torres de la ciudad interior.

—Le envié un mensaje, pero no ha respondido. No lo he vuelto a ver desde antes de la última vez que el Estix inundó las orillas. Temo que lo hemos perdido a favor del maldito culto de su padre; una pérdida más que Set me debe.

—Ten cuidado, Anok —intervino Teferi. Su voz profunda había descendido hasta ser casi un susurro—. En Estigia, incluso las serpientes tienen oídos, y ésas están por todas partes.

—No me importa quién me oiga, Teferi. El que haya abandonado mi sed de venganza contra el culto por ser una estupidez suicida no significa que no pueda decir lo que pienso. Que me hagan lo que quieran.

Ambos lo miraron en silencio y Anok adivinó lo que deseaban preguntarle. Pero sabían, por larga experiencia, que no les contaría por qué odiaba tanto al culto, ni por qué quería venganza. Nunca les había dicho a ninguno de ellos, ni siquiera a Sheriti, su verdadero nombre, ni cómo se había visto huérfano y perdido en las calles de Odji.

Al principio, lo había ocultado para protegerlos. Ambos lo habían ayudado, le habían salvado la vida en realidad, en aquellos primeros días, y no había forma de estar seguro de si quienes habían matado a su padre lo seguían buscando. Si así era, podrían perfectamente matarlo a él y a cualquiera que lo

conociera.

Después, cuando esas preocupaciones quedaron atrás, le pareció que lo mejor sería que el nombre de Sekhemar siguiera enterrado. El dolor nunca lo había abandonado y su furia contra el Culto de Set seguía siendo eterna, pero ya no fluía por sus venas con el mismo calor que antes. Cualquier plan de venganza resultaría un suicidio, y no cesaba de repetirse a sí mismo que eso no era lo que su padre hubiese querido.

Entonces, ¿por qué seguía preocupándole tanto? ¿Por qué seguía rondando sus sueños y hacía que se le contrajera el estómago cada vez que veía a uno de los sacerdotes de Set vestido con su túnica?

Sheriti se acercó a él y le rozó suavemente el brazo con los dedos.

—Pobre Anok. ¿Tu furia está dirigida contra el culto o contra Dejal?

—Él ha elegido su camino y ya no está a nuestro lado, Sheriti. Sí, estoy furioso con él. El día en que nos dijo que se iba a unir al culto de su padre fue el día en que los Cuervos comenzaron a debilitarse.

—Hablas de mí como si estuviera muerto, hermano.

Sorprendido, Anok se dio la vuelta para ver a Dejal subiendo por la escalera.

Bajo la capucha de la túnica del culto de color rojo sangre de Dejal, su rostro era blanco como la tiza, la señal de un auténtico estigio blanco, y sus ojos eran negros como el ónice. Se retiró la capucha, mostrando que llevaba la cabeza afeitada salvo por una negra coleta trenzada que le comenzaba en la coronilla y colgaba hasta su ancho cuello. Se situó en el borde del tejado y extendió las manos.

—Como puedes ver, estoy aquí mismo.

Anok parpadeó.

—Dejal —fue lo único que consiguió decir.

Dejal sonrió, pero la calidez del gesto parecía falsa.

—Aquí estamos, hermanos (y hermana), los últimos cuervos auténticos, juntos de nuevo, por última vez. El resto no son más que pretendientes y adláteres, y en cuanto nosotros nos hayamos ido, no quedará nadie.

Sheriti rompió el incómodo silencio que se produjo a continuación. Sonrió, se acercó, le tomó las manos y lo examinó.

—Resulta raro que lleves esa túnica, hermano. Sin embargo, me alegra verte.

Por su parte, la voz de Anok seguía sonando fría cuando habló.

—Tú hablas de los Cuervos como si ya estuviesen muertos, Dejal. Si es así, ¿por qué has venido?

—Únicamente para ver a los viejos amigos antes de que mis obligaciones en el templo no me lo permitan. —Se acercó a Anok y se situó ante él con los brazos cruzados—, Los Cuervos son parte de nuestro pasado, Anok. Acéptalo. Ya no somos niños robando por las calles. Sheriti y Teferi no han emprendido

su propio camino por mi causa, sino porque ya hemos dejado atrás tales actividades.

—Nunca he aprobado el robo, Dejal, salvo para sobrevivir.

El otro hombre se rió.

—El noble Anok. Si no fuera por tus escrúpulos, ahora los Cuervos serían bastante más ricos, y tal vez podríamos ser algo más que una pandilla de niños callejeros cuyos pequeños días de gloria han quedado en el pasado. Pero para seguir ese camino hacia la madurez, tendríamos que aprender a robar sin vacilación, actuar sin conciencia y matar sin misericordia, algo que tú nunca podrías hacer.

—Entonces, lárgate, Dejal. No te necesitamos.

El acólito ladeó la cabeza y alzó las palmas abiertas hacia Anok.

—No me has entendido bien, hermano. Sólo he venido porque me preocupáis, sobre todo tú. El resto de nosotros ha hallado un objetivo en la vida más allá de los Cuervos. Tú también debes hacerlo, Anok. —Extendió la mano derecha—. Hasta entonces, compartamos una última aventura juntos, como en los viejos tiempos.

Anok contempló la mano y meditó. Dejal también le había salvado la vida. No una, sino muchas veces. Aunque a menudo su relación resultaba difícil, hubo un tiempo en el que estuvieron tan unidos como dos auténticos hermanos. Finalmente, agarró la mano del otro joven con la suya y la apretó.

—Por los viejos tiempos, entonces.

Se dio la vuelta hacia Teferi.

—¿Hablaste con Rami?

Dejal arrugó la nariz.

—¿Le pediste ayuda a esa comadreja cobarde? Recuerda lo que te dije sobre los adláteres.

Anok lo miró con desaprobación.

—Rami tiene sus habilidades. Tal vez no se pueda contar con él, pero resulta útil de vez en cuando, y su cara es menos conocida en las calles de Odji que la de cualquiera de nosotros. Pensé que podría resultar provechoso enviarlo por delante como explorador.

Teferi asintió con la cabeza.

—Ya debería estar en el Gran Mercado, buscando a nuestros piratas.

Sheriti miró a Anok con el entrecejo fruncido.

—¿Piratas? Entonces, ¿tenemos un trabajo? Como es la noche de la Festividad, pensaba que nos habías invitado a venir para pasar toda la noche de fiesta, por los viejos tiempos.

Anok comprobó la posición del sol en el cielo.

—Aún tenemos tiempo para hacer ambas cosas, hermana. Nos han contratado para que nos reunamos con una tripulación de piratas que acaba de desembarcar y negociemos la compra de un antiguo artefacto, algún tipo de

objeto con supuestos poderes místicos que dudo que tenga.

Sheriti no parecía convencida.

—¿Quién nos ha contratado?

—No lo sé. Contactaron conmigo por medio de un intermediario, pero… —introdujo la mano en la bolsa y la sacó llenaentregaron un adelanto.

Le lanzó una brillante chuchería roja a cada uno. Todos las examinaron.

—Rubíes de sangre —exclamó Teferi, claramente impresionado.

—Cortados y perfectos —explicó Anok. Le dio un golpecito a la bolsa haciéndola resonar—. Hay más para comprar nuestro objeto, y si puedo conseguir un precio bajo, el resto son nuestros, además de una recompensa a la entrega del artefacto.

—Parece un salario muy alto para una tarea tan sencilla —comentó Sheriti.

Anok sonrió.

—Mi encantadora hermanita, sabes perfectamente que ese tipo de cosas nunca son tan sencillas como aparentan. Apostaría a que hoy nos ganaremos nuestras baratijas. Y luego, volveremos al Nido y pasaremos toda la noche de fiesta.

Sheriti le devolvió la sonrisa. Incluso ahora, el peligro era como una golosina para ellos.

—Está bien, entonces —concedió la joven—, Al Gran Mercado.

2

Mientras Anok y sus compañeros se dirigían al Gran Mercado, eran como peces nadando corriente arriba (con el flujo de tráfico en su contra), la gente iba cargada con suficientes provisiones para la larga noche que se aproximaba. En el aire se percibía una energía festiva, aunque nerviosa, con sonrisas y carcajadas por todas partes. También se notaba un hedor a miedo, perceptible incluso bajo los olores habituales de la calle, a comida cociéndose, extrañas especias, humo de madera y la siempre presente fetidez del ganado.

El sol se hundió al oeste del cielo, proyectando largas sombras tierra adentro y situando muchas de las estrechas calles de Odji bajo un prematuro crepúsculo. Una anticipación nerviosa, casi mareante, a causa de la Festividad se había apoderado de los barrios bajos. Muchas de las tiendas ya estaban cerradas y las tabernas estaban haciendo un gran negocio, pues una constante corriente de hombres salían cargados con jarras de cerveza selladas con cera y botellas de vino.

Mujeres y niños llevaban a casa tantas exquisiteces comestibles como sus modestos medios se lo permitían: cestas de dátiles, tarros de aceitunas, fragantes hogazas de pan recién salidas de los hornos, pescado salado, patos asados o grasientas bolsas cerradas que contenían gusanos de seda condimentados y fritos, un preciado lujo.

Otros se encargaban de reunir a los animales: patos, gansos, cabras, monos, incluso camellos y caballos, y de encerrarlos en el interior de los establos. Esta noche las calles estarían vacías, salvo por las serpientes, los discípulos de Set y aquellos desventurados que, sin otro lugar al que ir, serían las víctimas de sus sacrificios.

Para pasar inadvertidos, los Cuervos se habían desplegado entre el gentío, con Anok en la retaguardia controlando a los demás. Se sorprendió cuando, a mitad de camino del mercado, Dejal se rezagó para unirse a él.

—Feliz Festividad, hermano Anok.

Al ver su túnica, la gente se apartó y los habituales empellones de la multitud cesaron. Anok observó con cierto grado de repugnancia que Dejal parecía disfrutar del miedo que suscitaba su condición.

—¿No podías haber dejado la túnica en el Nido, sólo por esta vez?

Dejal se apartó la capucha y le sonrió.

—Esto es lo que soy ahora, viejo amigo. ¿Ves cómo me temen? Eso es

poder y sólo un pequeño anticipo de lo que me espera en mi nueva senda.

Anok resopló.

—¿Qué es el poder? ¿Te lo puedes comer? ¿Te lo puedes beber? ¿Te lo puedes gastar en el mercado? ¿Calentará tu cama por la noche? El poder es el narcótico de los tontos, Dejal.

El otro hombre simplemente soltó una carcajada.

—Lo dice alguien que no tiene ningún poder. Pero eso podría cambiar, Anok. Mi padre tiene influencia y tú contarías con mi recomendación. A pesar de tu sangre estigia mezclada, podría haber un lugar para ti en el templo.

Fue el turno de Anok de soltar la carcajada. Señaló a los otros, un par de metros por delante.

—¿Y también para ellos?

—Ellos no llevan sangre estigia en las venas, Anok. La auténtica sangre de Set. Te digo esto únicamente a ti, como prueba de amistad.

—La amistad atraviesa cualquier frontera, incluso las de sangre. Aquel que lucha a mi lado, permanece a mi lado, Como hiciste tú en el pasado, Dejal. ¿Qué te ha sucedido? Llegaste a las calles de Odji buscando rebelarte contra la ciudad interior y contra tu padre. Ahora, sigues sus pasos.

Dejal sonrió con complicidad.

—Tan lejos como me lleven. Pero mi padre ha malgastado oportunidades y el auténtico poder siempre le ha eludido. Yo llegaré más lejos en el templo de lo que él llegó nunca y podría llevarte conmigo.

Anok aceleró el paso para alejarse del acólito.

—Entonces, «viejo amigo», sigue tu nueva senda, pero síguela solo.

Mientras se alejaba de Dejal, vio que Sheriti se volvía para mirarlo. Lo esperó y lo tomó del brazo, apoyando la mejilla contra su hombro. Levantó la vista hacia él con una sonrisa.

—Para no desentonar —fue lo único que dijo la joven.

Aún estaba furioso con Dejal. Sheriti lo hacía sentir mejor y él no se quería sentir mejor.

—Odio ver a mis hermanos cuervos así —comentó la joven al fin.

—Dejal tiene razón. Los Cuervos prácticamente han dejado de existir. Tú lo has visto. Teferi lo ha visto, Yo también debería haberme dado cuenta.

—Siempre seremos cuervos, Anok, incluso si no vagamos juntos por las calles en busca de aventuras. Siempre seremos aquello en lo que nuestro tiempo juntos nos ha convertido.

Anok no respondió. Su mirada y su atención estaban centradas al frente, en un rostro familiar que se acercaba a ellos, apareciendo y desapareciendo entre el gentío.

Rami era un shemita, un ejemplo de pequeñas proporciones de aquellos famosos jinetes. De piel oscura y nariz aguileña, el cabello negro azulado le caía sobre los hombros en grasicntos rizos. Sus grandes ojos se movían de

manera furtiva y su perpetua media sonrisa ni siquiera parecía sincera en los mejores días. Pasó junto a Teferi, saludándolo únicamente con una breve mirada y un movimiento de cabeza, y se dirigió con toda tranquilidad hacia Anok y Sheriti.

Anok no pudo contener una ligera sonrisa mientras Teferi, por un antiguo hábito, comprobaba su bolsa, dándole un golpecito para asegurarse de que seguía atada a su cinto y de que el contenido estaba intacto. La habilidad de Rami como carterista era legendaria y era muy capaz de utilizarla con sus amigos, aunque sólo fuera en broma.

Rami se acercó a ellos sin llegar a establecer contacto visual, aparentando que su cercanía era una simple coincidencia.

Anok tampoco lo miró al hablar.

—¿Nuestros piratas?

—Recién salidos del barco, ansiosos por encontrar comida, bebida y cualquier cosa con faldas, La mayoría, al menos.

—¿La mayoría?

—Hay una bárbara con ellos.

Teferi frunció el entrecejo.

—Esto no es el comienzo de otro chiste sobre bárbaros, ¿verdad?

Aunque había pasado toda su vida en las ciudades, Teferi seguía tomándose los chistes sobre bárbaros como algo personal, y Rami lo sabía.

—Una mujer bárbara. Probablemente de algún reino del norte. Puede que incluso del mismo lugar que ese rey bárbaro de Aquilonia del que se oyen historias…, Kutaman.

—Es Conan —lo corrigió Anok—, el rey Conan.

—Ese mismo. A lo que iba, es alta, de pelo oscuro, piel morena y lleva una espada que mide lo mismo que yo. Por cómo se comporta, también sabe cómo utilizarla. Yo tendría cuidado con ella.

Anok miró a Sheriti y asintió con la cabeza.

Rami se acarició el pequeño mechón de barba que le crecía en el mentón.

—Están en la taberna El Pato y la Aceituna. Son como una docena. Muchos mestizos, argosianos y zíngaros. El capitán es argosiano y hay que mantenerlo vigilado. El resto es un grupo variopinto. Puede que no sean muy buenos luchando, pero son ariscos e impredecibles. No les hará falta un motivo para crear problemas: puede que lo hagan simplemente por diversión.

Anok volvió a asentir.

—Entonces, actuaremos de prisa. Entramos y salimos antes de que se pongan nerviosos. Ve a decírselo a los demás.

Rami lo miró con la sonrisa ligeramente torcida.

—¿Tienes algo para mí?

El otro hombre gruñó con irritación. Odiaba hacer pagos a la vista de todo el mundo. Introdujo la mano en la túnica, sacó una gema de la bolsa que

llevaba oculta allí y la apretó con rapidez contra la palma de Rami.

—Examínala después —susurró en voz baja—. Ahora, informa a los otros.

Rami volvió la vista hacia Dejal e hizo una mueca de asco. No se podían ni ver. Siempre había sido así.

—¿A él también?

—A él también.

Rami se guardó la joya en el bolsillo y se puso en marcha para pasarle el mensaje a Teferi.

Sin embargo, el shemita acababa de desaparecer entre la multitud cuando un trío de hombres se situó en el camino de Anok: un hombre mayor con barba, más o menos de la misma altura que él, con el cabello largo y gris y la piel morena, y un par de gemelos idénticos, de piel oscura, musculosos, calvos, medio desnudos y mucho más altos que su compañero. Cada uno de los gemelos llevaba una gran espada en una vaina que le colgaba de la espalda, y ambos parecían perfectamente capaces de manejar la enorme arma con una sola mano.

Los gigantes gemelos eran nuevos para él, pero Anok conocía al compañero de más edad demasiado bien y lo saludó sin entusiasmo.

—Lord Wosret, feliz Festividad.

Wosret no era un auténtico noble, ni nada parecido. Se trataba de una avezada rata callejera con al menos un poco de sangre estigia en su variada ascendencia, y durante muchos años había sido el líder de la poderosa banda de los Escorpiones Blancos.

Al igual que ocurría con todos los jefes de las bandas de Odji, Anok y los Cuervos habían trabajado para aquel individuo en muchas ocasiones desempeñando diferentes funciones: como mensajeros, negociadores, agentes de cobros, guardias o peones, por nombrar algunas. A Anok no le gustaban las bandas, pero estos grupos eran la realidad de Odji, además de contarse entre los patronos más fiables que habían contratado los servicios de los Cuervos a lo largo de los años. Sólo recientemente los señores de las calles habían dejado de llamarlos, otro factor que había contribuido al declive de los Cuervos.

Anok presentía por qué motivo lo había detenido Wosret, y no quería hablar del tema, sobre todo ahora.

—Me gustaría charlar, pero tengo que ocuparme de otro asunto urgente antes de la puesta del sol.

Comenzó a pasar junto a ellos, pero Wosret le puso una mano sorprendentemente fuerte contra el pecho y lo empujó suavemente hacia atrás.

—¿Tu viejo amigo y benefactor te pide un minuto de tu tiempo y te niegas? Pensé que eras mejor, Anok Wati.

El increpado frunció el entrecejo, pero se contuvo. No había forma de evitar el enfrentamiento, pero esperaba que los demás hubiesen captado la difícil situación en la que se encontraba y estuviesen esperándolo.

—Te hice una oferta hace poco, Anok. ¿Has pensado en ella?

Intentó responder lo más diplomáticamente posible.

—Naturalmente, sería un honor unirme a los Escorpiones Blancos, mi señor. Pero siempre me he enorgullecido de mi neutralidad en los asuntos de las bandas. Si fuera a unirme a alguna, sería a la vuestra, pero no…

La expresión de Wosret se tornó furiosa y sus ojos oscuros relampaguearon.

—Se trata de las Ratas del Río, ¿verdad? Ultimamente han estado intentando introducirse en mi territorio y les encantaría contar con una oportunidad para arrebatarme el Paraíso. ¿Qué te han ofrecido?

—Nada, señor. Ni siquiera he hablado…

—¡Mentira! Uno de mis subalternos te vio hablando con Nakhti cerca del distrito de los prisioneros la semana pasada.

Anok gruñó para sus adentros. Ciertamente, había tenido un encuentro fortuito con Nakhti, el líder de las Ratas del Río, muy similar a éste en el que estaba envuelto en este momento.

—Nakhti se puso en contacto conmigo, es cierto, y lo rechacé sin ni siquiera oír sus condiciones.

Wosret soltó una carcajada.

—Para ser alguien que acaba de oponerse a lord Nakhti con tanta dureza, sorprende tu buen estado de salud. ¿Le dijiste que pensarías en su oferta? Quizá nos estás enfrentando uno al otro para conseguir mejores condiciones de empleo. —Agitó la mano y los dos gigantes se adelantaron, irguiéndose sobre Anok—. Permíteme que te lo ponga fácil, Anok: acepta las condiciones de Nakhti, sean cuales sean, y no vivirás para cobrar. Cuento con el poder para protegerte de cualquier amenaza que él te haya hecho. Él no puede decir lo mismo.

—Sois muy poderoso, señor, pero no quiero unirme a ninguna banda.

Su interlocutor volvió a reír, más alto esta vez.

—Hablas como si tuvieras alguna alternativa. No nos interesa la mayor parte de tu grupito, ni el kushita, ni la hija de la puta. Necesitamos hombres de verdad, con habilidad y linaje, no mujeres ni clases inferiores. Dejal serviría, pero se ha comprometido con el Templo de Set y está fuera de nuestro alcance. No como tú, Anok. Tienes habilidades, talento y un gran potencial. Al igual que yo, tienes sangre estigia en las venas. Un día, tal vez podría verte convertido en uno de mis lugartenientes. O incluso en aquel que elija como sucesor.

—Me siento halagado, lord Wosret, y pensaré en ello. Pero el sol está descendiendo y tengo asuntos que atender.

Rami surgió del gentío y se acercó con tranquilidad a Anok. Saludó alegremente a Wosret, quien gruñó sin quitarle los ojos de encima a Anok. Rami se volvió hacia él.

—Eh, Anok, llegamos tarde… a esa —dudó, mientras pensaba—, esa cosa. Y a sabes, esa cosa a la que llegamos tarde.

Wosret siguió ignorando al shemita.

—Te unirás a mí, Anok. Te unirás a mí o morirás.

—Yo me uniré a vos —intervino Rami—, Reclutadme.

Wosret se dio la vuelta rápidamente y se alejó, sus gigantescos guardaespaldas se situaron delante de él para apartar al gentío.

—Me uniré a vos —repitió Rami, gritando a su espalda, pero lo ignoraron por completo.

Suspiró y encorvó los hombros.

—Si los Cuervos se separan, voy a tener que volver a robar bolsos a tiempo completo.

—¿Cuándo dejaste de hacerlo? —Anok miró a su alrededor—, ¿Los demás están esperando?

Rami asintió con la cabeza.

—Vi lo que pasó y se lo conté a todos. Están por aquí, en alguna parte.

—Entonces, pongámonos en marcha. Hemos perdido un tiempo valioso.

La multitud disminuyó rápidamente mientras entraban en el Gran Mercado. La mayoría de los puestos habían cerrado o lo estaban haciendo en ese momento, los mercaderes cargaban las mercancías sobrantes en carros, enrollaban las tiendas y toldos de vivos colores y se preparaban para marcharse. El escaso comercio que aún seguía desarrollándose tenía lugar principalmente alrededor del borde del mercado abierto, donde se encontraban los negocios permanentes: tabernas, panaderías, herrerías y mercaderes de bienes de lujo.

El Pato y la Aceituna estaba situada en el otro extremo del mercado y, con el sol tan bajo, cada paso que los seguía alejando del Nido hacía que Anok se sintiera más intranquilo. Para empeorar las cosas, un banco de nubes amarillas con aspecto azufrado se aproximaba desde el mar, trayendo con él los primeros indicios de niebla. Era como si la noche se estuviera apresurando para reunirse con ellos.

La plaza del mercado se estaba quedando vacía con rapidez y no tenía mucho sentido intentar disimular sus movimientos, así que los Cuervos cerraron filas y avanzaron el resto de camino hasta la taberna en grupo. Anok oyó masticar y bajó la mirada para encontrarse con Rami comiendo de una copa de arcilla llena de gusanos de seda fritos. Torció el gesto.

—¿Has pagado eso?

Rami adoptó un aire indignado.

—¡Sí! Tal vez. ¡No! Pero de todas formas ya no iba a vender nada más a estas horas.

Anok miró por encima del hombro en busca de alguna señal de persecución, y al no ver nada, gruñó.

—Sería estupendo que nos hicieras perder este trabajo por robar algo para satisfacer tu tripa.

Rami se encogió de hombros y sostuvo la copa en alto.

—¿Quieres?

Anok apartó el recipiente.

—Ya hemos llegado.

El Pato y la Aceituna era una pequeña taberna situada al borde del mercado. Los antiguos glifos del «pato» y la «aceituna» estaban tallados en la mampostería encima de la puerta abierta, pero los postigos pintados de verde siempre estaban firmemente cerrados y atrancados. Un hombre enjuto y calvo permanecía en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mezcla de ira e inquietud en el rostro. Anok habría apostado el amuleto de su padre a que aquel tipo no era un pirata. Le sorprendería que el hombre hubiese estado alguna vez en los muelles.

—Está cerrado —anunció.

Sin embargo, Anok oyó voces y risas masculinas en el interior.

—Parece que aún tenéis clientes.

—Piratas, recién salidos del barco. Los muy idiotas no quieren marcharse y yo tengo que volver a casa con mi mujer y mis hijos. O no saben que es el día de la Festividad o no les importa.

Anok esbozó una ligera sonrisa.

—Nosotros los sacaremos de ahí… por dos piezas de oro para cada uno.

—¡Eso es un robo!

—Si fuera un robo, lo sabríais. Somos los Cuervos. Habéis oído hablar de nosotros.

Los ojos del hombre se abrieron un poco al reconocerlos.

—Puede ser. —Miró por encima del hombro con nerviosismo a los hombres sentados a la barra; luego se dirigió de nuevo a Anok—, No rompáis nada.

—Dos piezas de oro para cada uno… por adelantado.

El hombre refunfuñó y buscó en una bolsa que llevaba oculta tras el delantal de cuero.

—Un robo. Estaba en lo cierto la primera vez.

Anok tomó las monedas y se las pasó a Sheriti para que se las repartiera a los otros. A continuación, introdujo la cabeza por la puerta. La mayoría de los piratas se encontraban en la barra. Un hombre con forma de barril se había subido a ella. Llevaba monedas de plata con agujeros trenzadas en el largo pelo y una mano cubierta de anillos mantenía apartada una descuidada barba entrecana mientras engullía una jarra de cerveza. Anok asumió que se trataba del capitán.

La mujer bárbara que había mencionado Rami estaba sentada a solas a una mesa, con los pies en alto, recostada en el banco con los hombros apoyados

contra la pared y una botella de vino aferrada en la mano. En cierta forma, Anok había esperado encontrar una tosca bruja, pero se trataba de una mujer muy interesante, con el largo cabello oscuro recogido en una coleta y una falda y una blusa de cuero que revelaban buena parte de su piel morena y de su cuerpo lleno de curvas. Tenía los miembros, sobre todo los brazos, delgados y bien musculados. Los ojos oscuros le brillaban en la penumbra de la taberna cerrada y sus facciones angulosas resultaban duras pero atractivas. Aunque hacía un gran alarde de relajación, permanecía alerta y atenta. Anok se dio cuenta de que lo estaba mirando a él y de que había deslizado tranquilamente la mano libre hasta posarla sobre la empuñadura de su descomunal alfanje.

— ¡Eh! —Anok volvió a centrar la atención en el capitán—, Estoy buscando al capitán Danyo, del *Halcón de mar.*

El hombre de la barra lo miró sin comprender, dejó caer la jarra vacía que se hizo añicos contra el suelo y alargó la mano hacia su propio alfanje.

—¿Quién lo busca?

—Anok Wati y sus Cuencos.

—No os conozco.

—No tenéis por qué. Nos contrataron para compraros un objeto y nos dijeron que nos estaríais esperando.

El encargado de la taberna fulminó a Anok con la mirada al comprender que lo habían engañado, pero no dijo nada. No cabía duda de que consideraría bien gastado el oro si se marchaban.

El capitán dejó que el alfanje a medio desenvainar volviera a deslizarse dentro de la vaina.

—Sí, tenemos algo para vender. Un objeto único de gran valor.

—Ya veremos —respondió Anok.

—Entrad. Bebed con nosotros y hablaremos.

—Prefiero hablar fuera.

—Dentro.

Anok se encogió de hombros y sostuvo en alto una joya carmesí.

—Si no os interesan estos rubíes de sangre, entonces nos marchamos. Se está haciendo tarde.

Los ojos del capitán se abrieron ligeramente y se relamió como un perro hambriento al ver carne.

—Muchachos —anunció—, salgamos de aquí.

Anok y sus compañeros se apartaron de la puerta mientras los piratas salían a la penumbra del crepúsculo. La niebla ya era lo bastante espesa como para no poder vislumbrar el otro extremo del mercado desierto.

El tabernero observó cómo salía el último pirata, entonces se deslizó por la puerta y la cerró de un golpe tras él. Se pudo oír el sonido de la pesada tranca al caer. El último pirata se dio la vuelta y golpeó la puerta cerrada.

—¡Eh!

El capitán Danyo le indicó con un gesto que se apartase de la puerta.

—Hay otras tabernas.

Anok asintió con la cabeza.

—Hay algunas que abren toda la noche, pero os será difícil dar con una que os abra la puerta tan tarde el día de la Festividad.

Danyo resopló.

—¡Festividad! El tabernero intentó asustarnos con locas historias sobre la Festividad. ¡Cuentos de viejas! No tenemos miedo.

Teferi se acercó para situarse detrás del hombro derecho de Anok, con el arco en la mano.

—Deberíais. ¿Cómo podéis ser piratas en esta costa y no saberlo?

Danyo soltó una carcajada.

—Serpientes gigantes. Altares para sacrificios. Cuentan que, por la mañana, las cloacas bajan rojas por la sangre y que la mancha escarlata se puede ver incluso desde mar abierto. ¡Bobadas!

—Nadie se queda en las calles por la noche y sobrevive, amigo. —Anok señaló con el pulgar por encima del hombro hacia la túnica roja de Dejal—. Salvo ésos.

Dejal mostró una sonrisa de aspecto malvado y Anok tuvo que esconder su regocijo. Por un momento fue como si su travieso compañero de la infancia hubiera regresado.

—En cuanto hayamos acabado con esta transacción os ayudaremos a encontrar un lugar seguro en el que esperar a que pase la noche. Sin coste adicional.

El capitán no parecía convencido.

—Dijisteis algo acerca de unos rubíes.

—Vos dijisteis algo acerca de un objeto.

No le habían dicho de qué objeto se trataba. Anok sólo sabía que era pequeño, místico y muy valioso, pero sólo para quien supiera qué era y cómo emplearlo.

El capitán introdujo la mano bajo su placa pectoral y sacó un trozo doblado de hule aproximadamente del mismo tamaño que su mano extendida. Lo abrió y Anok vislumbró el brillo del metal. El objeto era plano y estaba grabado con elaborados diseños, pero no podía verlo bien desde donde se encontraba.

Buscó bajo su túnica y sacó la bolsa de gemas. Estaba considerablemente más vacía que cuando habían comenzado el viaje. Mientras caminaban, había traspasado muchas de las joyas a varios bolsillos ocultos en el interior de su ropa, lo que le proporcionaba más margen para negociar el precio. Agitó la bolsa.

—Veinte rubíes de sangre, todos perfectos y grandes como el que visteis. Cada uno vale cien piezas de oro.

El capitán pirata entrecerró los ojos y se rascó la barba.

—Perdí dos buenos hombres para conseguir esta chuchería. —Fingió pensarlo un minuto, pero Anok sabía que ya tenían una cifra en mente—. No podría aceptar menos de cincuenta.

¿Habían muerto hombres para conseguir esa cosa? A Anok no le gustaba cómo sonaba eso, ni lo que revelaba sobre quien más estuviera buscándola. Cuanto antes se la entregara a su misterioso empleador, mejor. Pero para hacerlo, debía cerrar el trato.

Estudió cuidadosamente el rostro del capitán en la penumbra. Estaba a punto de correr un riesgo calculado que bien podía causar una ofensa. Pero siempre había muchísima renovación en las tripulaciones pirata y, con bastante frecuencia, había marineros que se «perdían» convenientemente cuando llevaban en el barco más tiempo de la cuenta.

—Un precio muy alto, incluso para dos hombres, capitán. Así que, entonces, la cuestión es: ¿os caían bien…, o comían demasiado?

El capitán alzó las pobladas cejas y su expresión se tornó grave. Entonces, su vientre se sacudió y una risita escapó de sus labios, transformándose en una carcajada.

—Bueno, supongo que ahí me habéis pillado, Anok de los Cuervos. No los echo mucho de menos, pero tendré que buscar sustitutos antes de zarpar. El coste de hacer negocios, ¿eh?

—Veinticinco —respondió.

—He recorrido un largo camino para que me insulten. Cuarenta, y no me pongáis a prueba más allá de ahí.

—Treinta, y es mi última oferta. De hecho, es todo lo que tengo.

Naturalmente, se trataba de una mentira, pero la negociación estaba acabando con todo su beneficio. Buscó en dos de los bolsillos ocultos, sacó cinco gemas de cada uno y las dejó caer dentro de la bolsa con las demás. Dos bolsillos más seguían intactos.

—Ni siquiera sé por qué estoy considerando esto, pero treinta y cinco.

Anok entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Dije treinta.

La tensión que se percibía en el aire era tan espesa como la niebla. Alrededor de Anok, amigos y enemigos dirigieron las manos lentamente hacia sus armas.

—Treinta —pronunció el capitán. No se trataba de una respuesta. Era como si estuviera sopesando la palabra para comprobar su peso—. Treinta. —Gruñó en voz baja y luego suspiróEntonces sería…

Sus palabras fueron interrumpidas por un sonido que surgió a espaldas de Anok, una profunda nota interpretada por cuerdas, que se unió formando el zumbido de un avispón furioso que pasó velozmente junto a su oreja y terminó en un húmedo chasquido mientras la punta de la flecha atravesaba

por completo la garganta del capitán y surgía por la parte de atrás de su cuello. El hombre se sacudió, con los ojos abiertos de par en par, jadeó una vez y cayó como un juguete roto sobre la calle polvorienta, retorciéndose en una creciente charca de sangre negra.

Todos estaban demasiado sorprendidos como para reaccionar de inmediato. Anok tardó unos segundos en mirar hacia atrás para ver quién había hecho el disparo. Ese día, él y Sheriti eran los únicos que no había traído arco; sin embargo, al darse la vuelta, los otros tres llevaban el suyo colgado del hombro. ¿Alguien se había movido de prisa para ocultar sus actos o el disparo había llegado de algún lugar detrás de ellos? De repente, se puso alerta ante una emboscada.

Finalmente, un zingaro alto, al que Anok había calificado como el primer oficial, se adelantó y sacó el alfanje, la hoja curva desprendía destellos azules contra la niebla.

—¡Traición! ¡Matadlos a todos!

Anok desenvainó la espada derecha y se enfrentó al zingaro. Las espadas que él llevaba no contaban con el alcance ni con la fuerza de un alfanje pirata, pero Anok confiaba en su pericia y rapidez, así como en la potencia de su brazo derecho. Mantendría la otra arma en reserva hasta comprobar la valía de los piratas.

Detrás del hombro del primer oficial, vio que uno de los piratas más imponentes había capturado a Sheriti, hecho que no le preocupó en demasía. La joven chilló y agitó los pies en el aire mientras el hombre le rodeaba el cuello con el brazo, pero vio cómo Sheriti deslizaba la mano derecha por la abertura lateral de su falda.

Anok se encontró rápidamente a la defensiva, ya que el pirata resultó ser un enemigo fuerte, aunque no veloz. Mientras esquivaba golpe tras golpe, permitió que lo situase con el brazo derecho junto a la pared de la taberna, una posición que debería haberlo colocado en desventaja.

Fingió debilidad un momento, luego lanzó la espada de la mano derecha a la izquierda y pasó a la ofensiva.

La maniobra pilló al pirata desprevenido. Desconcertado y sin estar seguro de cómo responder, retrocedió. Anok lo siguió, presionando de cerca para que el hecho de llevar una espada más corta lo favoreciera. Entonces pasó la mano derecha por delante del cuerpo y sacó la otra espada de la vaina, alzando el brazo desde abajo.

El pesado pomo de bronce chocó contra la mano de la espada del pirata. Oyó romperse los huesos y el alfanje salió volando.

Lanzó la espada izquierda hacia adelante y sintió un crujido carnoso mientras se enterraba en la tripa del pirata. El hombre abrió los ojos por la impresión, y aún más cuando impulsó la hoja hacia arriba para rematarlo.

Anok empujó al hombre con el pie para apartarlo de la espada antes de que

el arma se viera arrastrada en la caída del oficial muerto.

Levantó la mirada a tiempo para ver a Sheriti, que seguía en manos del mismo pirata, trazar un amplio arco con el cuerpo hacia la izquierda, apoyando todo su peso en el brazo que le rodeaba el cuello. El estilete que sostenía en el puño derecho giró con ella y se enterró prácticamente hasta la empuñadura en la ingle de aquel desventurado.

El hombre la soltó y retrocedió tambaleándose y gimiendo, pero Sheriti se dio la vuelta y sacó otro estilete de la vaina oculta que llevaba atada a la cadera izquierda por debajo de la falda. Se lanzó hacia adelante, lo hundió profundamente en el ojo izquierdo del pirata, hasta el cerebro, y lo sacó con la misma velocidad. El hombre había muerto antes de llegar al suelo.

La joven se apresuró a recuperar la primera arma y se levantó con una hoja ensangrentada en cada mano, una mancha de sangre que le empapaba la parte delantera del vestido de seda y un gruñido de desafío en los labios rojos.

Anok vio a Teferi enfrentándose a dos de los hombres, e iba a ayudarlo cuando comenzaron a brotar flechas de los hombros de los piratas. Levantó la vista para descubrir a Rami disparando desde encima de una fuente cercana; un pirata muerto había caído de cabeza en la charca que había a sus pies, oscureciendo lentamente el agua con su sangre.

Cerca de allí, Dejal se defendía perfectamente de otro pirata.

Cinco menos.

Oyó un ruido a su espalda y se dio la vuelta, alzando ambas espadas mientras se situaba bajo el torpe golpe de un pirata que había esperado sorprenderlo.

Moviéndose de forma veloz e instintiva, apoyó las espadas gemelas, cruzadas por la empuñadura, contra la garganta del pirata.

Con un rugido animal, las separó de golpe con un potente movimiento cortante que atravesó músculos, tendones y que, finalmente, se deslizó entre los huesos del cuello para separar la cabeza limpiamente.

La cabeza giró en el aire unos segundos y la sangre caliente salpicó a Anok como una lluvia de verano.

Otro movimiento tras él.

Con el corazón latiendo con fuerza debido a la reciente muerte, se dio la vuelta, con el brazo derecho en alto, casi sin tiempo para desviar el alfanje que iba directo a su cabeza.

La mujer bárbara se acercó a él sin temor, con una mirada de completa resolución en sus angulosos rasgos.

Era rápida y contaba con un brazo casi tan fuerte como el del primer oficial. Incluso con dos espadas para defenderse, Anok se encontró retrocediendo una y otra vez. La espada de la bárbara atravesaba el aire, sin golpear dos veces desde el mismo ángulo. Anok se había enfrentado a mejores rivales, pero no a muchos.

Entonces la mujer comenzó a hablar, lo que le produjo asombro.

—La flecha… ¿Ese fue tu plan desde el primer momento?

—¡Ni quiero ni pido favores, bárbara!

Las espadas brillaban y el repicar del acero era constante.

—¡Ni yo los ofrezco, hombre de ciudad! —Hablaba estigio con un fuerte acento—. ¡Si tienes honor, dilo!

A pesar de todo, siguió empujándolo, los ataques de la mujer bárbara no habían aflojado en lo más mínimo. El acero chocó con furia contra el acero, como las campanadas del templo bajo un viento de tormenta.

—Vine a comprar algo… a un precio justo. —Otro paso atrás, aunque no tan lejos esta vez—. Eso es todo.

El avance de la mujer se detuvo. Al parecer, había tomado una decisión.

Anok respondió a su vacilación con un contraataque, pero ella se escabulló bajo su espada, que se clavó en el pecho de un sorprendido pirata que se lanzaba al ataque tras la mujer. El pirata jadeó y logró agitar tambaleante su alfanje.

Anok apartó fácilmente el arma con la otra espada y, al ver que la herida no era inmediatamente mortal, le cortó el cuello de un rápido tajo, liberó de un tirón la espada incrustada y lo desarmó con rapidez como medida de precaución.

Al final, resultó innecesario. El hombre cayó y Anok buscó a la mujer bárbara. Tardó un momento, ya que su mirada se vio atraída hacia los que seguían luchando.

Estaba arrodillada junto al cadáver del capitán, pero no por preocupación. Agarró el trozo de hule que contenía el artefacto. Al hacerlo, el hule se abrió poniendo al descubierto su contenido: un sencillo medallón de hierro con el contorno de una media luna y dos estrellas.

Anok ahogó una exclamación al reconocer el objeto, su mano ascendió para cerrarse sobre su pecho. Ya había visto antes un medallón como ése. Le pertenecía a él, y sabía que no podía permitir que su gemelo se le escapase de las manos.

La mujer bárbara se encontró con su mirada durante unos segundos y, con una sonrisa, se guardó el paquete entre los generosos pechos. Un saludo con la espada y se marchó, atravesando el mercado con un rápido trote.

De repente, Anok se dio cuenta de que estaba muy oscuro.

Entonces oyó los cuernos, cuya llamada surgía de todas las torres de la ciudad interior; las notas graves y estremecedoras que marcaban el comienzo de la Festividad.

—Buscad un lugar seguro —les gritó a los demás—. Yo voy a seguir a la mujer. ¡Os encontraré, aunque sea por la mañana!

A continuación, salió corriendo tras ella hacia la oscuridad.

3

Anok se movió con rapidez por el mercado vacío, apenas capaz de distinguir las paredes de los edificios más cercanos. Aunque no había visto por dónde había ido la mujer, sí había captado en qué dirección y, aunque probablemente ella no lo sabía, esa ruta ofrecía pocas salidas. Aún tenía posibilidades de alcanzarla.

El sonido de pasos y voces lo hizo volverse. Al fondo de una calle a su derecha vio antorchas en movimiento y, bajo la luz, un grupo de figuras con túnicas y capuchas.

¡Acólitos de Set!

Cruzó la callé con rapidez, de forma que quedara fuera de la vista de los acólitos. Sin embargo, habría muchos más por las calles y podían estar al acecho detrás de cualquier esquina. Se preguntó si la mujer comprendería mejor el actual peligro que su capitán.

La Festividad era una noche de sacrificio a Set, en la que el culto le ofrecía sangre a su malvado dios serpiente. Esa sangre podía proceder de cualquier fuente: esclavos, criminales encarcelados, herejes condenados, prisioneros de guerra, las escasas vírgenes (naturalmente, había muy pocas en Estigia) y cualquiera lo bastante ignorante, lo bastante estúpido o lo bastante desafortunado como para que lo atrapasen en las calles después de oscurecer.

Los lugareños sabían que debían encerrarse tras puertas y ventanas; beber, cantar y celebrar; y negar los horrores que se desarrollaban afuera. Pero algunas veces los visitantes extranjeros no lo sabían, o no creían las advertencias que se les ofrecían, y se convertían en presas fáciles para los acólitos.

La mujer era una luchadora fuerte, cierto, pero los acólitos simplemente la aplastarían con su ventaja numérica o se mantendrían a distancia y la inutilizarían con una flecha certera.

La última vez que la había visto, la mujer se movía de prisa, pero tal vez ya no esperase que la persiguieran tan avanzada la huida. Sin duda, se encontraba varias calles más adelante, completamente perdida en la niebla cada vez más espesa y en la oscuridad.

Pero ella no conocía las calles como Anok. Incluso en medio de la niebla, reconocía cada curva, portal y callejón y, aunque la senda ante la mujer pareciera abierta, durante un trecho todas las calles carecían de salida o

regresaban a ésta. Podía contar con que la bárbara se perdería y volvería sobre sus pasos al menos una vez, por lo que podría alcanzarla sin problemas. El truco consistía en no perderla por completo entre la niebla y en no toparse de frente con un grupo de acólitos sedientos de sangre.

Redujo el paso. Ahora apenas podía ver; pero, para quienes supieran dónde encontrarlas, había unas marcas ocultas aunque definidas, grabadas en las piedras de la esquina de cada edificio. Años atrás, un mendigo ciego le había mostrado el secreto a cambio de dos piezas de plata; puede que fueran las mejores monedas que hubiera gastado nunca.

Las suaves sandalias le permitían moverse sobre los ladrillos y los adoquines prácticamente en silencio, pero la mujer bárbara llevaba unas botas gastadas de grueso cuero. Anok se detenía de tanto en tanto, aguzando más el oído que la vista en medio de la oscuridad.

¡Ahí!

En el tercer giro principal, oyó un par de pasos apagados. Se trataba de la calle de los panaderos, como le desveló el olor de restos de levadura, harina y humo de madera de la labor del día. También era una calle sin salida.

Retrocedió hasta un portal y dirigió la mirada hacia la penumbra a su izquierda, esperando algún sonido o imagen del inevitable paso de la mujer.

Cuando se produjo el sonido, fue a su derecha, y no unos pasos solitarios sino muchos.

Entonces vio la luz de las antorchas.

¡Discípulos de Set!

Anok no era un cobarde, pero sólo un tonto se enfrentaría a tantos adversarios innecesariamente. Retrocedió entre las sombras del portal tanto como pudo, agazapándose para intentar ocultar incluso su forma.

La niebla pareció iluminarse, y luego brilló con una luz parpadeante.

Vio las antorchas, las formas oscuras y ondulantes de las túnicas, justo frente a él: al menos una docena de hombres fuertes. Pasaron tan cerca de su escondite que notó el olor del incienso del templo en su ropa, los perfumados aceites ceremoniales de su pelo, Si uno de ellos giraba la cabeza en su dirección, estaría perdido.

Pero ninguno lo hizo. Oyó cómo sus pasos se alejaban.

Entonces llegaron las exclamaciones.

El grito femenino de desafío.

El eco del choque de las espadas en la estrecha calle.

La habían encontrado.

Anok respiró hondo, una acción que había retardado bastante. Debería dejar que se las arreglara sola.

Esa mujer luchaba bien, pero contra tantos, no duraría mucho.

Sin ayuda.

«Ella tiene nuestro artefacto. No puedo permitir que caiga en manos del

templo», pensó.

Con un gruñido de enfado, salió de su escondite de un salto y corrió hacia los sonidos de la lucha. ¿Cuándo se había convertido el objeto en algo por lo que valiera la pena morir?

Era una pregunta estúpida. En el momento en el que reconoció el artefacto, habría pagado cualquier precio por tenerlo.

Al ver la luz de las antorchas, desenvainó las espadas y se sumergió en la refriega.

Los acólitos se habían dividido: la mitad se quedó atrás para sostener las antorchas e impedirle escapar, los otros avanzaron para enfrentarse a ella directamente.

Uno de ellos ya había caído, aunque no estaba muerto. Gritaba y se sacudía en el suelo, su túnica se agitaba como un trapo con un ratón atrapado en el interior.

La mujer se erguía en medio de ellos, feroz y desafiante, con el rostro y el cuerpo salpicados de sangre (Anok no podía decir de quién). Sostenía la espada en posición para el próximo acólito que se situara a su alcance.

Sin embargo, al ver a su compañero caído, los otros se lo tomaron con calma. Podían esperar un signo de cansancio o distracción. Puede que incluso aguardaran a que llegasen refuerzos atraídos por el ruido. Con un poco de paciencia, probablemente podrían haberla matado fácilmente, pero querían atraparla con vida.

Querían un sacrificio viviente.

Entonces, Anok atacó, y todo cambió en un segundo.

No esperaban un ataque por la espalda. Anok se situó tras uno de los portadores de antorchas, le cortó el cuello y, a continuación, lo empujó hacia adelante entre los sorprendidos espadachines.

Al ver una oportunidad, la mujer le clavó la espada en la espalda a uno de los hombres distraídos, luego retrocedió de un salto para situarse fuera del alcance del contraataque de otro.

En medio del miedo y la confusión, el organizado círculo de los acólitos se disolvió. Los sacerdotes dejaron caer las antorchas mientras se esforzaban por sacar las espadas de debajo de sus túnicas, y Anok vio una amplia brecha en la línea situada a espaldas de la mujer.

El joven fingió una carga contra los hombres, pero se deslizó entre sus filas sin apenas intercambiar golpes de espada con ellos. Volvió a meter una espada en la vaina y agarró el brazo de la mujer. Ambos estaban corriendo antes de que él tuviera tiempo de hablar.

—¡Ven conmigo y puede que ambos sobrevivamos a esta noche!

La mujer asintió con un gruñido y Anok le soltó el brazo, confiando en que ella mantendría el ritmo por su cuenta. La confusión les había concedido unos segundos valiosos, pero poco más. En cuestión de metros, la luz de las

antorchas comenzó a desvanecerse en la niebla tras ellos, y en seguida desapareció.

Al volver la vista atrás, apenas podía ver a la mujer, pero había oído historias de que algunos de los bárbaros norteños contaban con sentidos excepcionalmente buenos. Tal vez ella pudiera ver mejor; pero si no era así, simplemente tendría que seguirlo mediante el oído.

Giró en una esquina hacia un callejón y se detuvo, con la espalda contra los fríos ladrillos de la pared. Rozó con los dedos los glifos impresos en la arcilla de uno de los ladrillos justo debajo de la altura de la cintura: la grulla, el escarabajo y el ankh. Estaban saliendo de la calle de los panaderos y se dirigían al distrito donde trabajaban los herreros, los alfareros y los fabricantes de ladrillos. Al igual que los panaderos, dependían de grandes hornos y recurrían al mismo y escaso suministro de combustible.

Se inclinó hacia la mujer. La bárbara olía a sudor, a cuero y, sorprendentemente, a flores.

—Silencio —le indicó.

Anok intentó calmar su propia respiración irregular y acallar los fuertes latidos del corazón en los oídos, esforzándose por oír alguna señal de persecución.

—Se están acercando —dijo la mujer con total naturalidad.

—Estás muy segura.

—Se mueven despacio buscando sigilo, pero se están acercando. Lo juro por Crom.

¿Crom? ¿Quién era Crom? Daba igual.

—Más adelante hay unas puertas de hierro —explicó—. Se usan para cerrar parte del callejón y encerrar a las mulas que transportan la madera para los hornos. Podemos atrancarlas tras nosotros y escapar por el otro extremo del callejón. Si nos atrapan, será únicamente tras un largo rodeo.

—Entonces, adelante, Anok de los Cuervos.

Bajó trotando por el angosto callejón, escuchando a la mujer bárbara tras él.

—Simplemente, Anok —comentó—, ¿Tú tienes nombre?

—Fallón, del clan Murrogh.

—Fallón —repitió Anok, reduciendo el ritmo.

Delante, un muro con un estrecho arco atravesaba el callejón. Anok apenas podía ver la pared y tuvo que encontrar la abertura en forma de arco mediante el tacto.

—Por aquí —indicó.

Nuevamente con las manos, localizó las barras de hierro de la puerta con bisagras. Se cerró con un chirrido metálico y un fuerte golpe, que sin lugar a dudas habrían llegado a oídos de sus perseguidores. Si todo salía según lo previsto, no tendría importancia.

Encontró la pesada tranca de hierro que sabía que se hallaría apoyada contra la pared del callejón y la introdujo por un par de aros de hierro con los que contaba la puerta. Una anilla de metal que colgaba por medio de una cadena de la pared sujetaba la barra en su sitio y, por si acaso, Anok agarró la parte superior de la anilla con ambas manos y se colgó de ella con todo su peso. El delgado metal se dobló y luego se rompió dejando el extremo de la anilla atascado en el interior del pasador.

—Vamos. Hay otra puerta; entonces, nos marcharemos.

Anok descendió corriendo por el sendero otros cincuenta pasos hasta donde sabía que esperaban la segunda pared y el arco. Sus dedos encontraron el borde del arco de manipostería, pero la puerta con barrotes no estaba donde debería.

Durante unos segundos, se sintió confundido, hasta que introdujo la mano por la entrada y se golpeó los dedos con fuerza contra una barra de metal. ¡La puerta estaba cerrada! Agarró las barras con ambas manos y tiró. ¡Atrancada!

Fallón llegó a su lado, comprobó la puerta con las dos manos y, a continuación, lanzó todo su peso contra ella, con fuerza. La puerta simplemente traqueteó.

—¡Nos han atrapado!

—¡Esta puerta debería estar abierta! Siempre se deja abierta por la noche.

—Ciertamente, también lo estaba esta noche —dijo una voz familiar desde el otro lado de la puerta—, hasta que yo llegué.

—¡Dejal! Déjanos pasar.

Anok no podía ver nada en la oscuridad, ni siquiera una silueta.

La única respuesta fue una petulante carcajada.

—¡Abre la puerta! Los oigo acercarse por el callejón.

Una suave luz azul le permitió ver los cincelados rasgos de Dejal, y Anok se fijó en que la luna llena se asomaba tras un irregular velo de nubes negras.

—Tal vez, hermano cuervo, podamos llegar a un acuerdo.

—¡Abre la puerta, Dejal!

—Entrégame la Escama.

—¿La qué?

—La Escama de Set. El medallón de oro que les sacaste a los piratas. Es mío.

—Esta… Escama ya está pagada.

El acólito se rió suavemente.

—Yo la pagué. Yo soy tu misterioso empleador, Anok. El obsequio de una última aventura para los magníficos Cuervos.

—Eso, ¿y una flecha en el cuello del capitán?

—Como dije, Anok, una última aventura…

Anok oyó voces en el callejón a su espalda.

—Déjanos pasar, Dejal. ¡Ya vienen!

—Es cierto y hay más al final de la calle detrás de mí. Dame la Escama. Te mostraré un escondite y alejaré a los otros.

Anok se dio la vuelta y descaradamente metió la mano entre los pechos de la mujer bárbara, agarrando la Escama. Fallón ahogó una exclamación, pero él fue demasiado rápido. Se volvió hacia Dejal, con el frío metal de la Escama contra la mano, y vaciló.

Hacía años que conocía a Dejal, desde sus primeros días como huérfano en las calles. Se habían enfrentado a la muerte espalda contra espalda docenas de veces. Y se sentía extrañamente sorprendido al darse cuenta de que Dejal no confiaba en él y de que, de igual forma, él tampoco confiaba ya en el acólito.

¿Qué era esta Escama? ¿Por qué era tan valiosa? ¿A quién estaría dispuesto a matar Dejal para conseguirla? Anok no sabía por qué podía ser tan importante para nadie salvo para él. Sus razones eran meramente personales… O eso había pensado.

Apretó el medallón con fuerza en la mano hasta que los finos bordes le pincharon los dedos. Sintió un hormigueo, como la descarga de aviso justo antes de la caída de un rayo. No cabía ninguna duda de que se trataba de un objeto con poder místico, un hecho que lo hacía sentir incluso menos dispuesto a desprenderse de él.

—No tengo alternativa, ¿verdad?

—No, no la tienes.

Aunque lo irritaba, le pasó el medallón al otro hombre, que se lo guardó en la túnica. Hubo una pausa meditabunda antes de que Dejal desapareciera de su vista. Anok lo escuchó buscar a tientas la cerradura; luego, el pasador de metal fue levantado. Dudó antes de retirarlo por completo, mirando más allá de Anok.

—¿Deberíamos matar a la mujer bárbara? Sería más fácil encubrir tu huida si, al menos, pudiera proporcionar un cadáver fresco.

A su espalda, Anok oyó cómo Fallón desenvainaba la espada con fluidez.

—Fallón y yo tenemos un trato. Y, si estuviese en tu lugar, tendría cuidado con cómo sueles decir «bárbara», si valoras tus extremidades. Nos mostrarás el escondite a ambos.

Dejal suspiró y terminó de sacar el pasador.

—Está bien. Seguidme.

Fallón miró al acólito al pasar frente a él, con la espada en alto entre ambos.

—Dilo —comentó—, ¡pero dilo con respeto!

Dejal los condujo hasta el final de lo que Anok sabía que era una calle sin salida y luego por un estrecho callejón. Tras una docena de pasos, éste se ensanchó hasta formar un patio rodeado de entradas bajas en forma de arco casi demasiado pequeñas para un hombre.

—Hornos de pan —explicó Dejal—. Entrad en éste.

Anok titubeó.

El acólito soltó una risita.

—¿Qué? ¿Crees que os hornearé de desayuno? Entrad.

El joven prácticamente tuvo que arrastrarse para atravesar el bajo arco. El interior se encontraba prácticamente a oscuras, salvo por un círculo de cielo que podía ver a través de la chimenea situada en lo alto. El suelo del horno era de gruesas piedras, que seguían ligeramente calientes a causa del horneado del día, y estaba cubierto de restos de alguna clase de harina toscamente molida. Al fondo hacía un poco más de calor, y tanteó en busca de la rejilla de piedra que llevaba hasta la caldera situada bajo el horno.

Fallón se arrastró tras él.

Anok vio el rostro de Dejal en penumbra mientras éste se agachaba y miraba a través de la puerta.

—Voy a volver a poner en su sitio la piedra de la cubierta y luego alejaré a los otros de este lugar. Si valoráis vuestras vidas, no intentaréis seguirme ni salir de aquí antes del amanecer.

A Anok no le gustaba cómo sonaba eso, pero no tenían elección. Cualquier intento de salir luchando sería un suicidio. Sólo podía confiar en que Dejal no tuviera un motivo oculto para no mantener su palabra.

La piedra redonda de la cubierta, situada en una ranura tallada en la roca por fuera de la puerta, comenzó a girar hasta su lugar. Era bastante pesada. En el preciso instante en el que la luz que llegaba a través de la puerta casi había desaparecido, la piedra se detuvo. El rostro de Dejal apareció sólo un segundo, luego lanzó algo dentro, que aterrizó sobre el suelo con un ruido sordo.

—El pago acordado y más —explicó—. Recuperé las gemas que el pirata dejó caer. Son tuyas. Esta Escama de Set garantizará mi puesto en el templo y vale mucho más de lo pagado —soltó una risitacon el dinero de mi padre. Vaciló—, ¿Lo que te mencioné antes? Ultima oportunidad.

—Ya tienes mi respuesta.

El acólito frunció el entrecejo.

—Adiós, entonces, Anok. Ya no soy un Cuervo.

A continuación, la piedra giró hasta cerrar el hueco. Anok apoyó la espalda contra la pared del horno y se deslizó hasta sentarse en el suelo. Oyó a Fallón sentarse junto a él.

Durante un largo rato no dijeron nada, mientras esperaban atentos por si escuchaban sonidos de persecución o descubrimiento. Oyeron a un grupo de acólitos, tal vez los que los habían perseguido al principio. Sus voces se iban acercando. Entonces se alejaron y los dos fugitivos no oyeron nada más, salvo el gimoteo y el aullido de los perros salvajes que buscaban sobras por las calles y los gritos lejanos de aquellas desdichadas almas capturadas para los sacrificios del templo.

Incluso mientras sus ojos se ajustaban a la escasa luz, estaba demasiado

oscuro como para ver a Fallón sentada a su lado, excepto por una vaga impresión de movimiento cuando la mujer cambiaba de posición. Sin embargo, podía olería: su sudor, el cobrizo aroma de la sangre fresca que los cubría a ambos. La chimenea se iba enfriando bajo el frescor nocturno y Anok podía incluso sentir el calor del cuerpo de la bárbara. A pesar del peligro, se le aceleró la sangre, y no tenía nada que ver con el miedo.

Oyó cómo Fallón se soltaba la correa de la espada y la situaba en el suelo, a mano, y, tras dudarlo un momento, él también se quitó las suyas. No ayudó mucho a aliviar el recelo entre ambos. Sentados, las armas resultaban así más fáciles de desenvainar.

Al final, Fallón rompió el silencio.

—He oído historias sobre que, la mañana después de la Festividad, en Khemi las cloacas están tan atiborradas de sangre que ésta mana hasta el mar. Pero nunca he creído semejante estupidez. No hay tanta sangre en un cuerpo, ni tantos cuerpos en toda la ciudad.

—Yo lo he visto con mis propios ojos. No sé cómo es posible, pero lo es. Algunos dicen que es un asunto de magia negra. Otros, que traen enormes caravanas de vírgenes a través del desierto en las noches sin luna para ser sacrificadas en la Festividad. Otros, que los discípulos de Set tienen una poción mágica que puede hacer que la gente sangre como una fuente y que prolonga su muerte o que convierte todo el cuerpo (carne y huesos) en sangre. Yo sólo puedo decir que mueren muchos. Si hubieseis permanecido en las calles, tú, tu capitán y tu tripulación habríais muerto de todas formas.

La mujer bárbara inspiró con desprecio.

—Como si me importara su suerte. Eran malos piratas y peores compañeros. Estoy mejor sin ellos.

—Tu lealtad es conmovedora.

—La lealtad de un pirata se gana, no se entrega por deber. Ellos no hicieron nada para ganarse la mía. Iba a coger mi parte del botín y a marcharme por mi cuenta. Hay muchos relatos fabulosos sobre Estigia, ¿por qué no comprobar si alguno es cierto?

—Me temo que demasiados lo son, como habrías descubierto en seguida.

Fallón soltó una carcajada.

—Un cimmerio no le teme a ningún hombre, demonio ni monstruo. Vivimos para la batalla.

—¿De veras? Porque encontrarás que aquí los tres son bastante abundantes, algunas veces en el mismo cuerpo. Si tienes algo de sentido común, alístate con la primera tripulación que te acepte y no vuelvas nunca.

—Entonces, ¿tú por qué te quedas? Llevas sangre estigia, pero presiento que no eres estigio.

Anok dudó antes de responder. ¿Es que acaso había una respuesta?

—Mi padre era un comerciante aquilonio, Pero este lugar maldito es el

único hogar que he conocido nunca, y donde él murió. Sólo puedo decir que tengo asuntos sin concluir aquí, aunque ni siquiera yo mismo estoy seguro de qué se trata.

—¿Venganza?

—Hubo un tiempo en que la hubiese saboreado, pero mi padre no la aprobaba.

—Un hombre sabio, entonces. A menos que haya ganancia en ello, ¿de qué sirve la venganza?

—En ese caso, me sentiría más seguro si no tuviésemos esas joyas aquí.

La mujer se rió.

—He estado pensando en ellas.

De manera inconsciente, la mano derecha de Anok se movió hacia una de sus espadas.

—¿Pensando qué?

—Que me corresponden a mí por derecho. Se entregó la baratija y el resto de la tripulación está muerta o huyó.

—Se entregó porque te di caza y la encontré.

—Tu compañero, el acólito, nos traicionó y mató a nuestro capitán. —Había furia en su voz. No desesperada, sino la grave furia de advertencia del gruñido de un animal—, ¿Qué se supone que debía hacer?

Anok titubeó.

—Yo habría hecho lo mismo.

—Entonces, las joyas son mías.

Su compañero pensó en ello. De todas formas, habría pagado esas joyas por la Escama, y la mujer no sabía nada de las otras gemas que llevaba ocultas en la túnica ni de las que ya había distribuido entre sus compañeros. La reputación de Anok de ser justo, a menudo a su propia costa, era una leyenda en las calles de Odji y parte del motivo por el que los servicios de los Cuervos siempre fueran muy solicitados.

Pero tampoco se lo conocía por ser estúpido. ¿No había renunciado la mujer a cualquier derecho sobre el pago cuando había abandonado a sus compañeros de tripulación? ¿Le cortaría el cuello de todas formas en cuanto se quedase dormido, sin importar lo que le ofreciese?

—Puedes quedarte con la mitad.

Fallón rió con sorna.

—¿La mitad? ¿Por qué debería conformarme con la mitad?

—Porque es más que nada, que es lo que debería darte.

La mujer permaneció un momento en silencio.

—Es una buena bolsa de gemas, suficientes como para gastarlo en bebida y lujos durante bastante tiempo. Más, y podría ablandarme y perder mi habilidad para luchar. ¿Qué haría, entonces?

—La mitad.

—Pensaré en ello.

De nuevo permaneció un rato en silencio. En el exterior, Anok podía oír a los perros peleándose por algunas sobras. Al menos, esperaba que sólo fuera eso.

Oyó cómo Fallón hacía un ruido. Parecía estar ajustándose la ropa.

—La noche será larga y fría —comentó.

Anok se sobresaltó cuando un objeto lo golpeó en el pecho. Cuero. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era la túnica de la mujer. Entonces, otro trozo de cuero lo golpeó en el mismo sitio, y adivinó en seguida que se trataba de su taparrabos. Se preguntó si era un truco. Si tal era el caso, se trataba de un truco interesante.

—Curioso acto para alguien que afirma tener frío.

La oyó moverse en la oscuridad, pero nada que indicase que hubiera cogido su espada. Eso no quería decir que no hubiera sacado un cuchillo o una daga de la ropa al desnudarse. Anok se estiró con naturalidad, sacó la daga que llevaba metida en el cinturón y la sostuvo a su espalda.

Entonces, Fallón se acercó más, situándose a horcajadas sobre sus piernas. Anok adelantó la mano libre y sólo encontró piel desnuda y suave, ligeramente pegajosa a causa de la sangre a medio secar. El pezón de la mujer presionó con fuerza contra la palma de su mano y, a pesar de su precaución, el cuerpo de Anok no dudó en responder.

Las manos de la bárbara (ambas, se percató Anok) se deslizaron por su pecho, abriéndole el jubón para encontrar piel desnuda.

—Hay mejores formas de seguir calientes —respondió Fallón.

—Pensaba que seguíamos intentando decidir si íbamos a tener que matarnos el uno al otro por esas joyas.

—Habrá tiempo para eso por la mañana. De momento, ¿puedes decirme que todo este peligro y estas peleas no han estimulado tu sangre al igual que la mía? —Bajó la mano hasta posarla sobre el muslo desnudo de Anok, luego la deslizó hacia arriba, bajo el kilt. La mujer rió con voz ronca—. Veo que sí.

Comenzó a desatarle a tientas el cinturón que le sostenía el kilt.

Anok dejó la daga con suavidad junto a la espada y utilizó la mano libre para ayudarla. Podía sentir la respiración de la bárbara contra su oreja, rápida e irregular.

—Hemos cruzado espadas en batalla y has resultado un digno adversario. Ahora, pondré a prueba tu temple una vez más.

—Y vo el tuyo —respondió Anok, mientras Fallón se levantaba lo suficiente como para bajarle el kilt hasta las rodillas y luego se volvía a situar sobre él.

La mujer respiró hondo y soltó el aire con un tembloroso jadeo.

Anok le rodeó la parte posterior de la cabeza con un brazo y presionó los labios con fuerza contra los de ella mientras las caderas de la mujer

comenzaban a moverse.

Tal vez la noche fuese larga; pero, sin lugar a dudas, ya no hacía frío.

4

La luz de un claro cielo azul que se filtraba por la chimenea abierta despertó a Anok, que parpadeó a causa del resplandor.

Su primer pensamiento fue maldecirse a sí mismo por haberse quedado dormido. El segundo, sorprenderse de seguir con vida. El tercero fue para la cálida piel bárbara que se apretaba firmemente contra la suya. Fallón estaba acurrucada junto a él y su oscuro cabello caía con suavidad sobre el pecho de Anok. Sin pensarlo, se estiró y lo acarició.

Los ojos de la mujer se abrieron de golpe, de par en par, buscando el peligro al instante. Probablemente, lamentaba haberse quedado dormida tanto como él. Anok se preguntó si lamentaba algo más. Fallón se sentó y Anok se dio cuenta de que, a pesar de la noche de pasión, la estaba viendo desnuda por primera vez. La mujer bárbara se sacudió de la piel morena una capa de harina que se le había pegado del suelo. El polvo había actuado como un baño seco, pues había eliminado la mayor parte de la sangre y del sudor de las aventuras de la noche anterior.

Se sintió cautivado al verla: la elegante combinación de dureza y suavidad, ángulos y curvas, aquellos lugares que ya no eran secretos para él pero que hasta ahora no había visto. Descubrió que la deseaba nuevamente y supo que no era probable que ocurriese.

Fallón se dio cuenta de que la observaba y pareció no aprobarlo demasiado. Sin embargo, recogió su ropa y se vistió con naturalidad, sin realizar ningún esfuerzo en especial por ocultarse en el proceso. Era evidente que no poseía más modestia que un animal salvaje, pero sí una percepción completamente humana del poder que su desnudez ejercía sobre los demás. No cabía duda de que, en ciertas circunstancias, la usaba como otra arma más, como un cuchillo o una lanza. El hecho de que él siguiera con vida sugería que no sería utilizada así en esta ocasión.

Más allá de la piedra de la cubierta, Anok oyó sonidos provenientes del exterior. No se trataba de gritos, ni de cánticos, ni de jaurías de perros hambrientos, sino de los sonidos triviales de la calle: gente hablando, carretas y ganado, los sonidos de los comerciantes trabajando.

Fallón lo miró mientras se ataba la espada.

—¿La mitad, dijiste? Te has ganado mi respeto, Anok de los Cuervos. Unicamente por esa razón me conformaré con tu oferta.

Anok recuperó la túnica y el kilt. La daga desenvainada seguía en una esquina junto a la pared. Si Fallón se había fijado en ella (y Anok sospechaba que muy poco escapaba a su atención), nada lo indicó.

Se vistió en silencio y, por último, recogió la daga y se ató las dos espadas, Intentando disimular un poco, comprobó su bolsa y los bolsillos ocultos. Si faltaba algo, no logró descubrirlo. Derramó la bolsa de gemas en el suelo, donde ella pudiera verlas, y contó dos partes iguales. Fallón lo observaba atentamente, sus ojos no se apartaron ni un momento de las joyas. «Confía en mí, pero sólo hasta cierto punto», decidió.

Por último, recogió una de las mitades y la depositó en su propia bolsa. Le lanzó a Fallón la bolsa vacía para que ella pudiera coger el resto.

La mujer bárbara acababa de terminar de reunir su botín cuando la piedra de la cubierta se abrió.

Anok se dio la vuelta y se encontró con los ojos como platos de una panadera shemita. Antes de hablar, metió la mano en la bolsa y le lanzó una moneda de plata.

—El alquiler, por el uso de vuestro horno durante la noche. —Volvió la vista hacia Fallón y sonrió—. Probablemente queráis limpiarlo antes de hornear el pan de hoy.

El mercado ya bullía de actividad comercial, aunque muchos parecían cansados y tenían cara de sueño debido a las tradicionales celebraciones nocturnas de la Festividad. Había pocas señales de los horrores de la noche anterior, y todos participaban de la mentira de que no había sucedido nada.

Anok sabía que no era así.

Se detuvo en un puesto para comprar un surtido de dátiles y pescado seco para el desayuno, luego condujo a Fallón hasta la torre de la campana, en el extremo oeste del mercado. Había sido construida por los antiguos como parte de algún gran templo. La sección principal del edificio se había hundido hacía mucho tiempo y, ahora, el suelo formaba la mayor parte del mercado, aunque la torre seguía en pie.

La bárbara lo siguió por la escalera circular, giro tras giro, hasta que se encontraron a una altura de veinte hombres sobre el suelo. Un pequeño balcón rodeaba la torre por debajo del nivel más alto, y aquí fue donde salió al exterior Anok. Desde este mirador disponían de una amplia panorámica a través de Odji hasta la orilla y la desembocadura del río Estix con su delta de islas bajas, y hasta el Mar Occidental más allá.

Fallón se situó en el balcón, momentáneamente aturdida por la vista, y ahogó una exclamación de sorpresa.

—Nunca creí que pudiera ser cierto.

Anok apoyó ambas manos contra el muro de piedra, del alto de su cadera, que rodeaba el balcón.

—Ahora, ya lo sabes.

Las cloacas de la ciudad se vaciaban a través de una alcantarilla situada en el interior del gran malecón que sobresalía al norte del puerto, y más allá del extremo de ese muro, una franja escarlata fluía hacia el océano, extendiéndose y difuminándose mientras alcanzaba el horizonte.

—Bienvenida a Estigia —anunció Anok—, Espero que tu visita resulte agradable.

Tomaron el desayuno en la torre. Cuando estaban terminando, Fallón miró por casualidad hacia el oeste del puerto.

—Nuestro barco ya no está —dijo sin demasiada emoción—, Dejamos una tripulación mínima a bordo. O bien traicionaron al capitán y zarparon durante la noche o, lo que es más probable, alguno de mis antiguos compañeros sobrevivió y regresó con noticias de nuestras dificultades.

—Suenas casi aliviada.

—Simplemente me alegra no tener que matar a ninguno más a causa de estas joyas ni de nuestra carga perdida. Ahora que se han ido, no habrá falsas reclamaciones por mi botín. Si el barco siguiera aquí, podríamos habernos apoderado de él, pero ahora no me hace falta un barco y, mucho menos, la tripulación restante.

—A mí sí podría haberme hecho falta un barco —comentó Anok.

Pensó con añoranza en la antigua conversación de los Cuervos sobre conseguir un barco y formar una tripulación pirata. El sueño se presentó ante él nuevamente de manera dolorosa, como una vieja herida que se abriera. Podría haber sido una forma de que los Cuervos hubiesen permanecido juntos. En lugar de ello, de nuevo, no era más que un sueño estúpido e imposible.

—Pongámonos en marcha —dijo Anok.

Descendieron por la larga y curva escalera hasta el mercado. Anok estaba ansioso por asegurarse de que el resto de los Cuervos estaban a salvo. Resultó que sus compañeros se sentían igual de impacientes por saber algo de él.

Apenas habían salido del mercado, rumbo al oeste hacia el burdel Paraíso y el Nido, cuando divisó a Teferi al otro extremo de la calle abarrotada. Se llevó dos dedos a los labios y silbó.

Teferi se volvió y le dedicó una amplia sonrisa. Se agachó un momento y, sin esfuerzo, alzó a Sheriti, sentada sobre su brazo, desde donde ella lo saludó agitando las manos con frenesí mientras Teferi comenzaba a avanzar hacia ellos. Volvió a dejar a Sheriti sobre los adoquines y, unos segundos después, Teferi, Sheriti y Rami surgieron de la muchedumbre que abarrotaba la calle.

Sheriti saltó sobre él con un chillido, le rodeó el cuello con los brazos, le puso las piernas alrededor de la cintura y le plantó un beso enorme directamente en los labios. Se produjo una incómoda pausa cuando, aún aferrada a él, Sheriti se fijó en Fallón, que permanecía junto a Anok. Se volvió a deslizar hasta el suelo mientras seguía sosteniendo la mano de su compañero,

pero no dijo nada.

De todas formas, había demasiado ruido y demasiada gente alrededor, así que Anok señaló con el pulgar una taberna cercana y todos entraron.

El lugar estaba limpio y ordenado, con todos los muebles en pie, una señal inequívoca de que habían cerrado en vez de alojar una celebración de la Festividad la noche anterior. Acercaron bancos alrededor de un barril que servía de mesa improvisada y Anok pidió cerveza para todos. El tabernero regresó en seguida con cinco jarras grandes. Anok cogió la suya y tomó un trago. La cerveza era espesa, con sabor a levadura, y había sido endulzada con dátiles molidos y miel. Se trataba tanto de una comida como de una bebida y se servía tradicionalmente por la mañana. Se limpió el labio superior con el puño y se dio cuenta de que nadie más estaba bebiendo.

En especial, la suspicaz mirada de Teferi no se apartaba de Fallón y su mano no abandonó ni un momento la empuñadura de la espada. Rami estaba sentado lejos de la mesa, aparentemente listo para salir corriendo, mientras que Sheriti estaba apoyada sobre la mesa y sus ojos pasaban de Anok a Fallón y viceversa, como si estuviera estudiando un problema especialmente desconcertante.

—Esta es Fallón, de Cimmeria. Luchamos espalda contra espalda anoche y respondo por ella. Ha abandonado a su tripulación, a aquellos que sobrevivieron ayer.

Teferi se había relajado en cierta medida, pero seguía mirando a Fallón con recelo.

—¿Qué pasó con el medallón? ¿Lo tienes?

—Lo tiene Dejal. Nos persiguieron los acólitos y él nos atrapó detrás de una puerta cerrada hasta que se lo entregamos. Mejor así, porque fue él quien nos había contratado para comprobarlo.

Teferi alzó las cejas.

—Eso no tiene sentido.

Anok se encogió de hombros.

—Dejal nos ha abandonado de una vez por todas. Set y el culto de su padre lo han seducido. Quién sabe cuáles fueron sus motivos. Pero sospecho que era una forma de derrochar el dinero de su padre, un insignificante acto de venganza contra él. En lo que respecta a nosotros, a su retorcido modo, tal vez estuviera intentando hacernos un regalo. Un último viaje hacia el peligro para los Cuervos. No importa que él mismo creara el peligro.

—El disparó la flecha que mató al capitán —apuntó Rami—, Yo lo vi.

Anok asintió con la cabeza.

—Lo admitió. El muy idiota.

—Fue más listo de lo que piensas —intervino Fallón, en un tono que algunos utilizarían para hablar del tiempo—. El capitán había planeado quedarse tanto con el medallón como con el pago y cortaros el cuello a todos.

Teferi se levantó del taburete y cogió su espada.

—¿Qué? Entonces, ¿ibais a matarnos?

Fallón colocó la mano sobre la espada con naturalidad, pero no la desenvainó.

—Al no conoceros, no estaba segura de lo que me parecía el plan. Evité derramar sangre hasta comprobar la naturaleza de vuestro carácter. Entonces, cuando pareció que nos habíais traicionado, Anok no permitió que derramara su sangre. Mis dudas regresaron y era evidente que mis compañeros de tripulación no se impondrían en el combate. Así que decidí reclamar el premio y marcharme por mi cuenta.

—Quieres decir que robaste el medallón y huiste —replicó Teferi con un tono de sarcasmo en la voz.

La mujer bárbara no parecía ofendida.

—Si lo prefieres.

—A mí me parece razonable —intervino Rami, que sostenía su jarra con ambas manos y llevaba un poco de espuma pegada al labio superior.

El kushita dirigió una mirada de enfado al pequeño carterista.

Rami simplemente puso los ojos en blanco y se encogió de hombros. Entonces pareció recordar algo y entrecerró los ojos.

—¿Qué pasó con las joyas?

—Dejal me las devolvió. Yo, por mi parte, le entregué la mitad a Fallón.

La indignación de los demás fue inmediata.

Anok se puso en pie para intentar calmarlos.

—Fallón actuó de buena fe y Dejal fue el primero en romper la tregua. Después, el objeto se entregó a nuestro empleador según lo planeado. Ella pensaba que se merecía todo el pago, pero la convencí de que no era así.

—Esta mujer te ha nublado la mente —exclamó Teferi—, No se merece nada.

La expresión de Rami se transformó en una sonrisa lasciva.

—Dices que luchaste con ella espalda contra espalda. ¿También competisteis de frente?

Sheriti lo miró, al parecer esperando que lo desmintiese, pero no lo hizo.

Teferi puso los ojos en blanco y soltó un gruñido.

—Debería habérmelo imaginado.

—Así que mujeres bárbaras —comentó Rami—, ¿Son buenas?

Sheriti lo fulminó con la mirada.

—Cierra el pico, Rami.

Entonces miró a Fallón y su expresión cambió. Comunicaba algo, pero en algún idioma femenino que Anok no pudo comprender.

¿Estaba celosa? ¿Enfadada? ¿Decepcionada? ¿Simplemente disgustada por las joyas? No estaba seguro y, sin embargo, se sentía intrigado. Él no era virgen y ella lo sabía. ¿Por qué debería molestarle que hubiese estado con Fallón? En

cualquier caso, tenía que ocuparse de asuntos más inmediatos.

—Lo que pueda haber ocurrido o dejado de ocurrir entre Fallón y yo no es asunto vuestro, y no ha influido en mi decisión. Siempre he sido imparcial, lo sabéis, y considero que es una persona de honor. Merece nuestro respeto y debemos ser justos con ella. Así se han comportado siempre los Cuervos, ¿no?

Teferi y Rami se miraron el uno al otro.

—Así es —respondió Teferi.

—Aunque me haya pesado a menudo —añadió Rami.

Sheriti no dijo nada durante un rato.

—Dale las gemas. Se ha ganado su parte —intervino por fin.

Fallón tomó un trago de su copa y luego la dejó sobre la mesa con fuerza.

.

—Desde luego que sí —respondió sin ironía. Los recorrió a los cuatro con la mirada—, Y tened esto en cuenta: yo también soy justa con vosotros. Anoche pude haberme quedado con todo, todas las gemas y más, pero no lo hice. Era preferible conformarme con menos. Simplemente gastaré las joyas en camas blandas, buena comida y bebida, y una bárbara sólo puede soportar cierta cantidad de tales lujos. Es mejor pagar generosamente los servicios prestados —en este punto sonrió levemente a Anok—, para que si algún día necesito amigos o aliados en este inmundo reino, los Cuervos me vean con benevolencia.

Alzó la copa, se bebió el resto de la cerveza de un trago y, a continuación, la bajó de golpe hasta la mesa.

—Ahora me despido, Cuervos. Tengo dinero que gastar y lugares que visitar. Nos volveremos a encontrar si los vientos así lo quieren. Si eso sucede, que sea con los brazos abiertos y no con las espadas desenvainadas.

Anok observó cómo salía de la taberna con paso decidido.

—Que todo el mundo compruebe sus bolsillos —dijo Rami con urgencia, palpándose la túnica y la bolsa.

—¿Por qué? —preguntó Teferi, mientras miraba por dónde se había marchado Fallón y consideraba si salir tras ella—, ¿Falta algo?

—No —respondió Rami—, Pero si yo estuviese en su lugar os habría robado a todos.

—Entonces —comentó Anok—, tenemos suerte de que no sea así. Siéntate, Teferi.

El aludido se sentó y hubo silencio durante unos minutos. Anok se dio cuenta de que todos parecían cansados. Ponía en duda que alguno de ellos hubiera dormido.

—¿Conseguisteis llegar al Nido, anoche?

—Esperamos todo lo que pudimos —contestó Teferi—, pero anoche había muchísimos acólitos por las calles. Hicimos lo que dijiste y regresamos al Nido.

—Donde organizasteis una buena celebración —comentó Anok con una

ligera sonrisa—. Espero que el refrigerio que os proporcioné fuese adecuado para la noche.

La mirada que le dedicó Sheriti fue sorprendentemente tierna.

—No hubo fiesta sin ti, Anok. Nos mantuvimos en vela, confiando en que volvieras pero no lo hiciste. Así que esperamos hasta el amanecer y regresamos al mercado a buscarte.

Anok hizo un gesto de asentimiento.

—Sois buenos amigos; pero, si lo que dices es cierto, el refrigerio se está desaprovechando, y todos nos hemos visto privados de la celebración de la Festividad que nos corresponde. —Lanzó varias monedas sobre la mesa que cubrirían de sobra el precio de las cervezas—. Vamos. ¡El tiempo es oro!

5

Todos juntos regresaron al Nido, una gran estancia con varias áreas para dormir parecidas a compartimentos situada bajo el burdel Paraíso. En realidad, las habitaciones más pequeñas habían sido construidas como habitáculos para caballos y muías, aunque hacía décadas que no se guardaban animales allí.

La decoración provenía en su mayoría de desechos del burdel: sillas labradas de manera recargada y cubiertas con telas desgastadas aunque primorosamente tejidas, almohadones de seda raídos y remendados decorados con borlas e hilo de oro, cortinas desiguales y tapices, algunos con figuras desnudas, representaciones de relaciones sexuales o enormes y detalladas orgías. Todo parecía demasiado extravagante y exagerado para las sencillas habitaciones construidas con tablones cortados de manera rudimentaria y piedra desnuda.

Pero se trataba de un lugar cómodo y conocido, y a Anok le parecía que siempre había vivido aquí, algunas veces solo, muchas otras con invitados y compañeros. Teferi había vivido en aquel lugar durante varios años antes de conseguir su propia habitación encima de una taberna a un par de edificios de distancia, y Dejal había venido con frecuencia a quedarse varios días seguidos para evitar la opresiva casa de su padre.

La habitación de Sheriti se encontraba en el piso superior, en el área privada situada en la parte posterior del burdel donde nunca se permitía acceder a los clientes y donde los hombres, incluso aquellos vinculados con el burdel de forma tan cercana como Anok, rara vez podían entrar. Aunque la joven no dormía aquí, los visitaba a diario y a menudo traía comida o bebida que había sobrado de las fiestas de arriba o mendrugos y fruta que robaba de la cocina cuando no había nada más.

Anok siempre había anhelado ver su rostro sonriente mientras descendía por la estrecha escalera hasta el Nido. Para él significaba más que toda la piel desnuda que las prostitutas que vivían y trabajaban sobre su cabeza mostraban licenciosamente, Tampoco es que pusiera reparos a ese espectáculo. Era humano, después de todo, y algunas veces incluso se había cobrado algún servicio especial, para el burdel o para una de las prostitutas, en especie.

Kifi, la madre de Sheriti, le había dicho una vez que las prostitutas creían que el deseo y el amor eran asuntos diferentes, aunque relacionados, y que sólo los tontos permitían que se mezclasen sin distinción. Las prostitutas contaban

con muchas creencias como ésa, con su propio código de honor y con su propia diosa secreta a la que veneraban en un altar privado que ni siquiera a Anok le habían permitido ver. Algunas personas (Anok no, desde luego) menospreciaban a las prostitutas. Por lo tanto ellas, a su modo, menospreciaban a casi todos los demás.

O eso decían. Sin embargo, rara vez tenían hijos, a pesar de las numerosas oportunidades, y, a pesar de su orgullo, el mayor deseo de Kifi era que su hija tuviera casi cualquier otra vida aparte de la que ella había elegido para sí misma.

Mientras entraban en el Nido, Anok retiró un tapiz que cubría una mesa redonda y baja llena de tarros y cestos: fuerte cerveza color ámbar, dulce vino argosiano (probablemente robado de algún barco que pasaba), hogazas de pan endulzadas con miel, toda clase de frutos seeos, calamar seco adobado con especias exóticas, huevos de pato en vinagre y otras insólitas delicias.

Anok intentó fingir que se lo estaba pasando bien ante sus compañeros, pero sin entusiasmo, y al final a ellos les pasó lo mismo. Todos estaban agotados por la lucha y la falta de sueño. Los cuatro comieron hasta saciarse y el vino y la cerveza comenzaron a hacer efecto. Poco después, Teferi se alejó y, en seguida, lo oyeron roncando suavemente en una de las pequeñas habitaciones laterales.

Rami se acurrucó sobre un almohadón con una gran jarra de cerveza que iba extrayendo con una taza hasta que al final perdió el sentido, derramando la última copa en el suelo.

Eso dejaba a Anok y a Sheriti. La observó un momento: tenía los ojos cerrados, estaba sentada con la espalda contra la pared y aún sostenía una copa de vino en las manos. Pensando que estaba dormida, se levantó en silencio del almohadón sobre el que había estado sentado la última hora y se retiró al dormitorio más alejado de la puerta, al que consideraba su espacio personal.

No contaba con una puerta, sólo con una cortina. En el interior había una cama pequeña aunque tallada de manera elaborada que se elevaba del suelo sobre lo que parecían ser patas de león, una silla, unos cestos grandes para la ropa y otras pertenencias y una lámpara de aceite. Una pequeña ventana, en lo alto de la pared, dejaba entrar un único rayo de luz.

Se sentó en la cama, aunque no le apetecía dormir a pesar del cansancio. Le dolían los brazos a causa de la batalla, y una docena de magulladuras y cortes lo fastidiaban con sus pequeños dolores incluso después de la anestesiante sensación de la reciente bebida.

Se llevó una mano al pecho y sintió el bulto debajo de la túnica, el frío círculo de metal contra el esternón. Alzó ambas manos para coger la sencilla cadena y se la pasó por la cabeza. Sostuvo el medallón en la mano. Era grande, su tamaño era tal que le abarcaba por completo la mano extendida. Era de hierro y no estaba muy bien forjado. En la superficie llevaba grabado el

sencillo contorno de una media luna y dos estrellas.

Era un objeto simple, algunos incluso dirían que feo, que casi no valdría la pena robar, pero ahora Anok estaba seguro de que la tosquedad era deliberada. Hacía años que poseía el objeto, el único recordatorio que tenía de su padre asesinado, y la única pista hasta una hermana a la que no había conocido nunca. Lo había mirado cientos de veces, sin sospechar nunca que fuera otra cosa que un sólido trozo de hierro. Pero el medallón guardaba secretos ocultos.

No estaba seguro de cómo había descubierto el truco de manera accidental, pero lo había hecho. Apretó el medallón entre las palmas de ambas manos, con los acoplamientos de la cadena hacia arriba, el lado grabado contra la mano izquierda, y giró las manos en diferentes direcciones. Lo que parecía ser una pieza sólida de metal eran en realidad dos, conectadas mediante una unión a lo largo del borde tan fina, tan ingeniosa, que incluso una inspección visual de cerca no podía detectarla. Giró las dos piezas sólo un poco, lo suficiente, pero no demasiado. Se produjo un chasquido apenas perceptible, entonces la mitad izquierda presionó hacia arriba, de nuevo, sólo lo necesario, ni mucho ni poco. Sólo entonces las dos mitades se separaron y revelaron el espacio oculto en su interior.

Naturalmente, ahora estaba vacío, pero no había sido así la primera vez que lo abrió. Se quedó mirando el hueco vacío unos segundos, luego volvió a unir las dos mitades. Se cerró con un golpe audible y, de nuevo, volvió a parecer un trozo sólido de metal. Lanzó el medallón sobre las sábanas de seda y se dio la vuelta para meter la mano debajo de la cama. Sus dedos hallaron una piedra en concreto con una esquina rota. La agarró por los bordes con los dedos y tiró. La piedra se movió hacia adelante y salió. La dejó en el suelo detrás de la cama y buscó en el escondite hasta encontrar el frío metal en su interior.

El objeto brilló mientras lo sacaba a la luz. Como siempre, le produjo un hormigueo en los dedos, aunque nunca lo había comprendido hasta la noche anterior. Como su gemelo, que estaba ahora en poder de Dejal, se trataba de un objeto con poder místico. Hacía tiempo que sospechaba que el único legado que su padre le había transmitido era una especie de maldición. Ahora, estaba seguro.

Miró el objeto. Era plano, oblongo, recto por la parte de arriba y ligeramente más grueso, formando un tubo por el que se podía ensartar una cuerda o una cadena fina. Los laterales eran curvos e iban estrechándose hasta formar una punta redondeada. La forma era parecida a alguna clase de concha, caparazón u hoja.

Pero Dejal lo había llamado «Escama de Set». Tenía sentido, basándose en el delicado relieve grabado en la parte delantera. Por el centro descendía una espada de sólida apariencia, con la empuñadura hacia arriba. A cada lado de la espada se extendían serpientes gemelas, con los cuerpos ondulándose hacia

arriba, hasta que las cabezas se volvían a curvar hacia abajo, casi como si se inclinasen ante la espada.

La parte posterior estaba grabada con un tipo de escritura que Anok no había visto nunca. Aunque no le había mostrado el objeto a nadie más, había hecho un calco de los símbolos (utilizando papiro y carboncillo) y lo había llevado al Templo de los Escribas. Allí, tras ofrecer un apropiado tributo de monedas de oro, lo habían remitido de un perplejo escriba a otro hasta que, al final, lo habían conducido a una alta torre, donde un anciano escriba se sentaba encorvado ante su inclinado escritorio con una pluma de junco en la mano.

El anciano había cogido el papiro y lo había mirado unos segundos entrecerrando los párpados. Entonces abrió los ojos de par en par y una expresión de inquietud le recorrió el rostro. Rápidamente, sostuvo el papiro sobre la lámpara y lo quemó antes de que Anok pudiera detenerlo.

—Es una antigua lengua, escrita por los gigantes que gobernaron Estigia mucho antes de que llegasen los auténticos hombres. Una lengua perdida debería permanecer así. Ningún bien puede surgir de ello.

A continuación, había ordenado que le devolvieran el oro a Anok y que los guardias lo sacasen del templo, con instrucciones de que no regresase nunca.

Anok recordaba bien aquel día. Fue cuando, al fin, había renunciado a la esperanza de llegar a encontrar a su hermana perdida y de llevar a cabo la misión que le había encomendado su padre, fuera cual fuese. Había ocultado el medallón (la Escama) en su escondite y había intentado no pensar en él.

Hasta ahora. ¿Habían matado a su padre por esta… baratija? Una baratija mística, desde luego, pero en opinión de Anok eso sólo lo empeoraba. Todo lo que había aprendido de su padre, todo lo que había visto en sus años en las calles de Odji, le había enseñado que la hechicería nunca traía nada bueno. ¿De qué servían el poder y las riquezas si llegaban a expensas de la locura y de la corrupción del cuerpo y del espíritu?

Enfadado, volvió a meter la Escama en el escondite. Estaba colocando la piedra en su sitio cuando lo sobresaltó una voz.

—¿Anok?

Al volverse vio a Sheriti, que mantenía abierta la cortina, con una expresión de alarma en su bello rostro.

—Me preocupé cuando no regresaste. Parecías inquieto, hermano. ¿Quieres contármelo?

—Pensé que estabas dormida —respondió, volviendo a deslizarse con naturalidad sobre la cama para ocultar con su cuerpo el escondite de la Escama—, O que estabas enfadada conmigo y, simplemente, querías que me fuera.

La joven sonrió levemente.

—¿Porque tuviste un escarceo amoroso con una salvaje? No tengo ningún

derecho sobre ti, Anok. Tus aventurillas son asunto tuyo.

—No te cae muy bien, ¿verdad?

—No la conozco lo suficiente como para que me caiga mal. Pero tampoco confío en ella y los hombres son unos tontos que se dejan guiar por sus partes. Tienes suerte de que no te clavase un cuchillo en la espalda en cuanto te bajaste el kilt.

Anok sonrió levemente en respuesta.

—¿Y cómo sabes que no me lo levanté?

Sheriti cogió una almohada del extremo de la cama y se la lanzó. En lo que tardó en esquivarla y volver a mirar, la joven había pasado junto a él y estaba sentada en la única silla que había en la habitación. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en los muslos, con los dedos entrelazados, y su expresión, de repente, volvió a ser seria.

—Me preocupas, Anok. Me preocupabas antes de esta aventura y aún más después.

El joven sintió cómo su propio rostro se endurecía y se apartó de ella.

—Vete. No quiero hablar de esto.

—Sí quieres, Anok, lo admitas o no. Necesitas hablar de ello, pero tu erróneo orgullo no te lo permite. —Lo miró pensativa unos segundos—. Tu amor por nosotros no te lo permite, ¿verdad?

—Eso es una tontería.

Sheriti le colocó una mano suavemente sobre la rodilla.

—El tiempo es como la arena, Anok. Si no avanzas con él, te enterrará. Disfrutamos de unos años asombrosos juntos. De maravillosas aventuras. Compartimos un vínculo de confianza y sangre que pocos llegarán a entender. Pero ya no somos niños audaces que pueden resultar útiles a aquellos más poderosos que nosotros. Durante un tiempo, actuamos como reyes y reinas de nuestro diminuto reino, pero esos días han quedado atrás.

Se levantó y recorrió la corta extensión del cuarto.

—Ahora somos adultos, Anok, y las reglas han cambiado. Las bandas callejeras y los señores de la guerra que en el pasado encontraban útiles nuestros servicios ahora nos consideran una amenaza, potenciales competidores para sus negocios. No se quedarán quietos ante eso. Muy pronto, uno de ellos va a obligarnos a escoger. Unirnos a ellos o morir.

—¿Y a ti qué te importa? Tú estarás bien lejos de aquí, al igual que Teferi. Dejal ya se ha marchado.

—Me importas tú, hermano cuervo.

—Entonces, no te preocupes. Me uniré a ellos gustoso. Me ganaré la vida con la fuerza de mis brazos y con el filo de mi espada, igual que ahora.

Sheriti negó con la cabeza con tristeza.

—Será así por un tiempo. Eres un hombre peligroso, Anok Wati, pero tienes cualidades que nunca te dejarán sobrevivir a ese tipo de vida. En tu

corazón aún hay capacidad para la clemencia, la bondad, el honor. Pronto, muy pronto, te habrías enfrentado a aquellos a los que decías servir. Tus espadas son veloces y certeras, pero sólo eres uno, y ellos muchos. —Desvió la mirada hacia un oscuro rincón de la habitación—. No me gustaría llorar sobre tu pira funeraria, Anok. Pero ése es el único lugar al que conduce este futuro.

—Entonces, ¿qué pretendes que haga? No hay lugar para mí sino éste, no hay otra vida sino ésta.

—Ven conmigo al Templo de los Escribas. Si yo pude conseguir que me admitieran simplemente con lo que me enseñaste, tú podrás…

Anok pensó en su antigua visita al templo y en la advertencia de que no regresara. Quizá el viejo escriba estuviera muerto, pero eso era lo malo con los escribas. No se trataba de que tuvieran buenas memorias, sino que lo anotaban todo.

—Esa ruta se cerró para mí hace tiempo, Sheriti. Te deseo suerte allí, pero no es para mí.

—Entonces, acompaña a Teferi en sus aventuras.

—Teferi cuenta historias fabulosas, pero la única aventura que realmente busca es una parcela de tierra, una vaca y una esposa gorda que produzca bebés, Lo que ocurre es que quiere que esa parcela esté en cualquier parte menos en Estigia. Yo sólo sería un estorbo en su búsqueda.

Sheriti se sentó junto a él en la cama y le tomó las manos.

—Debe de haber un futuro para ti, Anok. Un destino. Sólo tienes que encontrarlo.

—Tuve un destino una vez, Mi padre me lo pasó. Pero me perdí. Estoy fuera de la senda y nunca hallaré la forma de regresar.

—Te centras en el pasado, Anok. Estábamos hablando del futuro.

Le apartó las manos enfadado, se levantó y le volvió la espalda.

—Tú no sabes lo que hay en mi pasado, Sheriti. No sabes nada de mí.

La joven permaneció un momento en silencio. A continuación, dijo:

—No, tienes razón. Sé que eres huérfano, que tu padre era aquilonio y que tu madre era estigia. Pero aparte de eso has sido muy reservado sobre tales asuntos, y lo he respetado. Conozco tu corazón, Anok. No necesito conocer tu pasado si no quieres hablar de él.

Anok contempló la pared vacía. Siempre había guardado sus secretos, no por falta de confianza en sus compañeros, sino por temor a que ese conocimiento pudiera ponerlos en peligro. Seguía siendo así. Era evidente que los acólitos de Set aún buscaban las Escamas doradas para algún propósito propio y que no dudarían en matar para conseguirlas.

Sin embargo, los secretos le pesaban sobre los hombros como un yugo. Tras estos largos años, ¿podría al fin compartir su carga con otra persona?

Sheriti permaneció en silencio largo rato. Entonces, Anok pronunció una sola palabra.

—Sekhemar.

—¿Qué?

—Sekhemar es mi nombre. Mi verdadero nombre. El que me puso mi padre. Curioso, porque ya ni siquiera pienso en mí mismo de otra forma que no sea como Anok Wati.

—No tienes que contármelo.

—Ya es hora de que lo haga.

Le narró la horrible noche en la que su padre había sido asesinado. ¿Cuántas veces había revivido esos sucesos en su cabeza? ¿Miles? ¿Más? Pero nunca había hablado de ello, ni una sola vez; sin embargo, de alguna forma, esto era diferente. Era como arrancarse una costra que picaba. Hacerlo resultaba un tremendo alivio, pero lo que quedaba expuesto estaba en carne viva, era doloroso y desagradable, y a veces, sangraba.

Las palabras fluyeron, pero Anok dejó atrás su pequeña habitación. Se encontraba nuevamente en el enclave amurallado de Akhet, en casa de su padre; el dolor, el miedo y la rabia eran más frescos de lo que lo habían sido en años. Parecía como si estuviera exhumando su propia tumba, como si sacase su propio cadáver reseco y, de alguna forma, lo sacudiera hasta despertarlo.

Concluyó la historia con él avanzando a trompicones por las alcantarillas, huyendo de unos perseguidores desconocidos a los que no había visto, sumergiéndose en una oscuridad de la que, ahora se daba cuenta, Sekhemar no había salido nunca. Algo diferente había surgido de las cloacas arrastrándose y había luchado por sobrevivir en las calles de Odji, algo que no era Sekhemar. Sekhemar sólo era un recuerdo, un recuerdo que se había desvanecido con el tiempo.

Por último, extrajo la Escama de Set de su escondite y se la mostró.

—Es preciosa —exclamó Sheriti—. ¿Puedo cogerla?

La admiración de la joven lo sorprendió. El había pensado en el objeto de muchas formas, pero nunca como algo hermoso. Distraído, se lo pasó.

Sheriti gritó y dejó caer la Escama sobre las sábanas.

—¡Quema!

Anok tocó la Escama con cuidado. Estaba fría y, al recogerla, únicamente sintió el familiar cosquilleo.

—Debe de ser la magia —comentó, devolviendo con rapidez la Escama a su escondite—. Siempre he pensado que era algo malvado.

Anok estaba perplejo. ¿Por qué le quemaba a Sheriti y a él no? Nunca había permitido que nadie más la tocase. Ni siquiera había visto nunca a su padre tocarla directamente, y el hierro del medallón parecía contener sus efectos.

Sostuvo la mano de la joven mientras le examinaba la palma. Tenía unas marcas rojas, como si hubiera cogido algo caliente directamente del fuego.

—Lo siento —se disculpó—. Debería haberla tirado hace años. La fundiré, aunque puede que el propio oro esté maldito. No quiero arriesgarme.

—Es lo único que tienes de tu padre, Anok.

—No creo que fuera una pertenencia de mi padre. Era su carga. Ahora es la mía y ni siquiera sé por qué. Quiero deshacerme de ella. Estoy perdido, Sheriti, y nunca hallaré mi senda hasta que no me haya liberado por completo de esta cosa.

—¿Qué piensas hacer?

—Teferi me dijo una vez que su tribu tiene un ritual al que llaman «Usafiri». Significa algo así como «viaje». Un guerrero joven, sin portar comida, agua ni armas, se adentra en el desierto hasta que no puede seguir avanzando o hasta que una visión le dice que regrese.

Sheriti frunció el entrecejo.

—Eso no te pega, Anok. ¿Crees es esas cosas?

—¿En visiones? —Se encogió de hombros—, Pero si me adentro lo suficiente en la arena y lanzo esta maldita cosa lo más lejos que pueda, me habré librado de ella para siempre. Dicen que la arena se lo traga todo y en eso sí creo.

6

Anok se estremeció mientras Teferi le frotaba el rostro con una pintura blanca de olor repugnante.

—¿De qué está hecha esta cosa?

—Grasa de ternero joven, hierbas, galena, estiércol de murciélago…

Anok le apartó la mano.

Teferi sonrió.

—Lo del estiércol de murciélago sólo era una broma.

A través de las pequeñas ventanas del Nido, Anok podía ver la luz anaranjada del amanecer. Teferi había insistido en que el Usafiri debía comenzar al alba y únicamente tras los preparativos de rigor. Parecía haberse alegrado muchísimo cuando Anok le preguntó por el Usafiri.

—El Usafiri es justo lo que necesitas para que te muestre la senda correcta, Anok. Lo adecuado es que hubieras tenido el tuyo hace años, cuando llegaste a la edad adulta, como yo.

Sin embargo, junto con aquella alegría venían todos estos rituales y preparativos. Anok había accedido para seguirle la corriente a su amigo, pero no tenían por qué gustarle.

Frunció el entrecejo y lo dejó seguir con la pintura.

—¿Esto es necesario?

—¿Quieres ir de Usafiri? Tienes que llevar pintura en la cara o Jangwa, el sabio dios de los lugares vacíos, no te hablará. ¿De qué serviría eso?

—No creo en tu dios, Teferi.

El aludido soltó una carcajada.

—Da igual si crees en un dios. Lo que importa es: ¿él cree en ti? —Se detuvo durante un minuto e inspeccionó con ojo crítico su trabajo, entonces volvió a mojarse los dedos en el plato plano lleno de pintura—. Lo que es peor, sin las marcas de la cara, los dioses falsos y los espíritus malignos podrían buscarte y robarte el alma. Te estoy pintando la cara para que parezca una calavera. Eso asusta a los dioses falsos y a los espíritus malignos, pero Jangwa es sabio y no tiene miedo. Te reconoce por medio de los huesos, además de por la piel, y respeta al buscador que muestra su ser interior.

—De todas formas, me mantendré en guardia por si aparece algún espíritu maligno.

Teferi le dirigió una mirada de reproche.

—Te burlas, y sin embargo tu Usafiri te lleva hacia la Pirámide Negra. Puede que no creas en mis dioses y espíritus, pero todos los que viven en Khemi temen a la Pirámide Negra.

Anok nunca había visto la Pirámide Negra, aunque se decía que no se encontraba muy lejos hacia el este, en el desierto. Algunos afirmaban que estaba a un día de distancia en camello. Otros, que se alzaba justo al otro lado del grupo de colinas, arboledas y tierras de labranza que separaban la ciudad del desierto. Incluso había oído sugerir que la Pirámide se movía o que aparecía de la nada, como un espejismo. Se decía que su antigüedad era inconmensurable, que había sido construida por los Reyes Gigantes que gobernaron Estigia antes de la llegada de los auténticos hombres. Se comentaba que contenía un tesoro incalculable, pero que ningún hombre había entrado nunca en ella y había regresado.

—No tengo nada que buscar en la Pirámide Negra. Me gustaría verla, es cierto, pero prometo mantenerme bien lejos de sus muros.

—Eso es —dijo Teferí, dándole un golpecito en la frente—. Listo.

Sobre una mesa, junto a ellos, había un cuenco con agua y Anok se agachó para mirarse. Llevaba la frente y la superficie alrededor de los ennegrecidos párpados cubiertas de blanco. La nariz también estaba pintada de negro y una franja blanca se extendía desde el borde de cada ojo y le descendía por los pómulos hasta el mentón. Unas finas líneas negras dibujadas sobre los labios sugerían los dientes expuestos. Ciertamente, era aterrador, y Anok se preguntó qué pensaría la gente cuando pasara por las calles.

Teferi lo examinó una vez más e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Estás listo para partir?

Anok se palpó el frente de la túnica y notó el medallón con la Escama de Set bien guardada en su interior colgando sobre su pecho.

—Supongo que sí. —Recorrió el Nido con la mirada una última vez, sus ojos se vieron atraídos hacia la estrecha escalera que ascendía hasta el burdel y la trampilla cerrada en lo alto—, ¿Dónde está Sheriti? Dijo que vendría a despedirme.

El kushita soltó un gruñido.

—Le dije que no viniera. Sólo los hombres deben acompañar a un hombre que va de Usafiri. Atraería a la mala suerte que ella estuviera aquí. Le pedí a Rami que viniera, pero él no se molesta en levantarse antes del mediodía a menos que haya dinero de por medio.

Anok se rió mientras salían por la puerta y la cerró tras ellos. Los pestillos ocultos se cerraron con un chasquido, de modo que únicamente alguien que conociera sus secretos podría abrir la puerta. Apoyó la palma contra la sólida madera de la entrada, como si estuviera comprobando su resistencia. Vaciló sólo unos segundos, diciéndose a sí mismo que lo más probable era que estuviese de vuelta antes de la puesta del sol, sin la carga de su padre. Sin

embargo, de una manera extraña, sentía como si se marchara para siempre, como si fuera la última vez que iba a ver este lugar. Esa sensación hizo que se le formara un nudo en el estómago.

Teferi lo miraba fijamente, con el rostro preocupado.

—¿Estás bien?

Anok asintió con la cabeza y comenzó a caminar.

El otro joven avanzó a su lado.

—Te acompañaré hasta el límite de la ciudad, pero de ahí en adelante debes viajar solo. Esperaré en el Nido hasta que regreses.

Mientras descendían por la calle, volvió la vista atrás por encima del hombro hacia el burdel. Era demasiado temprano para que las prostitutas estuvieran ofreciendo sus servicios y las cortinas estaban corridas sobre las amplias ventanas donde a menudo se apoyaban las mujeres desnudas y hacían señas a los transeúntes. Por un segundo, pensó que una de aquellas cortinas ondeaba y que veía a alguien que lo miraba. Sheriti.

Pero la cortina se cerró y no pudo estar seguro. Tal vez simplemente habían sido el viento y su febril imaginación.

La pintura de su cara atrajo miradas y expresiones de extrañeza de las personas con las que se cruzaron. Los niños pequeños se ocultaban detrás de sus madres, los comerciantes cerraban las puertas mientras pasaba y los desconocidos le abrían paso por la calle. Eso no le preocupaba, pero se sentía expuesto y desnudo sin sus espadas ni su cuchillo.

De forma inconsciente, debía de haber estado buscando con la mano las espadas ausentes y Teferi se dio cuenta.

—Tienes que confiar en que Jangwa te proveerá de lo que necesites en tu viaje —insistió.

—Ya te dije que no creo en Jangwa.

—Entonces, cree en ti mismo, en que encontrarás o te proveerás de lo que necesites.

Avanzaron hacia el este por Odji, más allá de los muros blancos de Akhet y de las murallas negras de la ciudad interior, hasta que los edificios se volvieron más bajos y con más separación entre ellos. Había menos personas y más ganado, y Anok podía oler a cosas plantadas. Irguiéndose sobre ellos, las colinas interiores estaban cubiertas de bosquecillos de olivos, palmeras datileras, moreras para alimentar a los gusanos de seda y pedazos de tierra labrada y regada, cuidadosamente atendidos.

Unicamente una estrecha franja de terreno entre el desierto y el mar era adecuada para la agricultura, por lo que cada centímetro cuadrado de tierra cultivable se dedicaba a producir comida, combustible, madera o seda. Era así en toda Estigia, Sólo en una pequeña extensión a lo largo de la costa y de las fértiles riberas del Estix y sus afluentes se podía cultivar comida. Sin un abundante comercio (mediante caravanas que llegaban a través del océano, de

los ríos y del desierto), Estigia se moriría de hambre, motivo por el cual los comerciantes como su padre eran tolerados en una región que en todos los demás aspectos se mostraba cerrada y vivía recluida.

En varias ocasiones antes de llegar a las afueras de la ciudad lo adelantaron caravanas de camellos que se dirigían a través del desierto hacia puntos desconocidos, posiblemente tan lejanos como Iranistán o la orilla del Mar de Vilayet. Anok conocía a algunos de los guías de los años en que trabajó en los alrededores del Gran Mercado y los saludó al pasar. Cuando uno de ellos se detuvo en el camino delante de él para reajustar la carga de un camello, se le acercó y le pidió un trago de agua. El hombre le pasó su odre y le permitió beber hasta saciarse, aunque la expresión de su rostro lo decía todo. Miraba atentamente las marcas de la cara de Anok y se preguntaba qué clase de idiota se dirigía hacia el desierto sin agua.

Anok le dio las gracias y siguió adelante sin ofrecer ninguna explicación. No estaba seguro de poder explicar qué estaba haciendo, incluso aunque hubiese querido. No estaba seguro de saberlo él mismo. Pero estaba trazando un plan.

Se adentraría en el desierto hasta donde comenzaban las grandes y cambiantes dunas de arena. Entonces avan zaría un poco más por la arena, hasta el punto en el que sólo pudiera ver tierra sólida a su espalda. Allí cogería la Escama de Set y la lanzaría lo más lejos que pudiera. Luego, regresaría a la ciudad. Dudaba de poder hacerlo antes del anochecer, pero con suerte lograría encontrar otra caravana amiga y obtener agua. Puede que incluso pudiera compartir el campamento con ellos durante la noche. Por la mañana regresaría a la ciudad, descansado, libre de su carga y, posiblemente, con unos objetivos más claros.

Anok se había vestido para el desierto, con un turbante y varias capas de ropa amplia como la que llevaban los guías de caravanas. Incluso así, hacía calor y pronto volvió a sentir sed. Maldijo a Teferi por sus insensatos rituales, pero siguió adelante. El camino ascendía, serpenteando por las empinadas colinas que separaban la ciudad del desierto. Mientras cruzaba la cresta, los restos de vegetación desaparecieron. Por delante únicamente crecían una achaparrada maleza marrón, cactus y algún que otro árbol de raíces profundas, empequeñecido por la falta de agua y prácticamente carente de hojas.

Las casas y edificios estaban cada vez más espaciados, hasta que al final no quedó ninguno. Anok podía mirar en cualquier dirección y, aparte del claro rastro de la ruta para caravanas, no había ninguna huella de asentamientos humanos. Este hecho lo hizo detenerse. Escrutó todo el horizonte para asegurarse de que era cierto. Ni casas, ni edificios, ni calles, ni murallas. Lo único que podía ver era tierra marrón rojiza, rocas, maleza baja y colinas rocosas e irregulares.

Se dio cuenta de que estaba más solo de lo que lo había estado en toda su

vida. Había nacido en Khemi y sólo conocía la vida en sus calles. Había oído innumerables historias sobre el desierto y sobre lugares situados más allá, relatadas por comerciantes, viajeros y guías de caravanas, pero él nunca había estado allí desde que era niño…, desde la muerte de su madre. No recordaba nada del asunto y nunca se había imaginado que sería así.

Se sentía pequeño. Se sentía solo. Y, sin embargo, se sentía extrañamente poderoso. Aquí no había nadie que pudiera ayudarlo, pero tampoco nadie que pudiera interponerse. Todo lo que hiciera, todo lo que lograse y su misma supervivencia dependían de su propia voluntad e inventiva. Por vez primera, comenzó a sentir que el Usafiri de Teferi podría servir de algo, que podría hallar parte de su rumbo y objetivo perdidos aquí afuera, en el espacio vacío.

No lejos de allí descubrió algo largo y oscuro junto al camino. Al principio pensó que podría tratarse de una serpiente, pero resultó ser el asta de madera de una lanza. Se detuvo para recogerla. El asta estaba hecha de una madera oscura que le resultaba desconocida, y la punta era una lámina de una vitrea piedra gris que tampoco identificó. El asta y la punta estaban unidas por medio de unas delgadas fijaciones elaboradas con algún tipo de cuero o tendón. Una franja de un elaborado tallado rodeaba el asta por debajo de la cabeza, pero Anok no reconoció ninguno de los símbolos. Sin duda, se trataba de un recuerdo o de un trofeo que se había caído de alguna caravana, probablemente procedente de Kush, de Darfar o, incluso, de los lejanos Reinos Negros.

No servía de mucho como arma, pero era mejor que nada. La sopesó y la lanzó suavemente hacia la tierra a unos metros de distancia. A pesar de su primitiva elaboración, el equilibrio y el peso eran buenos. Era agradable volver a contar con algún tipo de arma.

Finalmente, las colinas se abrieron dando paso a un amplio valle, y allí vio la Pirámide Negra. Era enorme, tan alta como cualquier torre de Khemi, estaba construida con piedra lisa y era tan negra como la obsidiana. Ninguna senda conducía hasta la pirámide y no había ninguna entrada visible. De hecho, Anok había oído que nadie había hallado el modo de entrar. O, al menos, nadie había regresado nunca para contarlo. A diferencia de algunos de los templos en forma de pirámide más pequeños que había en la ciudad, ésta no era escalonada. Los laterales eran inclinados, demasiado empinados como para que un hombre los escalase, y formaban una marcada punta en la cima.

Anok se situó en un punto desde el que se dominaba el valle y se preguntó qué secretos ocultaba la pirámide y quién la había construido. ¿Los lemurianos? ¿Los Reyes Gigantes? ¿Una raza aún más antigua?

Notó un extraño sonido, como el repique de una campana. Aunque a diferencia de una campana este tono era constante, no se desvanecía con el tiempo. Al igual que pasaba con el chirrido de un grillo, resultaba difícil de localizar, pues parecía llegar de todas partes a la vez, pero muy cerca.

Al fin, identificó la fuente. Surgía de su medallón o, más concretamente

sospechaba Anok, de la propia Escama de Set.

—Debe de ser la pirámide —le dijo al desierto vacío, sorprendiéndose de lo seca y áspera que sonaba su voz—. La magia sigue a la magia.

De alguna forma, la Escama estaba respondiendo a algún tipo de energía mística que albergaba la pirámide, al igual que una varita de zahori respondía ante el agua profundamente enterrada. Si necesitaba un incentivo más para mantenerse lejos de la Pirámide Negra, aquí estaba. Avanzó dejando una amplia distancia alrededor de la pirámide, aunque hacerlo lo apartó del camino de caravanas.

Ahora, el sol estaba en lo alto del cielo y pegaba implacable. No había ninguna sombra, ningún lugar bajo el que refugiarse. Anok sólo podía seguir caminando. El sudor le resbalaba por la cara y la pintura comenzó a picarle y a volverse pegajosa. Al final, se rindió y se la limpió con el borde de la túnica. No iba a seguir aguantando la superstición de Teferi. Que los dioses y los demonios lo mirasen a la cara.

Mientras dejaba la Pirámide Negra atrás, el sonido de la Escama cesó, lo que le causó gran alivio. Dio otra curva y levantó la mirada para ver algo extraño, tal vez un banco de nubes, en el cielo detrás de la próxima colina. Se detuvo y parpadeó.

Sus ojos tardaron unos segundos en encontrarle cierto sentido a lo que estaba viendo. No se trataba de una nube, ni de nada en el cielo. Era la cima de una enorme duna de arena, tan grande que empequeñecía a la colina más cercana. Había llegado al mar de arena.

Se apartó de su ruta y ascendió hasta lo alto de la colina. Era un camino largo y las rocas estaban sueltas y resultaban traicioneras, pero necesitaba ver. Al final, ascendió a trompicones hasta la cima y miró hacia la arena. La enorme duna frente a él sólo era una de un incontable número que se extendían hacia el horizonte, y puede que no fuera la más grande. Anok había visto muchas veces el Océano Occidental durante una tormenta, lleno de imponentes olas que se arrastraban con sobrecogedora lentitud hacia la tierra. Lo que veía le recordaba a esas olas, congeladas en el tiempo e inmensamente más grandes.

Se llevó una mano al pecho, notando el medallón. En medio de esta inmensidad, algo tan minúsculo podría perderse para toda la eternidad. Simplemente debía entregárselo a la arena, y, para hacerlo, no tendría que ir muy lejos. La duna más cercana valdría. Treparía hasta la cima, extraería la Escama de Set, pues deseaba conservar el médallón como un recuerdo de su padre, y la arrojaría lo más lejos que pudiera hacia el desierto. Poco después, la cambiante arena se la tragaría sin ninguna duda y los ojos de los hombres no volverían a verla nunca.

Entonces podría regresar al camino y esperar a que pasase una caravana. Podría conseguir algo de agua y, quizá, incluso pagar para que lo llevasen de

regreso a la ciudad. Sería sencillo.

En muchas ocasiones había caminado por las playas de arena situadas a lo largo del Océano Occidental y por aquellas que bordeaban algunas de las riberas del río Estix; sin embargo, esta arena era diferente. Era fina, suave y resultaba difícil caminar sobre ella. Los pies se le hundían en los granos calientes y parecían tragarse el esfuerzo de cada paso. Cuando comenzó a ascender por la duna, fue incluso más difícil. La arena se deslizaba bajo él al caminar, fluyendo en capas parecidas a agua que descendían por la cara de la duna, borrando sus huellas.

Agachó la cabeza, concentrándose en el esfuerzo de moverse y no en el destino. Avanzó con dificultad durante lo que le parecieron horas, hasta que estuvo seguro de que debía de haber avanzado un buen trecho del camino y cayó de rodillas para descansar. Sólo entonces levantó la mirada, para encontrarse con la cima de la duna todavía lejos sobre él. Apenas había recorrido una tercera parte de la ascensión.

Con un gemido, inclinó la cabeza y reunió fuerzas. Tenía los labios secos y le ardían en las partes en las que comenzaban a agrietarse. Ansiaba un sorbo de agua. Sin embargo, debía seguir adelante o nunca se libraría de la maldición. Se puso en pie con dificultad y subió tambaleándose por la empinada cara de la duna, clavando el asta de la lanza en la arena y apoyándose con fuerza en ella.

Se detuvo a descansar dos veces más, y en cada ocasión se encontró sólo un poco más cerca de su objetivo. En la última parada, mientras bajaba la cabeza para proteger la cara del sol, oyó un extraño sonido susurrante, casi como el batir de las alas de un pájaro. Miró hacia arriba a tiempo de ver arroyos de arena que descendían por la duna por encima de él, la alteración terminaba en un extraño hueco en la arena que se estaba llenando con los granos en movimiento. Al levantar la cabeza había captado un indicio de algo con el rabillo del ojo, era bajo, ligeramente más oscuro que la arena y se movía con rapidez alrededor de la curva de la duna fuera de su vista.

¿Podía haber algo viviendo aquí? ¿Una serpiente o un lagarto? Sin embargo, nunca se había encontrado con ningún reptil que se moviera tan rápido como la sombra que había notado al borde de su campo de visión. Consideró la posibilidad de que simplemente estuviera imaginando cosas. Entonces oyó el sonido susurrante, esta vez desde el otro lado de la duna, hacia arriba y a su derecha, Miró con rapidez, pero no pudo descubrir nada. Quizá había alguna clase de pájaro. Eso explicaría tanto los sonidos como la veloz forma que había vislumbrado.

Realizó el último esfuerzo hasta la cima de la duna. Una vez más, vio un movimiento con el rabillo del ojo, algo que corría por el borde de la duna, una silueta baja y oscura recortada contra el resplandor azul del cielo. Cuando giró la cabeza para ver mejor, ya había desaparecido. No se le ocurría de qué podría

tratarse, aunque estaba seguro de que aquí en la arena vivía algún tipo de animal sigiloso.

La panorámica desde lo alto de la duna lo dejó sin habla. Podía ver la línea de colinas rocosas que describían una curva hacia su derecha. Más allá, nada salvo arena, aparentemente hasta el fin del mundo. Por primera vez en su vida, Anok tuvo una pequeña noción de lo grande que era el mundo y de lo poco que había visto de él. Había conocido y hablado con personas provenientes de docenas de lugares remotos, pero desde la cima de la duna, Estigia parecía inmensa, casi más allá de lo imaginable. Que el mundo fuera aún más grande resultaba asombroso.

Introdujo la mano bajo la túnica y sacó el medallón, pasándose la cadena por la cabeza. Se le enredó en el turbante y le llevó un momento soltarlo. Clavó la empuñadura de la lanza en la arena y presionó el medallón entre las palmas de las manos para abrirlo. Al hacerlo, vio algo que atravesó a toda velocidad la duna frente a él, parcialmente oculto por la curvatura descendente.

Anok titubeó, y se volvió a poner el medallón sin abrir alrededor del cuello. Acababa de recuperar nuevamente la lanza cuando la arena a sólo un par de metros a su derecha formó un montículo y comenzó a moverse. La arena se apartó para revelar al monstruo que se había estado ocultando debajo: una gigantesca araña que lo miraba con inhumana malevolencia.

Se parecía a una de las grandes arañas camello que eran comunes en los alrededores de la ciudad y que, de vez en cuando, se podían encontrar incluso en el centro. Medían más que la mano de un hombre y, aunque eran inofensivas para los humanos, podían matar ratones e incluso ratas pequeñas con facilidad.

Pero este bicho era mucho más grande, del tamaño de un perro, con ocho patas, además de dos gruesas antenas que mantenía frente al cuerpo. Ocho ojos negros como la tinta (dos grandes y el resto mucho más pequeños) lo estudiaban con frío interés. El torso era como una gruesa salchicha y tan largo como el antebrazo de Anok, pero aun así resultaba pequeño comparado con el resto de su cuerpo. Lo más intimidante eran las mandíbulas: unas cosas enormes y curvadas hacia adentro rematadas con colmillos afilados como agujas.

Las arañas camello tenían fama de temer a la luz solar directa. Salían por la noche o permanecían en las sombras. Pero ésta no parecía temerle al sol en absoluto.

Parecía capaz de arrancarle la mano a un hombre, pero Anok no pensaba darle la oportunidad. Alzó la lanza en actitud defensiva. Estaba seguro de que podría matarla o, al menos, rechazar el ataque. Esperaba que no lo persiguiera. Decidió retroceder y darle espacio.

Volvió la vista hacia atrás y descubrió otra araña enorme que avanzaba por la duna por debajo de él. Tal vez había tropezado con un nido. Tendría que

seguir adelante y descender por allí. Luego podría retroceder hasta el camino de caravanas.

Comenzó a bajar por la ladera de la duna, volviendo la mirada de vez en cuando para vigilar a la enorme araña, que lo observaba desde la cima con los negros ojos brillando bajo el sol y las antenas cubiertas de pelos agitándose en el aire, como si estuviera buscando algún rastro de la presa. Iba tan concentrado en la araña a su espalda que casi pisó a otra oculta en la arena frente a él.

Unicamente el susurro de la arena al moverse lo puso sobre aviso de la aparición de la araña. Clavó los talones, sin ser capaz de evitar deslizarse más cerca de sus monstruosos colmillos. Rápidamente, trazó un arco con la lanza, aunque no la clavó directamente en el bicho, sino bajo él: la fuerte asta de la lanza se deslizó bajo su pesado tórax. A continuación, como un jornalero que trabajase con una pala, levantó a la araña y, con un gruñido, la envió volando hacia un lado.

Sólo recorrió un par de metros, pero aterrizó de espaldas, deslizándose por la duna cierta distancia antes de encontrar dónde agarrarse y darse la vuelta sobre el abdomen. Anok casi había supuesto que lo atacaría, aunque esperaba que huyese. No hizo ninguna de las dos cosas, En lugar de ello, se quedó inmóvil, observándolo, mientras agitaba las antenas.

Anok volvió la vista y descubrió que la araña por encima de él estaba descendiendo por la duna con precaución, manteniéndose a una distancia constante de él. Observó más agitación y movimiento con el rabillo del ojo. Dos arañas más descendían trotando por la duna varios metros a su derecha. Luego, tres más a la izquierda. Se movían en formación cerrada, manteniendo una minuciosa alineación, como soldados.

Sintió que se le helaba la sangre al darse cuenta de golpe. No se trataba de animales solitarios, de cazadores oportunistas. «¡Están trabajando en equipo, me están acechando como una jauría de perros!», descubrió. Podía rechazar a una araña o dos, pero no a una partida de caza, no con esta lanza. Maldijo a Teferi por convencerlo de que dejase las espadas en el Nido. Con sus espadas, podría haberse enfrentado a ellas. Estaba seguro.

Pero no tenía espadas y las arañas lo estaban obligando a adentrarse más en el desierto. Con resolución, buscó una posición defensiva. Más adelante y a su izquierda, una duna más pequeña tenía una especie de montículo en un lado, un banco de arena a medio camino de la ladera. No era mucho, pero era lo mejor que podía esperar hallar entre las dunas.

Ascendió por la duna a gatas, usando nuevamente la lanza de bastón. Avanzaba despacio, pero al fin llegó al montículo. Las arañas lo seguían a una cautelosa distancia, flanqueando de nuevo su posición, mientras algunas subían hasta la cima de la duna. Anok no podía estar seguro, pero parecía que había al menos ocho o diez bichos, asumiendo que no hubiera reservas ocultas

al otro lado de las dunas ni enterradas en la arena.

Tres arañas ascendieron por la duna debajo de él. La más grande se arrastró hasta quedar justo fuera del alcance déla punta de su lanza, se alzó sobre las patas traseras y agitó las antenas de forma agresiva. Sus compañeras se desplegaron ligeramente, se acercaban lo suficiente como para que casi pudiera golpearlas con la lanza y luego retrocedían un par de metros, solamente para regresar y repetir la actuación.

A pesar de la constante amenaza, Anok intentó permanecer atento a lo que pasaba a su alrededor y al movimiento de las otras arañas, esperando que no lograsen acercarse a él sin que las viera. Un chillido a su espalda le hizo volver la cabeza hacia atrás. Se trataba de la araña situada en la cima de la duna, que se alzaba sobre sus cuatro patas traseras mientras agitaba en el aire las patas delanteras y las antenas. ¡Los malditos bichos también podían hacer ruido!

Otro sonido lo llevó a volverse justo a tiempo, mientras la araña grande se lanzaba hacia él. La apartó de un golpe con la lanza, pero las otras dos ya estaban cargando contra él. Desequilibró a una con la empuñadura de la lanza y, a continuación, la empujó de una patada con todas sus fuerzas duna abajo. El cuerpo produjo un crujido parecido al de un huevo de ganso cuando su pie la alcanzó y la araña aterrizó, sacudiéndose, patas arriba.

Mientras la tercera saltaba sobre él, descubrió a dos más que subían corriendo por la duna detrás de su compañera.

El bicho estaba demasiado cerca como para utilizar la lanza, así que se vio obligado a soltar el arma. Cogió una de las patas de la araña en cada mano y, con los brazos estirados, consiguió mantener las mandíbulas alejadas de él. Un gota de veneno de color ámbar goteó de uno de los colmillos y le cayó sobre el dorso de la mano. Aulló de manera involuntaria mientras el veneno comenzaba a abrasarle la piel.

Logró apartar al bicho, pero el ácido veneno le quemó la mano, y unos pelos parecidos a púas se le clavaron en las palmas de las manos. Se agachó y recogió la lanza, esperando rechazar la siguiente oleada de arañas que ascendía por la colina. Entonces, la arena comenzó a ceder bajo sus pies. El montículo sobre el que estaba subido se hundió en una avalancha de arena. Incluso mientras se esforzaba para que no lo atrapase, una espesa ola de arena se tragó a las arañas situadas bajo él.

Anok clavó la punta de la lanza, anclándose contra el deslizamiento, que ya estaba comenzando a disiparse, pero las arañas enterradas simplemente habían desaparecido. Tal vez conseguirían desenterrarse; pero cuando eso ocurriera esperaba encontrarse muy lejos.

Estaba evaluando la ruta de huida cuando las arañas de la cima bajaron por la duna a la carga. Cuando la primera le saltó encima, alzó la lanza de manera instintiva y golpeó. La lanza se ensartó en el torso de la araña y un torrente de pegajoso fluido verde bajó por el asta hacia sus manos. Intentó desclavar a la

araña, que se agitaba sacudiendo el arma, pero cuando eso no funcionó, balanceó la lanza rápidamente sobre la cabeza y arrojó la araña ensartada contra sus compañeras.

La criatura aterrizó patas arriba y sus dos congéneres vacilaron en el ataque. Anok se preguntó por un momento si las había ahuyentado, pero no se trataba de eso en absoluto. En lugar de ello, las dos arañas se lanzaron sobre su compañera caída y le hundieron los colmillos en la suave parte inferior del tórax, provocando fuertes sonidos de succión mientras le sorbían los fluidos corporales.

Anok no se quedó a mirar, Se dio la vuelta y comenzó a poner tanta distancia entre él y las arañas como le fuera posible. En lugar de trepar por las dunas, adelantó tiempo abriéndose paso por las depresiones entre ellas. Otra ventaja era que, al menos parte del tiempo, se encontraba a la sombra detrás de las enormes montañas de arena.

El problema era que lo obligaba a seguir una ruta serpenteante que le hizo perder el poco sentido de la orientación que le quedaba. Podía ver muy poco salvo una franja de cielo y la ondulante arena frente a él.

El tiempo dejó de tener algún tipo de significado convencional. El mundo se medía en periodos de cansancio y dolor. Imaginó que podía sentir cómo el aire quieto y caliente le chupaba el agua del cuerpo, secándolo como un dátil al sol. Tenía los labios secos como el pergamino viejo, agrietados y sangrando. Le ardían los ojos y cada parpadeo parecía arrastrar cuchillas sobre ellos.

El veneno le seguía quemando la mano y, desesperado, tomó un puñado de arena y se la frotó contra la herida. Esto hizo que el dolor empeorase momentáneamente, pero la arena pareció absorber el veneno y el dolor disminuyó.

Agotado, redujo el paso, pero no podía detenerse hasta estar convencido de que estaba a una distancia segura del grupo de arañas. También necesitaba saber dónde se encontraba y dirigirse de nuevo hacia el camino de caravanas antes de perderse por completo. Descubrió la duna más alta de los alrededores y comenzó la larga (y ahora angustiosa) ascensión. Tras un interminable suplicio, se arrastró los últimos metros a cuatro patas. Sólo entonces levantó la cabeza y echó un vistazo alrededor.

Arena.

Arena.

No veía nada aparte de dunas. Se dirigía directamente hacia el desierto. Se puso en pie con dificultad. Despacio, se volvió, escrutando el horizonte.

Arena.

¡Arena!

¿Dónde estaban las colinas? Al menos debería poder ver las cimas. Pero lo único que veía eran las ondulantes cumbres de las dunas extendiéndose hacia el infinito.

El sol se encontraba en lo alto del cielo, lo que no le ofrecía ninguna pista sólida sobre qué dirección tomar para regresar al mar. Estaba perdido, Pero si esperaba aquí el sol comenzaría a ponerse. Sólo tenía que seguirlo hasta salir del desierto, de regreso al mar.

Comenzaba a sentarse cuando un movimiento en el borde de su campo de visión captó su atención.

Cuando miró, ya había cesado.

No se sentó.

Esperó y observó.

Entonces las vio: una línea irregular de formas bajas que se movían sobre la cima de una duna.

Un grupo de arañas le estaba dando caza.

No podía esperar al sol. Tenía que seguir moviéndose. Era su única esperanza.

Se dio la vuelta para salir corriendo y, debido al cansancio, la sandalia se le atascó en la arena, un pie se le enganchó con el otro.

Tropezó.

La lanza salió volando de su mano y, desde donde se encontraba, no había otro camino sino hacia abajo.

Rodó de cabeza, una rueda humana en un carro descontrolado hacia la inconsciencia. Más rápido, cada rotación del cuerpo lo elevaba más en el aire, cada aterrizaje lo golpeaba como un mazo.

No podía respirar, no podía pensar.

Pero su cuerpo sí podía reaccionar. El instinto le hizo girar las caderas y separar las piernas. Un pie se le enganchó en la arena, retorciéndose de forma dolorosa, y Anok se vio arrojado dando vueltas por el aire. Cayó bruscamente sobre un hombro y comenzó a girar de lado.

Extendió los brazos y las piernas y se tumbó boca abajo, deteniendo los giros. Sin embargo, siguió deslizándose de cabeza por la enorme duna, acompañado por un río de arena. No había nada que hacer salvo cerrar los ojos, mantener la posición y esperar.

Llegó al fondo de la duna tan de prisa que la arena le pareció roca sólida, y se golpeó un lado de la cara tan fuertemente que vio estrellas. Anok se detuvo, pero la arena siguió cayendo, caliente y suave. Lo cubrió hasta la parte baja de la columna, inmovilizándole las piernas.

Desesperado por respirar, tosió, expulsando tapones de arena compacta de la boca y la nariz.

Miró al mundo de lado, un panorama de arena que comenzaba literalmente ante su nariz.

Estaba destrozado.

No se podía mover. Se encontraba demasiado cansado para continuar.

Que las arañas lo atrapasen.

Entonces, algo se movió al borde de su campo de visión. Algo grande se escabullía por la arena corriendo sobre muchas patas.

«Menuda rapidez», pensó.

Su aturdido cerebro necesitó varios segundos para darse cuenta del error. Grande, no. Cerca.

Un escorpión: gordo, negro, con su caparazón irisado bajo el sol.

Se movía por la arena ocupado en sus propios asuntos, indiferente ante este enorme intruso que había llegado a su pequeño mundo.

«Al menos, él vivirá», se dijo.

A Anok se le ocurrió que aquello era una injusticia. Un inútil escorpión viviría y él iba a morir. ¿Eso era justo?

Antes de darse cuenta, su mano se movió, falta de coordinación. La mano cayó sobre la criatura, que se llevó un buen susto. Anok sintió cómo el aguijón afilado como una aguja se le clavaba en la base del pulgar, el caliente torrente de veneno, tan conocido que era casi como un viejo amigo.

Un rugido gutural surgió de la garganta de Anok, aunque no estaba seguro si era de dolor o, simplemente, un recordatorio de que seguía vivo.

El escorpión se retorcía bajo su mano, pellizcándole la carne con las pinzas mientras intentaba abrirse paso para liberarse.

Sus dedos se apretaron alrededor de la criatura y volvió a arrastrar la mano hacia él. Con una calma desesperante, acercó la otra mano, arrancó el aguijón del bicho y lo lanzó a un lado.

Aun así, el animal siguió agitándose. Anok fue como las arañas, en ese sentido. No pudo esperar a que muriese.

Le arrancó la cola, acercó el extremo hasta sus labios agrietados y chupó la jugosa carne que había en su interior.

Era dura y amarga al masticar, pero las valiosas gotas de humedad hicieron que valiera la pena. Centró su atención en el resto del bicho: partió en dos el cuerpo que aún se retorcía y sorbió hasta la última gota de sus contenidos corporales. Le provocó arcadas, pero consiguió tragárselo todo.

Lanzó a un lado el caparazón, cuyas patas seguían sacudiéndose, y se concentró en liberar las piernas de la arena. Podía sentir cómo el veneno del escorpión le iba quemando al ascender por el brazo, pero eso únicamente ayudó a despejarle la mente.

—Dulce veneno —dijo—. Sálvame.

Por fin, se liberó de la arena. Se puso en pie con dificultad, pero con nueva determinación, y miró a su alrededor. A varios metros de distancia vio el extremo de la lanza que sobresalía de la duna y se acercó para recuperarla. Empleó toda su fuerza en sacar de la arena el asta medio enterrada, pero lo logró.

Se puso en pie.

Estaba vivo.

Tenía un arma.

Oyó un ruido, un roce, tan suave que podría ser fruto de la imaginación.

Aunque probablemente se tratase de las arañas.

Anok adoptó un aire despectivo y dejó escapar una sibilante espiración a través de los dientes.

—Puede que me atrapéis —exclamó—, ¡pero no caeré fácilmente!

7

Sheriti se encontraba en el pasillo posterior del burdel Paraíso, la encrucijada de los tres mundos que el edificio albergaba. A su espalda estaban las cocinas y las habitaciones privadas de la servidumbre y de las prostitutas, donde Sheriti había vivido la mayor parte de su joven vida. Como sería de esperar en un lugar habitado únicamente por mujeres, se trataba de un espacio de gran comodidad y decorado con sentido práctico. Cortinas de refrescantes enredaderas caían cubriendo las grandes ventanas, cerámica de vivos colores procedente de lejanas tierras destacaba contra las paredes y el intenso aroma del incienso impregnaba el aire.

Los adornos eran sencillos, de buen gusto y discretos, casi austeros comparados con las partes públicas del edificio, como si las personas que allí vivían quisieran distanciarse todo lo posible de esa otra vida.

Frente a ella se encontraba una pesada puerta elaborada con roble importado, detrás de la cual se podía escuchar música, voces escandalosas, risas y, de vez en cuando, un gemido de pasión. Detrás estaba la parte del burdel que veía el público y donde a Sheriti no se le permitía aventurarse en horas de trabajo. Incluso a través de la puerta uno podía oler el perfume, imaginar el desenfrenado destello de muebles y adornos, todas las imágenes y aromas estaban calculados para intoxicar los sentidos y engatusar a los clientes para que vaciasen los monederos.

Este lugar extraño y prohibido, donde vivía su madre, era el que había proporcionado un sustento para ambas todos estos años, en un mundo que normalmente no valoraba a una buena mujer tanto como a un buen caballo o camello. Era el mundo que siempre se interpondría entre ellas pues, aunque Sheriti nunca había dudado del amor de su madre, Kifi siempre había guardado las distancias con su hija.

Aún más desde que Sheriti se había hecho adulta. Tiempo atrás le había arrancado a su hija un voto de castidad, de modo que nunca cayese en la vida en la que su madre parecía estar atrapada. «¿Qué hay aquí, madre, que no queréis dejarlo y no podéis soportar la idea de que yo entre?»

Sin embargo, Kifi quería otra vida, cualquier otra vida, para su hija. Sólo estaba al tanto de parte de las aventuras de Sheriti con los Cuervos, pero era lo suficiente como para que a menudo expresase su temor. A pesar de todo, nunca se lo había prohibido, ni siquiera había hablado mal de ello.

—Es mejor morir atravesada por una espada que vivir como una puta — era lo único que decía. Y eso era todo.

Sheriti no podría entender nunca, no podría escapar nunca de la sensación de que, sin la carga de una hija, su madre podría haber encontrado hace mucho tiempo una vida diferente, una vida mejor. Anhelaba el día en que pudiera abandonar la protección de su madre y dejar de ser una carga para ella.

Y, de este modo, venía el tercer mundo del burdel Paraíso, el mundo al que escapaba cada vez que podía: el Nido.

Avanzó hasta el extremo del pasillo en el que esperaba la gruesa trampilla, sujeta mediante pestillos de hierro y, sin embargo, equipada con un ingenioso contrapeso de modo que se pudiera levantar con un solo dedo. Abrió los pestillos, levantó la puerta y bajó la mirada hacia la estrecha escalera; los peldaños estaban desgastados tras años de uso constante.

Abajo todo estaba oscuro y en silencio, así que regresó a la cocina y cogió una vela para alumbrarse. Descendió hacia la conocida penumbra.

Al final de la escalera, recorrió con la mirada los viejos muebles, pensando en los numerosos buenos momentos que habían pasado juntos allí a lo largo de los años: las largas charlas, las celebraciones de la Festividad, las prolongadas sesiones planeando tal o cual aventura, las incontables horas que Anok había pasado enseñándola a leer y a escribir.

Apoyó la vela sobre la mesa situada en el centro de la habitación. Todo parecía tan vacío, tan apagado, que parte de ella quería llorar.

Un pequeño ruido le hizo darse la vuelta. Dirigió la mirada hacia los cubículos para dormir y el corazón le dio un vuelco al notar que la cortina que cubría el rincón de Anok estaba corrida. ¿Estaba cerrada la última vez que la había visto? No lo recordaba.

Sin aliento, se acercó y colocó la mano sobre el borde de la cortina, sintiendo cómo la desgastada seda le acariciaba la mano. Titubeó mientras le rogaba a la diosa de su madre encontrarlo durmiendo dentro. Entonces, apartó la cortina.

Se le cayó el alma a los pies. La cama estaba arrugada y vacía, salvo por un pergamino a medio leer escrito en aquilonio. Un ratón mordisqueaba un mendrugo de pan seco olvidado sobre la mesa que había junto a la cama, ajeno a la serpiente doméstica al acecho que ascendía deslizándose por la pata de la mesa. Sheriti agitó los brazos de manera amenazadora y el ratón corrió a refugiarse a un lugar seguro, haciendo que la frustrada serpiente tuviese que encontrar comida en otra parte.

Sheriti suspiró y se apoyó contra la entrada, mientras observaba a la confundida serpiente que buscaba con parsimonia la presa ya desaparecida. Entonces, la puerta exterior vibró.

Alguien llamó.

¿Tal vez Anok, esperando una ausencia prolongada, había guardado dentro la cuerda del pestillo oculto antes de marcharse? Corrió hacia la puerta y la abrió sin ni siquiera comprobar la mirilla.

En cuanto levantó el pestillo, alguien empujó la puerta hacia adentro, haciéndola retroceder a trompicones. Un par de gigantes idénticos, con las espadas desenvainadas, atravesaron la entrada, alerta ante cualquier peligro. Únicamente encontraron a Sheriti.

Una tercera figura, mucho más pequeña, los siguió hacia el interior de la habitación. Se trataba de Wosret, el jefe de los Escorpiones Blancos. Este recorrió la estancia con la mirada hasta que se convenció de que no había nadie oculto allí. Volvió a concentrarse en Sheriti.

—Estoy buscando a Anok Wati, ramera. ¿Dónde está?

—No soy una ramera, lord Wosret, aunque podría ser cosas peores.

El hombre le dedicó una cruel sonrisa.

—Los Cuervos siempre habéis tenido temple. Cuando erais niños, resultaba simpático. Ahora, se vuelve… pesado. —La sonrisa se le borró al instante—. ¿Dónde está?

—Se fue.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Puede que nunca.

Wosret hizo un gesto casi imperceptible, poco más que el movimiento de un dedo. Al instante, uno de los guardaespaldas balanceó la espada, de modo que la punta se sostuvo en el aire, apenas a un palmo de la garganta de la joven.

El jefe adoptó un aire despectivo.

—No juegues conmigo, muchacha. Le hice una proposición de negocios a Anok y espero una respuesta.

—Ya os he dicho que se ha ido. Hace tres días se adentró en el desierto sin agua ni armas.

Sheriti se atragantó con lo que intentó decir a continuación. Trató de convencerse a sí misma de que únicamente se trataba de un engaño, de una artimaña para deshacerse de Wosret, pero expresaba un íntimo temor que la había perseguido desde el amanecer.

—Creo… que está muerto.

Wosret vio la emoción de la joven y su respuesta fue reírse.

—Conmovedor. —Soltó otra carcajada mientras parecía considerar la idea —, Anok Wati, honrado hijo de Odji, el demonio de dos espadas… ¿muerto? —Se dio la vuelta y se paseó por la habitación—. No es lo que había planeado —dijo—, pero servirá a mis propósitos casi igual de bien. Estaba deseando domarlo, aunque no tenía muchas esperanzas de lograrlo. Muerto ahora, y con muchos menos problemas para mí, servirá sin duda.

Sostuvo la mano sobre el calor de la llama de la vela, observando cómo el humo formaba volutas entre sus dedos extendidos.

A continuación, volvió a mirar a Sheriti.

—Pero no lo creeré hasta que no vea su cuerpo con mis propios ojos. ¡Basta de tonterías! Le dejaré un mensaje. Puede que lo lea si hago que Kyky-aa y Kiky-nedjes te lo graben en la piel.

—Dejadla —bramó una voz profunda desde la puerta abierta. Teferi entró en la habitación con la espada desenvainada de manera despreocupada, como si se tratase más de una afirmación que de una amenaza—. El Paraíso os paga un abundante tributo cada mes a cambio de seguridad. No hacéis nada más para ganaros ese tributo, así que por lo menos podrías dejar este lugar en paz.

En el rostro de Wosret apareció una expresión de fingida sorpresa.

—Me pagan un tributo por la seguridad de las putas del Paraíso, es cierto. —Simuló recorrer a Teferi con la mirada—, Si tú eres una puta, sin duda eres bastante fea. —Se llevó la mano al cinturón—, Pero tal vez debería probarte de todas formas.

Los gigantes rieron. Una vez olvidada Sheriti, ya no la apuntaban a ella con las espadas, sino a la nueva amenaza.

La joven se acercó a Wosret sin que la vieran y deslizó la mano tranquilamente hacia la espalda.

—¡Dejadlo tranquilo!

Wosret la miró y soltó una carcajada.

—¿Y qué vas a hacer, ramerita? Oí que te marchaste de Odji para convertirte en escriba. Enfrenta una pluma contra una espada. ¿Cuál crees que triunfará?

Los dedos de la muchacha se cerraron alrededor de la empuñadura de la daga de escriba que llevaba metida en el cinturón. Afilada hasta parecer una cuchilla de afeitar, su función era sacarle punta a las plumas y a los juncos, pero también tenía otros usos.

Wosret soltó un grito ahogado, con los ojos abiertos de par en par, mientras la punta del cuchillo se apretaba contra su entrepierna.

Los guardaespaldas gemelos tardaron en reconocer la amenaza y, mientras ellos seguían pensando, Sheriti aclaró su posición.

—Decidles que no se muevan, señor, o antes de que puedan hacer nada os privaré de vuestro mayor tesoro. —Fue su turno de reír—. Y, pase lo que pase, ¡no podréis recuperarlo!

Wosret miró a Teferi con desesperación.

—¿Dejas que esta mujer luche por ti?

El aludido sonrió.

—¿Estamos luchando? Yo, no. Sheriti simplemente os está mostrando su nuevo cuchillo. Si lo he entendido bien, vinisteis a dejar un mensaje. Ya está hecho. Tened por seguro que si volvemos a ver a Anok Wati no tardará en saber de esto. —Su sonrisa desapareció y el rostro se le volvió frío—, Y veremos qué ocurre entonces.

Furioso, aunque burlado, Wosret hizo una seña a los guardaespaldas, que envainaron las espadas y salieron bajo la feroz mirada de Teferi.

El kushita volvió a mirar a Wosret.

—Para que quede claro: los Cuervos no luchamos las batallas de los otros. Todos luchamos la misma batalla. Eso es lo que nos hace fuertes. Os vendría bien recordarlo.

Sheriti retiró el cuchillo y sostuvo la hoja en alto para que Wosret la viera, haciéndola girar lentamente para que el destello del acero bruñido reluciera en los ojos del hombre.

Éste se apartó con un gruñido y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta.

—Os dejo vivir para que entreguéis mi mensaje. Pero sabed que este asunto no ha acabado. Volveremos a hablar, cuándo y dónde yo elija, y no os gustará.

Teferi simplemente se rió.

Entonces, Wosret se marchó.

El kushita cerró la puerta, asegurándose de que no sólo estaba pasado el pestillo, sino también la tranca. A continuación, se volvió hacia Sheriti.

La joven se estiró para rodearle el cuello con los brazos y él se agachó para dejarse abrazar. Luego se apartó y lo miró con el entrecejo fruncido.

—No deberías haberlo hecho enfadar tanto.

Teferi sonrió ligeramente.

—¿Yo? Fnifite tú quien amenazó con un cuchillo su virilidad.

Sheriti no le veía la gracia.

—Ya sabes lo que quiero decir, Teferi. Es un hombre poderoso. Puede aplastarnos si le conviene.

—Eso no sucederá. Lo cierto es que el tributo del burdel es demasiado importante para él. En cualquier caso, no se atreverá a tocarte en el Templo de los Escribas, y yo —sonriócontaba con el valor de alguien que está a punto de marcharse.

Los ojos de la joven se abrieron más.

—¿Encontraste pasaje?

—Me han empleado en un buque mercante que se dirige a Argos y más lejos aún. Aunque, la verdad sea dicha, sospecho que me contrataron más por mi espada que por mis inexistentes habilidades para navegar. Hay muchos piratas de aquí a Tibor.

—¿Cuándo te marchas?

—Zarpan con la subida de la marea, dentro de un par de horas.

El corazón de Sheriti sufría por las emociones en conflicto. Su hermano Teferi había soñado durante tanto tiempo con dejar atrás este reino maldito, pero ¿por qué tenía que ser ahora? Y se suponía que ella debía regresar al templo al anochecer. ¿Y si Anok regresaba y ellos no estaban aquí?

¿Y si no regresaba?

Se dejó caer sobre un desgastado banco cubierto de seda escarlata. Miró

hacia la puerta y pensó nuevamente en las amenazas de Wosret.

—Éste es el destino al que abandonamos a nuestro hermano —dijo con tristeza—. Si está muerto en el desierto, es porque nosotros lo hemos llevado allí.

Teferi intentó ocultar su propia inquietud, no del todo con éxito.

—Anok está bien, Sheriti. Ha ido de Usafiri para encontrar su objetivo. Se trata del viaje de una vida pobre que se puede hacer en un solo día.

—Han pasado tres días. Sin armas, sin agua. Me temo lo peor. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Es Anok Wati. Mi hermano. Debo confiar en que Jangwa responderá a mis oraciones y le proporcionará lo que necesite en su viaje.

—Nadie cree en tus dioses kushitas, hermano —indicó Sheriti con tristeza, como si le estuviera contando alguna triste verdad a un niño—. Y, menos que nadie, Anok.

Teferi parecía afligido. Se sentó en el banco junto a ella, con las manos apretadas con fuerza una contra otra. No dijo nada durante unos minutos.

—Yo sí creo —respondió al fin—. Tendrá que bastar.

Permanecieron un rato en silencio.

Al final, Sheriti habló.

—¿Y si regresa del desierto? ¿Qué pasará entonces? Ni siquiera estaremos aquí. ¿Quién le quedará? ¿Rami? Rami es un amigo de conveniencia, no un auténtico Cuervo. No parece correcto que él sea el último del grupo. ¿Qué hará Anok?

—Es Anok Wati. Sobrevivirá.

—Es nuestro hermano y su batalla no ha concluido. ¿Por qué no estamos luchando con él? Las palabras que le dijiste a Wosret estaban tan vacías como su corazón.

Teferi no contaba con una respuesta para eso. Apartó la mirada, como si estuviera avergonzado. Entonces, dijo:

—Nos vamos para hacer lo que Anok siempre quiso para nosotros. Nos vamos porque es lo que él quiere que hagamos. Siempre ha velado por nuestros intereses. Desea salvarnos de Odji, de la inmunda Estigia.

—Entonces, ¿quién lo salvará a él, Teferi? ¿Quién lo salvará? Afirma que Dejal lo ha traicionado, pero ¿somos nosotros mejores? —Sheriti pensó un momento—. ¿Anok te ha contado alguna vez cómo nos conocimos?

—Dice que le salvaste la vida. Lo encontraste en el Gran Mercado y lo trajiste aquí. Le diste un lugar para vivir y un objetivo.

La joven soltó una carcajada.

—Ya sé que siempre cuenta eso. Pero él me salvó a mí. Mi madre y yo estábamos en el Gran Mercado, es cierto, pero nos separamos y me vi sola en un callejón con dos bandidos. Puede que nunca hubiera salido de aquel callejón si Anok no hubiese surgido de las sombras bramando como un toro

furioso. —Rió al recordarlo, pero se le empañaron los ojos—. Ellos tenían espadas, y él, nada. Dos palos que había encontrado por ahí en el suelo, uno en cada mano. Dos palos contra dos hombres con espadas.

Teferi sonrió.

—¿Estaban igualados, entonces?

—Un poco mejor que eso. Antes de que supieran lo que estaba ocurriendo, pasó corriendo junto a sus espadas y le sacó un ojo a uno de ellos. Le golpeó la mano de la espada al otro con el palo, con tanta fuerza que se le rompieron los dedos. Los bandidos dejaron caer las armas y huyeron. Anok recogió las espadas caídas y las tomó como propias. En ese momento, nació el demonio de dos espadas.

»Me acompañó de regreso junto a mi madre. Ella quería pagarle, pero me di cuenta de que no tenía dónde vivir. Le rogué a mi madre que le dejara quedarse en los viejos establos debajo del burdel. Ella accedió a que se quedase sólo por una noche. Sin embargo, Anok se hizo útil, y pasó un día sin que le pidieran que se marchase. Y otro. Y otro. Hasta que, un día, toda idea de que se fuese quedó en el olvido.

—Hasta ahora —repuso Teferi, recorriendo con la mirada el Nido vacío.

—Hasta ahora. —Sheriti asintió con la cabeza—, ¿Y tú, Teferi? Anok siempre decía que lo salvaste.

—Al igual que tú, hermana, yo lo recuerdo de otra forma. Luchamos juntos esa noche en los muelles y… ¿quién puede decir quién salvó a quién? Pero al ofrecerme su amistad y el refugio de este lugar, fue Anok quien me salvó de verdad. Dejé a mi familia, a mis muchos hermanos y hermanas, y escapé hasta esta ciudad porque sabía que era una boca más que no podían alimentar. Al ser el mayor, era mi deber, pero me marché pensando que lo más probable era que muriese en estas crueles calles.

—Pero no fue así.

—Evitar la muerte y salvar la vida son dos cosas diferentes. Puede que Anok evitase mi muerte, y tal vez yo también evitase la suya. Pero dejé atrás todo lo que amaba. Sin familia, para mí, no hay vida. Anok me dio una nueva familia. Me dio la vida.

Apartó la mirada, perdido en sus pensamientos.

—La marea llegará pronto —comentó Sheriti.

—Cierto —respondió su compañero.

—Me esperan de regreso en el templo al anochecer. Es un largo viaje.

—Cierto —contestó Teferi.

Ninguno se movió.

Juntos, esperaron.

8

La enorme araña se aproximó a su presa inmóvil, los colmillos le goteaban de anticipación ante la comida que debería haber saboreado hacía mucho tiempo, pero aun así se mostró cautelosa. Era imposible saber si estaba pensando en las compañeras de su grupo que este intruso (esta cosa blanda, de dos patas y con un palo) ya había matado o si acaso contaba con la capacidad para recordarlas. Pero algún instinto le decía que esta criatura de apariencia indefensa, tirada boca abajo en la arena, aún podía suponer un peligro. Al otro lado de la presa caída, la otra única superviviente del grupo observaba con cautela, lista para saltar en caso de que la criatura aparentemente muerta se moviera. Eran muy prudentes.

A veces, el instinto es sabio.

Esta vez, no lo suficiente.

Anok las sintió aproximarse por el sonido más que por la vista. Tenía el brazo izquierdo extendido frente a él, medio enterrado, y con la mano izquierda agarraba el asta de la lanza, oculta bajo la superficie de la arena, Más cerca. Más cerca.

Oyó al bicho muy cerca, el crujido de los pelos en las patas, el chasquido de las ansiosas mandíbulas, el suave siseo de sus pasos sobre la arena. Más cerca.

¡Lo bastante cerca!

Pasó a la acción con ferocidad, se puso en pie y levantó la punta de la lanza a través de la arena en un arco que se cruzó con el suave centro del inmenso vientre de la araña. El arma se hundió profundamente y el monstruo soltó su chillido de muerte mientras los calientes jugos resbalaban hasta cubrir las manos de Anok. Sin embargo, éste siguió atacando, de pie ahora, con ambas manos en el asta de la lanza, alzándola con todas sus fuerzas.

A su espalda, la segunda araña cargó hacia él, pero eso era parte del plan de Anok.

Siguió blandiendo la lanza; sobre su cabeza, la araña ensartada giró el cuerpo a la vez que él. La criatura pasó el punto más alto y luego descendió con fuerza al otro lado de Anok. La araña ensartada cayó de golpe sobre su compañera superviviente como si se tratase de la cabeza de un martillo, haciéndole pedazos el cuerpo blindado como un huevo.

Anok soltó la lanza y retrocedió tambaleándose mientras observaba la agitada masa de patas y sangre que segundos antes casi lo había matado. Cayó

de nuevo sobre la arena, que aún seguía fría debido a las bajas temperaturas de la noche, con los brazos extendidos. Miró al cielo (de un azul brillante y lleno de ligeras nubes) y pensó en este milagro.

Estas dos arañas eran las últimas del grupo. Durante tres días los demonios de ocho patas lo habían acechado y, uno a uno, los había matado. Durante tres días se había alimentado de carne de araña, sangre de araña y de algún que otro escorpión o fruto de cactus con el que se había encontrado. Cada día pensaba que sin duda moriría.

Y, sin embargo, cada día, sobrevivía. El grupo se fue debilitando y él se fue volviendo… bueno, si no más fuerte, más resuelto, más decidido a hacer que esta cacería fuera lo más larga y lo más costosa posible para ellas.

Al fin, el asunto había concluido y, de alguna forma, de manera imprevista, había vivido para verlo acabar.

Lo que lo dejaba con un problema. Nunca había esperado sobrevivir y, por lo tanto, no había pensado qué haría después. Seguía completamente perdido en el desierto, aún en peligro de morir de frío, de sed o de hambre.

«Y, ahora, ¿qué?», pensó.

Por el momento, simplemente tenía que vivir. Utilizando la punta de la lanza y teniendo cuidado con las púas, abrió las arañas, se tragó lo que pudo de las repugnantes tripas y chupó el jugo amargo y espeso de los caparazones vacíos. No era mucho, pero podría mantenerlo con vida un poco más.

Si el veneno no lo mataba primero.

El viento aumentó, lanzándole arena a la cara. Si seguía ahí tendido, la arena se lo tragaría rápidamente. Ocurriera lo que ocurriese, tenía que levantarse, tenía que moverse. Se puso en pie con dificultad y se ató el extremo del tocado sobre la cara para protegerse de la arena. Entrecerró los ojos y miró hacia el desierto. Ya resultaba difícil ver.

Consideró la rapidez con la que la arena podía enterrar algo.

Había venido a este lugar vacío por una razón. Tenía una misión que aún no había completado. Eso, al menos, aún podía hacerlo. Se llevó la mano al medallón que le rodeaba el cuello. Al principio había pensado lanzarlo simplemente a cierta distancia hacia la cambiante arena. ¿Cuánto se había adentrado en el mar de dunas? Lo suficiente. No importaba qué pasase, los ojos de los hombres no volverían a ver esta Escama de Set. Incluso si él moría aquí, eso supondría cierto consuelo.

Se quitó el medallón del cuello. Pero, al hacerlo, se dio cuenta de un extraño sonido zumbante, ¡un sonido que había oído por última vez cerca de la Pirámide Negra! ¿Podría haber caminado por el desierto durante tres días únicamente para trazar un círculo completo? Parecía totalmente posible. Se rió ante la ironía y sostuvo el medallón con fuerza en la mano. Podría seguir el sonido hasta encontrar la Pirámide Negra, incluso bajo el fuerte viento. ¡Estaba salvado!

Ahora el viento era huracanado y, a través de los párpados entrecerrados, apenas podía ver entre la arena que se arremolinaba. Pero mientras el medallón siguiera zumbando en su mano, sabía que no sería necesario. Comenzó a caminar, dejando que sus oídos lo guiaran.

De vez en cuando el sonido se debilitaba y Anok giraba hasta que de nuevo volvía a aumentar de intensidad. Avanzó tambaleándose algún tiempo. Con cada paso sentía aún más las heridas, el cansancio, las quemaduras del sol y la sed. Cada vez que llegaba a la cima de una colina esperaba encontrarse de nuevo en terreno sólido, ver la Pirámide Negra surgiendo de la arena más adelante.

Pero no ocurrió y Anok comenzó a preguntarse si estaría equivocado. La Escama había respondido a la Pirámide Negra cuando se encontraba relativamente cerca, mucho menos de la distancia que estaba seguro de haber recorrido ya. ¿Estaba respondiendo a algo más, tal vez a alguna magia aún mayor? Si era así, podría estar siguiendo aquel canto hasta su propia muerte.

Sin embargo, mantuvo la esperanza. Quizá lo estuviera conduciendo a algún otro refugio, a algún oasis o a algún templo perdido donde, al menos, hallaría abrigo.

Siguió avanzando con dificultad, subiendo una duna y bajando la siguiente, sin atreverse a tomar una ruta más larga por miedo a perder el invisible rastro místico que estaba siguiendo. Caminó durante todo el día. No podía ver el cielo, ni el sol, pero la luz se fue debilitando, sugiriendo que se acercaba el anochecer.

Notaba la garganta reseca y le parecía tenerla llena de arenilla. Con cada paso, cada músculo de su cuerpo protestaba, pero aun así siguió adelante.

Entonces sucedió algo.

No recordaba haber caído, no recordaba haber perdido el conocimiento. Simplemente se dio cuenta de que estaba tendido boca abajo, sin la más mínima idea de cómo había llegado hasta allí. Levantó la cabeza, escupió la arena de sus labios agrietados y se encontró mirando directamente la cara con afilados colmillos de una serpiente gigante, con mandíbulas lo suficientemente grandes como para tragarse a un hombre entero sin ni siquiera pestañear.

Retrocedió antes de darse cuenta de que las enormes cuencas de los ojos estaban vacías; el brillante hueso blanco del cráneo al descubierto; los aterradores dientes y colmillos, secos e inofensivos. Se trataba sin duda de una serpiente enorme, pero llevaba muerta muchísimo tiempo; la piel y la carne habían desparecido, incluso los huesos se habían petrificado.

El inmenso esqueleto descansaba sobre una repisa de roca que sobresalía de la arena y, aunque la roca parecía natural, había sido esculpida por manos humanas. Un círculo de jeroglíficos insertados (antiguos y en una escritura completamente desconocida para Anok) rodeaba el esqueleto, como para mantener algo alejado mediante algún medio místico. O, tal vez, para

mantener a la serpiente en su interior.

Aunque el viento seguía soplando con fuerza, parecía arremolinarse alrededor de la roca y ni un grano de arena se asentaba sobre su antigua y pulida superficie. Fuera lo que fuese, la roca ofrecía cierto refugio de la tormenta de arena, y lenta y dolorosamente Anok se arrastró hacia adelante, sobre el borde. Si fuera necesario, se acurrucaría gustoso en el interior de los anillos del esqueleto y esperaría a que pasara la tormenta.

Mientras se subía a la roca, tocó con la mano uno de los jeroglíficos, un símbolo que parecía ser la cabeza de un hombre con una cara a cada lado que miraban en direcciones opuestas. Al hacerlo, notó un cosquilleo en los dedos. El glifo pareció brillar como un ascua y Anok sintió una descarga eléctrica que le subió por el brazo e hizo que se le convulsionara el cuerpo.

Casi se cae, pero se sostuvo, con cuidado de no volver a tocar la antigua escritura. Levantó la cabeza y divisó el cráneo de la serpiente. ¡Los ojos estaban ardiendo!

Bueno, no ardiendo precisamente. En cada cuenca flotaba una girante bola de brillantes llamas verdes. Sintió una extraña mezcla de miedo y fascinación al verlo, pero no se apartó.

—¡Sekhemar, hijo de Brocas! —La retumbante voz parecía surgir de la serpiente, aunque ésta no se movió—. He esperado mucho tiempo tu llegada.

Anok intentó hablar, pero al principio lo único que surgió fue un seco graznido. Al fin, recuperó la voz.

—Soy… soy Anok Wati.

—Eres ambos, joven guerrero, y ninguno. Eres el viajero que recorre la angosta senda central. Eres el puente que une lugares y cosas. Eres muchos y, sin embargo, sólo eres uno.

El joven tosió débilmente.

—¿Es lo último que voy a oír antes de morir: una serpiente soltando acertijos?

La serpiente profirió una sibilante carcajada.

—Tienes temple. Sabes lo que es el miedo, pero no dejas que te controle. ¡Me servirás bien!

—Yo no sirvo a nadie. Soy Anok Wati de los Cuervos y no me inclino ante ningún maestro, ni respondo ante ningún señor. Seas quien seas, no te serviré.

—Deja a un lado la vanidad. Me servirás. ¡Es tu deber de sangre! Tu padre me servía, y su padre antes de él, y así sucesivamente, hasta llegar a un tiempo del que sólo queda constancia en mi memoria.

—Las cosas cambian.

—Desde luego que sí. No lo estás entendiendo bien, joven guerrero. No te exijo que me sirvas. Desearás servirme. Viniste a este páramo por un motivo, ¿no es así?

—Vine a deshacerme de la maldición de mi padre. Vine buscando mi

propio destino.

—El legado de tu padre, no su maldición. Llevas una de las tres Escamas de Set, forjadas antes de la era de los hombres para concederle a Set el dominio sobre todas las serpientes del mundo.

Anok se inquietó. Había buscado librarse del malvado objeto, no entregárselo a este poder desconocido.

—No llevo nada.

—Mientes. No puedo verla, pero la siento. Me llama.

El joven se apretó la pechera de la túnica, rodeando con los dedos el medallón que se encontraba debajo. Incluso en su prisión de hierro, resonaba con claridad. No tenía sentido negarlo.

—Mi padre me la entregó. No te quedarás con ella. Antes, moriré.

La serpiente se rió.

—¿Morirías por proteger aquello de lo que tanto anhelabas deshacerte? No quiero la Escama, pero no debes arrojarla en el desierto. Es tu carga, al igual que era la de tu padre. Tu destino ya está escrito. Unicamente debes aceptarlo.

«¿Esto es una ilusión? ¿El calor y la sed me han vuelto loco?» Anok bajó la cabeza y cerró los ojos. Estaba demasiado cansado para discutir, demasiado cansado para resistir. Quizá, simplemente, le seguiría la corriente a la voz un rato y averiguaría lo que pudiera.

—Si voy a servirte, ¿cómo debería llamar a mi maestro?

—Mi nombre es Parath, el dios perdido de Estigia, olvidado por todos salvo unos pocos, como tu padre, y ahora tú, nacidos dentro de mi culto. Escucha mi historia:

»Antes, en el lejano tiempo anterior a los hombres, había numerosos dioses en el mundo. Set era mi amigo, al igual que Ibis. Pero Set e Ibis estaban celosos el uno del otro y los dos codiciaban dominar la verde y fértil tierra de Estigia.

»Intenté establecer una tregua, dividir esta tierra a partes iguales entre ellos. Pero ambos se volvieron contra mí. Me vi atrapado en el cuerpo de una de las grandes serpientes de Set, e Ibis, engañado por las artimañas de aquél, me condujo al desierto, despojó mis huesos de carne y me desterró aquí hasta el fin de los tiempos. Lo que ocurrió después, lo desconozco. Dormí durante mil años y, al despertar, la verde tierra de Estigia no era sino un recuerdo. Ibis había sido apartado de este reino y únicamente quedaba el Culto de Set.

»En ese sentido, nos parecemos. Set, o su culto, nos han herido a ambos profundamente. Como tú, ansio venganza. Pero ninguno de nosotros puede lograrlo solo. El largo destierro me ha debilitado. Mis discípulos son escasos y se han dispersado. Necesito tus ojos y tus manos. Necesito que seas mi agente contra el Culto de Set.

—Entonces, búscate a otro. No quiero tener nada que ver con magia ni con intrigas. Sólo quiero una vida sencilla.

Nuevamente, la serpiente se rió.

—Tu vida no tiene nada de sencilla, Anok Wati. ¿Un hombre sencillo necesita albergar dos nombres en su corazón? ¿Un hombre sencillo necesita guardar secretos, como el tesoro de un dragón? ¿Un hombre sencillo se esconde de su auténtica naturaleza? No importa lo que hagas, la vida que buscas nunca será tuya. Sólo conocerás la desgracia y el descontento. La senda que pongo ante ti es dura, pero ten por seguro que todas las demás son mucho peores.

—Según tú, dios muerto, si eso es lo que eres. ¿Por qué debería creerte?

—Mira en tu corazón e imagínate como un viejo en tu lecho de muerte. Imagina que nunca descubres quién mató a tu padre ni los secretos por los que murió. Imagina saber que su muerte nunca fue vengada ni tuvo sentido, que malgastaste tu vida con negaciones. ¿Morirás en paz o tu espíritu se sentará aquí en esta roca conmigo hasta el fin de los tiempos, preguntándose qué podría haber ocurrido?

Durante un instante, una ráfaga de viento atravesó la roca y la arena pareció dibujar el contorno de las formas ocultas de incontables hombres, algunos vestidos de forma extraña y antigua, que lo miraban. Los ojos de Anok se abrieron de par en par mientras buscaba desesperadamente a alguien conocido entre aquellos rostros espectrales.

—No, Sekhemar, tu padre no está ahí. Murió, con su labor incompleta, pero sabiendo que había hecho todo lo posible y que dejaba a su hijo para que continuase con esa tarea. Su espíritu descansa… si tu fracaso no lo trae de vuelta desde el gran más allá.

»¿Qué decides, Anok Wati? Mira, he esperado mucho tiempo a alguien como tú y puedo esperar un poco más. Si tú no eres mi paladín, entonces déjame dormir y ve a morir al desierto.

Anok se hundió bajo el peso de sus emociones. Recordó el espantoso momento en el que había buscado el rostro de su padre entre los espíritus perdidos y supo qué decisión debía tomar.

—Entonces, dime, ¿qué debo hacer? Sólo soy uno y el Culto de Set domina toda Estigia.

—Para derrotar a la serpiente debes emplear sus propios métodos contra ella. Puede que la serpiente mate por medio de la fuerza, pero caza con sigilo. Debes unirte al Culto de Set. Haz lo que tengas que hacer para ganarte su confianza, descubre sus secretos y golpéalos desde dentro.

—No puedo hacer eso.

—Debes hacerlo. Es la única forma de que logres encontrar las otras Escamas de Set. Oh, sí, el culto también las busca, Su auténtico poder únicamente se manifiesta cuando se unen las tres. Set mandó elaborarlas para que le otorgasen el dominio sobre las serpientes; pero cuando obtuvo ese poder las desechó sin prestarles la debida atención, pensando que ya no le servían para nada. No sabía que, a través de ese poder, se había atado a las

Escamas para siempre. Está escrito que, cuando las tres se unan, no sólo permitirán dominar a todas las serpientes de la tierra, sino también a todos los discípulos de Set.

—Entonces, si yo consiguiera las Escamas…

—Podrías ser un poderoso rey, Anok Wati. Más que eso, un dios, con un ejército de discípulos dispuestos a morir en tu nombre. Podrías coger el Culto de Set, el poder de Set, y hacerlo tuyo. Pero si el culto consigue las Escamas, entonces su poder sobre este reino será absoluto. Aplastarán a todo el que no se una a ellos, luego recorrerán el mundo en nombre de Set hasta que los anillos de la serpiente rodeen todos los océanos y sepulten la tierra de los hombres para siempre.

—Yo no quiero poder.

—Necio. Todos quieren poder, aunque sólo sea para negárselo a otros. Acepta tu destino o deja que todo lo que amas caiga ante Set si eso es lo que quieres.

Anok sentía que le martilleaba la cabeza y que el mundo giraba a su alrededor. Algo, la muerte o la inconsciencia, amenazaba con tragárselo, y apenas le importaba cuál de las dos.

—Reniego… de Set. Si vivo, haré lo que dices.

—Si vives. Ése es el problema y yo no puedo resolverlo.

—No suplicaré ayuda.

—Y yo no te la concedería si pudiera. Debes ser fuerte si vas a servirme. Los caminos de Set son tentadores y debes resistir a toda costa. Te ayudaré en ese momento, si puedo; pero si no vives lo suficiente, entonces habrás fracasado de todas formas. Ve, y si eres digno, volveremos a encontrarnos.

Anok gimió. Casi no podía moverse. No iba a ninguna parte.

Una ráfaga de viento le golpeó con arena en la cara, cegándolo un momento. La oscuridad se arremolinó a su alrededor y luchó contra ella con todas sus fuerzas. Al rato pasó; pero cuando recuperó la vista, la roca y la serpiente habían desaparecido. Ante él sólo se veía la girante arena.

No tenía ni idea de en qué dirección se encontraba la salvación. Sólo sabía que no era aquí. Con angustiosa lentitud, comenzó a avanzar.

Durante mil años se arrastró, hasta que sus extremidades se convirtieron en fuego y su cuerpo quedó tan seco como la arena bajo las palmas de sus manos. Entonces, al año siguiente, cayó y permitió que las cambiantes arenas lo arropasen como una manta.

«Lo intenté.»

9

—Está vivo.

La voz provenía de muy lejos.

A Anok se le ocurrió que la voz no estaba lejos de él. Era él quien estaba muy lejos de la voz, al otro extremo de un oscuro túnel.

¿Vivo? Suponía que eso era una buena noticia. ¿Quién estaba vivo?

—Lo veo, Rami. Ayúdame a desenterrarlo.

Anok también quería ayudar, pero no lograba encontrar sus brazos ni sus piernas.

—Lo encontré. Excava, Teferi. Yo me estoy muriendo.

—Total, si te vas a morir de todas formas, también podrías cavar.

«Yo también me estoy muriendo, pero sigo sin encontrar los brazos ni las piernas.»

—Estupendo, pero si sufro un colapso tendrás que llevarnos a los dos.

Le pareció sentir algo a una gran distancia. Parecía encontrarse a kilómetros de él, pero algo lo estaba tocando. ¿Podría tratarse de su pie?

El túnel negro pareció volverse más largo; los sonidos y las sensaciones (tal como eran), más lejanas.

Hasta que desaparecieron.

Regresaron al instante, pero Anok sentía que, de alguna forma, había pasado el tiempo durante el intervalo. Tal vez mucho tiempo.

—Este arco pesa. ¿Por qué no lo llevas tú?

—Porque yo llevo a Anok, chacal holgazán. Sin duda, es lo mínimo que puedes hacer.

«Lleva a alguien que se llama como yo. Interesante.»

Entonces, el túnel se extendió nuevamente hasta el infinito.

Pasó el tiempo.

Cuando Anok regresó, alguien estaba tosiendo y algo parecía estar intentando succionarlo hacia el cielo.

—Lo que pasa es que vomitó.

—Bendito sea Bel. Teferi, ¿qué comió? Huele a veneno.

—Esas arañas muertas que encontramos. Creo que tuvo que comérselas. Es un milagro que esté vivo. Jangwa vela por él.

—Ahora está vivo. Aún queda una larga caminata hasta el campamento y no tiene buen aspecto.

Nuevamente oscuridad.

Regresó para descubrir que sus brazos y piernas habían vuelto. Alguien se los había llevado y los había maltratado duramente. Parecía que no servían para nada salvo para causarle dolor. Por suerte, los martilleos en la cabeza y los calambres en las tripas le proporcionaban una gran distracción. Si alguien no le hubiese llenado la garganta de espinas y fragmentos de cerámica, se quejaría.

Al parecer, estaba tumbado de espaldas.

¿Estaba muerto?

Obligó a sus ojos a abrirse, una tarea difícil, ya que aparentemente le habían cosido los párpados. Alguien se inclinó sobre él.

Estaba muerto, casi con certeza, y lo habían llevado a algún paraíso de ensueño. Sólo eso podría explicar el hermoso rostro que le sonreía.

—¡Teferi! Creo que está despierto. —El rostro se acercó más—, Anok, ¿me oyes?

Con esfuerzo, parpadeó. Parecía respuesta suficiente. Estaba cansado.

Otra cara se agachó junto a la primera. Un hombre. De piel oscura como el cuero curtido. En cierta forma, conocido.

—Anok. Hemos venido a buscarte, hermano. Te encontramos al borde de las dunas, medio muerto.

Antes de poder pensar, sus labios agrietados estaban intentando formar palabras. Lo que surgió fue un seco susurro.

—¿Qué… mitad?

El hombre moreno parpadeó sorprendido, luego soltó una carcajada.

—¡Nuestro hermano ha regresado! Ni siquiera las fuerzas de la muerte pueden derrotarlo.

La bella mujer miró al hombre de piel oscura con el entrecejo fruncido, pero seguía pareciendo hermosa.

—No hables de muerte. Está vivo. —Volvió a bajar la mirada hacia él.

Sheriti. Se llama Sheriti.

La joven continuó.

—Se va a curar. —Acercó la mano y le acarició el pelo.

La caricia lo hizo estremecer. Había olvidado lo que era sentir otra cosa que no fuera dolor.

—Bien —consiguió decir con voz ronca. Entonces, sus ojos volvieron a posarse sobre el hombre moreno—. Teferi. Tenías… razón. Vi… dioses en el desierto.

—Fui un tonto, Anok. Tuviste visiones causadas por el veneno. Eso es todo.

—Sé lo que vi. —Los ardientes párpados le pesaban—. Ahora, voy a dormir.

Sheriti le acarició el pelo.

—Duerme —le dijo.

10

Al despertar, Anok se encontró con el zarandeo de las ruedas de un carromato sobre los adoquines y el aroma de las hojas de morera. Miró entrecerrando los ojos la franja de cielo enmarcada por los toldos de vivos colores y las fachadas de piedra de los edificios. Oyó voces, niños jugando, mercaderes pregonando sus mercancías, pastores conduciendo pacientemente a sus rebaños por las estrechas calles.

Estaba de nuevo en la ciudad.

Khemi. Parecía como si hubiera estado fuera toda una vida.

Logró girar la cabeza y examinar el entorno cercano. Se encontraba en un pequeño carromato con laterales hechos de tablones, tendido sobre una cama de hojas de morera. Sin duda, las hojas iban rumbo a uno de los muchos fabricantes de seda de la ciudad, que se las daría de comer a sus gusanos de seda. Podía ver a quien conducía, una pequeña mujer encorvada sobre el estrecho asiento en la parte delantera del carromato que sostenía firmemente en sus manos arrugadas las riendas de algún animal de tiro que no alcanzaba a ver.

«¿Cómo he llegado aquí?»

Un rostro conocido asomó ante sus ojos, mirándolo por encima del borde del pequeño carromato. ¡Rami! Anok intentó hablar, pero antes de que pudiera hacer algo más que separar los labios, el shemita se puso un dedo sobre la boca para indicarle que guardara silencio. Luego, se llevó dos dedos a los ojos, como si cerrase los párpados de un cadáver. Anok se mostró dispuesto a complacerlo.

Oyó otras voces cerca, discutiendo. Voces conocidas. Una voz de mujer.

—¡Dejadlo en paz! No os sirve para nada.

¡Sheriti!

—Seré yo quien juzgue si nos sirve o no, escriba. ¡Fuera de mi camino!

Esta voz era más dura. Familiar, aunque en menor medida, y de tono menos agradable: Wosret, señor de las calles. Esto no podía ser bueno.

Entonces, el sonido de un enfrentamiento.

Wosret de nuevo:

—¿Vas a intentar detenerme, kushita?

—No. —Era Teferi—. Deberíais verlo con vuestros propios ojos.

Una pausa, aunque una disminución de la luz que le atravesaba los

párpados sugería que alguien se había inclinado sobre él.

—Por los colmillos de Set, ¿qué le ha pasado?

—Se lo preguntaremos —respondió Teferi, con la voz cargada de sarcasmo —, si vuelve a despertar. Como veis, no os es de utilidad, ni tampoco representa una amenaza.

Wosret dejó escapar un sonido parecido a un gruñido.

—Como bien dices, vale poco más que un trozo de carne echada a perder…, por el momento. Pero no le quitaré los ojos de encima.

—Tened cuidado de que no os los saquen. —La voz de Teferi había subido de tono, como si hablase con alguien que se alejaba de él.

Luego, murmuró algo entre dientes y hubo un rato de silencio.

—No te estás muriendo, ¿sabes? —Rami le habló en voz baja junto a la oreja, como si se hubiese inclinado sobre el carromato o quizá, debido a su pequeña estatura, se hubiera colgado de un lateral.

—¿Está despierto? —Había emoción en la voz de Sheriti.

—Sí —respondió Rami.

La muchacha gritó con entusiasmo y Anok abrió los ojos a tiempo de verla subirse al carro de un salto junto a él. Todo el carromato se sacudió y Anok oyó tanto a la muía como a la conductora quejarse en sus respectivas lenguas, ninguna de las cuales entendió.

—Debería aprender a hablar mulo —comentó.

Sheriti le sonrió y le colocó con suavidad una mano junto a la mejilla.

—Oh, Anok. Estaba tan preocupada por ti. —Le puso una mano sobre la frente cubierta de sudor—. Pero parece que la fiebre se ha cortado por fin.

—Cortado junto con todo lo demás que tengo —farfulló.

Ella soltó una carcajada y fue como el sonido de campanillas en una brisa marina.

—Sólo lo parece, Necesitas reposo, y comida, y sobre todo agua, pero te pondrás bien.

Por un momento, Anok pensó que podría ser cierto. Entonces recordó a la serpiente, a Parath, y supo que no estaba bien en absoluto. Pero no lo dijo para evitar preocupar a Sheriti. Después de todo lo que ella y los otros habían hecho, era demasiado pronto para comunicarles las inquietantes noticias, si es que llegaba a hacerlo.

Ahora las calles estaban abarrotadas y las gentes pasaban cerca a ambos lados del carro. Divisó a dos hombres que llevaban las túnicas que los señalaban como discípulos de Set. Uno de ellos lo miró con interés pasajero, pero siguieron adelante y se perdieron en la multitud. Si pensar en lo que tenía que hacer le asqueaba, ¿qué pensarían sus amigos?

Llevaron a Anok de regreso al Nido donde, día tras día, fue recuperando las fuerzas. Al principio sólo tomaba sopa y cerveza, pero pronto pudo consumir la comida más sustanciosa que Sheriti le traía de las cocinas de

arriba.

Sin embargo, mientras su cuerpo se iba sintiendo más fuerte, su mente parecía sanar más lentamente. Dormía durante todo el día y ese reposo rara vez se desarrollaba de manera apacible, sin sueños perturbadores, incluso aterradores. Hasta cuando estaba despierto se sentía como drogado, acosado por visiones, sonidos y voces imaginarias. En una ocasión, había saltado de la cama y había cogido las espadas, convencido de que una de las arañas del grupo los había seguido de alguna forma y había entrado en el Nido. Sheriti pudo finalmente calmarlo lo suficiente como para llevarlo de nuevo a la cama. Sólo más tarde se dio cuenta de que su «araña» no había sido nada más amenazador que una banqueta forrada de cuero.

Entre estos accesos llegaban momentos de claridad aguda, casi cortante, que únicamente lograban que los recuerdos de su estrambótico comportamiento y la espera hasta su posterior recaída en la locura resultasen aún más dolorosos. Igual de perturbadoras eran las miradas de preocupación e incluso de miedo que le dirigían Sheriti y Teferi hasta en sus momentos más lúcidos. Al menos uno de ellos permanecía a su lado, día y noche, a lo largo de su recuperación, y Anok únicamente podía imaginarse qué horrores debían de haber presenciado durante sus momentos más difíciles. Le hablaban despacio y con cuidado, como lo haría un padre paciente con un niño lento y nervioso.

Por fin, pasó un día entero sin que Anok cayese en sus pesadillas y su paciencia con sus cuidadores se debilitó. Cuando Sheriti intentó darle de comer la sopa, él le arrebató el cuenco y la cuchara y le indicó con un gesto que se marchara.

—¡No soy un bebé indefenso, mujer! ¡Puedo comer solo!

La expresión de dolor en el rostro de la joven hizo que lamentase inmediatamente sus palabras.

—Sheriti, te agradezco tus cuidados, pero me empiezo a sentir como mi antiguo yo de nuevo. Me vendrían bien menos cuidados y más compañía. Por favor —señaló la banqueta que había junto a la cama, la misma que tan sólo unos días antes lo había llenado de indescriptible terror—, siéntate conmigo y háblame como si no fuera un niño.

La muchacha ladeó la cabeza y sonrió suavemente.

—Oh, Anok. Yo también lo siento. Estábamos tan preocupados por ti. Me alegra ver que te sientes mejor, y en mi corazón sabía que sería así. Pero te hemos visto mejorar antes únicamente para desilusionarnos más tarde. Apenas me atrevía a esperar que tu mente volviera a estar clara de nuevo.

—Tan clara como antes, al menos. Por favor, Sheriti —dio una palmadita sobre la banqueta—, siéntate.

No parecía convencida.

—¿Estás seguro de que te sientes mejor?

—Nada es seguro. He pasado por una dura prueba y no sé si volveré a ser

el mismo de antes.

—Entonces, ¿encontraste lo que fuera que estabas buscando en el desierto?

—Encontré… algo. No estoy preparado para hablar de ello. —Al pronunciar esas palabras, los dedos le subieron de manera inconsciente hasta el pecho. Se dio cuenta de que el medallón había desaparecido, pero de alguna forma no sintió preocupación. El medallón estaba cerca. Era como si pudiera sentirlo.

Sheriti notó el gesto. Se levantó, fue hasta una mesa cercana, le sacó la tapa a un bote de barro y extrajo el medallón cogido por la cadena.

—Lo mantuve a salvo para ti. —Le pasó el objeto y se volvió a sentar en el taburete—. Pensé que ibas a arrojarlo en el desierto.

Anok lo sostuvo por la cadena, examinándolo. Podía sentir algo, algo que no estaba allí antes. ¿El medallón había cambiado? ¿Quizá la Escama de Set que se encontraba en el interior? ¿O era él el que había cambiado durante su travesía por el desierto? Sólo podía estar seguro de que ya no tenía miedo de la Escama, de que ya no quería librarse de ella.

—Es parte de lo que comprendí allí en la arena. Esta cosa es mi legado y no puedo renegar de él. Si lo tiro sin desvelar sus secretos, entonces me atormentará con más seguridad que teniéndolo aquí.

Sheriti parecía desdichada.

—¿Estás seguro de que es la decisión correcta? Es magia, Anok, y a ti no te gusta la hechicería más que a mí. Ni que a cualquier persona en su sano juicio.

¿Cómo iba a decirle lo que debía hacer?

—Hay cosas que, a veces, no son lo que parecen. No sólo los objetos, sino también las acciones. Lo que en un principio puede parecer un error, incluso una locura, puede tener un propósito.

La joven pareció darle vueltas a sus palabras en la cabeza, como alguien que prueba un vino nuevo.

—¿Quieres decir que este viaje por el desierto te ha proporcionado cierta paz?

Al ver la mirada esperanzada en los ojos de la muchacha, Anok titubeó. ¿Cómo podía contarle lo que debía hacer? En este preciso instante, no podía. Pero tal vez pudiera decírselo a otra persona.

—Sí, podrías decirlo así. —Se pasó la lengua por los labios a medio sanar —, Sheriti, me gustaría hablar con Teferi y darle las gracias por venir a buscarme. ¿Dónde está?

—Ha cogido una habitación en la taberna El Loto Verde, en lo alto de la calle. Has estado gritando en sueños de tal forma que no podía descansar aquí de ninguna manera.

—Entonces, ve a buscarlo de mi parte, a ver si está despierto.

Sheriti parecía indecisa.

Anok le sonrió.

—Me encuentro mucho mejor. Me las puedo arreglar solo un par de minutos. Vete.

Ella le devolvió la sonrisa. Aunque se resistía a dejarlo, la perspectiva parecía complacerla. Anok no sabía si se debía a su mejoría o simplemente a verse libre de sus obligaciones unos minutos. Su enfermedad debía de haber sido una prueba terrible para ella.

Al final, Sheriti asintió con la cabeza.

—Iré a buscarlo. Estoy segura de que querría que lo despertase.

Anok la vio marcharse, luego esperó un poco más para asegurarse de que no hubiese olvidado algo y regresase. Sólo entonces sacó la piedra oculta que había en la pared detrás de su cama. Cogió el medallón y lo estudió. A continuación, lo dejó sobre las mantas y se puso en pie con mucho dolor. Tenía las piernas agarrotadas a causa de los días de reposo en la cama, y se fue apoyando en las paredes y muebles en busca de apoyo mientras se movía.

Su destino era un armario en el que colocaban los objetos extraños, en su mayor parte artículos domésticos pequeños desechados del burdel y que habían guardado en caso de que algún día resultasen útiles. Rebuscó entre ellos hasta que encontró lo que quería: una pequeña caja de hierro con una tapa con bisagras.

Regresó a la cama y se dejó caer sentado. Abrió el medallón con cuidado y extrajo la Escama de Set. Le sorprendió sentirla vibrando en sus dedos, casi como si estuviera intentando repicar, igual que había hecho antes en el desierto. Era extraño, Nunca había hecho eso antes en el Nido y no había otros objetos mágicos aquí que él supiera. ¿Habían introducido algo en su ausencia?

Ya habría tiempo para pensar en eso más tarde. Situó con cuidado la Escama en el interior de la caja y cerró la tapa, luego deslizó la caja en el hueco de la pared. Mientras volvía a colocar la piedra en su lugar se preguntó por qué había esperado hasta que Sheriti se hubo ido para ocultar la Escama. ¿No confiaba en ella? Reflexionó. «Cuando se trata de la Escama, no confío en nadie.»

Caviló nuevamente. «Le confiaría mi vida a Sheriti. Lo he hecho muchas veces. ¿Es ahora esta cosa más valiosa para mí? ¿O se trata de los secretos que podría albergar? Tal vez únicamente buscaba protegerla del secreto y de los peligros que acarreaba. Ésa era una forma más honorable de mirarlo. Sólo esperaba que fuera cierto.

La puerta se abrió de repente, sobresaltándolo. Oyó pasos que se acercaban e, inmediatamente, saltó a por sus espadas, colocadas sobre un banco cercano.

—Tranquilo —exclamó una voz profunda y retumbante.

—¿Teferi? —Tenía la mano en la empuñadura de una de las espadas, pero no la había desenvainado.

—Soy yo, hermano —respondió el otro hombre con cautela, asomándose por el otro lado de la cortina—, ¿No me reconoces?

Anok se rió y soltó la espada.

—Claro que te reconozco, viejo amigo. —Se puso en pie tambaleante, sintiendo que al menos una mínima parte de su antigua fuerza regresaba, y abrazó a Teferi—, Parece que, de nuevo, te debo la vida.

Sheriti miró desde el otro lado de la cortina y sonrió al ver a los dos viejos amigos juntos.

Teferi retrocedió un paso. El rostro se le había puesto serio.

—Sólo me debes el haberte sacado del desierto. Si no fuera por los hábiles cuidados de la bella Sheriti, sólo habría traído de regreso tu cadáver desde el Mar de Arena.

—Y a Rami —añadió Sheriti.

El kushita frunció ligeramente el entrecejo ante la mención de aquel nombre.

—Fue ese pequeño roedor el que te descubrió, es cierto. Claro que tuve que sobornarlo para que viniera a buscarte con nosotros.

Anok sonrió.

—Te lo devolveré.

Teferi correspondió a la sonrisa.

—Desde luego que sí. —Miró a Sheriti.

—Ya te lo dije —respondió la muchacha.

—Sí que parece él mismo otra vez.

—¿Y quién más iba a ser?

—¿Quién? —Teferi enarcó una ceja en dirección a Anok—, Estos últimos días has sido a menudo otra persona. Una persona a la que no conozco. Una persona a la que no quiero conocer. Nos preguntábamos si regresarías algún día.

Anok se sentó en el borde de la cama, sintiéndose nuevamente cansado de repente.

—Sin embargo, aquí estoy, de regreso en el Nido. De nuevo donde estaba antes.

Su amigo parecía preocupado.

—Entonces, ¿no había nada para ti en el desierto?

El interpelado no respondió y miró a Sheriti.

—Me gustaría hablar con Teferi a solas.

La joven frunció el entrecejo, pero no se movió.

—Por favor —pidió, esbozando una sonrisa—. Son cosas de hombres. No te resultaría divertido ni interesante. Has pasado demasiado tiempo aquí los últimos días. Vea buscar a tu madre. Dile que sigues viva. Tal vez tenga dudas al respecto.

Sheriti sonrió débilmente y asintió con la cabeza.

—Debería hacerlo. Puede que los escribas superiores no me perdonen la larga ausencia, pero siempre soy bien recibida en los brazos de mi madre.

A pesar de ello, se dirigió vacilante hacia las escaleras.

Anok esperó hasta oírla subir los escalones, luego se volvió hacia Teferi.

Sin embargo, fue el kushita quien habló:

—Hermano, lamento haberte enviado a esa estúpida búsqueda. Tus dioses no son los míos. Por poco te mando a la muerte, y todo para nada.

—No, viejo amigo, no para nada.

Anok apartó la mirada, pensativo. No estaba seguro de qué cantidad de sus experiencias (ya fueran hechos, visiones o alucinaciones) quería compartir. Pero tenía que contarle a Teferi lo que iba a hacer y tenía que convencerlo de que había una buena razón para ello. Además, el instinto le decía que necesitaba la ayuda de su viejo amigo, aunque no estuviera seguro de por qué. De alguna forma, sabía que no podía hacer esto solo, y por esa razón iba a tener que pedirle a su amigo que realizara un sacrificio aún mayor del que Teferi ya había hecho.

Se masajeó la frente, buscando las palabras.

—Había dioses en el desierto, Teferi, como dijiste, y me han fijado un destino. Pero te advierto que no te gustará más que a mí. —Con un gruñido, se puso en pie. Este anuncio no se podía hacer sentado—. Me voy a unir al Culto de Set como acólito.

Teferi lo miró, sin expresión en el rostro. Parpadeó. Y se dio la vuelta para marcharse.

—Voy a ir a buscar a Sheriti. Obviamente, sigues sufriendo alucinaciones.

—¡Vuelve aquí! —La furia en la voz de Anok lo sorprendió incluso a él.

El otro hombre se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Te digo esto con la mente despejada, viejo amigo. No te he hablado antes de mi padre y de su muerte, de su asesinato, pero me obsesiona cada día. He ignorado mi pasado mucho tiempo, fingiendo ser algo, alguien, que no soy.

»Pero soy el hijo de mi padre. Debo saber por qué murió y debo vengar su muerte. Las respuestas que busco sólo se pueden hallar en el interior de los muros prohibidos del templo de Set. Unicamente allí puedo obtener mi venganza.

Teferi simplemente lo miró, con una expresión de pena en el rostro.

—Así es como debe hacerse.

—No se lo has dicho a Sheriti o estaría aún de peor humor que yo.

Anok inclinó la cabeza.

—No, no se lo he dicho. No sé cómo hacerlo.

—Pero me lo has contado a mí.

—Necesito tu ayuda, Teferi. Cuando me una al culto me tendrán vigilado, mis movimientos serán limitados. Necesito un cómplice que pueda actuar con libertad en milugar.

El rostro de su compañero se mostraba adusto.

—Pides mucho.

—Es cierto. Sé que lo único que querías era librarte de Estigia. Si encontrases otro barco y te marchases de este lugar para siempre, no te culparía. Puede que incluso me sintiera aliviado. Pero, por razones egoístas, te pido que me sigas más cerca del oscuro corazón de Estigia. Niégate si quieres, pero debo pedírtelo.

Teferi permaneció en silencio. Anok podía ver cómo los anchos hombros se le tensaban, cómo los músculos de la mandíbula se le apretaban bajo la piel negra como el ébano.

—No haría esto por nadie más, Anok Wati. Por ningún hombre, al menos. Hay otra persona a la que ambos amamos, por quien pagaríamos cualquier precio, por quien haríamos cualquier cosa.

Anok hizo un gesto afirmativo.

—Ella debería saberlo.

—Lo sé, pero te cuento esto únicamente porque debo hacerlo y porque tú puedes entender el significado del Usafiri. Ya es bastante malo que te haya arrastrado a ti a este oscuro lugar. No hace falta que venga ella.

Teferi asintió con la cabeza.

—Es mejor que al menos uno de nosotros escape de este barrio y encuentre una vida mejor. Si sólo es uno, que sea ella.

—De acuerdo.

El kushita respiró hondo.

—Sé una forma de poder explicar el hecho de que te unas al culto, una que lo hará parecer necesario sin involucrarla en el resto.

Anok parpadeó.

—Eso me gustaría.

—Será peligroso.

—Siempre lo es.

Teferi asintió.

—En ese caso, necesito irme y hacer correr el rumor de que tu salud está mejorando. Hasta entonces, te toca a ti encargarte de que esos rumores sean ciertos. Volveremos a hablar del tema más tarde.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Teferi.

—¿Sí?

—Envíale un mensaje a Dejal. Dile que quiero hablar con él.

El rostro del otro hombre se agitó, pero simplemente asintió. Se marchó en silencio, cerrando la puerta con pestillo tras él.

La corriente de la puerta al cerrarse apagó las velas de la habitación y Anok se sentó en el borde de la cama, perdido en las sombras.

Teferi y él se había convertido en conspiradores, planeando engañar a su mejor amiga.

Siempre había creído que la hechicería nunca traía nada bueno. Ahora

estaba seguro de ello.

11

Era agradable volver a ponerse las espadas. Casi habían transcurrido dos semanas desde que Anok había caminado por última vez por las calles de Odji. Se había sentido como un niño inválido todo este tiempo y esa sensación lo había crispado constantemente. Sin embargo, sabía que no podía dejarse ver hasta encontrarse en plena forma para luchar. Tenía demasiados enemigos en las calles.

Lo sabía bien. De hecho, contaba con ello.

Oyó cómo la trampilla que conducía al piso superior chirriaba al abrirse y los suaves pasos de Sheriti al descender. Se ajustó el cinturón, cuadró los hombros y se puso derecho. Incluso las sandalias le resultaban extrañas a los pies. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba correctamente vestido?

Sheriti se asomó con cuidado por el otro lado de las cortinas que separaban su espacio privado del resto.

—¿Estás vestido?

El le dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, la verdad es que sí.

La joven traspasó la entrada. Vestía una amplia túnica color púrpura de irisada seda. La prenda, que llevaba atada a la estrecha cintura, la cubría desde los tobillos hasta los hombros, dejando únicamente al descubierto los brazos, el cuello y un seductor escote triangular. Un tocado rosado le tapaba el cabello, sujeto mediante un delgado anillo de latón que le rodeaba la frente. Se trataba de un atuendo de ciudad, más apropiado para una escriba que para una picara de las calles.

Sheriti lo recorrió con la mirada, sonriendo.

—Hoy estás particularmente guapo. Mi fuerte guerrero ha regresado.

Aquel cumplido lo conmovió más de lo esperado. Sin embargo, Anok seguía fascinado por el aspecto de Sheriti.

La muchacha notó su mirada y bajó la vista hacia sus prendas.

—¿No te gusta?

Anok se masajeó el mentón y apartó la vista avergonzado.

—No es eso. Sólo estoy sorprendido. Nunca te había visto vestida así. Pareces de la nobleza, no basura de los bajos fondos como el resto de nosotros.

—Anok…

El la hizo callar con un gesto.

—Ya sabes lo que quiero decir. Sabía que llegaría este día, pero nada podría haberme preparado para ello. Vas a dejar atrás estas calles oscuras para siempre.

De pronto, Sheriti pareció vacilante, preocupada.

—Sólo para cambiarlas por oscuras torres y castillos habitados por estigios de pura sangre nacidos para hacer el mal.

—A pesar de todo, es mejor que esto.

La muchacha inclinó la cabeza.

—No estoy segura de que deba irme, Anok. Este es el sueño de mi madre, no el mío. Ella quiere que lleve una vida tranquila y segura a cualquier precio. Yo no estoy tan convencida de querer pagar el peaje de este viaje. Me esperan de regreso en el Templo de los Escribas, sin falta, dentro de dos días. Los escribas superiores ya están furiosos a causa de mi ausencia, y únicamente los abundantes sobornos que ha enviado mi madre han logrado su condescendencia. Tal vez sea mejor que no vaya.

Anok negó con la cabeza.

—Eso es una tontería. Es lo mejor, Sheriti. No queda nada para ti en Odji. ¿Qué será de ti si te quedas aquí? ¿Te convertirás en un bribón perseguido y despreciado como yo? ¿Te convertirás en una puta como tu madre?

La rabia cruzó el rostro de la joven ante la mención de su madre.

—¿Y qué si me hago puta? ¿Sería tan terrible?

Anok se la quedó mirando largo rato.

—Sí —respondió al fin—. Sería un desperdicio terrible. Tu madre lo sabe, y sea lo que sea tu madre, también es una mujer inteligente.

Sheriti evitó su mirada y observó con el entrecejo fruncido un oscuro rincón de la habitación.

—Un bribón, entonces.

—Acabarás muerta o algo peor.

—¿Y tú?

—Muerto, lo más probable. Simplemente, muerto.

La mujer apretó la mandíbula.

—No se suponía que iba a acabar así, Anok.

—Te vas a marchar de esta pocilga. —Hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado—. Eso compensa cualquier precio, cualquier sacrificio.

Sheriti se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿porqué sigues aquí?

Como Anok había esperado que ocurriera.

En aquel oportuno momento, Teferi entró a toda prisa con una sonrisa. No lo podría haber calculado mejor si hubiera estado escuchando fuera, lo que tal vez había hecho. Se detuvo y los miró.

—¿Molesto?

—No —respondió Anok—, Sólo estábamos hablando. —Le dio una

palmadita a su amigo en el hombroMe alegra verte. Este sitio se ha convertido en una prisión para mí. Ansio escapar.

—En ese caso, vayámonos —repuso con alegría, aunque Anok sabía que la mayor parte era fingida.

El plan establecido era simple: un paseo por el Gran Mercado, algunas compras, algo de entretenimiento, una buena comida y pasar la tarde bebiendo en su taberna favorita. Al menos, eso era lo que le habían contado a Sheriti. Pero lo cierto era que Anok y Teferi habían pensado en un escenario bastante diferente.

Hacía un día muy agradable. El cielo era azul y delgadas nubes parecidas al encaje lo recorrían como si se tratase de surcos en el campo de algún agricultor celestial. Desde el Océano Occidental llegaba una brisa fresca que devolvía el calor al desierto y arrastraba la nube de humo y el hedor que algunas veces pendían sobre Odji y los reemplazaba con un penetrante olor a sal.

El humor en las calles era un reflejo del clima. Odji no era un lugar alegre, pero hoy la gente actuaba casi como si fuera día de fiesta, Los niños se perseguían unos a otros chillando mientras daban vueltas alrededor de las carretas, y cabras y gansos hurgaban contentos entre las pilas de basura de los callejones buscando sabrosos bocados.

El mal humor de Sheriti desapareció con rapidez, y mientras estudiaba el rostro de la joven, Anok comenzó a inquietarse con lo que iba a hacer. «Es un día demasiado bonito para mentir», pensó. Pero Teferi y él sólo estaban intentando protegerla de la única manera que sabían.

El mercado estaba concurrido, aunque el ritmo parecía menos frenético de lo habitual. Los curiosos se tomaban su tiempo, observando a los mercaderes. Algunos vendedores se habían subido a altas plataformas para pregonar su mercancía, otros cantaban o aporreaban tambores y campanas para captar la atención.

Había grupos de artistas itinerantes (músicos, bailarines, malabaristas, acróbatas, magos…) que vivían de los donativos y de los sobornos de los mercaderes para que se quedasen cerca de sus tiendas o para que se marchasen, dependiendo de la calidad de la actuación.

Los Cuervos se detuvieron en una marroquinería, donde Anok compró un juego de vainas que le permitirían llevar las espadas cruzadas a la espalda. Se lo explicó a Sheriti describiéndole las ventajas que suponían al permitirle moverse con sigilo en espacios reducidos. Lo cierto era que esperaba que el arreglo fuera más compatible con la túnica de un acólito.

Sin embargo, mientras probaba las vainas, incluso pensar en llevar esa túnica lo asqueaba. «Esto será lo más difícil que haya hecho nunca. Hasta el Usafiri parecerá una insignificancia en comparación.»

Se alegró de seguir adelante.

Como a la mayor parte de las mujeres, las cosas brillantes atraían a Sheriti

de manera singular, y al igual que había hecho a menudo en otras ocasiones, arrastró a sus acompañantes masculinos hasta la tienda de un platero. Lo raro fue que lo que llamó su atención fue una bandeja de anillos para hombre. Rebuscó entre ellos hasta que encontró uno que le gustó.

Se lo mostró a Anok. Estaba grabado de manera elaborada, como si lo rodeasen antiguas enredaderas, y decorado con una extraña criatura de dos caras.

El platero, un jorobado con el pelo largo y negro y manos muy cuidadas, se acercó rápidamente a ella.

—Sí —dijo con voz aguda y nasal—, la preciosa doncella ha hecho una elección interesante. —Tomó el anillo de manos de Sheriti, se lo puso en el meñique extendido, y señaló las caras—. Este es Jani, un demonio poco conocido al que veneran algunos de los nómadas que vagan por el Mar de Arena. Su culto es reducido, pero se dice que da buena suerte a aquellos que se enfrentan al peligro. Tiene dos caras, ¿veis?, y puede detectar el peligro que se aproxime desde cualquier dirección.

Sheriti sonrió.

—Eso suena bien. ¿Cuánto?

El comerciante dio un precio y la sonrisa de la joven se transformó en un mohín.

—Sólo es un anillito de plata.

El platero se llevó la mano al pecho.

—No lo fabriqué yo. Es muy antiguo, está muy bien trabajado y viene de muy lejos. Puedo mostraros otros anillos.

Sheriti estiró la mano y lo cogió por la muñeca mientras el vendedor comenzaba a darse la vuelta.

—Me gusta éste.

Acercó más la mano del hombre y, mientras lo miraba a los ojos sin inmutarse, se agachó y se metió el meñique en la boca. Apartó la cabeza despacio de la mano del platero. La sonrosada punta de la lengua se movía entre los labios ligeramente separados de la joven mientras se levantaba.

—¿Cuánto dijisteis que valía?

El hombre parpadeó, con la boca abierta, tragó con fuerza, Dio un precio mucho más bajo, poco más que el peso en plata del anillo.

Sheriti asintió, sacó las monedas de su bolsa y las puso en la palma del platero, permitiendo que sus dedos acariciaran los de él mientras retiraba la mano.

El comerciante pareció ahogarse con su propia saliva y se sacudió con un ataque de tos. Cuando se hubo recuperado, Sheriti ya había deslizado el anillo en la mano derecha de Anok.

—Un regalo —le dijo, dándole una palmadita en la mano—. Un recuerdo.

Antes de que él pudiera negarse, la muchacha se dirigió a la puerta con

Teferi siguiéndola a pocos pasos.

Anok esperó un momento, observando primero el anillo y luego al platero.

El comerciante lo miró con inquietud.

—No fue mi intención ofender a vuestra mujer, buen señor. Ella fue… muy atrevida.

—No es la mujer de nadie, sólo se pertenece a sí misma. Este anillo no estará maldito, ¿verdad?

—¿Maldito? No. Como dije, da buena suerte.

Anok hizo un gesto de asentimiento y se dio la vuelta para marcharse.

—Sólo que…

El joven se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Jani, como puede ver todo a su alrededor, sólo viaja en círculos. Nunca puede salir del desierto.

Contempló de nuevo el anillo que llevaba en el dedo extendido. Las dos caras parecían burlarse de él. Estuvo a punto de devolverlo.

Pero Sheriti lo había escogido para él y no quería herir los sentimientos de la muchacha. Al final, cerró la mano formando un puño.

—Salir del desierto es más difícil de lo que parece —le dijo al platero a modo de despedida.

Abandonó la tienda y alcanzó a sus compañeros con rapidez. Captó la mirada de Sheriti mientras caminaban.

—¿A qué vino eso?

La aludida inclinó la cabeza, claramente perpleja ante su mal humor.

—¿El qué? ¿Que por una vez me comportase como una mujer? Quería comprarte un regalo. Utilicé todo mi poder de persuasión para conseguir un buen precio.

—Tú no eres así.

—Ya no soy una niña, Anok. ¿O no te habías dado cuenta?

—Sí que me había dado cuenta. Lo que ocurre es que normalmente no lo demuestras con tanto descaro.

Sheriti soltó una dura carcajada.

—Tal vez no estuvieras prestando atención.

Teferi volvió la mirada hacia ellos con una ceja arqueada. Negó con la cabeza y se alejó.

Caminaron un rato en silencio. Un mendigo ciego estaba sentado al borde de una fuente y agitaba su sonajero sobre una copita de cuero con algunas pequeñas piezas de plata en su interior. Sheriti se detuvo para lanzar una moneda de oro dentro de la copa.

Al oír el pesado golpe de la moneda contra el cuero, los ojos empañados del mendigo se abrieron de par en par.

—Muchas gracias, amable desconocido. ¡Que Set os sonría!

Anok sintió que le temblaba el rostro ante la mención de Set, pero no dijo

nada.

Sheriti lo miró.

—No tienes la sensatez de un mendigo.

—¿Qué?

—Te compro un regalo y no dices nada.

Anok miró el anillo. Cualquier otro día le habría agradado, pero hoy no le proporcionaba nada de placer. De hecho, empeoraba el presentimiento que tenía. A pesar de todo, ella tenía razón.

—Gracias. Es un regalo muy bonito. Lo llevaré siempre.

—O hasta que lo rompa contra la cara de alguien en una pelea —añadió Teferi.

El otro hombre casi sonrió.

—Hasta entonces, por lo menos.

—Tendrá que bastar con eso —comentó Sheriti. Un puesto situado más adelante captó su atención y se dirigió con decisión hacia él, dejando a sus compañeros atrás—. Necesito algo del fabricante de venenos.

En otro reino, esa simple frase podría haber provocado miradas o, al menos, cierta preocupación, pero Anok simplemente asintió con la cabeza y Teferi, distraído mirando a una joven esclava shemita desnuda a la que exhibían en un puesto cercano, apenas pareció darse cuenta.

Estigia era célebre por sus fabricantes de venenos, a los que se trataba como a respetados artesanos y que actuaban a la vista de todos. Éste en cuestión era uno típico: un puesto cubierto de cientos de pequeñas botellas y tarros que contenían extractos de loto mezclados, hervidos y destilados, veneno de serpiente, las glándulas venenosas de diversas criaturas y diferentes plantas tóxicas. Aunque ellos no trataban con pociones mágicas, algunas veces aquellos que practicaban la hechicería compraban los ingredientes básicos en tiendas como ésta.

Cada recipiente llevaba cuidadosamente señalado tanto el contenido como el uso para el que había sido creado, pues cualquier error podría ser mortal, y ésa no era siempre la intención. Naturalmente, un fabricante de venenos vendía venenos mortales, para matar a un enemigo o, simplemente, para eliminar las ratas de un granero. Pero también ofrecían venenos mezclados y diluidos para producir otros efectos. Sus pociones podían tranquilizar a un esclavo terco, calmar la fiebre, aliviar la sífilis o, incluso, según se decía, curar un cuerpo que estuviera corrompiéndose. Un sorbo amargo de la botella adecuada podía hacer que una persona se librase de los piojos y las pulgas durante semanas o despejar unos intestinos aquejados de gusanos.

También vendían antídotos para venenos, sacando así dinero de ambos extremos del negocio. Naturalmente, cada fabricante tenía su propio (y muy caro) veneno especial para el que aseguraban que no había antídoto, y, naturalmente, el fabricante del otro lado de la calle siempre afirmaba vender

un antídoto para eso.

Así que Anok no le dio ninguna importancia a que Sheriti fuera a comprarle algo al fabricante de venenos. Al menos, claro está, hasta que vio que ya había otra dienta en el puesto.

—Dioses —masculló, mientras apretaba el paso.

El plan de hoy incluía un «encuentro fortuito» concertado, pero no se trataba de éste.

Casi había alcanzado a Sheriti cuando la mujer del puesto se dio la vuelta. Anok la había reconocido de espaldas, pero Sheriti sólo se dio cuenta ahora de quién se encontraba allí.

Se detuvo al borde del puesto.

—Es la bárbara —exclamó.

—Eso parece —respondió Anok con desaliento.

Fallón, del clan Murrogh, lo reconoció y le dedicó una amplia sonrisa. Se situó entre Sheriti y él, le sostuvo la cabeza con las manos y lo besó con fuerza en los labios, lo que le hizo sentir vergüenza.

—¡Anok Wati!, esperaba volver a verte antes de marcharme de esta ciudad. —Frunció ligeramente el entrecejo—. Pareces pálido. ¿Has estado enfermo? — Se limpió los labios, como si hubiese notado algo desagradable.

Sheriti se mantuvo firme, mientras los observaba de manera burlona.

—Estuve… —Pasó la mirada de Fallón a Sheriti y se preguntó por qué esto lo molestaba tanto—. Estuve perdido en el desierto muchos días y casi muero.

La sonrisa de la mujer bárbara regresó a su rostro.

—¡Sin embargo, estás vivo! Puede que tengas un poco de sangre cimmeria. Somos más duros de matar que los estigios, o eso es lo que he podido comprobar en el tiempo que llevo aquí. Busquemos una taberna y levantemos un vaso. ¡Te contaré muchas historias!

Anok miró incómodo a Sheriti, a quien Fallón pareció ver de repente por primera vez.

La bárbara inspeccionó a la otra mujer.

—No te había conocido con esa ropa. Ibas vestida como una guerrera la última vez que nos vimos. Esto —estiró una mano y tomó un poco de tela del vestido de Sheriti entre los dedoste hace parecer una puta.

—¡Fallón! —Anok la fulminó con la mirada.

La aludida le devolvió la mirada ceñuda.

—No pretendo ofender. No estoy acostumbrada a las galas de la ciudad. Supongo que las putas de la zona no llevan nada, de todas formas, así que éste no es el caso. Simplemente quería decir que no le pega.

—Sheriti está estudiando para ser escriba.

—¿Escriba? ¿Cómo puede alguien que ha probado la batalla conformarse con una vida de escriba?

La otra mujer la miró fijamente a su vez.

—Algunos de nosotros no vivimos para matar, bárbara. Una vida tranquila me irá muy bien.

Fallón se rió.

—Bueno, tú lo sabrás mejor. —Volvió a mirar a AnokCedes ante esta mujer. ¿Estás comprometido con esta… escriba y su vida tranquila?

El joven miró nervioso a Sheriti. Tras una larga pausa, respondió: —No, no estoy comprometido con ella. Ni con nadie.

—Mejor así, Anok. Tienes la sangre demasiado caliente para una vida de plumas y pergaminos. —Se acercó un paso y estiró la mano para tocarlo, deslizándole la yema de los dedos por los pelos del brazo, lo que hizo que le hormiguease la piel.

Teferi se apartó, observando la escena desde una distancia segura.

Sheriti parecía estar más desconcertada que enfadada.

—¿Qué quiere decir con eso, Anok?

Fallón la ignoró.

—Tengo una propuesta de negocios. Abandona esta apestosa ciudad conmigo.

Anok se sentía más atrapado que si se encontrase rodeado por una docena de guerreros.

—¿Te marchas? —Intentó no sonar demasiado interesado ni demasiado agradecido.

—Me he enterado de la existencia de ciertos bienes, compactos y fáciles de transportar, que se pueden obtener baratos en la fuente para luego venderlos con un cuantioso beneficio en las tierras del norte.

Anok estaba sorprendido.

—¿Comercio?

La mujer bárbara cruzó los brazos sobre su abundante pecho y frunció el entrecejo.

—Soy una orgullosa cimmeria. ¿Piensas que, simplemente porque soy bárbara, no puedo encontrar un medio mejor de hacer dinero que cortar gargantas y romper cabezas?

El interpelado parpadeó.

—Bueno… Sí, eso es exactamente lo que…

—Según he podido comprobar, cortar gargantas (normalmente por detrás y simplemente como un atajo hacia la riqueza) es más el método de los supuestos hombres civilizados. Mi código es «coge lo que puedas y mata cuando debas». —Le dio una palmadita a la empuñadura de la espada para poner más énfasis—. Lo que propongo es una expedición comercial, cierto, pero una expedición más llena de peligro que de trabajo duro, pues ansio lo primero y me desagrada lo segundo.

—Comercio —repitió Anok, esforzándose por ocultar su escepticismo.

—Comercio peligroso —insistió Fallón.

—¿Comercio de qué?

La pregunta pareció detenerla. Le clavó la mirada. Parpadeó. Lo miró de nuevo. Al fin, dijo: —Eres un hombre. Dudo que lo entendieras.

Sheriti no pudo controlarse y estalló en carcajadas.

—¿Qué quieres decir con que no lo entendería? ¿Esperas que me vaya contigo a una expedición que ni siquiera puedo entender? —El día no se estaba desarrollando según lo planeado.

Fallón pensó en ello.

—Bueno —respondió, formando las palabras con cuidado, como si hablase con un niño—, los fabricantes de venenos de la zona ofrecen una poción que, al tomarla, impide que una mujer se quede encinta, sin importar las veces que se acueste con un hombre.

Sheriti se rió aún con más fuerza.

Fallón le dirigió una mirada de enfado, pero no dijo nada.

Incluso Anok tuvo que sonreír.

—He pasado la mitad de mi vida debajo de un burdel, Fallón. Entiendo mucho más de «asuntos de mujeres» de lo que piensas. Conozco bien esa poción. El Paraíso la compra por jarras.

Sheriti pasó ante la mujer bárbara en dirección al puesto de venenos, puso una moneda de oro sobre la mesa y señaló algo con el dedo. El fabricante de venenos le pasó una botella pequeña y redonda con un cuello estrecho. El tapón estaba sellado con cera roja. La joven regresó y le mostró la botella a Fallón.

—Esto es lo que quieres. —Entonces, su voz se volvió burlona—. Oh, sí —dijo—, el peligro.

La otra mujer parecía un poco irritada.

—Soy bárbara. No pienses que soy estúpida. Lo he planeado cuidadosamente. Pagaste en oro por esa botellita. Aquí, el precio es muy alto. He averiguado que esta poción requiere ciertas plantas que crecen a lo largo de las fronteras de Darfar y Kush y que se destila y se mezcla en Kheshatta.

—La ciudad de los hechiceros —comentó Teferi, acercándose un poco—. Es un lugar malo.

Fue el turno de Fallón de soltar la carcajada.

—¿Y éste no lo es?

Anok asintió con la cabeza.

—Sí, pero Kheshatta es el centro de gran parte del comercio de los fabricantes de venenos. Muchos brebajes y extractos malignos se crean allí en medio de un gran secreto y se envían a toda Estigia y más allá.

—Eso es lo que dicen —continuó la bárbara—. En cualquier caso, no pienso quedarme mucho tiempo en ese «lugar malo». La planta se destila hasta crear un potente veneno, luego se mezcla con extractos de loto y otros ingredientes secretos. A continuación, se diluye con un té especial, una parte

por cada mil, Esa botella no contiene más que una gota del extracto puro.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Teferi, incrédulo.

La aludida sonrió.

—Hay muchos fabricantes de venenos en Odji. No fue difícil encontrar a uno con curiosidad y ansias por pasar una hora a solas con una mujer bárbara. Ansias suficientes como para compartir cierta información.

Sheriti sonrió con satisfacción.

—Y me llamas a mí puta.

Fallon no se inmutó.

—Dije una hora. No dije qué hice en esa hora. Puede que él esperase más de lo que recibió. ¿Qué es lo que dicen por aquí? «Cuando un hombre con una cabra atada a una soga te ofrece un trato, asegúrate de que te está vendiendo la cabra y no la soga.»

Anok sonrió, a pesar de sí mismo.

—Aprendes las costumbres locales con rapidez.

—Ya había oído la mayor parte de esto antes —intervino Sheriti—, Diluyen la poción antes de que salga de Kheshatta y la guardan celosamente hasta entonces. Todos los burdeles de la ciudad han intentado comprar directamente de la fuente en un momento u otro, pero es imposible. El secreto de su elaboración está muy bien guardado y los fabricantes de venenos de Kheshatta siempre exigen su pago.

—Y esto es Estigia —añadió Teferi—, Los custodios de Set cobran impuestos por los venenos y no ven con buenos ojos a los contrabandistas.

—Bueno —repuso Fallón—, hay que persuadir a los fabricantes de venenos en persona, y, en cuanto a los custodios, siempre están los sobornos, llegado el caso. —Se encogió de hombros—. Dije que sería peligroso. Si fuera fácil, ya se habría hecho.

Teferi hizo un gesto afirmativo.

—Suicidio. ¿A eso es a lo que llamas peligro?

La mujer bárbara lo fulminó con la mirada.

—No te he pedido que vinieras conmigo, kushita. Había pensado hacerlo, es cierto, pero ahora tengo que replanteármelo. —Se volvió hacia Anok—. Y tú, qué, ¿me acompañarás en este viaje?

¿Por qué no? Una parte de él lo encontraba tentador; sin embargo, puede que Kheshatta no se encontrase lo bastante lejos como para escapar de los Escorpiones Blancos y, casi con toda seguridad, tendrían que regresar a través de Khemi de camino hacia el norte. Que Anok se pusiera a trabajar por su propia cuenta en un negocio tan lucrativo era precisamente lo que Wosret más temía que hiciera. Un negocio así, si es que era posible, podría financiar la creación por parte de Anok de otra banda rival en Odji, y Wosret nunca permitiría que eso ocurriese.

—¿Vas a alguna parte, Anok?

La voz que menos deseaba oír en el mundo en este preciso instante. ¡La voz de lord Wosret!

Pero claro que era Wosret. Anok sabía que el señor de las calles se encontraría hoy en el mercado y Teferi y él habían previsto un encuentro casual. Esa había sido la estrategia: enfrentarse a Wosret y enfrentarse lo suficiente como para que le planteara un ultimátum para que se uniera a su banda. Entonces, Anok podría anunciar de manera creíble sus planes de convertirse en acólito de Set.

Más tarde, le aseguraría a Sheriti que había recordado la anterior oferta de Dejal y que, simplemente, lo había utilizado como escapatoria. Ni siquiera los Escorpiones Blancos se atreverían a desafiar al Culto de Set; pero, tras haberlo dicho, tendría que cumplir con las formalidades durante… un tiempo. Esperaba que fuera suficiente para que Sheriti regresara al Templo de los Escribas. Cuando la muchacha se diese cuenta de sus verdaderas intenciones, sería demasiado tarde.

Ese era el plan.

Era.

Anok se dio la vuelta para enfrentarse a lord Wosret, que no sólo iba acompañado por sus siempre presentes guardaespaldas gemelos, sino también por dos altos mercenarios ofirios con armaduras de cuero y sables.

Wosret se acercó a él.

—¿Tienes algo que quieras compartir conmigo, Anok? ¿Un negocio lucrativo de alguna clase?

—No hay nada, lord Wosret. No sé lo que creéis haber oído, pero…

El otro hombre lo cortó, furioso.

—Oí lo suficiente para saber que estás conspirando a mis espaldas, Anok. He sido extremadamente paciente contigo porque te conozco desde que eras niño. Pero maté a mis propios hijos cuando intentaron llevarme la contraria. No sé por qué debería dudar en matarte ahora. —Desenvainó la espada—. Tal vez habría sido mejor para todos que hubieses muerto en el desierto.

El hombre de más edad se encontraba demasiado cerca de Anok, pero no se atrevió a mostrar miedo ni debilidad frente a sus hombres. A pesar de ello, Anok sabía que la espada era, sobre todo, para defenderse. Wosret dejaría que sus matones se encargasen del trabajo sucio.

Oyó cómo una espada abandonaba su vaina y alguien se situó a su lado. Se sorprendió al ver que no se trataba de Sheriti ni de Teferi, que se encontraba demasiado atrás para acercarse sin causar alarma. Era Fallón.

—¡Escuchadme! Quien intente derramar la sangre de Anok Wati también se enfrenta a Fallón, una cimmeria del clan Murrogh, compatriota de Conan, el rey guerrero de Aquilonia.

Los gemelos comenzaron a reírse.

Fallón les dedicó una sonrisa lobuna.

—Estáis pensando: «esta mujer no es Conan», y tenéis razón. Pero acercaos si os atrevéis y sabréis cómo nuestro duro reino nos ha hecho a cada uno de nosotros (mujeres y niños) rápidos, brutales y peligrosos. ¡Acercaos y dejad que sea vuestra última lección!

Los ofirios, que tal vez se habían encontrado antes con cimmerios en su tierra natal del norte, parecieron tomar la amenaza más en serio. Arrastraron los pies nerviosos.

Wosret pareció comparar ambas reacciones, y luego resopló.

—Esto no es asunto tuyo, bárbara. Márchate y no te ocurrirá nada malo.

—¡Un cimmerio nunca se retira de una batalla, hombre de ciudad!

Anok la miró con el rabillo del ojo sin permitir que su atención se apartase demasiado de la espada de Wosret. «¡No estás mejorando las cosas, mujer!» Sin embargo, no sabía cómo podrían empeorar. La situación se le había ido de las manos.

Ahora, Wosret planeaba luchar, no hablar, y no tenía intenciones de perder.

12

Los dos grupos se encontraban frente a frente en el estrecho sendero del mercado, con las espadas desenvainadas, midiéndose los unos a otros. Los Cuervos parecían verse ampliamente superados: cinco hombres contra dos hombres y una mujer bárbara. Sheriti había sacado su pequeña daga de escriba; pero sin el elemento de la sorpresa el cuchillo resultaba básicamente inútil en una pelea.

Anok consideró brevemente lanzarle una de sus espadas. «No. Todo esto era para protegerla —decidió—. Yo lucharé por los dos, si es necesario.»

¿Se había vuelto necesario? Su cerebro trabajaba a toda velocidad, intentando pensar en un modo de usar la labia para salir de aquella situación. ¿No eran famosos los Cuervos precisamente por eso, no sólo como luchadores, sino como negociadores, embajadores…, conversadores? En las calles, desde que era poco más que un muchacho, todos sabían que Anok era el adecuado para apaciguar los caracteres explosivos, encontrar un terreno propicio para el avenimiento donde aparentemente no lo había, crear un compromiso que beneficiara a ambas partes de un conflicto.

Anok sabía cómo decirle a la gente lo que quería oír.

Sabía cómo mejorar una mala situación.

Era en quien se podía confiar.

Incluso ahora, Sheriti y Teferi aguardaban, con las armas preparadas, pero lo observaban, esperando a que él hallase otro modo.

Hoy no.

Hablando es como había llegado hasta aquí. Anok el leal se había transformado en Anok el mentiroso, Anok el impostor.

Contra su mejor amiga.

Había convertido a su otro mejor amigo en su conspirador.

¿Era así como había caído Dejal?

Al pensar en su amigo perdido, las brasas de la furia que últimamente parecían encontrarse siempre en su corazón se convirtieron en llamas.

Wosret, esa grasienta alimaña, no era digno siquiera de sus mentiras. ¿Cuánto tiempo llevaba persiguiendo a Anok? Ahora venía con exigencias…, con amenazas. ¿Cómo se atrevía?

—¿Buscas la sangre de Anok Wati? ¿Buscas las espadas de Anok Wati? ¡Para conseguir lo primero, antes debes probar lo segundo!

Diciendo esto, balanceó el arma de la derecha desde abajo, directa hacia el corazón de Wosret.

Con una velocidad sorprendente, el hombre de más edad apartó la hoja con su arma, que era más grande.

Pero eso era lo que Anok había estado esperando.

Clavó la espada izquierda, aunque no fue un golpe mortal, ni siquiera uno demasiado severo, sino que apuntó a las vulnerables piernas de Wosret, haciéndole un corte en la parte superior del muslo como quien trincha un asado. El objetivo no era matar ni dejar inválido.

Quería dolor. Quería sangre.

Wosret aulló, tambaleándose hacia atrás, mientras la sangre le manaba de la pierna izquierda.

Se podría haber esperado que Anok continuase con el ataque. En lugar de ello, se apartó y evaluó la situación a su alrededor. Sabía que Wosret, ese viejo cobarde, se retiraría y dejaría la lucha a hombres más fuertes.

¡Ahora, eran cuatro contra tres!

Sheriti permanecía detrás de Teferi, que se enfrentaba a los dos mercenarios; mientras que los gemelos, con sonrisas lascivas en los rostros, rodeaban a Fallon. Pensó en ayudar a sus dos amigos; pero aunque los mercenarios parecían temibles, se estaban mostrando prudentes y Teferi podría arreglárselas solo.

Fallon, por el otro lado, se las veía con dos expertos y entusiastas luchadores, cada uno de los cuales pesaba casi el doble que ella y que, obviamente, tenían ganas de divertirse.

Anok cargó contra ellos, con las espadas en alto, acercándose por el lado ciego del gemelo que se encontraba más cerca. Lo desafió con un rugido mientras giraba ambas armas hacia el cuello del gigante.

El hombretón se volvió y esquivó el ataque desviando con facilidad las espadas con su sable.

Anok utilizó el impulso del contragolpe, se dejó arrastrar por él como un nadador por una ola, saltó en el aire y pasó girando hasta aterrizar un paso por detrás de Fallon, de espaldas a ella.

La bárbara aprovechó la distracción del otro gemelo para atacar. El sable de la mujer repicó contra el acero de su adversario y Anok lo oyó lanzar un gruñido de sorpresa. Estaba claro que el hombre había subestimado a su oponente.

¡Bien!

El silbido del aire en lo alto hizo que Anok alzase las espadas cruzadas por encima de la cabeza. Detuvo el golpe de la espada al descender con los codos flexionados, sus músculos vibraron a causa de la fuerza del impacto.

La enorme hoja se detuvo a menos de un palmo de su nariz y los brazos le temblaron por el esfuerzo de mantenerla allí.

Durante una eternidad, el arma se sostuvo en el aire.

Luego, Anok soltó un grito de esfuerzo, lanzó el sable hacia atrás y pasó por debajo del gigante, con la espada izquierda en alto para defenderse mientras lanzaba la derecha hasta encontrar las costillas expuestas tras el borde de la placa pectoral de cuero del gigante. Este rugió y retrocedió tambaleándose, pero los doloridos brazos de Anok le advirtieron que no continuara con el ataque. En lugar de ello, apoyó la espalda contra Fallón, simplemente para informarla de dónde se encontraba.

—Esto me resulta familiar —comentó la mujer, resoplando mientras Anok oía cómo la punta de la espada de la bárbara golpeaba la armadura de cuero—. Ya hemos bailado esta pieza antes.

—Es un sable —comentó Anok—, Balancéalo, no lo claves.

—¿El hombre con ojos en la nuca intenta decirme cómo luchar?

—Si una espada te atravesara el corazón en este momento podría arañarme la espalda.

—Yo podría decir lo mismo. Acabemos con estas bestias.

—Por supuesto. Cuando estés lista.

Anok sintió cómo los músculos de los hombros y de la espalda de la bárbara se ponían tensos y ésa fue toda la señal que necesitó. Se apartaron el uno del otro de un salto, atacando con furia a sus adversarios.

El cargó contra el gemelo herido: se agachó bajo el oscilante sable del gigante, se situó a su derecha y le clavó profundamente la espada en el costado expuesto. Con la misma rapidez, sacó el arma y pasó junto a él, utilizando su velocidad para mantenerse por delante del giro del gigante.

El peso del sable fue una desventaja pasajera a la que Anok sacó el máximo provecho. Apuñaló al gigante en la parte inferior de la pantorrilla (no acertó en el tendón, pero aun así lo hizo sangrar), luego se volvió y le hizo un corte en la frente con la otra espada. Ninguna de las dos heridas era grave, pero había reducido la capacidad de su oponente para moverse y para ver.

El hombretón echó la cabeza hacia atrás y bramó mientras balanceaba el sable en el aire con furia, pero la sangre ya estaba empezando a entrarle en los ojos. Al mostrar la garganta, había expuesto una debilidad en su armadura.

Anok había planeado buscar un golpe definitivo entre las costillas, pero ahora tenía un nuevo objetivo. Se acercó y se agachó, aparentemente abriendo la guardia.

El gemelo balanceó la espada hacia abajo, como si estuviera cortando grano, pero Anok estaba preparado. Se elevó en el aire de un salto, flexionando en alto las rodillas, de modo que la espada pasó sin causar daño bajo sus pies, y, a la vez, levantó el pomo de la espada izquierda estrellándolo contra el mentón del otro hombre. La cabeza se le fue hacia atrás y la espada derecha se hundió profundamente hasta chocar con el hueso de la parte posterior del cuello.

El gemelo cayó hacia atrás mientras soltaba un gorjeante e inhumano grito de angustia y la sangre le salía a chorros del cuello, como una cálida fuente.

A algunos metros de distancia, el otro gemelo se dio la vuelta con sorpresa.

El arma de Fallón descendió con un destello y le seccionó la mano de la espada por la muñeca.

El hombre gritó.

La bárbara se dio la vuelta y le cortó hábilmente el cuello con la espada. El gigante dejó escapar un sonido gorgoteante y cayó en un charco formado por su propia sangre.

—¡Anok!

Era la voz de Sheriti. Se dio la vuelta y vio cómo Teferi acababa con uno de los mercenarios, que se apoyaba en una rodilla sangrante. El momento de distracción había permitido que el otro mercenario pasara junto a él, hacia el lugar en el que Sheriti sostenía en alto la daga en una inútil defensa.

El atacante no lo estaba mirando a él. Era vulnerable, pero no había tiempo para alcanzarlo. Sin embargo, en algún momento de la pelea, el hombre había perdido o se había desembarazado del yelmo. Anok balanceó la espada izquierda sobre el hombro con todas sus fuerzas y la soltó en el punto adecuado del arco.

La espada refulgió al girar en el aire.

Se produjo un húmedo sonido de agrietamiento, como si alguien hubiese roto el huevo de un ave enorme, y la punta de la hoja se hundió en la parte posterior del cráneo del mercenario.

Éste se tambaleó hacia atrás, desequilibrado, con la boca abierta y dejó caer su propia espada mientras intentaba agarrar la de Anok, que ahora le asomaba por la cabeza.

Sheriti se lanzó hacia adelante, el diminuto cuchillo que llevaba en la mano sólo era una mancha borrosa mientras lo hundía en el paladar del mercenario. Con el cerebro doblemente perforado, el hombre cayó y se agitó en el suelo mientras Anok llegaba hasta ellos.

El joven apoyó el pie en el cuello del caído y sacó la espada con cierto esfuerzo. Su intención había sido proteger a Sheriti, pero la muchacha ya había recogido la cimitarra curva del hombre del lugar donde ésta había caído.

Además, sólo quedaba un enemigo.

Wosret estaba encogido contra la parte posterior del puesto de un alfarero a una docena de pasos de distancia, con la espada en alto y el rostro pálido.

Anok avanzó hacia él.

—¡Matarme no te servirá de nada, Anok! —escupió el anciano—. Los Escorpiones Blancos te darán caza y se vengarán. ¡No podrás escapar!

El aludido se acercó aún más, exhibiendo las espadas ensangrentadas y disfrutando del miedo del otro hombre.

—¿Lo averiguamos?

—¡Anok! —Se trataba de Teferi—, ¡No!

Una parte de él quería cortar en rebanadas al viejo, lentamente, hacerlo sufrir al igual que él había hecho sufrir a tantos otros a lo largo de los años. ¿Y qué si éste sólo era un líder de bandas entre muchos? ¿Y qué si otro lo reemplazaría? ¿Y qué si los Escorpiones Blancos vendrían a matarlo? ¡Que lo intenten! Aun así, resultaría… satisfactorio.

—Anok, —Era Teferi de nuevo.

Estaba a punto de enfadarse, pero en ese momento reconoció el tono de advertencia en la voz de su compañero.

También oyó algo más. Pasos, muchos pasos, que se acercaban corriendo a ellos desde ambas direcciones.

Wosret sonrió.

—Pensé que cuatro buenos hombres serían suficientes para atraparte. Me equivoqué. Pero tuve en cuenta la posibilidad de que fallasen.

Se apartó mientras media docena de hombres con armas y armaduras pasaban junto a él. Un número similar apareció desde la dirección opuesta. Sin duda, Wosret los había mantenido ocultos para no asustar a Anok antes de que la trampa se cerrase.

Los Cuervos y su nueva compañera bárbara se reunieron en el centro, cubriéndose la espalda mutuamente. Sólo se produjo una breve pausa antes de que los Escorpiones Blancos se lanzasen al ataque.

En el mercado retumbó el eco del entrechocar de espadas y los gritos de batalla. La única ventaja con la que contaban los Cuervos era que no había suficiente espacio para que los doce guerreros los atacasen a la vez.

Se estaban defendiendo bien, pero Anok sabía que no duraría. Ya estaban comenzando a agotarse y sus nuevos atacantes estaban descansados. Tarde o temprano comenzarían a caer. Probablemente, temprano.

Alcanzó a ver el rostro sonriente de Wosret entre los atacantes.

Anok soltó un gruñido. ¡Esto no terminaría así!

Sintió cómo su miedo, su raciocinio, su propia humanidad lo abandonaban como una serpiente que mudase la piel. Sus espadas centellearon una y otra vez. Se abrió paso entre los atacantes como un hombre que caminase por el barro.

Las espadas entrechocaron, las bocas y las caras se contrajeron mientras los agresores gritaban y chillaban, pero Anok únicamente oía los fuertes latidos de su propio corazón en los oídos. El tiempo pareció ralentizarse mientras un hombre caía, luego dos.

Una espada le hizo un corte en el bíceps, pero él no sintió nada salvo furia.

Ahora, los Escorpiones se estaban replegando, a causa del miedo tanto como ante cualquier desafío físico.

Anok vio de nuevo a Wosret, la sonrisa había desaparecido de su rostro. La boca del señor de la banda estaba abierta a causa de la sorpresa. Comenzó a

retroceder.

«¡No puedo permitir que escape!»

Golpeó con la espada derecha el yelmo del atacante más cercano, haciendo un ruido como el de un martillo contra una campana. El Escorpión Blanco cayó hacia adelante y, mientras sucedía, Anok saltó sobre su cabeza, le aterrizó sobre la espalda y lo utilizó de trampolín humano.

Atravesó el aire, dando una voltereta sobre el siguiente grupo de atacantes, hasta que nada se interpuso entre Wosret y él.

Los ojos del otro hombre se abrieron de par en par, aterrorizado. Se dio la vuelta para huir, pero Anok lo atrapó.

Wosret agitó débilmente la espada y el hombre más joven la apartó con un potente golpe, luego enganchó la guarda con su otra espada y arrancó la hoja de la mano de Wosret.

El líder de la banda intentó salir corriendo; pero, nuevamente, Anok fue demasiado rápido. Se vio bloqueado por una espada en el cuello. Intentó darse la vuelta pero una segunda espada se agitó ante él. Las hojas se deslizaron una contra otra, rodeando el cuello de Wosret y haciéndolo retroceder contra el pecho de Anok, hasta que el señor de las calles no se pudo mover.

Anok exclamó:

—¡Escorpiones! ¡Observad cómo le corto la cabeza a vuestro líder y se la hago tragar por el cuello!

Notó que Teferi lo miraba con una expresión de preocupación en sus facciones salpicadas de sangre.

No le importó.

¡El viejo tenía que morir!

Vio a Sheriti, con su elegante vestido cubierto de sangre y sosteniendo la larga hoja curva con las dos manos. La expresión de sus ojos.

Toda esta locura y estaba preocupada únicamente por él.

Anok soltó un rugido de rabia. Luego, suspiró con fuerza.

—¡Soltad las armas, retroceded y viviré! Os prometo que mis amigos no os harán daño.

—Yo no soy amiga tuya —exclamó Fallón, que aún ansiaba pelear.

—¡Los dejarás en paz, Fallón!

Algo en el tono de su voz hizo que incluso la bárbara se lo pensase. La mujer bajó la espada ligeramente, frunciendo el entrecejo.

Wosret resopló.

—Haced lo que dice. Normalmente se puede contar con su palabra.

«¡Eso es lo que tú crees!», pensó. Pero no dijo nada.

Los hombres dejaron caer las espadas y comenzaron a retroceder.

—Esto no ha terminado —soltó Wosret.

—Sí —repuso Anok—, se ha terminado. —Las palabras se le atascaron en la garganta, pero las obligó a salir—. Voy a unirme a mi viejo amigo Dejal

como acólito en el Culto de Set.

Sheritί soltó un grito ahogado.

La expresión de Teferi era adusta, pero se contuvo.

—Ni siquiera los Escorpiones Blancos querrían contrariar al Templo de Set, ¿verdad?

—Sí —convino Wosret de mala gana—, así es. Suponiendo que no sea un farol.

—No es un farol. Pero ahora escuchadme. Habéis terminado conmigo y con los míos, Si volvéis de nuevo a por mí, ¡no habrá suficientes guerreros en los Escorpiones Blancos, en todo Odji, para protegeros de mi cólera! ¿Lo entendéis?

Apretó las espadas contra la garganta de Wosret hasta que comenzó a brotar sangre de los puntos de contacto.

—Lo entiendo —jadeó—. Ahora, ¡suéltame!

Anok descruzó las espadas y apartó al otro hombre de un empujón. El anciano se agachó para recoger su arma.

—¡Dejadla! —le gritó Anok.

El líder de los Escorpiones Blancos se levantó despacio, intentando mantener la dignidad. Pisó el cuerpo de uno de sus hombres caídos y se alejó.

Anok lo observó marchar.

Sheriti se acercó corriendo y le agarró el brazo. Los dedos de la joven se le clavaron en la carne dolorida.

—No lo dijiste en serio, ¿verdad? ¡Tú nunca te unirías al culto!

No pudo mirarla a los ojos.

—Voy a hacer lo que haga falta por el bien de todos.

Sus amigos estaban allí mismo, a su lado, Sheriti incluso lo estaba tocando, pero Anok nunca se había sentido más solo.

13

Aparte de la angustia de Sheriti, aún quedaba otro problema respecto al plan de Anok de unirse al culto. Dejal no había respondido a sus mensajes.

Sin duda, su antiguo compañero estaba completamente dedicado a su iniciación en el culto. Tal vez no le estaban llegando los mensajes. Tal vez estaba demasiado ocupado para responder o no se tomaba en serio las intenciones de Anok. Daba igual. Sin el apoyo de Dejal, Anok, al tener sangre estigia mezclada, contaba con pocas posibilidades de que lo aceptasen en el templo como acólito.

A su impaciencia se unía el hecho de que prácticamente estaba recluido en el Nido. No se atrevía a dejar que lord Wosret o alguno de los Escorpiones Blancos lo vieran por la calle sin la túnica de acólito. Incluso había pensado en robar una, aunque lo más probable fuera que eso atrajera el tipo de atención equivocada por parte del culto. Así que envió a Teferi a hacerle unos recados, y esperó.

Si había habido un momento en el que necesitaba compañía femenina, era ése. Pero Fallón se había marchado por su cuenta cuando fue evidente que a Anok no le interesaba su dudosa incursión comercial, y Sheriti había desaparecido en el piso de arriba y, aparentemente, lo estaba evitando.

Bueno, si era así, mejor. Quizá la joven estaba haciendo el equipaje para regresar al Templo de los Escribas. Después de todo, eso era lo que él quería.

¿Verdad?

Alguien golpeó la puerta exterior del Nido y Anok cogió inmediatamente sus espadas. Unicamente tras otra serie de golpes, un código que habían elaborado de antemano, estuvo seguro de que se trataba de Teferi. Abrió la puerta con precaución, teniendo cuidado de no dejarse ver desde la calle, y permitió que su amigo entrase. Este llevaba una cesta grande, que dejó sobre la mesa en el centro de la habitación.

—Le he enviado otro mensaje a Dejal. Esta vez soborné a un cocinero que trabaja en las cocinas del templo. Si todo va bien, Dejal recibirá la nota que le escribiste junto con el almuerzo.

Anok asintió con la cabeza. No se hacía ilusiones. Estaba relativamente seguro de que al menos uno o dos de los mensajes anteriores habían llegado a su destino, pero no había habido respuesta.

—¿Estás seguro de que sabe leer lo bastante bien para entender lo que le

escribiste?

Teferi era analfabeto, al menos en estigio, y no había mostrado mucho interés cuando Anok se había ofrecido a enseñarle a leer y a escribir a la vez que a Sheriti.

—Es necesaria cierta habilidad con la lectura para ser acólito del culto. Se requiere que los acólitos estudien los libros de Set, y aquellos que se van a convertir en sacerdotes deben estudiar diversos libros de magia.

Teferi hizo una mueca.

—Leer nunca conduce a nada bueno. Por cierto, pareces saber mucho sobre el culto.

—Dejal solía hablar de eso a veces. Había averiguado bastantes cosas sobre el culto espiando a su padre.

—Espiar. Probablemente sea una actividad obligatoria para los estigios de sangre noble.

—Cuidado, Teferi, yo también soy medio estigio.

—Eso es lo que me preocupa, Anok. Tu sangre está… (perdona, no hay una forma mejor de decirlo), está contaminada de corrupción y magia oscura. He observado a Dejal, he visto lo que la sangre estigia puede hacerle a un hombre. Mi abuelo solía contar historias sobre lo que le ocurrió a mi propia gente, a aquellos que no escaparon de Kush antes de la Sikugiza…, de la época oscura. Para mis antepasados, incluso venir a Estigia como esclavos habría sido mejor, pues ahora somos libres, y aquellos cuya sangre está corrompida nunca lo serán, hasta el fin de los tiempos.

—Gracias, viejo amigo —repuso Anok con sarcasmo—. Ahora me siento mucho mejor.

Teferi cogió un paquete grande de encima de la cesta.

—Apelo a esa parte de ti que no es estigia. Dale la espalda a esta locura, hermano. El Culto de Set te destruirá.

—O yo lo destruiré a él.

El kushita soltó una carcajada.

—Dicen que el Culto de Set ha resistido desde que los primeros estigios se alzaron y derrotaron a los Antiguos. ¿Y el valiente Anok acabará con todo en un día?

El aludido se sentó pesadamente en el banco que había junto a la mesa y observó cómo Teferi desenvolvía el paquete.

—En ese caso, tal vez pueda herirlo un poco o, por lo menos, a los responsables de la muerte de mi padre. Quizá pueda al menos averiguar por qué lo mataron.

—¿Y en qué te ayudará saberlo? El seguirá muerto. Abandona Estigia conmigo o márchate al Templo de los Escribas con Sheriti. O ve en busca de aventuras con la mujer bárbara si eso es lo que quieres. Pero olvídate del culto.

—Nunca podré olvidarlos, Teferi. Ni aunque viajase hasta el fin del mundo,

ni aunque viviese mil vidas. Y tampoco puedo marcharme de Estigia. Es el único hogar que he conocido. La llevo en la sangre.

—Volvemos a lo mismo, entonces. Bien, toma… —Sacó una jarra de vino del fardo, a la que siguieron pan, frutos secos, pescado salado, nueces, un bote pequeño de miel y pastelitos de hojaldre procedentes del mercado—. Al menos no te morirás de hambre mientras esperas.

El kushita volvió a meter la mano en el cesto y sacó un atado de ropa marrón oscuro elaborada con gruesa tela extranjera.

—Le compré esto a un guía de caravanas, Es lo que llevan los nómadas del Desierto Oriental. Si tienes cuidado, el tocado y el pañuelo para la cara te servirán de suficiente disfraz para caminar por las calles.

Anok se estiró hacia una hogaza de pan, le arrancó un trozo y se lo llevó a la boca.

—Gracias, hermano. Me tratas mejor de lo que merezco.

Teferi sonrió.

—Estoy seguro de eso.

Mientras masticaba, Anok recordó lo que Dejal le había contado acerca del culto. Hubo un tiempo en el que se había sentido muy orgulloso de sus conocimientos prohibidos y disfrutaba con el pecado aún mayor de compartirlos con alguien de fuera como Anok. Desgraciadamente, éste había prestado poco interés en aquel momento. Estaba tratando de olvidarse del culto y de la muerte de su padre y las alegres historias de Dejal únicamente resultaban un doloroso recordatorio.

Dejó de comer y alzó la mirada, sorprendido.

—Las cosas que se olvidan —exclamó, lanzó el resto del pan sobre la mesa y se acercó corriendo a un viejo baúl que estaba situado en un rincón de la habitación.

La tapa se abrió con un quejido de las bisagras de cuero y Anok comenzó a hurgar entre las cosas que había en el interior. Estaba lleno de ropa, baratijas, manuscritos y trozos de pergamino y papiro. Al fin, cogió uno de estos últimos, un pedazo de papiro del largo de su antebrazo, enrollado y atado con un trozo rojo de cinta de seda roja.

Lo llevó a la mesa, sacó la cinta y desenrolló con cuidado el crujiente papiro.

Teferi bajó la vista hacia el objeto. Estaba cubierto de rudimentarias líneas hechas con tinta.

—Eso no son letras. ¿Es un mapa?

—Algo así. Muestra la distribución del Templo de Set. Es una copia que Dejal hizo hace mucho tiempo de otro que había «cogido prestado» a su padre. Una vez tramó, creo que no demasiado en serio, meterse en el templo y huir con algunos de los tesoros menores del culto. El mapa es antiguo, pero dudo que el templo haya cambiado demasiado en las últimas veinte generaciones.

Con esto, suponiendo que sea exacto (y que Dejal lo copiara fielmente), debería poder orientarme para llegar a los cuartos en los que viven los acólitos que se están entrenando.

Teferi parecía inquieto.

—No puedes entrar en el Templo de Set así como así, Anok, al menos más allá de las áreas públicas.

El otro hombre sonrió.

—No voy a entrar. Me voy a colar. —Recorrió la hoja con la mano—. En cualquier caso, ése será el último recurso si Dejal no responde al mensaje de hoy.

El kushita resopló.

—Entonces, parece prácticamente algo seguro.

Anok suspiró e hizo un gesto de asentimiento.

—Me gustaría poder decir lo contrario. Sin embargo, aún hay una posibilidad. Esta nota es diferente. Pensé que tal vez Dejal se resistía a regresar al Nido solo. Quizá piensa que le guardamos rencor…

—Podría ser —comentó Teferi.

Su compañero le dirigió una ceñuda mirada de reproche, luego continuó:

—…y sospecha que podría caer en algún tipo de trampa. O tal vez en esta etapa de su iniciación en el culto no puede salir con libertad. Esta nota le pide únicamente que marque una cruz en las piedras frente al templo, cerca de la gran estatua de la serpiente. Si encuentras una marca así, indicará que ha leído mi nota y que está dispuesto a comunicarse. Podremos continuar a partir de ahí.

Teferi suspiró.

—Supongo que quieres que vaya ahora a comprobar si está la marca, ¿no?

—Sí, y mañana también si no encuentras nada hoy. —Sacó otro trozo enrollado de papiro y se lo pasó al kushita—. Esta nota contiene instrucciones más específicas sobre cómo podemos comunicarnos de manera indirecta. Si encuentras la marca, soborna a tu contacto para que se la entregue. Luego, házmelo saber en seguida.

Teferi arrancó un dátil seco del paquete de comida y le dio un mordisco antes de dirigirse hacia la puerta.

—Como digas, entonces.

Se detuvo en la puerta, contemplando las herramientas y armas que había allí apoyadas. Cogió una larga asta de madera rematada con una cabeza de piedra.

Se trataba de la lanza que Anok había encontrado en el desierto. No se había fijado antes en que estaba allí; aunque, dado el desorden, no era de extrañar.

Teferi se dio la vuelta.

—Te encontramos con esto en el Mar de Arena. Llevo tiempo queriendo

hacerte una pregunta: ¿dónde la conseguiste?

—La encontré junto al camino de caravanas. Probablemente se cayó allí por accidente.

—Tal vez. Pero esto no es sólo una lanza. Es una lanza de Usafiri, como las que elaboran los jóvenes de mi tribu antes de embarcarse en sus viajes hacia el páramo.

Anok se encogió de hombros.

—Dijiste que… Jangwa, ¿verdad?… me proporcionaría lo que necesitase, ¿no es así? Después de todo, quizá me estaba cuidando.

Él no creía en eso ni por un momento, pero pensó que a Teferi tal vez le gustaría.

El kushita frunció el entrecejo y sostuvo la lanza en alto, señalando la franja de tallas en el asta, justo debajo de las ligaduras que sostenían la punta de piedra.

—Éstas son marcas tradicionales que se graban en todas las lanzas como ésta. Invocan a Jangwa y se dice que le dan suerte al viajero.

Pero luego le dio la vuelta a la lanza y señaló otro anillo de tallas cerca del otro extremo del asta.

Anok las miró y parpadeó sorprendido.

—Eso no estaba antes ahí. La lanza sólo tenía el primer anillo de tallas cuando la encontré.

Teferi arrugó el entrecejo.

—Me lo temía. Ningún joven de mi pueblo grabaría nada en la parte de atrás de su lanza. Hacerlo sólo traería mala suerte. Y estos símbolos representan a Bovutupu, el enemigo de Jangwa, un embaucador que conduce a los viajeros a su perdición.

—Bueno, entonces fracasó —dijo Anok con petulancia.

—No te burles, Anok. Te quitaste la pintura de la cara, ¿verdad? Otros espíritus te visitaron en el desierto.

—No —mintió—, ¡claro que no!

Teferi simplemente se lo quedó mirando.

—Mira, pasé tres días sudando, cayéndome y arrastrándome por la arena. Después de un tiempo, se borró.

—¿No te relacionaste con espíritus malignos?

—No, claro que no.

El kushita respiró hondo y dejó salir un suspiro.

—Muy bien, entonces. Pero piensa cuidadosamente en lo que hayas visto allí, Anok. Las visiones no son siempre lo que parecen.

Salió por la puerta y Anok corrió el pestillo tras él.

—Y, a veces, las visiones son exactamente lo que parecen —le dijo a la habitación vacía.

Un golpe repentino lo sobresaltó. Tardó un momento en darse cuenta de

que no venía de la puerta que acababa de cerrar, sino de la trampilla que conducía al piso de arriba. A continuación, se oyó el repiqueteo del pestillo y un chirrido mientras la trampilla se abría.

Sheriti descendió silenciosamente por la escalera con los pies descalzos. Llevaba un sencillo vestido de seda blanca anudado a la cintura. La delgada tela se agitaba mientras la joven se movía, el borde le llegaba justo por debajo de las caderas. Aquella ropa le confería una imagen más joven y más inocente de la que había mostrado desde hacía mucho tiempo. Ahora era una mujer y su aspecto sólo consiguió que el corazón de Anok sufriera anhelando un tiempo pasado y sin complicaciones.

La muchacha ladeó la cabeza, mirándolo.

—¿Te importa tener compañía?

El se encogió de hombros y se sentó en un acolchado diván cerca de la pared de enfrente.

—Pensaba que estabas enfadada conmigo.

Sheriti se mordió el labio.

—Estoy confusa, Anok. Estoy preocupada por ti. Pero no estoy enfadada. —Se acercó y se sentó junto a él en el diván, bastante cerca, de hecho. El joven percibió el sugerente perfume que ella llevaba en el pelo—. Esto es culpa nuestra, Anok. Me había convencido de que estaba bien que hubieras ido al desierto. Nosotros (Teferi y yo) nos preparamos para seguir adelante con nuestras nuevas vidas, confiando como tontos en que Anok, que siempre había cuidado de nosotros, se cuidaría él solo sin problemas.

—Me cuidaré solo —replicó, intentando que la irritación que sentía no se reflejase en su voz—. Me estoy cuidando solo.

—¿De verdad? —Le puso suavemente la mano en el hombro—. Por poco te matas en el desierto. Te has peleado con uno de los jefes de bandas más poderosos que hay en las calles de Odji. Y ahora anuncias que tienes intención de unirte a un culto al que has asegurado odiar desde que te conozco. ¿Eso es cuidarte?

Anok no tenía respuesta para eso. En lugar de ello, simplemente apartó la mirada. Sheriti también se mantuvo en silencio un rato. Entonces dijo:

—Anok, tal vez no debería preguntarte esto, y tú no tienes por qué responder; pero desde la noche en la que Dejal nos dejó me lo he estado preguntando. Pasaste la noche oculto con la mujer cimmeria.

La miró. Había dicho bastante, pero en absoluto suponía una pregunta.

—¿Y?

—¿Te acostaste con ella esa noche?

Anok pensó en ello. ¿Debería responder? ¿O simplemente debería mentir? ¿Qué más daba una falsedad más en este momento si servía para proteger los sentimientos de Sheriti?

Pero no, sentía que tenía que ser honesto.

—Sí. —No pudo mirarla a los ojos—. No fue idea mía. Ella estaba más que dispuesta, si entiendes lo que quiero decir. Pero tengo que confesar que no me resistí. A pesar de su extraña naturaleza, es una criatura atractiva, y seguramente sabes que no soy virgen precisamente.

Echó un vistazo para comprobar si estaba enfadada. No lo parecía. En lugar de ello, lo estaba mirando, con los ojos muy abiertos. Su rostro revelaba una emoción que Anok no pudo interpretar.

—Yo, sí —dijo ella simplemente.

—¿Qué?

—Soy virgen.

Anok parpadeó.

—¿Te sorprende?

—Bueno, sí. Sabía que le habías hecho ciertas promesas a tu madre y que nunca habías estado con ninguno de los Cuervos. Pero éramos casi como de la familia. Y te he visto con otros hombres, coqueteando, abrazándolos, besándolos. Había supuesto que había otros amantes a los que simplemente mantenías en privado.

—Ha habido otros coqueteos, otras relaciones, es cierto. Pero fueron entretenimientos pasajeros. Nadie me ha tocado nunca de esa forma. Esa fue la otra promesa que le hice a mi madre. No sólo que nunca me dedicaría a su profesión, sino también que permanecería casta.

—¿Para siempre? —El comentario se le escapó antes de poder pensar bien en la pregunta.

Sheriti sonrió levemente.

—Hasta que encontrase un hombre a quien pudiera ofrecer libremente mi corazón además de mi cuerpo.

De repente, Anok sintió que se le cerraba la garganta.

—¿Has estado buscando a esa persona?

La muchacha sonrió con timidez y asintió con la cabeza.

—Un tiempo, sin éxito.

¿Alivio o decepción?

—No tenía ni idea de que él estaba viviendo bajo mis pies —continuó, acercándose más.

Le puso la otra mano en el pecho y se inclinó hacia él.

Anok se dio cuenta de que quería que ocurriera esto…, pero aun así la apartó con delicadeza.

—Sheriti, esto no está bien.

Ella concedió aquellos centímetros de distancia, pero no se retiró. Su presencia, el calor de su cuerpo junto al de él resultaban intoxicantes para Anok.

—Ultimamente he estado pensando mucho en ti, Anok. Hasta ahora te había tratado como a un hermano, pero eso no era más que un juego de niños.

No eres mi hermano. No eres de mi sangre. Y nosotros —se detuvo un rato en aquella última palabra dejándola flotar en el aireya no somos niños.

Se inclinó de nuevo hacia él.

Aunque el cuerpo le ardía bajo el roce del de la muchacha, intentó permanecer distante e indiferente. Sin éxito.

—Sheriti, esto es… No me merezco esto.

Ella lo miró, su rostro junto al de él, la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado.

—Anok, nunca he conocido a nadie que lo mereciera más.

Lo besó con fuerza y él respondió de la misma forma, su lengua se introdujo entre los dispuestos labios de la joven mientras sus brazos la apretaban contra él.

Sin embargo, una parte de él le decía que debía detenerse. Se apartó de sus labios. El sabor de la muchacha aún le hormigueaba en la boca.

—Esto no cambiará mis planes.

Sheriti negó con la cabeza.

—Sí, si puedo cambiarlos; pero si nos separamos, entonces es aún más importante que te entregue este regalo.

«No me lo merezco», pensaba. Pero era demasiado débil para decirlo, estaba demasiado abrumado para hacer lo que debía. La tendió en el diván junto a él, con los brazos y piernas entrelazados. La mano de Anok subió por la parte posterior del muslo de la muchacha, por debajo del vestido, para no encontrar sino suave carne. Sheriti ahogó un grito, que se convirtió en un gorjeo de placer.

Ella comenzó a explorarlo; los suaves labios revoloteaban de lugar en lugar como ansiosas mariposas, dejando placer allí donde se posaban. Anok gimió.

—¿Dónde has…?

Sheriti alzó la mirada y se rió.

—Soy la hija de la mejor puta de toda Estigia, Anok. Me crié en un burdel. Me han contado, he visto y he oído cosas que ni te imaginas. —Volvió a reír con suavidad mientras reemprendía sus atenciones—. Puede que no tenga experiencia, ¡pero no soy ignorante!

Fue una tarde muy larga, que dio paso a una noche aún más larga.

14

Al despertar, Anok vio un rayo de luz solar que entraba a través de la alta ventana de su compartimento. Sheriti dormía acurrucada bajo su brazo, apretada contra su costado, con una pierna sobre la de él y la mano izquierda descansando sobre el corazón de Anok. La joven roncaba suavemente, casi de manera imperceptible, como el ronroneo de un gato, y su compañero tuvo cuidado de no despertarla. Vio cómo los labios de la muchacha se curvaban en una sonrisa de satisfacción y el corazón se le henchió al verla.

Se sentía igual de agotado que cuando había despertado de su prueba en el desierto, salvo que esta vez de una manera agradable. A pesar de ello, incluso este placer se veía empañado por pensamientos amargos de lo que debía hacer a continuación. «¿Por qué dejé que ocurriera esto? Sólo hace que todo sea más difícil. Dulce Sheriti, te mereces algo mejor que esto. Te mereces algo mejor que yo», dijo para sí.

Sin embargo, algunas cosas, una vez hechas, no se podían deshacer, y era más cierto en este caso que en la mayoría. Sin duda, había recibido un hermoso regalo, el mejor que cualquier hombre podría haber recibido. Pero no podía quedárselo, al menos, no más de una noche.

Alguien tocó a la puerta y los ojos de Sheriti se abrieron de repente.

¡Teferi!

Anok miró a la muchacha a los ojos y ella le devolvió la mirada. Ambos compartían la misma pregunta tácita. La situación resultaba incómoda, por decir algo.

Anok salió de la cama y encontró un kilt que ponerse.

—Voy a abrirle —susurró—. Vístete.

Fue hacia la puerta, hizo una pausa e intentó poner cara de sueño a pesar de los fuertes latidos de su corazón y de la adrenalina que le bombeaba por las venas.

Abrió la puerta.

—Teferi, pasa.

Se apartó para dejarlo atravesar la entrada y, al hacerlo, bajó la mirada y se dio cuenta de que el vestido de Sheriti descansaba en una sedosa pila en el suelo bajo el diván.

Al parecer, Teferi no se fijó en la prenda mientras se dejaba caer en el diván.

—Sigue sin saberse nada de Dejal.

Anok simplemente se quedó allí de pie, intentando decidir cómo rescatar la ropa de Sheriti de debajo de los pies de Teferi y llevársela a la joven. Entonces oyó crujir la cortina de su compartimento. Anok se dio la vuelta a la vez que Teferi levantaba la vista hacia el sonido.

—Sheriti —exclamó el kushita—. No sabía que estuvieras aquí…

En ese momento, se fijó en cómo iba vestida.

Llevaba uno de los kilts de Anok, apretado con fuerza alrededor de la estrecha cintura, y uno de sus tocados atado sobre los pechos, como si fuera una blusa sin espalda.

Teferi parpadeó sorprendido, la miró, luego a Anok, y de nuevo a ella. Se pasó la lengua por los labios, vacilante.

—Bueno —comentó al fin.

Anok no dijo nada.

Sheriti miró a su compañero de cama.

—Nuestro hermano no es tonto, Anok.

—No —respondió el aludido—, no lo es.

El kushita logró esbozar una sonrisa nerviosa.

—Bueno, las cosas no hacen más que cambiar por aquí.

Sheriti se situó junto a Anok y entrelazó el brazo con el de él.

—Espero que no estés ofendido, Teferi.

Este alzó la mirada incómodo.

—No, lo que vosotros dos hagáis no es asunto mío. —Apartó los ojos un momento; luego volvió a mirar directamente a Anok—, ¿Esto cambia…?

El otro hombre negó con la cabeza.

—Seguiremos adelante según el plan. —Notó que Sheriti lo observaba. Parecía decepcionada, pero no dijo nada, y Anok decidió que era mejor que lo supiera ahora, antes de crearle falsas esperanzas—. Regresa hoy y busca la señal de Dejal. Si eso falla, tendré que pensar en ir a buscarlo yo mismo.

Sheriti pasó en silencio a su lado y, mientras se alejaba, Anok se dio cuenta de que ya la echaba de menos. La joven se agachó tranquilamente, tiró del vestido caído que se encontraba debajo de los pies de Teferi, lo arrugó hasta formar un amasijo irreconocible y lo lanzó hacia el dormitorio de Anok.

Teferi estaba observando, pero no dijo nada.

—En ese caso, debería irme —comentó, poniéndose en pie—. Regresaré a última hora de la tarde, en cualquiera de los dos casos. —Su mirada se movió entre los dos amantes—. Os dejo solos.

—Por favor, Teferi, no tienes que irte corriendo —repuso Sheriti.

El kushita se encogió de hombros.

—De todas formas, no había planeado quedarme mucho rato. Anok es aquí el prisionero, no yo, y tengo asuntos propios de los que ocuparme. —Salió por la puerta—. Os veré más tarde.

La puerta se cerró y se quedaron solos de nuevo.

Anok miró a Sheriti. Verla llevando su ropa vieja resultaba de alguna manera tan erótico como la más exótica de las sedas. Intentó ignorar los sentimientos que comenzaban a agitarse.

—Lo siento, Sheriti. Ya te dije que esto no cambiaría nada.

La joven dejó caer la cabeza.

—Lo cambia todo, Anok.

El hizo un gesto de asentimiento.

—Es cierto, por mucho que queramos negarlo. —Se acercó y la tomó por los hombros—, Sheriti…, hermosa Sheriti. Me has honrado más de lo que puedo expresar. Pero debes encontrar a otro, a alguien digno de tu corazón. El mío fue envenenado hace mucho tiempo, por la pérdida y el odio que no logro olvidar, no importa cuánto lo intente. Debes entenderlo.

—Entiendo que te sientes burlado por la pérdida de tu padre. Pero al menos tú lo conociste, Anok. Recuerdas… su voz, sus enseñanzas, su amor. No sabes lo afortunado que eres al tener eso. —Negó con la cabeza, con tristeza—. Yo nunca conoceré a mi padre. Sólo era un *mshai*…, un viajero, lo que las putas llaman a los clientes cuando nadie de fuera las escucha. Estuvo aquí y luego se fue para siempre. No sé si madre sabe siquiera cómo se llamaba. —Se llevó la mano a los labios como para contener la emoción—, Tienes mucho más de lo que yo tendré nunca, Anok. ¿Por qué no puede ser suficiente?

El joven la miró, cada paso de distancia entre ellos parecía una legua, haciendo que Anok sufriera a causa de la soledad.

—A veces, tener algo una vez y nunca volver a tenerlo es aún peor que no haberlo tenido nunca. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes, pero no es así.

—Creo… —Sheriti pareció ahogarse con las palabras—. Creo que oigo a mi madre llamándome. Tengo que irme.

Se acercó corriendo a la escalera y subió los peldaños. Anok oyó cómo la trampilla se abría con un chirrido y se cerraba con fuerza.

«Ya he perdido más de lo que la mayoría de los hombres soñaría con tener. ¿Qué más debo perder?»

Anok estaba sentado ante la mesa, enfurruñado, y el sol había descendido lo bastante como para proyectar horizontales rayos de luz por la habitación cuando Teferi regresó de nuevo.

Poco antes había sacado algo de comida, pero ésta reposaba en el centro de la mesa, intacta. En lo único en lo que podía pensar era en Sheriti y el caos en el que su vida, que en un tiempo fue sencilla (y que ahora mirando hacia atrás veía que también sorprendentemente feliz), se había convertido.

Buscó a alguien a quien culpar de su dolor y su pérdida. Alguien a quien pudiese aplastar. Alguien a quien pudiese… matar. Pero no importaba cuántas veces revisase los hechos, no había una respuesta sencilla.

¿Wosret? El jefe de la banda no era diferente a media docena de otros en la

ciudad o a los mil más que habían controlado los barrios bajos desde la antigüedad. De hecho, era mejor que la mayoría, razón por la que Anok había trabajado a menudo para él. Wosret era la fiebre, no la enfermedad.

¿Los hombres que habían matado a su padre? Sin duda, ellos se merecían su ira, si pudiera encontrarlos, si es que seguían vivos. Pero ellos sólo eran las puntas de los dedos de un mal mucho mayor.

Siempre regresaba al Culto de Set. Este culto, al igual que otros a los que había vencido o incorporado a sí mismo, suponía la raíz de todo lo malvado y erróneo de Estigia. Desde la pobreza, el crimen y la opresión de los barrios bajos, hasta el río de sangre de sacrificios que fluía cada Festividad, pasando por la purulenta podredumbre de hechicería que plagaba no sólo Estigia sino también los vecinos reinos del sur.

Estaba convencido de que sin el culto Estigia sería un reino verde y pacífico, como las leyendas aseguraban que había sido cuando el mundo era joven. Quizá podría haber sido la sede de un gran imperio que unificara el mundo conocido. En lugar de ello, se había convertido únicamente en un cadáver de su antiguo ser, pulido por la acción de la arena y decolorado por el sol, transformándose lentamente en polvo mientras los gusanos de su interior se peleaban por cada pedacito restante de carne. Incluso su otrora gran imperio de maldad se había derrumbado, ya no era nada salvo un lejano recuerdo.

Era inútil. ¿Cómo podría un solo hombre derribar un mal tan antiguo y poderoso? No podía. Tal vez lograse matar a los hombres responsables del asesinato de su padre. Tal vez lograse infligir al culto cierto daño temporal. Pero, al final, parecía inútil. Incluso si Parath era real (y no un sueño producido por la fiebre), ¿cómo podrían ayudarlo unos huesos secos en el desierto? Se encontraba solo en una corta senda, sin un final probable salvo la muerte.

Entonces, ¿por qué se puso en pie de un salto cuando Teferi llamó a la puerta? ¿Por qué estaba tan ansioso por saber algo de Dejal? ¿Por qué lo consumía la curiosidad por conocer el funcionamiento interno del culto, los secretos de sus templos y santuarios? ¿Deseaba una parte de él unirse al culto?

Abrió la puerta, olvidando incluso ocultarse de los transeúntes.

Teferi se sorprendió un poco ante su repentina aparición. Entonces pareció leer la pregunta que se reflejaba en el rostro de Anok.

—No —dijo mientras entraba—, no se sabe nada de Dejal.

Pasó junto a él y se sentó en uno de los bancos situados junto a la mesa. Vio la comida, cogió una sardina salada y le arrancó la cabeza de un mordisco. Pareció recapacitar tras morderla, masticó con rapidez y tragó. Lanzó el resto del pescado sobre la mesa.

—Entonces, voy a ir al templo —anunció Anok—, Esta noche.

Teferi levantó la vista sorprendido.

—No puedes hablar en serio. No se trata de la casa de un mercader en la que simplemente puedes escalar los muros y colarte dentro. Habrá guardias, trampas y quién sabe qué otros horrores en el interior. Si es que se puede hacer, requerirá preparativos y planes.

—No voy a buscar a Dejal todavía. Si el mapa del templo es correcto, los cuartos de los acólitos se encuentran en el fondo de las catacumbas, bajo el salón de Set, detrás del altar. Y no sé si el mapa es siquiera un poco correcto. Esto será una expedición de reconocimiento para ver si puedo introducirme en el templo interior y decidir si se puede confiar en el mapa. Me quedaré cerca del exterior y compararé el mapa con lo que vea. También puedo intentar encontrar, o crear, un medio más sencillo de entrar en el edificio para cuando vuelva después.

Teferi suspiró.

—Parece sensato. Iré contigo y vigilaré desde fuera.

Anok negó con la cabeza.

—No funcionará. Nadie sin sangre estigia puede estar en las calles de la ciudad interior tras la puesta del sol. Incluso mi herencia mezclada podría suscitar preguntas.

—Entonces iré contigo hasta el templo, luego me marcharé antes del atardecer y te esperaré fuera de las puertas de la ciudad interior, No permitiré que te enfrentes a esto completamente solo.

Anok hizo un gesto de asentimiento.

—Eres un buen amigo, Teferi.

El kushita dirigió la mirada más allá del otro hombre.

—Tal vez no lo bastante bueno. Debería ser más indulgente, más comprensivo. Tal vez.

—¿Esto es por Sheriti?

—¿Por qué más? ¿Cómo pudiste hacerlo, Anok?

—Si quieres saberlo, no fue idea mía.

—Pero no te resististe mucho, ¿verdad?

Anok apretó la mandíbula.

—Admito que no lo suficiente. Soy humano.

—Una débil excusa.

—Puede. Se mostró… persuasiva.

Teferi casi esbozó una sonrisa.

—Quizá espero demasiado de ti. —La sonrisa desapareció y el kushita negó con la cabeza como si quisiera alejar algún pensamiento perturbador—. No tengo claro lo que siento sobre este asunto, Anok. Parte de mí se alegra de que hayáis visto lo que yo he sabido desde hace tiempo que había entre ambos. Parte de mí siente celos, pues confieso que he amado a Sheriti de lejos desde que puedo recordar. Pero hace tiempo que sé que su corazón nunca será mío, y les he prometido a mis antepasados que encontraría una esposa kushita para

mantener vivo nuestro linaje. Pero sobre todo me enfurece que te hayas hecho dueño de su corazón, únicamente para traicionarlo. Comenzando esta noche.

—Nunca negué cuáles eran mis intenciones, Teferi. Le advertí que mi camino estaba fijado. Le he mentido sobre muchas cosas, pero nunca sobre esto.

—Eso no hace que deje de estar mal.

Anok hundió ligeramente los hombros y suspiró.

—Así es, viejo amigo. Y es una razón más por la que debo hacer esto rápido. Cuanto más tiempo me quede, más duro será para ella regresar a la nueva vida que se ha ganado. Tengo su corazón, es cierto, pero no lo merezco. Está hecha para alguien mejor que tú o que yo, y en el fondo de tu corazón, tú también lo sabes.

Teferi asintió con tristeza.

Anok se concentró en prepararse. Cogió el paquete con la ropa de nómada que Teferi le había traído antes como disfraz. La tela estaba elaborada con un tejido extraño, más ligero y menos basto que la lana que llevaba la mayoría de la gente del norte, pero picaba para alguien acostum brado incluso a las más burdas sedas estigias. Había unos pantalones, que también le resultaron extraños mientras se los ponía, ya que estaba acostumbrado a los kilts que vestían habitualmente las clases marginadas de Odji.

Antes de ponerse la holgada túnica y el ancho cinturón, buscó las nuevas vainas que había comprado en el merca do y las examinó. Las había elegido para moverse con sigilo y para eso las utilizaría exactamente, Introdujo las dos espadas y luego se ató las armas a la espalda desnuda. Se cruzó las correas de cuero sobre el pecho y las abrochó con ganchos de metal. Sólo entonces se puso la túnica.

Se pasó la mano sobre el hombro para palpar las ar mas. Las empuñaduras de las espadas sobresalían un poco, como si tuviera alas ocultas debajo de la ropa, pero aún quedaban un grueso tocado y una capa en el paquete con los que podría ocultar las protuberancias. No supera ría una inspección rigurosa en las puertas de la ciudad, pero para eso servían los sobornos.

Cuando terminó de ponerse la nueva ropa, preparó un bolso de cuero. Incluyó una muda de su ropa habitual con la que poder cambiarse en cuanto se encontrase en el inte rior de las murallas. También añadió otros objetos que podría necesitar: acero y pedernal, algunas velas, dos ro líos de cuerda y un garfio plegable que le había ganado a Rami en una partida de dados años atrás (después de ha berle descubierto el dado trucado al shemita). El último objeto era una bobina de madera envuelta en hilo de seda de primera calidad.

Al final, casi como un idea de último momento, encon tró un alfanje entre el montón de armas capturadas de los Cuervos y se lo ató alrededor de la cintura.

—En caso de que nos topemos con problemas con los Escorpiones Blancos

antes de llegar a las murallas. Además, parecerá sospechoso si no dejo ninguna arma antes de atravesar las puertas.

Teferi enarcó una ceja.

—Supongo que yo no puedo introducir una espada oculta en los muros de la ciudad, ¿verdad?

El otro hombre sonrió y negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado.

Su compañero frunció el entrecejo.

Anok le dio una palmadita en el hombro.

—Fuiste tú el que insistió en venir, viejo amigo.

Durante el día, las diferentes puertas que conducían a la ciudad interior siempre eran un hervidero de actividad y comercio. Más allá de cada puerta había un pequeño mercado con puestos y vendedores ambulantes que ofrecían alimentos, ropa y otros artículos corrientes. Aunque los precios resultaban mucho más altos que en el Gran Mercado (en parte debido a los considerables sobornos que exigían los custodios de Set para poder trabajar allí), la calidad de los productos también era mejor, y los precios seguían siendo más baratos que en las pocas tiendas que funcionaban en el interior de las murallas.

También había otros negocios más especializados, entre los que se incluían los cuidadores de armas. Unicamente a los nobles de la clase alta se les permitía llevar armas en el interior de la ciudad y, puesto que se requería un flujo constante de sirvientes y obreros para dar servicio a esas clases altas, los cuidadores de armas eran necesarios. Por una pequeña suma, guardaban cuidadosamente las armas fuera de las puertas y luego se las devolvían a sus dueños cuando éstos salían de la ciudad. Forzosamente, los cuidadores de armas se encontraban entre los mercaderes más leales y dignos de confianza de toda Estigia. Los que no lo eran, normalmente terminaban sus carreras con un arma atravesándoles la garganta.

Puesto que los custodios de Set que vigilaban las puertas podían ver fácilmente a los cuidadores de armas, Anok había decidido traer una espada de más y entregarla mientras los guardias observaban. Teferi también dejó una espada, un cuchillo y un arco, aunque se quejó ante su compañero durante todo el proceso. Para aplacarlo, Anok lanzó algunas monedas más sobre el mostrador para que afilasen y lustrasen las armas de Teferi antes de que ellos regresasen.

Había varias puertas en forma de arco en aquel portal de la ciudad: una grande para los comerciantes, donde una fila constante de carros que transportaban mercancías esperaban que los inspeccionasen; otra puerta de menor tamaño donde se dejaba pasar rápidamente a caballos, cuadrigas, carretas y palanquines que transportaban a embajadores y a miembros de la clase alta, y una pequeña puerta para peatones donde sirvientes, obreros y otros integrantes de la clase baja esperaban permiso para entrar.

En ese momento, la fila era corta, ya que el día se estaba acabando, y la mayor parte del tráfico se desplazaba hacia el exterior de los muros más que hacia el interior. Anok dejó que Teferi fuera primero, y planeó permitir que fuera él (y las monedas de oro que Anok ya llevaba ocultas en la palma de la mano) quien hablase. La mayor parte de las personas que había a su alrededor no eran estigios y tenían la cuidada apariencia de sirvientes domésticos. Probablemente, muchos fuesen sirvientes nocturnos en alguna casa rica y pasarían la noche bien resguardados en el interior de las viviendas de sus señores. También había algunas prostitutas, vestidas con túnicas de seda de vivos colores entretejidas con hilos metálicos y tocados engalanados con plumas de colores. Ellas también pasarían la noche en la ciudad interior, aunque bajo circunstancias un tanto diferentes.

Teferi y Anok destacaban en medio de este grupo. Mientras que los guardias dejaron pasar rápidamente a la mayor parte de los otros (aunque se tomaron bastante tiempo para registrar detenidamente a cada prostituta en busca de armas ocultas), miraron a Teferi y a Anok con obvio recelo.

Los custodios de Set eran quienes hacían respetar los mandatos del Templo de Set, que por su parte era el que de hecho gobernaba Estigia. Actuaban como guardias encargados de hacer cumplir las leyes, recaudadores de impuestos y capitanes de los ejércitos de esclavos.

Fácilmente identificables por sus túnicas o bandas escarlata y por las ornamentadas insignias de plata, la mayoría llevaba armadura de cuero y numerosas armas. Todos provenían de las clases bajas de Estigia y, al igual que Anok, la mayoría poseía sangre estigia mezclada. En algunos, esa sangre era muy escasa.

A pesar de ello, eran muy temidos en Odji, en parte debido a que raras veces se aventuraban hasta allí, salvo para cobrar impuestos o dar caza a alguien que hubiese cometido un crimen en la ciudad interior. Según la experiencia de Anok, sus superiores y, sobre todo, las clases altas los oprimían y los trataban mal.

Los custodios eran crueles y solían desquitarse de este abuso con cualquiera de rango inferior que se cruzase en su camino, Pero aunque se trataba de la clase de personas a las que uno no quiere hacer enfadar, siempre estaban deseando trabajar y someterse al peligro lo mínimo posible.

Se los podía sobornar fácilmente.

El capitán al mando (un hombre alto con una barba negra, brazos musculosos y una tripa sobresaliente), miró a Teferi con recelo. Estaba apoyado en un grueso bastón, claramente pensado para actuar también de garrote.

—¡Tú, kushita! ¿Qué te trae a la ciudad interior?

El aludido adoptó su mejor sonrisa de vendedor.

—Mi amigo y yo somos artesanos, hemos venido a reparar unas tejas rotas.

El guardia pinchó el bolso de Anok con el palo.

—No lleváis muchas herramientas para ese trabajo.

—La mayor parte de las herramientas que necesitamos ya están allí —repuso Teferi—, Otros idiotas empezaron el trabajo, pero se emborracharon y no regresaron después del almuerzo. Nos mandaron llamar para terminar el trabajo y, como parte del pago —exhibió una sonrisapodemos quedarnos con sus herramientas. Me han dicho que si regresan a quejarse terminarán en un altar para sacrificios. ¡Eso les enseñará a decepcionar al Sumo Sacerdote de Set!

El guardia casi esbozó una sonrisa.

Registró cuidadosamente a Teferi, pero el hombretón no llevaba suficiente ropa como para ocultar ninguna arma importante. Le indicó con un gesto que pasara, pero alzó una mano para detener a Anok. Mientras alargaba la mano para revisarlo, Anok apretó las monedas contra la mano del hombre.

—Tenemos prisa.

El custodio miró las monedas que le brillaban en la palma con cuidado de no enseñárselas a los otros guardias.

—Reparar tejas está bien pagado, ¿no?

—Para aquellos que tienen habilidad —respondió Anok.

El capitán se contempló el puño cerrado unos segundos mientras la otra mano se apretaba de manera refleja alrededor del pesado palo que llevaba, como si comparase el peso de cada uno.

Al final, miró a Anok.

—Si tienes la misma prisa por salir de la ciudad, búscame, y volveremos a hablar de lo bien que pagan a los reparadores de tejas «con habilidad». —Le franqueó el paso agitando la mano—. ¡Vete!

La pareja no perdió tiempo en poner distancia entre ellos y la puerta, y, al hacerlo, la multitud disminuyó con rapidez.

Anok había venido muy pocas veces a la ciudad interior y el lugar seguía resultándole una maravilla. Las calles eran amplias y estaban adoquinadas con piedra cortada. Aunque los edificios eran oscuros, había abundante luz y la torre del Gran Templo de Set se veía con facilidad alzándose ante ellos, la estatua del dios mitad humano mitad serpiente los contemplaba de manera inquietante.

Aquí, todo era diferente a como era en Odji. Las calles estaban limpias, cloacas subterráneas estaban conectadas a todos los edificios, de alguna manera se deshacían de la basura sin que se la viera y había sirvientes en las esquinas de las calles para limpiar el estiércol con la misma velocidad con la que los caballos lo dejaban caer. Más que de sudor, inmundicia y descomposición, el aire estaba lleno de perfume e incienso exótico.

Todo era serenidad y tranquilidad. No había mendigos, ni vendedores ambulantes anunciando su mercancía, niburdeles con prostitutas mostrando

sus cuerpos desnudos a los transeúntes, ni peleas o discusiones. La gente que había por las calles iba en su mayor parte limpia y bien vestida, y pasaban con educación unos junto a otros en lugar de apretarse y empujarse.

Sin embargo, bajo todo ello había algo más, algo que hacía que a Anok se le erizase la piel. De vez en cuando veía a un sirviente con marcas o magulladuras a causa de una paliza reciente, y todos llevaban expresiones de miedo contenido. Una sutil tensión que sugería castigo, o algo peor, nunca se alejaba demasiado de aquellos que no tenían pura sangre estigia.

Las señales de Set estaban por todas partes: custodios con bandas rojas; acólitos y sacerdotes vestidos con túnicas caminando por las calles; estatuas; relieves de piedra tallados en las fachadas de los edificios; formas de serpientes en los accesorios, rejas y pomos de las puertas de las cuadrigas y, naturalmente, la siempre imponente presencia del propio templo.

Y bajo todo el perfume y el incienso, a Anok le parecía que aún perduraba un sutil, aunque constante, hedor a muerte.

Teferi observó con el rabillo del ojo a un grupo de acólitos que pasó junto a ellos. Mientras se alejaban, susurró:

—Puede que nos encontremos con Dejal por la calle y puedas olvidarte de esta estupidez.

Anok se encogió de hombros.

—Tal vez, pero no estoy seguro de que los acólitos novicios puedan salir del templo. Esa es la razón más probable por la que no hemos tenido noticias de Dejal. —Miró a su alrededor—. Necesito un lugar en el que cambiarme de ropa. Entremos en ese callejón.

Se introdujeron en un angosto callejón entre dos tien das extrañamente oscuras: una vendía comida y la otra mostraba en el escaparate ropa que parecía adecuada para un emperador. Al igual que en las calles, no había basura ni mugre, aunque un ligero olor que provenía de un gran cubo de madera situado detrás de la tienda de alimentos proporcionaba una pista del misterio de la basura. El cubo ofrecía una buena protección y Anok se situó detrás mientras Teferi vigilaba. Se puso su mejor kilt y una túnica amplia y una capa que ayudarían a ocultar las espadas que llevaba atadas a la espalda por debajo de la ropa. An tes de ponerse la túnica, sacó el cuchillo e hizo dos cortes en la seda por debajo de los hombros. Eso le permitiría, con cierta dificultad, desenvainar las espadas si fuera ne cesario.

Metió la otra ropa en el bolso y se reunió con Teferi.

—Bueno —dijo—, esto me hará destacar algo menos. Los Escorpiones Blancos no se atreverían a dejarse ver en la ciudad interior.

Continuaron avanzando hacia el Templo de Set.

—Anok —comentó Teferi—, ¿en toda tu vida has oído hablar de algún ladrón que haya logrado colarse en el templo?

El otro hombre pensó en ello.

—No, creo que no.

—Y, sin embargo, todo el mundo dice que el templo está lleno de tesoros. Se dice que incluso en las áreas públicas hay estatuas de plata y oro incrustadas de joyas. Todos saben que allí es adonde llevan los impuestos y tributos recogidos en todo Khemi, y que hay antiguos y poderosos objetos ocultos en sus cámaras. Incluso teniendo en cuenta lo protegido que está, incluso a pesar de encontrarse dentro de los muros de la ciudad interior, sería un objetivo prácticamente irresistible para ladrones y aventureros.

—¿Y qué? Si yo hubiese robado en el Templo de Set, me marcharía de Estigia lo más rápido que pudiese. No andaría jactándome de ello en Odji.

Teferi asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero ¿has oído alguna vez de alguien que haya intentado entrar en el templo y fracasase? ¿De uno siquiera?

—No —admitió Anok—, de nadie.

—Sin embargo, alguien debe de haberlo intentado; probablemente muchos. Eso sólo puede significar que entraron en el templo y nunca salieron. —Se detuvo en medio de la calle—, ¡Renuncia a esta estupidez, Anok! Dejal no puede ser un nuevo acólito para siempre. Con el tiempo, saldrá del templo y entonces podremos ponernos en contacto con él. ¡Tienes que esperar!

—¿Esperar hasta que Wosret y sus hombres me den caza y me maten mientras duermo? No, me parece que no. Si esto es una insensatez, la alternativa es un suicidio. No, voy a entrar. Si no logro nada más, por lo menos le demostraré a Dejal sin ninguna duda que soy sincero. —Siguió caminando.

Teferi suspiró y lo alcanzó.

—Me aseguraré de que tengas un magnífico funeral —comentó.

Al llegar al gran templo encontraron dos serpientes: la enorme estatua de bronce de una serpiente que se enroscaba ante la entrada y otra, más pequeña, aunque no menos aterradora. Una de las grandes serpientes constrictoras conocidas como las «hijas de Set» estaba tendida tomando el sol sobre las losas. Las escamas negras brillaban con irisados reflejos de color y su lengua, del color de la sangre y del largo del antebrazo de un hombre, surgía de vez en cuando para probar el aire. Un bulto en el centro de la criatura, del tamaño de una cabra (o de un niño), sugería que había comido hacía poco y que, por lo tanto, no suponía mucho peligro a menos que la provocasen.

Incluso así, la reacción de los transeúntes era muy diferente de cómo habría sido en Odji. Allí, la gente se habría mantenido lejos de la serpiente, evitándola y alejándose lo más rápido posible. Aquí, la serpiente atraía a una multitud, todos ellos adoradores de Set, todos con al menos algo de sangre estigia, algunos plebeyos, otros nobles.

Se congregaban bastante cerca de la serpiente, a menudo a menos de un brazo de distancia. Algunos fingían tenderse en las piedras ante la criatura, ofreciéndose, sabiendo que había pocas posibilidades de que la lánguida y

saciada serpiente se interesase; incluso dejaban que la lengua en constante movimiento probase su piel. Otros se arrodillaban y le suplicaban favores a Set, a veces para lograr salud, amor y seguridad, pero más a menudo poder, riqueza o sufrimiento para un enemigo, peticiones ante las que, según se decía, Set se mostraba más favorable.

La atención de Anok se sintió atraída de manera especial hacia tres figuras que observaban lo que sucedía desde una discreta distancia: un acólito de alto rango y un par de custodios de Set, cada uno armado con una espada corta y una elaborada lanza ceremonial. Hacerle daño a una de las grandes hijas de Set era un crimen castigado con la muerte, y lo más probable era que la sentencia se cumpliese inmediatamente, sin juicio ni dilación.

Lo cierto era que la multitud resultaba útil para las necesidades de Anok. Quería explorar los alrededores del templo con discreción y tener todos los ojos pendientes de la gran serpiente resultaba bastante conveniente.

El templo era un edificio enorme e imponente, separado del resto de la ciudad interior por amplias plazas y patios cubiertos de plantas bajas, estatuas y fuentes. Atravesarlos sin que lo vieran sería el primer reto. Sin embargo, esa noche la luna saldría tarde, lo que le proporcionaría a Anok abundante oscuridad para entrar en el templo.

El siguiente obstáculo serían los propios muros del edificio. Había pocas puertas, y las ventanas con cristal de mica y los conductos de ventilación estaban situados lo bastante alto en la piedra lisa como para resultar difíciles de alcanzar, incluso con una cuerda y un garfio.

En la entrada principal no hacía falta ni pensar. De noche estaría cerrada con llave y fuertemente vigilada y, sorprendentemente, había pocas puertas más. El mapa de Dejal sugería que los niveles inferiores del edificio conectaban con un laberinto de túneles, muchos de los cuales se extendían bajo el patio y, probablemente, conectaban con entradas ocultas en otros edificios cercanos, pero no proporcionaba detalles aparte del área del propio edificio. Aunque, si fuera necesario, esos túneles podrían resultar útiles para la huida, Anok dudaba que pudiera utilizar alguno de ellos para entrar.

Necesitaba un modo de subir por el lateral del edificio.

Casi habían llegado a la parte posterior cuando lo encontró.

—¡Allí, mira!

Le señaló a Teferi un hueco vertical en la pared, El centro del templo era una construcción antigua, y era poco probable que hubiese sido levantado originariamente como un templo a Set. Incluso era posible que no hubiese sido ni siquiera un templo. En algún momento, o momentos, mucho después de su construcción, había sido modificado, se habían sellado puertas y ventanas, se había alzado una nueva fachada sobre los muros originales y se habían añadido torres y alas. En este punto, a juzgar por los tipos de piedra ligeramente diferentes a ambos lados del hueco, se había añadido una extensión al edificio.

Tras echar primero un vistazo alrededor para comprobar si los observaban, Anok introdujo la mano en la abertura y la cerró formando un puño, encajándola bien en el estrecho espacio. Se inclinó hacia atrás y sostuvo su peso con la mano atascada.

—Perfecto.

Años atrás, Rami les había mostrado una técnica para escalar acantilados y pendientes sin herramientas especiales, simplemente introduciendo las manos y los pies en las aberturas de la roca. Rápidamente descubrieron que funcionaba igual de bien para subir por edificios y murallas, una técnica a la que habían sacado provecho a menudo.

A Teferi nunca se le había dado bien. No le gustaban las alturas y su gran constitución resultaba menos adecuada para la tarea. Pero Anok dominaba la técnica razonablemente bien, aunque Sheriti era la más hábil de todos ellos.

Teferi miró con escepticismo hacia lo alto de la pared.

—¿Crees que puedes subir tan alto?

—¿Ves esas rejillas de metal? Según el mapa de Dejal, cubren los conductos de ventilación. Si consigo acercarme lo suficiente, podré enganchar un garfio en esa manipostería decorativa que hay encima y colgar de allí el tiempo suficiente para aflojar la rejilla.

—No contarás con ningún tipo de protección.

—Estará oscuro y, si pasa un guardia, con suerte no buscará nada tan alto por encima de su cabeza.

Teferi frunció el entrecejo.

—Muy bien, entonces. Ya tienes la forma de entrar.

—Pareces decepcionado, viejo amigo. ¿Esperabas que decidiera que era imposible?

El aludido hizo una mueca.

—Era una esperanza bastante agradable, pero mi gente tiene un dicho: «puede que la esperanza crezca en Estigia, pero nunca da frutos».

Anok señaló con un gesto una zona alejada del edificio.

—Vayamos a un lugar donde llamemos menos la atención. Necesito esperar a que oscurezca y tú deberías regresar pronto a la puerta.

Teferi asintió con la cabeza.

—Te esperaré fuera de la puerta.

—La noche es larga y no lograré salir hasta mañana sin levantar sospechas. Si aparezco antes, será con custodios persiguiéndome. Vete a casa, o al Nido, si lo prefieres. Esta será mi desventura y mi perdición si fracaso.

—Al Nido entonces, pero estaré de regreso en la puerta al amanecer.

—No…

—Al amanecer —insistió.

Tras asegurarse de que Teferi regresaba a la puerta, Anok recorrió despacio la ciudad interior para matar el tiempo.

Eligió el paso con especial cuidado: ni lo bastante rápido para que pareciese que tenía prisa, ni lo bastante despacio para que pareciese que estaba perdiendo el tiempo. Mantuvo la vista al frente, sin establecer contacto visual con la gente con la que se encontraba y sin mirar alrededor, como un visitante embobado. Su objetivo era aparentar tener un motivo justificado para pasar por dondequiera que iba, pero nada tan urgente ni apremiante como para llamar la atención.

Esto lo dejaba con poco que hacer salvo pensar, y últimamente eso era algo de lo que podía prescindir.

Confiaba en sus propias habilidades, aunque se estaba exponiendo a un gran riesgo. Tal vez no sobreviviera, y tenía que admitir que, en cierta forma, eso podría ser lo mejor. No sólo liberaría a Sheriti, sino también a Teferi, de cualquier obligación hacia él, Podrían seguir adelante con sus vidas sin que él representase una carga.

Anok no tenía miedo de morir (o eso se decía a sí mismo), pero tampoco deseaba que ocurriese, sobre todo en la forma en la que probablemente se produciría en el templo. Si lo capturaban, lo sacrificarían sin duda en el altar de Set y, al ser un intruso en el lugar más sagrado de todos, el sacrificio indudablemente consistiría en una lenta tortura.

Por otro lado, si iba a entrar en una de las áreas más vigiladas del templo, simplemente podría situarse a plena vista, lanzar un desafío y estar bastante seguro de morir en combate, probablemente con la satisfacción de llevarse a muchos de los discípulos de Set con él. Una muerte rápida y gloriosa. Resultaba casi tentador.

Sin embargo, eso tampoco serviría. Cualquier opción que le pusiera fin a su miserable existencia y liberase a sus amigos, también dejaría al espíritu de su padre inquieto y sin vengar. Moriría sin llegar a conocer nunca las respuestas a las preguntas que lo torturaban. ¿Y qué pasaba con su hermana, cuya misma existencia era ahora una pregunta?

No. Tenía que hacer que este plan funcionase a cualquier precio, no importaba lo duro que resultase.

Pero ¿podría hacerlo? ¿Podría llevar a cabo los osar ros actos que sin duda le exigirían que cometiese al servicio de Set? Si unas pocas mentiras lo torturaban, ¿podría vivir toda su existencia como si fuera un gran engaño?

—Que el destino y la destreza lo decidan —se dijo a sí mismo—. Si sobrevivo para unirme al templo; entonces, haré lo que sea necesario.

Se dio cuenta de que ya no se veía el sol y de que el cielo se había vuelto rojo como la sangre. Ahora había pocos transeúntes, la mayoría con prisa por llegar a sus casas o a las puertas para salir de la ciudad interior. Regresó al área de tiendas cerca del templo. Se deslizó en un callejón detrás de una panadería cerrada.

Allí encontró una entrada sin utilizar empotrada en la pared, detrás de uno

de los cubos de madera para la basura. Consiguió apartar el cubo de la pared lo suficiente para meterse detrás y se sentó en el estrecho espacio que quedaba oculto. Al hacerlo, oyó a los ratones que se alejaban corriendo, pero no les prestó atención.

Se puso lo más cómodo que pudo, bajó la cabeza y esperó a que anocheciese por completo.

Sorprendentemente, se quedó dormido un rato, y, cuando despertó, todo estaba tan oscuro como la tinta. Era el momento.

Había memorizado la ruta para regresar al templo. Años de práctica orientándose en Odji en medio de la oscuridad o de la niebla, sin lámparas ni antorchas, habían hecho que dominase tal actividad aunque las calles le resultasen desconocidas.

Titubeó al borde de la plaza que rodeaba el templo. Enormes lámparas de aceite ardían en varios puntos a lo largo del muro, en las torres y alrededor de la entrada principal. Incluso tras los ojos de la gran estatua de Set había faroles encendidos, de modo que las esferas resplandecían con un sobrecogedor brillo rojo que contemplaba toda la ciudad.

Pero la plaza estaba a oscuras en su mayor parte, y Anok la cruzó utilizando para cubrirse las estatuas y fuentes que había de tanto en tanto, esperando oír en cualquier momento una señal de los custodios. Por fin alcanzó la pared, aunque la grieta no estaba allí. Orientarse de manera tan precisa era imposible en aquellas circunstancias. Tendría que pasar la mano por la pared hasta localizar la abertura.

Volvió la mirada hacia los chapiteles de la ciudad, visibles únicamente como siluetas oscuras contra las estrellas, y calculó que la grieta debería encontrarse a su izquierda. Se dirigió en esa dirección, manteniendo la mano contra la piedra. Avanzó tal vez veinte pasos antes de encontrarla.

Rápidamente preparó el equipo. Ató el garfio a un corto trozo de cuerda, que se enrolló sobre el hombro izquierdo. Se sacó la daga de debajo de la túnica y se la metió en el cinturón; luego se colgó el bolso del hombro derecho.

Era hora de trepar. Se estiró todo lo que pudo e introdujo la mano derecha en la abertura; a continuación, la cerró para encajarla allí. Puso la sandalia izquierda en la abertura, la giró para asegurarla en su puesto y se impulsó hacia arriba.

Sintió cómo el borde sin rematar de la piedra se le clavaba en la piel de la mano y de la parte superior del pie. Acabaría lleno de rasguños y sangrando mucho antes de llegar a la cima, pero la piedra oscura debería ocultar cualquier resto que quedase cuando saliese el sol. Con cuidado, metió la otra mano en la grieta, y luego el otro pie.

Paso a paso, dolorosamente, fue ascendiendo por la pared. Estaba tan oscuro que únicamente podía calcular la altura a la que se encontraba observando la línea del horizonte. Estaba relativamente seguro de que había

subido lo suficiente como para matarse si se caía. Bueno, era un consuelo. Todo acabaría rápido.

Siguió subiendo más y más. Entonces sus dedos hallaron la grieta horizontal en la piedra que su aguda vista había divisado aquella tarde y había anotado como punto de referencia. Debería encontrarse a suficiente altura como para poder utilizar el garfio. Cambió la forma en la que se sostenía para dejar libre el brazo izquierdo y desplegó la cuerda con cuidado. No podía ver la mampostería que sobresalía ni la rejilla. Tendría que apuntar de memoria.

Dejó que el garfio colgase de un trozo de cuerda de un brazo de largo, luego la balanceó en círculo, encogiéndose ante el ligero silbido que produjo al volar por el aire.

¡Ahora!

Se estremeció al oír cómo el garfio repiqueteaba contra la mampostería y el puño se le resbaló ligeramente en la grieta. El garfio no volvió a caer, pero Anok no podía estar seguro de si estaba bien sujeto. Intentó tirar de la cuerda; pero al hacerlo sintió cómo el puño se le deslizaba de nuevo, raspándole la piel de los nudillos. Entonces, el pie se le salió completamente de la grieta. El puño aguantó unos segundos, y luego también quedó libre.

Anok se agarró a la cuerda, que seguía floja en su otra mano, y se esforzó por sofocar el grito de alarma que intentaba escapar de su garganta.

La cuerda se tensó, escapándosele casi de los dedos. Se balanceó con la mano derecha que ahora tenía libre y agarró la cuerda también con ella. Chocó contra la pared y se quedó allí colgando, dando vueltas en medio de la oscuridad.

Resultaba difícil agarrarse; pero después de un minuto más o menos recobró el aliento y pudo deslizar los dedos de los pies en la lazada que había hecho antes en el extremo de la cuerda. Se impulsó hacia arriba, sosteniendo la mayor parte de su peso en el pie, hasta que logró meter el otro pie también en la lazada. Con cuidado, estiró la mano y encontró la grieta, enganchó los dedos en la abertura y la utilizó para detener los mareantes giros.

Eso está mejor.

Sin embargo, podía oír cómo el garfio chirriaba contra la mampostería en lo alto mientras él se movía. No tenía la más mínima idea de si el garfio estaba bien sujeto. No se sentiría ni remotamente tranquilo hasta que no se encontrase a salvo en el interior del conducto de ventilación.

Palpando a lo largo de la parte inferior de la rejilla encontró algo que podría ser un pestillo. Buscó la daga. Esperaba que las rejillas hubiesen sido diseñadas para abrirse para limpiarlas. Enterró la punta de la daga en la abertura y ejerció presión. La rejilla pareció moverse ligeramente hacia arriba en el marco, pero no se abrió. Enfadado, volvió a empujar, con más fuerza esta vez.

Estaba tan ocupado que no oyó los pasos que se aproximaban hasta que

estuvieron prácticamente en su vertical. Bajó la mirada y vio a dos custodios de Set, uno de ellos con una lámpara de aceite, que patrullaban a pie alrededor del exterior del edificio. Estaban hablando en voz baja, sin ser conscientes en absoluto de la presencia de Anok.

«Sólo tengo que quedarme aquí colgando tranquilamente hasta que…»

De repente, con un seco ruido chirriante, la rejilla comenzó a salirse del marco, no se abrió por la parte inferior como él había esperado, sino que ¡se cayó desde arriba! Anok intentó atrapar la rejilla o, al menos, disminuir su velocidad de forma que pudiera evitar que descendiera traqueteando sobre los guardias. Al hacerlo, el peso de la rejilla lo apartó de la pared.

Se produjo un suave chirrido, la cuerda se aflojó y Anok cayó con los dedos aún enganchados en la rejilla.

Unicamente se deslizó unos centímetros antes de que la rejilla se detuviera, sobresaliendo perpendicularmente del edificio, y se quedó allí, colgando de los dedos. Sintió el roce del garfio al caer junto a su cabeza mientras la cuerda se le deslizaba por la cara. De manera instintiva, agarró la cuerda con los dientes antes de que cayese sobre las losas de abajo.

—¿Qué ha sido eso? —se extrañó uno de los custodios.

—Sólo son murciélagos —respondió el otro guardia—. Y a te acostumbrarás. Hay colonias enteras viviendo en el interior de los conductos de ventilación. Eso es lo que comen las serpientes pequeñas —se rió—, la mayor parte del tiempo.

Anok colgaba como un peso muerto por encima de sus cabezas, intentando acallar los latidos de su corazón y el silbido del aire que entraba y salía de su nariz. Apretaba la cuerda con fuerza entre los dientes, pero no podía saber a qué distancia colgaba el garfio. Según sus cálculos, uno de los guardias podía estar a punto de chocar con él.

Sin embargo, los hombres siguieron adelante sin incidentes. Anok los observó, mientras los dedos se le iban entumeciendo lentamente, hasta que desaparecieron por la esquina del extremo del edificio.

En cuanto se hubieron marchado, ordenó a sus angustiados músculos que lo alzasen. Fue una tortura, pero al fin pudo pasar un codo y luego el otro sobre el borde de la rejilla.

Se había equivocado por completo acerca de éstas. Se abrían para limpiarlas, pero las bisagras estaban en la parte de abajo, no en la de arriba. Unicamente le cabía esperar que tanto las bisagras como la rejilla fueran lo suficientemente fuertes como para seguir soportando su peso mientras se subía encima.

Logró balancearse y enganchar el pie izquierdo en el marco, luego se alzó y quedó por completo encima de ella. Se quedó tendido de espaldas, se sacó la cuerda de los dientes y recogió el garfio con cuidado de no hacer más ruido. Volvió a meter la cuerda y el garfio en el bolso y, a continuación, se introdujo

con precaución en el conducto.

Como había pronosticado el guardia, Anok encontró el suelo del conducto cubierto con una resbaladiza capa de guano de murciélago, que a su vez estaba lleno de serperneantes insectos que se alimentaban del estiércol. Intentó ignorar las repugnantes sensaciones mientras aquella masa se le introducía por los bordes de las sandalias y entre los dedos. Cosas invisibles se arrastraban sobre sus pies. Por suerte, el conducto era lo bastante alto para poder moverse agachado, y no fue necesario que se arrastrara por aquella porquería.

Si fuera estaba oscuro, en el conducto era aún peor. Poco después de haberse adentrado en el túnel, no había diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. Avanzó cierta distancia mientras el camino se inclinaba hacia arriba, hasta que la pared, que había ido siguiendo con los dedos, desapareció bajo su mano izquierda. Como esperaba tras estudiar el mapa de Dejal, había llegado a una bifurcación en el túnel. Tomó el camino más angosto hacia la izquierda, que lo llevaría al frente del edificio.

Mientras pasaba el cruce, no pudo evitar darse cuenta de que la capa de guano y los insectos que iban con ella desaparecían para ser reemplazados por roca seca y polvorienta. La ruta hasta la colonia de murciélagos debía de quedar en el otro pasadizo. Se alegraba de ello. No sólo hacía que la marcha fuese más fácil y menos desagradable, sino que tropezar con la colonia y molestar a los murciélagos que no hubiesen salido a alimentarse causaría sin lugar a dudas un alboroto, lo que a su vez podría atraer a los guardias.

En ese momento se dio cuenta de que había… Puede que no fuera luz, pero sí una pálida ausencia de oscuridad total. Sin embargo, si existía una fuente de iluminación, no podía establecer dónde se encontraba. Dio un pequeñísimo paso hacia adelante y su pie sólo encontró espacio vacío.

Dio un traspié al frente, sin equilibrio, incapaz de detenerse. Cayó hacia lo desconocido y chocó contra el suelo de piedra del conducto, únicamente con la parte inferior de las piernas colgando en el vacío.

Logró terminar de cruzar el hueco, se puso a gatas y miró detenidamente la abertura. Allí, al fondo de un conducto, vio un débil rectángulo de luz y un destello dorado. Después de que sus ojos se adaptasen, se dio cuenta de que el conducto medía varias veces la longitud de su cuerpo y de que se abría en el techo de una habitación iluminada débilmente por la parpadeante luz de alguna antorcha o lámpara. Muy abajo, cerca del suelo de esa habitación, pudo ver el borde de algún objeto dorado. Era bastante probable, pensó, que estuviese contemplando la sala principal del templo y parte de la serpiente dorada que formaba el altar de Set.

Palpó el borde de la abertura. Había un saliente a cada lado lo suficientemente ancho como para haberla rodeado, la abertura también era lo suficientemente estrecha como para haberla salvado tendido boca abajo si hubiera sabido que se encontraba allí. Pero el mapa no la mostraba.

¿O sí? Recordó una serie de marcas en el mapa que no había reconocido, cada una era una casilla con una cruz encima. En aquel momento no había entendido lo que eran, Ahora estaba relativamente seguro de que indicaban un conducto vertical.

Masculló una palabrota en voz baja. El mapa no sólo podía matarlo si no era exacto, también podía matarlo si él no lograba entenderlo.

De mala gana, decidió que era el momento de encender una vela. Metió la mano en el bolso y sacó una vela elaborada con cera de abeja junto con una base de metal que se enganchó alrededor del pulgar para atrapar cualquier reveladora gota de cera. Luego encontró el pedernal, el acero y un poco de yesca. Utilizando únicamente el tacto, encendió la vela.

Vio dos cosas interesantes, una tras otra. La primera fue la serpiente.

Era un animal diminuto, del largo de su brazo pero fino como un látigo, más delgado que su meñique incluso en la parte más ancha. Su color era un blanco lechoso, casi transparente, y los ojos, que extrañamente parecían estudiarlo, eran rosados y sin vida. Mientras Anok la contemplaba, la serpiente se deslizó formando un amplio anillo sin apartar de él ni un momento los inquietantes y ciegos ojos.

Había oído al guardia decir algo acerca de que las serpientes se comían a los murciélagos. Cualquier murciélago que lograse cruzar la rejilla era sin duda muy pequeño, pero aun así parecía sorprendente que una serpiente tan delgada pudiera tragarse uno. Lentamente, acercó la mano hacia la criatura.

La serpiente esperó mientras la mano se aproximaba.

Entonces, más rápido de lo que la vista podía captar, atacó; su minúscula boca se cerró de manera dolorosa en la membrana junto a la base del pulgar. Mientras Anok apartaba (demasiado tarde) la mano, el cuerpo de la serpiente se sacudió con fuerza sorprendente. A continuación, la criatura se soltó llevándose un diminuto trozo de carne con ella.

Anok soltó una palabrota (demasiado alto, comprendió con retraso) y sacudió la mano herida. No le ardía ni le hormigueaba, lo que sugería que la serpiente no era venenosa, pero la pequeña herida sangraba de manera abundante. Se limpió la mano con la pechera de la túnica y lo lamentó de inmediato. Llamaría la atención más tarde, si alguien se fijaba en ello mientras intentaba salir de la ciudad interior.

Bajó la mirada hacia la herida, un semicírculo pequeño aunque limpio que le faltaba de la membrana del pulgar. Presionando el dedo contra la palma de la mano logró detener la hemorragia.

Anok nunca había oído hablar de una serpiente que devorase carne. La mayoría se tragaban a sus presas enteras. Algunas atacaban con los colmillos, pero únicamente para inyectar veneno, no para arrancar carne. Aunque, viendo su herida, supuso que nada de lo que sabía de las serpientes del exterior del templo de Set podría ser cierto allí.

Un movimiento llamó su atención y descubrió a la serpiente alejándose por el túnel a una velocidad sorprendente, la pálida cabeza seguía embadurnada con una roja franja de sangre. ¡Hasta nunca!

Al girar la cabeza y mover la vela para observar a la serpiente a la fuga fue cuando se dio cuenta de la otra cosa interesante. Estaba sentado junto a un esqueleto humano.

Se apartó de él de manera refleja, aunque rápidamente se dio cuenta de que era inofensivo, nada salvo un grupo de huesos viejos que conservaban el suficiente tendón seco para evitar desmoronarse por completo. Excepto unos trozos gruesos de cuero y algunos botones de metal, incluso la ropa había desaparecido. Aún llevaba una espada corta de poca calidad atada alrededor de la columna, y el contenido de un bolso se había desparramado a su lado: algunas ganzúas de metal y hueso, una sierra corta con dos mangos de marfil, algo de cuerda y un garfio parecido al de Anok.

También había otro objeto: un anillo de oro con forma de serpiente y ojos de rubí. Había visto a sacerdotes de Set llevar anillos parecidos, aunque éste había estado en la bolsa, no en el dedo del esqueleto.

Un ladrón, entonces.

Pero ¿qué lo había matado? El cadáver estaba tendido con una mejilla apoyada contra la pared, los huesos de un brazo seguían cubriendo la cara de forma protectora. La piedra de debajo estaba decolorada, probablemente debido a los fluidos de la descomposición, pero Anok no vio señales de sangre seca que condujeran a ese punto. Ningún guardia lo habría matado y lo habría dejado aquí, y no había ningún signo de que lo hubiesen herido en otra parte. No había heridas de espada en el propio esqueleto ni indicios de una trampa escondida que pudiera haber matado al ladrón.

Anok sentía un dolor punzante en el dedo herido y se volvió a frotar la mano contra la parte frontal de la túnica. La sangre ya había calado, haciendo que la seda se le pegase al esternón prácticamente en el mismo punto en el que tan a menudo colgaba el medallón de su padre. Sin embargo, le pareció sentir un extraño picor, como si fuera alérgico a su propia sangre.

Esa idea captó su atención. ¿Veneno? Pero únicamente le picaba el pecho. La mano, aparte de la sangre y del dolor completamente lógico, estaba bien. «Me estoy poniendo nervioso por nada. Sólo se trata de unos huesos viejos y de una serpiente pequeña, mientras que el peligro real está por todas partes.» Se rió sin hacer ruido y, como si quisiera convencerse a sí mismo de lo poco que le preocupaban los huesos, recogió el anillo de oro y lo metió en su bolso. Luego, pasó con cuidado por encima de los huesos y reanudó su camino.

Con la vela, la marcha resultaba mucho más rápida y, mientras avanzaba, su confianza en el mapa aumentó. Ahora contaba con un destino, una zona oculta que no era visible desde la entrada donde podría preparar un punto de acceso más sencillo para su próxima visita. Encontró conductos verticales en el

suelo varias veces, aunque, al poder verlos, los cruzó con facilidad. Simplemente tenía que tener cuidado de no dejar que nadie de abajo viese la llama de la vela.

Fue tras cruzar uno de los huecos cuando oyó el sonido.

Al principio pensó que lo había imaginado; pero se quedó quieto, aguzando el oído en medio del silencio. Ahí estaba de nuevo. Un sonido susurrante, como si alguien pasara los dedos sobre la hierba seca. La fuente del ruido no estaba clara. Parecía llegar de todas partes a su alrededor.

Entonces, desapareció. Anok permaneció inmóvil varios minutos, pero no oyó nada. Al cabo, comenzó a moverse otra vez.

Llegó a otro cruce de túneles y giró a la derecha. Al hacerlo, volvió a oír el sonido, esta vez más fuerte.

Algo se movió en el suelo frente a él.

Fue a coger la espada, pero se detuvo.

¡Sólo era una de esas malditas serpientes!

Estaba tendida en medio del suelo de piedra, su cuerpo formaba una ondulante curva a lo largo de la roca y tenía la cabeza levantada, como si lo observase. Aunque la serpiente permanecía inmóvil, Anok seguía oyendo el sonido más adelante.

Dio un paso al frente y, mientras la luz de la vela avanzaba en la oscuridad, vio otra serpiente. Y otra. Y otra. Hasta que al final, a pesar de lo que decía el mapa, el túnel pareció terminarse en un camino sin salida.

Soltó un juramento.

¡La pared se estaba moviendo!

No se trataba del deslizamiento propio de alguna trampa mecánica. La pared vibraba, palpitaba, fluctuaba, como si estuviera viva…

¡Lo estaba! ¡Serpientes! Esas delgadas serpientes blancas. Cientos de ellas. Miles. Más de las que Anok podía contar. Tantas como estrellas en el cielo.

Todas vivas.

Todas moviéndose como una sola.

La pared de carne viva comenzó a acercarse a él, no con un movimiento regular, sino con una serie de olas avanzando. Las serpientes parecían caer del frente en montones hasta el suelo para prácticamente al instante ser tragadas por la masa en movimiento que había tras ellas.

Al desplazarse, engullía a algunas de las serpientes solitarias que había por allí. Dos de las que se encontraban más cerca de Anok parecieron verse impulsadas a entrar en acción. Se deslizaron hacia adelante con rapidez, se irguieron y se lanzaron a por la carne desprotegida de sus piernas.

Atrapó a una en el aire, la cogió entre las manos y la partió en dos.

Sin embargo, mientras dejaba caer al suelo la serpiente destrozada, su compañera le hundió los dientes afilados como agujas en la carne de la pantorrilla. La serpiente se sacudió brevemente y luego se apartó para volver a

arrastrarse hacia la masa que se acercaba.

Anok maldijo a Set y a todas sus asquerosas creaciones. Un puñado de serpientes apenas le harían daño, pero si el grueso de criaturas lo atacaban a la vez…

Mucho tiempo atrás, Teferi le había contado una historia que pasaba de generación en generación en su familia, sobre un río en las oscuras selvas de Kush en el que nadaban bancos de peces diminutos y con dientes afilados. Ningún hombre se atrevía a entrar en ese río, pues se decía que esos peces podían dejar a un hombre (o incluso a una vaca) en los huesos desnudos en cuestión de minutos.

Anok se había reído ante una historia tan absurda.

Ahora no se reía.

Retrocedió alejándose de la masa que se aproximaba. El progreso de las serpientes no era tan veloz como para representar un peligro real. Había tiempo más que suficiente para escapar.

Entonces, la serpiente que lo acababa de morder, con la cabeza visiblemente ensangrentada, se unió a la masa y desapareció entre sus ondulantes compañeras. Se produjo una agitación repentina en la masa, que se irradiaba desde el punto por el que había entrado el animal solitario, como si hubiesen contado una noticia excitante a las serpientes.

Los ojos de Anok se abrieron de par en par.

Se le tensó el cuerpo.

La pared pareció desmoronarse, como un bloque de hielo de las montañas que se convierte en agua. Formó una ola de serpientes que se agitaban y avanzaban amenazando con sepultar a Anok.

Su andar encorvado era demasiado lento. Se dejó caer a cuatro patas, mientras la lazada de la base de la vela se le resbalaba del dedo, y descendió a gatas por el túnel como un animal, huyendo del susurrante monstruo que venía mordiéndole literalmente los talones.

Dobló la esquina y vio el primer conducto de aire vertical más adelante.

Tal vez las detuviese. Tal vez las retrasase.

Anok saltó sobre la abertura, pero sus esperanzas se hicieron añicos al volver la vista atrás. Los largos cuerpos de las serpientes salvaron fácilmente el hueco. Apenas consiguió frenar su marcha.

Sólo quedaba una cosa que Anok podía hacer. Volver sobre sus pasos lo más rápido posible, sin mostrarse prudente ni preocuparse por el ruido, y esperar que el ondulante monstruo no lo siguiera más allá de los conductos de ventilación que aparentemente eran su hogar.

Anok gateó por el conducto mientras la chisporroteante vela que llevaba sujeta a la mano amenazaba con apagarse constantemente.

Entonces oyó el ruido seco y susurrante…

¡Delante!

Levantó más la vela y vio una segunda ola de serpientes que se aproximaban desde ambas direcciones.

Más adelante se encontraba la abertura de un conducto vertical. Situó un pie a cada lado, con la espalda contra la pared, y observó cómo las serpientes se aproximaban rápidamente desde cada lado.

La suave piedra lisa no ofrecía ningún lugar al que sujetar el garfio ni atar la cuerda. De todas formas, ya sólo quedaban unos segundos. ¡No había tiempo!

Sin ninguna duda, la caída le rompería por lo menos ambas piernas. O, lo que era más probable, el cuello; lo que sería infinitamente preferible a la espantosa muerte que se aproximaba a él como las olas del océano.

Se preparó, mentalizándose para el ligero giro hacia dentro de los pies que lo haría descender en picado por el conducto hacia la muerte.

La sobrecogedora realidad de la decisión lo envolvió: «Voy a morir.»

Sin embargo, no consiguió obligar a sus pies a moverse. En lugar de ello, extendió las manos, con las palmas hacia fuera, y en un gesto de inutilidad dijo entre dientes:

—¡Alto!

Un destello de luz llenó el túnel.

Un destello que pareció surgir de… ¿las palmas de sus manos?

Silencio, salvo el eco de su propia voz que se iba apagando.

Silencio.

Las serpientes no se movían.

Anok parpadeó.

Una ahogada exclamación de alivio le surgió de la garganta.

Lejos, bajo sus pies, escuchó una voz.

—¿Oíste eso?

—Oí algo.

—¿Crees que las serpientes atraparon a alguien?

Un silenciosa pausa.

—En ese caso habría gritos. —Una carcajada—. Lleva un rato. Lo más probable es que cogiesen una rata o algo parecido.

—Me pareció oír decir a alguien «alto».

Risas más fuertes.

—¡Como si eso fuese a disuadir a los Dedos de Set! Es una rata, hazme caso. Vamos. Tal vez deberíamos ir a inspeccionar a las vírgenes de las celdas para los sacrificios.

Las voces se fueron apagando.

—Bueno, será mejor que sigan siendo vírgenes o seremos nosotros los que acabemos en el altar la próxima Festividad…

Anok se puso en cuclillas, inmóvil, intentando entender qué acababa de ocurrir.

Las serpientes seguían allí, seguían vivas. Una inmóvil alfombra a la altura de la rodilla sobre el suelo del túnel, contemplándolo con innumerables pares de ojos ciegos y rosados desde ambos lados.

No lo atacaban, pero tampoco se alejaban.

Al joven le hormigueaban las palmas de las manos y le ardía el trozo de piel empapado en sangre.

¿Qué acababa de ocurrir? ¿Hechicería?

Eso no era posible. El no era hechicero, ni mago, ni sacerdote del culto. Era Anok, un simple guerrero de los barrios bajos.

Sin embargo, algo había ocurrido que lo había salvado. Algo extraordinario.

¡Parath! El supuesto dios perdido había prometido que lo ayudaría si podía. Anok casi había olvidado aquella promesa, tal vez nunca había creído de verdad en ella. Desde luego, le había parecido una promesa vana en aquel momento.

Pero era la única explicación. El no había realizado el hechizo, había sido el antiguo dios actuando en su nombre.

Sin embargo, las serpientes seguían allí, y por el momento, la única salida seguía siendo el conducto vertical. Se planteó un plan consistente en cruzar una de las espadas sobre la abertura a modo de travesado y enganchar allí el garfio. ¿Aguantaría su peso sin romperse?

Las serpientes seguían sin moverse. ¿A qué estaban esperando? Bueno, quizá hubiera otro modo. Retrocedió por el conducto de ventilación, de vuelta a su destino original, y alzó la mano.

—Atrás —ordenó en voz baja.

Cuál no sería su asombro cuando las serpientes se dieron la vuelta y comenzaron a alejarse de él. Anok sonrió, prácticamente soltó una risita. Incluso si simplemente estaba canalizando el poder del antiguo dios, resultaba embriagador. ¿Era así como se sentía un hechicero?

Comenzó a descender de nuevo por el túnel. Las serpientes se apartaron aún más rápido, alejándose en ambas direcciones del pasadizo. Mientras avanzaban, parecía como si su número se redujera, y Anok comenzó a darse cuenta de que de vez en cuando una se deslizaba en alguna minúscula grieta o agujero en la piedra. Al acercarse al final del conducto, la última desapareció, como si nunca hubiesen estado allí.

Más adelante, avistó una rejilla y, muy a su pesar, apagó la vela. Llegó hasta ella y observó a través de los estrechos agujeros el cielo nocturno. Había recorrido todo el ancho del templo y, probablemente, un tercio de su longitud. Sabiendo cómo funcionaba, no tuvo muchos problemas para abrir la rejilla y localizar un lugar seguro fuera para sujetar el garfio.

Como esperaba, a la luz de las estrellas pudo ver una cornisa por debajo él. Descendería hasta allí y luego situaría un rollo de cuerda oculto que después se

pudiera hacer bajar hasta la plaza desde abajo. En la próxima visita, no tendría más que tirar de la cuerda y trepar. Fácil.

La próxima vez se adentraría mucho más en el templo.

La próxima vez encontraría a Dejal.

Mientras se preparaba para bajar por una segunda cuerda hasta la plaza, se miró las manos por casualidad. Aún le hormigueaban y, al moverlas, vio pequeños puntitos de luz en la piel, como si hubiese arrancado un fragmento del cielo nocturno y lo sostuviese en las manos.

¡Hechicería!

Aún no podía creerlo.

15

Teferi recorrió arriba y abajo todo el Nido, luego se volvió hacia Anok.

—La hechicería nunca es cosa de suerte —anunció con firmeza.

Anok estaba sentado a la mesa, contemplando los ojos del anillo con forma de serpiente que se había llevado del templo. La alhaja estaba apoyada sobre una copa puesta boca abajo en el centro de la mesa, donde un rayo de luz procedente de una de las pequeñas ventanas la iluminaba a la perfección. El anillo estaba hecho de un oro pesado y sólido, y se vendería por un buen precio en el mercado, suponiendo que la obvia conexión con el culto no asustase a los compradores. «Tal vez deberíamos fundirlo nosotros mismos y, simplemente, vender el oro y las joyas por separado.»

—¡Anok! —Había irritación en la voz de Teferi—, ¿Me estás escuchando?

El aludido levantó la mirada.

—Claro que sí. Dijiste algo sobre la hechicería y la suerte.

—¡Dije que la hechicería nunca es cosa de suerte!

—Hace unos días habría estado de acuerdo contigo. Pero sin la hechicería nunca habría sobrevivido a esta noche. No estaríamos teniendo esta charla.

—No olvides que, en primer lugar, la hechicería es la raíz de tus problemas. ¿No te conté lo que me transmitieron mis antepasados? La hechicería y la magia corrompen el espíritu de quien las usa; a veces, también el cuerpo.

Fue el turno de Anok de enfadarse.

—Yo no utilicé la magia, Teferi. Fue el antiguo dios.

—Ese Parath del que me hablaste. Tengo curiosidad por saber por qué no decidiste compartir eso conmigo antes.

—Dije que había dioses en el desierto. No te oculté eso.

—Si crees en sus palabras, es un dios caído. Un dios desterrado. Un dios en guerra tanto con Ibis como con Set. ¡Sus enemigos se convertirán en los tuyos, Anok!

—Set ya es mi enemigo.

—Eres el enemigo de Set. Pero hasta que no le hagas daño puedes esperar pasar desapercibido para el dios serpiente. Ahora podrías haberte señalado, y si el Culto de Set decide aplastarte, lo hará.

—Parath me protegerá. Ahora lo comprendo. No lo creí antes, pero ahora entiendo que Parath le ocultará mis intenciones a Set hasta que pueda llevar a cabo lo que debo hacer.

—E Ibis. ¿Qué pasa con Ibis?

—No me importa Ibis.

—Pero a ese Parath, sí. Si te va a ayudar contra Set, esperará lo mismo de ti contra Ibis. ¿Cuántos dioses crees que puedes matar?

Anok se echó hacia atrás y no pudo resistirse a esbozar una pequeña sonrisa.

—Parece una preocupación insignificante. En serio, ¿qué probabilidades tengo de sobrevivir a mi encuentro con Set?

Teferi frunció en el entrecejo.

—¡No bromees!

—¿Qué más se puede hacer, viejo amigo? Siempre solíamos reírnos del peligro.

—Nos enfrentábamos a hombres y mujeres hechos de carne y sangre, mortales como nosotros, o pensábamos que incluso más aún. Pocas veces nos encontramos con magia, y cuando eso ocurría, prudentemente nos marchábamos en la dirección opuesta.

—Entonces, puede que esté preparado para retos mayores.

El tono de Teferi se volvió grave.

—Debería dejarte. Debería abandonarte ante esta estúpida búsqueda, Anok. Debería encontrar un barco que se marchase de este lugar y buscar una tierra mejor. Debería buscar una buena mujer con la piel como la caoba lustrada, una muía fuerte que pueda tirar de un arado y algunas gallinas. Debería guardar mis historias de aventuras para mis nietos.

Anok sintió que aquellas palabras lo hacían sentir tanto traicionado como aliviado.

—¡Vete entonces!

Teferi se dio la vuelta para mirarlo en silencio un rato.

—No —respondió finalmente—. Me quedaré, pues nunca me habías necesitado tanto. ¿Qué clase de amigo sería si te dejase solo ante esta locura?

Decepción… y alivio.

—Uno más listo del que al parecer tengo delante.

Teferi se acercó y se sentó a la mesa enfrente de Anok. Miró una vez el anillo de oro y luego lo apartó.

—Entonces, ¿cuándo vas a volver?

—Mañana por la noche. Tengo que preparar algunas cosas, pero ahora que sé que es posible no tiene sentido esperar. Y cuanto más espere, más posibilidades habrá de que alguien tropiece con mis preparativos para regresar.

—¿Cómo sabes que la misma magia te protegerá de esas serpientes?

Anok se encogió de hombros.

—No lo sé. Simplemente siento que funcionará. No lo puedo explicar.

El kushita arrugó el entrecejo, pero no dijo nada.

—Tendremos que idear una forma de intercambiar mensajes a corto plazo.

Con suerte, podremos encontrar un método más satisfactorio para sacar notas del que usamos para introducirlas.

Teferi lo miró, alzando una ceja.

—Lo que sería mucho más fácil si supieras leer —comentó Anok.

—También sería mucho más fácil si supiera volar y soltar fuego por la boca; pero a menos que me apliques algo de magia negra contra mi voluntad, eso no ocurrirá.

—Pensaremos en algo.

Justo en ese momento oyeron cómo la trampilla se abría y ambos levantaron la vista hacia Sheriti, que descendía por la escalera. Anok y Teferi intercambiaron una mirada incómoda.

Al final, el kushita comenzó a ponerse en pie.

—Os dejaré para que habléis. Podemos solucionar los otros asuntos antes de mañana por la noche.

—Trae el desayuno —pidió Anok—, Cerveza espesa. Hablaremos entonces.

Teferi miró a Sheriti y asintió con la cabeza.

—Hasta mañana —dijo mientras salía por la puerta.

La muchacha se acercó descalza y ocupó el lugar de Teferi en la mesa. Llevaba un sencillo vestido suelto elaborado con seda gruesa y corriente. Era bastante más sencillo y funcional (y ciertamente menos atrevido) que el que se había puesto un par de noches antes.

No obstante, a Anok le pareció que estaba preciosa. La distancia entre ambos resultaba dolorosa, aunque la joven estaba sentada al alcance de sus brazos.

Sheriti se pasó la lengua por los labios, nerviosa.

—Entonces, ¿fuiste al templo?

El asintió con la cabeza.

—Preguntaría cómo fue, pero sigues vivo. Eso dice bastante.

—El mapa de Dejal parece exacto. He preparado un método rápido para volver a entrar. No hay ningún motivo para no poner en práctica mi plan.

Bueno, sólo uno.

—Ya veo.

Hubo un momento de silencio, sin contacto visual.

Por fin, Anok habló:

—Te dije que iba a ir. Te dije que nada cambiaría, Ni siquiera deberías estar aquí. ¿Por qué no has regresado al Templo de los Escribas?

—Porque, a pesar de todo lo que me has dicho, aún tengo esperanza. Tal vez no haya ninguna base para ello, pero si renuncio a esa esperanza…, moriré.

—¿Y cuando me haya ido?

—Entonces rogaré para que regreses, tarde o temprano. —Pareció perderse en sus pensamientos unos segundos—. Comprende esto, Anok. Ocurra lo que

ocurra, hagas lo que hagas, te conviertas en lo que te conviertas…, te perdonaré. Te perdonaré y te esperaré.

—No…

Sheriti alzo una mano y lo cortó.

—Hago esto por mí, no por ti. Ahora mismo, estoy muy enfadada contigo… por ti, no por mí. Estás a punto de hacerle algo terrible a mi mejor amigo y no sé cómo lograré hallar perdón para ti. Pero lo haré.

Oírla pronunciar aquellas palabras fue más duro de lo que Anok podría haber imaginado.

—No te merezco, Sheriti. Desearía que pudieras verlo y seguir adelante.

—Yo desearía que tú pudieras verte como yo te veo. En este reino de maldad, eres una luz en la oscuridad. Has conseguido que Teferi y yo no nos rindiéramos en todos estos años, Incluso aquellos a los que no pudiste salvar de sí mismos (Dejal, Rami, los otros) son mejores tras haberte conocido.

Anok quería contarle lo débil que era, el impostor que era, pero no dijo nada. Si ella no lo había visto aún, no sabía qué podía decir.

Se produjo un largo silencio tras el cual Anok dijo: —Deberías irte. Tengo muchas cosas que hacer. Al igual que tú. Deberías marcharte al Templo de los Escribas mañana.

Sheriti asintió con lágrimas en los ojos y comenzó a ponerse en pie. Él también se levantó.

La joven se alejó un paso, titubeó y luego regresó corriendo a los brazos de Anok. Sus labios se encontraron, ardientes y desesperados, sus cuerpos se apretaron, sus miembros se entrelazaron. Cayeron sobre la mesa y comenzaron a arrancarse la ropa. El anillo cayó y se alejó repiqueteando hacia algún lugar en medio de la oscuridad.

No hubo palabras.

Las palabras ya les habían fallado.

Ahora, esto era lo único que les quedaba.

16

Al despertar a la mañana siguiente, Anok descubrió que Sheriti se había ido. Este hecho lo entristeció, pero también se alegró de evitar una despedida emotiva. Mientras se vestía, meditó sobre lo extraño que resultaba que pareciese que se estuviera preparando para morir en lugar de para realizar un corto viaje dentro de la misma ciudad. Estaba poniendo sus asuntos en orden, despidiéndose de la mayor parte de sus amigos y dejando el Nido como si nunca pensara regresar.

Sin embargo, era un viaje corto en términos de distancia física. En otros términos, difícilmente podría ser más largo. Iba a ascender desde un peldaño alto de la clase baja de la sociedad estigia hasta el peldaño más bajo de la clase alta. El gobierno de Estigia no era más que un títere al que manejaba el Culto de Set y, supuestamente, cualquier acólito se situaba en una senda que podría conducir al cargo de Orador de Set, el auténtico poder detrás de la corte del rey Ctesphon.

Mezclarse con los plebeyos estaría mal visto, si es que no estaba terminantemente prohibido. Anok tendría que ceder ante un nuevo grupo de reglas, diferentes normas de vestuario y comportamiento. Tendría que someterse ante la autoridad de una forma totalmente nueva para él. Su antigua vida, a pesar de estar tan cerca, sería como si se encontrase en las lejanas orillas del Océano Occidental.

Pero eso era únicamente la apariencia externa del asunto. En realidad, iba a la guerra. En ese sentido, Anok era como cualquier joven guerrero que se dirigía a algún lejano campo de batalla, despidiéndose de aquellos a los que quería sin estar seguro de si regresaría. Salvo que él no era un ejército, sino un solitario guerrero que se enfrentaba a un adversario tan grande que la victoria, o incluso la supervivencia, parecía algo casi inimaginable.

Teferi llamó a la puerta con su golpe especial y Anok lo dejó pasar con rapidez. El recién llegado recorrió la habitación con la mirada buscando a Sheriti, pero al no encontrarla no dijo nada al respecto. Como le habían pedido, traía cerveza espesa, obleas de pan con miel y un tipo de salchichas elaboradas con carne de vaca, teniendo en cuenta que la carne de vaca de cualquier clase era un lujo poco común en Odji.

Los dos amigos comieron, bebieron y hablaron de diferentes puntos de encuentro y posibles mensajeros. Más prometedora resultaba la certeza de que

se podía sobornar fácilmente a los custodios de Set de bajo rango, y debería ser aún más fácil si había un miembro del culto de por medio.

Anok tenía plena confianza en que lograría hacer salir los mensajes mientras le durase el dinero, suponiendo que se le permitiera quedarse con parte de sus ahorros. Estaba seguro de que le pedirían algún tipo de tributo como pago de admisión al culto. Sólo le cabía rogar que exigiesen menos de alguien como él que del hijo de un mercader rico. Con esa esperanza, le confió a Teferi las pocas gemas restantes de sus últimas ganancias y se quedó únicamente con su pequeño capital de monedas de oro y plata.

De mutuo acuerdo, decidieron que el kushita volvería a mudarse al Nido y ocuparía el puesto de Anok como guardián del Paraíso. Eso le permitiría no perder de vista a Sheriti, si la joven iba de visita del Templo de los Escribas, además de cuidar de otro objeto muy importante.

Se trataba del último objeto del que debían encargarse. Anok fue hasta su compartimento y apartó la cama, asegurándose de mostrarle a Teferi la piedra suelta con la esquina astillada. La sacó y extrajo el medallón y el tesoro oculto en su interior.

Salvo que esta vez fue diferente. Mientras sacaba la piedra, la Escama comenzó a repicar, como había sucedido en el desierto. Si no paraba, iba a ser mucho más difícil ocultarla y transportarla.

—No sé por qué hace eso.

Teferi parecía desconcertado.

—¿Hacer qué?

—¿No lo oyes?

—¿Oír qué?

—El sonido zumbante que emite esto. —Sostuvo el medallón en alto.

—Anok, yo no oigo nada. —Acercó la cabeza, ladeando la oreja hacia el objeto. Luego se echó hacia atrás—. Nada —concluyó con firmeza.

Eso era muy extraño. Evidentemente, él estaba «oyendo» el sonido con otros sentidos aparte del oído. Quizá en el desierto también había sido igual. Pero ¿por qué estaba emitiendo aquel sonido? Parath había dicho algo acerca de que tenía poder sobre las serpientes. Tal vez una pequeña parte de su poder le había sido transferida tras la larga exposición. Tal vez eso explicase su capacidad para apartar al enjambre de serpientes del Gran Templo.

Tendría que pensar en ello en otro momento. Llevaba mirando el objeto demasiado tiempo y eso estaba avivando el recelo de Teferi hacia todo lo mágico. No, era mejor seguir adelante.

Esta vez se le mostró todo al kushita: cómo acceder al compartimento oculto en el medallón y qué había escondido dentro. También compartió con él todo lo que sabía acerca de la Escama de Set.

—Ésta es mi única ventaja contra el culto. Creo que quieren desesperadamente este objeto y, si Parath tiene razón, para ellos se trata de una

llave para alcanzar un gran poder. Tal vez pueda utilizarla contra ellos, o quizá, en el momento oportuno, tendré que ofrecérsela para llegar a un acuerdo. Pero si ocurre esto último, pienso asegurarme de que nunca consigan las tres Escamas de Set.

Teferi no parecía convencido.

—Si optas por no ocultar esta Escama, podrías no tener elección en ese asunto. Ya tienen al menos una. Los Cuervos se la proporcionamos por medio de Dejal. Que tú sepas, también tienen la segunda.

—Espero que no. Me encargaré de eso cuando llegue el momento, si es que llega. Preferiría aprender a utilizar la Escama como un arma contra ellos. Tal vez haya una forma de obtener las otras dos Escamas y hacerme con su poder.

Teferi se estremeció.

—No estoy de acuerdo, Anok. Me temo que estas Escamas de Set tienen magia malvada. Magia poderosa, es cierto, pero con un gran poder llega una gran corrupción. Esta cosa atrae a tu sangre estigia.

—Más razón entonces para que te las confíe a ti en lugar de quedármela yo. Tu sangre kushita sin corrupción te protegerá de su influencia y, de todas formas, podría ser imposible ocultarla en presencia de sacerdotes con sangre estigia pura.

Al final, convenció a Teferi y éste aceptó encargarse de los objetos siempre y cuando permaneciesen escondidos. No se sintió tranquilo de verdad hasta que la pusieron de nuevo en el oscuro escondite y la piedra astillada regresó a su nicho.

Terminaron sus asuntos al mediodía y Anok se encontró con un inoportuno intervalo. Sabía que no deberían ir a la ciudad interior hasta última hora de la tarde y que no podría entrar en el templo hasta después de que oscureciese; además, ni siquiera con su disfraz se atrevía a pasar el tiempo vagando por las calles de Odji, donde lo podrían reconocer.

Tras varios silencios incómodos, Teferi y él comenzaron a hablar de los viejos tiempos, compartieron historias que ambos conocían de memoria. Hablaron de los Cuervos que habían muerto o se habían marchado mucho tiempo atrás, incuso de épocas más felices, cuando con Dejal aún se trataban como hermanos. Al final, acabaron llorando de la risa.

Sin embargo, durante todo este tiempo, Anok iba observando cómo los rayos de luz procedentes de las ventanas se arrastraban por el suelo y ascendían por la otra pared.

—Es el momento —anunció.

La risa de Teferi se apagó y su humor se volvió sombrío. Hizo un gesto de asentimiento. Recogieron sus pertenencias y se marcharon como si se dirigieran a un funeral.

Teferi permaneció a su lado casi hasta el anochecer y tuvo que darse prisa para regresar a las puertas a tiempo. Si llegaba demasiado tarde, incluso si lo

conseguía sin que lo arrestasen los custodios de Set, habría preguntas incómodas. Tal vez alguien podría inquirir por su compañero, el que llevaba la extraña ropa de un nómada del desierto, y sobre qué había ocurrido exactamente con él.

Pero Anok confiaba en que su amigo no lo defraudaría. Esa era la menor de sus preocupaciones. Encontró un escondite en el lado opuesto de la plaza al de su primera visita, más cerca del punto de salida. Aguardó hasta que la oscuridad fue total, pero no más. Quería encontrarse bien seguro en el interior de los conductos de ventilación lo antes posible. Sería una noche muy larga.

Aunque los guardias patrullaban a menudo los alrededores del edificio, todos llevaban lámparas de aceite, lo que ayudaba a evitarlos en la oscuridad. Anok esperó hasta que la primera patrulla de la noche hubo rodeado la esquina opuesta del edificio, luego cruzó la plaza en silencio.

Estaba buscando una estatua pequeña, situada debajo del conducto de ventilación por el que había salido anteriormente del templo. Justo debajo de la abertura se encontraba una pequeña cornisa en la que había ocultado un rollo de cuerda y su bolso de herramientas de ladrón. Localizó la estatua con rapidez. Al levantar la vista no vio la cornisa, aunque sabía que estaba allí.

El problema era que la cuerda que necesitaba para escalar estaba enrollada a doce metros por encima de su cabeza. Sin embargo, se había preparado para ello. Con cuidado, deslizó las manos entre la estatua y la pared hasta que sintió un suave roce, como el de una telaraña. Se trataba de una única hebra de seda estigia, fina hasta casi la invisibilidad a plena luz del día e increíblemente resistente… Lo suficiente como para bajar el extremo de la cuerda enrollada que estaba en lo alto.

Anok echó un último vistazo alrededor en busca de guardias, luego tiró lentamente hasta que oyó cómo la cuerda caía. Le dio un rápido tirón para asegurarse de que seguía bien sujeta en lo alto como él la había dejado y comenzó a trepar a toda velocidad. Llegó a la cima en seguida. Rodó sobre el borde del saliente y se tendió de espaldas mientras subía la cuerda y la hebra de seda sujeta a ella para no dejar rastro de su paso.

Lo logró justo a tiempo. Un par de guardias rodearon el frente del edificio. Anok los observó con cautela desde el borde del saliente hasta que la luz desapareció por fin por la parte posterior.

Había dejado apoyada la rejilla de metal que cubría el conducto de ventilación y sólo tuvo que sacudirla ligeramente para sacarla. Se puso tenso mientras la bisagra chirriaba un poco; pero tras varios minutos de mantener un nervioso silencio decidió que ninguno de los guardias lo había oído.

«Siempre olvido algo», pensó. Un buen ladrón tendría preparado un frasco de aceite de ballena para engrasar la bisagra oxidada. Había tenido suerte.

Entró y, tras pensarlo un rato, dejó la rejilla abierta en lugar de arriesgarse a hacer más ruido. Si sus asuntos allí salían bien, no importaría. Si no, lo más

probable sería que ya se hubiese marchado al amanecer, que estuviese muerto o que lo hubiesen capturado. Y, tras escapar, no había muchas posibilidades de que regresase de nuevo. Si le ponía las cosas más difíciles al próximo asaltante del templo, ¿qué importaba? Naturalmente, el siguiente asaltante aún tendría que vérselas con las serpientes.

Con muchísima más confianza, pues estaba siguiendo sus propios pasos, Anok se adentró lo suficiente en el túnel como para encender una vela. Al hacerlo, captó un ligero movimiento abajo, donde la piedra toscamente pulida de la pared del túnel se encontraba con el suelo polvoriento; una diminuta cabeza blanca apareció junto con un anillo de cuerpo pálido brillando bajo la luz de la vela. Unos ojos ciegos se dirigían hacia él mientras una lengua negra probaba su olor.

Anok sintió una punzada de miedo, aunque también de entusiasmo, como lo que uno sentía al subirse a las altas rocas al sur de la ciudad, anticipando la larga zambullida hacia las olas del océano. Notó el extraño hormigueo sobre el corazón y, ahora con más claridad, a través de los brazos hacia las manos.

De las grietas de la pared, de la oscuridad, aparecieron más cabezas, algunas serpientes se deslizaron hasta quedar completamente a la vista. Anok clavó la mirada en una del grupo que se encontraba más cerca, se arrodilló y extendió la mano abierta.

—Ven —ordenó.

La lengua de la criatura se agitó.

—¡Ven!

La serpiente se deslizó unos centímetros hacia adelante. Su delgado cuerpo parecía nadar sobre el polvo hasta que se detuvo.

—¡Ven!

El reptil avanzó, con la parte delantera del cuerpo en alto, y la cabeza se lanzó hacia la mano expuesta de Anok.

Éste se preparó para el dolor del mordisco.

No llegó. La serpiente deslizó su cuerpo, frío y suave, por la palma de su mano, con la cabeza baja. El reptil formó un arco bajo su brazo y luego se enroscó alrededor de su muñeca, con firmeza pero sin apretar. Casi con… cariño.

Anok sonrió, acercó la otra mano y le acarició la cabeza, más pequeña que la yema de un dedo. La lengua negra, húmeda y áspera, le rozó la piel. Entonces, Anok bajó la mano y la acercó al suelo.

—Atrás —dijo.

La serpiente se bajó con calma de su brazo y se alejó por el suelo.

—Atrás —exclamó más alto.

Una a una, las serpientes comenzaron a desaparecer de regreso al interior de sus escondites, hasta que de nuevo tuvo la impresión de encontrarse solo en la cueva, salvo por un pequeño escorpión doméstico, que antes había pasado

desapercibido y que se arrastraba por el suelo hacia él.

Una cabeza de serpiente, junto con una porción de cuerpo del largo de una mano, surgió de una grieta en la pared, agarró al escorpión con la boca y lo arrastró hacia la oscuridad, mientras las patas, las pinzas y la cola con aguijón se agitaban inútilmente.

Anok sintió que se tambaleaba de manera inestable sobre los pies. La cabeza le zumbaba como si hubiese tomado una bebida fuerte y sus sentidos parecían distantes y extrañamente enfermos. La mano y el brazo le hormigueaban donde la serpiente lo había tocado, al igual que el pecho. Se sentía sonrojado y caliente a pesar del frescor nocturno. Se sentía… ¡bien! ¡Poderoso!

¿Así era como se sentía un hechicero? Si ése era el caso, entonces podría no ser tan malo como él había imaginado.

Anok avanzó, giró en el ramal y pasó junto a los huesos del ladrón. Se sintió obligado a susurrar un saludo al pasar para calmar a los espíritus que pudiera haber merodeando. Luego cruzó el pasillo de los murciélagos por el que había accedido la primera vez y entró en un pasadizo que aún no había explorado.

Como esperaba, el suelo se inclinaba hacia abajo y terminaba repentinamente en un gran conducto vertical, mucho más ancho de lo que podría atravesar y tan profundo que la oscuridad de abajo se tragaba la débil luz de la vela. Había una corriente de aire hacia arriba, procedente posiblemente de alguna fuente subterránea, a juzgar por lo fresco que estaba. Había encontrado la conexión con las catacumbas situadas debajo del templo.

Lo que el mapa no explicaba era cómo bajar. Estaba sacando el rollo de cuerda del bolso cuando se fijó en un pequeño saliente de piedra en la pared a su derecha, y debajo de éste, otro, y otro. Sobresalían lo suficiente como para proporcionar asidero para una mano o un pie y tenían el ancho suficiente como para sostenerse sobre ellos con ambos pies. Formaban una especie de escalera y se extendían hasta perderse de vista en la oscuridad del fondo.

Volvió a guardar la cuerda y, con cuidado, se subió al saliente situado más cerca. Sostuvo su peso, así que Anok se sujetó la base de la vela al pulgar, se descolgó hasta el conducto y comenzó a descender.

Contó los escalones, intentando calcular la distancia que había recorrido. Después de sesenta peldaños, supuso que se encontraba más o menos al nivel del suelo; sin embargo, el conducto seguía hundiéndose en la oscuridad. Tras otros veinte escalones, descubrió un pasadizo lateral parecido al que había utilizado para entrar en el conducto más grande.

Miró hacia abajo y alcanzó a ver algo que sugería que el fondo del conducto estaba allí. Era de un color más claro que la piedra, y Anok se apartó el resplandor de la vela de los ojos, esforzándose por ver mejor. El fondo del conducto apenas era visible y, por un momento, pensó que estaba cubierto de

arena.

Cuando su vista se adaptó, comprobó que el pozo estaba lleno de huesos humanos que formaban una capa uniforme. Docenas, cientos de esqueletos esparcidos e inmaculadamente blancos, y calaveras que lo miraban con sus cuencas vacías. No daban la sensación de formar una sola capa sobre el suelo. En lugar de ello, Anok tuvo la impresión de que el conducto se extendía más abajo y que los huesos lo llenaban hasta una profundidad indeterminada.

Se sobresaltó tanto que agitó bruscamente la vela lanzándose una lluvia de cera sobre la mano. Silbó de dolor y se sacudió de la piel la ardiente costra de cera que ya se iba endureciendo. Sujetó mejor la vela y no vio la sombra oscura que se movía suavemente entre los huesos situados bajo él.

En vez de ello, se dio cuenta primero del ruido, como el chirrido de unos dientes enormes. Tardó un momento en comprender que lo que estaba oyendo era algo muy pesado moviéndose entre los huesos comprimidos, haciéndolos chocar unos contra otros al pasar.

Bajó la mirada y vio una negra forma sinuosa que cubría gran parte del suelo. Anok se imaginó que habría surgido de algún pasadizo lateral oculto. Antes de llegar a comprender qué estaba mirando, o incluso de reaccionar, la cabeza de la enorme serpiente se irguió tanto con gran rapidez como con infinita suavidad, como la subida del oleaje del mar. Sin ningún esfuerzo, la gigantesca cabeza se situó a su altura, lo suficientemente cerca como para que Anok pudiese tocar el ancho hocico con sólo estirar la mano, mientras la serpiente lo contemplaba con unos ojos color cobre del tamaño de melones.

No había tiempo para sacar la espada, no había tiempo para esconderse en un lugar seguro. Antes de que pudiera moverse sería un bocado para el gran reptil.

Anok se quedó inmóvil.

Al igual que la serpiente, que era más grande que ninguna otra que hubiese visto, al menos el doble que cualquiera de las sagradas hijas de Set que vagaban por las calles de la ciudad para alimentarse. La criatura lo observaba con fría y despiadada inteligencia.

La lengua surgió, tan larga como su brazo, tan gruesa como su muñeca, negra, brillante, bífida; se le deslizó por el brazo dejando una capa pegajosa, y Anok no pudo evitar estremecerse.

Entonces la hendidura de la boca, amplia y carente de labios, se abrió más y más, revelando la lengua negra, el hinchado y blanco interior de la boca, los innumerables dientes afilados como cuchillos del tamaño de puntas de lanza.

Se abrió más aún, hasta que Anok imaginó cómo todo su cuerpo descendía por esa espantosa garganta.

Y más, hasta que estuvo seguro de que estaba muerto.

La serpiente siseó; un sonido largo y alto como el del viento al escapar de una cueva. Al joven se le heló la sangre al sentir el aliento de la criatura en el

rostro.

Los ojos cobrizos brillaban bajo la luz de la vela mientras lo contemplaban con una malvada inteligencia.

A continuación, la boca se cerró y, con la misma elegancia líquida, la cabeza descendió. Rápidamente, la enorme serpiente se hizo un ovillo y, acompañada del traqueteo de incontables huesos, desapareció en el interior de alguna entrada oculta en la pared.

Anok permaneció allí colgando un momento, con miedo a cambiar de posición por si acaso sus débiles rodillas y dedos entumecidos lo hicieran caer en el pozo, y aguardó hasta que la fuerza regresó a sus miembros. Descendió otro escalón y, con cuidado, se balanceó hacia un conducto lateral, consolándose con que fuera demasiado estrecho como para dejar pasar la cabeza de la enorme serpiente.

En cuanto se halló a salvo en el interior, Anok se tomó un momento para recuperar el aliento y serenarse. Ninguna magia había ahuyentado al monstruo, ni siquiera estaba seguro de que el hechicero más poderoso pudiera lograrlo. Lo habían atrapado, estudiado, juzgado y perdonado, por razones que no podía imaginar. Este lugar no era la casa de un hombre, se recordó de nuevo. Pertenecía a Set, y todos los que venían aquí y sobrevivían lo hacían según sus deseos.

Anok encendió otra vela, sustituyó el menguante cabo en la base y examinó los alrededores. El pasadizo tenía casi el mismo tamaño y distribución que los conductos horizontales de la parte superior de templo, aunque aquí la piedra era mucho más vieja y de un color más oscuro que la del edificio de arriba.

Había más esqueletos, así que Anok estaba casi siempre vigilado por al menos uno de ellos. Algunos eran lo bastante recientes como para conservar algunos jirones de ropa, pero ninguno tenía carne. Todos eran simplemente huesos pulidos y limpios, lo que le hizo preguntarse si las serpientes serían tan meticulosas o si habría otros desagradables carroñeros ocultándose en las grietas del templo, tal vez incluso también sirviesen de alimento a las serpientes blancas.

La luz de la vela osciló sobre unas tallas en las paredes. No se trataba del trabajo limpio y elaborado de unos artesanos, sino de la clase de dibujos rudimentarios que los trabajadores aburridos o los esclavos resentidos marcaban en la piedra. Aunque Anok podía imaginarse el propósito de la talla, los símbolos no se parecían a nada que hubiera visto antes en la pared de ningún templo ni en ningún pergamino antiguo. El origen de las catacumbas podría remontarse a los mismos albores del tiempo, cuando los legendarios gigantes gobernaban la zona y, supuestamente, utilizaban como esclavos a los lemurios, los míticos antepasados de los actuales estigios.

O tal vez fueran aún más antiguos, de alguna civilización olvidada y

perdida en el polvo del tiempo. Parecía que así eran las cosas en Estigia: una ciudad se construía sobre las ruinas de otra, capa tras capa, como una cebolla, hasta remontarse al origen del mundo.

Por fin llegó a otro conducto que descendía y pudo ver luz más abajo. El mapa le decía que se trataba de una habitación grande con una función desconocida, que a su vez lo llevaría a las zonas destinadas a la vivienda de los acólitos.

Mejor preparado esta vez, sacó un resistente trozo de madera que había atado a lo largo de una de las espadas. Le sujetó la cuerda por la mitad y luego lo colocó atravesado sobre la abertura. No podía ver mucho de la habitación de abajo, así que metió la cabeza por el hueco y escuchó con atención buscando alguna señal de que hubiese alguien. Al no oír nada, dejó caer la cuerda, se introdujo por la abertura y se deslizó a través del decorado techo en forma de arco de la habitación.

La estancia medía aproximadamente tres hombres de alto, la mitad de esa longitud de ancho y tres o cuatro veces ese largo. Parecía casi un corredor, aunque en medio de la oscuridad pudo distinguir en un extremo algo parecido a un altar y en el otro una puerta abierta. En la pared junto a la puerta había una solitaria lámpara de aceite, la única fuente de iluminación de la habitación.

Tal vez se tratase de un santuario, aunque no de los dedicados normalmente a Set. ¿A alguno de los dioses antiguos? Resultaba extraño que, incluso si el Gran Templo se había levantado sobre los cimientos de templos más antiguos dedicados a otros dioses, como parecía ser el caso, todo rastro de esos dioses no hubiera sido borrado o modificado para servir a Set.

Tal vez los sacerdotes de Set no le eran tan fieles a su malvado dios como parecía. Tal vez se reunían con otros dioses más antiguos, como otra senda hacia el poder.

Las paredes estaban cubiertas de estatuas o columnas talladas, apenas distinguibles en medio de la oscuridad, que se extendían desde el suelo hasta llegar prácticamente al techo y con el ancho de un brazo de separación entre ellas. Anok sostuvo la vela en alto y, de repente, retrocedió de un salto, convencido de que había estado completamente equivocado acerca de que se encontraba solo.

Desde lo alto de la «columna» situada más cerca, un yelmo de metal con cuernos y tallado de manera elaborada lo miraba, las estrechas rendijas para los ojos le daban un aspecto siniestro a las placas de la cara. Ya había dejado caer el bolso y desenvainado las espadas cuando se dio cuenta de que quien llevaba el yelmo había muerto mucho tiempo atrás. Se trataba del esqueleto de un gigante ataviado con un yelmo y una armadura de placas, con una espada del largo de Anok colgando del cinto. O quizá, no fuese un esqueleto en absoluto, sino la obra de un macabro escultor. Era imposible estar seguro a la débil luz de la sala.

Escuchó pasos (de dimensiones humanas, afortunadamente) y se deslizó entre dos de los esqueletos, con la espalda contra la fría pared y las espadas preparadas. Sus sentidos le dijeron que dos personas con sandalias se acercaban a la habitación. Oyó voces masculinas que conversaban con calma en susurros.

Se produjo un momento de pánico cuando se dio cuenta de que su bolso seguía tirado sobre las baldosas del suelo a plena vista, pero era demasiado tarde para regresar a buscarlo.

El sonido de los pasos llegó a la puerta de la sala y siguió adelante sin romper el ritmo. Anok esperó hasta que los pasos se perdieron en la distancia antes de envainar una de las espadas y salir de su escondite.

Mientras recogía el bolso, se fijó en que el suelo estaba limpio y sin polvo. Alguien utilizaba la habitación o, por lo menos, se encargaba de ella. Una vez más, se encontraba en el mundo de los hombres, donde los mayores peligros tenían dos piernas. Su tarea resultaba compleja en ese aspecto; ya que, como esperaba ser bien recibido en la Casa de Set, no quería tener que matar ni herir a ninguna de las personas con las que se encontrase. El sigilo era su aliado, y la violencia, el último recurso.

El mapa, que había memorizado, indicaba un pasillo rectangular flanqueado por dormitorios y salas de estudio utilizadas por los acólitos novicios y por los sirvientes de alto rango del templo. Inspeccionó el corredor con cautela, comprobando ambas direcciones.

El pasillo era estrecho y estaba iluminado con lámparas de aceite situadas en apliques en la pared. El techo tenía forma de arco, aunque era mucho más bajo que en el santuario, y estaba cubierto con pinturas de ilegibles jeroglíficos y pictografías de extraños animales y dioses olvidados. Se sintió aliviado al descubrir que las salas laterales estaban equipadas con puertas de madera (la mayor parte de ellas cerradas), lo que haría más fácil pasar sin que lo vieran los acólitos que dormían. Al encontrar el pasillo vacío, salió del santuario.

En ese momento se dio cuenta de que tenía otro problema. Tenía que encontrar el cuarto en el que dormía Dejal sin despertar a nadie más.

Se acercó a una de las pocas puertas abiertas y escrutó el interior. Con cuidado, sacó una de las lámparas de aceite de la pared y la utilizó para mirar dentro de la oscura habitación. Encontró un dormitorio sin usar. Un estrecho banco para dormir hecho de madera, poco más que un trío de tablones paralelos unidos, colgaba de la pared a su derecha. Bajo los pies de la cama había un bacín de loza. Un pequeño santuario a Set, una rudimentaria mesa de madera y un pequeño escritorio con un banco constituían la única decoración de la habitación.

Anok esperaba que, si todos los dormitorios eran iguales, Dejal estaría solo. Pero ¿cómo encontrarlo? Volvió a colocar la lámpara en su sitio y avanzó unos pasos por el pasillo, parándose junto a una de las puertas. Oyó un áspero

ronquido en el interior y una sonrisa comenzó a extenderse por su rostro.

Tras haber convivido con Dejal durante tanto tiempo, Anok sabía muchas cosas sobre él. Dejal roncaba. Y no con un ronquido cualquiera, sino con un silbido nasal a causa del cual los Cuervos le habían tomado el pelo a lo largo de los años. Que Anok supiera, Dejal nunca había dejado de roncar.

Descendió por el pasillo, deteniéndose delante de cada puerta. Desde algunas únicamente llegaba silencio; desde otras, ronquidos sin el conocido silbido de Dejal. En una de ellas oyó los sonidos de una pluma deslizándose sobre el papiro, interrumpidos por los golpecitos de la punta contra el borde del tintero. Tuvo especial cuidado en pasar en silencio ante esa puerta.

Por fin, cuando estaba empezando a preguntarse si Dejal estaría realmente allí, lo oyó. Permaneció delante de la puerta varios minutos, simplemente para asegurarse. No había duda. Se trataba de Dejal.

Envainó la espada, se sacó la daga del cinto y volvió a encender la vela utilizando la lámpara de la pared. La habitación estaría probablemente a oscuras y tenía que asegurarse de que Dejal lo reconociera. A continuación, con un dedo, levantó con cuidado el pestillo de la puerta. Tiró levemente, comprobando las bisagras. Giraron en silencio.

Oyó pasos provenientes de algún lugar a su derecha. No había más tiempo para las dudas. Se deslizó en el interior del dormitorio, cerró la puerta tras él y oyó cómo el pestillo volvía a su sitio con un suave chasquido. Pudo ver a Dejal acurrucado sobre la cama, de cara a la pared, envuelto en una fina manta para combatir el frío de la noche.

Situó con cuidado la base de la vela sobre la mesa y se arrodilló junto a la cama. Por fortuna, Dejal no tenía el sueño ligero. A menudo se despertaba confuso y desorientado, y Anok no podía dejar al azar lo que ocurriera a continuación, ni siquiera si el antiguo Cuervo veía con buenos ojos su llegada.

Con un solo movimiento, sacó al joven de la cama, le puso una mano sobre la boca y el filo de la daga contra la garganta.

Dejal se sacudió, enredado en la manta, pero dejó de forcejear al sentir cómo la hoja se apretaba contra su cuello.

Anok sintió el fuerte pulso de Dejal, el sudor frío de su rostro en la mano, pero parecía encontrarse lo suficientemente calmado para escuchar.

—Dejal —susurró—, soy yo, Anok Wati.

Al oír el nombre, Dejal dio un respingo y Anok vio cómo entrecerraba los ojos, intentando reconocer a su atacante. Anok se inclinó sobre un hombro, con la cara hacia la vela para que pudiera mirarlo.

El cuerpo del acólito pareció relajarse un poco al verlo.

—No quiero hacerte daño, hermano. Sólo quiero hablar. ¿Puedo confiar en ti para destaparte la boca?

Dejal asintió. Anok retiró la mano, dejándola preparada para tapársela otra vez ante el más leve sonido.

—¿Qué significa esto, Anok?

—No respondiste a mis mensajes. He cambiado de opinión sobre lo de unirme al culto.

—Y yo te di tu oportunidad. Le llevé tu mensaje a Ramsa Aál, el Sacerdote de los Acólitos, y le pedí una dispensa para ti. Pero se negó, incluso me prohibió que contestara tu mensaje.

Anok bajó el cuchillo.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? No me dio una explicación, aunque sospecho que se debe a tu sangre impura. Había pensado que podría usar la influencia de mi familia para superar eso. Si hubieras entrado con los acólitos de mi clase, quizá habría sido diferente; pero solicitar la entrada más tarde implica un examen más riguroso.

—No, quiero decir que por qué no se te permitió enviarme un mensaje. ¿Por qué habría de importarles?

Dejal se encogió de hombros. Luego, señaló la cama.

—¿Me puedo levantar o piensas cortarme el cuello?

Anok guardó la daga en el cinto mientras el otro joven se sentaba en la sencilla cama. Se dirigió al pequeño taburete que había frente al escritorio y se sentó en él.

—Eres un extraño, Anok, e inferior a los ojos del culto. Lo más probable es que piensen que me contaminaría si me pusiera en contacto contigo. Sólo Set sabe qué harían si te encontrasen aquí. Por cierto, ¿cómo has entrado?

Anok oyó el chasquido del pestillo; pero antes de que pudiera coger sus armas, la puerta se abrió de golpe. LIn hombre vestido con una túnica de sacerdote se encontraba allí, flanqueado por dos custodios de Set que blandían largas lanzas. La punta de una de ellas se posó en la garganta de Anok; la otra, sobre su corazón.

Dejal se medio incorporó.

—¡Ramsa Aál! Señor, vino sin que lo invitase…

—Sin que tú lo invitases, acólito. Es mi huésped. —Se dio la vuelta para estudiar a Anok—, Yo también siento curiosidad. ¿Cómo has logrado entrar en el Gran Templo de Set y sobrevivir?

17

Ramsa Aál era alto, incluso para ser estigio, delgado aunque musculoso, y su afilado rostro destacaba por la piel marfileña de la mayor parte de las antiguas familias nobles. Tenía los ojos azul pálido y en ellos brillaba la clase de placer que se podría encontrar en alguien que saludase a un viejo amigo o en un niño malvado a punto de torturar a un bicho.

—Deberías saber que hay muchos más custodios esperando fuera —dijo el sacerdote—. Si intentases escapar, no darías cinco pasos con vida, ni siquiera si me tomases como rehén. Pero no has venido para eso, ¿verdad?

Anok se puso en pie, despacio, manteniendo las manos apartadas del cuerpo y de las armas.

—Vine para rogar que me acepten como acólito en el Culto de Set.

—Eso he oído. He leído con mucho interés las cartas que le has enviado a tu amigo.

—Y, sin embargo, le habéis prohibido responder.

Dejal lo fulminó con la mirada.

—¡Anok! ¡Muestra respeto ante el sacerdote!

—Si me nombran acólito, seguiré todas las costumbres de deferencia y respeto a la autoridad. Pero hasta entonces me comportaré, y si es necesario moriré, como un hombre.

Ramsa Aál esbozó una leve sonrisa.

—Tienes orgullo…, temple. Respeto eso. Y por ello responderé a tu pregunta a mi manera. Quería ver qué harías cuando tus mensajes no obtuvieran respuesta. A pesar del apoyo de Dejal, me preguntaba lo fuerte que sería tu deseo de unirte al culto. ¿Eras digno de tal honor? ¿Lo desearías con la suficiente intensidad?

Anok le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—¿Y…?

—Y no sólo has demostrado tus deseos, sino también tu inventiva. Es realmente extraordinario que te hayas adentrado tanto en el templo. —Su tono se volvió frío—. Es más que extraordinario. Es imposible para un simple ladrón, no importa con cuánta inventiva cuente. —Se acercó a Anok con la mano extendida y la palma hacia abajo, como si comprobase el calor de una llama. La agitó frente al joven—. Has estado cerca de un artefacto de poder místico. —Agitó la mano un poco más y, a final, la mantuvo sobre el corazón

de Anok—. Hace muy poco. ¿Así es como has escapado de nuestros guardianes de la oscuridad?

Anok no dijo nada. ¿Sabía de la existencia de la Escama de Set? ¿Su engaño iba a quedar al descubierto con tanta facilidad?

Ramsa Aál bajó la mirada, fijándose en el bolso de Anok, Se agachó y agitó la mano por encima. Luego, lo recogió y comenzó a rebuscar en su interior. Los ojos del sacerdote se abrieron de par en par y sacó un pequeño objeto que brilló bajo la luz de la lámpara.

¡Se trataba del anillo de oro que había encontrado en los conductos de ventilación! Anok se dio cuenta de que debía de haberse caído dentro del bolso cuando Sheriti y él lo habían hecho caer de la mesa en el Nido.

Ramsa Aál le dio la vuelta, examinando el tallado.

—El Anillo de las Mentiras. Uno de nuestros ancianos lo perdió hace más de dos años. —Miró a Anok—. ¿Cómo ha llegado esto a tus manos?

—Lo encontré en los conductos de ventilación en lo alto del templo, entre los restos de un ladrón al que las serpientes habían limpiado los huesos.

El sacerdote soltó una carcajada.

—¿Los Dedos de Set? Estupendo. ¿Los viste y lograste sobrevivir? —Volvió a contemplar el objeto—. Este anillo no cuenta con ningún poder que hubiera podido salvarte allí. ¿Cómo lo lograste, Anok Wati? —Nuevamente agitó la mano frente a él—. Fuiste tú, ¿verdad?

—Les dije que se fueran —respondió Anok con total naturalidad.

—¿Tú, un novicio sin formación, ahuyentaste a los Dedos de Set con magia? —Se rió como si aquello lo llenara de satisfacción.

—Les dije que se fueran, y se fueron. Llamadlo como queráis.

—Dejal dijo que prometías, pero esto lo supera con creces.

—Entonces, ¿me aceptáis como acólito?

El sacerdote sonrió levemente.

—Tal vez. Dime, Anok Wati, ¿por qué deseas unirte a nuestro culto? ¿Para honrar al gran dios Set? ¿Para obtener conocimientos?

El joven vaciló. ¿Qué esperaba oír Ramsa Aál? Respiró hondo.

—De niño, conocí la riqueza, el confort y el prestigio social. Mi familia tenía poder. Lo perdí todo. Me vi huérfano, perdido, y sufrí en las calles de Odji durante años. Quiero recuperarlo.

—¿El confort? ¿El prestigio social?

—¡El poder!

La sonrisa de Ramsa Aál se ensanchó.

—Sabio es el hombre que sabe lo que quiere y no tiene miedo de decirlo. El Camino de Set ofrece poder, es cierto, para aquellos que son dignos, aquellos lo bastante fuertes, aquellos que le sirven bien. Para los que no lo son, para aquellos que le fallan, hay dolor, sufrimiento y muerte. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Entonces, arrodíllate, Anok Wati, y acepta la bendición de Set.

Anok se dejó caer sobre una rodilla e inclinó la cabeza, como había visto hacer a otros acólitos ante los sacerdotes.

La mano de Ramsa Aál se le posó sobre el hombro.

—Por los antiguos textos y las grandes serpientes que son su encarnación en la Tierra, ¿juras servir a Set? ¡Júralo!

—Juro servir a Set.

La mano le apretó el hombro, los delgados dedos se le clavaron dolorosamente en la carne.

—¿Entregas tu vida y tu corazón, incluso ofreces gustoso tu sangre como sacrificio en su altar?

—Entrego mi vida, mi corazón y mi sangre.

Los dedos, inhumanamente fuertes, apretaron aún más, hasta que Anok pensó que se le iban a partir los huesos del hombro.

—¡Eres el instrumento de Set! ¡Eres el esclavo de Set! ¡Eres el sirviente de Set!

—Soy el instrumento de Set, su esclavo, su sirviente.

El sacerdote retiró la mano de repente y la sostuvo sobre la cabeza de Anok de manera teatral.

—Has sido honrado, Anok Wati. ¡Eres uno de nosotros! ¡Perteneces a Set!

Mientras se lo llevaban, lo único que perduraba en los pensamientos de Anok era la expresión en el rostro de Dejal. Lógicamente, este resultado no era lo que el antiguo Cuervo había esperado, ni siquiera deseado.

Tampoco era lo que Anok había esperado. Había pensado que tal vez tendría que suplicar para que lo dejasen entrar en el culto. De hecho, las bravuconadas que había empleado antes al enfrentarse a Ramsa Aál habían sido pensadas sobre todo para hacer que la humillación posterior pareciese aún mayor. Había aprendido mucho tiempo atrás que el orgullo, y sobre todo la vanidad, eran malas herramientas en una negociación. Había puesto su vida, por el momento, en las manos del templo y su pose debería reflejar ese hecho.

Un par de custodios de Set lo alejaron de allí, aunque no desenvainaron las armas y se comportaron más como guías que como guardias. Lo condujeron más allá del área de los dormitorios, a través de una gran zona común decorada con fuentes, pinturas en las paredes y estatuas glorificando a Set. Ascendieron por una amplia y curva escalera que conducía al nivel principal del templo y, luego, se dirigieron hacia el fondo.

Anok tenía una vaga idea de dónde se encontraban gracias a su estudio del mapa; pero como había pensado evitar esas áreas, no las había memorizado. Cruzaron un amplio pasillo que Anok reconoció como una zona pública del templo contigua a la sala ceremonial principal; a continuación se dirigieron hacia la parte posterior del edificio.

Entraron en una habitación grande en cuyo centro había una enorme

bañera rectangular con azulejos azules incrustados. Una capa de vapor flotaba sobre el agua y sobre las albercas de limpieza, redondas y más pequeñas, que la rodeaban. Una isla de roca en el centro de la bañera, de la que brotaba agua humeante formando un arroyo continuo, sugería que el templo había sido levantado sobre una fuente termal natural.

Uno de los custodios comenzó a golpear una serie de puertas al pasar.

—¡Despertad! ¡Despertad! Por orden de lord Ramsa Aál, ¡despertad!

Las puertas se fueron abriendo una a una y asomaron bellos rostros femeninos con los ojos muy abiertos.

—Salid —gritó el guardia.

Las mujeres salieron en fila, todas eran jóvenes y hermosas, y Anok notó que ninguna era de sangre estigia pura. Por un momento pensó que llevaban ajustadas prendas de encaje negro o de transparente seda estampada, pero en seguida se dio cuenta de que estaban completamente desnudas. Llevaban cubierto todo el cuerpo (desde los tobillos hasta las muñecas y el cuello) con tatuajes con un elaborado diseño que él había confundido con ropa. Prostitutas del templo.

El custodio se dio la vuelta y se dirigió a las mujeres.

—Este extraño ha sido recibido como un sirviente especial de Set. Limpiadlo y vestidlo con una túnica de acólito. Luego, mandadnos llamar.

Las mujeres asintieron e inclinaron las cabezas; a continuación, lo condujeron en silencio hacia una sala lateral, donde le quitaron la ropa y, lo que le preocupó más, sus armas y pertenencias. Una de las prostitutas lo hizo desaparecer todo como por arte de magia antes de que él tuviese ocasión de poner objeciones o, incluso, de suponer adonde se llevaban sus cosas.

Una mujer se situó a cada lado de él y ambas entrelazaron los brazos con los suyos. Tenían la piel excepcionalmente suave y resplandeciente debido a algún aceite que olía a especias exóticas. Lo llevaron a una de las albercas de limpieza más pequeñas y Anok entró en el agua, que estaba caliente, aunque se había enfriado un poco tras pasar por la bañera más grande en su camino desde la fuente termal. Las dos mujeres se introdujeron en el agua con él y comenzaron a lavarlo con total naturalidad.

Sus modales no mostraban vergüenza, como cabría esperar de unas prostitutas, aunque también resultaban, de una manera extraña, estudiados e indiferentes. Intentó mirarlas a la cara, pero ellas no le devolvieron la mirada; además, sus ojos parecían extrañamente vacíos. Se movían como animales entrenados ejecutando un complicado truco, y Anok comenzó a sospechar que las mujeres se encontraban bajo el efecto de una droga, de un encantamiento, o de ambos.

Aunque eran atractivas, el joven encontró su comportamiento inquietante y decididamente poco erótico. Se recostó y las dejó hacer su trabajo sin protestar…, pero sin disfrutar mucho tampoco.

Su mente retrocedió hasta el encuentro con Ramsa Aál. ¿Por qué mostraba el sacerdote tanto interés por él? Sin duda, no podía basarse únicamente en la descripción de Dejal. Y ¿cómo había sabido que había entrado en el templo y que podría encontrarlo en la celda de Dejal? Que él supiera, no había dejado ningún rastro, no había activado ninguna alarma.

—¿Esto es lo que querías, acólito?

La voz de Ramsa Aál lo sacó de sus pensamientos. Alzó la mirada y vio al sacerdote de pie sobre él.

—Deseas lujos, comodidades —acercó la mano hacia una de las prostitutas y se enrolló uno de los mechones escarlata del cabello de la mujer alrededor del dedo antes de soltarlo—, esclavos obedientes que te sirvan. Set ofrece esto, y mucho más, a sus sirvientes más leales y útiles. Esto no es sino una muestra… si pruebas que eres digno de tal favor.

—Serviré a Set lo mejor que pueda. Ruego ser capaz de demostrar que soy digno.

—Roguemos todos que así sea.

Anok no se atrevía a formular la pregunta que más quería hacer: ¿por qué se interesaba Ramsa Aál en él? En lugar de ello, pasó a algo menos provocador.

—¿Cómo supisteis que había entrado en el templo y dónde encontrarme?

Ramsa Aál sonrió con astucia.

—La más grande de las hijas de Set, con la que te encontraste en el conducto de ventilación, me llamó.

Anok parpadeó, sorprendido e incrédulo. Había oído historias que decían que las grandes serpientes eran inteligentes, puede que tan listas como un hombre, pero nunca lo había creído. Sin embargo, si la criatura había dado el aviso, unos ojos ocultos podrían haber estado observándolo mientras salía de las catacumbas y avanzaba hasta la celda de Dejal.

—La serpiente me perdonó la vida. No fue como con las pequeñas. No lo hice yo.

El sacerdote echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Haría falta un hechicero más poderoso que tú, o incluso que yo, para controlar a las grandes serpientes. Hablan sin intermediarios con Set y son sus representantes en el mundo mortal. Se te perdonó la vida porque el propio Set así lo quiere. Estás aquí porque Set así lo quiere. —Sus labios se curvaron formando una cruel sonrisa—. Lo supieras o no, siempre le has servido.

18

Los días siguientes pasaron despacio para Anok. No era un prisionero, pero tampoco era un hombre libre, No se le permitía salir del templo y le habían quitado sus armas y sus pertenencias.

No había tenido noticias de Teferi y suponía que su amigo no había conseguido encontrar a nadie para entregar los mensajes. Anok había estado observando a los custodios del templo y había identificado a varios que le parecieron que serían susceptibles de aceptar sobornos. Pero, puesto que le habían quitado el dinero junto con el resto de sus cosas, no contaba con nada con lo que sobornarlos.

Unicamente le quedaba ser paciente y esperar que, con el tiempo, le concediesen más libertad. Desde su habitación, había observado que los acólitos más avanzados parecían ir y venir a su antojo cuando no estaban llevando a cabo tareas para los sacerdotes. La mayoría no vivía en el templo, sino en sus propias casas o aposentos, una situación que Anok encontraba infinitamente preferible. Como mucho, parecía que, si lograba resistir algunos meses más y mantener el favor de Ramsa Aál, el problema se solucionaría solo.

En su grupo había otra docena más de acólitos novicios, incluyendo a Dejal. Los demás se mostraban fríos con Anok. Ellos ya habían sufrido semanas de entrenamiento e iniciaciones que aparentemente habían sido tan terribles que varios de ellos no habían logrado sobrevivir. Aunque sabían por lo que él había pasado, no ayudó en mucho a aplacar el inevitable resentimiento. A todas luces, no pensaban que fuera correcto que Anok pudiera simplemente aparecer y situarse entre ellos como un igual.

Pero Anok tenía la aprobación de Ramsa Aál, y el obvio temor que los acólitos sentían ante el sacerdote mantenía su rencor bajo control. De modo que lo evitaban. No le hablaban a menos que se lo ordenasen o que algún aspecto de su formación lo requiriese.

Dejal suponía la única excepción, aunque él también se mostraba frío y distante. Anok se daba cuenta de que su antiguo amigo había esperado ganarse, de alguna forma, el favor de Ramsa Aál al reclutar a Anok para el culto. Pero, al llegar al templo por su cuenta, Anok había frustrado esa esperanza. Como resultado de ello, Dejal no era el aliado que él había esperado. Sin embargo, se mostraba amable, posiblemente con la esperanza de sacar provecho más adelante de aquella relación. Anok se había percatado de

que Dejal haría prácticamente cualquier cosa para ganar puntos ante Ramsa Aál y los demás sacerdotes.

Sin embargo, Dejal parecía contar muy pocas veces con esa aprobación. Lo toleraban debido a la riqueza y a la posición de su padre y a que le había traído la Escama de Set a Ramsa Aál. Pero, al parecer, eso era todo lo que iba a conseguir.

Sin nadie con quien hablar, Anok escuchaba las charlas de los demás y mantenía los ojos abiertos para observar lo que ocurría en el templo. En seguida averiguó que, aunque Ramsa Aál no era un sumo sacerdote, resultaba evidente que se trataba de un hombre de gran importancia dentro del culto. Sacerdotes que lo superaban en título y edad se acercaban a él con respeto y reverencia. Incluso los sumos sacerdotes del templo parecían tratarlo como a un igual.

Junto con los sacerdotes, otro grupo de prestigio eran los ancianos. Por lo que Anok podía ver, se ganaban su posición en virtud de la importancia de sus familias, de su riqueza, de su poder político o, a menudo, de una combinación de estos tres factores.

Los acólitos pertenecían a una categoría inferior, aunque técnicamente seguían estando por encima de los guardias, los sirvientes, los esclavos y las prostitutas del templo. En la práctica, la mayoría de esos «inferiores» únicamente respondían ante los sacerdotes y los ancianos o a las órdenes que éstos les transmitían a través de los acólitos.

A los acólitos de un nivel superior se les permitía cierta confianza con los sacerdotes, pero los ancianos trataban a los acólitos de todos los niveles como a perros. Tales encuentros resultaban tan desagradables que los acólitos se esforzaban por evitar a los ancianos por los pasillos y, normalmente, sólo se acercaban a ellos cuando se lo ordenaban los sacerdotes.

Por lo tanto, Anok se sorprendió al descubrir un día a Dejal charlando de manera informal con un anciano en la galería de los sacerdotes, una amplia habitación de descanso situada justo detrás de la sala ceremonial principal. Anok se situó detrás de una columna cercana antes de que alguno de los dos hombres se fijase en él y escuchó a escondidas, No pasó mucho tiempo antes de que se diese cuenta de que el anciano era el famoso padre de Dejal.

Anok no había visto nunca a aquel hombre, aunque había pasado años escuchando las amargas quejas de Dejal acerca de él. Sabía que se llamaba Seti Aasi. Al igual que le padre de Anok, era mercader, aunque uno de la zona, un comerciante de caravanas que traía especias y reliquias del este. Se decía que era un hombre con cierta riqueza y poder.

Se asomó por una esquina para ver mejor, y se volvió a ocultar rápidamente examinando mentalmente lo que acababa de ver.

Al igual que el resto de los ancianos cuando estaban en el templo, el padre de Dejal llevaba una túnica blanca adornada con franjas doradas. Unicamente

las llevaban en el templo, pues los ancianos entraban y salían por un guardarropa especial situado en la parte delantera del edificio. En la calle se vestían como cualquier otro miembro de la clase alta, salvo por un collar de oro con forma de serpiente que se sostenía la cola con la boca.

El hombre en sí resultaba poco imponente: tenía la cara redonda, se estaba quedando calvo y del débil mentón le brotaba un canoso mechón de barba cuidadosamente recortado. Era al menos un palmo más bajo que Dejal o que Anok y de constitución media. Tenía unas manos suaves, y las cuidadas uñas le recordaron a las de una mujer.

Reprimió una risita. Este hombre no era en absoluto el monstruo que soltaba fuego por la boca que Dejal había descrito tantas veces.

Incapaz de resistirse e invadido por la curiosidad, rodeó la columna y se acercó con naturalidad, como si estuviera ocupándose de otros asuntos. Se detuvo e inclinó la cabeza ceremoniosamente.

—Saludos, Dejal, y también a vos, anciano. —Miró al otro acólito y sonrió —. Pensé que tal vez podrías presentarme a tu padre. —A continuación, le sonrió al anciano—. Dejal me ha contado muchas cosas de vos, señor.

La expresión del rostro de Seti Aasi lo dejó atónito. El anciano lo miró con abierta repugnancia.

—Entonces, ¿tú eres Anok Wati? ¿La escoria de Odji que llevó a mi hijo por el mal camino durante todos estos años y que ahora pretende ganarse a su costa el favor del Culto de Set? ¡Menudo descaro tienes al acercarte a mí, canalla! Deberías ponerte de rodillas y rogarme que te perdone por todos los problemas que nos has causado a mi hijo y a mí.

Anok miró a Dejal, cuyo rostro se mostraba impasible y neutral como el de una estatua.

—Por los problemas que le haya causado, también recuerdo las ocasiones en las que le salvé la vida en las calles de Odji. También recuerdo que no fui yo el que lo echó de su elegante casa para que buscara consuelo entre —dejó que la palabra le gotease de la lenguaescoria.

El rostro de Seti Aasi enrojeció a causa de la ira, y estaba a punto de hablar cuando lo detuvo la voz de Ramsa Aál. El sacerdote apareció por la entrada interior del templo y, aunque los miró a todos, fue a Anok a quien se dirigió.

—¿Hay algún problema, Anok Wati?

—No, maestro. Estaba presentándole mis respetos al anciano Seti Aasi, el padre de Dejal. He oído hablar de sus grandes hazañas durante mucho tiempo y deseaba conocerlo en persona.

Ramsa Aál contempló a Seti Aasi con algo entre la indiferencia y el desprecio.

—No me sorprende que conozcas sus hazañas. Yo también las conozco.

Parecía haber algún significado oculto en las palabras que Anok no captó, pero lo dejó pasar. Era evidente que había algo entre los dos hombres. Puede

que incluso rivalidad, observó Anok con interés.

El padre de Dejal parecía sentirse incómodo, pero no dijo nada. Entonces, anunció:

—Tengo otros asuntos de los que ocuparme. Hoy llegan tres caravanas. Hay todo un mundo más allá de este templo —comentó, dirigiendo una mirada de reojo a Ramsa Aál—, y yo soy bastante poderoso allí.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la parte delantera del edificio.

—Estoy seguro de que sí —le dijo Ramsa Aál al anciano que se alejaba. A continuación, añadió en voz más baja—: allí.

Dejal dirigió a Anok una mirada de enfado, luego se dio la vuelta y también se alejó.

Anok se quedó donde estaba y Ramsa Aál lo miró con una ceja enarcada.

—¿No tienes obligaciones de las que ocuparte, acólito? Puedo buscarte más.

El joven bajó la cabeza.

—Naturalmente, maestro, Debería irme a estudiar.

—Que así sea.

Ciertamente, Anok tenía cosas que hacer. Como acólito novicio, no sólo su libertad de movimiento era limitada, sino que las horas de sus días también habían sido programadas.

Aunque la rutina diaria variaba un tanto, seguía la misma pauta general. Las mañanas comenzaban con un baño, sin la ayuda de las prostitutas. A pesar de aquella primera vez, sus servicios se reservaban generalmente para los sacerdotes y para los ancianos del culto o se utilizaban como una recompensa especial para los acólitos. De hecho, al parecer, se había extendido el rumor de su especial bienvenida al culto de Anok y eso se había convertido en otra cosa más por la que sus compañeros novicios le guardaban rencor.

Luego venía el desayuno. La comida y el vino que la acompañaba siempre eran de excelente calidad. A continuación seguía una hora aproximadamente de salmodias a Set en la sala ceremonial principal. Luego los reunían para la enseñanza a cargo de uno de los sacerdotes, normalmente se trataba de una charla sobre magia o sobre el servicio a Set.

Tomaban un almuerzo ligero, después del cual regresaban a sus celdas durante varias horas para estudiar los Manuscritos de Set. Anok aprovechaba el tiempo de estudio para buscar en los escritos alguna referencia a Parath y a su caída, pero hasta el momento no había hallado ninguna mención al dios perdido. Tal vez estaba irremediablemente perdido y, si ése era el caso, eso también podría ser parte del plan de Set. El poder de cualquier culto, incluso del de Set, provenía de la oración y de la devoción de sus discípulos. No podía haber discípulos para un dios desconocido.

La última parte del día estaba llena de diferentes ejercicios, cantos, rituales en grupo para otorgar poder a los sacerdotes y, lo que a Anok le resultaba más

interesante, demostraciones de hechicería, normalmente a cargo de los acólitos avanzados más que de los sacerdotes, que parecían satisfechos limitándose a supervisar.

Durante un tiempo, fue testigo de un hechizo que hacía que los huesos de un adversario se volvieran tan flexibles como una cuerda, diferentes encantamientos de control hipnótico, la creación de ilusiones, la aparente transformación de un bastón en una cobra y la mutación de un perro callejero en un monstruo enorme y feroz.

No estaba seguro de cuál era el auténtico objetivo de aquellas demostraciones, pues a ellos únicamente les enseñaban los hechizos más básicos. Sabía que se decía que el uso de magia poderosa llevaba a la corrupción y, si era así, el verdadero propósito de esas revelaciones podría estar dirigido más a aquellos que las realizaban que a los que observaban. Anok se dio cuenta de que cada sacerdote contaba con su propio círculo personal de discípulos y parecía que cada sacerdote buscaba cultivar en esos discípulos el mayor grado de poder oscuro posible. Se preguntó si Dejal había notado lo mismo.

La aversión de Anok hacia la magia se iba desvaneciendo rápidamente. Resultaba evidente que algunos de los novicios ya habían recibido entrenamiento individual para lanzar hechizos más avanzados. La verdad es que estaba impaciente por que llegase su turno, y decidió que únicamente mediante la magia tendría alguna oportunidad contra el culto. Sería una buena venganza, pensó, si lograse subvertir su propia magia y usarla contra ellos.

Y así, trabajó, estudió y observó. Se tragó el orgullo y se postró ante los sacerdotes cuando fue necesario. Soportó el rechazo de sus compañeros y las solitarias horas que resultaban de ello. Con el tiempo, se convirtió casi en una rutina.

Sin embargo, había otros ciclos de rutina en el Templo de Set, y algunos no se calculaban siguiendo los giros del sol, sino los ciclos de la luna. Pronto llegaría de nuevo el momento de la Festividad, y si ésta era una época de terror entre la gente de Odji, para los habitantes del templo era una época que esperaban con gran entusiasmo.

Para Anok, se trataba de algo aterrador. Tenía miedo de que le exigiesen que se uniera a las partidas de caza que deambulaban por las calles de Odji buscando víctimas para los sacrificios o, incluso peor, que derramase la sangre de estas víctimas en el altar de Set. No sabía si podría mantener el engaño bajo esas circunstancias. Intentó decirse a sí mismo que aquellos con tan mala suerte como para convertirse en sacrificios morirían con o sin él, pero eso no hacía que la idea fuera más soportable. Al final, no tardó en enterarse de que Ramsa Aál tenía otros planes para él la noche de la Festividad.

El sacerdote se acercó a él una tarde mientras salía del refectorio camino de su celda. Varios novicios, incluyendo a Dejal, se las arreglaron para detenerse

cerca y escuchar la conversación.

—Me complace la diligencia con que te dedicas a tus estudios, Anok Wati.

El aludido inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Vivo para servir a Set, maestro.

El sacerdote torció la boca en una media sonrisa.

—¡Mentira! Buscas poder, acólito, y sirves a ese deseo sobre todo lo demás. Pero eso me complace y también sirve a las necesidades de nuestro señor. A través del poder le resultarás útil. A través del poder te convertirás en su puño y en su espada.

—Entonces, concededme poder, maestro, para que pueda serviros mejor. Deseo que se me permita aprender los caminos de la hechicería, como a alguno de los otros.

—Los otros han sido instruidos en respuesta a sus propias necesidades y talentos. No ha sido tu caso porque tú eres diferente a ellos. Respóndeme a esto, acólito, y veremos lo bien que progresan tus estudios. ¿Cuáles son los métodos de la hechicería?

La mente de Anok se movió a toda velocidad. Sin lugar a dudas, ésta era una de las lecciones básicas que se les daba a los novicios durante los primeros días de entrenamiento, pero Anok únicamente había tocado el tema leyendo y escuchando a escondidas las conversaciones de los otros. Formuló la mejor respuesta que pudo basándose en lo que sabía.

—En primer lugar, está la hechicería falsa, que consiste en ilusiones naturales, engaños y artefactos.

—Habilidades útiles incluso para los hechiceros más poderosos. Continúa.

—También está la hechicería por medio del uso de talismanes, tótems, amuletos, gemas sagradas, armas místicas y otros objetos con poder.

—Lo que algunos llaman «magia de tontos», basándose en la idea de que cualquier tonto puede manejar un objeto de ésos. Sin embargo, únicamente los hechiceros más poderosos y hábiles de toda la historia han utilizado con éxito tales objetos, y, a menudo, éstos se vuelven más poderosos cuanto más antiguos son. Sólo un tonto subestimaría el poder inherente a un objeto así. ¿Siguiente?

—Además está la hechicería aprendida. La pronunciación de hechizos, la realización de ceremonias, la mezcla de pociones, la alquimia. Estos métodos deben aprenderse de otros hechiceros y de los textos antiguos, para luego perfeccionarlos mediante la práctica y el estudio.

—Hechicería sólida y básica, el pilar de los estudios de la mayor parte de los acólitos. Sospecho que esto es lo que deseas aprender. Pero aún hay más clases de hechicería, ¿verdad?

Anok se esforzó por ensamblar los trochos de conocimiento que había conseguido y los puso en palabras.

—También existe la hechicería de la invocación. Es decir, invocar el poder

de dioses, demonios y espíritus.

—Una de las formas de hechicería más poderosas, y una de las más peligrosas. Invocar a esos seres a menudo significa convertirte en su esclavo y sus poderes pueden arrollar incluso al hechicero más tenaz. —Miró a Anok a los ojos—. Hay otra forma más de hechicería. ¿Sabes cuál es?

El joven pensó frenéticamente, pero no se le ocurrió nada.

—Lo siento, maestro, no lo sé.

Ramsa Aál asintió con la cabeza.

—No es culpa tuya, acólito. Pocos la conocen y rara vez se habla de ella siquiera. Hay personas con un talento especial, debido a un accidente de nacimiento o en la infancia, que pueden acceder de forma directa al pozo de poder que sirve a todas las entidades sobrenaturales, dioses y demonios por igual. Se trata de un talento poco común y peligroso, pues los poderes que esos buscadores utilizan son casi demasiado grandes para que un hombre los comprenda y pueden destruir a quien los maneja con la misma facilidad que a sus enemigos. Es como intentar encadenar al relámpago o ponerle un arnés a las olas de tormenta y, con o sin talento, muchos han perecido en el intento.

Los ojos del sacerdote se encontraron con los de Anok y sus labios se apretaron formando una estrecha línea.

—Tú eres una de esas personas con talento, Anok Wati, y pronto veremos si eres digno de esos dones.

—¿Qué queréis decir, maestro?

—Hasta ahora, tu estancia aquí ha sido fácil. Como sin duda habrás oído, los otros acólitos fueron sometidos a muchas y duras pruebas y, hasta ahora, tú las has evitado. Pero casi ha llegado el momento de tu… examen. La noche de la Festividad serás puesto a prueba.

—¿De qué forma, maestro?

—En el fondo de las catacumbas situadas bajo el templo hay un lugar llamado el Laberinto de Set. Allí te enfrentarás a tu prueba. No puedo decir más. Sólo te advertiré que serás puesto a prueba hasta las profundidades de tu alma y que tal vez no sobrevivas.

Su propia reacción ante la noticia sorprendió a Anok. No sentía miedo ni preocupación. Estaba ansioso por enfrentarse al reto que estaba por llegar.

Ramsa Aál estudió su rostro y asintió con la cabeza.

—Vendré a buscarte la noche de la Festividad, Prepárate.

—Sí, maestro.

Observó cómo el Sacerdote de los Acólitos se daba la vuelta y se alejaba por el corredor.

Dejal y los otros acólitos lo miraban y susurraban entre ellos, riendo todo el rato. Anok estaba comenzando a cansarse de aquel trato. Avanzó con decisión hacia el grupo, Los otros acólitos se fueron dispersando al verlo venir, hasta que al llegar sólo quedaba Dejal.

—¿Lo oíste?

El otro joven sonrió de manera cómplice.

—Sí, hermano, Te van a llevar al Laberinto de Set la noche de la Festividad.

—¿Sabes algo de esto?

—¿De en qué podría consistir tu prueba? No. Nunca había oído hablar de algo así. Pero he oído hablar del Laberinto de Set. Es el lugar al que los sacerdotes envían a los acólitos que fracasan. Es muy simple, hermano, entran en el Laberinto y nunca regresan. Nunca.

19

El día de la Festividad llegó al templo y con él toda la rutina se rompió. El desayuno fue prolongado y alegre, con langosta recién hervida procedente de los arrecifes situados más allá del puerto, chuletas de ternera, un guiso espeso elaborado con ostras y trozos de pez espada y montones de pasteles con especias y pan cubierto con hierbas aromáticas.

El propio templo estuvo muy concurrido todo el día, con un torrente constante de ancianos y discípulos inferiores de Set que se dirigían a la gran sala ceremonial para depositar ofendas de oro, plata, joyas, sedas de primera calidad y otros artículos ante el altar. A continuación, se inclinaban y entonaban cánticos a su malvado dios, pidiéndole que les concediese poder y riqueza.

Varios acólitos de rango medio no hicieron nada más en todo el día salvo recoger las ofrendas y llevarlas a las cámaras ocultas del templo para guardarlas. Anok siempre había sabido que el Culto de Set tenía mucho dinero, pero ahora comprobaba que nunca había sabido realmente cuánto. Aunque los mercaderes de Odji sufrían bajo la carga de los impuestos, la recaudación de todo un año de los barrios bajos apenas lograría igualar lo que vio entregar por propia voluntad en un solo día de la Festividad.

Al parecer, los tributos que pagaban al templo concedían ciertos beneficios que hacían que a los ricos les mereciese la pena ser generosos. El Culto de Set y el gobierno títere de Estigia controlaban todos los aspectos del comercio y de la industria: los puertos, las rutas de caravanas, la navegación por los ríos, el comercio de venenos, la minería e incluso la recuperación de artefactos místicos de los vastos desiertos del interior. Sin la ayuda y el permiso del culto, los ricos no seguirían siéndolo durante mucho tiempo, y aquellos a los que el culto favorecía en mayor medida eran los más ricos de todos.

La mayor parte de los acólitos del templo se ocupaban de las diferentes tareas que les habían sido asignadas: conducir a los fieles dentro y fuera del templo, afilar y lustrar los cuchillos ceremoniales, supervisar la llegada de las jaulas de los prisioneros condenados a entregar sus vidas a Set y llevar a cabo rituales para preparar el altar para el sacrificio de sangre.

Los sirvientes también estaban muy ocupados y Anok se fijó en dos en particular que parecían ser el centro de atención, a pesar de la falta de cualquier tipo de actividad obvia. Vestían túnicas rojas del estilo con canesú y

sin mangas que a menudo llevaban los sirvientes con funciones ceremoniales. Tenían la piel sorprendentemente oscura (quizá se tratase de isleños del Mar Meridional), de un tono tan profundo que casi parecía como si tuviera un tinte azul purpúreo. Sin embargo, lo más insólito en ellos eran sus manos.

Como muchas de las razas de piel oscura, las palmas de sus manos eran de un color diferente y más claro que el resto de la piel. Pero mientras que lo habitual era que fuesen de color rosado, la piel de sus palmas era roja como la sangre. Al acercarse, Anok vio que el mismo matiz rojizo aparecía alrededor de los bordes de sus ojos y en el interior de los labios. La lengua e incluso los dientes eran de un rojo sorprendente. Unicamente podía hacer conjeturas acerca de qué espantosa función cumplirían estos extraños hombres en las ceremonias de la noche.

Anok no tenía nada que hacer, lo que lo dejaba con demasiado tiempo para pensar en la prueba a la que estaba a punto de someterse. ¿Pensaba Ramsa Aál deshacerse de él de verdad? Anok no creía que fuera cierto, aunque las auténticas intenciones del sacerdote hacia él seguían siendo un misterio. Sin embargo, estaba seguro de que se trataría de una prueba en todo el sentido de la palabra, y de que el precio del fracaso, sin ninguna duda, sería una muerte espantosa.

Pero a pesar de lo aterradoras que pudiesen ser esas pruebas, Anok las prefería a quedarse en la parte superior del templo y contemplar los horrores que sucederían esa noche, aún más si se le exigía que participase en ellos. En el Laberinto de Set, su sangre era la única que podría derramarse, y él no era inocente.

Tras el banquete de la mañana no hubo ningún tipo de almuerzo, únicamente mesas con comida situadas en diferentes ubicaciones alrededor del templo, destinadas a ofrecer algo de comer mientras se realizaban otras tareas.

Anok se encontró deseando poder contar con sus espadas para la prueba de esta noche; pero a pesar de haberlas buscado reiteradas veces desde que había llegado al templo, nunca llegó a saber adonde las habían llevado, ni siquiera si seguían allí. Sin esa alternativa, decidió que era hora de improvisar.

Fue paseando hasta la mesa en la que preparaban los cuchillos para el sacrificio. Ya había una hilera de hojas afiladas que se extendía por la parte delantera de la mesa. Dos acólitos trabajaban afanosamente en el otro extremo afilando las hojas con una piedra de mano hasta que conseguían cortar un cabello. Estaban tan concentrados en su tarea, que a Anok no le hizo falta mucho esfuerzo para coger uno de los cuchillos y ocultarlo debajo de la túnica.

Regresó rápidamente a su celda, seguro de que en cualquier momento lo detendrían y lo interrogarían, pero eso no ocurrió. En cuanto se encontró a puerta cerrada, sacó el arma y la examinó. Llevaba una vaina de cuero grabada de manera elaborada y el mango estaba hecho de algo parecido a marfil o cuerno negro. El pomo era de gruesa plata, con la forma de una cabeza de

víbora. La hoja era curva y tan larga como su antebrazo.

Al desenvainarla, Anok vio que el acero era de muy buena calidad, marmolado según el estilo de las mejores espadas que había visto. La hoja también tenía abundantes grabados: mostraba la imagen de una doncella desnuda, con los brazos en alto y la mirada baja, como si esperase con resignación a ser sacrificada. Los dos bordes de la ancha hoja estaban afilados y se estrechaban como el diente de una serpiente hasta formar una fina punta.

No se trataba de una espada y era más apropiada para cortar que para apuñalar, pero era mucho mejor que no contar con ningún tipo de arma. Le quitó los cordones de cuero a un par de sandalias de repuesto y se ató la vaina alrededor del cuerpo, de forma que colgase (invisible) a lo largo de la columna. Cuando se encontrase en el Laberinto, podría quitársela y atársela a la cintura como correspondía.

Anok pasó el resto de la tarde estudiando los pergaminos y sólo abandonó su celda cuando el sonido del gong del templo le dijo que había anochecido. Se encontró con Ramsa Aál mientras subía por las escaleras hacia el nivel principal del templo. El sacerdote iba acompañado por cuatro musculosos custodios armados con espadas.

¿Pensaba que Anok intentaría escapar? ¿Que se negaría a pasar la prueba? Esa no había sido nunca su intención, pero ahora veía que ni siquiera era una posibilidad.

Sin embargo, el sacerdote sonrió al verlo.

—Casi pareces deseoso de comenzar tu prueba, acólito.

Siguió subiendo por los escalones y Anok caminó con él. Los cuatro guardias marchaban pocos pasos por detrás.

—Quiero demostrar mi valía, maestro, si es que ésa es realmente la intención.

—¿Qué otra intención podría haber, acólito?

—Dejal me dijo que el Laberinto de Set es el lugar al que llevan a los acólitos que fracasan para… deshacerse de ellos.

El sacerdote esbozó una leve sonrisa.

—El acólito Dejal tiene razón.

La afirmación quedó colgando en el aire y Anok esperó una aclaración. No hubo ninguna.

El joven oyó más adelante agua corriendo y olió el hedor de las aguas residuales. Salieron a una amplia sala con un canal de piedra en el suelo. Un lento torrente de agua limpia corría por el canal y un puente de roca pasaba sobre él hasta llegar a una puerta situada en el otro extremo de la habitación.

El sacerdote se detuvo para observar a dos hombres que trabajaban cerca del lugar en el que el agua desaparecía por una abertura en la pared. Anok se dio cuenta de que se trataba de los dos sirvientes de piel oscura que había visto antes. Los hombres trabajaban junto a una pila de tarros de cerámica negra,

cada uno del tamaño del torso de un hombre, completamente cerrados con corcho y cera roja. Mientras ellos miraban, los hombres utilizaron cuchillos para perforar la cera de uno de los tarros y sacar el corcho de la ancha boca. Al hacerlo, un fluido oscuro se derramó sobre las manos del hombre y goteó hasta el suelo que ya estaba manchado… de sangre.

Los ojos de Anok se abrieron de par en par. Ramsa Aál lo miró y sonrió divertido.

El acólito observó mientras los sirvientes vertían lentamente el contenido del tarro en el agua corriente. El fluido se mezcló rápidamente con el agua limpia volviéndola de inmediato del color rojo oscuro de la sangre. Miró al sacerdote de manera inquisitiva.

Ramsa Aál hizo una señal a los custodios para que les concedieran a Anok y a él algo de espacio y los cuatro se alejaron unos pasos. Entonces, el sacerdote se acercó y le habló a Anok en voz baja. Sus palabras no fueron para los oídos de nadie más.

—No es sangre, si eso es lo que estás pensando. Es un tinte especial, muy potente, que se extrae de los cuerpos aplastados de un escarabajo que sólo se encuentra en una isla en medio del Mar Meridional. Un solo tarro convertiría un estanque pequeño en sangre. Lo traemos aquí abajo en gran secreto y con un enorme coste. Sólo lo pueden manejar aquellos que tienen la piel oscura, pues a alguien como tú y como yo nos volvería rojos como la sangre, y eso podría dejar al descubierto nuestro engaño. De modo que intentamos mantener a nuestros amigos aquí, en el interior de los muros del templo.

—La sangre que fluye hacia el mar.

El sacerdote se rió.

—Ahora lo comprendes. Esta noche se derramará mucha sangre de verdad en nombre de Set, es cierto, pero no hay suficiente sangre en toda Estigia para explicar ese legendario flujo. El tinte se mezcla aquí con agua, luego se recoge en una cisterna detrás de esta pared. Más tarde, justo antes del amanecer, se levantará una esclusa y el agua se derramará en las alcantarillas para que todos la vean.

—Pero ¿por qué?

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—A menudo, el poder se consigue más fácilmente por medio del terror de los hombres inferiores. La sangre no se derrama únicamente para servir a Set. Debido a ello, nuestros enemigos nos temen. Nuestros esclavos nos temen. Nuestros sirvientes nos temen. Nuestros discípulos nos temen.

El sacerdote contempló cómo el agua roja como la sangre fluía hacia la pared, luego atravesó el puente y salió por la puerta del otro lado. Anok caminó con él.

El sacerdote continuó hablando:

—Hombres inferiores, Anok Wati. Podría parecer que te envío a la muerte,

pero como acabas de ver, aquí las cosas no son siempre lo que parecen. Una muerte atroz es el inevitable destino de los hombres inferiores que entran en el laberinto. No tiene por qué ser el tuyo.

—¿En qué se diferencia mi prueba entonces?

—La prueba no es diferente. Tú eres diferente; o eso espero.

—¿Qué encontraré en el laberinto? ¿Qué tengo que hacer allí?

El sacerdote no dijo nada, sino que aceleró el paso. Se alejaron de las celdas de los acólitos y descendieron por otro corredor, uno que Anok no había visto nunca. Avanzaron cierta distancia hasta que llegaron a un punto en el que el pasillo continuaba pero ya no había más antorchas encendidas.

Cada uno de los custodios cogió una de un nicho en la pared y la encendió con la lámpara situada más cerca. Después, continuaron el viaje hacia la oscuridad. El suelo se inclinó hacia abajo y también las paredes cambiaron. El camino era más estrecho y las húmedas paredes parecían haber sido esculpidas en la roca sólida.

Anok no sabría decir cuánto había avanzado, aunque estaba seguro de que ya no se encontraban bajo el templo, ni siquiera bajo la plaza que lo rodeaba. Por fin, tras otra serie de vueltas y giros, llegaron a una sala con dos grandes puertas encajadas en la pared. Las puertas estaban elaboradas con grueso roble y acero y atrancadas con pesadas barras de hierro.

—Este es el Laberinto de Set —anunció Ramsa Aál—. Esta puerta —señaló la de la izquierdaes el camino de entrada—. Esta otra —indicó la de la derecha — es la única salida. Todo lo que tienes que hacer es encontrar el camino de una a la otra. Toca y estos hombres abrirán la puerta para dejarte escapar. Te advierto que no será tan fácil como parece. Recuerda también que, como acólito, hay ciertas reglas que debes seguir, incluso en el interior del laberinto.

A pesar del enigmático comentario, de alguna forma, parecía demasiado sencillo.

—¿Eso es todo?

El sacerdote sonrió levemente.

—Tal vez no. El Laberinto de Set se utiliza para poner a buen recaudo muchos objetos con poderes místicos. No se trata de las baratijas de la denominada «magia de tontos». Esos objetos son tan antiguos y poderosos que ellos eligen quién puede manejarlos. Están repartidos por el laberinto. Puede que no los reconozcas por lo que son; pero, si eres digno, uno de esos objetos se mostrará ante ti. Se te permitirá llevártelo del laberinto si escapas. Si fracasas, el objeto será devuelto a su escondite para esperar al próximo buscador. Recompensa o muerte. Esas son tus alternativas.

Anok contempló la puerta mientras el corazón le latía con fuerza intentando imaginar qué peligros podrían aguardarle allí.

Ramsa Aál se introdujo la mano en la túnica y sacó un objeto. Redondo y brillante, le encajaba en la palma de la mano como un huevo de pato. Lo

acercó para que Anok pudiera verlo.

—Para ayudarte en tu tarea, te ofrezco un obsequio. No es más que algo pequeño; pero si sobrevives, también podrás quedártelo. Las llaman Joyas de la Luna. —Se la pasó a Anok.

El acólito contempló la joya, haciéndola girar entre los dedos. Era ovalada, plana, translúcida y había sido pulida hasta alcanzar un intenso brillo. Parecía una piedra de río particularmente bonita.

—¿Qué es?

El sacerdote simplemente se rió.

—Es útil, si puedes averiguar su secreto. —Le hizo un gesto a uno de los guardias, que sacó el pestillo de la puerta de entrada—. Ahora —dijo Ramsa Aál alargando la mano—, dame el cuchillo.

Anok fingió ignorancia, pero era evidente que no estaba funcionado. De mala gana, introdujo la mano bajo la túnica, desató las tiras de cuero y sacó el cuchillo envainado.

—¿Cómo lo supisteis?

—La hoja ha sido consagrada, bendecida y tocada por el poder de la sangre. Un hechicero puede sentir esos objetos. Tú también aprenderás.

Anok le pasó el cuchillo a Ramsa Aál, que desenvainó la hoja y fingió examinarla.

—Una buena hoja —comentó. Mientras hablaba balanceó el cuchillo trazando un arco que le hizo un corte a Anok en la palma de la mano derecha —. Oh, lo siento —se disculpó.

Soltando maldiciones, el joven sacudió la mano herida. El corte no era profundo, poco más que un arañazo en realidad, pero le ardía y podía sentir cómo la sangre, caliente y pegajosa, brotaba libremente.

El sacerdote volvió a deslizar el cuchillo en la vaina.

—Buscas armas, Anok, pero ya tienes todo cuanto necesitas.

A continuación, se hizo a un lado para dejar que el acólito atravesase la puerta.

Dentro sólo había oscuridad. Tuvo la sensación de que estaba entrando en una sala mucho más grande. Se detuvo en el interior de la puerta y se dio la vuelta, esperando que uno de los custodios le pasase una antorcha. En lugar de ello, vio cómo la puerta se cerraba de un portazo, encajando de tal manera en el marco de piedra que no dejaba pasar ni siquiera un atisbo de luz. De pie en medio de la completa oscuridad, Anok oyó el sonido del pestillo y, luego, silencio.

No, silencio no. Primero oyó agua que goteaba, resonando como si se tratase de una cueva inmensa. Luego algo más, el sonido de algo al deslizarse, como cuero contra piedra.

A continuación, un silbido. ¡Una serpiente!

Algo le tocó el pie, sólo un roce, pero sintió que algo pasaba junto a él por

el suelo. Otro sonido más lejos. Y otro. No una serpiente. Muchas.

Lo rodeaban por todas partes, aunque no podía estar seguro de cuántas ni de qué tamaño. ¡Si pudiera ver!

Otro silbido.

Alto. Cerca. Amenazador.

Notaba la joya fría contra la mano sudorosa. ¿Joya de la Luna? Qué no daría por contar con algo de luz de luna en ese instante. ¡Un momento! ¿Podría tratarse de eso?

Sostuvo la joya en alto más cerca de su rostro. Deseó poder verla, examinarla en busca de alguna pista. La frotó entre los dedos, dándose cuenta por primera vez del hormigueo característico del poder mágico.

—¡Luz!

No ocurrió nada.

—¡Ilumínate!

Nada.

—¡Invoco la luz de la luna!

Seguía sin suceder nada.

Sin embargo, por todas partes a su alrededor podía oír cosas, sentir movimiento.

El corte de la mano derecha le escocía a causa del sudor del miedo y la sangre le bajaba por los dedos, volviéndoselos pegajosos.

¿Por qué le había cortado Ramsa Aál la mano?, se preguntó. No cabía duda de que el acto había sido deliberado, pero la herida era demasiado pequeña para inutilizarlo o para entorpecerlo de manera especial. La amenaza aquí parecían ser las serpientes, y las serpientes no se sentían atraídas por la sangre.

Sin embargo, era una noche de sacrificios de sangre y la sangre era el poder.

La sangre era el poder.

Cogió la joya y la apretó contra la palma ensangrentada. Al hacerlo, oyó el conocido zumbido de la magia, La joya comenzó a brillar con una luz fría y azul que parecía extenderse de forma extraña por el aire, como el tinte rojo lo había hecho por el agua, hasta que iluminó toda la habitación como si hubiese luna llena.

Anok se encontraba en una cueva.

Una cueva llena de serpientes. Cientos de serpientes.

A su alrededor, columnas de piedra colgaban del techo por encima de su cabeza y otras más se alzaban desde el suelo rodeándolo. El agua se acumulaba en charcas poco profundas en la piedra.

Y por todas partes había serpientes.

Eran hijas de Set, serpientes sagradas. La más pequeña era tan ancha como su muñeca; otras (las grandes hijas de Set), tan largas como cualquiera de las que se podían ver en las calles de Odji. Sin embargo, incluso esas serpientes

atrapaban generalmente presas más pequeñas. Normalmente eran demasiado tranquilas, estaban demasiado bien alimentadas para suponer un peligro para un adulto precavido. Los reptiles que lo rodeaban se mostraban activos, se arrastraban por el suelo con rapidez, nadaban en las charcas.

Parecían hambrientos.

Una serpiente de tamaño medio, cuyo cuerpo era tan ancho como el muslo de Anok y que tenía una cabeza del tamaño de un coco, se lanzó de repente hacia él, con la cabeza en alto y la boca abierta para atacar.

Levantó la mano de manera instintiva.

—¡Alto!

Sintió cómo el conocido poder lo recorría y la serpiente avanzó más despacio hasta detenerse. Contempló al humano, aparentemente confusa, mientras probaba el aire con la lengua.

—¡Atrás!

Hubo un momento de vacilación. Después, la serpiente se dio la vuelta y se alejó.

Anok se adentró más en la cueva. Mientras andaba, se asustó al ver que las serpientes lo seguían. Lo observaban pasar con sus ojos rasgados y, a continuación, se unían al desfile.

El acólito se detuvo y se dio la vuelta. Mantuvo las manos en alto como había hecho en los conductos de ventilación, y exclamó:

—¡Atrás!

Las pequeñas retrocedieron. Pero las más grandes, algunas tan largas como la que había tratado de atacarlo al principio, no obedecieron. Aguardaron hasta que hubo descendido un trecho por el túnel. Entonces, comenzaron a seguirlo de nuevo.

Obviamente, su poder sobre las serpientes era muy limitado. Apenas podía controlar a las más largas, y a las grandes hijas de Set, nada en absoluto.

Guiándose gracias a la luz de la joya, Anok avanzó rápidamente por las cavernas con la esperanza de poder dejar atrás a los reptiles. No estaba funcionando. Llevaba cierto tiempo rodear las numerosas columnas de piedra que surgían del suelo y los pozos aparentemente sin fondo que, a veces, dividían el camino, pero las serpientes eran implacables. Más, siempre más, se unían a la creciente multitud.

¡Si tuviera sus espadas! De todos modos había demasiadas. Podría haber matado a unas cuantas, pero pronto se hubiera visto superado. Y había algo más. Las grandes hijas de Set eran sagradas para el templo. Matarlas o hacerles daño estaba prohibido, bajo pena de muerte. Ramsa Aál le había advertido que debía seguir las normas incluso en el laberinto. Lo que significaba que no podía herir a las serpientes pasara lo que pasase.

Siguió adelante. Los pasadizos se bifurcaban una y otra vez y Anok no estaba seguro de hacia dónde ir. No había tiempo para reflexionar, no había

tiempo para buscar pistas sobre la salida. Con lo único que contaba era con el instinto. Se sentía completamente perdido, y después de un rato, tuvo la seguridad de que estaba pasando por un lugar en el que ya había estado antes.

Ramsa Aál le había dicho que un hechicero podía sentir los objetos místicos y que en el centro del laberinto había objetos de esas características. No cabía duda de que tendría que localizar el centro antes de encontrar la forma de salir del laberinto.

Hizo una pausa, dirigiendo una precavida mirada a la ola de serpientes que se acercaba con rapidez, y sostuvo la mano izquierda en alto como le había visto hacer a Ramsa Aál, girándola lentamente, mientras intentaba detectar el hormigueo de la magia.

¡Allí!

Manteniéndose por delante de las serpientes, entró en un pasaje ancho a la izquierda, luego descendió por el del centro de los tres pasadizos que encontró. El hormigueo era más fuerte.

Estaba cerca, pero allí había más serpientes, muchas de las cuales le bloqueaban el camino de tal manera que tuvo que rodearlas con cautela. Las perseguidoras se habían acercado.

Anok apareció en una amplia sala que se extendía hasta perderse de vista. Estaba llena de formaciones enormes y espectaculares, columnas cubiertas de agujas cristalinas, cascadas de roca congeladas, delicadas láminas de piedra rosada que surgían de la pared como las hojas de un árbol. Cada curva desvelaba una nueva maravilla. Sin embargo, no había tiempo para admirar aquella belleza. Más adelante había algo que no se parecía a nada de lo que había visto desde que había atravesado la puerta: un objeto elaborado por el hombre. Un altar. Sin lugar a dudas éste era el lugar, aquí encontraría el objeto de poder que le habían prometido. ¡Y ojalá fuera un arma que pudiera usar contra el Culto de Set!

Estaba tan concentrado en su objetivo que dejó de fijarse en el suelo ante él, Pasó sobre una piedra y puso el pie junto a la cabeza de una de las grandes serpientes constrictoras.

La criatura atacó, los dientes afilados como agujas se le clavaron en el tobillo y las fuertes mandíbulas se cerraron implacables.

Anok se tambaleó, cayó y aterrizó en un charco de agua poco profundo. Mientras seguía sujetándolo por el tobillo, la serpiente comenzó a rodearle el cuerpo con los anillos, enroscándose a su alrededor, una y otra vez, desde las rodillas al pecho. El joven forcejeó para apartarla, pero la enorme serpiente era demasiado fuerte para resistirse.

—Atrás —exclamó desesperado—, ¡Suéltame!

Pero la serpiente era demasiado grande, demasiado inteligente, para sucumbir a su débil magia. La criatura cambió de posición y Anok sintió cómo los anillos se apretaban a su alrededor, sujetándole los brazos. El acólito luchó

por seguir agarrando la gema, para no quedar también sumido en la oscuridad.

Para entonces, el resto de las serpientes ya habían llegado, aunque no se unieron al festín. En lugar de ello, se congregaron a su alrededor, para ver cómo su hermana lo aplastaba hasta matarlo.

¡Más fuerte! Los huesos de los brazos parecieron crujir a causa de la presión. Anok forcejeó tratando de respirar. Sin embargo, con cada espiración, los anillos se apretaban más y, a su vez, cada toma de aire resultaba más pequeña.

Sintió que la caja torácica se le comprimía, amenazando con partirse como una cáscara de huevo.

A su alrededor, cientos de ojos fríos y despiadados observaban.

Entonces, algo se irguió sobre él. Algo gigantesco.

Una enorme lengua negra surgió, rozándole la mejilla. Unos inmensos ojos color cobre lo contemplaron desde lo alto.

¡Más fuerte! La cabeza le latía con fuerza, como si le fuese a estallar. La habitación se oscureció, pero Anok sabía que no era la joya lo que estaba fallando, sino sus ojos.

La enorme criatura siguió mirándolo.

Era la misma serpiente enorme que había visto en el conducto de ventilación.

La serpiente que le había perdonado la vida.

—Agente de Set —le dijo al reptil, esforzándose por encontrar el aire para soltar las palabras entre jadeos—. Me perdonaste la vida… antes… Perdóname de nuevo… para poder servir… en el plan… de Set. Te suplico…

Más fuerte. Sin más palabras. Sin más aire. La joya se le cayó de los dedos entumecidos, la luz se fue debilitando mientras se hundía en el agua poco profunda y chocaba contra el suelo de piedra.

La oscuridad se tragó a Anok como una serpiente.

Abrió los ojos. Jadeó en busca de aire y éste llegó fácilmente. Le dolían los huesos, el cuerpo, pero la serpiente constrictora que lo estaba matando se había ido. Todas se habían ido.

Salvo una. Bajo la débil luz, pudo ver a la mayor de las grandes hijas de Set enroscada a tan sólo unos metros de distancia, con el cuello elevándose en un elegante arco y la cabeza en alto.

Observándolo.

Podría atacar en cualquier momento, aplastarlo con sus enormes mandíbulas, tragárselo entero.

No lo hizo.

Lo observó.

Anok sintió el agua fría mientras se ponía derecho. Introdujo la mano en el agua y agarró la esfera azul que se iba apagando, la Joya de la Luna. Mientras

entraba en contacto con la ahora aguada sangre de la palma de su mano, alcanzó inmediatamente el máximo brillo.

Se puso en pie con gran dificultad.

Quería tumbarse.

Quería morir.

Quería ofrecerse a la gran serpiente y acabar con todo de una vez.

En lugar de ello, se acercó al altar. Un paso.

Luego otro.

Y otro.

Centímetro tras doloroso centímetro, avanzó por las antiguas losas de piedra.

Se trataba de algo bastante sencillo, poco más que un rectángulo de roca, salvo por el símbolo incrustado de oro de una serpiente que mostraba en el lateral. El símbolo de Set.

¿Cuántos años tenía? ¿Fue éste el primer altar de Set? ¿Había nacido el malvado culto precisamente en este lugar?

Se acercó más. Vio que había algo sobre la superficie plana del altar, algo pequeño y oscuro, como un trozo de cuerda fina. Extendió la palma y sintió el hormigueo eléctrico. Esto era lo que había venido a buscar. Siguió acercándose. Sostuvo la joya en alto para ver mejor de qué se trataba.

El objeto se agitó, únicamente un leve movimiento.

Una serpiente. Sólo era otra serpiente. Era diminuta, de un color verde oscuro, como el latón sin brillo. Se trataba de una criatura realmente pequeña, más incluso que las serpientes blancas y ciegas a las que Ramsa Aál había llamado los Dedos de Set. Sin embargo, sus sentidos le decían a Anok que contaba con un gran poder.

Pero ¿cuál? No era más que una serpiente pequeñita, completamente sola en una cueva llena de sus hermanas más gigantescas.

Allí tendida, parecía inofensiva. Parecía dormida. Estiró la mano izquierda hacia ella.

Con una rapidez asombrosa, la pequeña serpiente atacó. Los colmillos parecidos a delgadas agujas se hundieron profundamente en la vena azul del dorso de la muñeca de Anok. El joven aulló de dolor mientras le inyectaba veneno en las venas, como metal al rojo vivo. Apartó la mano, intentando quitarse la serpiente de encima, pero la criatura se agarró fuerte.

El cuerpo del reptil se enrolló rápidamente, rodeándole la muñeca, una, dos, tres veces. Se apretó con fuerza, sus escamas eran como metal ardiente que le quemaban donde le tocaban la piel.

El cuerpo de la criatura se puso rígido, como si se convirtiera en hierro, y comenzó a resplandecer con un fuego rojo. Las llamas danzaron alrededor de la serpiente, surgiendo de su carne carbonizada.

Los anillos parecieron apretarse aún más, el cuerpo del reptil se hundió en

la carne de Anok como un carbón caliente en un montículo de nieve fresca. El dolor era insoportable, la muñeca se le estaba quemando y el veneno le subía ardiente por el brazo como si buscase su corazón. Cayó de rodillas.

¡Más fuerte! Se veía los huesos del brazo a través del círculo de carne carbonizada. Los anillos metálicos de la diminuta serpiente se enrollaron con fuerza alrededor de ellos. Anok gritó de dolor.

Entonces, el brillo que rodeaba a la serpiente comenzó a apagarse. Las llamas desaparecieron. Los bordes de carne carbonizada se volvieron rosados, luego rojos, fundiéndose y extendiéndose sobre la serpiente y el hueso. Ante los atónitos ojos de Anok, la muñeca comenzó a curársele sola, la carne líquida se volvió sólida, la piel se estiró y se unió para cubrir la herida abierta.

Una exclamación de alivio escapó de los labios de Anok. El dolor disminuyó.

Su brazo estaba entero.

Pero la serpiente seguía allí. Sentía el poder de la criatura ardiendo dentro de él. Poder místico, oscuro y poderoso. Poder con potencial para… Aún no estaba seguro. Y había algo más.

Llevaba la imagen de la serpiente grabada a fuego en la piel, como un tatuaje, con la cabeza sobre la mano, el cuerpo enrollado alrededor de la muñeca y la cola ascendiendo por el antebrazo. ¿Qué significaba?

La gran serpiente lo miraba fijamente; en cierta forma, parecía satisfecha.

Anok se tambaleó hacia adelante, más allá del altar. Tenía que encontrar la forma de salir del laberinto. Descendió penosamente por el túnel, hasta que encontró serpientes.

Cientos de serpientes, enroscadas, con las cabezas en alto en señal de respeto, situadas en dos filas, formando un sendero en el túnel. Con cautela, Anok se situó entre ellas, esperando que atacasen en cualquier momento.

Aún podía notar el poder de la pequeña serpiente ardiéndole en las venas. Sintió que el dolor se desvanecía, que su fuerza regresaba. Anok avanzó a grandes zancadas, más rápido, con más determinación.

Mientras pasaba ante ellas, las serpientes inclinaron las cabezas.

«¡Sirvientes de Set! Entonces, ¿qué soy yo que se inclinan ante mí?»

Avanzó con paso firme hasta que más adelante, bajo el resplandor azul de la joya, vio la forma arqueada de una gran puerta de madera.

Al pasar ante ellas, las serpientes se alejaron, desvaneciéndose nuevamente en la oscuridad.

Anok se acercó a la puerta, hizo una pausa y, a continuación, golpeó tres veces con el puño contra la gruesa madera.

Se produjo un corto intervalo. Después oyó cómo los custodios levantaban el pestillo con torpeza. Con un chirrido y una lluvia de telarañas, la antigua puerta se abrió. La luz de las antorchas brilló a través de la abertura, ahogando el suave resplandor de la Joya de la Luna.

Los custodios lo miraron detenidamente, con curiosidad, y, tal vez, un poco asombrados.

Anok salió por la puerta y la oyó cerrarse a su espalda.

—¿Ya ha amanecido? Tengo que hablar con Ramsa Aál.

Mientras entraba en la parte superior del templo, Anok descubrió que, en efecto, había amanecido. La luz del color de la sangre se derramaba a través de todas las ventanas y puertas. Si la noche anterior el clima había sido alegre, ahora se lo podría describir con más exactitud como aletargado.

Restos humanos y de otro tipo yacían desparramados por el suelo, que generalmente estaba impecable. Mientras que antes el templo bullía de actividad, ahora estaba casi desierto, salvo por algunos desaliñados sirvientes y acólitos que, manchados de sangre y cansados, se dirigían a sus dormitorios. Los custodios de Set eran los únicos que permanecían alerta, incluso más de lo normal, atentos en la tarea de proteger a la agotada y vulnerable familia del templo.

Anok fue conducido hasta un área situada sobre la entrada del templo, donde se encontraban las habitaciones privadas de los sacerdotes de alto rango. Las habitaciones de Ramsa Aál estaban cerca de la mitad, bastante próximas a las del Sumo Sacerdote del templo, una ubicación que reflejaba su creciente poder y estatus.

Hicieron pasar directamente al acólito, pues se había enviado a un mensajero por delante para anunciar su llegada. Anok encontró al Príncipe de los Acólitos tumbado en una butaca frente a una gran pared de ventanas desde las que se podían ver las negras murallas de la ciudad interior hasta el Mar Occidental situado más allá.

El océano estaba oscuro. Crestas blancas arrastradas por el viento rizaban su superficie, pero el viento no llegaba hasta ellos, un hecho que Anok únicamente podía explicar mediante el uso de magia. Aquello lo sorprendió. ¿Quién utilizaría la hechicería, se arriesgaría a corromperse, únicamente por un superficial asunto de comodidad? También se encontró preguntándose cómo se llevaría a cabo el hechizo.

El frente del templo daba hacia el sol poniente; por lo tanto, el cielo era de un añil oscuro, casi negro, contra el que se recortaban los edificios de la ciudad, de un tono rosado bajo la primera luz de la mañana. El sacerdote tenía la mirada clavada en el horizonte, con el brazo tendido de manera informal sobre el reposabrazos de la silla. Sostenía un curvo cuchillo para sacrificios, puede que incluso fuera el mismo que le había quitado a Anok, empapado de sangre. Sobre una mesa situada junto a él, un enorme quemador de incienso despedía volutas de humo y Anok reconoció el olor acre del polvo de loto negro. El joven se mantuvo a cierta distancia e intentó no aspirar el humo místico y estupefaciente.

Tal vez fuera la intoxicación a causa del loto lo que impidió que el

sacerdote se percatara de la llegada de Anok durante un tiempo. Al final, levantó la mirada sobresaltado, como si el joven se hubiera materializado repentinamente en la habitación. Parpadeó sorprendido.

—¡Anok Wati! ¡Acólito, estás vivo!

—Parecéis sorprendido, maestro. Ciertamente, durante un tiempo tuve mis dudas, pero Set me ha sacado del laberinto con sus bendiciones.

Ramsa Aál se levantó de la silla y se acercó a Anok mostrando una leve inestabilidad. Sonrió y asintió con la cabeza.

—¡Sí! Sabía que lo lograrías. Hice una apuesta con el Sumo Sacerdote. ¡Habrá una ceremonia de otorgamiento de poderes en mi nombre la próxima luna llena!

—Me alegra por vos, maestro.

Anok se sentía demasiado cansado para ocultar el sarcasmo en su voz, pero o bien el sacerdote no se dio cuenta o no se ofendió por ello.

—¡Estás vivo! —repitió con asombro.

—Estoy vivo, maestro.

—Y ¿has traído contigo del laberinto un obsequio de Set? —Sí.

—¡Déjame verlo!

Anok titubeó, y luego adelantó la mano.

—En realidad, no es algo que se pueda mostrar.

Los ojos de Ramsa Aál se abrieron de par en par, extendió la mano para coger el brazo de Anok y lo examinó. Primero observó el dorso de la mano con la cabeza de la pequeña serpiente, luego le apartó la manga para ver los anillos que la rodeaban, la cola que apuntaba hacia lo alto del brazo, hacia el corazón.

—¡El hijo de Set! Tenía esperanzas, pero nunca soné… —Trazó el contorno de la serpiente con los dedos—. Esta marca es muy poderosa, acólito, no se había concedido antes en toda mi vida.

—¿Qué significa? —preguntó Anok. Sin embargo, ya tenía un presentimiento.

—Significa poder. Lina conexión directa con el poder de Set. —Le frotó la muñeca, como si parte del poder pudiera pegársele—. Es poder… puro, antiguo y primario. Efn poder que pocos mortales han manejado nunca. Pero únicamente si consigues aprender a utilizarlo y únicamente si consigues sobrevivir estando tan cerca del fuego. —Lo miró a los ojos—. Yo te ayudaré, acólito. Si eres digno, ¡manejaremos este poder juntos!

A Anok le tembló el párpado ante la última afirmación, pero no dijo nada en voz alta.

«¡Yo manejaré este poder y estrangularé a Set con sus propios anillos!», se dijo.

20
INTERLUDIO

La mañana llegó y a Teferi el Nido le pareció una tumba.

Era la primera Festividad que podía recordar que había pasado solo. Tenía que admitir que había sido su elección. La preciosa chica del puesto de fruta al fondo de la calle (la de la piel color canela, ojos grandes y labios gruesos y seductores) lo había invitado a una pequeña fiesta con algunos amigos. Teferi estaba casi seguro de que en la invitación había más de lo que se había dicho con palabras.

Sin embargo, no había aceptado, le había dicho que tenía otros planes, cuando no era cierto. No estaba de humor para ir de fiesta con guapas desconocidas, para sonreír y reír y fingir que todo iba bien en el mundo mientras se derramaba sangre al otro lado de la puerta cerrada.

Así que regresó al Nido a la caída de la tarde, echó el pestillo y abrió un barril pequeño de vino.

Había esperado que, tal vez, Sheriti bajaría las escaleras y se uniría a él; pero aunque oyó sonidos de pasión y jolgorio procedentes del burdel durante toda la noche, él permaneció solo, Ciertamente, no la había visto en muchos días, desde poco después de que Anok se hubiese marchado al Templo de Set. Tal vez había regresado al Templo de los Escribas como Anok esperaba. Teferi también deseaba que fuera así.

No había tenido noticias de Anok, y sus intentos de introducir un mensaje en el templo no habían tenido éxito. Cuando al fin consiguió sobornar a un sirviente del templo y averiguó que Anok estaba vivo, que lo habían aceptado como acólito novicio junto a Dejal, Teferi no supo si debía celebrarlo o perder las esperanzas. Había encontrado y perdido a su amigo.

Se sentó a la mesa, observando cómo el sol de la mañana pasaba de rojo a blanco ardiente mientras terminaba con los últimos restos devino. Sus pensamientos vagaron por tierras que nunca había visto y que únicamente conocía a través de las historias que pasaban de generación en generación. Soñó con inmensas llanuras de hierba interrumpidas por grupos de árboles gigantescos, donde manadas de

animales enormes, parecidos a casas con patas, deambulaban y pastaban.

Con la mente, vio un grupo de cazadores entre esas grandes bestias: altos, musculosos, casi desnudos, con la piel tan oscura como la suya. Los hombres, armados únicamente con largas lanzas y cuchillos de piedra, acechaban a las enormes bestias con habilidad y seguridad en sí mismos, poderosos guerreros que podrían alimentar a su aldea una semana con una sola presa.

Esa tierra imaginaria era fértil, llena de vida, no había sido tocada por la corrupción de la magia ni por las retorcidas pasiones de los llamados hombres civilizados, Cómo anhelaba encontrarse allí. Cómo anhelaba estar hombro con hombro con aquellos cazadores, sabiendo que se enfrentaba al peligro para alimentar a los suyos.

Un sueño. Sólo un sueño. Esa tierra había sido corrompida tiempo atrás por la hechicería y la codicia, había perdido su jardín perfecto para siempre.

En su mundo turbulento había encontrado pocas cosas que valiera la pena tener, pocos tesoros que valiera la pena conservar, salvo la amistad. Entonces, ¿por qué le preocupaba tanto ahora?

Sabía que Sheriti tenía razón. Con la amistad venía la responsabilidad. El era el guardián de su hermano, su pastor, su cuidador. Si Anok había tomado la senda equivocada, si había caído en la oscuridad, nunca había necesitado más a su hermano Teferi. Anok era su responsabilidad y su carga. Si podía hacerlo, lo ayudaría en su búsqueda. Si debía hacerlo, lo sacrificaría como a un perro rabioso. Sólo el futuro lo diría.

Unos frenéticos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Teferi se quedó mirando la puerta sin moverse, preguntándose quién podría ser. A pesar de la promesa que Anok le había arrancado, le preocupaba que pudiera tratarse de lord Wosret o de uno de sus asesinos. No confiaba en aquel hombre y estaba seguro de que volverían a saber de él.

Los golpes volvieron a sonar, esta vez acompañados de gritos.

—¡Teferi! ¡SoyRami! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Abrela puerta!

Algo en el tono del shemita se llevó la irritación que Teferi había sentido al principio. El ladrón sonaba desesperado y más que un poco asustado.

Se puso en pie, se acercó a la puerta y levantó el pestillo.

Rami entró de golpe, con los ojos abiertos de par en par y el rostro cubierto de sudor. Agarró al kushita por el brazo y tiró de él.

—¡Ven conmigo!

—¿Adonde?

La boca de Rami se abrió, pero no surgió nada. Al final, respondió:

—No puedo decirlo. No quiero decirlo. Es demasiado horrible. ¡Tienes que verlo tú mismo!

Teferi estaba acostumbrado al temperamento nervioso del pequeño shemita, a su excitabilidad, a su tendencia a exagerar. Todo ello figuraba entre los rasgos que más le molestaban del otro hombre. Sin embargo, nada de eso explicaba su comportamiento actual.

—Voy a coger mis armas.

Teferi se ató la espada y la daga. Pensó en el arco y en el carcaj un momento, pero decidió que era mejor viajar ligero.

—Vamos.

Siguió a Rami al trote, sus piernas más largas le garantizaban que no tendría problemas para seguir el ritmo del hombre más pequeño mientras se alejaban corriendo del burdel hacia el norte, serpenteando por las estrechas calles. Como era habitual la noche después de la Festividad, todo estaba en calma. Comerciantes con resaca abrían sus tiendas tarde, e incluso los mendigos que habían sobrevivido a la noche se sentaban en silencio en las entradas observando a los transeúntes con ojos angustiados.

No fueron muy lejos, un par de calles más allá, una corta carrera hacia el norte, antes de que Rami se detuviese a la entrada de un angosto callejón. Señaló y la mano le tembló al hacerlo.

—Allí dentro.

Teferi lo miró.

—¿El qué?

Rami negó con la cabeza.

—Esto es todo. Te traje aquí por los viejos tiempos, pero me lavo las manos de este asunto. Unos niños que conocían a los Cuervos de la calle la encontraron. Me vieron al volver a casa de una fiesta y me lo dijeron. Y yo te lo digo a ti. —Se dio la vuelta—. Mi parte ha terminado. Esto es demasiado peligroso. Me voy a buscar un lugar en el que ocultarme. No intentes encontrarme.

Teferi lo siguió con la mirada. Las manos le sudaban y el corazón le martilleaba con un miedo cada vez mayor. Soltó una carcajada nerviosa, diciéndose a sí mismo lo tonto que se sentiría después, cuando esto resultase no ser nada.

Entró lentamente en el callejón, midiendo cada corto paso, como un anciano. Paso, pausa. Paso, pausa. Paso, pausa.

Olió la basura pudriéndose. Las moscas zumbaban con fuerza desde las montañas de mugre y desperdicios. Entonces vio una pared salpicada de sangre, manchada con ensangrentadas marcas de manos, dejando constancia de alguna lucha espantosa que no se podía ni

imaginar. Más adelante vio algo en una de las pilas de basura, algo arrugado envuelto en seda blanca empapada de sangre negra.

Dio otro paso hacia adelante y casi se le doblaron las rodillas. El rostro se le paralizó en una máscara de desesperación. Vio una mata de cabello color miel. Una enorme mosca negra estaba posada encima, frotándose las patas delanteras mientras lo observaba con sus protuberantes ojos verdes.

Teferi se acercó corriendo, tropezó y cayó de rodillas sobre la basura a medio pudrir haciendo que el enjambre de moscas se dispersase. Tomó la cabeza entre sus brazos, la piel estaba fría y sin vida, y la apretó contra su pecho.

—¡No! —le gritó al cielo—. ¡Por todos los dioses, por favor, no!

21

Agotado a causa de la prueba, Anok regresó a su celda y cayó inmediatamente en un profundo sueño lleno de inquietantes imágenes.

Caminaba por los pasillos del Gran Templo bajo la dorada luz del día. El edificio estaba limpio e impecable. En el interior, los sacerdotes, los acólitos, los ancianos, los discípulos, parecían tranquilos y felices, sonreían y se saludaban unos a otros al pasar.

Pero en el techo, por todas partes, colgaban serpientes con las cabezas hacia abajo, esperando. Y mientras la gente pasaba por debajo, las serpientes caían, como flechas que descendían. Las pequeñas llenaban a sus víctimas de veneno; las grandes, las aplastaban con los anillos. Sin embargo, nadie parecía ver a Anok. El intentaba advertirles, gritar, pero ningún sonido le salía de los labios y aquellas personas simplemente se miraban y sonreían, ajenos a su destino.

Entonces, de repente, se encontró fuera del Laberinto de Set. Su padre estaba allí, vivo y sano. Al igual que los otros, parecía feliz. Le sonrió a Anok mientras cogía el pestillo de la puerta y lo abría.

—Voy a entrar —anunció.

Anok intentó suplicarle, pero sus palabras surgieron como un galimatías. Intentó llegar junto a su padre y detenerlo, pero no pudo mover los pies. La imagen de la serpiente en el dorso de su mano cobró vida, se irguió y le mordió la mano una y otra vez con sus dientes diminutos y afilados, llenándolo de ardiente veneno.

Su padre dio un paso hacia la puerta.

Con todas sus fuerzas, Anok obligó a su voz a funcionar.

—¡Padre!

Su padre se detuvo y se volvió hacia él con una expresión de reconocimiento en el rostro.

—¿Sekhemar?

A continuación, la más grande de las hijas de Set, la poderosa serpiente de las catacumbas, lo atacó desde la oscuridad. Las enormes mandíbulas se cerraron sobre su padre.

Anok oyó cómo crujían los huesos. La sangre caliente le salpicó el pecho y la serpiente arrastró a su padre hacia la oscuridad. La puerta se cerró de golpe tras ellos y la tranca volvió a caer en su sitio.

De repente, Anok pudo moverse. Corrió hacia la puerta y tiró de la barra, únicamente para descubrir que no la podía mover. Detrás de la puerta podía oír los gritos de su padre.

Golpeó la puerta con los puños.

—¡Padre!

Golpeó y golpeó hasta que le sangraron los puños.

—¡Padre!

Anok despertó sobresaltado, con el sonido de unos puños que golpeaban contra la madera resonándole en los oídos. No se dio cuenta de que el sonido era real hasta que abrieron la puerta forzándola; el pestillo quedó colgando de las astillas.

Un custodio estaba allí de pie y parecía un tanto avergonzado.

—Perdón, acólito, pero no respondíais y lord Ramsa Aál os mandó llamar. Es un asunto urgente.

Anok se sentó en la cama y asintió.

—Dejadme coger una túnica limpia.

Se vistió de prisa y siguió a los custodios. El joven esperaba que lo condujesen a los aposentos de Ramsa Aál, pero en lugar de ello atravesaron la sala ceremonial principal y entraron en la galería de los sacerdotes situada detrás de la sala. Allí, Anok vio a Ramsa Aál rodeado de guardias, con las armas desenvainadas contra una amenaza que no podía ver. El sacerdote llevaba la capucha hacia atrás, dejando al descubierto el pelo blanco desordenado y despeinado. Tenía los ojos teñidos de rojo y descontrolados.

Entonces, Anok vio lo que captaba la atención de los otros y ahogó una exclamación. Teferi estaba en el suelo. Cinco custodios lo habían obligado a ponerse de rodillas, le sujetaban los brazos y lo agarraban a pesar de que el joven no oponía resistencia. Tenía el rostro lleno de moretones y le goteaba sangre de la boca.

Ramsa Aál levantó la vista hacia él.

—¡Acólito! Este estúpido salvaje invadió nuestro templo en pleno día y fue capturado rápidamente. Pensé que deberías verlo morir, ya que no hace más que llamarte. —El sacerdote estudió el rostro de Anok con interés—. Conoces a este… kushita.

El acólito miró a Teferi, desesperado. Luego, asintió en dirección a Ramsa Aál.

—Es amigo mío, maestro. Os ruego que le perdonéis la vida.

El sacerdote miró a Anok ladeando la cabeza de manera extraña.

—Un acólito de Set no tiene amigos, Anok Wati. Sólo tiene maestros a los que obedece, inferiores a los que da órdenes y enemigos a los que aplasta. —Le hizo una señal al capitán de la guardia, que alzó la espada y comenzó a avanzar hacia Teferi.

Anok se situó de un salto frente a él.

—¡Alto!

Ramsa Aál lo observó con curiosidad.

—¿Tienes algo que decir, acólito?

El joven pensó frenéticamente. ¿Cómo podría salvarle la vida a Teferi?

—Os he engañado, maestro, Estaba avergonzado. Una vez os dije que deseaba riqueza, poder…, sirvientes. Era un pobre huérfano en los barrios bajos, pero logré algo de dinero con mis aventuras y, en mi vanidad, contraté a este kushita de sirviente. Incluso ahora trabaja para mí. Unicamente ha venido a entregarme un mensaje. Sus intenciones son buenas; pero como podéis ver —miró con tristeza a Teferi—, es idiota.

El sacerdote pensó en ello.

—¿Un mensaje? Deberías haber dejado atrás tu antigua vida cuando viniste aquí, Anok Wati, Un acólito de Set debería estar más allá de tales preocupaciones.

Anok inclinó la cabeza.

—Tenéis razón, maestro. He actuado de manera incorrecta.

—Pero ahora siento curiosidad por saber qué asunto era tan importante para justificar esta invasión. Oigamos eso, al menos, antes de matarlo.

Anok se sobresaltó al oír esto último, pero no dijo nada. No podía perder las esperanzas si aún se podía hacer algo. Se situó frente a Teferi. Se miraron el uno al otro unos segundos. Entonces, Anok lo abofeteó con fuerza con el dorso de la mano.

—¡Imbécil! ¡Idiota! ¡Vienes aquí a avergonzarme! ¡No te mereces la moneda de plata que te pago cada mes! ¡Sería mejor que les dejara que te cortasen la cabeza y así me libraría de ti!

La ira y la furia que se reflejaron en los ojos de Teferi cuando levantó la mirada hacia Anok fueron reales y lo hirieron profundamente.

El kushita escupió un poco de sangre en el suelo, a sus pies, y luego volvió a alzar los ojos.

—Sheriti está muerta.

El cuerpo y la mente de Anok se paralizaron. Fue como si se hubiera convertido en una estatua. Las palabras de Teferi quedaron inmóviles en la entrada hacia su mente, donde se negó a dejarlas pasar. Entonces, al fin, los ardientes pulmones le recordaron que debía respirar. Jadeó y tosió.

—¿Sheriti?

Ramsa Aál lo miró con frío interés.

—¿Una mujer, Anok Wati? El amor hacia una mujer debilita la concentración de un hechicero. Está bien probar la carne, por ese motivo tenemos prostitutas aquí, pero los asuntos del corazón son para hombres inferiores. Estás mejor sin ella.

El joven lo ignoró, su atención estaba centrada en Teferi.

—¿Cómo?

—Asesinada.

—¿Quién? ¿Quién lo hizo?

El kushita negó con la cabeza.

Anok respiró hondo. Ya lo sabía.

—Wosret. Tuvo que ser él. —Sintió cómo lo invadía la ira, arrasando cualquier otra emoción—, ¡Ese perro debe morir!

Ramsa Aál se acercó un paso.

—¿Furia? —Se situó frente a Anok, estudiándole el rostro—, La furia es amiga de la hechicería. Estando furiosos explotamos el poder. Estando furiosos averiguamos quiénes somos realmente. —Caminó alrededor del acólito, examinándolo—, Quizá pueda salir algo útil de todo esto. ¿Quieres venganza, Anok Wati?

El joven hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, maestro.

Ramsa Aál asintió despacio.

—Entonces, ve a buscarla, con mi bendición. Cuando hayas tenido suficiente, regresa a nosotros y veremos qué has aprendido.

—Mi sirviente, maestro. Es estúpido pero lucha bien. Podría necesitar su ayuda.

El sacerdote bajó la mirada hacia Teferi, como si se hubiera olvidado de él.

—Muy bien. Soltadlo.

Los custodios que sostenían a Teferi retrocedieron, lanzándolo al suelo mientras lo hacían. Permaneció allí tumbado unos segundos antes de ponerse en pie lentamente.

Otro de los guardias puso en el liso suelo las espadas y la daga que le habían quitado al kushita y se las lanzó de una patada.

—También voy a necesitar mis espadas, maestro.

El aludido enarcó una ceja.

—¿De verdad? Podrías llevarte una sorpresa. Pero si es lo que crees… —Miró al capitán de los custodios—. Ve a mis aposentos. En el armario que hay junto a la ventana, en el fondo, encontrarás un bolso de cuero y dos espadas. Tráelos.

El guardia asintió con la cabeza con respeto.

—Sí, señor.

Anok le hizo una señal a Teferi para que lo siguiera y empezó a andar tras el custodio.

—Anok.

Se volvió hacia el sacerdote.

—¿Sí, maestro?

—Regresa a nosotros, acólito. Que un talento como el tuyo se pierda a causa de algún matón callejero sería… inadecuado.

22

Anok y Teferi atravesaron corriendo las calles de Odji, de regreso al Nido. Durante un largo rato no dijeron nada. Anok se sentía entumecido a causa de la impresión y de la falta de sueño. También debería haber estado agotado físicamente, pero no era así. Se sentía recargado, físicamente lleno de energía, sus heridas prácticamente habían sanado y no podía evitar pensar que el punzante hormigueo que sentía en la muñeca izquierda tenía mucho que ver con ello.

—Lamento lo que ocurrió en el templo —dijo Anok al fin.

—Si me vuelves a pegar así, te daré una paliza hasta que sólo te quede una chispa de vida en el cuerpo.

Una voz en su interior dijo: «Me gustaría verte intentarlo», y Anok se asustó. ¿De dónde había salido eso? Intentó pasarlo por alto.

—Por si no te habías dado cuenta, te estaba salvando la vida. Únicamente haciéndote parecer demasiado insignificante para que te prestasen atención podía sacarle a Ramsa Aál la idea de ejecutarte. No… —Se ahogó con sus propias palabras—. No quería perder a mis dos mejores amigos en un día.

—El día aún es joven —comentó Teferi en tono grave—, ¿Qué vamos a hacer?

—Matar a Wosret. Con mucho dolor, si es posible.

—No será fácil.

—Yo creo que sí se puede hacer —repuso Anok—, Lo verdaderamente complicado será seguir vivos después.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Por la puerta principal. No lo esperarán. Sobre todo, a plena luz del día.

—Ya he intentado ese plan hoy. No salió bien.

—Sólo estabas tú. Ahora somos dos.

—Contra un pequeño ejército de matones y guardaespaldas. Y nadie en todo Odji, salvo nosotros, sería lo bastante estúpido como para enfrentarse a Wosret, no importa cuánto lo odien. Tal vez deberíamos buscar a la mujer bárbara. Por una cantidad suficiente de oro, podría ayudarnos.

—No hay tiempo —contestó el otro hombre—. Tendremos que bastarnos a nosotros mismos.

—Entonces, necesitaremos más armas.

—Por eso estamos aquí —dijo Anok, trotando hacia la puerta del Nido.

Descorrieron el pestillo de la puerta, entraron y se dirigieron inmediatamente hacia su provisión de armas.

Anok se ató a la cintura una espada larga como complemento a las dos más cortas que ya llevaba a la espalda. Se metió en el cinto un par de cuchillos arrojadizos de buena calidad y una daga. Luego, tras pensarlo un momento, sacó la daga, la envolvió en un trozo de papiro y lo ató con un pedazo de cuerda de cuero. Volvió a introducir este paquete en el cinto con los cuchillos.

Teferi añadió una espada de repuesto y cogió su potente arco estigio y un carcaj con flechas.

Fue entonces cuando Anok oyó un sollozo apagado procedente de algún lugar a su espalda. Se dio la vuelta y vio que la trampilla que conducía al burdel estaba abierta. Miró a Teferi.

—¿La trajiste aquí?

El kushita asintió con tristeza.

—¿Adonde si no?

Anok se pasó la lengua por los labios resecos.

—Volveré en un minuto. Espera aquí.

Ascendió por los estrechos peldaños hacia la trampilla y siguió el sonido hasta llegar a las habitaciones de arriba. Las prostitutas lo observaban desde las diferentes puertas, y su aspecto le resultó extraño pues todas estaban completamente vestidas. Volvió la vista atrás y vio que la parte delantera del burdel tenía los postigos cerrados. Supuso que habían cerrado por el duelo.

Siguió los sollozos hasta una puerta abierta cerca de la parte de atrás del edificio. En la puerta se encontró con una joven prostituta kushita llorando que entró corriendo en otra habitación y cerró de un portazo tras ella.

Anok entró en la habitación. En el centro de la estancia habían colocado dos sillas resistentes, con un par de tablas de cama sobre ellas, y las habían cubierto con unas mantas para formar una especie de cama alta. Encima había tendido el cuerpo, sorprendentemente pequeño, envuelto en seda. La habitación estaba muy perfumada y en cada esquina ardían quemadores de incienso. Pero nada de ello podía ocultar por completo el inconfundible olor de la muerte.

Una única silla de respaldo alto se inclinaba junto a la cama improvisada. En ella estaba sentada una mujer alta, de cabello oscuro, delgada y elegante, a la que Anok reconoció inmediatamente como Kifi, la madre de Sheriti. Su largo cuello se arqueaba con gracia y mantenía la cabeza erguida, como si estuviera posando para un retrato. Tal como Anok los recordaba, sus rasgos eran hermosos en su fragilidad. Podía ver parte de la belleza de Sheriti en el rostro de la mujer. Llevaba un vestido de seda de color naranja dorado que la cubría del cuello hasta los pies, y la luz que entraba por las ventanas a su espalda le transformaba el cabello en una especie de aureola.

Kifi no lo miró ni pareció darse cuenta de su llegada. Simplemente,

mantuvo la vista al frente.

Anok se acercó al cuerpo de Sheriti, le puso una mano suavemente sobre la cabeza y le acarició el pelo. La piel de la joven era de un blanco fantasmal, excepto por un moretón púrpura que le cruzaba una mejilla. El pañuelo de seda que le rodeaba el cuello mostraba rastros de la sangre que lo había traspasado.

Se agachó y le dio un beso en los labios fríos y sin vida.

Se sobresaltó cuando Kifi habló de repente.

—Vivimos en mundo de hombres —dijo—, cruel y violento. No es un mundo amable con quienes tienen la mala suerte de nacer mujeres. Este lugar, este burdel, es una especie de fortaleza de mujeres, sitiada eternamente por el mundo de los hombres. Sin embargo, les resultamos útiles, y por eso resistimos cada ataque y vivimos otro día.

Anok se dio cuenta por primera vez de que parecía mucho más vieja que sólo unas semanas atrás. Tenía los ojos hinchados y rodeados de arrugas; los labios, finos y demacrados.

La mujer continuó hablando:

—Algunos dicen que me equivoqué al traer una hija a un lugar así, y tal vez tuvieran razón. Pero la quería, hice lo que pude por ella y busqué la forma de ofrecerle una vida mejor de la que yo había llevado. Tras muchos años de lucha, he logrado cierta cantidad de bienes y riquezas, algo poco común para una mujer en Estigia. Pero en lo que respecta a la felicidad, Sheriti era todo cuanto tenía, todo cuanto tendré.

»Así que también busqué para ella cierto grado de felicidad, sin éxito. Hasta el día en que la rescataste de aquellos bandidos. Nunca olvidaré el momento en que me la devolviste en el mercado. Estabas mugriento y delgado y, sin embargo, te comportabas con orgullo. Y recuerdo la forma en la que ella se aferraba a tu brazo, la forma en la que sonreía mientras describía el rescate. Me suplicó que te dejase vivir en los establos debajo del burdel. La verdad sea dicha, no hizo falta que suplicase mucho. —Se dio la vuelta y lo miró por primera vez—. Estaba orgullosa de lo que le habías enseñado, de saber leer y escribir, y eso le proporcionaba gran alegría. En cuanto al resto, incluso aunque yo sabía que sus aventuras contigo eran peligrosas, la hacías feliz, algo que yo nunca hubiera podido lograr. Por ese motivo, te estaré eternamente agradecida.

—Sé quién la mató —repuso Anok—. Lord Wosret de los Escorpiones Blancos. La mató por mi culpa.

—La mató porque es un animal y eso es lo que hacen los animales. ¿Qué vas a hacer, Anok Wati?

—Teferi y yo vamos a buscar a Wosret para vengarnos. Te aseguro que estará muerto al anochecer. No le permitiré seguir viviendo otra noche más con la sangre de Sheriti en las manos. Te lo prometo.

Kifi negó con la cabeza con tristeza.

—No te pido esa promesa, Anok. Ninguna venganza nos devolverá a nuestra Sheriti. Ninguna venganza hará que los cortos días de su vida sean más dulces ni sus recuerdos más valiosos. No puedes salvarla.

Anok inclinó la cabeza. «No pude salvarla. Me fui y la dejé morir.»

—Hago lo que debo hacer. —Se dio la vuelta para marcharse.

—No sé por qué te uniste a ese asqueroso culto, pero sé que debías de tener tus motivos. Sin embargo, no puedes salvar a Sheriti, Anok.

»En lugar de ello, ¿por qué no intentas salvarte a ti mismo?

El cuartel de los Escorpiones Blancos estaba ubicado en el borde oriental de Odji, al pie de las colinas de la parte alta de la ciudad, Se trataba de una casa de campo grande y de dos plantas rodeada de jardines y de un muro bajo. En ciertos aspectos, parecía una versión más nueva, de menor calidad y algo menos segura de la casa en la que Anok había vivido de niño.

Teferi y él observaron la parte frontal de la casa desde un callejón situado a corta distancia.

Las puertas del frente estaban abiertas y había media docena de hombres de aspecto fuerte de pie en el interior de esas puertas. Otros hombres patrullaban los jardines que rodeaban la casa y montaban guardia en los balcones. Se dio cuenta de que muchos de ellos aún parecían estar intentando deshacerse de los efectos de los excesos de la Festividad. Algunos parecían haberse dormido de pie. Otros se masajeaban la cabeza constantemente, como si padecieran un dolor punzante. Considerando que eran muchísimos más que Anok y Teferi, era una ventaja pequeña, pero mejor que nada.

Anok se fijó en un edificio de techo plano al otro de la calle frente a la residencia, con una gran pila de heno amontonado contra una pared. Al otro lado de la esquina, una escalera de mano hecha de madera y de aspecto desvencijado estaba apoyada contra un muro, donde no la podían ver desde la residencia.

—Esa es tu posición —dijo—. Te colocarás allí con el arco e irás eliminando a los guardias mientras van saliendo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo seré el cebo —contestó.

—Vas a arriesgarte mucho.

—Eres buen tirador. Si no sigues demasiado enfadado conmigo por haberte pegado.

Teferi sonrió sin humor.

—Ya veremos.

—Me moveré en cuanto estés en tu posición.

El kushita asintió y comenzó a alejarse, entonces vaciló y se dio la vuelta. Alargó la mano.

—Hermano.

Anok titubeó un momento, luego le apretó el brazo.

—Hermano. Si caigo, tú debes terminar la misión.

El otro hombre asintió.

—Si no volvemos a encontrarnos, que nuestros espíritus cacen juntos en el bosque eterno.

A continuación se dio la vuelta y, agachándose para que no lo vieran, trotó hacia la escalera.

Anok se ocultó detrás de un carro al otro lado de la calle, desde donde podía ver tanto a Teferi como la puerta. El gigante negro examinó la escalera con cuidado antes de subir lentamente, iba probando cada peldaño antes de ascender al siguiente y mantenía los pies cerca del exterior, como si intentase ejercer la mínima presión sobre la madera podrida. La escalera no llegaba exactamente hasta el tejado, pero lo acercó lo suficiente como para alcanzar las tejas de arcilla que rodeaban el borde y encaramarse sobre ellas.

Al final, Anok lo perdió de vista. Elnicamente podía imaginar cómo su amigo se arrastraba por el tejado hasta su posición, sacaba el arco, colocaba la flecha y, mientras lo mantenía paralelo al techo para que no lo vieran, tensaba el poderoso arco estigio, con los músculos brillando a causa de la tensión, esperando el momento.

Anok se levantó y cruzó la polvorienta calle con un modo de andar tranquilo y decidido y una sonrisa en el rostro. La muñeca marcada le picaba y le ardía y acabó frotándosela de manera inconsciente. «Dame fuerza —pensó —. Dame rapidez.»

Los guardias lo observaron acercarse a la puerta, pero no hubo ninguna señal de que lo reconocieran. Se llevaron las manos a las espadas pero no las desenvainaron. Debían de estar acostumbrados a ver hombres con espadas al cinto. A menos que fueran perspicaces, tal vez no se fijasen en las empuñaduras de las dos espadas que se asomaban de vez en cuando por encima de los hombros; además, se había pasado los otros cuchillos a la parte de atrás del cinturón. Los ojos de los guardias estaban fijos en la espada que llevaba en la cintura, y eso le venía bien.

—Saludos —dijo, mientras aún estaba lejos del alcance de sus espadas—. He venido a hablar con lord Wosret. Tengo una propuesta que os hará ganar mucho oro a todos.

Los hombres lo miraron con escepticismo. Llevaban una ligera armadura de cuero sobre el pecho, los hombros y las espinillas, y yelmos en forma de cúpula que dejaban sus rostros y orejas expuestos. También portaban espadas, aunque se trataba de armas mal elaboradas considerablemente inferiores a la de él. Se fijó con interés en que el hombre a su izquierda se apoyaba con la mano contra un resistente poste de madera que sostenía la puerta de hierro.

Anok se llevó con indiferencia la mano a la espalda. Antes de salir del Nido había envuelto una de sus dagas con un trozo de papiro y lo había atado con

un pedazo de cuerda de cuero.

—Dejad que os muestre este mapa.

Sacó tranquilamente la daga envuelta y la sostuvo por encima de la cabeza. Si hubieran sido más listos, podrían haber notado la extraña forma en que la sujetaba en alto.

Otro hombre, que llevaba una camisa de malla, una pequeña placa pectoral y una espada ancha, apareció unos pocos pasos por detrás de los otros. Miró a Anok y sus ojos se abrieron de par en par.

—Un momento —exclamó—. ¡Teconozco! Túmatastea…

Dos pasos más.

Uno.

¡Ahora!

Clavó la daga entre los huesos de la mano del primer hombre y ésta se enterró en la madera, inmovilizándolo en aquel lugar. El hombre gritó e intentó extraerla. Sólo consiguió sacar el envoltorio de papiro salpicado de sangre dejando la hoja reluciendo bajo el sol.

Anok dio unos pasos hacia atrás, apartándose de en medio mientras algo pasaba zumbando a su lado como un avispón furioso. La flecha se enterró profundamente en el pecho del segundo guardia, que retrocedió tambaleándose.

Pudo oír gritos procedentes del otro lado de la residencia mientras sonaba la alarma y el tercer hombre desenvainaba la espada.

Anok levantó con su espada a tiempo para desviar un potente golpe lateral del hombre con armadura. Una flecha pasó silbando y rebotó en la placa pectoral con un fuerte ruido, seguida por otra que atravesó la malla y se enterró en el brazo izquierdo del guardia.

Anok aprovechó la distracción e hizo un corte en el lateral de la pierna del hombre por encima de la protección de la espinilla; a continuación, le quitó de un golpe la espada de las manos mientras el guardia perdía el equilibrio.

Otra docena de hombres, con las espadas desenvainadas, cargaron desde ambos lados. Sin embargo, incluso antes de que hubiesen llegado a él, su número había disminuido. Las flechas estaban dirigidas con asombrosa precisión. A su derecha cayó un hombre, luego a su izquierda, luego otra vez a la derecha, después, el hombre que avanzaba en cabeza en su dirección, entorpeciendo a los otros que venían detrás.

Anok se volvió. Agarró con fuerza la empuñadura, balanceó la espada sobre la cabeza y la hizo descender con las dos manos hasta hundirla en el pecho del primer atacante al tiempo que eludía la espada del hombre que se aproximaba. Su arma atravesó la armadura de cuero del primer hombre como si fuese seda, atascándose únicamente contra la parte posterior de su jubón. Empujó al hombre hacia los que lo seguían, dejando que la larga espada cayese con él.

Con el rabillo del ojo vio a Teferi lanzarse del tejado hacia la pila de heno que había debajo. Se puso en pie de un salto y volvió a levantar el arco.

Anok desenvainó las dos espadas cortas justo a tiempo para desviar los ataques que le llegaron de ambas direcciones a la vez.

Otra flecha derribó al hombre que lo atacaba por la derecha.

Alguien más pasó y corrió hacia la puerta llevando una lanza. Tres pasos más allá de la puerta, el portador de la lanza cayó muerto, con una flecha enterrada en el ojo.

Anok se lanzó entre los cuerpos de dos atacantes hacia el jardín, rodó por un sendero de grava y se levantó junto a una roca que le llegaba a la altura de la cintura y que le ofrecía cierta protección.

Logró ver a Teferi, más cerca ahora, que cruzaba la calle lentamente, lanzando disparo tras disparo, como un imponente instrumento de muerte, aunque Anok reparó en que el carcaj estaba casi vacío.

El acólito sonrió mientras desviaba una espada a la vez que se agachaba bajo el arco de otra. «Wosret nunca pensó que los arqueros sirvieran de nada en la ciudad. Tal vez se lo recuerde antes de matarlo», se dijo.

La roca le ofrecía cierta ventaja, ya que podía mantener las defensas en alto y limitar el arco de los golpes de sus oponentes. Pero también lo entorpecía y, cuanto más tiempo permaneciese allí, más atacantes llegarían para enfrentarse a él.

¡Ya basta!

—¡Por Sheriti!

Salió de detrás de su protección y comenzó a avanzar hacia la casa, donde sabía que se escondía Wosret.

Las espadas de Anok danzaban por el aire a tal velocidad que resultaban casi invisibles: brillaban como las alas de una libélula. Superado por seis a uno, los hizo retroceder; les enseñó lo que era el miedo.

Sabía que nunca había luchado mejor ni con más fuerza. «Concédeme esta batalla», rogó.

Empujó a los hombres hacia atrás. Tras ellos vio a Teferi rodeado por tres hombres con armadura, defendiéndose a duras penas. El enorme kushita nunca había sido tan hábil con la espada como con el arco, pero respondió a la llamada.

—¡Por Sheriti!

La fuerza del hombretón pareció duplicarse. La espada de un atacante se le cayó de las manos tras encajar un golpe, el pesado pomo del arma de Teferi aplastó otra mano que sujetaba una espada contra una estatua del jardín.

Pero entonces el kushita pisó mal, fue sólo un pequeño traspié, pero lo desequilibró. El atacante que quedaba le apartó la espada de un golpe.

Uno de los atacantes de Anok cayó con la garganta abierta de un tajo, y el joven pasó sobre él cambiando de dirección mientras corría a ayudar a Teferi.

Nuevamente, la espada del agresor se balanceó apartando el arma de la mano del kushita.

Anok sintió un corte de refilón en las costillas y notó la sangre caliente bajándole por el costado.

El atacante trazó un círculo con la espada por encima de la cabeza haciéndola descender con la punta por delante hacia el pecho de Teferi.

Anok vio cómo su amigo levantaba la mirada. Sabía lo que iba a ocurrir.

No había miedo en sus ojos.

Anok corrió, sabiendo que sería demasiado lento. La espada le cayó de la mano izquierda y la extendió hacia Teferi, como si de alguna forma pudiera alargar la mano y detener el arma.

Gritó desesperado; pero en lugar de un aviso de sus labios surgió algo totalmente inesperado, incluso para él.

Mientras la espada enemiga descendía, el tiempo pareció ralentizarse para Anok. Vio cómo la punta atravesaba sin esfuerzo el pecho de color ébano de Teferi, siguiendo una trayectoria clara que la llevaría hasta el corazón.

Y la palabra surgió:

—¡Agua!

La hoja, que seguía hundiéndose, se volvió transparente como el cristal.

Transparente como… ¡agua!

El arma mantuvo su forma durante un momento inapreciable, luego se quebró convirtiéndose en una cascada, en un chorro que se derramó contra el pecho de Teferi y se llevó momentáneamente la sangre de la herida abierta.

Durante unos segundos, atacante y atacado se miraron el uno al otro, paralizados por el asombro. Entonces, Teferi se sacó una larga daga del cinto. El arma ascendió con un destello, enterrándose profundamente y con fuerza bajo la axila del hombre.

En poco tiempo más del que tardaban en latir, un corazón fue sustituido por otro.

La atención de Anok regresó a su propia situación. Contaba únicamente con una espada corta y sus atacantes seguían llegando.

Teferi había caído.

La ventaja de Anok había desaparecido. Su danza de muerte había terminado.

Y, de alguna forma, sabía que el hechizo del agua se había agotado y que no podría volver a utilizarlo tan pronto.

Estaban perdidos. No podrían concluir la venganza en nombre de Sheriti. A menos que…

Buscó en su corazón el frío fuego de la furia que seguía ardiendo allí y abrió las compuertas que lo mantenían bajo control.

¡Venganza! La serpiente marcada a fuego en su brazo pareció encenderse como la forja de un herrero.

Enterró la espada que le quedaba en el vientre de un atacante y retrocedió, dejándola allí. Alzó las manos.

El guardia situado más cerca cargó contra él, con la espada en alto, lista para cortarlo por la mitad.

—¡Fúndete!

Como había visto en el templo aquel día, los huesos del hombre perdieron toda consistencia. Cayó como un tapiz suelto, ensartándose sin poder evitarlo sobre su propia espada. Se quedó allí tendido, como una medusa varada atravesada por un palo.

Los otros hombres titubearon, con los ojos como platos.

El acólito alzó las manos.

Salieron corriendo y huyeron.

El camino hacia la casa estaba despejado. Olvidándose de Teferi, avanzó hacia adelante, implacable.

Entró en el vestíbulo. Otro guardia lo atacó con una lanza.

—¡Arde!

El asta de madera de la lanza estalló en llamas y el hombre la dejó caer. Los ojos se le abrieron de par en par a causa del terror, luego parecieron a punto de salírsele de las órbitas. La piel comenzó a burbujearle mientras la sangre le hervía en las venas. Cayó al suelo gritando, con un torrente de vapor surgiéndole de la boca.

Anok siguió adelante. Descendió por el pasillo por el que había llegado el lancero.

Un sirviente estaba de pie frente a la entrada de la bodega y lo observaba con inquietud. Mientras Anok se aproximaba, el hombre bajó una maza que estaba colgada en la pared y se acercó a él.

El acólito levantó la mano.

—¡Sangra!

El criado contempló horrorizado cómo la sangre le salía de debajo de las uñas y luego le brotaba de los brazos y del pecho como sudor. Le descendía en ríos de la nariz y como lágrimas de los ojos. El hombre soltó un líquido jadeo de sangre y cayó al suelo muerto.

Anok se dio la vuelta despacio.

Desde una entrada, Wosret lo miraba, con los ojos completamente abiertos a causa del terror.

—Anok Wati, ¡no tengo nada contra ti! —exclamó, desesperado.

—No fue a mí a quien mataste, ¿no es eso, Wosret?

El otro hombre atravesó la puerta caminando hacia atrás, penetrando en una amplia bodega. Una antorcha de pared desvelaba hileras de jarras de vino apiladas de costado hasta el techo bajo.

—¡No sé de qué estás hablando! ¡No he matado a nadie!

Anok soltó una carcajada.

—¡Mientes! ¡Matas cada día! ¿Todavía te das cuenta o es como matar una mosca?

—¿Y tú te atreves a decir eso? Tú, que estás empapado con la sangre de mis guardias.

—Ellos me atacaron, Wosret. A diferencia de ti, yo tengo un código de honor. Te dije que nos dejaras en paz a mí y a los míos, y si hubieras cumplido esa promesa…

—No sé de qué…

Lo hizo callar con un gesto de la mano. ¡Mentiras! Sintió cómo el poder lo invadía, la furia era como una rugiente llama en su corazón. Wosret tenía que morir.

Como en respuesta a su silenciosa petición, una diminuta cabeza blanca surgió entre dos de las jarras situadas detrás del líder de los Escorpiones Blancos. Sin que él la viera, buscó con ojos ciegos, probando el aire con la lengua negra en constante movimiento.

Entonces apareció otra al lado opuesto de Wosret, más cerca del suelo. Un fragmento de su cuerpo se descolgó formando un bucle.

Luego, otra.

Luego, dos más.

Luego, una docena.

Anok se fijó en una rejilla de metal cerca del pie izquierdo de Wosret que probablemente conducía a las alcantarillas. Mientras la contemplaba, una ola de cuerpos blancos que se retorcían surgió a través de la rejilla.

Wosret los vio y gritó como una mujer, chocando de espaldas contra la pila de jarras de vino. En respuesta, docenas de diminutas serpientes atacaron. Sus dientes se hundieron en la carne como anzuelos en un pez, los cuerpos extendidos lo sujetaron con fuerza contra la pared de jarras mientras sus compañeras le ascendían por los pies y por las piernas como una ola.

El hombre gritó.

Siguieron subiendo. A la altura de la cintura, pequeñas cabezas blancas manchadas de sangre caían para ser remplazadas por una docena más de sus serpenteantes compañeras.

Salieron de detrás de las jarras por centenares, cubriéndole las manos, los brazos.

Wosret gritó y aulló. Con un enorme esfuerzo apartó un brazo de la agitada masa que había a su espalda, únicamente para sostenerlo frente a él y ver el hueso desnudo mientras las serpientes se encargaban de sus dedos.

Siguieron subiendo hasta que le cubrieron la cara y se le hundieron en la boca abierta como el agua cerrándose sobre un hombre que se ahoga.

Una hilera de ensangrentados cuerpos blancos volvió a deslizarse por el desagüe.

—Qué muerte tan espantosa —se dijo Anok a sí mismo. Luego, echó la

cabeza hacia atrás y se rió.

Aún sentía el poder en su interior. Corría por sus venas como veneno y le gustaba. La furia seguía ardiendo por… ¿cómo se llamaba la chica?

No tenía importancia.

Levantó la mirada hacia la escalera y se preguntó quién más quedaba por matar. ¡Por favor, que haya alguien más a quien matar!

Entonces (¡qué felicidad!) oyó fuertes pasos que descendían por la escalera, el roce de una espada desenvainada al tocar la piedra por accidente.

Los labios se le curvaron formando una sonrisa. Alzó las manos, con los dedos engarfiados, y sintió cómo el poder se acumulaba en su interior como una ola inmensa, hasta llegar a… algo.

Oh. Esto iba a ser muy bueno.

En el exterior se oyeron truenos, aunque no había nubes en el cielo cuando había entrado en la casa.

Oyó a alguien fuera, y vio cómo la punta de una espada pasaba por la puerta.

El cielo retumbó.

El enemigo entró, alto, amenazador. No tenía ninguna posibilidad.

Abrió la boca y se preparó para hacer descender el fuego…

—¡Anok!

Inspiró hondo y, al espirar…

—Relám…

—¡Hermano!

El acólito parpadeó.

—¿Teferi?

Volvió a parpadear, reconociendo al fin a su amigo, que se apoyaba contra el marco de la puerta, con los ojos muy abiertos, la espada colgando de la mano y un puñado de seda amarilla empapada de sangre apretada contra el pecho.

La voz de Teferi lo había detenido, pero el poder aún rugía, exigiendo que lo liberasen. Pensó en el hombre al que le había hervido la sangre. Eso no sería nada comparado con la furia que bullía en su interior.

Las serpientes se habían ido. Mientras el kushita observaba, el esqueleto de Wosret, únicamente huesos limpios, se inclinó hacia adelante y cayó repiqueteando contra el suelo.

—Hermano, ¿qué has hecho?

El cuerpo de Anok se retorció de dolor, sus puños se apretaron, los nervios le ardieron. Había invocado el puño de Set y tenía que caer.

El puño quería un objetivo.

Quería a Teferi.

—¡No! —jadeó¡No!

Pero el puño debía caer.

Miró a su amigo, que le devolvió la mirada.

Para el eterno pesar de Anok, mientras miraba a Teferi a los ojos, esta vez vio miedo…

Bajó los puños y abrió las manos, como si intentase sacudirse la sangre para que cayera en el suelo.

¡Relámpago!

El mundo explotó en medio de un destello azul.

A lo largo de las generaciones venideras hablarían de aquel día.

Del día en el que la nube negra apareció en el cielo despejado y permaneció inmóvil sobre la residencia de los Escorpiones Blancos. Su superficie bullía como una olla y los relámpagos la recorrían hasta que, con un enorme estruendo, el relámpago cayó.

Algunos dijeron que fueron diez relámpagos. Otros, que cien. La mayoría eran de Odji y, al no saber contar, simplemente dijeron «muchos».

Varios espectadores quedaron ciegos durante días, y cuando aquellos aturdidos testigos recuperaron la vista, no quedaba nada de la residencia salvo un montón de escombros del alto de las rodillas de un hombre. No quedó ni un palo de madera, ni una roca, ni una barra de hierro más grande que el puño de un hombre.

De los Escorpiones Blancos que defendían el lugar no quedó nada salvo fragmentos de hueso y pedazos de carne ennegrecida por los que los perros se pelearon hasta bien entrada la noche.

23

Rami regresó a Odji poco después del amanecer del día siguiente. Había estado jugando en una aldea situada a una hora de camino al sur de la ciudad, desplumando a los granjeros con un poco de juego de manos y un dado cargado. Había conseguido regresar a los muelles antes de que lo descubrieran, robar un bote y remar de regreso al puerto.

Incluso donde él había estado habían oído el trueno. Los granjeros, que conocían bien los asuntos del tiempo, estaban desconcertados, dados los cielos despejados, pero Rami únicamente había pensado en los ingresos.

Sólo después de haber atracado en el puerto, vendido el bote por un puñado de plata y subido por la colina hasta los sitios que solía frecuentar fue cuando oyó los comentarios. Lord Wosret estaba muerto, decían. La mayoría de los Escorpiones Blancos también había muerto, y aquellos que habían sobrevivido se habían dispersado o buscado la clemencia de otros jefes de bandas.

Todo era tan extraño, tan increíble. ¿Quién podría haber hecho algo así?

Deambuló por el Gran Mercado, oyendo fragmentos de conversaciones. Pasaba junto al puesto de un fabricante de venenos cuando oyó algo que lo hizo detenerse. Oyó a alguien decir: «… lo vio con sus propios ojos».

Se acercó y, mientras aparentaba examinar un estante con pociones, escuchó lo que una anciana le decía al vendedor.

—…su hermano era uno de los Escorpiones asignados a la guardia de lord Wosret y resultó herido al principio de la batalla. Huyó al otro lado de la calle y así sobrevivió para contarlo. ¡Fue Anok Wati!

El fabricante de venenos no parecía creérselo.

—¿El chico de los Cuervos?

—Ahora es un hombre y, a juzgar por la túnica, se ha unido al culto. Les echó el cielo encima. —Se acercó más—. Hechicería —dijo la mujer en un susurro demasiado alto.

Rami resopló y se apartó del puesto, redoblando el paso en dirección a la residencia de los Escorpiones Blancos. Conocía bien el camino. No estaba lejos del mercado, al pie de las colinas más próximas.

Al llegar, encontró una multitud de personas rodeando el lugar, pero en el punto en el que antes se había alzado la casa no había nada. Se abrió paso a empujones. Muchos habían venido a curiosear, pero nadie parecía lo bastante

valiente como para entrar en el lugar.

Rami siguió abriéndose camino. Desde luego, no era valor. Se trataba de la absoluta certeza de que, fueran cuales fuesen los horrores que se habían desatado allí, ya habían acabado. En cuanto al resto, tenía que verlo por sí mismo.

Atravesó el círculo de espectadores, cruzó la calle llena de escombros y se subió al pequeño montículo de restos. Aquí y allá vio algunos objetos reconocibles: una copa rota, la punta de una lanza, medio peine esculpido de una concha. Descubrió algo que brillaba en medio de la suciedad y se agachó para coger un broche de plata con una piedra. Tras mirar a su alrededor para comprobar si alguien le estaba prestando atención, se lo metió en el bolsillo.

Pero, sobre todo, vio piedra pulverizada y madera astillada, machacadas hasta quedar reducidas a la nada. Deambuló por la zona, abriéndose camino a patadas entre las piedras, buscando otros tesoros y pensando.

Primero Sheriti (¡qué desperdicio!) y ahora esto. Le había advertido a Teferi que no saldría nada bueno de aquel asunto. Había dicho lo mismo al oír que Anok se iba a unir al culto. Sabía que todo estaba yendo mal, por lo que había ideado una excusa para marcharse de Khemi durante un tiempo. No tenía ni idea de lo mal que podían llegar a ir las cosas. Bueno, su hermano mayor le había advertido que dejara de andar por ahí con gente con escrúpulos.

—El honor es para los tontos y para los débiles —le había dicho. Ahora, sólo era para los muertos.

Metió la mano en el bolsillo, tocando el broche. Era una piedra bastante grande. Pensó en si sería una esmeralda o sólo cristal. Tal vez debería sentirse satisfecho con su trofeo, fuera lo que fuese, y marcharse de este lugar maldito.

Se preguntó qué podría quedar en el Nido que mereciera la pena llevarse.

Se dio la vuelta otra vez y estaba a punto de marcharse cuando oyó el ruido.

Se dio la vuelta otra vez y escuchó.

Nada.

Quizá, simplemente, se lo había imaginado.

Entonces lo volvió a oír. Sonido de golpes y roces. ¡Venía de debajo de los escombros!

Se preguntó si habría ratas ahí abajo, excavando en busca de cadáveres enterrados. Se puso de rodillas intentando oír mejor.

En ese momento, una piedra cayó rodando y Rami soltó un grito mientras un hueso largo asomaba entre la tierra, casi golpeándolo en la nariz, para luego volver a desaparecer en el agujero del suelo. Rami cayó sentado en medio de los escombros.

Observó el hueco, preguntándose lo lejos que debería correr, cuando oyó una voz amortiguada por la tierra.

—¡Rami! ¿Eres tú? Me pareció que eras tú.

Oh, dioses, el lugar estaba embrujado.

—¿Hay alguien ahí?

¡Era el espíritu inquieto de Anok, que había regresado para perseguirlo!

—Rami, imbécil, ¡consigue ayuda!

Con cautela, tímidamente, el shemita se acercó a gatas al hueco y a regañadientes miró dentro. El agujero era estrecho al principio y luego parecía ensancharse más abajo. Se sobresaltó al ver el rostro de Anok mirándolo, iluminado por un fantasmagórico resplandor azulado.

—Anok, ¿de verdad eres tú?

El otro hombre lo fulminó con la mirada.

—¡Consigue ayuda! ¿Tienes idea de lo duro que es tener que excavar para salir de una bodega utilizando sólo el hueso de la cadera del jefe de una banda?

24

Tardaron dos horas en sacarlos.

Mientras aún estaban excavando, Anok envió a Rami a buscar a un curandero, que estaba esperando para ocuparse de las heridas de Teferi en cuanto lo sacaron del agujero. Había perdido mucha sangre, pero estaba bastante animado, teniendo en cuenta que había contado con abundante vino para ayudarlo a aliviar el dolor.

Anok los había obligado a sacar a Teferi primero y luego había salido por su cuenta. Tras aparecer bajo el sol, limpió la sangre de la parte posterior de la Joya de la Luna y se la guardó en el bolso.

Mientras vendaban a Teferi, Rami había aprovechado la demora para montar un negocio instantáneo, vendiendo las jarras de vino de la bodega a dos piezas de oro cada una, más del doble de lo que valían en el mercado.

Anok lo vio contando las monedas y negó con la cabeza.

—¿Hay algo de lo que no intentases sacar provecho?

El shemita sonrió.

—Vendería entradas para el funeral de mi abuela si hubiera dinero de por medio.

Sin embargo, cuando Anok dio un paso hacia él, Rami saltó hacia atrás como un conejo asustado.

—¡Vale! ¡No! No quiero que se me pegue nada de esa malvada magia. Cumplí con mi parte aquí, pero eso es todo. Me llevo mis monedas y me voy. No quiero tener nada más que ver contigo ni con los Cuervos, que supongo que ahora sólo sois vosotros dos. ¡Nunca más!

Anok asintió con la cabeza.

—Lo entiendo.

Rami recogió la última moneda y las metió en su bolsa.

—Asegúrate de que así sea.

Entonces, se marchó.

Anok lo observó alejarse con sentimientos encontrados. Habían sido más aliados que amigos. Sin embargo, los Cuervos prácticamente habían desaparecido. Si las cosas hubiesen sido un poco diferentes, Rami podría haber sido el último.

—Al menos, tú escapaste con vida —susurró.

Contrató a dos hombres fuertes para que fabricasen una litera y llevasen a

Teferi de regreso al Nido. Lo pusieron en la cama de Anok y el kushita cayó dormido de inmediato.

Anok pagó a los hombres y se dejó caer sentado sobre el sofá, agotado. Permaneció allí un momento hasta que recordó algo. Fue hasta un armario, metió la mano dentro de una copa y sacó el anillo que había escondido allí. Se trataba del pequeño anillo que Sheriti le había comprado en el mercado. No se había atrevido a llevarlo con él al templo por temor a que el culto se lo quitase. Pero ahora eso parecía poco probable, siempre y cuando no le contase nunca a Ramsa Aál el auténtico significado del anillo. Se lo puso en la mano derecha, la cerró formando un puño y decidió que no iba a quitárselo nunca.

Se volvió a sentar en el sofá. La Marca de Set de la muñeca le latía con fuerza y la sentía caliente al tacto. Se subió la manga y vio que la piel que la rodeaba estaba roja y en carne viva. Tocarla era como tocar la furia que aún bullía en su corazón. Ni siquiera la muerte de Wosret y la destrucción de los Escorpiones Blancos la había calmado, y Anok no podía decir por qué.

Apenas lograba recordar lo que había ocurrido después de que la espada del guardia había descendido hacia el corazón de Teferi. No tenía ni idea de cómo había hecho las cosas que había hecho ni cómo, si es que era posible, podría volver a hacerlas. ¿Fue el instinto, algún recuerdo oculto o la ayuda prometida del dios perdido Parath?

No lo sabía; pero por el momento la energía mística parecía agotada, al igual que él. Se desplomó sobre el sofá y se durmió al instante.

Al despertar, había alguien moviéndose por la habitación. Encontró a varias de las prostitutas allí, limpiando y cuidando a Teferi. Kifi, la madre de Sheriti, estaba sentada en el banco junto a la mesa, mirándolo.

—Entonces, ¿ya te has vengado? —preguntó.

Anok se levantó y asintió.

—Los hombres que asesinaron a Sheriti han muerto.

—Y ¿cómo fue?

Pensó en los poderes oscuros que se habían desencadenado, en la expresión de miedo en el rostro de Teferi cuando lo había mirado a los ojos.

—Amargo —respondió—. Amargo como el vino echado a perder.

La mujer asintió con la cabeza.

—Lo he aprendido por propia experiencia —comentó—. Nunca es tan dulce como nos lo imaginamos. —Contempló su túnica de acólito doblada en el extremo del sofá—, ¿Vas a regresar a ese lugar?

El asintió.

—Debo hacerlo.

—Entonces, vete —dijo Kifi—, Nosotras cuidaremos de Teferi hasta que se reponga.

El joven parpadeó.

—Sheriti. ¿No habrá que…?

La mujer negó con la cabeza con tristeza.

—No pensábamos que regresarais. Ahora es cenizas. Vive en nuestros recuerdos.

Anok se puso en pie y recorrió el Nido con la mirada por última vez.

—Tal vez no regrese nunca a este lugar.

Kifi hizo un gesto de asentimiento.

—Tu camino te lleva a otra parte. Sheriti era lo único que te ataba a este sitio, y ahora ella se ha ido.

Anok regresó al templo, esta vez por la puerta principal. Los custodios le echaron un vistazo a la túnica, no importaba lo destrozada y mugrienta que estuviese, y lo dejaron entrar. Algunas personas se fijaron en su aparición y se dieron la vuelta para mirarlo mientras pasaba, pero nadie esperaba para recibirlo. Se preguntó si las noticias de los extraños sucesos ocurridos en Odji habrían llegado al templo o si a alguien de allí le importaba.

Había esperado que Ramsa Aál quisiera hablar con él, pero le dijeron que el sacerdote se encontraba en sus habitaciones, recuperándose de la Festividad, y que no podía ser molestado.

Y Anok bajó serpenteando las escaleras hacia su celda. Dormiría un poco más, luego reanudaría sus estudios y trataría de comprender qué le había ocurrido y el significado de la Marca de Set que llevaba en el brazo.

En algún punto del pasillo que llevaba a su celda se encontró con Dejal, que caminaba en la dirección opuesta. Para su sorpresa, Dejal le sonrió.

—Hermano, ¡déjame ver! —Le agarró el brazo, le levantó la manga y examinó la serpiente que tenía grabada en la muñeca—. ¡Así que es cierto! ¡Se te ha concedido el hijo de Set! —Miró a Anok—, Ramsa Aál está muy satisfecho. Pero la mejor parte es que hoy se acercó a mí y ¡me dio las gracias por conducirte hasta el culto! A la vez que tú alcanzas el éxito, hermano, yo también lo consigo, y eso está muy bien. —Sonrió—. Es una suerte que hayas complacido a nuestro maestro en la Festividad, porque yo le fallé. Le había prometido una virgen para su sacrificio personal. —Comenzó a alejarse, mientras soltaba una risita—. Resultó que no era virgen, después de todo.

A Anok se le heló la sangre y, de repente, comprendió por qué la ira seguía ardiendo en su corazón. Alguna parte de él lo sabía. Alguna parte siempre lo había sabido.

Wosret no había matado a Sheriti. Había matado al hombre equivocado. Había sido Dejal. Unicamente Dejal podría haber logrado que Sheriti saliera a la calle la noche de la Festividad.

¿Cómo lo había hecho?, se preguntó. ¿Había utilizado el nombre de Anok? ¿Tal vez le había dicho que Anok la llamaba? ¿Le había dicho que estaba enfermo? ¿Que quería que viniera? ¿Que la necesitaba?

Quería salir corriendo detrás de Dejal, obligarlo a decirle cómo lo había hecho, a contarle cada horrible detalle para poder hacerle pagar por cada uno

con sangre y dolor. Hacérselo pagar diez veces. Cien. Mil.

«¡Mátalo!», dijo una voz en su cabeza.

«Mátalo, mátalo, ¡mátalo!»

Observó cómo Dejal llegaba al otro extremo del corredor, giraba y desaparecía.

Todavía no.

Aún tenía que encontrar a los asesinos de su padre. Aún tenía que hacer pagar al Culto de Set por todo lo que había hecho. En realidad, ahora contaba con una razón más por la que el culto tenía que ser destruido.

Averiguaría las respuestas a las preguntas que lo atormentaban. ¿Qué secretos guardaban las Escamas de Set? ¿Dónde estaba la tercera Escama? ¿Tenía una hermana? Y, si era así, ¿qué le había ocurrido?

Y lo que era más importante, Dejal pagaría por lo que había hecho.

Pero ahora no.

Hoy no.

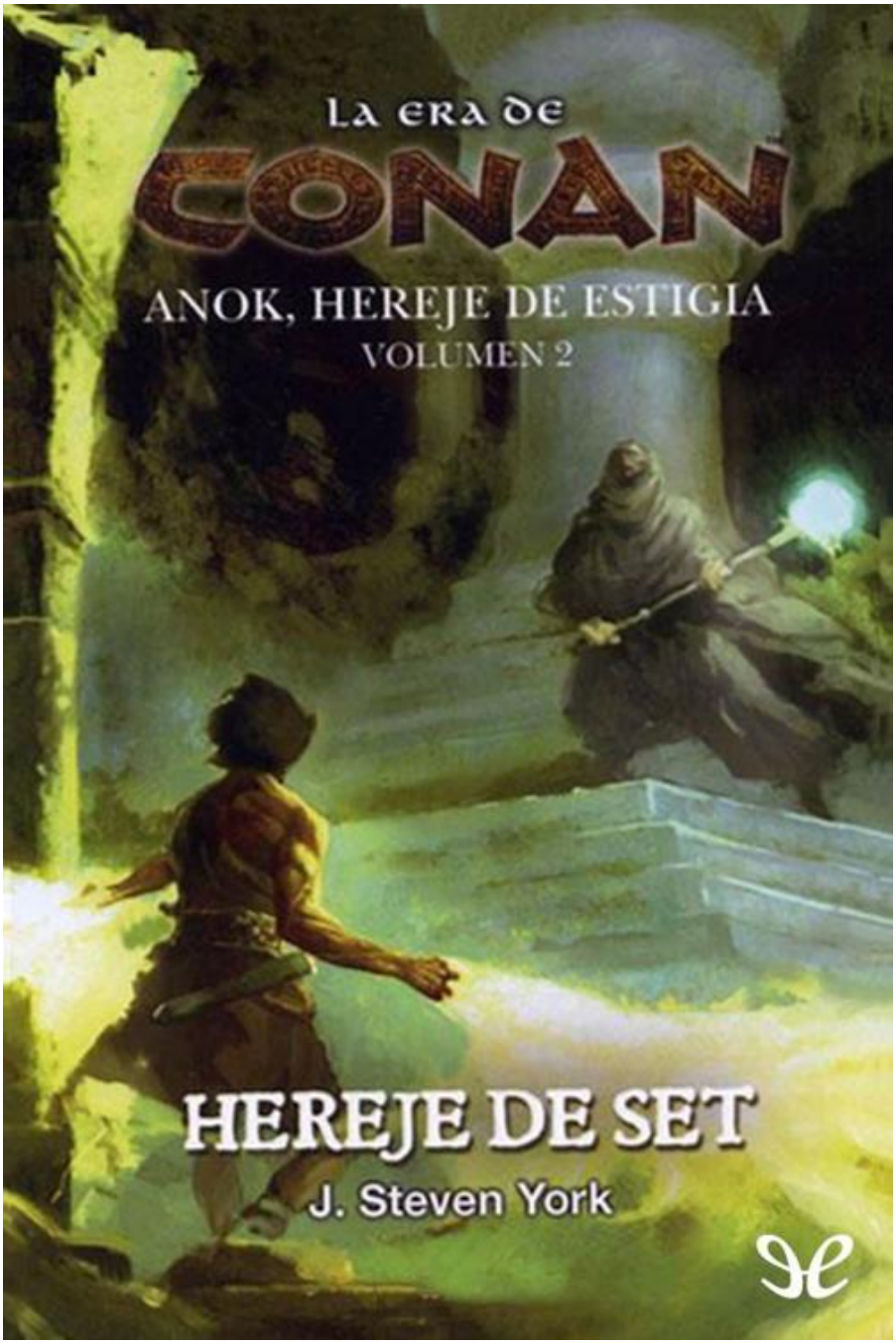
La furia ardía en su corazón más fuerte que nunca, y podía sentir cómo la energía mística se reconstruía también en su interior. Aprendería a aprovechar ese poder, a controlarlo, a utilizarlo. Haría que el Culto de Set le mostrase el modo.

Entonces los destruiría, costara lo que costase.

Aunque fuera su vida.

Aunque fuera su alma.

En algún lugar del desierto, Parath se reía.


La era de
CONAN
ANOK, HEREJE DE ESTIGIA
VOLUMEN 2
HEREJE DE SET
J. Steven York

En la tierra prohibida de Estigia, durante el reinado de Conan, un joven guerrero se une a un malvado culto para destruirlo…

Con el fin de encontrar al asesino de su padre y desentrañar los secretos de su pasado, Anok Wati se ha convertido en acólito del Culto de Set. Portador de una marca de antiguo poder, esclavizado por Ramsa Aál (el intrigante sacerdote de Set), Anok se ha iniciado en la magia negra. Como seguidor de Set está obligado a usar la hechicería, a pesar de que sacrifica una parte de su alma cada vez que lo hace.

En busca de conocimiento para controlar este horrible poder, Anok y sus amigos —Teferi, el gigante que odia la magia, y la guerrera cimmeria Fallon— lo arriesgan todo en un peligroso viaje a través del desierto hacia Kheshatta, la ciudad sin ley de los hechiceros. Pero, incluso si sobreviven, puede que únicamente sea para descubrir el espantoso destino que aguarda a los mortales que se inmiscuyen en los asuntos de los dioses…

Hereje de Set es la emocionante continuación de la serie Anok, hereje de Estigia, que se inició con *Vástago de la serpiente*.

epublibre

J. Steven York

Hereje de Set

La Era de Conan. Anok, hereje de Estigia 02

ePub r1.0
Titivillus 01.09.16

Título original: *Age of Conan: Heretic of Set*
J. Steven York, 2005
Traducción: Aida Candelario Castro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Agradecimientos

Esta trilogía es la empresa de mayor calibre en la que me haya visto envuelto nunca, y no habría sido posible sin la ayuda, el apoyo y, de vez en cuando, la paciencia de muchas personas maravillosas.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi agente, Jodi Reamer, por su apoyo y consejo.

Como siempre, mi más profunda gratitud a mi esposa, Chris, cuya enorme ayuda demostró ser no sólo inestimable, sino también indispensable. También por su eterna comprensión y apoyo. Espero ser capaz de devolverle el favor mientras se enfrenta a sus propios plazos de entrega.

Gracias a toda la estupenda gente de Conan Properties International que ha participado en este proyecto y lo ha guiado a través de las diferentes etapas, incluyendo a Fredrik Malmberg, Matt Forbeck (con un agradecimiento especial para Matt por tolerar mis nervios destrozados hasta el final), Theo Bergquist yjeff Conner.

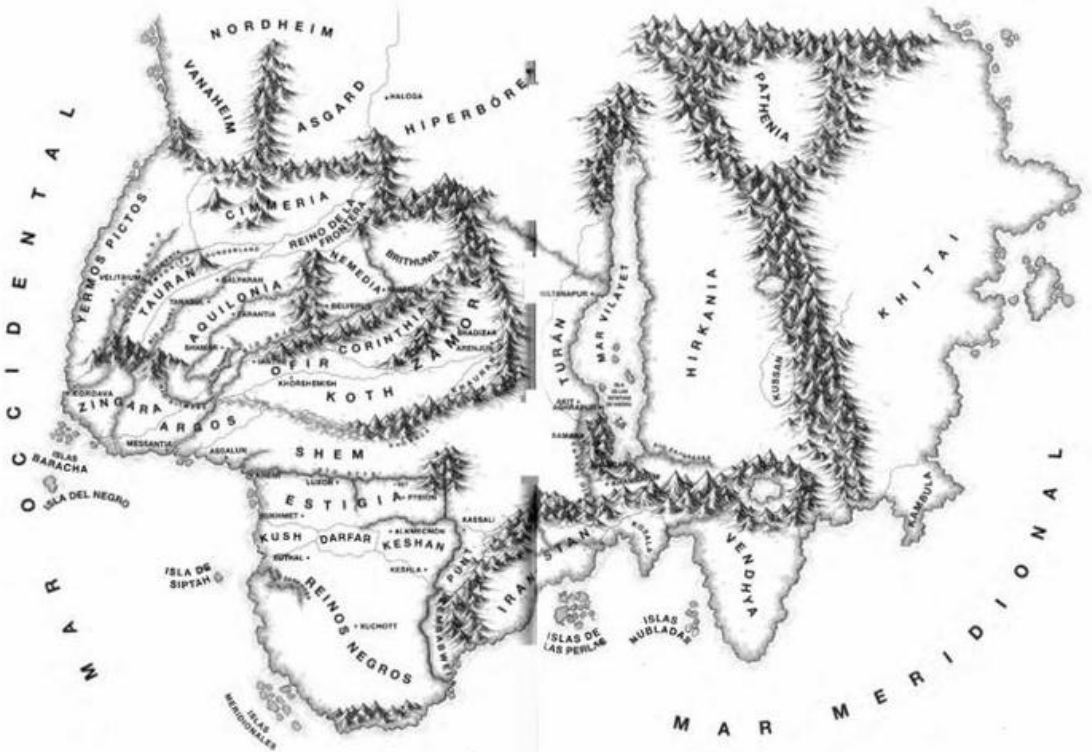
En especial, gracias a Ginjer Buchanan de Ace, que ya ha estado a mi lado en cinco novelas.

Les doy las gracias a todos los amigos que me han brindado ánimo, apoyo y consejo y que ofrecieron sus impresiones durante el proyecto, incluyendo a Sean Prescott, Dean Wesley Smith (sí, Dean, tenías razón), Kristine Kathryn Rusch, Loren Coleman, Rose Prescott, a todo el Grupo de Almuerzo Dominical y a mis colegas del Sandbox, que me ayudaron a mantenerme cuerdo cuando dejé de tener vida.

Gracias a mi familia, sobre todo a mi padre, Jim York, a mi madre, Martha York (sabuesa secreta de Internet) y a mi hermano Tim, que me ayudaron a resistir en los momentos difíciles. Gracias a mis hijos, Shane y Lynette, por pensar que algo que yo hago es genial.

Por último, gracias a Justin Sweet por algunas de las ilustraciones de cubierta más impresionantes que he visto nunca.

Y, naturalmente, mi agradecimiento para Robert E. Howard. Sin él, no somos nada.


NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HIPERBÓREA
CIMMERIA
REINO DE LA FRONTERA
VERMOS PICTOS
TAURAN
AQUILONIA
NEMEDIA
BRITHUNIA
CORINTHIA
ZAMORA
OFIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
SHEM
ESTIGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
REINOS NEGROS
ISLAS BARACHA
ISLA DEL NEGRO
ISLA DE SIPTAH
ISLAS MERIDIONALES
MAR OCCIDENTAL
TURAN
MAR VILAYET
HIRKANIA
PATHENIA
KHITAI
VENDHYA
ISLAS DE LAS PERLAS
ISLAS NUBLADAS
MAR MERIDIONAL

La ciudad puerto de Khemi (situada al sur de la desembocadura del Río Estix) es el medio por el que el reino maldito de Estigia lleva a cabo la mayor parte de sus relaciones con las tierras más civilizadas del norte.

Allí, la presencia de comerciantes y mercaderes de 'fuera se recibe a regañadientes, y éstos rara vez van más allá del puerto o de Akhet, el enclave amurallado para extranjeros situado entre los extensos barrios bajos de Odji y las murallas de la ciudad interior de Khemi propiamente dicha.

La ciudad interior es una cindadela y está protegida por enormes muros de piedra negra, donde aquellos con sangre estigia se retiran por la noche para alimentar sus oscuros impulsos y repugnantes deseos. Allí es donde realizan los atroces ritos de sangre, tortura y sacrificio para apaciguar a su oscuro dios serpiente, Set.

Debes saber, amigo viajero, que Estigia es en primer lugar el reino de Set. Todo el poder reside en su culto e incluso su rey no es más que un títere al servicio de sus malvados seguidores. A todo aquel que visita Khemi le queda claro. Pues, al igual que la amurallada ciudad interior descuella sobre los barrios bajos de Odji, también sus elegantes casas se ven eclipsadas por los altos palacios de las familias más ricas y poderosas que han obtenido su posición sirviendo a Set. Y, por encima de todo ello, el Gran Templo de Set, con su chapitel coronado con una estatua del gran Set. Se dice que sus ojos arden como carbones, incluso de noche, y que observa Estigia desde lo alto, señor de todo lo que contempla.

Sexto pergamino de Vagobis, *el viajero*

Prólogo

4600 años antes de la Era Hiboriana

El hombre (o especie de hombre) conocido como Graymoy el Sabio se acercó cojeando a la entrada de la cueva y contempló la rocosa ladera de la montaña. Un viento glacial ascendía silbando por el cañón al sur, más allá de las ruinas de un gran templo de mármol que ahora se derrumbaba poco a poco por el borde del precipicio.

Nubes negras atravesaban el cielo con rapidez en una corriente ininterrumpida y los relámpagos bullían en su interior llenando el aire con el estruendo de los truenos. Se trataba de un cielo que no prometía sino sufrimiento. Era el fin de una era.

Mucho más abajo, vio dos hombres como él ascendiendo por las rocas.

A ojos más modernos habrían parecido bestiales, simiescos. Eran bajos, peludos, de extremidades y cuerpo gruesos, con caras anchas y chatas e iban vestidos con cuero y pieles de animales. Para Graymoy eran hermanos lejanos, con rostros bastante parecidos al suyo cuando se veía reflejado en el agua en calma.

Sin embargo, todos ellos descendían de personas que antes habían sido hombres, antes de que el cataclismo abatiese el mundo y los condenase a retroceder, generación tras generación, hasta que fueron poco más que bestias. Retrocederían aún más antes de poder comenzar el largo ascenso de regreso a la civilización.

Graymoy era un sabio, al igual que los hombres que subían por las rocas, una última chispa de conocimiento y sabiduría en una era de oscuridad. Graymoy era lo bastante sensato como para saber que el mundo había caído antes y que volvería a hacerlo. Era lo bastante sensato como para saber que incluso su propia chispa se apagaría pronto y que, tal vez, otros como ellos no volverían a surgir en cien generaciones.

Alguien le tiró del puño de piel de la manga. Bajó la mirada hacia los ojos oscuros de un niño pequeño, vestido con pieles toscas, que se encorvaba a sus pies.

—Abuelo —dijo el niño—, ¿viene alguien?

Señaló hacia la parte posterior de la cueva, más allá del fuego y de las numerosas pinturas de animales y hombres, hacia el lugar en el que un angosto pasadizo conducía hacia la negrura.

—Ve a esconderte, Amet. No hagas ningún ruido hasta que se hayan ido.

El niño asintió de mala gana y atravesó la cueva correteando, hasta que desapareció en las estrechas fauces de la oscuridad.

Mientras esto ocurría, Graymoy oyó el entrechocar de rocas, y la ancha figura de un hombre abrigado con pieles apareció en la entrada de la cueva. El recién llegado entró, dejó en el suelo su bolso, arco y carcaj, y se agachó junto al fuego sin pronunciar ni una palabra. Se calentó las manos mientras el segundo hombre entraba y repetía el proceso.

Graymoy se unió a ellos y se sentó en cuchillas sobre una roca plana que lo situaba una cabeza más alto que a los otros. Ambos hombres eran más jóvenes que él, poco mayores de lo que habría sido su hijo si uno de los grandes gatos que a veces acechaban el borde del cañón no lo hubiera abatido tres estaciones atrás.

El hombre de ojos azules y cabello dorado levantó la mirada hacia él.

—¿Por qué nos has mandado llamar, Graymoy? Nuestro tiempo de sabiduría está terminando. Somos los últimos sabios de nuestra gente. ¿De qué puede servir una reunión como ésta?

El otro, de pelo oscuro y tez morena, asintió con la cabeza.

—No deseo estar lejos de casa. La mujer de mi hijo está a punto de dar a luz. Ruego que esta vez sea un niño.

—Lo será, Kaleth —afirmó Graymoy—. Lo he visto en las llamas sagradas. Los dos tendréis herederos, que llevarán vuestra sangre a través de los tiempos oscuros que están por llegar. Ése es parte del motivo por el que os he llamado. Sabéis que mi único hijo murió hace varios años. Yo no tendré herederos.

El del pelo rubio frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver contigo que tengamos herederos? —resopló con desdén—. ¿Piensas robarnos nuestros hijos?

—En cierta forma, Reloth. —Entrecerró los ojos—. Las he encontrado, todas las que quedan. Dos de las tres escamas doradas.

Reloth abrió los ojos de par en par.

—¿Las escamas doradas? ¿Dónde?

—En la cima de una montaña, tres días al sur de aquí, entre los huesos de dos grandes demonios que al parecer han luchado por ellas hasta la muerte.

Kaleth se rio.

—Es lo justo. Muerte a todos los demonios, dioses y criaturas de más allá del velo que nos han infligido semejante desgracia.

Graymoy frunció el entrecejo.

—Nunca podrían haberlo hecho sin la ayuda de los hombres. Si no hubiese sido por la adoración y el servicio de los hombres, por nuestra sed de poder, esas criaturas no se habrían interesado mucho por nuestra esfera.

Kaleth torció el gesto, luego asintió de mala gana.

—Tal vez sea así; pero, sin duda, combatieron por las tres escamas.

—Únicamente porque les otorgaban control sobre los hombres —repuso

Graymoy—. Pero ahora el collar está roto y he averiguado que una de las escamas se ha perdido en el fondo del océano, donde ningún hombre podrá hallarla nunca y la tarea supondrá una lección de humildad incluso para los dioses. Así que hasta que los dioses o los demonios la devuelvan al mundo del hombre, sólo quedan éstas…

Introdujo la mano bajo la chaqueta de piel y extrajo dos cordones de cuero. En el extremo de cada uno de ellos colgaba un brillante medallón de oro en los que había grabados una espada llameante y dos serpientes que miraban hacia el interior. Les ofreció uno en cada mano.

—Os las entrego para que las mantengáis a salvo. Con el tiempo, debéis pasárselas a vuestros herederos, y ellos a los suyos, hasta el fin de los tiempos, o, al menos, hasta que la inevitable falibilidad de los hombres rompa el círculo. Llevadlas con vosotros a vuestras tierras natales para que así se mantengan separadas y pérdidas para el tiempo.

Reloth sostuvo la suya sobre el fuego, donde las parpadeantes llamas se reflejaban en la brillante superficie del objeto.

—¿Por qué no las fundimos, simplemente?

—Fueron forjadas por poderes superiores a los de los hombres. No creo que puedan ser destruidas; al menos, no por aquellos como nosotros —respondió Graymoy—. Ningún martillo ni hacha ni fuego de hombre puede dañarlas.

—Entonces, lancémoslas también al mar, o en las arenas del desierto, o en una montaña de fuego —sugirió Kaleth.

—Tal cosa las ocultaría de los hombres —repuso Graymoy—, pero no de los seres sobrenaturales, que acudirían a recuperarlas sin importar el coste. Al igual que algún día la tercera escama podría regresar, y nunca debe reunirse con estas dos. Si las lanzáramos al océano, tarde o temprano aparecerían y la guerra de los dioses comenzaría nuevamente. Únicamente si siempre permanecen ocultas por los hombres tal vez estén a salvo de aquellos que las codician. Puede que no para siempre; pues, como hemos comprobado, los hombres son débiles, pero puede que permanezcan lo bastante como para que la rueda del tiempo gire de nuevo. —Entrecerró los ojos y estudió los rostros de los otros hombres—. ¿Ahora lo comprendéis?

Reloth se levantó y asintió con la cabeza.

—Hablas sabiamente. Llevaré este objeto a mi lejana tierra, lo guardaré bien y encomendaré su protección a mis herederos cuando llegue el momento. Incluso si todo lo que hemos aprendido se pierde para la historia, tal vez aún puedan llevar esta carga a través de la larga oscuridad que nos espera.

Kaleth se enderezó y se pasó la cuerda de cuero por la cabeza.

—En ese caso, yo también lo haré así. —Saludó con la cabeza a cada uno de los dos hombres—. Deberíamos apresurarnos, pues cada momento que estas dos permanecen juntas es peligroso. —Se puso en pie—. Nunca volveremos a

encontrarnos —dijo—. Roguemos que las escamas tampoco. —Se dio la vuelta y salió de la cueva.

Reloth extendió el brazo y le dio un apretón de manos a Graymoy.

—Así será. Tal vez te vea en la tierra más allá del velo.

Entonces se dio la vuelta y también se marchó.

Graymoy permaneció allí, agachado junto al fuego, observando la entrada vacía de la cueva mientras notaba una sensación de profundo alivio. Aquellos dos eran hombres sabios, hombres buenos, pero seguían siendo únicamente hombres. «Es mejor que no lo sepan. Es mejor que nunca se vean tentados como me ha ocurrido a mí, pues otro día más y, en un momento de debilidad, incluso yo habría fracasado contra ello».

Oyó un crujido a su espalda. Miró por encima del hombro y vio al niño atisbando por encima de las rocas. Le hizo una señal con la mano para que se acercara.

El niño se aproximó corriendo y se sentó frente al fuego, contemplando las llamas.

—Ya sólo estamos nosotros dos —dijo Graymoy—. Las dos escamas doradas se han ido. —Miró al niño—. Ahora, enséñame la tercera.

El niño bajó la mirada, introdujo la mano bajo la camisa de piel y tiró de un cordón de cuero. Sacó la escama dorada y la observó bajo la luz del fuego. Alzó la vista hacia su abuelo.

—¿Para qué sirve?

—Es para que tú y tu linaje la mantengáis a salvo —respondió Graymoy—. Es lo más importante que tendrás nunca y lo más importante que llevarás a cabo. Eso es todo lo que debes saber y todo lo que debes transmitir a aquellos que vengan después de ti. Si te dijera más, simplemente lo olvidarías, y si lo recordases, seguiría perdido en el río del tiempo. O, peor, transmitirías lo que sabes y, algún día, los hombres se lanzarían en oscuras búsquedas para arrebatarles el poder a los dioses. Nada salvo muerte y sufrimiento podría resultar nunca de ello. Es un objeto y debes ocultarlo y protegerlo. Eso es todo.

El niño lo sostuvo en la mano.

—Pesa —comentó.

Graymoy frunció el entrecejo.

—Con el tiempo —repuso—, se volverá aún más pesada.

1

—Bueno —dijo Anok Wati mientras él y su compañero acólito, Dejal, ascendían los escalones de mármol del Gran Templo de Set—, hoy ha sido una completa pérdida de tiempo: deambular por las calles entonando alabanzas a Set y asustando a los niños.

Dejal se apartó la capucha de la túnica y fulminó a Anok con la mirada. Los ojos le destacaban como la obsidiana contra la pálida piel.

—¡Calla, hermano, antes de que uno de los sacerdotes te oiga! Servimos a Set incluso con las tareas más humildes.

«Tú sirves a Set —pensó Anok—, no yo». Pero no se atrevió siquiera a susurrar lo que de verdad sentía por Set y todos sus sirvientes; pues si alguna vez llegara a saberse, lo tacharían de hereje y lo matarían utilizando los métodos más lentos y horribles conocidos por los sumos sacerdotes de Set, y se decía que podía empezar a torturar a un hombre en una noche de luna llena y terminar matándolo en la siguiente.

Pero era un hereje, un farsante en el templo de Set, cuya auténtica intención era derribar al dios serpiente o, al menos, provocarle el mayor daño posible antes de que los discípulos de Set lo aplastasen.

En cuanto a Dejal, amigo de la infancia y otrora camarada en batalla, había una cuenta muy personal que arreglar antes de que llegase el último día de Anok. Dejal debía pagar por…

Hizo una mueca e intentó no pensar en el asesinato de la hermosa Sheriti. Metió la ira que sentía en un profundo recoveco de su corazón, para que aumentara con los suministros casi infinitos que aguardaban allí. Tenía que seguir fingiendo su amistad con Dejal, al menos un poco más.

Dejaron atrás la enorme estatua dorada de una serpiente enrollada que guardaba la entrada al templo, luego atravesaron las puertas que conducían al ornamentado vestíbulo exterior, con las columnas que se iban estrechando con elegancia y las lámparas de araña de hierro forjado. Giraron a la izquierda y siguieron por un pasillo sin ventanas paralelo a la sala ceremonial principal. Atravesaron una entrada abovedada vigilada por cuatro custodios de Set con bandas escarlata, abandonaron las áreas públicas del templo y descendieron por una larga escalera que llevaba hasta las catacumbas situadas en el fondo.

Era en este laberinto de antiguos pasadizos, muchos de los cuales eran anteriores a la construcción del propio templo, donde radicaban los auténticos secretos del culto. Los túneles continuaban durante leguas, extendiéndose más

allá de los cimientos del templo e, incluso, más allá de las plazas y jardines que lo rodeaban. En el tiempo que llevaba allí, Anok ni siquiera se había acercado a ver su verdadera extensión. Algunos de los acólitos de los últimos cursos aseguraban que no tenían fin, y otros, que conducían a los pozos llameantes situados en el centro del mundo.

Anok sospechaba que eso no eran más que cuentos inventados, como gran parte de la doctrina del culto, para crear miedo y confusión. Por otro lado, él había contemplado terrores y maravillas en estas profundidades que le impedían descartar por completo cualquier afirmación, no importaba lo absurda que pudiera parecer, sin pruebas firmes en sentido contrario.

Había visto cuevas prohibidas llenas de serpientes gigantes, santuarios a dioses olvidados, pozos abarrotados con los huesos de incontables millares, lagos de sangre, relumbrantes tesoros ocultos, bibliotecas atestadas de antiguos pergaminos y sótanos rebosantes de artefactos tan antiguos como malvados.

Pero estas catacumbas eran algo más. Para los acólitos novicios de Set, eran su casa. Pues era en las catacumbas donde tenían sus humildes celdas, donde estudiaban las malvadas obras de Set y buscaban el poder para ponerlo a su servicio.

Sus pasos los llevaron a la parte posterior, bajo el gran altar, donde innumerables inocentes habían sido sacrificados a Set a lo largo de las eras, hasta un cuadrángulo de pasillos que rodeaban las celdas.

O así debería ser. Torcieron en una esquina conocida y se encontraron al final de un largo pasillo desconocido. Anok se detuvo en seco, al igual que Dejal unos pasos después. Ambos miraron confundidos alrededor.

—Un hechizo de engaño —dijo Anok—. ¡Nos han tendido una trampa!

Dejal introdujo la mano con rapidez bajo la túnica y extrajo el bastón corto que últimamente había estado elaborando para concentrar su poder. El bastón era del grueso de la muñeca de un hombre y tenía el largo de un brazo. Dejal había grabado runas antiguas y pictogramas místicos en la oscura madera y una serpiente de metal situada en la punta sostenía en la boca una esfera de cristal del tamaño de un puño.

El joven sostuvo el bastón en alto frente a él y lo agitó de delante atrás.

—¡Poder de Set, protégeme de mis enemigos!

Anok no dijo nada ni sacó ningún objeto de poder. Simplemente, alzó las manos.

De repente, en el extremo apenas visible del pasillo apareció una bola de fuego y, con un rugido, comenzó a avanzar a toda velocidad hacia ellos, como un toro embistiendo.

—¡Una Avalancha de Fuego! —exclamó Dejal—. ¡Mi bastón no podrá defendernos de eso!

Anok plantó firmemente los pies en la piedra polvorienta, adelantó los dedos extendidos y gritó:

—¡Diluvio!

Una cortina de intensa lluvia apareció de la nada frente a él. La bola de fuego chocó contra la lluvia con un chisporroteo y la combinación se convirtió al instante en un vapor espeso y caliente que pasó sobre ellos sin causar daño.

—¡Muy ingenioso, Anok Wati! —La voz profunda parecía surgir retumbante del aire que los rodeaba—. Tu magia elemental no deja de sorprenderme. Sin embargo, ¿puede salvarte de un ataque más sutil?

Anok soltó un grito de dolor y se agarró la cabeza. Sentía como si una mano se le hubiera introducido en el cráneo y le estuviera aplastando el cerebro.

Luchó por resistir, por invocar algún contrahechizo, pero el desesperante dolor no le ofrecía clemencia. Su poder falló.

Cayó de rodillas, gimiendo de dolor.

Dejal se situó frente a él, con el brazo extendido y el bastón paralelo al suelo.

—¡Guarda de protección para mi aliado y para mí! —invocó.

La presión desapareció al instante y Anok cayó sobre manos y rodillas como si lo hubieran descolgado de la soga de un verdugo.

—¡De prisa, contraataque! —exclamó Dejal. Agitó el bastón—. ¡Trueno!

Con un potente estruendo, una visible onda de fuerza descendió por el pasillo hacia el enemigo oculto.

—¡Anok! ¡Echame una mano aquí!

Se esforzó por ponerse en pie, consiguió alzarse sobre una rodilla y levantar las manos.

—¡Pestilencia!

El aire se arremolinó y algunas cucarachas se materializaron en las paredes del pasillo antes de que el remolino se desvaneciese. Anok se tambaleó, agotado a causa del esfuerzo fallido.

—¡Ya basta!

La voz volvió a resonar, esta vez tras ellos.

Dejal bajó el bastón y se volvió para enfrentarse a los pasos que se aproximaban a su espalda.

Anok logró ponerse en pie al fin. Vio tres figuras que se acercaban. Los dos de los lados vestían túnicas oscuras del color de la sangre parecidas a la suya, aunque las estolas que llevaban sobre los hombros los señalaban como acólitos completos y no sólo novicios como Anok y Dejal.

El hombre del centro, más alto que los otros, llevaba la túnica escarlata con adornos de oro de un sacerdote de Set. Mientras se acercaba a ellos se apartó la capucha, mostrando la piel nacarada y el pelo blanco que lo identificaban como descendiente de uno de los linajes estigios más antiguos y venerados. Tanto Anok como Dejal lo conocían bien. Se trataba de Ramsa Aál, el Sacerdote de los Acólitos del templo.

Ramsa Aál se detuvo y miró a Dejal.

—Bien hecho, acólito. Has preparado tu bastón para acumular una colección de hechizos y guardas muy útiles. Sin embargo, como demuestra el hechizo de la Avalancha de Fuego, también necesitas estar preparado ante simples ataques físicos.

El aludido inclinó la cabeza.

—Aún me queda mucho para completar el bastón de poder, maestro. Estoy preparando una joya de apoyo para montarla bajo el cristal. Eso debería protegerme de ese tipo de ataques.

Dirigió su atención hacia el otro joven.

—Ha sido… decepcionante, Anok Wati. Llevas la sagrada Marca de Set en la muñeca izquierda. Es un misterio para mí que un poder de tal magnitud te falle.

—Lo lamento, maestro. Como sabéis, consumí gran cantidad de energía en mi misión de venganza. Tal vez mis poderes no se han recuperado aún.

No era una mentira. Al creer que su amiga y amante Sheriti había sido asesinada por el señor de bandas Wosret, líder de los Escorpiones Blancos, Anok les había dado caza y los había matado a todos, invocando al final el rayo que había reducido su fortaleza a escombros.

Sin embargo, también era una mentira, pues sospechaba que únicamente había empleado una mínima muestra del poder que poseía ahora. El problema no era utilizar el poder, era controlarlo una vez liberado. Tras haber matado a Wosret se había enterado de que Dejal era el verdadero asesino de Sheriti, y ahora, su furia y su poder contaban con un nuevo objetivo natural. Requirió toda su fuerza de voluntad mantener ese poder bajo control, contenerse para no vaporizar a Dejal con sólo un pensamiento, y dirigir ese poder a otra parte.

Había sido ese esfuerzo lo que lo había hecho caer de rodillas, no el invocar energía para un contrahechizo.

Ramsa Aál lo estudió.

—Tal vez ha llegado el momento para otra prueba. Hay muchos aspectos en las habilidades de un hechicero: poder, sí, pero también destreza, conocimiento y, naturalmente, voluntad. Comprobemos si aún cuentas con la voluntad para ser un acólito de Set.

El sacerdote indicó a los dos novicios que lo siguieran. Los acólitos de los cursos superiores permanecieron detrás. No cabía duda de que habían sido ellos, no Ramsa Aál, quienes habían llevado a cabo los ataques de práctica y el hechizo de engaño. Un sacerdote como Ramsa Aál nunca malgastaría sus enormes poderes en una tarea tan insignificante.

Doblaron una esquina y, al instante, se encontraron nuevamente en su conocido hogar, en el corredor donde estaban sus celdas. Anok volvió la vista atrás y sólo encontró una sólida pared del pasillo tras ellos.

Ramsa Aál los condujo más allá de sus celdas individuales hasta una sala

común que los acólitos novicios utilizaban a menudo para realizar debates o juegos de azar. Se dirigió hacia un armario cerrado situado en un rincón y lo abrió con una llave de latón que sacó de debajo de la túnica.

Volvió la mirada hacia ellos y señaló la mesa redonda de madera que había en el centro de la habitación.

—Sentaos —ordenó.

Anok y Dejal acercaron unos bancos y se sentaron a la mesa uno frente al otro. Anok observó con curiosidad como Ramsa Aál sacaba del armario un objeto de metal que le resultó desconocido.

Era redondo, del ancho del cuerpo de un hombre, con la forma de dos cuencos planos (o tal vez dos escudos) unidos por los bordes. Estaba hecho de bronce, con incrustaciones de cobre bruñido, y tenía intrincados grabados con jeroglíficos antiguos que formaban franjas concéntricas que rodeaban su circunferencia. En el extremo inferior del objeto había una pequeña protuberancia con una punta sin filo.

El sacerdote situó el objeto en la mesa entre ellos, manteniéndolo en equilibrio sobre la punta inferior.

—Esto es una rueda de Aten —explicó—. Es un artefacto sencillo, que obtiene poder de su propia energía mística. No responde al poder, sino a la voluntad. Lo haré girar, así.

Hizo girar el disco con rapidez, lo que provocó que se balancease, bamboleándose sobre la punta.

—¡Anok! Concentra tu voluntad en que la rueda gire hacia tu izquierda.

El joven miró fijamente el objeto que giraba, representó mentalmente sus movimientos y luego intentó imaginar que se movía más rápido. Lo sorprendió comprobar que la rueda respondía; los jeroglíficos se volvieron borrosos. El bamboleo cesó y la rueda giró suavemente en el centro de la mesa.

—Ahora, Dejal —continuó Ramsa Aál—. Concentra también tu voluntad en la rueda, pero quiero que centres tu voluntad en que gire hacia tu derecha.

Dejal se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos oscuros. Frunció el entrecejo en un esfuerzo de concentración.

La rueda se tambaleó ligeramente.

En un instante estaba girando igual de rápido que antes, pero ahora lo hacía hacia la derecha.

Ramsa Aál se apartó y sonrió.

—Esto es un combate de voluntades. Veamos cuál de los dos será el vencedor.

Anok bajó la cabeza, sintió la rueda girar en su mente y la instó a girar hacia la izquierda.

No ocurrió nada.

¡Con más fuerza!

Anok sonrió mientras la rueda cambiaba de dirección, moviéndose aún

más rápido.

Dejal torció el gesto y apretó los labios con fuerza, concentrado.

De repente, el disco giró hacia la derecha.

Anok se esforzó aún más y de nuevo invirtió la rotación del disco.

Luego, Dejal.

Después, con un gran esfuerzo, Anok.

Dejal se acercó más al disco girante y situó las palmas de las manos sobre la mesa a ambos lados del cuerpo. Pareció aprovechar alguna reserva profunda de energía.

El disco cambió de dirección, girando cada vez más rápido hacia la derecha. Dejal sonrió y soltó una carcajada.

Anok se esforzó por invertir el movimiento del disco, pero sin resultado.

Dejal se rio con más fuerza.

Miró a su compañero a la cara, pálida como el marfil al igual que la del sacerdote. Los ojos negros brillaban con maldad. De nuevo se rio.

¡Esa risa! Anok se imaginó esa risa mientras Dejal degollaba a Sheriti. Ese rostro cruel y completamente falto de amabilidad o clemencia…

Se oyó un chasquido y nuevamente el disco giró hacia la izquierda, más rápido que antes.

Anok recordó el cuerpo de la muchacha, las magulladuras en la piel de porcelana, la sangre reseca en las heridas…

Algo aulló, produciendo una nota larga y creciente. El disco se movió más rápido. Ahora no era más que una mancha borrosa.

Ramsa Aál abrió los ojos de par en par con inquietud.

—¡Anok!

Pero él sólo pensaba en Sheriti. En ese momento admitió ante sí mismo lo que nunca había sido capaz de admitir cuando ella estaba viva.

La amaba.

Siempre la había amado, desde que la conoció en el Gran Mercado siendo niño. Desde que le había salvado la vida y la había llevado de regreso junto a su madre y ellas, a cambio, le habían dado un lugar para vivir y un nuevo propósito.

El aullido se convirtió en un chillido y aumentó de volumen. La rueda giró frenéticamente y de la madera situada bajo su punto de apoyo comenzaron a ascender volutas de humo formando espirales.

¿Por qué nunca lo había reconocido ante sí mismo? ¿Por qué nunca se lo había dicho? Al final, había compartido la cama con ella. ¿Por qué no había compartido nunca su corazón?

El disco se bamboleó de un lado a otro, trazando unas líneas onduladas de madera calcinada sobre la superficie de la mesa. El chillido se hizo más fuerte, hasta resultar prácticamente insoportable.

—¡Anok! —gritó Ramsa Aál.

¡Qué no entregaría, qué no pagaría, una eternidad de tormento, simplemente por cinco minutos junto a ella, por mostrarle su corazón, por jurarle su amor!

Pero eso no sucedería nunca.

Nunca.

¡Traidor!

¡Profanador!

¡Asesino!

Un estruendo ensordecedor resonó por la habitación.

El disco se hizo añicos y los fragmentos salieron disparados por el aire.

La madera se astilló.

La cerámica se rompió.

Esquirlas de piedra volaron por el aire.

El acólito parpadeó y contempló la mesa vacía, con un asustado Dejal que observaba con cautela por encima del borde.

Anok alzó la mirada hacia el sacerdote, que, a su vez, estaba contemplando con calma el largo e irregular fragmento de metal semiincrustado en la pared de piedra junto a su cabeza.

El sacerdote se pasó la lengua por los labios.

—Bueno —comentó—, eso ha sido una sorpresa. Por lo general, esto no es un ejercicio tan peligroso. Está claro que no te falta voluntad, Anok Wati.

Estiró la mano y tocó el metal con el dedo; a continuación, volvió a mirar a Anok.

—Dentro de una semana seréis ascendidos a acólitos completos y habrá llegado el momento de que deis el siguiente paso en vuestros estudios. Sobre todo en tu caso, Anok Wati, tendré que considerar la mejor forma de que recuperes tus poderes.

El sacerdote se volvió para marcharse.

—Creo que tal vez un viaje podría ser lo indicado.

2

Si Khemi era en realidad tres ciudades en una (los barrios bajos de Odji; el enclave de los extranjeros, Akhet, y la ciudad interior de los auténticos estigios), entonces la vida de Anok se había devanado entre todas ellas.

Había nacido con el nombre de Sekhemar, en Akhet, producto de un matrimonio concertado entre un mercader aquilonio y la hija de un noble estigio. Los bandidos habían matado a su madre cuando él era un bebé. Se había criado aislado, al cuidado de su padre, hasta los doce años, cuando toda su vida cambió.

Unos desconocidos habían llegado a su casa a altas horas de la noche, vestidos con túnicas que ocultaban cualquier detalle que pudiera revelar su identidad. Su padre los había recibido con confianza y, por ello, Anok sintió una gran impresión y horror al ver cómo los hombres asesinaban a su padre ante sus ojos.

Mientras su padre agonizaba, le había entregado un misterioso medallón de hierro y le había ordenado que huyera de Akhet. No debía intentar vengarse. En lugar de ello, debía buscar a su hermana, una hermana de la que Anok nunca antes había oído hablar, y entregarle el medallón. Ella sabría qué hacer con el objeto. Anok había huido de la casa mientras los hombres con túnicas le prendían fuego hasta reducirla a cenizas y se había marchado de Akhet para siempre.

Huérfano y solo, viviendo con miedo a los hombres que habían matado a su padre, se introdujo en los barrios bajos de Odji, adoptó el nombre de Anok Wati y aprendió a sobrevivir.

Allí hizo amigos: Teferi, el gigante guerrero de piel oscura con un corazón sorprendentemente tierno; la hermosa Sheriti, hija de una prostituta, que había jurado no seguir nunca los pasos de su madre, y Dejal, el hijo fugitivo de un noble estigio que buscaba (o eso había afirmado entonces) escapar a la influencia de su padre y a la corrupción del Culto de Set.

Anok había vivido en las antiguas caballerizas situadas bajo el burdel Paraíso, donde la madre de Sheriti ejercía su oficio. Sus amigos se reunían allí. Se llamaban a sí mismos los Cuervos, y a la humilde morada de Anok, el Nido, y juntos se habían labrado una reputación en la calle.

Mercaderes, comerciantes y los jefes de las bandas que controlaban las calles los contrataban. Actuaban como mensajeros, guardias, gorilas y negociadores. Desarrollaron una fama de honestos y honorables que les resultó

útil. Anok era conocido por sus habilidades para negociar y había resuelto numerosas disputas de negocios o entre bandas sin derramar ni una gota de sangre.

Pero también se los conocía como luchadores rápidos, ágiles y audaces, una fuerza a tener en cuenta si se llegaba a desenvainar las espadas. A Anok, que era capaz de luchar igual de bien con la mano izquierda que con la derecha y siempre llevaba dos espadas, acabó conociéndoselo como el «demonio de dos espadas».

Hubo otros Cuervos que llegaron y partieron, y algunos que murieron, pero fueron los cuatro amigos (Anok, Teferi, Sheriti y Dejal) quienes permanecieron unidos y estuvieron allí en todas sus aventuras. Durante años, fueron príncipes de su diminuto reino.

Pero la vida de Anok había vuelto a cambiar. A pesar de la promesa que le hiciera a su padre, nunca había superado el asesinato ni su sed de venganza.

Nunca había hallado ni rastro de su supuesta hermana, pero había descubierto un secreto del medallón que le había sido entregado. Podía abrirse con un cierre oculto y en su interior había escondido un amuleto dorado que más tarde supo que se trataba de una Escama de Set.

Al hacerse adultos, los Cuervos comenzaron a disgregarse. Teferi empezó a sentir ansias de conocer mundo y dejar Estigia atrás. Después de que Anok le enseñase a leer y escribir, Sheriti había sido aceptada como aprendiz de escriba, una posición que le permitiría escapar tanto de Odji como del destino de su madre. Y, lo peor de todo, Dejal se reconcilió con su padre, aceptó su oscura herencia estigia y se unió al Culto de Set como acólito novicio.

En cuanto a Anok, el jefe de bandas Wosret, líder de los Escorpiones Blancos, estaba tratando de reclutarlo a la fuerza, pues temía que el Anok adulto pasase de asalariado a rival.

Perdido, preocupado y cada vez con menos opciones, Anok había aceptado una de las tradiciones del pueblo de Teferi y había hecho el Usafiri, un viaje sagrado hacia el desierto en busca de sabiduría.

Anok sólo había creído en ello a medias; sin embargo, esperaba abandonar el medallón de su padre entre las cambiantes arenas del desierto y dejar el pasado atrás al fin.

No pudo ser. Tras numerosos sufrimientos a causa de los cuales casi perece, Anok se encontró (aún no estaba seguro de si había sido una visión o algo real) con el esqueleto de una serpiente gigante. La serpiente le habló y afirmó ser Parath, un dios perdido de Estigia. En el pasado, Parath fue amigo de los dioses Set e Ibis, pero ambos lo traicionaron y lo arrojaron al desierto por toda la eternidad.

A cambio de ayudarlo a vengarse de Set, Parath prometió ayudar a Anok a matar a los asesinos de su padre y a encontrar las respuestas a todos los secretos del pasado del joven. Pero Parath le dijo que, para llevar esto a cabo,

debía unirse al Culto de Set al igual que había hecho Dejal, descubrir sus secretos y atacarlo desde dentro.

Para hallar su destino, Anok tendría que fundirse con aquello que más odiaba.

Tendría que convertirse en un acólito de Set.

Algo después, aquella misma tarde, Anok estaba sentado a solas en su celda, estudiando otro antiguo pergamino procedente de uno de los archivos del templo. Las celdas eran pequeñas y estaban escasamente amuebladas, lo que hacía que el Nido (su antigua vivienda situada bajo el burdel Paraíso) pareciese decididamente lujoso. Había una mesa, una tabla estrecha para dormir, un banco para sentarse, un armario para guardar cosas y un pequeño escritorio en el que podía llevar a cabo sus estudios.

Cada tarde, el joven se pasaba horas con los pergaminos desplegados sobre el escritorio mientras tomaba notas o copiaba símbolos místicos en hojas de papiro para consultas o estudios posteriores.

El estudio de los antiguos pergaminos y textos era parte de su formación como acólito, pero él también contaba con sus propios planes.

En primer lugar, estaba buscando referencias a Parath, el autoproclamado dios perdido de Estigia. En ese aspecto no había tenido mucho éxito. No había hallado ni una sola alusión a Parath en ninguno de los textos.

No estaba muy seguro de qué conclusión sacar al respecto. Podría significar que Parath lo había engañado, pero también podría suponer una confirmación a la historia del dios. Parath afirmaba que lo habían atrapado en el cuerpo de una de las grandes serpientes de Set y que Ibis lo había conducido al desierto y lo había desterrado allí hasta el fin de los tiempos. Un dios sin discípulos no es un dios, y no puede haber discípulos ni culto para un dios olvidado.

El otro objetivo de Anok (más reciente, pero incluso más apremiante) era averiguar algo sobre la marca de poder que se le había unido a la muñeca durante su prueba en el Laberinto de Set. Sobre eso, únicamente había encontrado referencias dispersas que le sirvieron para poco más que para confirmar lo que Ramsa Aál ya le había contado.

Los textos decían que la marca, que a Anok se le había aparecido bajo la forma de una diminuta serpiente conocida como el hijo de Set, únicamente podía unirse con aquellos con un potencial excepcional y que les confería poder prácticamente ilimitado. La serpiente se le había enrollado alrededor del brazo y se había abierto paso quemándole la carne, pero ahora no parecía más que el intrincado tatuaje de una serpiente. La cabeza del animal descansaba sobre el dorso de la mano y el cuerpo se le enroscaba tres veces alrededor de la muñeca. La cola apuntaba hacia lo alto del antebrazo, hacia el corazón.

Por lo que él había podido establecer, la marca no le había sido concedida a un mortal desde hacía al menos quinientos años. Sin embargo, para una marca

que supuestamente otorgaba tanto poder, se había escrito poco acerca de sus portadores. Anok tenía una nefasta sospecha acerca del motivo.

La hechicería siempre se cobraba un precio de aquellos que la ejercían. Los hechiceros se corrompían inevitablemente a causa de su poder y la gran magia a menudo llegaba a debilitar la cordura de un hombre. Se decía que muchos de los hechiceros más poderosos estaban locos o que, al menos, eran propensos a sufrir episodios de locura tras lanzar sus hechizos.

Una de las razones por las que los hechiceros poderosos (como, por ejemplo, los sacerdotes de Set) buscaban discípulos y acólitos era para que ellos lanzasen la mayor parte de los hechizos y, de este modo, salvar al maestro de su propio poder. El maestro únicamente actuaba de forma directa cuando no había otra alternativa y se requería un poder mayor.

Anok no deseaba experimentar esto y sospechaba que la Marca de Set era una maldición en igual medida que un don. Cuando había invocado el poder de la marca por primera vez en la fortaleza de los Escorpiones Blancos, le había hecho sentir tal deseo de matar que prácticamente acaba con su amigo Teferi y con él mismo. Sólo Teferi, con su valor y su amistad, había logrado apartarlo del abismo.

Anok no quería repetir la experiencia y, sin embargo, Ramsa Aál no dejaba de esperar que utilizara ese poder. Si su maestro deseaba corromperlo, el joven sospechaba que era únicamente para poder utilizarlo como arma.

Como si se tratase de una flecha, lo estaban preparando cuidadosamente para la batalla. Pero en cuanto lo disparasen hacia los enemigos de Ramsa Aál, sería prescindible y desechable.

Se apartó la manga de la túnica para examinar la marca. Le picaba y le ardía de forma permanente. La piel que la rodeaba seguía roja e inflamada, y había veces en las que incluso hacía que le resultase difícil dormir. Era como si la propia marca quisiera que utilizase su poder y, en mayor medida aún que Ramsa Aál, no le permitiría negarse.

Frustrado a causa de la falta de progreso y de la persistente influencia de la marca, se puso en pie con rapidez, lo que provocó que tirase el banco en el proceso y casi derramase el tintero. Si tenía que utilizar la magia, la utilizaría a su modo y por sus propios motivos.

Se acercó al armario y sacó sus notas, una pila de hojas que ahora casi resultaba demasiado gruesa como para cogerla con una sola mano. Las situó sobre la mesa y comenzó a revisarlas. En los escritos de un antiguo mago shemita había visto una referencia a un hechizo llamado el Camino de Sombras.

Localizó la página. Había trazado un símbolo en ella, que de alguna forma era fundamental para el hechizo y se parecía al antiguo jeroglífico estigio que significaba «ver»: un ojo estilizado con una larga y curva pestaña. El Camino de Sombras no era un hechizo de invisibilidad, pero supuestamente concedía a

quien lo utilizaba la habilidad para avanzar sin que aquellos que no supieran que estaba allí lo percibieran. Con suerte, eso bastaría para lograr su objetivo.

Extendió la mano izquierda y, concentrándose en el poder de la Marca de Set, trazó el símbolo en el aire frente a él. Sintió cómo un cálido cosquilleo surgía de la marca y ascendía por sus dedos. El aire pareció ondularse y hundirse en aquellos lugares por los que pasaba las yemas de los dedos.

Mientras el poder fluía a través de él, se encontró mejor y más fuerte de inmediato. El picor y el escozor alrededor de la marca disminuyeron y se sintió extrañamente invencible.

Intentó deshacerse de aquella sensación para que no lo hiciera comportarse de manera imprudente. El hechizo no lo protegería de su propia torpeza. Un traspié, un objeto que cayera al suelo, y todos los que se encontrasen cerca podrían descubrirlo.

Abrió la puerta y se adentró en el angosto pasillo que había fuera. Un custodio de Set de hombros anchos se encontraba al otro extremo del corredor, apoyado contra la lanza y medio dormido. El hombre sería una buena prueba para el hechizo.

Anok se dirigió hacia él, caminando con cuidado y en silencio. El custodio parpadeó somnoliento, pero logró mantener los ojos abiertos y mirando al frente con aburrimiento. De hecho, estaba mirando directamente a Anok, pero el acólito no podía observar ninguna señal de que lo estuviera enfocando. Sus ojos no se movían mientras Anok avanzaba, e incluso parecían estar clavados en algún punto fijo a su espalda, tal vez en una de las lámparas de aceite que iluminaban las paredes.

Ahora, Anok se encontraba lo bastante cerca como para examinar al hombre detenidamente. Su piel era de un tono moreno, bastante parecido al de la de Anok, pero la barba negroazulada sugería que portaba sangre shemita además de estigia. Tenía un rostro ancho y los pómulos altos y angulosos. Llevaba un yelmo en forma de cuenco con protecciones que sobresalían cubriéndole las orejas, pero lo que Anok le podía ver del cuero cabelludo sugería que el hombre se había afeitado la cabeza o que, tal vez, era calvo de forma natural.

Se encontraba a tan sólo unos brazos de distancia del hombre y, al parecer, no lo veía.

La sensación resultaba embriagadora a la vez que desconcertante. Anok se vio tentado de comenzar a agitar los brazos o bailar una giga. Sin embargo, sabía que tales movimientos para llamar la atención podrían romper el hechizo. Pero también resultaba inquietante que no lo vieran, como si por medio de la falta de visibilidad hubiese dejado de existir. Parte de él anhelaba incluso el más leve reconocimiento de su existencia que lo hiciera sentir real de nuevo.

Fue en mitad de aquel pensamiento que el custodio comenzó a moverse.

Caminó con rapidez y decisión hacia Anok y, por un momento, pensó que el guardia lo había visto.

Sin embargo, la atención de la mirada del hombre aún parecía dirigirse directamente a través de él. Paralizado por la confusión, casi permitió que el hombre chocase de frente con él; pero, en el último momento, se hizo a un lado y se apretó con fuerza contra la fría pared de piedra.

El custodio pasó tan cerca de él que pudo sentir la brisa generada por su movimiento; pero nunca llegó a tocar a Anok, lo que probablemente fuera una suerte. El acólito observó cómo el custodio avanzaba hasta la puerta de su celda y se detenía.

De nuevo se preguntó si de alguna forma lo había descubierto. Pero el guardia no estaba interesado en su puerta, sino más bien en la lámpara de aceite que había en la pared junto a ella. La lámpara chisporroteaba y titilaba. El hombre la estudió un momento antes de sacar la daga del cinto y usar la punta para alargar un poco más la mecha.

La lámpara recuperó el brillo adecuado. El guardia sonrió y descendió por el pasillo, giró a la izquierda al final del corredor y desapareció de la vista.

Anok se miró la mano, aunque en cierto sentido no esperaba ver nada. El hechizo funcionaba casi mejor de lo que había imaginado. Era libre para vagar por el templo, y sabía perfectamente adonde iba a ir.

Abandonó el área en la que vivían los novicios en dirección al frente del templo. Pasó junto a los guardias apostados a lo largo del pasillo sin que lo detectasen, luego ascendió por las escaleras que conducían a la planta principal del edificio. Cerca de la parte delantera del templo, subió un par de escaleras, recorrió una curva junto a la esquina frontal del edificio y después una recta que iba desde el entresuelo hasta el área en la que se encontraban ubicadas las habitaciones privadas de los sacerdotes.

Anok evitó las habitaciones, pues sospechaba que estarían equipadas con protecciones y trampas mágicas contra las que su sencillo hechizo de engaño no surtiría efecto. En lugar de ello, se dirigió a un armario situado al final del pasillo, donde se guardaban ciertos objetos mágicos utilizados en el adiestramiento de los acólitos.

Nada de lo que se almacenaba aquí era de gran valor ni poseía demasiado poder. Los propios sacerdotes guardaban tales objetos o los devolvían a las cámaras de los subsótanos del templo cada noche. Estos eran artículos de menor importancia y Anok sospechaba que no los protegían con tanto cuidado.

Como esperaba, el armario estaba cerrado con llave, pero iba preparado para eso. Al regresar al templo tras su misión de venganza contra lord Wosret, el joven había entrado a escondidas algunas cosillas, entre las que se incluían un juego de ganzúas.

Se sacó de debajo de la túnica el pequeño equipo, envuelto en un rollo de

hule, y lo desenvolvió. Escogió un par de finas herramientas de latón y se arrodilló frente a la puerta. Aunque tenía un poco olvidadas sus habilidades, sólo necesitó un minuto aproximadamente antes de que la cerradura se abriera con un chasquido.

Sonrió.

A veces, los viejos métodos son los mejores.

El interior del armario estaba a oscuras, así que metió la mano en el bolsillo y sacó un cristal liso y translúcido del tamaño adecuado para encajarlos en la palma de la mano. Utilizó la punta de una de las ganzúas para pincharse la yema de un dedo y apretó hasta extraer una minúscula gota de sangre, con la que tocó el cristal. Éste comenzó a brillar al instante con una suave luz azul parecida a la de la luna.

Con el resplandor del cristal, examinó con cuidado los contenidos del armario. Los estantes estaban abarrotados de diferentes objetos: cuchillos para sacrificios, frascos de polvos y pociones mágicas, libros de hechizos de poca importancia, cabezas reducidas, varios huesos humanos y otras rarezas.

Ignoró todo aquello. Lo que le interesaba se encontraba en un estante con esferas de cristal. Evitó las más grandes, pensadas para colocarlas sobre una mesa, y examinó únicamente las más pequeñas, de tal tamaño que un hechicero pudiera llevarlas encima y sostenerlas cómodamente en la mano.

Sin embargo, ni siquiera esto era lo que estaba buscando. Al final del estante halló una serie de cajas de madera alargadas, cubiertas con elaboradas tallas. Escogió una y levantó la tapa. Dentro no había un cristal, sino tres: uno grande en el centro, aproximadamente del doble del puño de un hombre, y otros dos más pequeños, cada uno del tamaño de una ciruela.

El cristal más grande tenía muchas aplicaciones, aunque la más común era invocar un hechizo de visión para observar personas o sucesos lejanos. Sin embargo, los de menor tamaño cumplían una función especial. Quien tuviera uno podía utilizarlo para comunicarse con el hechicero que poseyera el cristal grande, incluso a través de enormes distancias.

Los sacerdotes usaban a menudo cristales de ese tipo para comunicarse de lejos con sus agentes y subordinados, ya fueran acólitos o custodios de Set. Sólo una semana atrás los acólitos habían presenciado una demostración de su función, y Anok había codiciado un juego de cristales desde entonces.

El joven no contaba con subordinados, pero sí tenía a su amigo Teferi, que actuaba como su sustituto fuera de los muros del templo. Habían ideado un sistema para sobornar a los guardias, pero había muchos problemas, entre los que se contaba el hecho de que Teferi fuera prácticamente analfabeto. A veces podía comunicar conceptos sencillos utilizando los pocos símbolos y jeroglíficos que conocía, pero para cualquier cosa más compleja, el kushita tenía que contratar a un escriba. Esto resultaba tanto caro como arriesgado, pues algunos escribas también eran discípulos de Set.

Introdujo la caja en un bolsillo oculto en el interior de su túnica, cerró el armario sin hacer ruido y apartó la Joya de la Luna. A continuación, volvió sobre sus pasos a lo largo del templo.

Una vez más, pudo pasar junto a todos los guardias con los que se encontró sin que le dirigieran ni una mirada, y cuando dobló la última esquina que llevaba hasta su celda, se sintió orgulloso de haberlo conseguido.

Se encontraba a menos de un metro de su puerta cuando frente a él el aire pareció retorcerse y brillar. Parpadeó y Ramsa Aál apareció de la nada. Apoyó la espalda contra la puerta de Anok y cruzó los brazos sobre el amplio pecho. Sonreía levemente, pero la expresión era igual de fría que la de una de las serpientes de Set.

—Anok Wati —dijo—. Veo que has ido a dar un paseo. —Alargó la mano —. Ahora, ¿por qué no me enseñas lo que has traído?

3

Anok clavó la mirada en el sacerdote que se apoyaba tranquilamente contra su puerta.

—Ramsa Aál, maestro, yo…

Se encontró sin saber qué decir.

El otro hombre agitó la mano con insistencia.

—Déjame ver.

Anok no veía otra alternativa. Lo habían atrapado. Metió la mano en la túnica y sacó la caja.

Ramsa Aál la cogió con una mano y levantó la tapa con la otra. Contempló un momento los cristales que había dentro.

—Buena elección —aprobó—. Un equilibrio adecuado entre tamaño y transportación.

Levantó el cristal más grande y lo sostuvo bajo la luz de la lámpara.

—Bonita limpidez. Sin imperfecciones. Los cristales complementarios de voz y visión son una ventaja.

Dejó de nuevo el cristal en la caja, volvió a colocar la tapa y se la devolvió a Anok.

—Acólito, sería prudente que recordases que cualquier hechizo que tú puedes utilizar, también puede usarlo otro hechicero, sobre todo uno más hábil que tú. Y como deseas tener tu propia bola de cristal, deberías saber que con la misma facilidad también se puede utilizar una para seguir tus movimientos.

—Usasteis una bola de cristal para descubrir que había salido de mi celda. —Se planteó con cierta inquietud lo que eso podría significar—. ¿Me habéis estado vigilando todo el tiempo?

Ramsa Aál echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Acólito, tengo asuntos más importantes de los que preocuparme que vigilarte día y noche. He situado trampas mágicas a lo largo de las salidas de las habitaciones de los acólitos. Al salir bajo la influencia de tu hechizo de encubrimiento hiciste saltar una de esas trampas poniéndome sobre aviso. Unicamente entonces fui hasta mi bola de cristal y utilicé un hechizo de visión para ver lo que estabas haciendo.

El joven inclinó la cabeza.

—Lo siento, maestro.

El sacerdote no parecía estar enfadado, pero Anok lo había visto matar una vez a una víctima para el sacrificio con una sonrisa en los labios. El humor y

las intenciones de Ramsa Aál eran desesperantemente difíciles de leer.

—No tienes por qué. La verdad es que fuiste bastante listo y tuviste gran iniciativa. Naturalmente, si hubieses intentado robar una de las cámaras, o los tesoros ocultos, o incluso en mis habitaciones privadas, lo más probable es que a estas alturas ya estuvieses muerto. Pero simplemente ibas buscando humildes herramientas de hechicero para añadirlas a tu equipo. Podrías haberlas pedido sencillamente, pero —sonrió levemente—, ¿qué tiene eso de divertido?

La puerta situada junto a la de Anok se abrió y un Dejal aturdido y confundido se asomó. Miró a Ramsa Aál, al parecer sin llegar siquiera a fijarse en el otro acólito.

—Maestro, ¿pasa algo?

—No, novicio. Anok simplemente está pasando por cierto entrenamiento especial de hechicería.

Dejal parpadeó, parecía que al fin veía a Anok.

—Yo también deseo aprender, maestro.

El sacerdote suspiró.

—Entonces, te vendría bien dedicar más tiempo a tus estudios y menos a intentar ganarte el favor de los sacerdotes.

El acólito parecía dolido.

—Lo único que quiero es complacer, maestro.

—Eso es cierto. Nos trajiste una dorada Escama de Set.

Se rozó con los dedos la pechera de la túnica a la altura del esternón.

El gesto le resultó familiar a Anok, pues él había hecho lo mismo a menudo cuando llevaba el medallón de su padre con la Escama de Set oculta en su interior. El joven se fijó por primera vez en el reflejo de una gruesa cadena de oro que colgaba alrededor del cuello del sacerdote y desaparecía bajo los pliegues de tela. «¿Lleva la Escama de Set ahí? ¿O, incluso, dos de las tres Escamas?».

Ramsa Aál siguió dirigiéndose a Dejal.

—Y tu padre acaba de realizar otra considerable ofrenda al culto. Dudo que incluso sus fondos duren mucho a este ritmo. —El sacerdote alzó una ceja de manera cómplice—. He oído rumores acerca de que no hace mucho le robaron una pequeña fortuna en esmeraldas de sangre.

Anok intentó no exteriorizar su reacción. Dejal había entregado en secreto esas joyas a los Cuervos a cambio de conseguir la Escama. El joven se había preguntado cómo las había conseguido Dejal. ¿Se las había robado a su padre? Entonces, tal vez las cosas no iban tan bien entre ellos como Dejal aparentaba. Su ira hacia el hombre no había desaparecido, simplemente estaba enterrada.

«Al igual que la mía hacia Dejal». Durante sólo un segundo, Anok abrió la oscura caja en la que las brasas de furia moraban siempre. Durante ese segundo las sintió, casi las saboreó.

El antiguo y conocido dolor a causa de la muerte de su padre, su asesinato

ante los ojos del joven Anok, y la pena fresca y angustiosa del asesinato de Sheriti.

Pero únicamente un segundo y, por si acaso lo abrumaba, cerró de golpe la tapa que conducía a aquel lugar oscuro, de regreso a donde pudiera reposar y enconarse hasta el día en el que acabase con todos.

Lejos de sentirse desconcertado por el comentario, Dejal pareció recobrar la compostura. Sonrió torciendo la boca.

—Un contratiempo, maestro, nada más. Un asunto de negocios que salió mal, como ocurre a veces. La familia de mi madre, al verse sin heredero, le cedió el negocio a mi padre, pero él no lo lleva en la sangre. Tened por seguro que, cuando llegue mi turno, yo lo haré mucho mejor y conseguiré riquezas tanto para mí mismo como para culto.

Y en aquel momento Anok se imaginó el plan de Dejal. El Culto de Set era el principal centro de poder en Estigia, cierto, pero había otros, concretamente la riqueza hereditaria de las familias antiguas y la riqueza moderna del comercio.

El culto contaba con medios para servir a ambas. Todos dependían de los custodios del culto, de la armada costera y de los ejércitos de esclavos para defender las fronteras de Estigia contra la amenaza constante de la invasión y para mantener abiertos los caminos de caravanas y las rutas marítimas a pesar de la amenaza de los bandidos y piratas. Los custodios también mantenían bajo control a la multitud mestiza de las clases marginadas. Algo importante, ya que superaban a los estigios de sangre pura en una proporción de veinte a uno.

A cambio, el culto dependía de los impuestos y tributos que le proporcionaban las personas adineradas, pero la alianza era siempre precaria. Si Dejal pudiera obtener cierto estatus en los círculos internos del culto y luego hacerse cargo de los negocios de su padre, podría convertirse en una fuerza temible. Al tender un puente entre los dos mundos, conseguiría un prestigio que no podría lograr en ninguno de los dos de manera individual.

«Después de todo, te enseñé algo, "hermano"». Se trataba de la clase de acuerdo ideal por el que Anok se había hecho famoso en las calles de Odji. «Pero, ahora que sé cuál es tu plan, ¿qué hago?».

Naturalmente, lo que quería hacer era destruir el plan de Dejal, acabar con las frágiles aspiraciones de su antiguo amigo en el culto y aplastarle la cara mientras él mismo ascendía al poder. Pero por ahora no podía ser. Dejal podría resultar útil, y ya habría tiempo para la venganza después.

Ramsa Aál pareció pensar en las palabras del acólito un momento.

—¿Cómo obtendrás el control de las riquezas de tu padre? —preguntó—. ¿Esperarás a que envejezca y muera? A mí me parece que está… tristemente saludable.

La sonrisa de Dejal se amplió levemente.

—Cuando esté listo, maestro, lo convenceré para que me ceda el poder… utilizando los medios que sean necesarios.

Nuevamente, el sacerdote pensó en ello, luego asintió despacio con la cabeza.

—Esta noche me sorprendió la iniciativa de tu amigo Anok. Ahora veo que tú también posees iniciativa, puede que más de la que creía.

—Entonces, ¿puedo quedarme a la lección, maestro?

—La lección ha terminado, pero puedes quedarte. Estaba a punto de darle una noticia a Anok. Tenía pensado decírselo por la mañana, pero ya que estamos aquí…

—¿Sí, maestro?

—Dime, Anok, ¿has ido más allá de la ciudad?

Las ideas se agolparon en la mente del joven. No quería ofrecerle a Ramsa Aál ninguna pista acerca de su Usafiri, el viaje espiritual hacia el desierto que lo había situado en la senda para destruir a Set. Sin embargo, no parecía haber motivos para mentir directamente.

—He descendido parte del camino hacia la costa, hasta algunas de las aldeas y pueblos de allí, y me he adentrado un poco en el desierto, hasta el límite del Mar de Arena.

Ramsa agitó la mano.

—Eso no es nada. El poder de un hechicero aumenta con el conocimiento y la experiencia. Has vivido toda tu vida en el interior de esta ciudad. Es hora de que veas más, de que aprendas más. Dentro de una semana voy a enviarte a Kheshatta para que estudies en la ciudad de los hechiceros. Allí hallarás numerosas formas de magia provenientes de todo el mundo conocido. Aprenderás que hay mucho más en nuestro culto aparte de lo que has visto aquí en el templo. Y, si tienes mucha suerte, tal vez tengas una audiencia con el señor maestro Thoth-Amon, señor del Anillo Negro, Sumo Sacerdote del Culto de Set.

Anok había oído hablar de Thoth-Amon, naturalmente. ¿Quién no había oído nombrar al brujo más poderoso de Estigia? Su nombre se pronunciaba con miedo por todo el mundo civilizado. Se rumoreaba que únicamente Conan, el poderoso rey bárbaro de Aquilonia, se había enfrentado al brujo y había vivido para contarlo.

—Pensaba que su palacio se encontraba en Luxur, ¿no es así, maestro?

—Bien, has estado prestando atención. Te vendría bien aprender todo lo que puedas de nuestro gran señor maestro. Pero, para responder a tu pregunta, sí, su palacio principal está allí. Pero nuestro señor maestro siempre ha padecido ansias de conocer el mundo y sus estancias en Luxur son poco frecuentes y, normalmente, breves. A menudo viaja por Estigia y más allá. Cuenta con un aposento en la torre negra del templo, aunque hace muchos años que no visita este lugar, una torre del homenaje al pie de las Montañas de

Fuego y también un gran palacio en Kheshatta. Sé de buena fuente que pronto volverá a Kheshatta.

—Pero yo no soy más que un humilde acólito, maestro. ¿Por qué me concedería Thoth-Amon una audiencia?

El sacerdote sonrió.

—Por la marca que llevas en la muñeca, Anok Wati. Oh, sí, se ha enterado y, aunque algunos en el culto puedan dudar de su importancia, nuestro señor maestro siempre le presta atención a este tipo de cosas. Este no es el motivo de que regrese a nuestras tierras, pero dudo que lo deje pasar por alto.

Dejal se sumó nuevamente a la conversación.

—¿Yo también iré a Kheshatta, maestro?

—Tal vez, pero aún no. Si de verdad quieres servir, entonces hay otra tarea que podría encomendarte, una más cerca del templo, pero no menos importante. Si consideras que estás a la altura de la tarea…

—Sí, maestro. ¡Por supuesto!

—Bien, hablaremos de ello después. —Se volvió otra vez hacia Anok—. Partirás dentro de una semana. Me encargaré de que cruces el Mar de Arena con una caravana. No hay un templo como éste en Kheshatta, por lo que se te proporcionará dinero para que consigas tu propio alojamiento.

Anok se sintió encantado con la noticia. Hasta el momento, sus planes contra Set se habían visto obstaculizados al vivir en el templo, con poca libertad y bajo constante examen.

Ramsa Aál continuó:

—Kheshatta también es una ciudad muy peligrosa para aquellos como nosotros. Te asignaré un oficial de los custodios para que te sirva de guardaespaldas.

En un instante, las esperanzas de libertad de Anok se desvanecieron. Entonces, se le ocurrió una idea.

—Maestro, si fuera posible, preferiría contar con el sirviente kushita Teferi como guardaespaldas.

Ante la mención del nombre de Teferi, Dejal le dirigió al otro acólito una mirada cortante. Los tres se conocían desde niños y él sabía perfectamente que Teferi no servía a ningún hombre. Sospechaba que Anok estaba metido en algún engaño, pero no mostró más que interés y no dijo nada.

El otro joven continuó con su petición.

—Puede que sea estúpido —otra falsedad, como Dejal sabía bien—, pero es intrépido y hábil con la espada. Trabajaría por unas pocas monedas de plata; seguro que es mucho menos de lo que pagáis a vuestros oficiales.

Cuando Teferi había irrumpido en el templo poco tiempo atrás para comunicar la noticia de la muerte de Sheriti, los custodios del templo por poco lo matan. Para salvarlo, Anok se había visto obligado a engañar a Ramsa Aál acerca de la inteligencia de su amigo y de su relación con él. Quizá ahora

pudiera sacar provecho de aquello.

El sacerdote frunció el entrecejo.

—¿El kushita? ¿Sigue vivo?

—Resultó herido durante mi lucha con los Escorpiones Blancos, pero he oído que está prácticamente recuperado.

Ramsa Aál resopló con desprecio.

—Muy bien, si puedes contratarlo por dos monedas de plata al día. No pagaré más por los servicios de un salvaje.

Anok ocultó su ira al escuchar estos insultos hacia su amigo. Como muchos nobles estigios, Ramsa Aál despreciaba a todos los no estigios; pero, sobre todo, a los hombres morenos de las tierras al sur de sus fronteras.

«Que su odio lo ciegue, entonces, si sirve a mis necesidades», pensó.

—En cuanto a ti, no te faltará de nada en tu viaje. Seré generoso. —Miró a un lado hacia Dejal, como si quisiera asegurarse de que estaba escuchando—. Parece que en los últimos días, todos los jefes de bandas supervivientes de Odji han llegado al templo con tributos. Una fortuna en total. Todos han visto el agujero humeante que era la fortaleza de los Escorpiones Blancos, y han oído que el responsable del hecho fue un discípulo de Set.

Anok parpadeó, sorprendido.

—No tenía ni idea, maestro.

—¿Quién iba a pensar que tu aventurilla de venganza resultaría tan valiosa para el culto? Más de lo que crees, pues puede que el oro de los jefes se gaste pronto, pero su miedo… —sus labios formaron una sonrisa torcida— ¡nos servirá durante años!

4

Lejos del templo y fuera de los muros de la ciudad interior por vez primera en semanas, Anok se sentía libre. Era un día soleado, refrescado por una brisa constante que surgía del puerto situado más abajo. El fresco aire salado evitaba que el humo de las cocinas, hornos y forjas se acumulase sobre Odji y diluía la nube de hedor humano y animal que normalmente flotaba sobre el lugar.

Nunca se había dado cuenta de lo repugnante que resultaba aquel olor hasta que hubo pasado algún tiempo en la ciudad interior, con sus callejones libres de basura, la ausencia de comida para animales y los recogedores de boñigas que limpiaban las calles detrás de los caballos y burros. ¿Cómo podía haber vivido en este lugar todos estos años y nunca haberlo olido de verdad?

Sin embargo, se alegraba de volver a vagar por las angostas calles de los barrios bajos. Sonrió, se apartó la capucha de la túnica y apenas se fijó en las miradas de cólera y miedo de los desconocidos ni en el modo en el que la gente evitaba su túnica de acólito. Estaban respondiendo a la túnica, se dijo a sí mismo, y no sabían nada del hombre que había dentro.

Su destino era la taberna El Loto Verde, una posada ubicada en su antiguo barrio en la que Teferi había estado viviendo estos últimos meses. Aunque había pasado algún tiempo recuperándose de sus heridas en una habitación trasera del burdel, se decía que estaba de nuevo en El Loto Verde.

Las calles estaban concurridas, llenas de compradores, mercaderes, comerciantes y ganado, todos ellos disputándose un lugar en la calle. Estas eran las clases bajas, la mayoría descendientes de esclavos. Muchos tenían la piel oscura, marrón o negra, aunque aquí podía encontrarse cierto número de miembros de prácticamente cualquier raza y credo del mundo conocido.

Vio varios rostros conocidos, pero ningún amigo íntimo, y nadie pareció reconocerlo con la vestimenta del templo.

Sin embargo, sí lo identificaron al menos una vez. Mientras subía los escalones de la calle de los alfareros, dejando atrás escaparates de tiendas llenos de pilas de vasijas, tazas, platos y utensilios para cocinar, divisó a dos descomunales shemitas de barbas azules, en quienes Anok reconoció a dos matones de la banda de las Ratas del Río de lord Nakhti.

Los hombres portaban pesados sables y llevaban arcos y aljabas con flechas colgados a la espalda. Caminaban como si las calles les pertenecieran, y sin los Escorpiones Blancos probablemente fuera así.

Pero cuando los hombres descubrieron a Anok, se detuvieron y lo

señalaron. Vio cómo se acercaban y se susurraban el uno al otro mientras lo observaban. A continuación, se dieron la vuelta y se alejaron rápidamente en la dirección opuesta, redoblando el paso para escapar de él.

Anok sonrió. «Me tienen miedo. Bien». Si había logrado, al menos por un tiempo, que las bandas callejeras de Odji sintieran miedo e incertidumbre, entonces le había hecho un favor a la gente del lugar. Era poca cosa; aunque, tal vez, algo de lo que sentirse orgulloso.

Dobló una esquina y se encontró contemplando la entrada del Nido, los establos remodelados debajo del Paraíso que durante muchos años habían sido su casa. Se trataba de un minúsculo sótano situado bajo uno de los lados del edificio de dos plantas, con ventanas altas y diminutas y una única puerta de madera cerca de la esquina posterior del sótano.

Desde donde él se encontraba, la entrada principal del burdel estaba al otro lado de la esquina y en lo alto de la colina. Incluso desde allí captó un toque de perfume exótico en el aire. El joven sabía que en un día como éste habría toldos de seda de vivos colores agitándose con la brisa y prostitutas desnudas apoyadas prácticamente en todas las ventanas haciéndoles señas a los transeúntes.

Sin embargo, desde allí abajo, en la calle lateral, el edificio parecía sencillo, casi modesto. Alrededor de la puerta del Nido habían crecido malas hierbas y la puerta parecía estar cubierta de polvo y en desuso. Ver aquello lo llenó de una profunda sensación de tristeza. Sheriti estaba muerta, y con ella todo lo que él había amado alguna vez en la vida.

Los Cuervos ya no existían. Su amistad con Dejal se había vuelto rancia, como la leche vieja. Unicamente quedaba Teferi para proporcionarle alguna conexión auténtica con esa parte de su vida.

Se acercó a la puerta y recorrió el marco con los dedos hasta hallar los cierres ocultos que la abrirían. Durante unos segundos se planteó entrar, pero allí no había nada para él salvo fantasmas y ayeres perdidos.

Le dio la espalda al burdel y rodeó la esquina. Un poco más arriba de la colina pudo ver El Loto Verde, con su intrincada flor tallada en madera colgando sobre la puerta.

Se aproximó y echó un vistazo a través de las contraventanas abiertas del frente. No había mucho movimiento en el negocio. Varios hombres estaban sentados en mesas dispersas, bebiendo, comiendo e ignorándose unos a otros.

Anok entró en la taberna. No conocía al tabernero, un hombre bajo, de piel morena y con una cabeza redonda y sin pelo que, en cierta forma, le recordó a un coco. El joven se acercó a la barra con aire resuelto.

—Busco a Teferi, un kushita alto. He oído que tiene una habitación aquí.

El tabernero lo observó con cautela; sin embargo, tras pensarlo un momento, asintió con la cabeza.

—En lo alto de las escaleras, al final del pasillo a la derecha.

Ascendió los angostos y desvencijados escalones al fondo del salón; la verdad es que era poco más que una escalera de mano. El corredor no era mucho más ancho y estaba iluminado únicamente gracias a una ventana alta y estrecha situada al fondo. La mayoría de las puertas que había a lo largo del pasillo estaban abiertas y las habitaciones permanecían oscuras. Una, a la izquierda, estaba cerrada, y a juzgar por los gemidos y golpes del interior, estaba bien ocupada en ese momento. La otra única puerta cerrada, como le habían asegurado, estaba al fondo a la derecha. Fuera había una bandeja con una jarra vacía y un cuenco que mostraba rastros de algún tipo de guiso.

Dio unos golpecitos en la madera y toda la puerta vibró.

—¿Quién está ahí? —bramó una voz profunda desde el interior—. ¿Amigo o cadáver?

A pesar de sí mismo, Anok logró esbozar una pequeña sonrisa. A pesar de sus heridas y del dolor compartido por la muerte de Sheriti, su viejo amigo no había perdido nada de temple.

—Un poco de ambos —respondió.

Se produjo un momento de vacilación seguido de una exclamación:

—¡Anok Wati! ¡Ya era hora de que vinieras a verme! ¡Entra de una vez!

La puerta no estaba cerrada con llave y Anok la empujó para abrirla. Encontró a Teferi tendido sobre un banco para dormir, vestido con sencillo taparrabos. Incluso incorporado, con la espalda contra la pared, los pies le que daban colgando del extremo, y Anok no logró imaginar cómo el hombretón conseguía dormir allí.

Parecía algo más delgado que la última vez que Anok lo había visto, aunque no tenía un aspecto enfermizo. Teferi siempre había pesado unos cuantos kilos de más. Ahora tenía una apariencia enjuta e incluso más peligrosa, si eso era posible. Lo único que impedía concentrarse en aquella impresión era un vendaje de lino que llevaba alrededor de la parte central del pecho. Anok se tranquilizó al notar que parecía limpio y sin sangre, por fuera al menos.

Había pocos muebles en la habitación: una mesa, un banco pequeño y algunas cestas para guardar cosas. En todo caso, era incluso más pequeña y austera que su celda en el templo. Pero al menos ésta contaba con una pequeña ventana que daba a la calle y aire fresco, o tan fresco como podía ser el aire en Odji, en cualquier caso. El acólito acercó el banco a la cama y se sentó.

—¿Cómo te sientes?

El kushita bajó la mirada hacia el vendaje.

—Oh, ¿esto? Ya apenas lo necesito. La herida sangra a veces, pero probablemente me quite el vendaje en uno o dos días. Las mujeres del Paraíso me cuidaron bien.

¿Mujeres? La palabra resultó una cierta sorpresa. En toda su vida Anok nunca había oído llamarlas otra cosa aparte de prostitutas. La palabra estaba

tan arraigada en la cultura estigia que él siempre la había utilizado sin pensar. Sin embargo, también eran mujeres. Una de ellas había sido la madre de Sheriti, se había mostrado amable con él y, durante años, le había proporcionado un lugar en el que vivir.

Teferi vio la expresión de su rostro.

—Hace años que conozco a las encargadas del Paraíso, sin conocerlas de verdad. Son buenas mujeres, Anok, a quienes la vida ha impuesto penurias y decisiones difíciles. Debería haberme portado mejor con ellas.

El otro joven sonrió con tristeza. Había un lado tierno en el corazón de guerrero de Teferi que Anok admiraba, aunque pusiera en duda su utilidad en este mundo duro en el que vivían.

—Tal vez yo también, viejo amigo; pero me temo que no tendré ocasión. Debo viajar a Kheshatta para continuar mis estudios de hechicería.

Teferi abrió los ojos de par en par y se sentó completamente erguido. Anok lo vio estremecerse un poco mientras se acomodaba. La herida aún le molestaba, un poco al menos. Se sintió culpable por ello, aunque sabía que sin su magia Teferi estaría muerto.

Anok había transformado una espada en agua (en cierta forma, aún no estaba seguro de cómo) mientras ésta le atravesaba el pecho. Aunque debería haber sido más rápido. Pero eso era un autoengaño, y lo sabía. Teferi no debería haber estado allí. Habían invadido la guarida de la banda de los Escorpiones Blancos y los habían matado a todos. Anok había matado a su líder, lord Wosret; todo en venganza por el asesinato de Sheriti.

Pero aunque había mucha sangre inocente en las manos de Wosret, se habían equivocado acerca de que él matase a Sheriti. Había sido Dejal quien la había asesinado. Prácticamente se lo había reconocido a Anok.

Y la pobre Sheriti. En su mente, Anok había ideado mil formas en las que podría haber impedido la muerte de la muchacha, acudir en su auxilio, intuir las intenciones de Dejal y matarlo primero. «Alégrate, Teferi. Tus heridas sanarán. Las mías no lo harán nunca», pensó.

Sin embargo, aquí estaba, a punto de pedirle que lo siguiera nuevamente hacia el peligro. Aquí estaba, manteniendo la ficción de que la muerte de Sheriti había sido vengada mientras su asesino aún seguía libre y sin problemas, todo porque servía a los planes de Anok.

Se dio cuenta de que Teferi lo estaba mirando.

—¿Kheshatta? Por la expresión de tu cara, lo dices como si fuera alguna clase de sentencia de muerte.

—No, es sólo que… esperaba que aceptaras venir conmigo.

El kushita sonrió.

—Ni siquiera tienes que pedirlo. Claro que iré contigo. ¡Será una aventura!

—No decidas tan rápido. Es la clase de aventura en la que la gente puede acabar muerta.

—¡Bah! Le temo más al aburrimiento que a la muerte, y he pasado demasiados días atrapado en cuartuchos como éste deprimiéndome. ¿Cuándo nos vamos?

—En una semana. Se te pagará, aunque no lo suficiente. Ramsa Aál quería asignarme un custodio como protección en el viaje. Le dije que, en lugar de ello, te quería a ti.

—¿Aceptó?

—A regañadientes. Se te pagará dos monedas de plata al día.

Teferi soltó una risita burlona.

—Una magnífica suma. Podré comer mal al menos tres veces a la semana.

—Aún nos queda algo de dinero propio, y parece que a mí me mantendrán con más generosidad. Lo mío es tuyo. Ya lo sabes.

—Bueno —repuso el otro, sonriendo—, si no me lo dieras, simplemente lo robaría.

El acólito le devolvió la sonrisa.

—Eres un hombre honrado, Teferi. No le quitarías un penique torcido a un desconocido. Son tus amigos los que tienen que tener cuidado.

Anok bajó la mirada y se fijó en un objeto que reposaba sobre el borde de la cama y que no había visto antes. Frunció el entrecejo y lo señaló.

—¿Qué es eso?

Teferi lo miró.

—Un pergamino —respondió.

—Ya he visto alguno antes —repuso con sarcasmo—. ¿Qué es?

El kushita se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Se lo compré a un hombre abajo en la taberna por cinco monedas. He estado intentando entenderlo.

Anok soltó una carcajada, sorprendido.

—¡Teferi! ¿Has estado intentando leer? Yo intenté enseñarte una vez. Duró… ¿cuánto…?, ¿una semana?

—Dos, pero únicamente porque insististe. Nunca le vi ninguna utilidad.

—¿Y ahora?

Su expresión se tornó sombría.

—Sheriti le vio la importancia cuando yo no pude. Ahora ella se ha ido. Quizá sea hora de que lo vuelva a intentar. ¿Me ayudarás?

—¡Claro que sí! Estoy orgulloso de ti, viejo amigo. —Se estiró para coger el pergamino y lo desenrolló—. Veamos qué tienes aquí.

Observó el pergamino, que se hacía pedazos, y arrugó el gesto.

—Teferi, esto es el libro de inventario de algún mercader, y ¡apostaría a que tiene cien años como poco!

El kushita frunció el entrecejo.

—Bueno, entonces imagino que me engañaron. Si hubiera sabido leer, supongo que eso no habría ocurrido.

—Más tarde iremos al Gran Mercado y te encontraré algo más apropiado. De todas formas, necesitaremos provisiones y ropa para el desierto. Y, si no lo encontramos hoy, tengo algo que necesito que le entregues a Rami.

Teferi puso cara de pocos amigos.

—¿A esa pequeña comadreja? ¿Por qué a él?

—Porque nosotros nos vamos, pero Dejal se queda aquí. Ramsa Aál tiene alguna misión misteriosa para él y quiero que Rami lo vigile por nosotros.

—Ya sabes que tendremos que pagarle. Hace poco o nada por amistad o lealtad. ¿Por qué lo dejamos siquiera llamarse Cuervo…?

—Porque entonces, al igual que ahora, tiene su utilidad a pesar de sus defectos. Y, sinceramente, no sé a quién más podríamos pedírselo en quien no confíe aún menos.

Metió la mano en su bolsa y sacó una esfera de cristal lo bastante pequeña como para ocultarla en la mano. Se la pasó a Teferi, que la contempló con curiosidad.

—¿Qué es?

—Magia —contestó.

El kushita dio un respingo y por poco deja caer el cristal. Rápidamente lo colocó sobre la cama, halló un trozo de seda negra y guardó dentro el, para él, peligroso objeto, envolviéndolo bien. Con cierto asco, lo lanzó sobre la mesa y fulminó a Anok con la mirada.

—Ya sabes lo que opino de la magia.

—Por eso te lo advertí. Ni siquiera te diré qué hace.

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a decírselo a Rami?

—Se lo explicaré yo mismo.

—Pero si no vas a verlo.

Anok se rio.

—Tú dáselo y dile que lo mantenga con él. Adviértele que si lo vende, o lo pierde, o lo apuesta en una partida de dados, me enteraré y le echaré una maldición que hará que sus partes pudendas se arruguen como una pasa.

Teferi parecía impresionado.

—¿Rami tiene partes pudendas? ¿Quién lo hubiera dicho?

Lo primero que adquirieron en el Gran Mercado fue una carretilla pequeña en la que acumular lo que comprasen. A continuación, se dirigieron directamente al puesto de un mercader que se ocupaba del comercio de caravanas.

El puesto lo llevaba una anciana, que por su vestido y aspecto era una de las nómadas del desierto que recorrían las rutas de caravanas. Tenía la piel bronceada y con profundas arrugas debido a la larga exposición al sol del desierto, el cabello era fino y blanco, y la nariz, larga y aguileña como ocurría con muchos de los suyos. Los nómadas eran un pueblo extremadamente independiente, una antigua mezcla de sangre shemita, kothia y estigia.

Algunas veces, los ancianos venían a la ciudad en busca de comodidad en sus últimos años, pero siempre regresaban a su sagrado desierto para morir.

La mujer los observó con escepticismo mientras entraban en el puesto.

Anok se dirigió a ella.

—Nos hemos unido a una caravana que va rumbo a Kheshatta. Necesitaremos atuendo apropiado y todo lo que pueda necesitar un viajero.

—Veneráis al dios serpiente. Muchos de los vuestros hacen este viaje y llevan… —la mujer alargó la mano y le tiró con brusquedad de la manga— sus túnicas del templo.

—Entonces, son idiotas —repuso Anok—. Un hombre se cocería en el desierto con estas túnicas. Tendría que llevar el doble de agua simplemente para compensar lo que le haría sudar.

—Sois un muchacho de ciudad. ¿Qué sabéis vos del desierto?

—Más de lo que imagináis, y mucho menos que vos, me atrevería a decir. Decidme lo que necesito saber.

La mujer se acercó a una mesa cubierta de ropa elaborada con lino blanco y crema. Volvió la mirada hacia él.

—¿No echaréis de menos vuestra túnica del templo, adorador de la serpiente?

No pudo evitar sentir simpatía hacia la mujer. Hacía falta valor para decir algo así en presencia de un acólito de Set.

El joven bajó la voz un poco y se acercó a la nómada.

—Me vendría bien librarme de ella.

Los ojos de la mujer brillaron y sonrió levemente. Se apartó de la mesa y se dirigió hacia el fondo del puesto.

—Esta basura es para gente crédula de ciudad —comentó—. Tengo algo mejor para vos.

La anciana les explicó cómo escoger un aro adecuado y cómo llevarlo así como el tocado al estilo nómada correcto. Le dio a cada uno una bolsa con dulces de miel y sésamo de los que se decía que los camellos los consideraban una golosina muy sabrosa, y les enseñó cómo elegir a los mejores en una caravana. Les advirtió de qué líderes de caravanas eran honrados y en cuáles no se podía confiar.

Anok le pagó con sólo un poco de regateo y, luego, con una reverencia de gratitud, le puso un soberano de oro de más en la curtida palma. Abandonaron el puesto con el carro bien cargado; no sólo con ropa y un equipo adecuado para el desierto, sino con algo más valioso: información.

Mientras caminaban hacia la tienda del escriba, el kushita cogió uno de los dulces de la bolsa y lo lamió con cautela. Hizo una mueca.

—Ya veo por qué se los dan a los camellos —comentó, dejando caer de nuevo el dulce en la bolsa.

—Tal vez se le vaya cogiendo gusto con el tiempo.

—Espero que el desierto no sea tan ancho. —Parecía meditabundo y un poco apesadumbrado—. Hay una parte de esto que no me hace ninguna gracia, hermano.

—Accediste a ir. ¿Has cambiado de opinión?

—No, claro que no. Anhelo la aventura. Estoy deseando dejar esta maldita ciudad atrás, al menos por un tiempo. Es sólo que Kheshatta está cerca de la frontera con Kush. Más cerca de lo que he estado nunca de sus tierras.

—La tierra natal de tu pueblo, sí. Pensaba que te alegraría.

Su amigo frunció el entrecejo.

—La tierra maldita a causa de la hechicería de la que mi tribu huyó hacia el exilio tiempo atrás. Ya no es la tierra de mi gente. Pertenece a los demonios y a los dioses malvados. Algunos dicen que mantienen a los auténticos dioses de nuestro pueblo encadenados, a todos salvo a Bovutupu el traidor y a Jangwa, porque no pudieron hallarlo en el páramo.

—Entonces, tal vez un día vayamos allí, matemos a los dioses malvados y restablezcamos el orden para tu pueblo.

Teferi soltó un gruñido.

—Te crees un asesino de dioses, Anok. Es una presunción peligrosa. Los hombres no matan dioses. Los dioses juegan con los hombres.

—Quizá no pueda matar dioses, Teferi, pero los hombres siguen venerando a los dioses. Sin discípulos, los dioses no son nada. Se puede matar a los hombres. Se pueden ganarlos corazones de los hombres. Los dioses no caen fácilmente; pero, al igual que ocurre con los reyes, aun así pueden caer.

La tienda del escriba estaba situada en un angosto callejón fuera del mercado. El letrero de madera era pequeño y, a diferencia de la mayoría de los carteles del mercado que habían sido diseñados para atraer al pueblo analfabeto de Odji, no contaba con colores brillantes ni dibujos ni tallas, únicamente letras. Decía: LA PALABRA, y nada más.

Entraron en el interior oscuro y angosto, con sus montones de papiro limpio, plumas, juncos y tinteros. Sin embargo, el interés de Anok se centraba en la pared del fondo, donde se encontraban los pergaminos y los libros.

El tendero, un hombre delgado y pálido de sangre hiboriana, los observó con atención.

—Os conozco —dijo—. Erais Anok Wati, de los Cuervos, el pihuelo callejero que sabía leer y escribir.

El joven dirigió la mirada hacia él.

—Sigo siendo Anok Wati.

—Ahora servís a Set.

—Sirvo a la verdad —repuso.

—No tenemos pergaminos de Set aquí.

Anok examinó una cesta con pergaminos cubiertos de polvo.

—Ya tengo algunos, gracias. Buscamos algo para este amigo. Quiere

aprender a leer. Algo sencillo, pero con muchas palabras. El estigio está bien, pero el aquilonio también serviría.

El tendero alzó una ceja, pero introdujo la mano bajo el mostrador y levantó una cesta de pergaminos.

—Éstos son todos los pergaminos en aquilonio que tenemos. Tengo algunos libros allí, en aquel armario, pero los libros cuestan mucho más.

Anok revolvió entre los escritos. El primero que miró contaba las aventuras de algún príncipe olvidado de Gunderland. Serviría. Incluso tenía ilustraciones, lo que sin duda le gustaría a Teferi. Lo dejó a un lado para comprarlo.

Estaba a punto de devolver la cesta a su sitio cuando un pergamino en particular le llamó la atención. Era de un color más fuerte que el resto, el mango de madera de un extremo estaba quemado y ennegrecido, el papel era oscuro y se estaba desintegrando por el borde. Lo cogió con cuidado de la cesta.

Miró al tendero con dureza.

—¿Dónde conseguisteis esto?

—¿Eso? No lo sé. Lleva aquí mucho tiempo. Lo trajeron unos muchachos, creo. Extranjeros jóvenes de Akhet, que vendían lo que podían para comprar cerveza. Supongo que probablemente se lo robaran a sus padres, pero eso no es asunto mío.

«¿Lo robaron? ¿O lo encontraron en las ruinas de una casa calcinada?»

—¿Cuánto cuestan estos dos?

El tendero pidió una suma exorbitante. Anok lanzó la moneda sobre el mostrador sin regatear y se apresuró a salir a la luz del sol.

Teferi corrió tras él.

—Anok, ¿qué sucede?

El otro joven levantó el pergamino chamuscado.

—Esto era de mi padre —contestó.

5

Anok no estaba preparado para regresar al templo, así que volvieron a la taberna El Loto Verde. Por un poco de plata, el tabernero accedió a permitir que Teferi guardase el carro y su contenido en la habitación trasera.

El acólito miró a su amigo.

—¿Quieres una cerveza?

El kushita negó con la cabeza.

—Hace un buen día y estoy empezando a sentirme como antes. Hay un patio detrás de la taberna donde puedo disfrutar del sol.

Anok se encogió de hombros y siguió a Teferi a través de una puerta trasera.

El patio era pequeño y estaba empedrado con losas. Una morera raquítica y mal cuidada crecía a través de una grieta en el centro del enlosado. Ropa a medio secar colgaba de unos postes a lo largo de la otra esquina y jarras de cerveza vacías se amontonaban contra la pared más cercana. Había una mesa de piedra y dos bancos, pero poco más para recomendar el lugar.

Anok no estaba seguro de por qué Teferi había querido venir aquí, hasta que oyó el sonido de la espada del hombretón al salir de la funda.

Se pasó las manos sobre los hombros de manera instintiva y cogió una espada con cada mano, sacándolas de las vainas que llevaba atadas con correas a la espalda.

El kushita ya estaba balanceando la espada hacia él en un arco horizontal, un feroz golpe a dos manos que podría cortar a un hombre por la mitad. Era demasiado tarde para desenvainar y desviar el golpe, incluso si se atrevía a intentarlo con sus armas mucho más ligeras; así que soltó las espadas y dio una voltereta apoyándose en el hombro.

El ataque de Teferi pasó sobre él mientras rodaba fuera de su alcance, se ponía en pie de un salto y desenvainaba las espadas.

Teferi se recuperó con rapidez y golpeó de nuevo. Anok saltó hacia atrás, arqueando la espalda para que la hoja evitase su estómago por centímetros.

Otro golpe y se agachó bajo él, con la rodillas flexionadas; levantó la espada izquierda hacia la garganta de Teferi.

La mano izquierda del kushita se alzó, con algo blanco arrastrándose tras ella. Algo húmedo le golpeó el brazo izquierdo y se enrolló en él, enredándose en la guarnición de la espada.

«¡Ropa! El ingenioso demonio ha agarrado ropa húmeda».

Intentó soltar la espada y liberar la mano, pero estaba atrapado. Teferi utilizó su tamaño y fuerza superiores para lanzar a Anok en un semicírculo hasta que chocó de espaldas contra el tronco del escuálido árbol.

Cayó una lluvia de hojas y moras, y Anok vio puntitos de luz cuando la cabeza le impactó contra el árbol.

Finalmente, logró sacar la mano e intentó levantar la espada para bloquear el inevitable golpe. La gran espada repicó contra la suya con tal fuerza que se le entumeció la mano.

Bajó la guardia lo suficiente como para dejarla abierta para el siguiente ataque. Retrocedió tambaleándose y se agachó, de forma que la espada de Teferi asestó un profundo corte a una rama del árbol en lugar de a su cráneo.

Entonces, la sandalia derecha se le enganchó en algo (una piedra suelta, tal vez) y lo hizo caer. Se golpeó la cabeza de nuevo. Intentó levantar la espada, pero encontró la punta del arma de Teferi contra su esternón.

Se tendió de espaldas y suspiró.

—¡Me rindo!

Teferi le sonrió desde lo alto; a continuación, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Has sido demasiado blando conmigo, hermano! Ni en mi mejor día he conseguido vencer nunca al demonio de dos espadas en una lucha justa.

Apartó la espada de Anok y la volvió a introducir en la vaina. Se inclinó y le ofreció la mano a su amigo.

El acólito agarró la mano y dejó que Teferi tirase de él hasta ponerlo en pie. Le dolía todo el cuerpo y aún no se movía con seguridad.

—No estoy muy seguro de si fue justo ese truco de la ropa mojada; pero, en cuanto a mí —frunció el entrecejo—, no estaba siendo blando en absoluto.

El kushita volvió a reír. Entonces se dio cuenta de que Anok hablaba en serio y su sonrisa se desvaneció.

—No he tocado mi espada desde aquel día en la guarida de los Escorpiones, y antes de eso las guardaba Ramsa Aál. Me estoy ablandando en el templo. Me falta práctica. No me gusta. No me gusta en absoluto.

Teferi avanzó renqueando y se sentó en uno de los bancos de piedra. Anok lo miró llevarse una mano al pecho y vio una mancha de sangre en el vendaje limpio.

—No es nada. —Sonrió débilmente—. Valió la pena para vencerte por una vez.

—Solíamos entrenarnos así prácticamente cada día.

El kushita esbozó una pequeña sonrisa.

—Solíamos usar palos, para no matarnos el uno al otro.

Anok se masajeó la mano entumecida, que aún le hormigueaba.

—Tal vez deberíamos volver a los palos por un tiempo.

Su amigo soltó una risita. A continuación, su expresión se tornó seria.

—Nunca me dijiste qué había en aquel pergamino.

—Ya lo viste.

—No sé leer, ¿recuerdas? —Su tono fue dulcemente sarcástico.

—Bueno, yo tampoco le encuentro mucho sentido, así que estamos prácticamente igual.

—¿Puedes leerlo entero?

—Puedo leer las palabras. Está escrito en aquilonio.

—Entonces, ¿qué dice?

—Es algún tipo de pergamino de un templo, del Culto de… —Miró alrededor para comprobar si había cerca alguien más—. Del Culto de Ibis. Evidentemente, el tendero nunca llegó a leer el pergamino o habría acabado por quemarlo.

—¿Ibis? Te he oído mencionar a Ibis, pero no conozco ese culto.

—Venerar a otro dios que no sea Set está prohibido en Estigia; sin embargo, ambos sabemos que se hace. En Odji se rinde culto discretamente a muchos dioses, y he oído que en Kheshatta se adora aún a más. Incluso en las catacumbas bajo el Gran Templo se mantienen santuarios a dioses antiguos y olvidados, y los sumos sacerdotes algunas veces celebran ceremonias allí, engañando a Set igual que un hombre podría engañar a su esposa. Pero mientras que los sumos sacerdotes y los custodios de Set normalmente toleran estos hechos, venerar a un dios, por encima de todos los demás, está prohibido en Estigia, y ése es el caso de Ibis.

—Ibis debe de ser uno de los enemigos de Set.

—Por lo que he oído, enemigos mortales, antiguos e intensos. Sin embargo, Parath, el dios con el que hablé en el desierto, afirmó ser un antiguo enemigo tanto de Set como de Ibis, y aseguró que mi padre, que toda mi línea de sangre, lo veneraba a él hasta remontarnos a la antigüedad.

—Pero, si eso es cierto, ¿por qué tendría tu padre un escrito sobre Ibis?

—Eso es exactamente lo que me desconcierta. Pero este pergamino es importante de alguna forma, lo sé. Mi padre me encomendó una misión cuando murió: encontrar a mi hermana y entregarle la Escama que me dejó. Sin embargo, nunca he podido hacerlo, nunca he hallado ningún rastro de una hermana. No tenía ninguna pista acerca de dónde buscar. Pasaron años antes de que me atreviera a regresar a las ruinas de la casa de mi padre, y para entonces sólo quedaban cenizas.

Teferi parecía pensativo.

—Entonces, ¿a qué clase de templo pertenece? Puede que eso te diga algo.

—No tiene sentido, nada de ello. Está escrito en aquilonio; sin embargo, a Ibis se le rinde culto principalmente en Nemedia. Y, por lo que puedo ver, tiene relación con los ritos de iniciación de una sacerdotisa de Ibis.

6

Las habitaciones privadas de Ramsa Aál estaban ubicadas encima de la entrada principal del Gran Templo de Set, al igual que las de los otros sacerdotes de grado superior del templo. El templo estaba orientado hacia el oeste y, desde esta posición estratégica, se podía contemplar la ciudad interior y sus imponentes muros negros, recorrer Odji y llegar al puerto de Khemi y al Océano Occidental que se extendía más allá. La vista era impresionante, y una extensión de amplias ventanas recogían las refrescantes brisas marinas.

Anok se encontraba frente a esas ventanas, con las manos a la espalda, mientras observaba los barcos cabeceando en sus amarraderos, las blancas velas triangulares ondeando en barcos mercantes y los veloces barcos de guerra costeros de la marina estigia mientras iban y venían junto al rompeolas de piedra.

Al norte podía ver la amplia extensión de la desembocadura del río Estix, con las numerosas islas del delta extendiéndose hasta el horizonte y las turbias aguas marrones vertiéndose en el azul oscuro del mar. Al sur, bancos de arena y barreras de islas protegían las aldeas agrícolas de la costa y a la vez proporcionaban escondites a los piratas dispersos que a menudo asaltaban a los navios no estigios, muchas veces ante las narices de la armada estigia, a quien no le preocupaban en absoluto los extranjeros.

Sobre todo, pensó, echaría de menos el mar. Nunca había estado mucho tiempo lejos de él. Lo extrañaría como a un amigo difunto.

Ramsa Aál se encontraba tras él y podía sentir los ojos del sacerdote contemplándolo. Anok siguió mirando el mar.

—Una vez más. ¿Qué has dicho?

—Dije que Aken Anu es un ladrón y un estafador. Lleva años cobrándole al templo demasiado por sus camellos, y despluma a los peregrinos que van en sus caravanas. No es el peor líder de caravana que podríais haber elegido para mi viaje. Que yo sepa, no ha matado a nadie… todavía. Pero no está al principio de la lista.

—¿Pones en duda mi criterio?

—Tal vez, más bien debería poner en duda vuestros motivos. ¿Por qué enviarme con un guía de tan poca confianza? ¿Quizá deseáis que me ocurra algo malo en el viaje? Quizá estáis poniéndome a prueba o esperáis que ese hombre me incite a usar mi magia en un momento de ira, de modo que venza la debilidad que he estado padeciendo últimamente.

Ramsa Aál pareció relajarse un poco. Sonrió y se acercó hasta apoyarse contra el alféizar de la ventana a la izquierda de Anok, como si se sintiera atraído hacia la marca de poder grabada en la muñeca izquierda del joven. Pero sonreía, y su comportamiento ya no era el de un adusto anciano, sino el de un igual tratando con otro.

Anok lo observó con el rabillo del ojo. «Le gusta que lo desafíen; al menos, aquellos a los que espera influenciar».

—Tienes razón. No es el mejor líder de caravanas que podría haber encontrado, y había contemplado, incluso esperado, que podrías tener problemas con él. Tu última suposición era correcta. Pensé que Anu podría hacerte enfadar hasta que utilizaras tus poderes sin pensar, evitando el miedo que actualmente te ata.

—No le tengo miedo a nada.

El otro hombre soltó una carcajada.

—Todos los hombres le tienen miedo a algo. Sólo los tontos lo niegan ante sus iguales… o ante sus superiores. Llevas la sagrada Marca de Set en la muñeca. El poder no te ha abandonado, nunca lo hará, y, por lo tanto, debe de ser la voluntad la que es débil.

Había verdad en eso. Le asustaba el poder, lo que éste podía hacer, lo que él mismo le había hecho a los Escorpiones Blancos en un equivocado intento de hacer justicia y lo que casi le había hecho a Teferi en el calor de la batalla. En cierto momento había dejado de blandir el poder. El poder había comenzado a blandido a él. No era algo que quisiera volver a experimentar. Pero no deseaba admitir nada de esto ante Ramsa Aál.

Sin embargo, el sacerdote pareció anticipar esta situación y no esperó a que el joven hablase.

—Deberías saber que es parte de la naturaleza de la hechicería el ser inconstante con sus dones. El poder de todos los hechiceros, incluso el de los más grandes, crece y disminuye con el tiempo. Si no fuera así, ¿cómo podría un bárbaro, incluso uno de tanto talento como el falso rey Conan de Aquilonia, haber derrotado a nuestro maestro Thoth-Amon? Fue lo bastante afortunado como para encontrarse con nuestro señor en momentos de debilidad y se benefició de su suerte. Pero un gran hechicero siempre es paciente y, un día, Conan no tendrá tanta suerte. Un día encontrará la muerte a manos de nuestro señor.

Anok miró al sacerdote enarcando una ceja. Había algo que quería saber desde hacía tiempo y que, sin embargo, nunca se había atrevido a preguntar.

—Maestro, ¿por qué hablamos abiertamente de las derrotas de Thoth-Amon? ¿Por qué son registradas y se habla a menudo de ellas en el templo?

La sonrisa de Ramsa Aál se ensanchó.

—Has formulado una pregunta importante, y te daré la respuesta. Las registramos porque un gran hechicero se define por sus enemigos. Uno no se

puede convertir en un gran hechicero sin grandes enemigos, y Conan ha demostrado ser digno de nuestro maestro en muchos encuentros.

»Mediante cada derrota, nuestro maestro se vio desafiado a expandir sus poderes, a dedicarse a planes de conquista aún más ambiciosos, a buscar más discípulos y representantes para utilizarlos contra sus enemigos. Nuestro maestro se ha vuelto más grande y, al desafiarlo, Conan también. Ahora se sienta en el trono de una nación poderosa, con enormes ejércitos a sus órdenes, y, a pesar de ello, un día caerá a manos de nuestro maestro y éste buscará un enemigo aún más digno. ¿Ves lo que eso significa para ti?

Anok parpadeó, sorprendido y confundido. ¿Las palabras de Ramsa Aál tenían algún doble sentido? ¿Podría Anok, en sus sueños más imposibles, ser el «enemigo más digno» que Thoth-Amon necesitaría un día? Era una locura arrogante y, sin embargo, con los poderes de los que podría llegar a disponer…

«Alto. Supón que no sabe nada, hasta que se demuestre lo contrario. Se trata únicamente del poder, que intenta liberarse, que intenta corromperme el alma».

El acólito intentó parecer inocente.

—¿Cómo podrían incumbir asuntos tan importantes a un humilde acólito, maestro?

—En las grandes montañas se puede ver la forma que tienen los hormigueros. ¿Dónde está el adversario merecedor de tu poder, Anok Wati? ¿Dónde está tu Conan? Intuyo que has tenido enemigos, es cierto, pero ninguno era realmente digno de ti. Pensabas que ese líder de banda, Wosret, era tal enemigo; pero, aunque no sin sacrificio, lo destruiste con poco más que un gesto, con no más de una mínima parte de lo que es tuyo para disponer de él. Esta es la razón, entre otras cosas, de que tu poder te falle.

No cuentas con un objetivo digno de su liberación. ¿Qué dices a esto?

—No lo sé, maestro. He destruido a todos mis enemigos y no queda nadie que los reemplace.

Era mentira. Él no se enfrentaba a un Conan. Era como si se enfrentase a un ejército de reyes bárbaros. Tenía al asesino y traidor Dejal. Al propio Ramsa Aál. A todo el Culto de Set. Y, por lo tanto, por definición, al mismo Thoth-Amon. Suficientes enemigos poderosos para una docena de vidas.

—Éste es parte del motivo por el que te envío a Kheshatta. Se trata de un lugar de gran saber místico, es cierto, pero también es un lugar sin ley, donde el Culto de Set sólo cuenta con poder nominal. Allí se venera abiertamente a muchos dioses y demonios, y sus discípulos se mueven en directa oposición a nuestro culto. Pero en Kheshatta el conocimiento es mas valioso que el oro, y el mayor poder reside en cualquier momento en el hechicero más grande y sabio de la ciudad. Cuando nuestro maestro está en Kheshatta, él es el que ocupa este papel; pero cuando está en otra parte, muchos hechiceros poderosos luchan por el dominio. Tal vez halles allí un adversario digno de tu talento. Khemi es

demasiado dócil, está demasiado controlada por Set. Nunca encontrarás a tu adversario aquí.

«Eso no es cierto, pero mis enemigos también viven en Kheshatta. Viven por toda Estigia, en cada ciudad, pueblo y espacio vacío. Aquí, Set lo es todo, y Set es mi enemigo».

—Entonces iré a buscar a mi adversario, maestro, si creéis que es lo mejor.

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—Tú no encuentras a tu adversario, Anok Wati. ¡Él te encuentra a ti!

Más tarde aquel mismo día, Anok fue al refectorio de los acólitos, una austera habitación situada detrás de las cocinas del templo. Allí había suficientes mesas y sillas de roble para sentar a más de dos docenas y, cuando Anok llegó por primera vez al templo, generalmente estaba casi lleno a la hora de comer. Ahora quedaban menos de una docena en su grupo.

Al parecer, algunos habían muerto, o simplemente desaparecido, durante las pruebas, aunque los sacerdotes nunca proporcionaban muchos detalles cuando ocurrían cosas así. Algunos habían sido expulsados o se habían ido del templo voluntariamente.

A otros, de quienes Anok sospechaba que eran los hijos de los más ricos, de los más poderosos o, incluso, de los propios sacerdotes, se les había concedido la estola de un acólito completo y se los había enviado a casa antes. Para ellos, el convertirse en clérigos de Set era un asunto de apariencias, un peldaño en el camino hacia el poder y el respeto para aquellos que podían permitírselo. Se trataba de un estatus de élite que aparentemente ni siquiera la riqueza del padre de Dejal era suficiente para comprar o, tal vez, no era lo bastante generoso como para ofrecérselo a su único hijo.

La comida se había servido en una larga mesa cerca de la puerta de la cocina. Había cuencos humeantes de ternera condimentada, lenguado al horno, almejas ahumadas, ñames cocidos y hojas de vid rellenas de cangrejo. Además había fuentes de obleas de pan, aceitunas, fruta fresca y seca, pasteles dulces empapados en miel y pequeñas jarras de vino.

Mientras el estómago le protestaba, Anok cogió un pesado plato de barro y lo llenó de comida. Tras agarrar una jarra de vino, se dirigió a una de las numerosas mesas vacías. Al principio, los otros acólitos lo habían rechazado debido a su tardío acceso al grupo, a su posición favorecida con respecto a Ramsa Aál y a su sangre estigia mestiza y pobre educación.

Ahora seguían rehuyéndolo, pero Anok sospechaba que se debía más al miedo. Todos habían oído los rumores de cómo había destruido a los Escorpiones Blancos y de los otros caudillos que, temerosos, llegaban con carros de tributos para el templo. Habían visto la marca sobre su muñeca y, como mínimo, oído rumores acerca de qué significaba.

Aunque se decía que la mayor parte de los que quedaban eran hábiles hechiceros, ninguno aparte de él se había distinguido en ese sentido. Uno de

ellos, un joven alto y desmañado con una piel extraordinariamente oscura, incluso para un estigio de sangre pura, llevaba ahora una joya en la frente (Anok había oído rumores acerca de que la tenía incrustada en el cráneo) que representaba una marca de clarividencia excepcional, pero que no conllevaba ningún otro poder de hechicería especial.

Y aunque Dejal aspiraba a un gran poder, su éxito había sido únicamente regular en ese aspecto. De los otros acólitos del grupo de Anok, él era sin ninguna duda un poco más poderoso que el resto. Pero, aunque se lanzaba a realizar gran magia con temerario abandono, su ambición siempre parecía sobrepasar a su talento. Los grandes hechizos le eran esquivos, y con cada fracaso, su ira y su resentimiento crecían.

Anok se sentó en el banco, destapó la jarra con habilidad utilizando la daga, puso algo de carne y ñame en la oblea, la dobló y le dio un mordisco con avidez. Lo acompañó con un largo trago de vino. Sabía que a sus compañeros más refinados sus modales para comer les parecían groseros, y pensar que podría estar ofendiéndolos le proporcionaba cierto placer secreto.

Se metió una hoja de vid en la boca y dejó que el jugo le bajase por el mentón antes de limpiárselo con la manga. Levantó la mirada y vio a tres acólitos en una mesa cercana mirándolo fijamente. «Bien».

Entonces, alguien se acercó por detrás, dejó su plato en la mesa y se sentó en la silla junto a él. Echó un vistazo. Dejal.

Anok se quedó inmediatamente sin apetito. Sin embargo, no podía permitir que se notase su desagrado. Se obligó a seguir comiendo. La carne había perdido todo el sabor, el pan se había vuelto seco y se le desmigajaba en la boca mientras masticaba lentamente.

—Saludos, Anok.

Dejal clavó el cuchillo en un ñame cocido y se lo llevó a la boca.

Los ojos del otro joven se vieron atraídos hasta los rollizos dedos que rodeaban el cuchillo, las uñas cuidadosamente recortadas, el anillo de oro con el emblema de la casa de su padre que llevaba en el dedo corazón. Observó cómo se flexionaban los músculos de la mano, y se los imaginó tensándose alrededor del mango del cuchillo mientras deslizaba la hoja por la garganta de Sheriti…

Se dio cuenta de que ya no estaba masticando y tragó. Fue como si estuviera tragando grava. Se concentró en su plato y vio los jugos rosáceos de la carne que se iban acumulando allí. En la muñeca izquierda, la Marca de Set le quemaba la carne, en realidad parecía retorcérsele bajo la piel.

¡Para! Maldijo su propia ira. Muy pronto podría marcharse del templo, no tendría que ver a Dejal cada día, no tendría que yacer despierto cada noche con una daga en la mano, pensando en que Dejal dormía a sólo una pared de distancia.

El otro acólito lo miró con curiosidad.

—Pareces distraído, hermano.

Se serenó, apartó la ira, la cubrió con la cortina de falsa calma y cortesía que se había vuelto tan familiar.

—Simplemente estaba pensando en mi inminente viaje a Kheshatta. Es un honor que te confíen semejante búsqueda solitaria de conocimiento.

Dejal esbozó una leve sonrisa. Habló en voz baja para que los otros no lo oyeran.

—Tendrás a Teferi contigo, un brillante engaño para evitar que los sacerdotes te controlen demasiado de cerca. He oído que las prostitutas de Kheshatta realizan actos depravados que a las del Paraíso ni se les ocurrirían, que hay exóticos deportes sangrientos provenientes del este, bebidas de todos los lejanos asentamientos del comercio de caravanas y de los célebres presos de Kheshatta.

—Te gustaría ir en mi lugar.

—Te envidio, sí; pero para conseguir poder uno debe permanecer en compañía de los poderosos. Mientras tú exploras lejanos antros de perdición y los polvorientos pergaminos de la erudición, yo me encontraré a la derecha de Ramsa Aál.

Dejal dejó caer el ñame en el plato, con el cuchillo aún clavado en él.

—Ramsa Aál es un poder en ascenso en el templo y se dice que podría ser el Sumo Sacerdote del Templo si lo quisiera. Pero su ambición va mucho más allá de eso. He visto llegar cartas para él del propio Thoth-Amon y sospecho que están planeando algún potente hechizo relacionado con la Escama de Set que yo le entregué. Me va a enviar al desierto en busca de… No hubiera debido decirlo. Pero ten por seguro que jugaré un papel importante en esto, y mientras Ramsa Aál se alza con el poder, también lo haré yo.

—¿Y se supone que debería estar celoso?

Dejal se rio.

—Siempre careciste de ambición, hermano. Pergaminos llenos de polvo y libros antiguos, y puede que una puta o dos. Ésa es una vida mejor para ti. Te deseo esa dicha.

Habiendo oído suficiente, Anok apartó la silla y recogió el plato.

—Tengo preparativos que hacer. Ramsa Aál me ha dado permiso para contratar mi propia caravana. Será mejor que me ponga a ello.

Tiró lo que no se había comido en el cubo de comida para cerdos y lanzó el plato sobre la mesa situada detrás de la puerta de la cocina. La verdad era que sí tenía cosas que hacer, y cuanto antes pudiera disponerlo todo para marcharse de este sitio, mejor.

7

Aún faltaba mucho para el amanecer cuando Anok y Teferi tiraron de su pequeña carreta por las calles vacías de Odji, camino de los establos para camellos cerca de la esquina más al sur de las murallas de la ciudad interior. Una antorcha atada a la parte frontal del carro les iluminaba el camino y cada uno de ellos llevaba otra.

Teferi había pasado la noche dedicado a beber en serio y a despedirse de numerosas amigas. Parecía aturdido y Anok sospechaba que tenía resaca. Permanecía en silencio y eso le venía bien al acólito, que no estaba de humor para conversar.

¿Qué había esperado?, se preguntó Anok. Ayer le había comunicado a Ramsa Aál que había conseguido pasaje en una caravana que partía dos días antes de la fecha prevista inicialmente, lo que significaba que se perdería la ceremonia que confería a los novicios el estatus de acólitos completos.

Lo más probable era que hubiese esperado que Ramsa Aál no le diera permiso, que insistiera en que se quedase para la ceremonia. Eso no ocurrió. Una vez más, el sacerdote pareció sentirse complacido por su entusiasmo e iniciativa.

Al no producirse eso, tal vez había esperado alguna ceremonia privada, algún ritual o, incluso, una última prueba. En lugar de ello, Ramsa Aál simplemente abrió un arcón, sacó la estola dorada de un acólito completo y se la colocó a Anok alrededor del cuello. A continuación, regresó de inmediato al pergamino que estaba estudiando cuando llegó el joven. Cuando, algunos minutos después, se dio cuenta de que aún seguía allí, hasta pareció un poco enfadado.

Anok recordaba sus palabras: «Este no es un gran paso, ni un gran logro. La diferencia entre un novicio y un acólito es simplemente un poquito de confianza y ese pequeño símbolo de respeto. Los patrocinadores ricos que envían a sus hijos a estudiar aquí esperan algo más ostentoso, y se lo proporcionamos, pero tú no lo necesitas. Sabes lo suficiente como para comprender lo poco que en realidad sabes, has aprendido lo suficiente como para comprender todo lo que aún te queda por aprender. Ve, sigue adelante. Nos volveremos a ver pronto».

Cambió la forma en la que agarraba la vara de la carretilla para poder levantar la mano y examinar la estola con los dedos. Era una banda de oro, elaborada con placas montadas unas sobre otras y trabajadas para parecer

escamas. Del ancho de un dedo, le caía suelta alrededor del cuello y los hombros. De la parte delantera colgaba un medallón redondo profusamente grabado con la serpiente que se retorcía y que era el símbolo de Set. Se fijó en que el meda llón colgaba directamente sobre el de su padre, que Teferi le había devuelto aquella mañana y que ahora llevaba bajo la túnica.

Los establos para camellos estaban construidos alrededor de una pequeña plaza en un barrio de Odji inusitadamente cuidado y ordenado. Los nómadas que vivían allí eran una gente meticulosa y frugal. No despilfarraban y no estropeaban lo que consideraban su territorio, incluso aunque la mayoría de ellos en realidad sólo vivía aquí en intervalos de días o semanas.

Las relaciones de Anok con ellos habían sido en su mayor parte esporádicas y breves. Eran muy reservados y únicamente trataban con los moradores de la ciudad sobre asuntos de negocios. Conocía de nombre a algunos de los guías de camellos que viajaban con las caravanas, pero no se trataba de auténticos nómadas estigios, sino simplemente de guías contratados de otras razas y credos. Estaba deseando poder contar al menos con una oportunidad para aprender algo de ese misterioso pueblo.

Llegaron a los establos a la vez que el cielo oriental comenzaba a teñirse de rosa y encontraron una caravana que ya se estaba congregando en la plaza. Anok dejó la carreta con Teferi y se acercó a saludar al hombre que parecía estar al mando.

Éste era de avanzada edad, pero se movía con la energía de alguien mucho más joven. Estaba cargando un camello y levantaba pesados fardos con aparente facilidad. Tenía la piel oscura y curtida, la nariz larga y aguileña (incluso para su gente) y los ojos eran intensos y de aspecto aterrador. La barba puntiaguda y ensortijada era principalmente blanca, pero algunos pelos negroazulados comunes en los hombres de su raza aún asomaban aquí y allá. Llevaba una túnica blanca y suelta, y el aro que le sostenía el tocado estaba bordado de manera elaborada con hebras de seda de colores e hilos de plata y oro.

Anok hizo una reverencia en respetuoso saludo, como había visto hacer a los nómadas en alguna ocasión.

—Perdón, ¿sois Havilah? Hablé con el hijo de Havilah, Moahavilah, para conseguir pasaje en esta caravana para mi compañero y para mí.

Los ojos del hombre apuntaron directamente al medallón que rodeaba el cuello del acólito. Le dirigió una mirada de odio durante unos segundos, luego giró la cabeza y escupió sobre la arena.

—Moahavilah es el más joven de mis hijos y no tiene derecho a hablar en mi nombre. No habrá pasaje para vos. —Se dio la vuelta y volvió a ocuparse de su camello.

—Perdonadme, pero le entregué a vuestro hijo cincuenta monedas de plata como depósito.

Havilah no se volvió para mirarlo.

—Entonces, os las devolveré.

Anok había oído que entre los nómadas la palabra de un hombre era un asunto de cierta importancia.

—Perdón, Havilah, pero se me hicieron ciertas promesas en vuestro nombre. Si Moahavilah es vuestro hijo más joven, sigue siendo de vuestra sangre, y ahora lo veo al otro lado de la plaza abrevando a vuestros camellos. Os pido que cumpláis vuestra palabra y solicito pasaje como se me prometió al principio.

Havilah se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada.

—Todos los adoradores de Set sois iguales. Pensáis que sois los dueños de Estigia, pero no poseéis las arenas en las que moramos. Más allá de los límites de esta ciudad, vuestro culto es débil y los dioses del desierto son fuertes. He visto a los de vuestra clase morir de sed o en una tormenta de arenas movedizas igual que otro hombre cualquiera.

—Perdón, honorable Havilah, pero no pido más que otro hombre cualquiera: pasaje seguro a un precio justo. Una mujer en el Gran Mercado, creo que su nombre era Setarah, me dijo que erais un hombre honrado y honorable, y que debería buscaros. Me han prometido pasaje en vuestro nombre y únicamente pido que se mantenga esa promesa.

El anciano se volvió para mirarlo por encima del hombro, torciendo los finos labios para formar una mueca.

—No me gustan los adoradores de serpientes. No sería un viaje agradable.

—Quizá descubráis que no soy como los otros adoradores de serpientes.

—Quizá el sol salga por el Océano Occidental esta mañana. —Meditó un momento—. Setarah era la esposa de mi hermano mayor hasta que los bandidos lo mataron hace casi diez años. Posee gran sabiduría y percepción para ser mujer. Si os envió aquí, debió de ver algo en vos que yo no veo. —Suspiró—. ¿Habéis montado antes en camello?

Anok esbozó una sonrisa sabiendo que había ganado.

—No, honorable Havilah. Rara vez he viajado más allá de la ciudad y, en esos casos, únicamente a pie o en bote.

El anciano negó con la cabeza con tristeza.

—Cogeréis esos dos camellos de allí. —Señaló un par de camellos que estaban detrás del suyo—. Están bien adiestrados y apenas necesitan que los guíen. Buscad a Moahavilah y decidle que os enseñe a montar sobre el camello y a permanecer en la silla. Sois asunto suyo, y os convertiré en su responsabilidad. Ahora marchaos, tengo cosas que hacer. Partiremos cuando el sol esté en lo alto.

Anok volvió a hacer una reverencia.

—Gracias, gran Havilah. Sois un hombre de palabra.

El joven oyó un grosero resoplido, pero no estaba seguro de si salió del

hombre o del camello.

Havilah pareció sorprenderse cuando Anok y Teferi desaparecieron brevemente en el interior del establo y regresaron vestidos con atuendo nómada. Mientras pasaban junto a él, levantó la mirada y gruñó de una forma que Anok sospechó que pasaba por una aprobación a regañadientes.

El joven se había desprovisto de todo signo del Culto de Set y los había guardado, incluyendo su nueva estola de acólito, y lo sorprendió lo mucho que esto le levantó el ánimo. Se sentía casi… limpio.

Sin embargo, aún le quedaba un recordatorio de su asociación con el culto que no podía quitarse. Se levantó la amplia manga de la camisa larga para ver la marca que había allí. La molesta rojez se había desvanecido, como si su carne hubiera aceptado finalmente al invasor, pero seguía caliente al tacto. A veces juraba que podía sentirla moviéndose, aunque esperaba que fuera sólo una ilusión.

Más inquietante era el tic que había desarrollado en la mano. Algunas veces los dedos parecían moverse por propia voluntad o se apretaban inexplicablemente formando un puño hasta que las uñas se le clavaban en la palma. No sucedía a menudo, pero siempre lo perturbaba cuando ocurría. Sospechaba que sólo era el principio de sus problemas con la Marca de Set.

Con frecuencia se encontraba frotando el pequeño anillo de plata que Sheriti le había comprado. Ahora lo llevaba constantemente y le proporcionaba consuelo, sobre todo cuando le molestaba la marca. El recuerdo del corazón puro y del espíritu feroz de la muchacha lo ayudaban a mantenerse centrado.

Cuando regresaron, Anok y Teferi hallaron a Moahavilah cargando sus camellos, colgando sus sacos y fardos de los bordes de la silla alta y de aspecto extraño. Se trataba del pequeño de la familia. Su característica barba azul era poco más que un parche irregular en el mentón, pero su sonrisa fácil y los ojos, que tenían mucho del fuego de su padre y nada de su maldad, hacían difícil que no cayera bien. Anok esperaba que la decisión de reservarles pasaje a Teferi y a él no le ocasionara un conflicto con su padre.

Anok había montado caballos y mulas una o dos veces en su vida, pero nunca un camello, y se sentía un tanto amedrentado ante la perspectiva. El hijo pequeño de Havilah les mostró a sus camellos y les enseñó algunas órdenes sencillas: arrodíllate, levántate, avanza y para.

—La mayor parte del tiempo —explico— habrá una cuerda entre vuestra montura y uno de nuestros camellos, así que habrá poco que hacer salvo sentarse y disfrutar del paseo, si podéis. Muchos moradores de la ciudad no aprecian la belleza del desierto.

—Yo no soy una de esas personas —respondió Anok—, aunque encuentro más fácil disfrutar de la vista cuando el desierto no intenta matarme.

Moahavilah enarcó una ceja, pero se resistió a profundizar en el comentario. En lugar de ello, le mostró a Anok cómo subirse a la silla. Primero

le ordenó al camello que bajase (es decir, que se arrodillase hasta apoyarse en el vientre). En cuando estuvo en el suelo, Anok se subió a la silla. Los camellos eran criaturas curiosas, y su montura giró el largo y flexible cuello para observarlo con sus grandes ojos marrones.

El joven le devolvió la mirada e intentó tranquilizarlo.

—Tranquilo, chico. Seamos amigos.

Se encontró en lo alto de la joroba, sentado a horcajadas ante el alto cuerno de madera del frente de la silla y apoyándose ligeramente contra el otro que había detrás. Moahavilah le mostró cómo mantenerse en su sitio doblando una rodilla alrededor del cuerno y sujetando el pie bajo la otra pierna.

Se sentía desequilibrado e incómodo, y lo tomó completamente por sorpresa cuando Moahavilah le dio una palmadita al camello en la ijada y gritó: «Arriba».

El animal se puso en pie con una rapidez asombrosa, tambaleándose violentamente. Anok intentó agarrarse, pero se encontró dando una voltereta por el aire. Aterrizó con fuerza sobre los hombros y sus instintos de luchador evitaron que se hiriese algo más aparte del orgullo.

El camello bajó la cabeza y lo acarició con el hocico, llenándole el rostro con su asqueroso aliento en el proceso. Teferi se reía a carcajadas mientras Anok intentaba darle palmaditas al enorme animal en el hocico y apartarlo al mismo tiempo.

—Tienes que inclinarte con el camello mientras se levanta —explicó Moahavilah— o te caerás sin remedio.

—Me alegra que me lo hayas dicho después de subirme al camello —repuso con sarcasmo mientras se levantaba del suelo y se limpiaba la túnica.

Tuvo más éxito con el segundo intento, y tras haber aprendido de sus errores, Teferi no pareció tener ningún problema. Aunque los camellos eran grandes, olían mal y emitían unos sonidos aterradores, al parecer eran unas bestias curiosas e inteligentes. A Anok su temperamento le recordaba más al de un perro grandote y un tanto amigable que al de un caballo asustadizo.

Para cuando se acostumbraron a sus monturas, el sol ya había superado las colinas del este y el acólito se preguntó a qué estaban esperando.

Un trío de camellos apareció por el otro extremo de la plaza. Los dos de cabeza los montaban hombres con barbas puntiagudas y cuidadosamente recortadas. Eran altos, esbeltos y morenos, probablemente de sangre turania. Por su atuendo se trataba de sirvientes, pero de sirvientes importantes de algún noble. La ropa, aunque de colores apagados, estaba primorosamente bordada con franjas alrededor de las mangas, cuellos y dobladillos. Todo lo relacionado con sus camellos era ampuloso y de aspecto caro. De las riendas y la silla colgaban borlas entretejidas con hilos de oro y las alforjas estaban bordadas de forma elaborada.

Guiaban al tercer camello por medio de una cuerda, y este animal era poco

común en varios sentidos: en primer lugar, era blanco (algo raro y caro) y se trataba del camello más grande que Anok recordaba haber visto nunca. Sobre el lomo no llevaba una silla, sino una plataforma con cuatro postes en las esquinas orientados hacia fuera y cubiertos de sedas de vivos colores, formando una especie de tienda.

A través de las sedas translúcidas le pareció entrever varias almohadas y a una mujer recostada en el interior. No podía verla con claridad, pero parecía estar dormida.

Mientras intentaba ver mejor, uno de los turanios situó su montura entre ellos.

—No molestéis a la señora. Duerme tras festejar demasiado.

Teferi enarcó una ceja.

—¿Festejar qué?

La boca del turanio se torció ligeramente por la comisura, como si contuviese una sonrisa.

—La señora no necesita una razón para festejar.

Siguió adelante para hablar con Havilah.

Teferi le sonrió a Anok y éste le devolvió la sonrisa.

Pronto, la caravana se puso en marcha: veinte camellos en total, ocho viajeros de pago (incluyendo a Anok y Teferi), Havilah y sus tres hijos y dos muchachos shemitas que guiaban y cuidaban a los camellos.

Mientras subían por el serpenteante camino que ascendía por las colinas que separaban el océano del desierto, a Anok todo aquello le resultó familiar, pues había recorrido este camino una vez poco tiempo atrás. Recordó aquel día con nostalgia, cuando había partido en lo que Teferi llamaba Usafiri, un viaje hacia el páramo para encontrar su propio objetivo en la vida.

Unicamente había creído en ello a medias. Su intención prioritaria había sido lanzar el medallón de su padre en medio del desierto, librarse de la maldición en la que creía que se había convertido. Pero, como había predicho el kushita, el Usafiri había dado un rumbo completamente nuevo a la vida de Anok. Había regresado con el medallón y con un nuevo objetivo: buscar el mismísimo corazón de Set y destruir su culto desde dentro.

—Me parece que es una princesa. —El camello de Teferi se situó junto a él y, tras una orden, adecuó su ritmo al de Anok.

El acólito miró al camello con curiosidad.

—Parece que aprendes muy rápido.

El kushita encogió los anchos hombros.

—He oído que mis antepasados montaban a camello. Puede que lo lleve en la sangre. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el animal blanco con su intrigante cargamento—. Entonces, ¿una princesa? ¿La nieta errante del rey títere de Estigia?

Anok soltó una risita.

—Reconozco que tienes una imaginación muy rica, Teferi. Probablemente sea alguna noble gorda que regresa junto a su marido en Kheshatta tras un mes de compras en el Gran Mercado y un rápido devaneo con un comerciante argosiano en Akhet.

Fue el turno de su amigo de estallar en carcajadas.

—¡Y me acusas a mí de tener imaginación! —Su expresión se volvió más pensativa—. Pero no lo creo. ¿Ves ese fardo en el costado del camello blanco?

Anok dirigió la mirada al fardo. Aunque iba envuelto con seda de colores, el tamaño y la forma sugerían que podría contener una espada de guerra.

—Prodría ser de uno de los sirvientes.

—Los turanios llevan alfanjes, que parecen más para alardear que para pelear. No creo que sean luchadores tan fuertes que puedan blandir un arma así.

El acólito pensó en ello mientras cruzaban las colinas que llevaban a las tierras altas del desierto que había más allá y el comienzo del camino de caravanas propiamente dicho. Aquí había pocas viviendas, pequeñas granjas se apiñaban alrededor de pozos, con rebaños de cabras y vacas flacuchas que buscaban cualquier cosa comestible entre las rocas y la maleza seca.

Al fin, hubo pensado lo suficiente sobre ello. Siguiendo el método de Teferi, hizo que su camello avanzara. La bestia pasó a toda velocidad junto al camello blanco, atrayendo una mirada hacia atrás de curiosidad por parte de Havilah, quien evidentemente decidió que no era asunto suyo.

Sin embargo, mientras Anok lograba aflojar el paso de su camello lo suficiente como para que el animal blanco lo alcanzase, los sirvientes se acercaron nuevamente.

—¡Os dije que la señora está durmiendo!

Anok sonrió con sorna.

—Estoy seguro. —Se inclinó por detrás del sirviente situado más cerca—. ¡Fallon! ¡Despierta, bárbara!

Hubo un movimiento tras las sedas y un ronco gemido.

Para sorpresa de Anok, así como de todos los demás, el joven logró guiar a su camello alrededor del sirviente y acercarlo al camello blanco.

—¡Fallon! ¡Despierta, mujerzuela!

Se produjo un susurro detrás de las sedas y captó el perfil de una mujer, alta, de hombros anchos y pecho abundante. Fas sedas se separaron un poco y unas manos fuertes lo agarraron por la manga, arrancándolo de la silla. El acólito únicamente podía imaginarse la expresión de sorpresa en los rostros de los sirvientes mientras tiraban de él hasta desaparecer tras las ondeantes sedas.

Fe dieron la vuelta, un flexible brazo le rodeó la frente para echarle la cabeza hacia atrás y una daga se le posó en la garganta.

No era exactamente el saludo que había esperado.

No podía ver mucho de la fuerte mujer que lo sujetaba, y poco de lo que

veía le recordaba a Fallon del clan Humo. Fas uñas de la mano que sujetaba el cuchillo estaban limadas y pintadas de rojo al estilo de las nobles estigias, y la manga de la prenda que llevaba era una seda multicolor entretejida con hilos de plata. Un fino y elegante brazalete de oro le colgaba suelto de la muñeca, y el aroma de algún perfume exótico llenaba la nariz de Anok.

Casi bastaba para hacerle pensar que no había identificado bien a la mujer.

Entonces, ella habló:

—Anok Wati —bramó una voz conocida—, ¡escoria de alcantarilla de Odji! ¿No sabes que sólo un idiota suicida se atrevería a despertar a gritos a una bárbara con resaca?

Se produjo una silenciosa pausa, y luego la mujer soltó una carcajada profunda y fuerte. La hoja se separó de su garganta y se vio apartado con brusquedad, retorciéndose de forma que cayó sentado con la espalda contra uno de los tallados postes de madera de las esquinas.

Fallon se alzó de inmediato sobre las rodillas. Se indi nó hacia adelante y le plantó un fuerte beso en los labios.

No resultó desagradable y el joven sintió una súbit i punzada de culpa.

En algún momento en mitad del beso, que se prolongo bastante, Teferi se situó junto a ellos. Mientras los labios de Fallon abandonaban brevemente los suyos, Anok echó un vistazo y vio a su amigo observándolos a través de las cortinas de seda, que ahora estaban abiertas, con una ex presión de desconcierto en el rostro.

—¿Necesitas que te rescaten?

—Puedo arreglármelas —respondió, mientras Fallon vol vía a besarlo.

Entonces, la mujer bárbara se echó hacia atrás y lo miró. Le tiró de la manga de la túnica nómada y sonrió.

—Esto te sienta bien. Desde luego, mejor que esa asquc rosa túnica del culto que oí que llevabas. Ya has dejado esa locura, ¿verdad?

—No exactamente —contestó.

Ella frunció el entrecejo.

La verdad era que Anok no quería hablar del tema, sobre todo aquí, donde cualquiera de los miembros de la caravana podría oírlos. A Havilah, por supuesto, no le entusiasmaba el culto, pero lo cierto era que no tenía forma de saber en quién podía confiar. Decidió cambiar de tema.

—¿Tú me acusas de estar loco? ¡Mírate! Perfumada, vestida con elegantes sedas, con la cara maquillada… ¿Eso que llevas en el pelo son flores?

La mujer alzó una mano y rozó una flor un tanto marchita que llevaba entrelazada en las elaboradas trenzas de su largo y oscuro cabello. Hizo un ligero mohín con los labios.

—¿No te gusta?

—Pues… —La verdad era que estaba bastante guapa, aunque un poco rara, con su nuevo atuendo. Simplemente, le resultaba difícil conciliar el delicado

vestido con los toscos gestos bárbaros y con lo que sabía que la mujer podía hacer con una espada—. Está muy bien. De verdad.

Fallon se rio.

—Bueno, no te acostumbres. Puesto que soy rica, simplemente estoy probando cosas nuevas.

—¿Rica? ¿Qué pasó con tu plan para… —titubeó. Al darse cuenta de que este tema no era más seguro que su propio complot contra el templo, bajó la voz y se acercó más—, sacar venenos de contrabando de Kheshatta?

—Lo dejé porque no lo necesitaba. Mientras tú andabas jugando con tu dios serpiente, yo estaba en las trastiendas de Odji apostando con las gemas que tu amigo Dejal me pagó por entregar su chuchería mágica. La suerte me favoreció, y durante varios días doblé mi apuesta varias veces. —Extendió los brazos de manera teatral—. Y, así, la orgullosa bárbara juega a ser una aristócrata. —Se inclinó hacia adelante y susurró con sorna—. Está sobrevalorado.

Anok torció el gesto, pero no dijo nada. Tenía que haber algo más en esa historia. Había pocos hombres en Odji con esa cantidad de dinero para apostar, y la mayor parte eran jefes de bandas. Que alguien de fuera, sobre todo una mujer, ganase esa cantidad de dinero… Bueno, incluso si había ganado limpiamente, era dudoso que simplemente la dejaran marchar con sus ganancias.

Sin embargo, el viaje a través del desierto era largo, así que dejaría que se lo contase cuando ella lo considerase oportuno. De hecho, no tenían nada salvo tiempo, y él no carecía de sus propios secretos.

—Pero ¿aun así vas a Kheshatta?

La bárbara se encogió de hombros.

—He oído hablar tanto de esta supuesta ciudad de hechiceros, que me entró curiosidad. Pensé verla por mí misma.

El acólito enarcó las cejas con escepticismo.

—Vas a Kheshatta… ¿porque te entró curiosidad?

Fallon frunció el entrecejo.

—Soy una trotamundos, una aventurera. He viajado desde la Cimmeria de mi infancia, por la lejana Aquilonia, por muchos otros lugares hasta llegar aquí, y viajaré aún más lejos antes de terminar. No necesito una razón para ir a un lugar nuevo. Simplemente voy.

—¿Y no te da miedo ir a una ciudad llena de brujos y magia oscura?

La mujer chasqueó la lengua con desaprobación.

—No le tengo miedo a la magia. Sólo es humo y artimañas, artimañas y humo.

La Marca de Set que Anok llevaba en la muñeca le picó.

—Si tú lo dices —respondió.

8

Fue un largo día en el desierto. Antes de que el sol llegase a lo alto del cielo sobrepasaron la Pirámide Negra. Anok podía sentir la magia oscura en el antiguo lugar y, al igual que había ocurrido la última vez que estuvo aquí, la Escama de Set comenzó a llamarla, incluso desde el interior de la prisión de hierro del medallón. Se sintió aliviado al saber que sólo él podía oír el resonante sonido metálico, evidentemente como resultado del aumento de su sensibilidad a la magia.

Pero no había esperado que la Marca de Set también respondiera. Mientras se acercaban a la pirámide, comenzó a picarle y a arder, y el acólito sufrió la incómoda ilusión de que el tatuaje de la serpiente que le rodeaba la muñeca se retorcía de verdad, como una serpiente viva.

La mano izquierda también comenzó a temblarle, con mucha más fuerza que nunca, y, por último, se vio obligado a encajar el desagradable apéndice entre el muslo y la silla, sentándose literalmente sobre él para que se quedase quieto.

Supuso un gran alivio ver perderse la Pirámide Negra detrás de las irregulares colinas a su espalda. En cuanto desapareció de la vista, la mano se le relajó y volvió a estar bajo su control, aunque la marca siguió hormigueándole durante horas.

Se detuvieron varias veces a lo largo del día para comer, beber agua y descansar tanto ellos como los camellos. Para sorpresa de Anok, llevaban un ritmo pausado y sospechaba que él mismo podría haber caminado igual de rápido. En cierto momento se lo comentó a Moahavilah.

El joven nómada simplemente sonrió.

—Los camellos pueden correr bastante rápido; pero aquí, en el desierto, ellos eligen su propio ritmo. Sí, podríais caminar igual de rápido, pero utilizaríais el triple de agua que ahora y también necesitaríais más comida. El camello no necesita beber en absoluto hasta que lleguemos al siguiente oasis, y también puede vivir sin comida, si es necesario. Una caravana no tiene que ver con la rapidez, sino con el agua. En el desierto, todo tiene que ver con el agua.

Desde hacía horas, el camino de caravanas corría a lo largo del borde del Mar de Arena. Normalmente se encontraban cerca de, al menos, varias de las imponentes dunas.

Anok no pudo evitar meditar acerca de su propio viaje hasta allí. Le preguntó a Havilah si había oído hablar de las enormes arañas que cazaban en

grupo, como los lobos.

Éste se rio.

—¡Claro que sí! Cuentos de viejas para asustar a los niños. ¿Dónde ha oído un hombre de ciudad como vos algo así?

Anok no se divertía.

—Yo las vi.

El viejo nómada simplemente se rio a carcajadas.

—¿Y de qué botella bebisteis para ver semejante cosa? ¿También visteis algún camello rosa? —Avanzó con su montura mientras seguía riendo.

El acólito frunció el entrecejo tras él. Las había visto.

¿Verdad?

Cuando Teferi y Rami lo sacaron del desierto estaba delirando. ¿Y si todo había sido un sueño producto de la fiebre? Las arañas, el esqueleto gigante de la serpiente, la voz de Parath, todo…

¡No! Había visto las arañas, había luchado con ellas, las había matado, había comido su carne amarga y había bebido su repugnante sangre para sobrevivir. Por eso deliraba: por el veneno que había en la carne de las arañas. Todo había sido real. Estaba seguro.

Casi.

Inclinó la cabeza. ¿Qué era cierto? ¿Existía en realidad algo así? ¿Era cierto aquello en lo que creías, lo que experimentabas o lo que los otros te decían que era real? El había visto cosas, hecho cosas, sentido cosas, todas ellas increíbles. Estaba metido de lleno en mentiras, engaños y medias verdades. ¿Le sorprendía no poder ya diferenciar la fantasía de la realidad?

Y si se conducía a sí mismo a la locura, ¿qué? Pero estaba arrastrando a sus amigos con él: Teferi, Fallon, incluso a Rami. Y a la hermosa y dulce Sheriti. La locura de Anok le había costado la vida a la joven.

Intentó convencerse a sí mismo de que no era así. Dejal la había matado en nombre del culto, y la decisión de Dejal de convertirse en acólito de Set no tenía nada que ver con él, ni tampoco su sangrienta traición a la confianza de Sheriti. Sin embargo, si Anok hubiera estado allí, en lugar de en el Gran Templo consiguiendo esta maldita marca en la muñeca, podría haber detenido a Dejal, podría haber salvado a Sheriti.

Tal vez.

Pero la idea más amarga, la que rondaba en sus pesadillas, era que Dejal lo había utilizado a él de cebo para sacar a Sheriti de la seguridad de su casa la noche de la Festividad.

Se imaginaba al otro acólito llegando a la puerta de la muchacha.

«¡Se trata de Anok, Sheriti! ¡Ha resultado herido en el templo! Se está muriendo y únicamente te llama a ti».

¿De qué otra forma la había atraído hasta las calles esa noche? ¿De qué otra forma la había atraído hasta su muerte?

Ya estaba atardeciendo, y varias veces a lo largo del camino Anok había visto a Havilah mirándolo desde lejos, con una enigmática media sonrisa en el rostro. Al final, el anciano clavó los talones en su camello y se acercó al trote para avanzar junto a la montura de Anok.

—Tal vez fui demasiado duro con vos hoy cuando hablasteis de las arañas —comentó—. Os he visto dándole vueltas al asunto y yo sólo pretendía bromear. Acostumbramos a tomarle el pelo a los nuevos en el corazón del desierto, poner a prueba sus conocimientos y su voluntad. La mayoría de los hombres simplemente se avergonzarían de ese cuento o se enfadarían conmigo por picarlos; pero con vos presiento que he tocado un nervio más profundo.

Anok apartó la mirada hacia las rojas formaciones de rocas que se veían al norte en la distancia, esculpidas por el viento hasta crear formas extrañas y retorcidas. Más cerca, afloramientos de caliza de un blanco cegador se abrían paso a través de la arena. A pesar de lo extraño que resultaba este paisaje, estaba seguro de que era real.

Volvió a mirar a Havilah, que esperaba pacientemente a que respondiera. No le apetecía hablar de su cordura, o de la falta de ella, con alguien que prácticamente era un extraño.

Al final, al ver que no iba a responder, el nómada volvió a hablar.

—Aunque no he visto nunca esas arañas de las que habláis, ni he oído hablar de ellas a hombres creíbles —sonrió—, exceptuándoos a vos, naturalmente, sé que hay muchas cosas extrañas en los desiertos de Estigia. Cosas fabulosas y atroces, naturales y no naturales. Esta arena —extendió el brazo de manera teatral— oculta innumerables secretos del pasado. Antes, esta tierra era verde y húmeda, el hogar de grandes civilizaciones desaparecidas tiempo atrás. Por todas partes hay reliquias del pasado olvidado. —Señaló una colina baja y redondeada situada más adelante—. Venid, os lo mostraré.

Anok hizo trotar a su camello tras Havilah mientras avanzaban por delante y ligeramente al sur del resto de la caravana. En medio del esplendor del desierto la colina tenía un aspecto monótono y poco acogedor, una pila redondeada que parecía estar hecha de grava y piedras sueltas. No podía imaginarse qué esperaba mostrarle el anciano.

Entonces, mientras se acercaban, se dio cuenta de que las piedras que conformaban la colina estaban moldeadas de una manera extraña, eran redondas, algunas incluso en forma de espiral. Havilah espoleó a su montura hacia adelante, llegó a la base de la colina y desmontó con rapidez. Se agachó y comenzó a rebuscar entre las piedras, cogía algunas y las volvía a dejar caer mientras reunía otras en un pliegue de la túnica.

Anok llegó junto a él, se detuvo y se inclinó para examinar las rocas con más atención. Al principio, las formas lo confundieron. Parecían extrañamente familiares, pero no conseguía identificarlas en este contexto. Entonces, de repente, se dio cuenta de qué estaba viendo y de lo extraño que era.

—¡Conchas! ¡Toda la colina está hecha de conchas marinas!

Era como si hubieran llegado a una playa después de una tormenta. Había conchas moldeadas en espirales y puntas retorcidas, caparazones de cauri con forma de nueces, erizos de mar y almejas gigantes, algunas tan grandes como la pata de un camello. Eran incontables. Habrían hecho falta mil camellos durante varias vidas para traerlas desde la orilla del mar más cercano. Entonces, ¿cómo habían llegado hasta aquí?

El anciano nómada levantó la mirada hacia él sonriente.

—Os estáis haciendo la misma pregunta que nos hemos hecho todos. ¿Cómo es posible? —Le pasó a Anok las conchas que había recogido para que las examinase.

Este las hizo girar sobre la palma de la mano. Eran ásperas y pesadas, de colores oscuros y marrones más que de los tonos hueso y pálidos más comunes en las conchas.

—Están hechas de piedra —explicó Havilah—. Tal vez fueron transformadas por la edad o por alguna antigua magia que no podemos esperar llegar a comprender. Las historias de nuestra gente cuentan que este lugar fue una vez más que húmedo y fértil, fue parte del mar. Las aguas se retiraron y, primero, se convirtió en una pradera; luego, en desierto. Se dice que todas las cosas tienen un ciclo y que, con el tiempo, el viento pule todas las montañas hasta que no son sino cuencos para el océano y todos los océanos se llenan de arena. —Le centellearon los ojos—. ¿Lo veis?

—Resulta difícil de creer.

—Estigia es muy antigua. Más antigua que el Culto de Set. Más antigua que la era de los hombres. Más antigua, tal vez, que los dioses. Algunos afirman que siempre ha existido, montañas que se transforman en mar, mar que se transforma en montañas, una y otra vez hasta llegar a los oscuros comienzos de los tiempos. Así que, si me decís que habéis visto un grupo de arañas, ¿quién soy yo para deciros que es imposible? En Estigia, todo es posible.

La caravana llegó a un edificio de piedra en ruinas justo antes del anochecer. Havilah explicó que había un pozo, pero que se había secado en tiempos de su abuelo.

—Sigue siendo un buen lugar para acampar —comentó.

Montaron tiendas junto a las paredes del antiguo edificio y alrededor de éstas. Los muchachos se ocuparon de los camellos e hicieron fuego, utilizando todas las ramitas que pudieron reunir y bostas de camello secas como combustible.

Los sirvientes de Fallon levantaron para ella una tienda magnífica, blanca con cuerdas y borlas doradas alrededor de los bordes. Banderines de seda de brillantes colores surgían del poste central y ondeaban con la más ligera brisa.

Los criados la mimaban, le preparaban la cena utilizando sus propias provisiones, le traían agua y la atendían constantemente. Era evidente que esto

la crispaba, la rabia de la mujer creció hasta que explotó y les gritó de una forma bastante impropia para una dama que se marchasen y que se metiesen en sus propios asuntos.

Fallon desapareció en el interior de su tienda y volvió a salir arrastrando una cesta llena de frascos de vino. Uno de los sirvientes regresó corriendo para ayudar, pero la mujer bárbara lo fulminó con la mirada hasta que el hombre se encogió y se escabulló.

Llevó la cesta hasta donde Anok y Teferi se calentaban contra el creciente frescor nocturno.

—¿Puedo unirme a vosotros? Traigo obsequios. —Dejó caer la cesta en la arena junto a ellos.

Teferi cogió uno de los frascos, sacó el tapón y olisqueó el contenido.

—Vino de ciudad —comentó—. Del bueno.

Fallon se hizo con un frasco y se dejó caer sobre la arena entre ambos con las piernas cruzadas.

El kushita le pasó un frasco a Anok.

Se sentaron, bebieron y contemplaron el fuego un rato.

Junto a su propia hoguera, a corta distancia, Havilah y sus hijos cantaban canciones en shemita, mientras los muchachos de los camellos seguían el compás con tambores de madera hueca que golpeaban con mazos.

Mientras comenzaba su segundo frasco de vino, Fallon tiró de la translúcida seda púrpura de su manga.

—¿No estoy elegante? Llevo un atuendo digno de una princesa. ¡Digno de una reina! —Sus ojos adquirieron un aire ausente—. Podría ser una reina, ¿sabéis? ¿Conocéis a Conan, el orgulloso rey cimmerio de Aquilonia? ¿A quién convertirá en su reina? ¿A alguna blanda y civilizada aquilonia? ¡No lo creo! Esas mujeres podrían ser apropiadas para un devaneo, pero ¿para ser su reina? ¡No! El rey Conan necesita una mujer que entienda el honor bárbaro, una mujer que pueda compartir su cama sin romperse como la cerámica, una mujer que pueda tomar las armas y luchar con él codo con codo, ¡corresponderle golpe por golpe!

Al acabar, bajó la vista para mirarse y guardó silencio.

Entonces, Anok se dio la vuelta hacia ella.

—No pareces feliz.

La mujer resopló.

—¿Feliz? ¿Feliz? Déjame decirte que fue una locura buscar riqueza. La riqueza es una maldición.

Teferi simplemente se rio.

—¿De verdad?

—Entonces —preguntó Anok—, ¿qué pasó de verdad en Odji?

La bárbara clavó la vista en el fuego.

—Como os dije, le gané bastante dinero a un jefe de banda. La verdad sea

dicha, no esperaba marcharme con las ganancias; al menos, no sin luchar. Pero resulta que había rumores de que me habían visto contigo, Anok, y, al parecer, últimamente tu nombre es un asunto de gran importancia para los jefes de bandas de Odji. No lo entendí del todo, pero le di las gracias a mi buena suerte y me marché.

—Pero ¿tu buena suerte no duró?

—No esperé para averiguarlo. Sospechaba que alguien vendría a por mí, y, como mínimo, había conseguido enemigos poderosos en Odji. Lo mejor sería ocultarme y marcharme lo antes posible.

Anok extendió la mano y le tocó la manga de seda.

—¿Quién te hizo esto?

—Prostitutas —respondió con total naturalidad.

Teferi soltó una risita y Fallon le lanzó una mirada de enfado.

—No fue eso, pero necesitaba cambiar de aspecto. ¿Qué mejor forma de ocultar a una guerrera que vistiéndola así? Francamente, no sospechasteis de mí al principio, y me conocéis bien. —Miró directamente a Anok—. Muy bien, Pero ¿quién podría enseñarme?

»Entonces tuve la idea. Acudí a una de las casas más elegantes de Odji. No al burdel Paraíso, ya que, al conocer tu relación con él, podrían haberme buscado allí. Las mujeres del lugar se mostraron más que encantadas de quedarse con mi oro a cambio de nada más que un juego de disfraces. La verdad sea dicha, creo que ellas se divirtieron mucho más que yo.

»Luego, me ayudaron a comprar ropa nueva y a encontrar a esos sirvientes y camellos. Suficiente oro tiene la virtud de silenciar todas las preguntas, de facilitar todas las transacciones.

Bebió un largo trago y, al hacerlo, su humor se tornó más sombrío.

—Miradme —dijo con tono de asco. Se puso en pie y se tiró de la ropa de seda—. Vestida como una mujerzuela, montando sobre suaves almohadas, mimada por sirvientes. ¡Ésta no es una mujer digna de Conan! ¡Así no es como vive una auténtica bárbara!

De repente, se agarró la blusa de seda con ambas manos y la rasgó. Comenzó a gruñir como si le hubiese dado un ataque y se arrancó la ropa hasta que quedó desnuda ante ellos salvo por algunos jirones de seda. Jadeó y los miró, sin avergonzarse de su desnudez.

Teferi sonreía de oreja a oreja, pero ella lo ignoró.

—¡Soy cimmeria! ¡No me convertiré en una mujer blanda y débil!

Regresó a su tienda pisando con fuerza. Sus torneados costados parecían pálidos bajo la luz de la luna.

Su amigo seguía sonriendo y Anok le dio una patada en el tobillo.

El kushita le dirigió una expresión dolida; luego, olvidando aparentemente la afrenta, tomó otro trago de su frasco.

Fallon regresó después de un rato. Las trenzas habían desaparecido de su

cabello, así como las flores. Llevaba una sencilla vestimenta de guerrera: faldellín y túnica de cuero y sandalias. Su espada iba atada orgullosamente a la cintura y un cuchillo largo asomaba por el otro lado del cinto.

Anok consideró que parecía más cómoda que nunca desde que habían comenzado el viaje. La bárbara se sentó con fuerza y con cierta torpeza y cogió otro frasco de vino de inmediato.

—La riqueza es un veneno —sentenció—. Estáis mejor sin ella.

—Entonces, ¡dame la tuya! —contestó Teferi.

La mujer clavó la vista en el vino unos segundos, luego se rio de manera cómplice.

—Lo gasté —confesó—. Lo gasté todo. La última parte en estas sedas y camellos y sirvientes y… —alzó el frasco por encima de la cabeza— en este magnífico vino. Vuelvo a estar libre de sus perjuicios. —Dio otro trago y soltó una risita—. Hasta la próxima vez, al menos.

Todos se rieron.

Sin embargo, los pensamientos de Anok eran más sombríos. El vino no le había calmado el hormigueo de la marca en la muñeca. En todo caso, lo había vuelto más fuerte, le había abierto la mente a sus oscuros cuchicheos.

Mientras escuchaba a Fallon, en lo único en lo que podía pensar era: «Si fuera tan fácil para mí».

9

Anok pensaba que ya había experimentado el desierto, pero la mañana siguiente demostró que a éste aún le quedaban duras lecciones que impartirle. El sol brillaba mientras levantaban el campamento. Ya hacía calor y el joven podía asegurar que pronto haría aún más. Un viento procedente del este no trajo con él nada salvo más calor y arena volando.

Había pensado que el efecto refrescante del aire marino terminaba en las colinas por encima de Khemi. Pero vio que, hasta ahora, había continuado en el desierto. Ese día experimentarían el auténtico calor del desierto.

Los sirvientes de Fallón parecían completamente desconcertados a causa de la transformación de la mujer. Observaron, estupefactos, mientras la bárbara arrancaba la cubierta de seda del dosel del camello, tiraba las suaves almohadas y soltaba las borlas y los adornos de los arreos. Les gruñó cuando se acercaron y se preparó su propio desayuno a pesar de las protestas de los dos hombres.

Pronto se pusieron en marcha, aunque el paso era incluso más lento que el del día previo. Los camellos parecieron sentir el inminente calor y marcaron el ritmo en consonancia. Hubo poca conversación entre la gente de la caravana. Se produjeron largos períodos en los que se movieron en medio de un silencio sobrecogedor, rotó únicamente por algún que otro gemido o bramido de las propias bestias.

Se detuvieron con mayor frecuencia para beber agua, que Havilah repartía personalmente en raciones diminutas. Fue durante una de estas paradas que el zumbido de unas moscas captó la atención del anciano. Se dirigió a la parte posterior de un afloramiento de roca cercano y regresó algunos minutos después frunciendo el entrecejo.

Vio la curiosidad en el rostro de Anok.

—¿Sabéis luchar, hombre de ciudad?

Rápidamente, el acólito le hizo una señal a Teferi para que se acercara y escuchara también.

—Sabemos luchar —respondió Anok mientras el kushita llegaba—. ¿Por qué?

—Tras las rocas hay excrementos de caballo y huellas, no tienen más de un día, y, por lo que me parece, de más de un caballo. Nadie usa caballos tan dentro del desierto excepto los soldados y los bandidos, y no he oído que haya ningún ejército en marcha aquí.

Anok asintió con la cabeza.

—Los caballos necesitarán agua.

—Tal vez hayan encontrado alguna fuente o pozo perdido, o puede que tengan un campamento grande y traigan agua con camellos. —Miró a Teferi con recelo—. ¿Lucharéis contra los vuestros, kushita? Los bandidos de estas tierras casi siempre llegan de las fronteras de Kush.

Teferi echó atrás sus anchos hombros.

—Nací en Estigia. Me enfrentaré a cualquiera que nos ataque y no me preocupará el color de su piel.

Havilah pareció satisfecho.

—Mantened las armas cerca y los ojos abiertos.

—Fallon también sabe luchar —indicó Teferi—. Se lo diremos.

El nómada frunció el entrecejo.

—¿La rica? Que ahora se vista de manera extraña y lleve una espada no la convierte en una luchadora.

—Es una bárbara del norte —explicó Anok—, una cimmeria.

El anciano negó con la cabeza.

—No he oído hablar de ese lugar.

—¿Habéis oído hablar del rey Conan? Él es compatriota suyo, y en su reino las mujeres luchan al lado de los hombres.

Los ojos del nómada se ensancharon ligeramente.

—Ya veremos. Decídselo, entonces.

Dirigió a sus hijos unas simples señales con las manos que parecieron transmitirles toda la información que había comunicado a Anok y a Teferi. De inmediato comenzaron a otear el horizonte, y el hijo mediano le puso la cuerda a su arco.

Anok consideró las fuerzas con las que contaban. No tenía ninguna duda de que Havilah y sus hijos sabían luchar. Sentía un respeto considerable por el anciano y su familia.

Teferi, Fallon y él lucharían bien, naturalmente, pero ésta no era su clase de batalla, y no montaban lo suficientemente bien como para pelear a lomos de un camello. Lo más probable es que tuvieran que desmontar, y eso los situaría en una gran desventaja contra sus atacantes a caballo. No confiaba en que los sirvientes de Fallon ayudasen en absoluto, y los otros viajeros eran ancianos comerciantes de sangre estigia mestiza. No veía ningún indicio de que resultasen útiles. Quizá los chicos de los camellos lo sorprendieran, como ocurría a veces con los muchachos en la guerra, pero eran demasiado bajos y débiles para servir de mucho.

Siete luchadores protegiendo a seis contra… ¿cuántos? Se planteó preguntarle a Havilah qué pensaba él, pero probablemente fuera sólo una suposición. Si lo que el anciano decía era cierto, sus adversarios eran un grupo numeroso y bien organizado. Dudaba de que considerasen siquiera un ataque

a menos que pensasen que lo tenían absolutamente todo a su favor.

Teniendo en cuenta este último pensamiento, tal vez no llegasen a atacar. Pero era una esperanza débil. Si estaban tan organizados, contarían con recursos, y ponía en duda que estuviesen por aquí a menos que hubieran podido reunir una docena de hombres.

El largo día se volvió aún más largo mientras la caravana avanzaba lentamente por el camino bajo el calor sofocante, buscando cualquier señal de los bandidos. El terreno era cambiante y accidentado, lo que ofrecía numerosos lugares para ocultarse. Enormes agujas y arcos de piedra roja y naranja moldeada por el viento se alzaban a lo largo del camino como centinelas olvidados del tiempo de los gigantes, y la arena arrastrada por el viento hacía que les ardieran los ojos y les resultase difícil ver.

Al final, los bandidos aparecieron en el lugar más insólito: después de que hubieran salido de una yerma zona llena de rocas y se adentrasen en una llanura abierta de terreno ondulado y de arenosa tierra amarilla salpicada de cactus en flor y matorrales secos. Fue aquí, donde la visibilidad era buena y los lugares en los que esconderse prácticamente inexistentes, donde vieron la hilera de caballos recortados contra el cielo decolorado por el sol.

Havilah detuvo la caravana, y los siete que lucharían juntaron los camellos al frente del grupo.

—Son una docena —dijo Anok—. Por desgracia, mis cálculos eran correctos. —Recorió con la mirada el terreno abierto—. Es muy malo, ¿verdad?

Teferi frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—No nos atacaron cuando contaban con la oportunidad de ocultarse. No piensan que necesiten ocultarse. Les preocupa más que nosotros nos escondamos de ellos.

Havilah escrutó los alrededores.

—Allí —indicó—, al norte del camino. ¿Veis ese lugar de color claro? Es una pequeña cuenca, puede que una laguna seca en la que la arena favorecerá a nuestros camellos más que a sus caballos.

Anok asintió con la cabeza.

—Es tan defendible como cualquier cosa que podamos conseguir. ¿Nos apresuramos o nos lo tomamos con calma?

—Ambas cosas —respondió Havilah. Hizo una señal a los chicos de los camellos para que se acercasen—. Vosotros y el resto id hasta aquel punto blanco de allí. Arrodillad a los camellos formando un círculo y poneos tras ellos. Nosotros iremos después. ¡De prisa!

Los muchachos espolearon a sus camellos y regresaron para arrear al resto de camellos y a los jinetes hacia la protección, por pequeña que fuera, que ofrecía la depresión.

—Nosotros iremos tras ellos —explicó Havilah—, pero con calma. Daos prisa únicamente si atacan y si nos proporciona alguna ventaja.

Mientras comenzaban a moverse, un semental negro y su jinete se separaron de la hilera y descendieron al trote hacia ellos.

Teferi tensó su poderoso arco.

—Puedo darle.

Havilah le indicó con un gesto que bajase el arma.

—Viene a hablar. Mientras hablen, no nos atacarán. Que hablen.

El caballo que se acercaba a ellos era flaco, al parecer por raza más que por hambre, con músculos nervudos y ojos feroces. La brida y la silla estaban decoradas con intrincadas borlas elaboradas con alguna fibra vegetal.

El jinete también era flaco y musculoso, y una cabeza más bajo que Teferi. Iba vestido únicamente con un pequeño taparrabos y el sol del desierto había quemado su oscura piel hasta casi alcanzar el color del carbón. Llevaba un tocado rodeado por un abanico roto de plumas rojas y numerosas y elegantes lazadas de alambre de oro alrededor de cuello, muñecas y tobillos. Tenía el rostro, los hombros, la espalda y los brazos cubiertos por una tracería de cicatrices rugosas y de un marrón tirando a rosa que le formaban complejos diseños y símbolos en la carne, algunos vagamente familiares para Anok, aunque no conseguía identificarlos. El guerrero kushita portaba una lanza liviana; un cuchillo largo y curvo, casi tan largo como una espada, que colgaba de un lado de la silla, y un escudo de madera con una cara demoníaca esculpida colgando del otro lado.

El caballo se detuvo a un tiro de lanza de ellos. El hombre los miró unos segundos, luego sonrió de oreja a oreja. Anok se sorprendió al ver que tenía los dientes superiores limados hasta formar puntas afiladas.

—¿Habláis estigio?

Havilah asintió.

—Hablamos estigio. ¿Qué quieres de nosotros, jinete?

La siniestra sonrisa se ensanchó aún más.

—Ya sabes lo que queremos, nómada. ¡Somos bandidos! Entregadnos todos vuestros bienes, vuestras armas, vuestros camellos, a vuestra mujer y a los muchachos, y os dejaremos agua suficiente para caminar hasta el próximo oasis. Salvaos.

Teferi se acercó a Anok y susurró.

—Está siendo justo. Hay que reconocerlo.

El acólito lo hizo callar para que su amigo no provocase algo por accidente.

Havilah soltó un gruñido.

—Y si soltamos nuestras armas, ¿quién nos asegura que no nos atravesarás con esa lanza por la espalda? Creo que probablemente lo harías.

El jefe bandido soltó una carcajada.

—Puede que sí; pero, en ese caso, sería más rápido para vosotros. —El

caballo rebulló nervioso en su posición y la sonrisa del bandido desapareció—. Escoged vuestra propia forma de morir, pero vais a morir. —Le dio una palmada al caballo en la ijada y cabalgó de regreso junto a sus compañeros.

Teferi torció el gesto.

—¿Puedo matarlo ahora?

El nómada negó con la cabeza.

—Ellos también tiene arqueros, escudos y puede que hasta un hechicero que los proteja de tus flechas. Incluso si matas a su líder, simplemente harás enfadar al resto. Espera hasta que estén cerca y haz que tus flechas cuenten.

Anok entrecerró los ojos al oír mencionar la hechicería, pero no dijo nada. Ahora recordó los símbolos grabados en la carne del bandido kushita. Los había visto en unos pergaminos en el templo, entre los textos estigios más antiguos. Teferi había afirmado desde hacía tiempo que el pueblo de Kush había sido corrompido por antigua magia estigia. Ahora ya no parecía tan inverosímil.

El jefe se reincorporó a la hilera de caballos, pero no se lanzaron a la carga.

Teferi frunció el entrecejo.

—¿A qué esperan?

—A que nuestro miedo aumente —respondió Havilah en tono grave.

—Son hombres acostumbrados a que les teman —comentó Anok—. Conozco bien a los de su especie.

—Nosotros les enseñaremos lo que es el miedo —repuso Fallon, desenvainando su larga espada.

El anciano nómada soltó una risita.

—Me gusta vuestro temple, bárbara. Podríais haber sido de los míos.

—He oído que mantenéis a vuestras mujeres encerradas en tiendas. Me quedaré con mi tribu, hombre del desierto. Observadme y comprobad lo que vuestras mujeres podrían hacer, ¡si se les permitiera!

Havilah gruñó con escepticismo, luego le sonrió a Fallon. Los jinetes comenzaron a avanzar.

—Aquí vienen —anunció el nómada—. ¡Preparaos! ¡Luchad con fuerza! ¡Morid bien, si es necesario! —Agitó su alfanje en saludo a su prole—. Siempre viviréis en mi corazón, hijos míos, ¡al igual que yo en los vuestros!

Estos alzaron sus armas en respuesta y se lanzaron a la carga. Los otros fueron detrás, con Anok y Teferi luchando por permanecer sobre sus camellos a la carrera. Fallon se mantenía semiagachada sobre la plataforma de su bestia de pelo blanco, agarrándose de los postes de las esquínas en busca de apoyo, espada en mano.

Los jinetes siguieron su avance y el grupo de Anok se dirigió directamente hacia los hocicos de aquellos caballos flacos y oscuros. Entonces, de repente, los caballos a la carga viraron bruscamente hacia la izquierda.

Havilah detuvo a los camellos en seco y el grupo luchó por reagruparse.

—¡Nos han engañado!

—¡Esos demonios buscan presas indefensas! —exclamó Teferi—. ¡A por ellos! —De repente, él dirigía la carga, urgiendo a su camello a avanzar cada vez más rápido.

El anciano reunió al resto tras él. Anok seguía a los nómadas de cerca y Fallon y su camello blanco (la enorme criatura no había sido entrenada ni iba ensillada para correr) cerraban la marcha.

Observaron horrorizados cómo los jinetes llegaban al borde de la laguna seca y se dividían en dos grupos: un grupo más pequeño saltó por encima de los camellos en círculo, mientras el resto daba vueltas a su alrededor disparando flechas hacia la refriega.

Dicho sea en su favor, los sirvientes estaban aguardando, con las espadas desenvainadas, entre los dos muchachos de los camellos y el peligro. Entablaron combate con los jinetes con valor, si bien con poca habilidad.

Los mercaderes también tenían espadas, pero las sostenían en alto débilmente, encogidos detrás de los camellos, y esperaban para morir.

Antes de que los hijos de Havilah pudieran llegar hasta ellos, uno de los sirvientes había caído, con una flecha atravesándole el corazón. Uno de los muchachos trepó por detrás de él y recogió la espada ensangrentada.

Entonces comenzó la batalla, mientras la prole de Havilah se abalanzaba contra el grupo exterior con las espadas reluciendo bajo el sol.

Anok se armó de valor, no contra los atacantes, sino contra su montura. Ahora tenía que confiar en la extraña bestia y en lo que él había aprendido en menos de dos días.

Apretó la rodilla alrededor del cuerno, se aseguró de que tenía el pie bien trabado bajo la otra pierna y, a continuación, soltó las riendas y desenvainó ambas espadas.

Los caballos kushitas eran nerviosos y se asustaban con facilidad, pero la montura de Anok estaba bien adiestrada y, al parecer, no le tenía miedo a nada. El animal bramó mientras se introducían entre los bandidos. Al atravesar la hilera, los bandidos lograron desviar sus golpes con espadas o escudos, pero Anok rompió su formación y los puso a la defensiva.

Vio a Fallon pasar al galope, su camello prácticamente aplastando a los otros. Con el rabillo del ojo entrevio un caballo kushita encabritado, el jinete se preparaba para clavar su lanza y, bajo él, un muchacho sostenía la espada del sirviente muerto.

Fallon soltó los postes de la esquina y cogió su larga espada con ambas manos. La balanceó con fuerza mientras pasaba al galope.

Durante unos segundos, el cuerpo del camello blanco le tapó la vista, y cuando hubo pasado, Anok vio la cabeza cortada del bandido girando en el aire. El caballo se alejaba a la carrera mientras su jinete sin cabeza se desplomaba lentamente de la silla.

Oyó el ruido de unos veloces cascos tras él y se volvió, desviando a duras penas con la espada la punta de una lanza lejos de su cabeza.

Respondió con su otra espada, alcanzando al bandido al pasar, y le abrió un tajo ancho y rojo entre las costillas.

Anok no siguió a su atacante mientras éste se alejaba, sino que se dio la vuelta y regresó al centro de la pelea.

El camello blanco se encontraba de nuevo en medio del asunto, convirtiéndose en una torre prácticamente inmóvil desde la que Fallon podía luchar. Al parecer, los bandidos no querían herir al camello, probablemente debido a su especial valor.

Mientras él observaba, la mujer bárbara se agachó, agarró al otro muchacho por la muñeca y lo alzó hasta la plataforma. El chico se agachó e intentó mantenerse fuera del alcance de la espada de la mujer y de las flechas que volaban.

Anok divisó a Teferi cerca de allí, arrodillado tras su camello muerto, disparando flecha tras flecha y manteniendo a los jinetes a la defensiva. Mientras sostenían los escudos en alto, les resultaba difícil atacar con las lanzas, lo que los colocaba en desventaja.

Anok pasó junto a la lanza de un jinete y se acercó lo suficiente como para hundir la espada izquierda en el corazón del bandido. Un chorro de sangre le cayó en cascada sobre el brazo y lo hizo silbar de dolor. Le ardía como fuego donde la sangre tocaba la Marca de Set.

«La sangre es el alimento de la magia oscura —le había dicho Ramsa Aál una vez—, y la sangre de un corazón vivo es la más dulce de todas». Sintió que la Marca de Set lo llamaba, pero aun así resistió. Recordó lo que había ocurrido cuando Teferi y él habían ido contra los Escorpiones Blancos. Tenía miedo de que la corrupción de la magia lo traicionara y lo hiciera matar a sus amigos además de a sus enemigos.

Anok siguió adelante, intentando sostener la espada con la mano izquierda e ignorar el temblor que le iba subiendo hasta el codo.

Se dio la vuelta y se lanzó a por otro jinete, pero se vio obligado a pasar por la derecha y el brazo izquierdo no le sirvió. La espada se estrelló infructuosamente contra el escudo de madera del bandido y se le cayó de la mano. Soltó una maldición.

Otro jinete se acercó a él. Logró desviar la punta de la lanza, pero el caballo chocó contra su camello y el escudo del bandido lo golpeó lanzándolo al suelo.

Anok se puso en pie y halló cierta protección detrás de un camello muerto. Allí estaba tendido uno de los mercaderes, muerto sobre el animal caído, con una flecha asomándole por la espalda.

Algunos pasos más allá vio al otro mercader tendido en un charco de sangre que salía de su propia garganta cortada.

Unos pasos después de eso vio a Moahavilah también en el suelo, con una

flecha que le atravesaba la carne de la parte superior del brazo izquierdo. El joven nómada estiró la otra mano y, con un rugido, partió el asta hasta dejarla del largo de un dedo a partir de su túnica ensangrentada; a continuación, siguió peleando.

Al parecer, Fallon era ahora la única que aún seguía sobre su camello, y los jinetes se turnaban para trazar círculos a su alrededor, manteniéndose fuera del alcance de la espada.

¡Estaban perdiendo! Anok se dio cuenta de que ahora únicamente era una cuestión de tiempo. Estaban inmovilizados, superados en número y a Teferi sólo le quedaban por utilizar las flechas que había arrancado de los camellos muertos. Nunca podrían imponerse empleando únicamente la fuerza.

Vio al jefe bandido que se acercaba a él sobre su caballo y comenzó a levantar la espada que le quedaba en un desesperado intento de defenderse. Entonces, lo pensó mejor.

Anok permaneció de pie, abierto y vulnerable, y clavó la espada en la arena frente a él. Extendió los brazos, estableció contacto visual con el líder bandido y gritó:

—¡Tregua!

Entre los defensores, todos los ojos se volvieron hacia él.

Sin embargo, el capitán bandido siguió adelante, apuntando con la lanza hacia el corazón de Anok.

La muñeca le ardía y le hormigueaba, los dedos le temblaban de manera incontrolable, pero se mantuvo firme. Aguardó a que la punta le atravesara el pecho.

El caballo se acercó a la carga y, cuando estaba a punto de golpearlo, la lanza se levantó y el caballo se deslizó hasta detenerse frente a él, envolviéndolos a todos en una nube de polvo.

Cuando el polvo se asentó, Anok seguía en pie y el líder le sonreía desde lo alto. Gritó una orden en kushita y los jinetes se replegaron, trazando círculos a una distancia segura de los defensores.

Miró a Anok.

—¿Quieres rendirte, estigio?

—Quiero desafiarte. Tú y yo, hombre a hombre. Nuestros dos bandos han sufrido bajas. Pongámosle fin aquí. Si yo muero, lo único que pido es que les des a los otros agua y ventaja. Si mueres tú, tus hombres se retirarán y no nos molestarán más.

El jefe bandido se lo quedó mirando un minuto, boquiabierto, entonces echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas. Clavó los talones en el caballo y comenzó a darse la vuelta.

—¡Acabemos con esto!

—¡Cobarde! —Fue un acto de desesperación, pero pareció funcionar.

El líder titubeó y luego se volvió.

—¡Ya me has oído, cobarde! Que tus hombres vean que tienes miedo de enfrentarte a un único y solitario hombre de ciudad estigio. Eres viejo y débil, y un día, muy pronto, un auténtico kushita te cortará la garganta mientras duermes y ocupará tu lugar por derecho.

El caballo caracoleaba nervioso. El líder miró al joven y adoptó un aire despectivo. Entonces dijo:

—Pelearé contigo; pero cuando mueras, los mataré a todos, excepto a los camellos y a la mujer, que serán míos.

—Buena suerte con la mujer —masculló Anok entre dientes.

El bandido enarcó las cejas.

—¿Qué has dicho?

—Dije que aun así lucharé contigo —respondió mientras recuperaba su espada.

—No lo hagas —exclamó Havilah—. Si pierdes, morirás por nada, y si ganas, nunca cumplirán su palabra.

Anok escupió en el suelo y se abrió paso hacia adelante.

—Pero ¡él seguirá estando muerto!

El líder bandido alejó su caballo al trote unos quince metros más o menos, luego se dio la vuelta. El acólito esperaba que el honor lo obligara a desmontar, pero no lo hizo. En lugar de ello, levantó la lanza y golpeó al caballo con los talones para lanzarlo a la carga.

Anok se mantuvo firme, con los pies separados, las rodillas flexionadas, listo para moverse en cualquier dirección. Fintó a la derecha y la punta de la lanza lo siguió.

Entonces se lanzó a la izquierda en el último minuto, utilizando el entumecimiento de la mano izquierda en su ventaja mientras rodaba sobre ella, incapaz de sentir el dolor, y aterrizó sobre los pies mientras el caballo pasaba con un gran estruendo.

El bandido hizo que el caballo diera media vuelta inmediatamente y volvió a atacar.

Anok fingió moverse a la izquierda, pero el jefe bandido no se lo tragó. El acólito se movió a la derecha y la lanza lo anticipó. Se agachó, pero la punta le abrió un tajo profundo en el brazo, y casi lo hace caer.

Se tambaleó mientras trataba de rechazar el dolor. «¡Sé hacerlo mejor!» Mejor, sí, en un buen día, con ambas espadas y un brazo izquierdo que obedeciera sus órdenes.

Otro ataque. Intentó esquivar la lanza por el interior y lo logró, pero el asta le desvió la espada antes de que ésta pudiera encontrar su blanco. El anca del caballo lo golpeó, haciéndolo girar, con lo que su espada salió volando y él aterrizo boca abajo sobre el polvo.

Probó su propia sangre y sintió cómo las costillas le dolían en el pecho al esforzarse por respirar.

Oyó al líder bandido riéndose mientras regresaba trazando un círculo.

—¡Rézale a tu dios de serpientes, estigio! ¡No te ayudará ahora!

Anok se quedó allí tendido, sintiendo cómo el calor le subía por el brazo izquierdo, como un envenenamiento en la sangre que buscara su corazón, antiguas voces le susurraban procedentes de una neblina oculta.

El jefe avanzó y su caballo relinchó y se encabritó.

«¡Quiere aplastarme!»

Durante semanas y semanas, Anok Wati había luchado contra la Marca de Set. Ahora, la liberó.

La magia lo cubrió como una cálida ola en la playa. El dolor menguó, así como los gritos burlones de los bandidos, el sonido de sus caballos fue remplazado por el rítmico martilleo de la sangre en los oídos. Su corazón disminuyó el ritmo y una tranquila determinación se apoderó de él, dura y fría como el hierro.

Anok rodó y levantó la mano izquierda con los dedos engarfiados.

El caballo se alzó, golpeando el aire con las patas delanteras, con los afilados cascos listos para caer sobre él.

—¡Apártate! —ordenó.

Lo ojos del caballo se dilataron, los golpes de las patas parecían ahora desesperados, y el animal retrocedió tambaleándose, luego se inclinó y cayó.

Con la habilidad de un experto jinete, el jefe bandido saltó de la silla y se lanzó a un lado, evitando por los pelos ser aplastado por su propia montura.

Se puso en pie con rapidez, con el largo y curvo cuchillo en la mano, prácticamente igualaba en tamaño a la espada que se le había caído a Anok. Sonrió y aquellos salvajes dientes afilados brillaron bajo el sol.

El bandido cargó contra él con un rugido, blandiendo en alto el enorme cuchillo.

Anok vio la espada que había perdido en la arena, a poca distancia por detrás de su pie izquierdo. Alargó la mano izquierda hacia ella.

—¡Espada!

Como si estuviera atada a cuerdas invisibles, la espada saltó de la arena y voló por el aire hacia Anok. Pero no se dirigió hacia la mano. Giró por el aire y él la guio con gestos, haciéndola pasar junto a él, de modo que se alzase rápidamente sobre la cabeza del cacique.

El bandido corrió dos pasos más antes de ver su mano, que aún sostenía el cuchillo, caer frente a él.

Se detuvo, gritando, y se aferró la muñeca chorreante con la otra mano. Miró a Anok, con los ojos como platos, buscando alguna señal de clemencia.

La espada volvió a pasar junto al bandido, haciendo que se estremeciera. Pero ésta simplemente regresó a la mano de Anok, que la volvió a guardar en la vaina que llevaba a la espalda.

Una expresión de alivio recorrió los desesperados rasgos del jefe bandido.

Entonces, Anok extendió la mano hacia él.

—¡Muere!

Los ojos del bandido se abrieron de par en par a causa del dolor, la boca se abrió en un grito gorgoteante, los brazos se extendieron, la mano amputada tenía ahora poca importancia.

Se produjo un chasquido húmedo, un sonido líquido de algo que se rompe, como un arbolito arrancado de raíz de un pantano, y el pecho del cacique se abrió de golpe. Su corazón, aún palpitante, voló hasta aterrizar con un repugnante sonido húmedo en la mano de Anok, donde éste lo aplastó ante los ojos moribundos del bandido.

A continuación, dejó caer el corazón al suelo, lo pisó con la sandalia y se subió sobre el cuerpo caído del jefe. Miró a los jinetes, con la mano ensangrentada extendida, y rugió:

—¿Quién será el siguiente?

Los bandidos se detuvieron mientras sus caballos corcoveaban y se encabritaban, se miraron unos a otros, se dieron la vuelta y salieron corriendo a todo galope.

—¡Huid! —gritó Anok tras ellos—. ¡Huid, perros, u os arrancaré las cabezas y os las haré tragar!

Y huyeron, hasta que no pudo verse nada de ellos salvo nubes de polvo que se iban desvaneciendo.

Anok observó cómo se marchaban.

Entonces comenzaron a temblarle las piernas. Bajó la vista hacia la Marca de Set. Había más poder allí, mucho, pero ya no le quedaba más fuerza para empuñarlo.

Se tambaleó y cayó de rodillas.

—¡Anok!

Oyó la voz profunda de Teferi, pero no podía ver desde dónde venía. Sin embargo, sí podía ver a los otros. Havilah, sus hijos, los muchachos de los camellos, incluso Fallon, todos lo miraban sorprendidos… y asustados.

—¡Anok!

Es mejor así. Sobrevivirán…

Se le oscureció la vista y se sintió caer. No notó el choque contra el suelo.

10

Al despertar, Anok vio el sol, bajo y rojo en el cielo. Se sentía desorientado. Le llevó un momento darse cuenta de que el sol estaba en el este y de que estaba contemplando el amanecer, no el atardecer, a través de los faldones abiertos de una tienda.

Entonces oyó varios sonidos insólitos. Uno era un repiqueteo lento e irregular de piedra contra piedra. El otro, un canto. No reconoció la lengua, pero sonaba como si un hombre estuviera entonando una oración.

Apartó la manta —ya hacía demasiado calor para usarla— y encontró ropa limpia en sus bolsas. Lo sorprendió comprobar que podía moverse fácilmente y sin dolor. Dedicó un momento a examinarse el costado y el hombro en el que lo habían herido, pero prácticamente estaban curados. «¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?», se preguntó.

Su ropa sucia y rasgada por la batalla también estaba allí. La revisó y encontró que parte de la sangre no se había secado por completo.

Se inspeccionó la marca de la muñeca. No había rojez ni irritación, y la piel alrededor de la marca de la serpiente estaba sonrosada y sana. Por otra parte, la propia marca parecía haber cambiado. El contorno seguía siendo negro, pero el delicado diseño de escamas parecía lleno de una iridiscencia que brillaba al situarse bajo la luz del sol. Era una diferencia pequeña pero perceptible.

Terminó de vestirse, dándose cuenta mientras lo hacía de que estaba muerto de sed y hambriento. Salió de la tienda y vio que se habían trasladado del lugar de la batalla, aunque las colinas y el terreno que los rodeaban parecían similares. Entonces, un movimiento al oeste captó su atención y vio numerosos buitres trazando círculos cerca del horizonte.

Los camellos que habían sobrevivido, incluyendo el blanco, estaban atados cerca. El resto de las tiendas ya habían sido desmontadas, suponiendo que las hubiesen llegado a montar. Siguió el sonido del canto alrededor de la parte posterior de la tienda y hacia la cumbre de una colina baja, donde vio a Havilah, Moahavilah, Teferi y Fallon de pie alrededor de un montículo de piedras que sólo podía ser una tumba. Moahavilah era el que cantaba.

Cerca había otros tres montículos de piedras. Los dos hijos ilesos de Havilah aún estaban amontonando piedras en el último de ellos: el ruido de piedras que había oído desde la tienda.

Anok comenzó a ascender para reunirse con ellos, pero antes de que hubiese avanzado mucho, Teferi lo divisó y bajó corriendo a reunirse con él.

El kushita lo cogió por el brazo y lo volvió a conducir hacia la tienda.

—No deberías haber salido, hermano. Estás herido y enfermo.

Se quitó las manos de Teferi de encima.

—¡Estoy bien!

Se apartó la túnica para mostrarle el hombro prácticamente curado.

En lugar de sentirse contento, su amigo frunció el entrecejo.

—Magia, supongo.

Anok asintió.

—Ocurrió lo mismo cuando abatí a los Escorpiones Blancos, aunque tú no estabas en condiciones para darte cuenta. Dar rienda suelta al poder de la marca parece sanar mis heridas casi al instante.

—Esto no les sentará bien a los otros. Le sacamos un trozo de flecha del largo de mi mano a Moahavilah del hombro, y tardará en sanar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Sentarles bien a los otros?

Teferi se acercó más.

—Ahora que han visto con sus propios ojos lo que puedes hacer, tienen miedo de ti, Anok. Incluso yo tengo miedo de ti. Tengo miedo por ti. —Apartó la mirada hacia los buitres y agitó la cabeza con tristeza—. Ahora también he visto lo que antes únicamente había oído en las historias: a mis parientes corrompidos por magia malvada. No había honor ni misericordia en ellos, sólo crueldad y maldad.

—Eran hombres, Teferi. No hace falta magia para que los hombres de cualquier reino o estripe sean malvados y crueles. Sólo es asombroso cuando no lo son.

—Antes de la Sikugiza, de la época oscura, nuestra gente vivía en paz con ellos mismos y con su tierra. Esto es lo que ha sido de ellos, de aquellos que no huyeron de su reino para siempre como hicieron mis antepasados. —Miró a Anok—. La hechicería les hizo esto, hermano. ¿Qué te está haciendo a ti ahora?

El acólito se estaba enfadando.

—Nada. No me está haciendo nada. Estoy aprendiendo a controlarla. Ayer nos salvamos, por si no te diste cuenta. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la colina—. Si no hubiese vacilado, si hubiese actuado antes, tal vez podría haberles salvado la vida también a ellos.

Teferi simplemente frunció el entrecejo y miró hacia los buitres.

—¿No los enterrasteis?

—Estábamos cansados a causa de la batalla y contábamos con pocas manos, pues teníamos que enterrar a nuestros propios muertos. Havilah dijo que merecían que los dejasen para los buitres.

—¿Tú no estás de acuerdo?

—Se trataba de criaturas malvadas que merecían morir, pero también eran de mi pueblo.

Anok asintió con la cabeza y le puso la mano en el hombro a Teferi.

—Vamos, entonces. Te ayudaré a enterrarlos y a hacer lo que sea que tu pueblo hace por los muertos.

El kushita sonrió con tristeza y asintió.

—Puede que no haya perdido a mi amigo Anok ante la oscuridad. Aún no.

Esa noche, Anok estaba sentado solo ante el fuego. Teferi había estado allí un rato, pero ninguno de los dos estaba de humor para hablar y, al final, su amigo se había retirado a la tienda.

El no sentía sueño y tenía recuerdos vagos de sueños de la noche anterior, sueños perturbadores, causados sin duda por la Marca de Set.

Sin embargo, hoy no lamentaba tener la marca. Fuera lo que fuera lo que había hecho, los había salvado a todos. La magia había ganado cuando la espada, la habilidad y la fuerza le habían fallado. ¿Era eso tan malo?

Y si los otros le tenían miedo, ¿qué pasaba? En Khemi había visto cómo una reputación aterradora podía ser una herramienta eficaz. Le había sido de utilidad al templo, había mantenido a los jefes de bandas a raya e, incluso, le había servido a Fallon, simplemente debido a su leve asociación con él. También podía servirle a él. De hecho, ¿no debería servirle a él primero?

Estaba solo, pero eso le convenía. Atizó el fuego, observó las danzantes llamas y permaneció en compañía de sus propios pensamientos.

Estaba tan ensimismado que no oyó acercarse a Havilah hasta que el viejo nómada se sentó en la piedra junto a él.

Anok lo miró. El anciano contemplaba el fuego, las sombras bailaban por su curtido rostro bajo la luz de las titilantes llamas.

—¿No me tenéis miedo, como los otros?

El anciano no se dio la vuelta para mirarlo. Los ojos no se le movieron en absoluto. Pero después de un rato, habló:

—Tengo miedo de vuestro poder, sí. Sólo un tonto no tendría miedo. Pero no tengo miedo de vos.

—En ese caso, sois sabio. Vos y vuestros hijos sois honrados y valientes, y nos habéis servido bien. No quiero haceros daño y únicamente ofrezco mi servicio y protección.

Al fin, Havilah lo miró con el rabillo del ojo.

—Lo que queréis no tiene demasiada importancia. La magia sirve a las pasiones del corazón más que a la voluntad de la mente.

Anok soltó una risita: ¡que este viejo nómada le diera un sermón acerca de la hechicería!

—¿Qué sabéis vos sobre magia?

Havilah pareció ofenderse.

—Llevo toda la vida recorriendo los caminos de caravanas de Estigia. He viajado con incontables brujos, hechiceros y sacerdotes. Incluso he escoltado al propio ThothAmon a través del páramo tres veces, una de ellas medio muerto

tras un encuentro con el rey bárbaro de Aquilonia. Aunque cada vez ruego que sea la última, he visto magia oscura muchas veces antes del día de ayer.

Anok parpadeó sorprendido.

—En ese caso, perdonad mi arrogancia. Mi padre me enseñó a respetar a mis mayores. No debería haber olvidado esa lección.

El nómada esbozó una leve sonrisa.

—Respetáis la sabiduría de vuestro padre. Eso no es algo que se oiga decir a menudo a un hechicero, mucho menos a un sacerdote de Set.

—Sólo soy un acólito, no un sacerdote, y poco más que un novicio, además.

—Pero tenéis poder.

—Es cierto.

—Entonces debéis saber que en el Culto de Set eso es mejor moneda que el oro, e incluso más apetecible para aquellos que quieran robarlo.

—¿Por qué os interesa? Y aún no me habéis dicho por qué no me teméis. Tenéis experiencia, sí, pero pensaba que eso haría que un hombre razonable le tuviera más miedo a la magia, no menos.

El otro hombre se rio.

—Cierto. ¿Por qué creéis que me enfadé tanto con Moahavilah por ofreceros pasaje con nosotros? Pero, como dije, la magia sirve al corazón, y vuestro corazón es sincero. Por ahora.

—¿Qué significa eso?

—Vengo a ofreceros consejo, porque siento que estoy en deuda con vos. He llevado a innumerables buscadores de conocimientos a Kheshatta: algunos, brujos poderosos como ThothAmon; otros, estudiantes con sed de aprender, buscando únicamente el conocimiento por el conocimiento. Y, más tarde, me llevé de regreso a muchos de esos mismos viajeros. Os advierto que a ninguno le fue bien. Algunos regresaron locos, otros corrompidos por conocimientos prohibidos, otros consumidos por una ciega sed de poder.

«¡Yo no!», pensó. Pero Anok no dijo nada.

—Vuestro corazón puro no os servirá allí, pues en cada hombre hay innatas semillas de maldad. Somos imperfectos por naturaleza, y vuestra bondad desaparecerá.

—Si pensáis que estoy condenado, ¿por qué os molestáis en decirme esto?

El anciano sonrió con tristeza.

—Podría deciros que regresarais, que os quedarais mañana en el oasis y que volvierais a Khemi en la siguiente caravana, pero no lo haríais. Lo sé. Pero no os parecéis a ninguno de los buscadores que haya visto en mis largos años y, por ello, tal vez vuestro destino sea diferente. Sólo os digo esto: Buscad únicamente el poder, y será vuestra ruina. Buscad sólo conocimiento, y será vuestra ruina. Buscad primero la redención y, quizá, no acabéis consumido por los dos primeros. —Entrecerró los ojos mientras observaba al acólito—.

Cuando dije «redención» os tocasteis ese anillo —observó.

Anok bajó la mirada, sorprendido, y se dio cuenta de que estaba haciendo girar de manera inconsciente el anillo de plata que le había dado Sheriti.

—¿Sabéis qué es?

—Un hombre en el mercado dijo que era la talla de un demonio al que veneraban algunos… —miró a Havilah—, nómadas.

—Es Jani, y, ciertamente, tiene su culto entre nuestra gente. Nosotros creemos que es más que un demonio, pero menos que un dios. Un espíritu del desierto, que recorre las arenas cabalgando sobre el viento. Jani es muchas cosas, pero se lo conoce principalmente por rescatar a los tontos del peligro.

—¿A los tontos?

El nómada sonrió.

—Todos somos tontos a nuestro modo, sobre todo en asuntos del corazón. ¿A quién no ha cegado el amor, guiado inútilmente la ira o engañado el orgullo? Sin embargo, los tontos a menudo sobreviven a su insensatez. Somos más conscientes de esto en el desierto, donde un simple error puede matar, y por eso vemos a Jani donde los hombres de ciudad sólo verían una casualidad. Pero Jani está en todas partes. ¿No os condujo a vos, a un no creyente, hasta este anillo?

—Fue un regalo de alguien importante para mí.

—Está escrito que un hombre honrado no es honrado por sí mismo, es honrado por los otros. ¿Vuestro padre os dio este anillo?

Negó con la cabeza.

—Una mujer. Ahora está muerta.

Los ojos de Havilah expresaban tristeza y comprensión. Hizo un gesto de asentimiento. Evidentemente se trataba de un hombre que sabía lo que era el dolor.

—Pero ¿ella sigue con vos?

Anok asintió.

—Siempre.

—Entonces, por ella, salvaos. —Se puso en pie—. Jani salva a menudo a aquellos en peligro, pero siempre les falla a los que llegan a depender de él. En última instancia, tienes que salvarte a ti mismo. Eso es todo lo que tengo que decir. —Se alejó en medio de la noche.

Hizo girar el anillo y, por un momento, hubo claridad.

—Sheriti, ayúdame a encontrar el camino para atravesar el páramo.

Pero Anok sabía que ella no bastaría.

11

Viajando tarde bajo la brillante luna, llegaron a un gran oasis la noche siguiente y pasaron un día allí, abrevando y cebando a los camellos y cuidando a los heridos.

Se había enviado un mensaje a la guarnición más cercana del ejército estigio, quienes sin duda se encargarían de dar caza a los bandidos. El comercio de caravanas era el alma de Estigia y, a su vez, del Culto de Set. Tal vez los soldados capturasen y matasen a los bandidos. Tal vez éstos levantasen sus campamentos y regresasen a Kush. De cualquier forma, habrían desaparecido.

Moahavilah estaba mejorando. Anok había averiguado que, a menudo, los bandidos envenenaban sus flechas o las metían en estiércol para provocar una infección. Afortunadamente esta vez no, y la herida había sido limpia, sin dañar nada vital. Tendría el brazo dolorido y débil algún tiempo, pero se recuperaría.

Más grato de ver resultaba el nuevo respeto con el que Havilah y los hermanos mayores trataban ahora al más joven. Mientras los observaba, Anok sintió algo tan extraño que tardó un momento en reconocerlo.

Envidia.

Habría dado lo que fuera por tener un padre vivo, incluso por ser el hijo menos favorecido. Había perdido tanto cuando asesinaron a su padre. Aún le quedaba tanto por aprender. Tantos días felices por delante. Y se los habían robado. Se los habían robado a ambos.

Tras dejar el oasis, viajaron durante tres días más. El tercer día la tierra comenzó a cambiar, con tramos de vegetación a lo largo de los lechos de ríos y arroyos secos que debían de anegarse de vez en cuando. El clima seguía siendo caluroso y seco, pero había granjas aisladas, con rebaños de cabras, camellos y vacas flacas y encorvadas.

Anok oyó hablar a Meshavilah, el hijo mayor, y averiguó que se estaban acercando a Kheshatta. No llegarían al anochecer, sino temprano al día siguiente.

Esa tarde, Fallon se acercó a él montada en su camello blanco. Tras la batalla con los bandidos, la bárbara había sustituido su incómodo palanquín por una silla que había cogido de uno de los camellos muertos, y su habilidad para montar iba mejorando con rapidez.

La mujer refrenó a la montura para ponerse a su ritmo y lo saludó con la

cabeza.

Anok estaba sorprendido. Apenas habían cruzado una palabra desde lo de los bandidos, y se había preguntado si Fallon volvería a hablar con él.

—Te debo una disculpa —dijo la mujer.

—¿Por tenerme miedo?

La mujer bárbara se retorció en la silla.

—Soy cimmeria. No le tenemos miedo a nada.

Mentira. Pero Anok permaneció en silencio.

—Dudé de ti.

El acólito sonrió un poco.

—¿Ahora crees en la hechicería?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Puede que haya algo de verdad en ello. De hecho, me pregunto en qué me he metido yendo a esta ciudad de hechiceros, o qué haré cuando llegue allí. Como robar del bolsillo equivocado, ¡y acabar convertida en sapo!

—Existe ese peligro —reconoció Anok—. A menos que cuentes con un patrón.

Fallon sonrió.

—Tal vez haya alguien allí que aún precise una anticuada espada. —Se estiró y le rozó el brazo, y él sintió un cosquilleo eléctrico—. O quizá servicios más… dulces.

Conociéndola como la conocía, Anok no pudo evitar soltar una fuerte carcajada ante la sugerencia.

—¡No bromees conmigo, bárbara! Seas lo que seas, no eres una puta.

Ella sonrió con picardía.

—Pero si a una persona le pagasen por unos servicios que prestaría de manera gratuita, entonces ¿esa persona no sería una tonta si no lo hiciera?

El acólito volvió a reír. La actitud franca de la mujer bárbara conseguía sacarlo de su mal humor. Ese no era un don al que se pudiese renunciar con rapidez.

—Se me ocurre algo. Me han dado oro suficiente para alquilar una villa cuando lleguemos a Kheshatta y para pagarle a Teferi por ser mi guardaespaldas. No es mucho, pero quizá haya monedas suficientes para dos espadas y bastante techo para cubrir también tu cabeza. En cuanto al resto… Bueno…, todo lo demás es negociable. —Se rio.

—Lo pensaré —respondió Fallon.

Un momento después continuó:

—Ya es suficiente. Sí, puedes contar con mi espada… ¡y con mis negociables!

Acamparon junto al lecho de un río seco, donde abundaba la leña, y los hijos de Havilah pudieron dar de beber a los camellos simplemente con cavar en el arenoso fondo del río hasta que un agua turbia fluyó para llenar la parte

baja de los agujeros.

El clima, que había sido sombrío desde el asalto de los bandidos, mejoró enormemente. Havilah estaba hablando de los camellos que podría comprar para reemplazar a los que habían muerto, y los cantos alrededor del fuego ya no eran simplemente oraciones por los muertos.

Con los otros tan ocupados, a Anok le resultó bastante fácil escabullirse solo. Bueno, casi.

Apenas había descendido por los bancos arenosos del río seco y se había sentado cuando oyó pasos a su espalda.

—¿Pasa algo, hermano?

—No es nada, Teferi. Simplemente un asunto retrasado del que ocuparme. —Frunció el entrecejo—. Aunque no creo que te guste. Se trata de magia.

—¿Vas a volver a arrancar corazones esta noche? —preguntó con sequedad.

Anok soltó una risita.

—Sólo magia pequeñita esta noche. Puedo esperar hasta que te marches.

El kushita lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—Si voy a ayudar a un hechicero no puedo seguir asustándome de esas cosas. Me quedo.

—Muy bien, entonces.

El acólito metió la mano bajo la túnica y sacó un paquete envuelto en seda. Separó el envoltorio para revelar una esfera de cristal que relucía bajo la luz de la luna.

—La madre de la otra más pequeña que le entregaste a Rami —explicó.

Sostuvo la esfera en la mano mientras frotaba la parte superior con la palma izquierda. Al tocarla, estaba sorprendentemente cálida, incluso en el frescor de la noche del desierto. El objeto comenzó a brillar levemente y se produjo un débil tintineo, como de campanillas.

—Rami —dijo—. Quiero hablar con Rami.

La luz del cristal osciló y cambió, y se formó una imagen en su interior, como si mirasen desde el interior de una esfera de cristal a algún otro lugar.

El cristal parecía descansar sobre una plataforma de madera, puede que una mesa. Alrededor de la esfera había monedas de plata y oro. Más allá, Anok podía ver titilantes velas bastante gastadas y pudo oír voces de hombres.

Entonces, algo cayó sobre la mesa frente a la esfera con un repiqueteo, girando y dando vueltas hasta detenerse.

—Seis —exclamó la voz de Rami—. ¡Gané!

Se oyeron gruñidos.

Uno de ellos venía de Teferi.

—¿Rami? Sólo dijiste que habría magia. Por la magia me habría quedado. Por Rami, me habría ido.

Anok lo ignoró. Se concentró en el cristal y entrecerró los ojos.

—¡Rami! ¡Te dije que no apostases la esfera de cristal!

Se produjeron exclamaciones de sorpresa, pero aún no se veía a nadie.

—No dijiste que fuera mágica —acusó la voz de un hombre—, ¡sólo que era bonita!

Oyó farfullar a Rami, que intentaba encontrar algo que decir.

—Nos dijiste que a las mujeres les encantaba tocarla, y que con ella podríamos llevarnos a cualquier mujer a la cama —dijo otra voz—. Pero ¡no dijiste que estuviera embrujada!

Una mano recogió el cristal y Anok vio el rostro de Rami desde abajo, mirando a otra parte, con una sonrisa nerviosa en el rostro.

—No está embrujada. Simplemente, habla a veces. Hay un simpático hombrecillo dentro. Di hola…, simpático hombrecillo.

El acólito no se sentía muy simpático.

—¡Escuchadme! ¡Soy el hechicero Anok Wati! Este ladrón me ha robado este orbe y lo he maldecido para que muera. Todo aquel que no quiera compartir su suerte… ¡que huya!

Se produjo un momento de silencio, y a continuación oyó sillas que caían, pies que corrían y hombres que gritaban. Entonces, desaparecieron. Estaba contemplando el rostro de Rami. Éste giró la cabeza, recorriendo la habitación oculta, y sonrió desde lo alto hacia la esfera.

—¡Eh, ése fue un buen truco! Podríamos ganar un montón de…

—¡No! Te dejé este orbe místico para que pudiéramos hablar desde lejos. Por ninguna otra razón. ¡Y espero que me lo devuelvas!

Rami rio con inquietud.

—Bueno… claro. —Su sonrisa desapareció y se inclinó hacia adelante de modo que su ojo pareció llenar todo el cristal—. Por cierto, ¿dónde estás?

—En las afueras de Kheshatta, a cinco días de distancia, ¡lo que significa que tendrás cinco días para poner tus asuntos en orden si pierdes esta esfera!

Su interlocutor tosió y casi se asfixia.

—Oye, no, ¡yo nunca haría eso! —Se acercó de nuevo a la esfera—. Kheshatta, ¿eh? Es increíble. Suenas como si estuvieras aquí mismo.

—Bueno, no te llamé para charlar. Teferi te dijo que tenía un trabajo para ti.

—Sí, claro, pero no me dijo de qué se trataba.

—Él no lo sabía y tampoco sabía lo que hacía la esfera, o probablemente no la habría llevado.

Rami sonrió un poco.

—Últimamente andas gastándole un montón de bromas a la gente, ¿no, Anok?

—¡No me juzgues, Rami! Tú menos que nadie debería juzgarme.

—No juzgo, sólo comento. ¿Quién soy yo para criticar? La verdad es que estoy bastante orgulloso de ti.

El acólito puso mala cara.

—Rami, quiero que vigiles a Dejal por mí mientras yo no estoy.

—¿A Dejal? Está en el Templo de Set. Yo no puedo entrar allí.

—No hará falta. El sacerdote Ramsa Aál va a enviarlo a alguna misión. Saldrá del templo en un día o dos. Intenta averiguar adonde va y si trae algo cuando regrese.

—¿Qué traerá?

—No lo sé. Puede que algo grande, puede que algo pequeño. Quizá un medallón de oro como el que tenían esos piratas en el Gran Mercado.

Rami sonrió.

—Oro —repitió, como si saborease la palabra.

—No lo robes. No dejes que sepa que lo estás vigilando, y no lo obstaculices a menos que yo te lo diga, ¿lo has entendido?

—Si, sí, lo he entendido. Si averiguo algo, ¿cómo te lo digo?

—Vea algún lugar tranquilo. Sostén la esfera en la mano, concentra tus pensamientos en ella (los pocos que tengas) y pronuncia mi nombre hasta que responda. La verdad es que lo único que tienes que hacer es pensarlo con fuerza, pero es más fácil decirlo en voz alta. ¿Entendido?

—Sí, sí. Iré al templo mañana y trataré de encontrar a alguien que sepa algo.

—Volveré a hablar contigo en unos días. ¡Haz sólo lo que te he dicho!

Agitó la mano sobre la esfera y la luz se apagó. La envolvió con las sedas y la volvió a esconder. Levantó la vista y encontró a Teferi mirándolo.

—¿Qué?

—Estamos hablando de Rami.

—Sí.

—He oído un antiguo poema estigio. Dice algo así:

Oh, cómo odio a este maldito esclavo, ojalá lo pudiera vender.

Nunca hace lo que quiero, sólo lo que le ordeno hacer.

12

En el litoral de Kush hay una interrupción en las montañas costeras, una brecha parecida a un diente roto, a través de la cual pueden pasar los preponderantes vientos del océano cargados de nubes.

A lo largo de aquella costa hay manglares y extensas y traicioneras marismas, donde ejércitos enteros han desaparecido sin dejar rastro. Se dice que los cocodrilos son grandes como embarcaciones y fiebres desconocidas pueden arrancarle la piel a un hombre y transformarle la carne en líquido en un solo día.

Más allá, las nubes se reparten para mantener una franja de oscuro y prohibido bosque pluvial que se extiende muchos días de viaje hacia el norte y el oeste en el interior de Kush.

Aún más tierra adentro, las nubes se vuelven finas y escasas, pero aun así a veces ofrecen sus lágrimas a la sabana normalmente árida que hay debajo. Cuando esto ocurre, las praderas florecen y los abrevaderos se llenan como ningún otro lugar de aquella árida llanura. Bestias enormes e imponentes pastan en incontables manadas, y aterradores leones, con dientes como espadas, los acechan. De esta región es de donde procede el famoso caballo de guerra kushita y donde hombres valientes, o puede que insensatos, perecen a montones cada día buscando marfil.

Para cuando los vientos del océano cruzan la frontera hacia Estigia, ya han dejado la mayor parte de su valiosísima agua, y si no fuera por un accidente de la naturaleza, cambiarían poco esta tierra reseca.

Pero la ciudad de Kheshatta está construida en una cuenca, rodeada al norte y al oeste por montañas bajas, que atrapan esos vientos procedentes del lejano océano y les arrancan hasta la última gota de lluvia restante.

La lluvia aporta vida a las laderas de las montañas de alrededor, donde los fabricantes de pócimas siembran sus plantas especiales y flores de loto, y grandes brujos levantan sus castillos alzándose sobre la ciudad. El agua desciende para nutrir a Kheshatta y para formar el lago Nafrini, que delimita el lado este de la ciudad.

La cuenca se abre al sur, a lo que algunos llaman «la Boca de los Vientos». Pero aunque esta abertura es la bendición de Kheshatta, también es su maldición. Durante siglos, asaltantes provenientes de Kush entraron en Estigia y saquearon y robaron la ciudad, hasta que al final se construyó una gran muralla, que comenzaba en las montañas al oeste y se extendía hasta el interior

de las aguas del lago al este.

Al fin protegida del peligro, bendecida con agua en medio del desierto, ubicada en el cruce de numerosos caminos de caravanas, Kheshatta podría haberse convertido en un pacífico centro agrícola, comercial y cultural.

En lugar de ello, llegaron los hechiceros…

La puerta entre Kheshatta y el desierto era un cañón sinuoso y con fondo arenoso que probablemente había sido el lecho de algún antiguo río. A intervalos regulares a lo largo de las altas paredes del cañón se elevaban pequeñas torres defensivas, listas para dejar caer una lluvia de flechas sobre asaltantes o bandidos y para encender fogatas para alertar a las defensas de la ciudad.

En este angosto pasadizo, Anok casi podía imaginarse de nuevo en las calles de Khemi, ya que un flujo constante de tráfico de caravanas serpenteaba por él en ambas direcciones, con altas paredes de piedra a ambos lados en lugar de edificios.

Pero la ilusión no duró mucho, pues las paredes se fueron separando para dar paso al valle, cada vez más cubierto de maleza y matorral. Al final, rodearon una última curva y pudieron dar el primer, aunque limitado, vistazo a la ciudad.

Únicamente podía verse una parte de ella a través de un espacio entre las montañas, pero bastó para despertar el interés de Anok. En cierto modo, lo que podía ver le recordaba a la atestada extensión de Odji; pero, en general, los edificios eran más altos, pocas veces de menos de dos pisos, y a menudo de cuatro o cinco en el centro de la ciudad. También había muchos edificios magníficos, templos y torres; pero, a diferencia de Khemi, en donde se concentraban principalmente en la amurallada ciudad interior, éstos estaban diseminados entre los edificios más pequeños y más bajos.

En la distancia podía ver la muralla que defendía el borde sur de la ciudad: un ondulante elemento que seguía el contorno del terreno, roto de vez en cuando por torres anchas y achaparradas que parecían fortalezas en sí mismas y lo bastante amplia como para que los carros de guerra pudieran circular por su calzada superior.

Sin embargo, el detalle más asombroso para el cansado viajero del desierto era el lago que se extendía más allá de la ciudad: una vasta extensión de reluciente plata que reflejaba el sol matutino. La superficie aparecía salpicada de pequeñas barcas de pesca y navios de carga. Desde donde se encontraban no se podían ver los límites del lago con claridad, y era fácil imaginar que se extendía sin límite, enroscado entre colinas y cimas montañosas. Verlo lo llenó de nostalgia. Quería correr hacia él.

Havilah miró al joven y sonrió. Sin duda, había visto la misma expresión en los rostros de innumerables viajeros a lo largo de su vida.

—¿Tal vez pensáis en nadar? Yo controlaría ese impulso si estuviera en

vuestro lugar. Hay cocodrilos de agua dulce y bagres lo bastante grandes como para tragarse a un hombre entero.

Mientras seguían adelante, pudieron ver una porción mayor del lago, incluyendo la aguja alta y rocosa de una isla conectada a la tierra mediante un estrecho paso elevado. En el punto más alto de la isla, un castillo alto y reluciente, elaborado aparentemente con cristal negro, alzaba sus siniestros chapiteles.

—Ése es el palacio de Thoth-Amon —explicó el nómada—. No sé si está allí ahora o no. El señor del Anillo Negro es misterioso en cuanto a sus idas y venidas, y en lo que a mí respecta, no me interesa saberlo.

—Si no está aquí —repuso Anok con sequedad—, vendrá pronto.

Havilah quizá notó algo en el tono de voz del joven, pues lo miró con curiosidad.

—¿No tenéis buena opinión del maestro de vuestro culto?

El acólito no dijo nada. Sospechaba que el anciano líder de caravanas comprendía más acerca de lo que él sentía por el culto de lo que ninguno de los dos estaba dispuesto a mencionar.

Ante ellos, el valle se ensanchó hasta formar una extensión de árboles y pastos secos, delimitados con cercas, donde pastaban camellos, mulas y algunos caballos. En el centro de todo ello, un grupo de casas, establos y grandes cobertizos para almacenamiento bullían de actividad, tanto animal como humana.

—El puesto de camellos —explicó Havilah—. Ahí termina nuestro viaje. Está a poca distancia del límite de la ciudad, pero como podéis ver, puede que aún tengáis que viajar cierta distancia dependiendo de vuestro destino final. El Templo de Set se encuentra en la parte oriental de la ciudad, cerca del final del paso elevado que lleva al palacio de Thoth-Amon. Aquí podéis conseguir pasaje para vos y vuestras pertenencias hasta la ciudad.

—El día aún está empezando —repuso Anok—. Tal vez deberíamos caminar y conocer la ciudad.

El nómada negó con la cabeza.

—Esto no es Khemi, donde el poder de Set lo domina todo y quien lleva su túnica está a salvo en cualquier calle. Set tiene enemigos aquí, y hay lugares a los que alguien como vos no debería ir. Es mejor que alquiléis un carro y un conductor que conozca las calles y pueda guiaros con seguridad por ellas.

Anok estaba sorprendido, pero asintió. Había vivido toda su vida bajo la sombra del Gran Templo de Set. Saber que el dominio de Set pudiera ser tan débil, sobre todo dentro de las fronteras de Estigia, resultaba casi estimulante. El culto era poderoso, pero no omnipotente. Puede que hubiera una pequeña esperanza para su misión.

Havilah le estudió el semblante y luego soltó una carcajada.

—¡A veces lo olvido! ¡Los que viven en la ciudad piensan que lo saben

todo! ¿Cómo podrían saber que otra ciudad puede ser tan diferente de la suya… a menos que hayan viajado, como nosotros? —Su expresión se volvió más comprensiva—. Os encontraré un conductor. Alguien informado y digno de confianza… ¡Tan digno de confianza como pueda serlo un hombre de ciudad, claro!

Cuando llegaron al puesto de camellos aparecieron obreros para descargar y desensillar los animales con rapidez y eficiencia. Sus pertenencias y la carga fueron trasladados a un área de almacenamiento temporal en uno de los cobertizos y a los camellos se los llevaron a pastar y beber agua.

Con la misma falta de ceremonia, apareció un curandero para tratar la herida de Moahavilah.

Al ver la sorpresa de Anok, Havilah explicó:

—A pesar de las patrullas del ejército, hay muchos peligros a lo largo de los caminos de caravanas. No es raro que los recién llegados necesiten los servicios de un curandero. —Entrecerró los ojos—. ¿Estáis seguro de que no necesitáis que os examinen? Estabais cubierto de sangre tras la batalla y Fallon apenas dejó que nadie se os acercara.

Esta última noticia lo sorprendió.

«Bueno, al menos Fallon sólo me tiene miedo cuando estoy despierto».

Anok negó con la cabeza.

—Mis heridas curan con rapidez —dijo, evitando dar más explicaciones—. ¿Así que es común que lleguen heridos con las caravanas? Es interesante que no nos dijerais esto antes de partir. ¿O le podemos echar la culpa a Moahavilah?

El anciano sonrió con picardía.

—En ese sentido, ha aprendido bien las lecciones de su padre. Sólo un tonto pensaría que no hay peligro en el viaje…, pero si el tonto tiene dinero, ¿qué puedo hacer?

—Puede que, si volvemos a viajar juntos, yo no sea tan tonto.

Havilah extendió la mano y le apretó el hombro.

—Ojalá lo hagamos. Tened bien en cuenta mi consejo al moveros por esta ciudad. —Señaló hacia el edificio principal del puesto. Al otro extremo esperaba una hilera de carros y carromatos—. Buscad un carro pintado de rojo conducido por un hombre llamado Barid. Os tratará con justicia y os guiará bien. Adiós, y que Jani os proteja.

Anok sonrió levemente.

—Yo no contaría con eso.

Mientras iba en busca de los otros, pensó en la ironía del asunto. Constantemente se hacía amigo de dioses a los que no conocía ni creía en ellos y juraba destruir al que conocía demasiado bien.

Se reunió con Teferi y Fallon, que esperaban cerca del cobertizo en el que habían almacenado sus pertenencias. El kushita miró hacia el edificio con la

frente arrugada.

—Dicen que nuestras cosas están a salvo aquí, pero no confío en ellos.

—Bueno —concedió Anok—, no tendremos que confiar en ellos mucho más. Ahora mismo voy a conseguir un carro que nos lleve a la ciudad. Vuelvo en seguida.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse cuando Fallon estiró la mano y le tocó el brazo. El joven se volvió. La expresión de la mujer era de vergüenza.

—Hay un asunto del que me gustaría hablar contigo. —Apartó la mirada, como si su orgullo estuviera herido—. Necesito que me prestes algunas monedas.

El acólito se rio.

—¿Prestar? Hace unos días estabas alardeando de cómo te habías gastado tu dinero. ¿Para qué lo necesitas?

—Me gustaría conseguirle hospedaje a mi camello.

—¿Te vas a quedar con el camello blanco? Iba a sugerir que lo vendieras. Según parece es bastante valioso, y ¿de qué te sirve ahora que estamos aquí?

—Me he… encariñado de la bestia. Hemos peleado juntas. ¿Se supone que debo vender a Venóla a algún desconocido que podría matarla a trabajar o hacerla pedazos para fabricar odres?

Anok no pudo evitar sonreír.

—¿Le has puesto nombre al camello?

La bárbara lo fulminó con la mirada.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. Los cimmerios no estamos acostumbrados a pedir. Cogemos lo que queremos.

—Bueno —respondió con fingida seriedad—, no podemos arriesgarnos a eso, ¿verdad? Te daré un adelanto por los servicios de tu espada, entonces. —Metió la mano en su bolsa y sacó cinco monedas de plata. Se las puso en la palma de la mano y, mientras sus pieles se tocaban, descubrió que le gustaba bastante la idea de que la mujer bárbara estuviese en deuda con él—. ¿Bastará con esto?

Ella miró las monedas.

—Por ahora.

—Si te gastas todo lo que te pague en alimentar a esta… criatura, ¿qué quedará para ti?

La mujer esbozó una leve sonrisa.

—Me han dicho que las crías de camello blanco son muy valoradas por su fuerza y tamaño, y si una fuera blanca también, la fortuna me sonreiría aún más. Espero obtener beneficios con el tiempo.

Anok soltó una carcajada.

—Siempre hallas un modo de sacarle provecho a las cosas, Fallon. Muy bien. Ahora, déjame conseguir quien nos lleve. —Se giró un poco, luego vaciló, bajando la mirada hacia su túnica de nómada. Frunció el entrecejo—. Pero

primero hay algo que tengo que hacer.

El carro era pequeño y sólido, estaba pintado de manera elaborada, principalmente en rojo, como había descrito Havilah, aunque iba cubierto de líneas y volutas blancas, doradas y verdes. Anok había oído que la mezcla de pinturas y pigmentos era otro oficio asociado a los elaboradores de venenos, y esto parecía confirmarlo. El pequeño vehículo tenía cuatro ruedas con rayos, un suelo central bajo con dos bancos que daban hacia el interior y un cajón en la parte posterior para la carga.

Barid era un hombre bajo, calvo, con la piel morena y lisa, aunque tenía la barba entrecana. Se estaba ocupando de las dos mulas que tiraban de su carro y levantó la mirada mientras Anok se acercaba. El hombre sonrió, aunque había un aire de temor en el gesto.

—Buen señor de Set, ¿puedo serviros en algo?

—Mis amigos y yo necesitamos que nos lleven a la ciudad, así como un guía, ya que buscamos alojamiento y queremos conocer este lugar. Havilah os envía saludos.

Los ojos oscuros del hombrecillo se agrandaron.

—¿Ocurre algo?

Barid no parecía decidirse a hablar y su expresión era de disculpa cuando al final se explicó.

—Con vuestro perdón, señor, pero aunque Havilah hace negocios con todo el mundo, como debe ser, no le gusta mucho el Culto de Set.

—Bueno —repuso Anok mientras su mano hacía girar de manera inconsciente el anillo de plata de Jani—, parece que yo le gusto. ¿O me han informado mal acerca de la calidad de vuestros servicios?

Barid miró el anillo. Luego pareció volver a estudiar al acólito.

—Veo que sois un hombre poco común, para ser un discípulo de Set. Mi amigo Havilah sabe que me interesan la gente poco corriente y sus historias. Parece que os ha enviado hasta mí como favor. Sería un honor serviros. —Miró alrededor de Anok—. ¿Dónde se encuentran esos amigos de los que habláis?

—Junto a los cobertizos, con nuestras pertenencias.

El otro hombre hizo un gesto hacia el carro.

—Entonces, subid, por favor, e iremos a buscarlos.

Barid condujo el carro de regreso hacia los cobertizos con la seguridad de alguien que ya lo ha hecho numerosas veces. Saludó a muchos de los mozos y guías de camellos con una sonrisa y un gesto de la mano y, siguiendo las instrucciones de Anok, localizó con rapidez a Teferi y a Fallón, y encontró a un mozo que cargara sus pertenencias en la parte de atrás.

Teferi observó detenidamente para asegurarse de que lo subían todo a bordo y no robaban nada en el proceso, luego se colocó en su asiento mientras se ponían en marcha.

—Esta ciudad es extraña —explicó—. Creo que es prudente que seamos suspicaces. —Dirigió la mirada hacia Barid.

—Havilah responde por él y yo confío en Havilah. —Miró a Fallon—. ¿Están cuidando de tu camello?

La mujer tenía el entrecejo fruncido y parecía incómoda.

—Sí, todo está arreglado.

Anok sonrió, pero no dijo nada más. El corazón bárbaro no era tan duro como les habían dicho.

El camino que conducía a la ciudad era ancho, bien cuidado y estaba pavimentado con piedra triturada. Mientras avanzaban dando botes, Barid mantuvo un parloteo constante, explicando la distribución general del lugar, la muralla, el lago, las montañas con sus castillos, las granjas y grandes fincas, y el palacio de Thoth-Amon.

—¿No habíais estado nunca en Kheshatta?

Anok negó con la cabeza.

—He vivido toda mi vida en Khemi y casi nunca me he aventurado más allá de sus fronteras.

—En ese caso, hay algo que debéis entender, sobre todo llevando esa túnica. Khemi es el centro del poder de Set en Estigia y Kheshatta es el borde irregular. Aquí hay muchas facciones, muchos brujos y muchos dioses. Vuestra túnica no os protegerá en Kheshatta. De hecho, en el barrio equivocado, os convertirá en blanco de desprecio o de algo peor.

—Pensaba que Thoth-Amon dominaba este lugar.

Barid soltó una carcajada.

—Esa es una forma sencilla de exponerlo. Pero sí, cuando está aquí, lo que no ocurre con frecuencia, su poder casi nunca se cuestiona. Sin embargo, cualquier poder del que disfrute sobre Kheshatta se concede a Thoth-Amon, el poderoso hechicero, no a Thoth-Amon, el líder de vuestro culto. En Kheshatta se respetan muchas cosas: riqueza, poder y, sobre todo, conocimiento. Pero aquí esa elegante túnica no os concederá nada que no os ganéis vos mismo.

Recorrieron una calle de edificios extrañamente construidos caracterizados por tener numerosas columnas pintadas de rojo que sostenían tejados de teja escalonados y combados con elegancia. Las puertas y las ventanas estaban marcadas con símbolos extraños y se ocultaban tras ornamentadas mamparas talladas en madera oscura.

Anok alcanzó a ver a uno de los residentes y, a juzgar por el inusual tono de piel y los ojos estrechos y de forma extraña, al principio pensó que se trataba de algún demonio. Un fino bigote le colgaba de las comisuras de la boca como los bigotes de un bagre, aumentando su aire de otro mundo, y la larga túnica de seda con mangas en forma de campana que le ocultaban las manos disimulaba incluso su forma humana.

Barid soltó una carcajada.

—Veo que nunca habíais visto a un hombre de Khitan. Llegan de las orillas del lejano Océano Oriental en busca de hierbas mágicas y objetos de poder. Aunque su aspecto nos parece extraño, son hombres como cualquier otro. Sin embargo, sería aconsejable que os mantuvierais lejos de ellos. Son discípulos de algún dios araña sin nombre y practican una mortal forma de hechicería con la mano abierta. No les gustan Set ni sus discípulos.

Adelantaron a una compañía de soldados de infantería que marchaban hacia la muralla. Anok los observó pasar, impresionado por la precisión del paso, algo que rara vez había visto en los ejércitos de soldados de Estigia.

—Parece que Set tiene muchos enemigos aquí; sin embargo, por lo que he oído, sin la protección de estos soldados, la ciudad sería apenas habitable.

—¿Veis alguna banda roja en los oficiales? Esas no son tropas estigias. Son un ejército privado, pagado por los fabricantes de venenos, los grandes hechiceros y otros de su clase. —Soltó una risita—. Sin duda, visteis las numerosas guarniciones y tropas a lo largo del camino de caravanas.

Protegen el comercio de caravanas, cierto, pero también sirven para garantizar que el ejército de Kheshatta se queda en Kheshatta.

Anok asintió.

—Entonces, ¿dónde podría encontrar alojamiento alguien como yo? Esperaba alquilar una villa o una casa.

Barid volvió la vista.

—Vinisteis a estudiar, ¿verdad? Hay bibliotecas y salas de antigüedades en cualquier rincón de Kheshatta, pero hay una zona cerca del Templo de Set donde se encuentran algunas de las más elegantes. Conozco a un hombre que tiene varias casas allí. Puede que una esté vacía.

El acólito abrió su monedero, sacó un puñado de monedas y le pasó el resto a Teferi.

—¿Fallon y tú podéis encargaros de conseguir un lugar para quedarnos? Si esto no es suficiente, voy a recibir un estipendio del templo.

—Eso no debería suponer un problema —aclaró Barid—. Puede que el poder de Set aquí no sea absoluto —sonrió—, pero su crédito sigue siendo bastante bueno.

—Llevadme al Templo de Set, entonces. Debería anunciar mi llegada y hablar con los sacerdotes. Sé muy poco de lo que han planeado para mí aquí. Luego llevad a mis amigos a encargarse de nuestro alojamiento.

—Yo preferiría buscar un lugar para beber —repuso Fallon—. Ha sido una larga caminata a través del desierto.

Anok sonrió.

—Primero una cosa, luego la otra. Pero sé consciente, puede que para ti esto sean unas vacaciones, pero para mí es algo serio.

La expresión de la bárbara se tornó más seria, y asintió.

El joven se sintió mal por ello, pero estaba lleno de incertidumbre en aquel

momento. A pesar de que Ramsa Aál le había parecido una amenaza constante en Khemi, se había acostumbrado a tratar con el maquinador Sacerdote de los Acólitos. La única certeza con la que contaba aquí era que las cosas serían muy diferentes a su vida en el antiguo templo.

Durante un rato se preguntó si iban por el camino correcto. Kheshatta era una mezcolanza, en más de un sentido.

En los barrios bajos de Odji, donde Anok había vivido la mayor parte de su corta vida, la gente era una mezcla de muchas razas y credos, pero la gran mayoría eran descendientes de esclavos y habían vivido en Estigia durante muchísimo tiempo, adaptándose a las costumbres estigias.

En su mayor parte: su atuendo, la construcción y decoración de sus casas y tiendas, todo había sido hecho a la manera estigia.

Aquí, la gente parecía que acabara de llegar en caravana de todos los rincones del mundo, cada uno con su propia comida, su propia forma de vestir y su propia manera de construir.

Resultaba extraño y fascinante, pero también inquietante. Alguna remota parte de él deseaba que se avinieran, que se vistieran como lo hacían los estigios y que vivieran como vivían los estigios.

«¿Es mi sangre estigia la que habla? Si es así, no me gusta», se dijo.

Al final, apareció una cúpula enorme, con forma de bulbo y cubierta de oro, encima de la cual una estatua de Set relativamente humilde (al menos según los criterios del Gran Templo de Set en Khemi) contemplaba desde lo alto la ciudad de alrededor.

El templo propiamente dicho estaba rodeado de una sólida muralla de mampostería y protegido por torres altas y estrechas, cada una de ellas coronada por su propia y más pequeña cúpula dorada.

Se acercaron a una verja en forma de arco, flanqueada por puertas abiertas, resistentes y reforzadas con bandas de hierro. Allí había casi una docena de custodios de Set bien armados que los observaban con recelo mientras se aproximaban. Únicamente relajaron la guardia tras divisar la túnica de acólito y la estola dorada de Anok.

Bajó de un salto hasta la calle adoquinada y alzó la mirada hacia Barid.

—Necesitaré que volváis a buscarme después.

El conductor asintió.

—Cuando ellos hayan concluido sus asuntos. Os esperaré aquí.

El acólito observó cómo se alejaba el carro. Fallon se dio la vuelta y se inclinó sobre la parte de atrás.

—¡Te guardaremos algo de vino!

13

Mientras el carro se alejaba, con Fallón agitando la mano como una tonta, Anok frunció el entrecejo y miró para comprobar si los guardias estaban prestando atención. Los hombres sonreían, aunque las sonrisas desaparecieron en cuanto él los miró.

¡Maldita mujer! Le caía bien Fallón, y parte de él se alegraba de contar tanto con su compañía como con su espada, pero se preguntó si tenerla con él en Kheshatta iba a acarrearle más problemas de los que valía la pena.

La suya era una misión de sigilo y engaño, y ninguna de las dos cosas parecía ser un concepto con el que ella estuviera muy familiarizada. Su torpe intento de hacerse pasar por una aristócrata sólo había alcanzado lo que le duró la inconsciencia etílica. La mujer bárbara era cualquier cosa menos discreta.

Anok trasladó su atención a los custodios de Set que esperaban. Se acercó al hombre de grado más alto del grupo, identificable mediante la insignia de una serpiente dorada que llevaba en la banda. Era alto, de piel oscura y nariz aguileña, obviamente de sangre estigia relativamente pura. El acólito lo fulminó con la mirada.

—¿Nunca habíais visto a una mujer?

El oficial lo miró con aire vacilante.

—Rara vez una como ésa, acólito.

Anok intentó parecer severo, pero no estaba seguro de su estatus aquí, tanto como extraño en este templo y con los custodios. Estrictamente hablando, ellos sólo tenían que rendir cuentas a los sacerdotes, pero todos sabían que su estola de acólito lo señalaba como alguien en ascenso en el templo. Si hacían enfadar a un acólito completo hoy, bien podría causarles problemas cuando ese acólito fuera ascendido a sacerdote.

—Bueno, no hay muchas como ella. Es cimmeria, una guerrera nata. Es mi guardaespaldas, así que aseguraos de tratarla con respeto.

El oficial hizo un gesto de asentimiento.

—No lo hicimos con mala intención, acólito.

El joven suavizó la expresión.

—Estoy seguro. Es muy atractiva, pero tened cuidado con ella. —Sonrió—. Confiad en mí, no queráis probar su espada.

El otro hombre le devolvió la sonrisa.

—¡Desde luego que no, acólito!

—Acabo de llegar del Gran Templo de Khemi y deseo presentarme a los sacerdotes.

—Bienvenido a Kheshatta, acólito. Hoy es día de estudio, así que los sacerdotes están por todo el complejo, pero se reunirán con el Sumo Sacerdote en la sala de audiencias dentro de poco. Está después del altar, a la izquierda y encima de las escaleras. ¿Envío a uno de mis soldados para que os guíe?

—Estoy seguro de que puedo encontrarla. Les hablaré bien de vuestros servicios.

—Gracias, acólito. Me llamo Menmaat, si puedo ayudaros.

Anok siguió adelante, satisfecho en el fondo con su nuevo aire de autoridad. Ya no era prácticamente un prisionero dentro del templo, sino una fuerza en sí mismo, con un poco de autoridad y libertad de movimientos.

Mientras atravesaba la puerta, sintió un hormigueo en la mano izquierda, como si la Marca de Set supiera de alguna forma que estaba en casa. A diferencia de antes, la sensación no resultaba dolorosa ni molesta.

En cierto sentido, era casi agradable. Cuando pensaba en ella, lo que debía admitir que no sucedía a menudo, se sentía afligido por lo cómodo que se estaba empezando a sentir con la marca.

El patio del templo no estaba dominado por una estatua de una serpiente enorme como ocurría en Khemi, sino por un gran reloj de sol, con un poste de latón en forma de serpiente erguida a punto de atacar. Incrustadas en la piedra, franjas y moldes de metal marcaban una serie de líneas y círculos alrededor del poste. Las horas del día estaban claras para Anok, pero el significado de muchas de las líneas y marcas le resultaba desconocido.

Mientras que el Gran Templo de Set en Khemi era alto, largo y relativamente estrecho, este templo era ancho y, salvo por la gran cúpula sobre la sala central y las diversas torres y cúpulas más pequeñas que sobresalían del tejado, no contaba con más de tres o cuatro pisos de alto. Las alas tenían galerías abiertas en cada nivel y Anok podía ver muchas puertas en el interior, lo que sugería que las alas estaban divididas en numerosas habitaciones más pequeñas.

Pasó por las puertas principales, flanqueadas por un cuarteto de guardias en posición de firmes, atravesó el vestíbulo y se dirigió a la sala ceremonial. De inmediato, lo admiró su belleza. El interior de la cúpula estaba abierto, cubierto de oro y, a continuación, pintado con enormes murales de Set enfrentándose o humillando a otros dioses. Un círculo de ventanas pequeñas y en forma de arco situadas bajo el borde de la cúpula dejaba entrar luz en el lugar.

El altar propiamente dicho era redondo y estaba ubicado bajo el centro de la cúpula. Una alta estatua dorada de Set, de cinco veces el alto de un hombre, se alzaba en la parte central, flanqueado por serpientes que miraban hacia atrás

y se apoyaban contra sus costados. El altar estaba rodeado de bancos que formaban círculos concéntricos y que estaban lo suficientemente espaciados como para que los fieles pudieran arrodillarse y postrarse ante su dios serpiente.

Pasó junto al lado izquierdo del altar, bajó por el pasillo y cruzó la entrada arqueada. A su izquierda divisó de inmediato una curva escalera de mármol y subió al siguiente nivel. Allí encontró un ancho corredor con varias puertas. Tuvo que detener a un acólito novicio para que le indicara el camino hacia la habitación correcta.

Se trataba de una habitación redonda, con techo alto y una cúpula rodeada de ventanas para dejar entrar la luz y refrescar el aire. La mayor parte de ella estaba ocupada por una mesa grande y circular rodeada de dos docenas de sillas de respaldo recto. Cuatro gruesos tapices rojos con símbolos dorados colgaban alrededor de la habitación, uno marcado con el sol y la luna, otro con una calavera, otro con una serpiente enroscada alrededor de un bastón. El último tapiz contenía dos jeroglíficos: uno significaba «plomo»; el otro, «oro».

Junto a la cabecera de la mesa, un solitario sacerdote ajustaba algún aparato desconocido, un tarro de barro y algunos extraños trozos de metal.

El hombre era bajo, de cuerpo y rostro redondos, de piel pálida y casi blanca bajo la oscura barba. La túnica y la estola lo señalaban como un sacerdote de alto rango, aunque el estilo era diferente del que se utilizaba en Khemi, y Anok no estaba seguro de su significado exacto.

El mecanismo situado sobre la mesa consistía en un gran tarro de cerámica, una tapa con alguna clase de proyecciones de metal en el fondo y un mango brillante que conectaba con la tapa mediante una cuerda flexible hecha al parecer con hebras de cobre hiladas. Anok nunca había visto nada parecido.

El sacerdote levantó la vista hacia él, evaluándolo con interés, y luego volvió a su trabajo. El joven se acercó para observar.

—Maestro, me llamo Anok Wati. Acabo de…

El sacerdote lo cortó con un gesto de la mano.

—Estoy ocupado. Si te vas a quedar, échame una mano. —Cogió la varilla de latón y se la pasó a Anok—. Sujeta esto.

El metal estaba frío al tacto. Le dio la vuelta para observar la curiosa trenza de metal que tenía conectada.

Mientras la estaba examinando, el sacerdote dejó caer la tapa sobre el tarro.

Se oyó un chasquido.

Algo pareció explotar.

De repente, Anok se vio en el suelo con el brazo entumecido, la mano se le había dormido y le hormigueaba donde había estado sosteniendo la varilla. Forcejeó para coger su espada con la otra mano, pero vio que el sacerdote no lo había atacado. De hecho, apenas parecía fijarse en él en absoluto.

El sacerdote sacó con cuidado la tapa del tarro y la dejó sobre la mesa.

Unicamente entonces bajó la mirada hacia Anok.

—Sigues vivo. Bien.

Olvidando todo protocolo, el joven respondió:

—Vuestra preocupación es conmovedora.

El sacerdote se acercó y le ofreció la mano para levantarse.

Tras cierta vacilación, Anok la cogió.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Un rayo en un tarro!

El acólito se puso en pie tambaleándose y sacudió la mano derecha entumecida. El cosquilleo le subía por el brazo casi hasta el hombro.

—He tenido cierta experiencia con los rayos. La última vez no dolió tanto.

El sacerdote ladeó la cabeza.

—¿Quién dijiste que eras?

—Anok Wati, me envían de Khemi para continuar mis estudios aquí.

El sacerdote arqueó una ceja.

—El cachorro de Ramsa Aál. —Estiró la mano, agarró el brazo izquierdo de Anok y le apartó la manga—. Así que es cierto. ¡La Marca de Set! Bueno, no te sirvió de mucho contra mi rayo, ¿verdad?

Se soltó la mano y la usó para masajearse la mano derecha dormida.

—¿Eso era una prueba?

—No intencionada, pero fue interesante. Si piensas prosperar en este templo, aprenderás que necesitas agudos poderes de observación. De la observación llega el conocimiento, y el conocimiento es la mercancía más valiosa aquí, en una ciudad llena de mercancías valiosas.

—¿Y qué habéis aprendido?

—Que el poder, ni siquiera un gran poder, no es un escudo seguro contra mi rayo.

—Entonces, si simplemente conseguís que vuestros enemigos se queden junto a vos y sostengan esa varilla, sin duda podréis administrarles una potente descarga.

El sacerdote sonrió.

—Este tarro es poco más que un juguete, magia de corte de la que se utiliza para impresionar a reyes y a otros tontos. Pero si pudiera fabricar uno más grande y aprender a lanzar rayos al igual que las nubes, entonces tendría un arma útil, un arma que podría enfrentarse incluso a poderosos hechiceros. De momento, no sé cómo hacerlo, pero por medio de pruebas y observaciones puede que lo averigüe.

Anok contempló el tarro.

—Es una forma extraña de magia.

—La verdad es que no creo que sea magia en absoluto, sino una aplicación de leyes naturales que no comprendemos totalmente. Éste es mi interés especial: la aplicación de la ley natural para crear dispositivos de poder para

utilizar contra la hechicería o, lo que es más importante, para aumentarla.

El joven asintió en señal de interés.

—Sabéis mi nombre, pero yo no sé el vuestro.

El sacerdote enarcó una ceja.

—Yo soy Kaman Awi Urshé, tu nuevo Sumo Sacerdote.

Los ojos de Anok se abrieron de par en par. Había cometido un terrible error. Hizo una reverencia de inmediato y apartó la vista.

—¡Maestro! ¡Perdonadme! ¡No lo sabía!

—¡Levántate! ¡Deja de hacer el ridículo! No soy más que un sacerdote con un rango elevado y al que no le gustan las ceremonias.

El joven se irguió y miró al Sumo Sacerdote a la cara.

—Lo siento, maestro. Lo que ocurre es que en Khemi casi nunca veíamos al Sumo Sacerdote y, cuando eso ocurría…

El otro hombre agitó la mano.

—Sí, sí, he estado allí. Y la razón por la que apenas lo veis es que tiene miedo de los asesinos. El Sumo Sacerdote de Khemi siempre tiene muchos enemigos, muchos sacerdotes que codician su puesto. Indudablemente, el Sumo Sacerdote de allí se ha quedado despierto muchas noches albergando inquietos pensamientos sobre tu maestro, Ramsa Aál. Pero aquello es Khemi, sede del poder de Set, y esto es Kheshatta. —Se encogió de hombros—. Pocos codiciarían mi posición, y la verdad es que aquí sólo hay dos clases de adoradores de Set: los que quieren quedarse por razones que no están relacionadas con el poder y los que simplemente quieren irse. Ya veremos de cuál resultas ser tú.

—Intentaré no decepcionar, maestro.

—Y ya basta de este asunto de «maestro». Tengo un nombre. Usalo.

El acólito hizo un gesto de asentimiento.

—Kaman Awi Urshé.

—Con Kaman Awi es suficiente. —Le señaló una puerta en la parte trasera de la habitación—. Ven, déjame mostrarte lo que hacemos aquí.

El joven lo siguió a través de la puerta hacia una tenrraza desde la que se dominaba un amplio atrio.

—La mayoría de nuestros sacerdotes y acólitos se dedican a actividades eruditas relacionadas con el estudio de la ley natural además de la magia.

»El ala a nuestra izquierda es donde el estudio se centra en la astrología, el cielo y el clima. Esos extraños artefactos en el tejado se usan para tomar medidas y observaciones del sol, la luna, las estrellas y otros cuerpos celestes.

»A la derecha estudiamos alquimia y los secretos de la tierra, la roca y el agua.

»Al otro lado del patio, nuestros cirujanos estudian la anatomía humana, con el objetivo de curar, torturar y transformar. —Sonrió con complicidad—. Supongo que está ubicada en el ala más alejada para que no tengamos que oír

los gritos.

—Imagino que hay una más, ¿verdad?

Kaman Awi le dirigió una extraña mirada de reojo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hay cuatro tapices en la habitación, cuatro lados en el patio y sólo habéis mencionado tres tipos de estudios.

El Sumo Sacerdote sonrió.

—Muy bien. Sí, en las habitaciones situadas debajo de nosotros tiene lugar cierto estudio de las artes de envenenamiento El estudio es más limitado, en el sentido de que la mayoría del conocimiento sobre venenos lo tienen estrechamente controlado los propios fabricantes de venenos. Hemos intentado, sólo con cierto éxito, convencerlos de que vengan aquí y se unan a nosotros en nuestra búsqueda de conocimiento.

—¿Por qué no compráis simplemente los venenos que necesitáis?

El otro hombre soltó una risita.

—Porque creo que la mayor aplicación de conocimiento se puede obtener mediante la combinación de varios estudios.

»Por ejemplo, mi tarro de rayos combina el conocimiento sobre los rayos adquirido mediante la observación del cielo y las propiedades de los metales y de ciertos elixires naturales conseguidos mediante la alquimia. Ninguno por sí solo basta para llevarlo a cabo. Si las cuatro áreas de conocimiento pudieran combinarse para luego fundirse con nuestro ya de por sí gran conocimiento de la hechicería, ¿quién sabe qué podría lograrse?

»Podríamos arrasar montañas, humillar ejércitos, separar océanos.

—¿Y situar Kheshatta firmemente bajo el control de Set?

El sacerdote volvió a sonreír con suficiencia.

—Tal vez, aunque eso sería más difícil. —Estudió a Anok un momento—. Cuentas con una mente rápida e inquisitiva, Anok Wati. Me alegraría que fueras uno de mis estudiantes de las leyes naturales. Pero la tuya es una senda diferente, y tales estudios te resultarían inútiles.

El joven casi se sentía decepcionado. Por mucho que estuviera deseando independizarse del templo y anhelase la libertad de acción que esto conllevaría, esas «leyes naturales» le interesaban.

—¿Por qué, maest… —se corrigió— Kaman Awi?

—No hay sitio para estudios tan sutiles en los planes que Ramsa Aál tiene para ti. Llevas la Marca de Set y eres, para simplificarlo, un mágico objeto contundente. —Sus palabras arrastraban cierto tono de pesar—. Estás aquí para estudiar los textos antiguos en busca de hechizos de gran poder, hechizos más adecuados para tus habilidades.

«Estudiaré los textos antiguos, pero no para conseguir poder, sino para controlar el que ya tengo». Anok no deseaba aprender más hechizos. Había utilizado muy poco los que ya conocía, y sentía que cuando los aplicaba los

resultados eran pobres y débiles. El poder que fluía a través de la Marca de Set era diferente, y la manera en que lo aplicaba parecía casi instintiva, de una forma que resultaba tan alarmante como útil.

—¿Cómo voy a hallar esos textos? En Khemi, el templo contaba con una gran biblioteca, pero me han dicho que aquí las bibliotecas están repartidas por toda la ciudad.

—También tenemos una biblioteca aquí, y está a tu disposición, pero nuevamente se pone énfasis en las leyes naturales más que en la hechicería pura. Los pergaminos y libros que buscas se encuentran principalmente en otra parte. No es fácil encontrarlos, e interpretar aquellos escritos en lenguas antiguas y olvidadas es aún más difícil.

»Amahté Remmao, nuestro Sacerdote de Tesoros, estará aquí dentro de poco y os presentaré. Él te proporcionará oro para vivir y para que puedas contratar a un erudito.

—¿A un erudito?

—Para que te guíe para encontrar textos y leerlos. Se trata de una vocación muy respetada en Kheshatta. Son tan comunes y apreciados como los escribas. Hay muchos, pero sería aconsejable que encontrases a uno extraordinario.

—¿Cuál es el mejor de la ciudad?

Kaman Awi se rio a carcajadas.

—Hay uno, pero ¡no conseguirás contratarlo!

Anok hizo un gesto afirmativo.

—Estoy seguro de que exige más oro del que puedo permitirme, incluso con el estipendio del templo.

—Ojalá fuera únicamente un asunto de oro. Al erudito ciego Sabé no le gusta el Culto de Set. Si se lo pudiera comprar tan fácilmente, lo habría contratado yo mismo.

—Puedo ser persuasivo —repuso Anok.

Kaman Awi soltó una risita.

—¡Me caes bien, Anok Wati! ¡No te asustan los límites de lo posible!

—Pensaba que ésa era la labor de un hechicero —contestó.

Con el monedero considerablemente más lleno, Anok encontró a Teferi junto con el carro de Barid. El kushita parecía muy satisfecho consigo mismo tras haberles conseguido una villa al otro lado de la calle de una enorme biblioteca privada.

—¡Tendrías que verla! ¡Baldas con libros! ¡Estantes con pergaminos que se extienden hasta el techo!

—Me imagino que no sabes lo que hay en ninguno de ellos, ¿no?

Teferi parecía sorprendido.

—¿Eso importa? ¡Hay muchísimos!

—Claro que importa. El conocimiento no se mide por el peso. Si quieres aprender a leer y escribir, descubrirás que importa mucho.

—No temáis —intervino Barid—. Está en un buen barrio. Cerca de numerosas bibliotecas, y hay muchos amigos de Set en las inmediaciones.

Esta última noticia no llenó de alegría precisamente a Anok; pero tal vez sería más seguro así. No quería pasarse todo el tiempo que estuviera en Kheshatta luchando contra los enemigos de Set, quienes un día podrían convertirse en sus aliados.

—¿Cuánto me está costando esta magnífica villa?

—Cincuenta monedas de plata al mes. Lo convencí para que lo rebajara.

—Mi hermano habría aceptado cuarenta —comentó Barid.

Anok enarcó las cejas.

—¿Hermano?

Teferi parecía enfadado.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

Barid adoptó un aire de incredulidad.

—Es mi hermano. Además, él estaba allí mismo, ¡escuchando!

El acólito los interrumpió.

—Por suerte, el culto ha sido generoso. Claro que podría necesitar mi oro para otra cosa. —Miró alrededor del carro—. ¿Dónde está Fallon? ¿Regresó a la villa?

Su amigo sonrió con complicidad.

—Ha ido a hacer la ronda de las tabernas cercanas. Promete regresar con un informe completo, además de con comida y bebida para luego. ¿Deberíamos ir a esperarla o, mejor aún, unirnos a ella?

Anok negó con la cabeza.

—Haz lo que prefieras, pero yo tengo otro asunto del que ocuparme.

La sonrisa del kushita se desvaneció.

—Estoy aquí para ser tu guardaespaldas. Mi sitio está a tu lado.

—Te comportas como si necesitara que me protegieran.

La comisura de la boca de Teferi tembló.

—¿Quién dijo que te estaba protegiendo a ti?

El acólito no puedo evitar sonreír. Se dio la vuelta hacia Barid.

—¿Conocéis a un erudito llamado Sabé?

El conductor soltó una carcajada.

Anok lo miró con el ceño fruncido.

—Vos también, no.

—No os verá. —Se rio ante su propio chiste involuntario—. No ve a nadie, claro, pues es ciego. Pero no os concederá una entrevista.

—No le gusta Set. Eso he oído. ¿Y si simplemente no se lo digo? Es ciego. ¿Cómo lo va a saber?

—He oído que sus sentidos son muy buenos. Conoce la tela de las túnicas de Set, el incienso que se quema en sus templos. Olerá a Set en vos.

—Entonces, no le mentiré. Lo convenceré.

Barid se rio de nuevo.

Anok se estaba enfadando.

—¿Sabéis dónde vive o no?

—¡Claro que sí!

—En ese caso, llevadme allí.

El conductor se encogió de hombros e hizo avanzar a su tiro.

No tuvieron que ir lejos. Viajaron hacia el norte una corta distancia subiendo por un paseo ancho y concurrido, luego giraron al oeste hacia una calle más estrecha flanqueada de una mezcla de negocios, casas pequeñas y algunos edificios más grandes que probablemente fueran bibliotecas o museos.

—¡Allí! —Teferi señaló a la derecha, a un edificio de mampostería, pequeño, de dos plantas y de techo plano rodeado por un muro bajo—. ¡Esa es nuestra villa! —Miró al conductor con curiosidad—. Pensaba que íbamos a ver a ese erudito, Sabé.

Barid sonrió.

—Así es. Vive muy cerca. Os dije que era una buena área para vuestros objetivos.

Continuaron una manzana más o menos más allá de la villa, giraron a la derecha, luego a la izquierda en rápida sucesión y se detuvieron frente a un edificio apartado de la calle que parecía un tanto abandonado.

Un muro del alto de un hombre rodeaba el edificio, pero la verja estaba abierta y un estrecho sendero de piedra conducía hasta la puerta.

—Aquí es —anunció Barid—. Pero no hablará con vos.

—Esperad aquí —repuso Anok.

Bajó del carro y caminó hacia la verja. Estaba abierta, pero titubeó mientras alzaba la mano y la movía lentamente a través de la entrada. Podía sentir algo mágico allí, no a través de la verja, sino dentro.

Con cuidado, la atravesó y repitió el proceso. El estrecho sendero estaba limpio, pero justo a cada lado notaba algo invisible y peligroso. «Así que este lugar no está tan abandonado y desprotegido como parece», se dijo.

Sentía que el pequeño patio delantero, el muro, las pequeñas ventanas del frente del edificio, todo estaba protegido con poderosas trampas mágicas. Estaba seguro de que si alguien que no fuera un hechicero se salía de aquel sendero, alguna magia indescriptible lo mataría inmediatamente.

Incluso los grandes hechiceros se verían luchando por su vida. Quizá un gran hechicero se habría salido, simplemente para poner a prueba sus habilidades, pero Anok no. Sabía que el único lugar seguro era el sendero y permaneció allí, preguntándose qué hacer a continuación.

Durante su formación en el templo de Khemi había hecho un ejercicio en el que se situaba a los acólitos en una habitación a oscuras con una amenaza desconocida, obligándolos a utilizar la innata sensibilidad de un hechicero hacia la magia para descubrir de qué se trataba. Quizá pudiera hacer lo mismo

aquí.

Cerró los ojos, intentando adivinar la naturaleza de los peligros ocultos.

Casi lo sorprendió comprobar que era capaz de sentir el tamaño y la forma de la trampa más próxima, un círculo de tal vez el ancho de su brazo extendido. Se concentró en ese espacio y percibió la sensación de un demonio, pero sólo una sensación.

No era un hechizo completo, sólo el potencial para uno. Se dio cuenta con rapidez de que cualquiera que entrase en la trampa completaría el hechizo invocando al demonio, a quien lo más probable era que se le ordenase que lo atacase. Comprendió que la auténtica brillantez del plan era que sería el intruso que accionase la trampa, no el hechicero que la colocó, quien sufriera la corrupción y la posible locura que tenían como resultado invocaciones como aquélla. Si el demonio no lo mataba, podría acabar loco de todas formas.

Mientras recorría lentamente el sendero, siguió sintiendo peligros invisibles a su alrededor. Había docenas de trampas, todas diferentes: invocaciones de demonios, fuerzas de la naturaleza y bestias, hechizos que aumentarían y animarían las vulgares plantas del jardín para que atacasen a un invasor, maldiciones de frío y fuego, locura y fiebres.

En cierto sentido, este invisible jardín de muerte era una especie de biblioteca en sí mismo, una asombrosa exposición de conocimiento oscuro para aquellos con la habilidad para apreciarlo.

Pero el sendero propiamente dicho estaba despejado y la puerta no contaba con protecciones obvias. Había cierta clase de lógica en ello. Un hombre honrado que se acercase a la puerta de entrada no corría ningún riesgo. Sin embargo, un ladrón, un merodeador, un espía, estaría en peligro inmediatamente.

Por fin, llegó a la puerta. Era de roble sólido, sin ventana ni mirilla. Un martillo de hierro colgaba de una cuerda de cuero formando una aldaba. Levantó la redonda cabeza del martillo y la golpeó repetidas veces contra la puerta.

Aguardó.

Nada. Golpeó de nuevo, más tiempo y con más fuerza, pero no se produjo ningún resultado.

Se inclinó hacia adelante y escuchó a través de la puerta. No oyó nada y comenzó a preguntarse si Sabé estaría en casa. Sin embargo, algún sentido le decía que el erudito de triste fama estaba allí, simplemente evitándolo.

Volvió a golpear, y esta vez gritó:

—Sabé, ¿estáis ahí? Necesito un erudito. —Escuchó de nuevo. Nada—. Tengo oro. ¡El precio no es problema!

Nada de nuevo. Tenía absoluta confianza en sus poderes de persuasión, pero no le servirían de nada a menos que pudiera hablar con aquel hombre. Miró la puerta. Había una cerradura de metal de las que se abrían con una

llave.

Su intuición le decía que cualquier intento de abrirla empleando medios mágicos haría saltar otra de las trampas mortales; pero mediante su relación con el ladronzuelo Rami Anok había adquirido muchas habilidades útiles. Aunque carecía de cualquier herramienta especial, sospechaba que podría abrir la cerradura simplemente con la punta de la daga. En una ciudad de hechiceros, ¿esperaría Sabé un método de entrada tan simple?

Pasó los dedos sobre el frío metal. Esperaba que Sabé hubiera pasado por alto lo obvio, pero ¿era posible que a él también se le estuviera escapando algo obvio?

Agarró el picaporte y empujó la palanca del pestillo. Se produjo un chasquido y la puerta se abrió.

No estaba cerrada con llave.

Empujó la puerta y entró.

El interior de la casa estaba a oscuras. Las ventanas eran pequeñas y todas tenían las cortinas o los postigos cerrados. Vio algunas velas y soportes para lámparas en las paredes, pero ninguna estaba encendida y no se percibía ningún olor que sugiriera que alguna de ellas se había usado. La mayor parte de lo que alcanzaba a ver estaba iluminado por la luz que entraba por la puerta abierta.

No había vestíbulo. La puerta daba directamente a una gran habitación central que parecía ocupar una buena parte del espacio de la planta del edificio. Había escritorios y mesas, todos cubiertos de pergaminos y libros, aunque Anok no estaba seguro de cómo podría leerlos un ciego. También resultaban visibles cientos de tabillas de arcilla y piedra, apiladas sobre resistentes mesas de madera que parecían haber sido elaboradas expresamente para sostener ese peso.

Le echó un vistazo a una de ellas y descubrió que estaba cubierta de símbolos ilegibles, tan antiguos como arcanos. Recorrió la arcilla con los dedos, notando las impresiones con claridad. Por fin quedaba claro cómo un erudito ciego podía leer aquellos textos antiguos.

—Es turanio —dijo una voz oculta, profunda y retumbante—. O puede que de una raza aún más antigua. Aunque la lengua es parecida, los símbolos propiamente dichos son únicos y apenas se asemejan al alfabeto turanio habitual.

De las sombras surgió un anciano vestido con una andrajosa túnica gris que parecía aún más vieja que quien la llevaba. Un lazo de tejido negro la ataba a la cintura y el hombre no portaba armas visibles. Tenía un rostro estrecho y anguloso, con una nariz fina y relativamente corta. Un flequillo de despeinado cabello gris le rodeaba la calva parte superior de la cabeza, pero llevaba la canosa barba cuidadosamente recortada hasta formar una punta. Sin embargo, lo más llamativo en él era la tira de tela gris que llevaba atada alrededor de la

cabeza, cubriéndole los ojos.

—¡Sabé! Lo lamento —se disculpó Anok—. La puerta no estaba cerrada con llave.

—Así es. Una puerta cerrada es una barrera segura contra un hombre honrado. Vos, señor, habéis revelado vuestra auténtica naturaleza.

El joven se puso tenso mientras el hombre realizaba un movimiento repentino con las manos. Se produjo un destello de luz, como si alguien hubiera abierto de repente todas las cortinas a la vez. Anok notó una breve sensación de caída, como si una trampilla situada bajo sus pies hubiera cedido, pero únicamente lo dejó caer unos centímetros.

Parpadeó. De repente, se encontraba en otro lugar. Había luz y, aunque sentía que se encontraba en un espacio cerrado, era inmenso. Podía ver grandes pirámides y templos a lo lejos, montañas rematadas en picos que escupían humo y fuego, y enormes bestias todavía más extrañas que las rarezas que había visto traer de las llanuras de Kush y de las selvas de los Reinos Negros.

Se encontraba en una llanura, o quizá en un vasto suelo, pues estaba hecho de mármol pulido. El aire era fresco y olía a plátano y flores silvestres. De repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Sabé estaba a una docena de pasos de distancia y sostenía un bastón de madera lustrada. La vestimenta del anciano había cambiado: su túnica era blanca y estaba adornada de manera elaborada en un estilo que a Anok le resultaba desconocido pero que se parecía en cierto sentido al de los khitanios que había visto por la mañana. El hombre propiamente dicho también era diferente. Su rostro seguía siendo viejo, aunque tal vez no tenía arrugas tan profundas, pero ahora se comportaba con la fuerza y la seguridad en sí mismo de un guerrero joven.

Seguía llevando los ojos cubiertos, pero por medio de una banda de hierro forjado en lugar de tela. Parecía estar observando a Anok, como si su visión no estuviera impedida en absoluto.

El acólito se sobresaltó al descubrir que su propia ropa también había cambiado. Llevaba las sencillas sandalias de cuero, faldellín de seda y túnica que había vestido a menudo en sus días en Odji. Las espadas gemelas le colgaban del cinto en lugar de cruzadas a la espalda como había empezado a llevarlas desde que se uniera al Culto de Set.

Miró a Sabé, que parecía estar sonriendo ante su confusión.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar de recuerdos y conocimiento, intruso, donde las verdades se pueden revelar y se pueden poner a prueba las auténticas fortalezas. —Separó el bastón por la mitad revelando una espada larga y curva que había en su interior—. Disfruta de la vista, ¡pues no saldrás con vida!

El anciano apartó la mitad del bastón que constituía la funda y avanzó con

el arma en alto.

Anok se movió con soltura hasta adoptar una postura de lucha y desenvainó las dos espadas. Incluso mientras se preparaba para la pelea, las ideas se le agolpaban en la cabeza. Le pareció que sabía lo que era esto.

¡Una guerra de almas!

Había visto varias referencias a ello en algunos de los textos antiguos que había estudiado. Se trataba de la batalla suprema entre dos hechiceros y se llevaba a cabo en el plano de la mente más que en el mundo físico. Era una prueba directa de poder místico, conocimiento arcano, valor y fuerza de voluntad.

Sabé y él trazaron círculos uno alrededor del otro con cautela.

—No vine aquí para luchar con vos.

—Por supuesto que no. Esperabas que no estuviera aquí para así poder asaltar mis reservas de conocimientos.

—Vine a compraros vuestros conocimientos, no a robarlos.

—Mis conocimientos no están en venta para Set, ¡a ningún precio! —Balanceó su arma y Anok bloqueó el golpe con las espadas cruzadas—. No me parece que seas un brujo. Quizá sólo eres un ladrón que aspira a alcanzar poder, o que actúa al servicio de algún maestro oculto.

—Yo no sirvo a ningún maestro salvo a mí mismo. —Pero mientras lo decía pensó en Parath y se preguntó si era una mentira.

—Siento falsedad. ¡Sé que sirves a Set! ¡Huelo su asqueroso templo en ti, oigo la estola de metal de su servicio traqueteando alrededor de tu cuello! Eres su marioneta que viene a atormentarme. Bien, ¡las cosas no seguirán así!

Giró e hizo descender su espada sobre Anok con una potencia feroz.

Usando ambas espadas el acólito pudo desviar el golpe, pero el arma del anciano estaba cambiando, la estrecha hoja se estaba convirtiendo en una potente espada a dos manos que medía casi tanto como Anok y cuya afilada hoja estaba envuelta en una fantasmagórica llama azul.

El anciano blandía la potente arma con fluida facilidad, y ésta descendió en un golpe parecido a un latigazo.

Anok se lanzó a un lado y rodó con rapidez hasta ponerse en pie mientras la espada golpeaba a su espalda, el suelo se sacudió con la fuerza del impacto y la hoja abrió profundas grietas en el mármol gris.

No podría vencer a este enemigo empleando únicamente la fuerza. «¡Piensa!»

—¿Dónde está ahora esa túnica? Si de verdad sirvo a Set, entonces ¿por qué no llevo su estandarte en vuestra arena real?

Sabé pareció vacilar un momento.

—No lo sé. Sin embargo, poco importa a quién sirvas. ¡Tus actos han dejado claras tus intenciones!

Desechó la espada y recogió el resto del bastón; el cual, al hacerlo, se

transformó en una maza de hierro con pinchos.

El aire silbó mientras la balanceaba por encima de la cabeza y, una vez más, Anok se apartó justo a tiempo. Incluso así, la fuerza del impacto pareció sacudirlo como a un trapo y cayó de bruces al suelo. Forcejeó tratando de levantarse, alzó la mirada y vio a Sabé que avanzaba hacia él con la maza en alto, el hierro comenzó a arder y brillar al rojo vivo.

El anciano había llamado a esto un lugar de recuerdo y conocimiento y, claramente, todo lo que veía a su alrededor había salido de la mente del erudito. Sus conocimientos y su experiencia debían de ser enormes, sin duda muchísimo mayores que los del joven Anok. ¿Cómo podía esperar sobrevivir y mucho menos imponerse?

Aún a cuatro patas, se apartó a duras penas al caer la enorme maza. El calor que emanaba de ella le chamuscó el pelo del cuerpo y ardientes fragmentos de mármol caliente le acribillaron la piel mientras la onda expansiva lo lanzaba por los aires.

Sin embargo, tenía que haber algo que Anok pudiera aportar a la batalla desde su propia mente. «Pero ¿qué? No hay hechizo que él no conozca, no hay arma que él no pueda derrotar. ¿Qué puedo hacer?»

¡Llámame!

La voz sibilante lo sobresaltó, pues parecía provenir, como así era, del interior de su propia cabeza.

¡Llámame y yo lo destruiré por ti! ¡Libera mi poder para golpear a nuestros enemigos! ¡Llámame y responderé con una fuerza multiplicada por diez!

¡La Marca de Set! ¡Esa era su única ventaja! No podía igualar al viejo erudito en conocimientos, y su voluntad y valor habían sido lo único que lo había mantenido vivo tanto tiempo. Pero ¡no podría vencer sin ese poder!

¡Déjame aplastarlo! ¡Déjame abrirle la carne y triturarle los huesos! ¡Libérame!

Levantó la mano izquierda y se asustó al ver su muñeca, morena y sin la marca. Parpadeó y titubeó. Aunque podía oírla, sentir su poder, aunque sabía que podía invocar ese poder para destruir a Sabé, titubeó.

«¡No quiero destruirlo! ¡Quiero su servicio!, ¡su amistad si es posible!»

Cerró la mano, apretó los dedos y giró la muñeca hacia su propio cuerpo, luchando para controlar el poder y volver a meterlo en su escondite.

Una oleada de dolor lo envolvió, un dolor agudo y que partía los huesos que le subió por el brazo izquierdo hacia la cabeza y luego le volvió a bajar hasta los pies. Soltó un grito ahogado a causa del dolor y casi no vio la maza que se balanceaba hacia su vientre.

Saltó, lanzándose por encima del arma, pero la fuerza de ésta pareció golpearlo como una ola y lo lanzó por el aire trazando un arco.

Aterrizó de pie, aunque sus piernas cedieron y rodó, con la cabeza por delante, una vez y otra y otra, mientras se le apagaba la vista y los oídos le

zumbaban. Se puso en pie tambaleándose y se bamboleó como un borracho.

Aun así, Sabé fue a por él.

¡Libérame!

La voz sonaba débil y lejana como si surgiera del fondo de un pozo.

Anok trató de no escuchar, pero resultaba muy duro.

Se dio la vuelta para enfrentarse al erudito, manteniéndose firme ante el avance del anciano.

—No quiero pelear con vos, pero debo sobrevivir. Por lo tanto, invoco aquello que nunca me ha fallado en el pasado.

Sabé soltó una carcajada.

—Que salga tu inmundo poder entonces, invoca a tus demonios y monstruos. ¡Conozco cosas que los harán temblar!

A continuación, el erudito aulló de dolor, los ojos se le agrandaron a causa de la impresión, mientras una punta de flecha ensangrentada le brotaba del hombro como una flor de primavera. Alzó la mano y, con un rugido, tiró de la saeta para acabar de sacársela del cuerpo. Mientras aún la sostenía en la mano, se dio la vuelta para enfrentarse a su atacante.

Teferi estaba allí de pie, con los pies separados, vistiendo el taparrabos de piel de león, el tocado de plumas y la pintura de guerra blanca de sus antepasados guerreros, había tensado su potente arco estigio y apuntaba hacia el corazón de Sabé.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Anok?

El aludido soltó una carcajada.

—No sé si estás aquí, viejo amigo, pero ¡tu recuerdo vive en este lugar como si estuvieras aquí!

Sabé lanzó a un lado la flecha y su túnica cambió de forma hasta convertirse en una armadura.

Teferi lanzó la flecha demasiado tarde, y ésta repiqueteó contra el grueso metal de la placa pectoral del brujo.

—Esto no es lo que esperaba. No sé a qué demonios kushitas sirves, pero ¡no resistirán frente a mí! —Avanzó hacia Teferi.

De repente, Anok se dio cuenta de que tenía un arco en las manos, con una flecha de punta llameante, colocada y lista. Apuntó a la parte posterior del cuello de Sabé, a la unión entre la armadura y el yelmo, tensó suavemente y la soltó.

La flecha voló certera y la punta salpicó al clavarse lanzando llamas por la espalda de Sabé.

El brujo soltó un grito de dolor y se volvió de nuevo hacia Anok.

—¿Me golpeas con fuego cuando yo sé que los dragones caminaron una vez por la tierra?

Mientras avanzaba, Sabé pareció volverse más grande; las manos se le convirtieron en garras; la armadura, en brillantes escamas ribeteadas de

plumas; el suelo temblaba a cada paso de sus patas con garras. Soltó un rugido parecido a un trueno y unas poderosas fauces se abrieron en una cabeza tan grande como un poni para tragarse entero a Anok.

Entonces, algo bramó entre ellos, un destello blanco y un reflejo de acero, y el dragón saltó hacia atrás con un sangrante tajo cruzándole la cara.

Se oyó un grito de triunfo mientras Fallón aparecía a lomos de su camello blanco al galope, sosteniendo la espada con ambas manos y girando para un nuevo ataque.

Anok situó otra flecha en el arco. La punta de ésta era gruesa y con lengüetas. Empleó toda la fuerza de los brazos para tensar el pesado arco y soltó. La cuerda cantó y la saeta se hundió en el cuello del dragón.

A continuación, una lanza con el asta tallada con elaborados símbolos kushitas voló desde la mano de Teferi y se clavó entre las costillas de la bestia.

Un caballero aquilonio montado a caballo se acercó con gran estruendo y su lanza raspó el lomo del dragón Sabé. El caballero se dio la vuelta y levantó la visera para sonreírle a Anok.

Al joven casi se le doblan las rodillas al reconocer el rostro de su padre. Su progenitor se bajó la visera y se dio la vuelta para volver a cargar.

¡Acudid, entonces! Con esto era con lo que contaba. Familia, amigos y aliados. Lejanos y cercanos. Viejos y nuevos. Vivos… y muertos.

Llegaron más camellos, Havilah y sus tres valientes hijos. Asrad, amigo y Cuervo, que había sido aplastado por la rueda de una carreta a los dieciséis años. Rami apareció el tiempo suficiente como para arrojarle su daga al dragón, darse la vuelta y salir corriendo asustado.

Una mujer estigia, alta y morena, surgió sosteniendo una espada demasiado larga para ella. Se mantuvo firme ante la bestia. El animal se giró para enfrentarse a otro atacante y ella le golpeó la cola, haciéndolo sangrar antes de que la cola se balancease y la derribase.

La mujer se convirtió en niebla mientras caía, y sólo entonces se dio cuenta Anok de quién era. Un recuerdo que no sabía que tuviera.

Madre.

Antes de tener tiempo de procesar ese hecho, unos cuchillos arrojadizos se clavaron en la cara del dragón, primero uno, luego dos, después cuatro.

La bestia rugió y su poderosa cola se balanceó de nuevo hacia el origen del ataque.

La mujer se movía con elegancia, como una bailarina, pasando sobre el oscilante apéndice con la misma fluidez que un niño saltando a la comba. Agitó el rubio cabello, sacó más dagas del cinturón y las lanzó, una tras otra.

Anok se quedó sin respiración. ¡Sheriti!

El dragón Sabé estaba rodeado de pequeños atacantes, como un oso al que asediasen avispones; su tamaño no podía salvarlo de aquel tormento.

Anok aprovechó la distracción para recuperar las espadas que se le habían

caído. Con cuidado de evitar la cola que no dejaba de oscilar, saltó sobre la parte inferior del lomo de la bestia, clavó la punta de una de las espadas y la utilizó de asidero.

El dragón bramó y comenzó a dar vueltas.

El acólito se aferró a la empuñadura de su espada hasta que otra distracción detuvo los giros. A continuación, introdujo la hoja aún más arriba de la columna con escamas.

Otro rugido, pero ahora Anok contaba con dos asideros y no había forma de hacer que se soltara. Siguió ascendiendo, mano tras mano, hasta que pudo dejarse caer y sentarse a horcajadas sobre el áspero cuello del hombre bestia. Sacó las espadas y se preparó para hundirlas profundamente en la columna del dragón.

—¡Basta! —La voz del anciano resultó asombrosa, pues surgía de la enorme criatura—. ¡Me rindo! ¡Veo que te he juzgado mal!

El brillante mundo se desvaneció, y con él aquellos que habían acudido en ayuda de Anok. Con el rabillo del ojo descubrió a su padre alejándose a caballo, con la mano en alto a modo de saludo. Pero fue la mirada de Sheriti la que buscó, y la vio sonreír mientras la muchacha se fundía con las nieblas del recuerdo.

De repente, se encontraban una vez más en el estudio de Sabé, exactamente en la misma posición en la que estaban antes. Anok tuvo la impresión de que sólo habían transcurrido unos breves segundos.

El anciano erudito se encorvó y se apoyó contra la pesada mesa.

Anok se dio cuenta de pronto de que tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Siento que ambos hemos resultado heridos en la batalla —dijo Sabé. Su voz sonaba cansada y afligida—. Sin embargo, durante la batalla se nos pone a prueba y aprendemos mucho de nosotros mismos y de aquellos que nos rodean.

—No debería haber venido aquí —repuso el joven.

—Viniste en busca de conocimiento, y ahora noto que tus intenciones son auténticas. Un hechicero oscuro sólo busca poder, y en esa llanura de sueños está solo para que nadie le robe ese poder. Puede invocar esclavos, bestias, demonios y dioses menores. Pero en lo que respecta a amigos…, no tiene ninguno.

Sabé se tambaleó y comenzó a caer.

Anok se acercó corriendo a cogerlo. Agarró el brazo del viejo hechicero, sorprendentemente delgado y frágil bajo la larga manga de la túnica, y lo ayudó a sentarse en una silla que había cerca.

Se apartó y contempló al hombre. Parecía tan débil e inofensivo. Era una apariencia engañosa.

—Podríais haberme matado.

—Tal vez —respondió sin el más mínimo indicio de orgullo—. La verdad es que nunca lo sabremos. —Alzó la cabeza, mirando aproximadamente hacia Anok, pero ahora volvía estar ciego de verdad—. Uno nunca debería buscar una razón para matar a un hombre. Las razones se presentan solas. Debería buscar una razón para perdonarle la vida.

—Yo busco un erudito. Busco conocimiento. Llevo la túnica de Set, pero en mi corazón busco destruirlo.

—¿Set ha sido injusto contigo?

—Sus discípulos han matado a aquellos que más quería. Asuntos de mi pasado se han entrecruzado con secretos. Debo averiguar los misterios de su culto y, luego, destruirlo.

—Una meta imposible… y, sin embargo, encomiable. —Hizo un gesto afirmativo—. Te ayudaré.

—Tengo oro.

El anciano esbozó una leve sonrisa.

—En ese caso lo aceptaré, pues los dragones siempre desean oro. Pero te ayudaría aunque no fueras más que un indigente. Mi rencor hacia el dios serpiente es antiguo y profundo, y pocas veces a lo largo de mi vida han cruzado mi umbral auténticos buscadores.

—Entonces, ¿cuándo podemos comenzar?

Levantó la mano débilmente y le hizo señas a Anok para que se fuera.

—Estoy cansado. Vuelve por la mañana. Seguiremos hablando entonces.

El anciano rehusó más ayuda, así que el acólito lo dejó en su silla y cerró la puerta tras él.

Encontró el carruaje esperando. Teferi estaba estirado en la parte posterior, roncando suavemente. Anok le dio un golpe en el pie para que se quitara de en medio.

El kushita gruñó, parpadeó y se sentó. Miró a su amigo de una manera extraña.

—Acabo de tener un sueño rarísimo.

Anok subió y se sentó frente a él.

—No me sorprende. —Se dio la vuelta hacia Barid—. Llevadnos a nuestra villa. —Luego se dirigió a Teferi—. Espero que Fallón haya regresado con comida. Me vendría bien beber algo fuerte, a montones.

Permaneció un minuto en silencio; a continuación, volvió a mirar al kushita.

—Estaba pensando en los viejos amigos, Teferi. ¿Cuándo fue la última vez que hablamos de Asrad?

14

A Anok, la villa le recordaba un poco la casa de su padre en el distrito de Akhet, en Khemi. Sufrió una punzada de tristeza al establecer la comparación, pero también lo hizo sentir extrañamente como en casa de una forma que no había sentido desde que se marchara del antiguo Nido de los Cuervos bajo el burdel Paraíso.

Se trataba de un edificio de mampostería, de techo plano y de dos plantas. Era mucho más pequeña que la casa de su padre, con menos habitaciones, pero había similitudes. Tras la puerta de entrada situada en el lado derecho de la casa había un pequeño vestíbulo con escaleras que conducían al piso superior. Arriba vio parte de un corredor con puertas donde probablemente había ubicados dos o tres dormitorios.

A su izquierda había un amplio salón, con sillas, mesas y mullidos sofás. A diferencia de la casa paterna, esta sala no estaba dividida con una pared al fondo para crear la habitación que había sido el estudio de su padre. En lugar de ello, se abría desde la parte frontal de la casa a la posterior, donde una hilera de altas puertas abiertas conducía a un pequeño, aunque exuberante jardín rodeado por un alto muro.

Vio una sección que sobresalía de la parte posterior derecha del edificio, con una chimenea y madera amontonada cerca de una puerta exterior, lo que le hizo pensar que se trataba de la cocina; también había una pequeña estructura contra el muro de atrás del jardín que seguramente era el baño. Al otro extremo del salón había otra puerta que probablemente conducía al dormitorio restante.

Según los parámetros de Odji, se trataba de un palacio; pero comparada con los castillos de los hechiceros en las montañas de más arriba, no era más que una choza. Según los parámetros generales de Kheshatta, la casa se encontraba entre el nivel medio alto.

No se trataba de que Kheshatta pareciera más próspera que Khemi, sino de que la riqueza parecía estar mejor distribuida entre las clases inferiores. Había poco de la deprimente pobreza con la que se había criado en Odji, y la clase de los realmente ricos parecía más reducida. Aquí, el dinero parecía fluir con más libertad, quizá porque no era el auténtico camino hacia el poder, y el poder era lo que la gente ansiaba de verdad.

Mientras entraban en el salón se oyó un bostezo somnoliento, y Anok vio un brazo musculoso, a la vez que femenino, estirarse por encima del respaldo

de un sofá y saludar.

—Pensaba que no llegaríais nunca —dijo Fallon—, así que empecé sin vosotros.

Rodearon el sofá y encontraron a la bárbara tumbada en él. La mujer se sentó medio dormida.

—He tenido un sueño muy raro —comentó.

—Al igual que todos, parece —respondió Anok.

Frente al sofá se había desplegado una selección de paquetes de comida, panes y jarras. Al instante, el estómago del acólito le recordó que no había comido nada desde el desayuno.

Teferi fue inmediatamente a por las jarras de cerveza.

Al verlo, Fallon comentó:

—Tengo que decir algo en favor de Kheshatta: la cerveza es mejor que esa porquería que sirven en Khemi.

Teferi la miró como si estuviera loca.

—¿Qué tiene de malo la cerveza de Khemi?

—Es una porquería, ya te lo dije —contestó.

El kushita llenó una taza con el contenido de una jarra y contempló con escepticismo el fluido ámbar.

—Parece meados.

—Está buena —replicó la mujer—. Bébetela.

El guerrero siguió fulminándola con la mirada.

—No se trata de tu humor bárbaro, ¿verdad?

—¡Oh, Crom! —Le arrebató la taza de la mano, tomó un rápido sorbo y se la devolvió.

El kushita bebió un sorbo y lo saboreó.

—¿Estás segura de que no son meados?

La mujer soltó una carcajada.

—¿Simplemente porque no tienes que masticarla? ¿Quién es el bárbaro aquí?

Anok se sirvió una taza y la probó. Se parecía a algunas de las cervezas de la ciudad interior que se servían en el Gran Templo de Set en Khemi, y el joven la encontró de bastante buen paladar.

Teferi y él habían sido amigos durante tanto tiempo, habían compartido tantas cosas, que le pareció raro y un poco triste. Se dio cuenta de que ahora había muchas cosas que él y sólo él había experimentado. Había cosas relacionadas con Anok que Teferi no sólo no entendería, sino que ni siquiera podían hablar de ellas. El tiempo y las circunstancias lo estaban alejando de su mejor y más viejo amigo y, de repente, este hecho lo hizo sentirse muy solo, aun estando con una compañía agradable.

Incluso ahora, la Marca de Set le molestaba, como había ocurrido desde la guerra de almas. Daba vueltas y gruñía en el fondo de su mente como un león

enjaulado, pero resultaba aún más peligrosa.

El acólito se tragó el contenido de la taza con la esperanza de silenciar el peligro que aguardaba en su interior, y únicamente logró casi atragantarse.

Tosió y sus compañeros lo miraron con preocupación.

Se limpió la boca con la manga y, con esfuerzo, calmó la tos.

—Estoy bien —aseguró.

Pero, naturalmente, no estaba nada bien.

Tras una noche de sueños sombríos e inquietos, Anok despertó en una de las habitaciones de la planta alta de la villa, sin estar muy seguro de cómo había llegado hasta allí. Tenía algún vago recuerdo de haber subido las escaleras tambaleándose junto a Teferi, pero poco más. La cabeza le decía que habían estado bebiendo hasta bien entrada la noche.

La habitación estaba amueblada de manera confortable, si bien no lujosa, con una cama blanda, una mesa de trabajo, estantes y un arcón para guardar cosas. Sus pertenencias estaban amontonadas en una esquina, y decidió que desharía el equipaje más tarde.

En el pasillo se cruzó con Teferi, que acababa de salir de su propia habitación, y encontraron a Fallon ya despierta en la planta baja. Al parecer se había apropiado del amplio dormitorio situado allí.

La bárbara se rio de Teferi mientras éste bajaba por la escalera con cara de sueño.

—Pensaba que no te gustaba la cerveza de Kheshatta.

El kushita se sentó, masajeándose la cabeza.

—Tiene sus encantos. Dioses, si sólo pudiera recordar cuáles son esta mañana.

Anok revolvió entre los restos de la comida de la noche anterior, buscando algo para desayunar.

Su amigo lo observó frunciendo el entrecejo.

—¿Cómo puedes pensar en comer?

El acólito cogió una porción de salchicha cubierta de grasa, la cual parecía un poco más apetitosa que repugnante, y se preguntó lo mismo. Le dio un mordisco a la salada salchicha y Teferi apartó la cabeza.

Se miró la muñeca izquierda, donde la Marca de Set le hormigueaba ligeramente, Tenía el presentimiento de que había relación. La marca lo había ayudado a sanar con rapidez antes. Tal vez también lo estuviera ayudando a eliminar la bebida de las venas.

—Voy a ir a ver a Sabé esta mañana para comenzar a trabajar.

El kushita arrugó el entrecejo, aunque no parecía deberse a nada en particular, simplemente a los martilleos en su cabeza.

—¿Intento parar un carruaje?

—No hace falta. No está lejos y puedo encontrar el camino. Tampoco es realmente necesario que vayáis conmigo.

Teferi levantó la mirada.

—Estamos aquí para hacer de guardaespaldas y yo, por mi parte, cumpliré con mi papel. No conocemos a ese Sabé, ni sabemos si podemos confiar en él, y las calles están llenas de peligros.

—Puede que tengas razón acerca de las calles, pero en cuanto a Sabé creo que ahora lo conozco lo bastante bien. Sin embargo, podría estar bien que os conociera, por si alguna vez necesito enviar a uno de vosotros a verlo con un recado.

—Entonces, yo también iré —se ofreció Fallon. Sonrió—. ¿Qué más podría hacer aparte de beber y meterme en problemas?

—Conociéndote —añadió Teferi, devolviéndole la sonrisa débilmente—, poco más.

Cuando llegaron a casa de Sabé hallaron las cortinas abiertas, y el anciano erudito abrió la puerta de inmediato cuando llamaron. El acólito le presentó a Teferi y a Fallon y el anciano los saludó con cordialidad.

—Siento como si os conociera a ambos —comentó, sin entrar en detalles —. Espero que la habitación esté lo bastante iluminada —dijo Sabé mientras los conducía a su abarrotado estudio—. Hace algún tiempo que no tengo invitados.

—Pensaba que muchas personas vendrían buscando los servicios de un erudito de vuestra reputación —comentó Anok.

—Y así es —contestó—, pero, como tú experimentaste, no muchos logran atravesar la puerta, o incluso llegar a ella. Guardo para mí la mayor parte de los secretos de las antiguas tablillas que hay aquí.

»Nadie salvo yo puede leerlas, y no anoto mis traducciones. Las pocas que comparto son muy valiosas. Gano lo suficiente para atender mis humildes necesidades, y la importancia de mis traducciones me proporciona la protección de los hechiceros más poderosos de la ciudad. Todos compiten por ganarse mi favor, pues saben que cualquiera de mis tablillas podría cambiar la balanza de poder en Kheshatta para siempre.

—Entonces, yo soy algo diferente —explicó Anok—. Yo quiero estudiar los antiguos textos y aprender hechizos poderosos que pueda utilizar contra el Culto de Set.

Sabé recorrió con los dedos una de las tablillas, las yemas de los dedos rastreaban las líneas para leerlas.

—Cuento con abundante magia poderosa. Pero a estas alturas ya debes saber que la hechicería corrompe a quien la usa, le acarrea locura y, a menudo, escapa al control de quien la maneja. El truco consiste en utilizar la magia sin provocarte más daño a ti mismo que a tus enemigos.

»Este hecho les importa menos a los villanos, a quienes no les preocupa que sus corazones se corrompan, pero yo sé que tu corazón es bueno y que te gustaría mantenerlo así.

—Temo que ya no es tan bueno como decís. He visto y hecho cosas… —Titubeó.

Sabé lo observó pacientemente.

—Bajo este disfraz de acólito de Set no puedo evitar la magia. Debo dedicarme a ella para lograr los objetivos de ellos, o los míos. He decidido que sean los míos, y si hay que pagar un precio, que así sea. Sólo deseo no hacer nunca daño a mis amigos ni atraerlos a mi corrupción. —Entrecerró los ojos y miró al erudito—. Sin embargo, vos debéis de contar con algún medio o no habríais aceptado hablar conmigo.

—Un hombre puede usar fuego sin quemarse o sostener una espada sin cortarse la mano, pero la hechicería no es así. Durante mucho tiempo he tratado de descubrir métodos de usarla para hacer el bien, sin daños ni consecuencias, pero mi éxito ha sido limitado.

—Limitado, pero habéis logrado cierto éxito. ¿Es así como conseguisteis crear las trampas mágicas que rodean la casa?

Sabé sonrió y asintió con la cabeza, al parecer impresionado.

—Así que sentiste su naturaleza exacta, ¿verdad?

—Que las habíais ideado para que infligieran sus efectos negativos en el intruso que las hiciera saltar, sí. ¿No se puede emplear este método de otra forma?

—¿Para atacar a tus enemigos? No. Por lo que he podido averiguar, tales artimañas sólo funcionan con magia defensiva de la naturaleza más pasiva. Mis estudios recientes se han dirigido al uso del método para crear una especie de armadura mística que protegería a un hechicero de ataques mágicos al igual que esas trampas protegen mi casa.

—Entonces os ayudaremos en esa tarea, si podemos. Si voy a oponerme a Set y a sus discípulos, me enfrentaré a la ira de espantosos hechiceros, puede que incluso a la cabeza del culto, Thoth-Amon.

Sabé adoptó un aire despectivo ante la mención del nombre.

—El señor del Anillo Negro. Ese asqueroso desgraciado. He deseado durante mucho tiempo que llegara el día de su caída. ¿Contamina nuevamente con su presencia las claras aguas del lago Nafrini?

—Por lo que sé, ahora no; pero me han dicho que volverá pronto, y puede que me concedan una audiencia con él.

—No te envidio en ese aspecto, entonces. Debes saber que es el hombre más malvado y traicionero de toda Hiboria. —Alzó la mano y la agitó frente a Anok—. Noto que ya has aprendido a nublar aspectos de tu auténtica naturaleza. Lo que he visto de ti no es todo lo que eres, pero he visto lo suficiente para confiar en ti y en tu propósito.

»Debes saber que Thoth-Amon intentará averiguar todos tus secretos, pelarte como a una uva. Te enfrentas a un peligro atroz en su presencia.

Anok se sintió un tanto desconcertado ante la afirmación del erudito. No

se había aplicado conscientemente ningún hechizo de ocultación. Quizá se trataba de algo que había hecho la Marca de Set. ¿Conocía Sabé que la tenía o lo que significaba?

Estuvo a punto de decir algo, pero titubeó. ¿De qué serviría revelárselo? Puede que incluso Sabé considerase que había sido contaminado por la marca y retirase su oferta de ayuda. Era mejor esperar.

—Entonces, debéis ayudarme a prepararme para el encuentro.

El anciano torció el gesto.

—Sería mejor evitarlo por completo.

—No veo cómo podría ser posible.

—Puedes huir, lo más lejos y lo más rápido posible. ¡Renuncia a esa insensata idea de derrotar a Set!

Teferi le estaba dirigiendo a su amigo esa mirada de «Ya te lo dije».

—Dijisteis que me ayudaríais. ¡Pensaba que odiabais a Set!

—Odio al Culto de Set tanto como cualquiera —respondió Sabé—. ¿Cómo piensas que terminé así? —Señaló los trapos que llevaba ceñidos sobre los ojos —. Pero me pagas para que te aconseje, y sería negligente por mi parte no intentar convencerte para que abandones tu obsesión.

—Y ya lo habéis hecho. Ahora que habéis fracasado, ¿podemos seguir adelante?

—Teferi, ¿no puedes meterle algo de sentido común a tu amigo en la cabeza?

El aludido esbozó una leve sonrisa.

—Lo he intentado, anciano.

—¿Y tú, Fallon? ¿No puedes usar tus artimañas femeninas o simplemente aporrearle la cabeza, como les gusta hacer a los bárbaros?

La mujer también sonrió.

—He intentado las dos cosas. Proporcionaron diversión, pero poco resultado.

Sabé suspiró.

—Está bien. Haremos lo que podamos.

—Entonces, ¿aún pensáis que no hay esperanza para mi misión?

—Nada está completamente desprovisto de esperanza para aquellos que no reconocen lo imposible, ya sean héroes… o tontos.

15

Pasaron las semanas y Anok comenzó sus estudios. Sin embargo, Sabé se quejó pronto de la falta de atención del joven. El acólito se distraía a menudo y, algunos días, parecía que Teferi aprendía más que él. El kushita había trabado amistad con Sabé, y mientras ayudaba al anciano erudito realizando tareas físicas por la casa, Sabé le correspondía enseñándole a leer utilizando los textos antiguos. Como mínimo, algunos estaban escritos en una forma de estigio no muy distinta de la moderna; pero también le enseñaba algunas de las lenguas antiguas.

De vez en cuando, Anok se sentía celoso. Le había prometido a Teferi que le enseñaría a leer, pero no había resultado mucho de ello después de que compraran aquellos pergaminos en el Gran Mercado en Odji.

También deseaba que Sabé estuviera tan dispuesto a compartir sus conocimientos con él, pero el anciano erudito únicamente le leía cosas que se parecían más a acertijos e historias inútiles que a instrucción en hechicería. El joven le había sugerido un día que le enseñara a leer los textos directamente, pero Sabé se había negado.

—No estás preparado para eso. El poder no debe llegarle con demasiada facilidad a un joven hechicero como tú. Provoca cosas espantosas.

—Enseñáis a Teferi a leer los textos antiguos.

—Y tal vez un día puedas sacar provecho de sus habilidades, aunque aún le queda un largo camino por recorrer. En cualquier caso, él no es un hechicero que pueda utilizar esos textos, y al igual que yo, él nunca te transmitiría a sabiendas conocimientos que pudieran hacerte daño. Lo que comparto contigo son conocimientos peligrosos, Anok. ¡Paciencia! Debes absorberlos a su manera, a su ritmo.

Sin embargo, la comprensión llegaba lentamente, y a menudo sus pensamientos se desviaban, centrándose en Parath, o en su hermana perdida, o en los planes secretos de Ramsa Aál. Un día, mientras Sabé le leía una antigua tablilla, su atención comenzó a vagar.

El erudito detuvo el recitado a media frase.

—¡Los textos de poder no son para los que no prestan atención ni para los retrasados mentales! Una espada mal blandida puede matar a su dueño con la misma facilidad que a sus enemigos. Si no puedes dedicarte por completo al estudio, no deberías estudiar en absoluto.

Anok no soportó bien la crítica.

—¿*Os* pago yo o me pagáis vos a mí, viejo?

El joven estaba seguro de que, si Sabé no llevara los ojos cubiertos, lo estaría fulminando con la mirada.

—Acepto el oro de Set porque me apetece, y he decidido enseñarte por la misma razón. Podría dejar de enseñarte con la misma facilidad. No necesito tu oro. Cuento con reservas secretas que no he tocado desde antes de que tú nacieras. ¡No soy tu esclavo, tu animal de carga, al que puedes azotar para que haga lo que se te antoja!

Algo en el tono de voz del anciano le dijo cuánto se había propasado.

—Perdonadme, Sabé. Yo soy el que soporta una carga, a causa de los secretos de mi pasado y los misterios de mi vida. Aunque la destrucción de Set es mi objetivo, lo que de verdad busco son respuestas.

El ceño de Sabé se suavizó.

—No hay respuestas en la destrucción. Las respuestas llegan… —hizo un gesto hacia las tablillas esparcidas por la mesa— a través de la erudición, el estudio y la meditación. Puede que hayas elegido el camino equivocado para tu vida.

Anok negó con la cabeza.

—Ésta no es mi forma de actuar. He pasado años viviendo en los barrios bajos de Odji, no como un ratón que se ocultaba en las sombras, sino como alguien que caminaba con orgullo por el centro de la calle. Si resultaba más fácil que los problemas me hallasen, también lo era que se hiciera justicia. Una vez le oí decir algo a mi padre, y ni siquiera recuerdo el contexto, pero nunca lo he olvidado. Dijo: «que venga lo malo», y eso hago.

Sabé se apoyó contra una columna de mármol y suspiró.

—Y si lo he entendido bien, tu padre ya no está vivo. Saca tus propias conclusiones. Espero que, al menos, muriera bien.

El joven se pasó la lengua por los labios. ¿Su padre había muerto bien? No había duda en el caso de su madre, que había tomado las armas para defender a su hijo. Sin embargo, aunque había visto morir a su padre, las circunstancias eran menos claras.

¿Por qué había muerto su padre? ¿Por qué había vivido? ¿Y qué pasaba con el confuso legado que le había dejado a su hijo: la carga de la Escama de Set, el misterio de una hermana a la que nunca había conocido?

Su padre se lo había enseñado todo, lo había significado todo para él; sin embargo, cada vez más parecía que nunca lo había conocido en absoluto. ¿De verdad servía a Parath? ¿A Ibis? ¿Incluso a Set? ¿Podía estar Anok realmente seguro de algo?

Sabé pareció leer su silencio. Inclinó la cabeza de manera burlona.

—Dime, joven señor, ¿quieres aliviarte de esos secretos que te perturban?

El acólito dudó un momento. Nada resultaría más sencillo. Miró con

inquietud al otro lado de la habitación hacia Teferi, que estaba sentado en un rincón contemplando atentamente un pergamino que aún no podía leer. «Las mentiras guardadas, fermentan hasta convertirse en veneno —reflexionó con amargura—. Y cuanto más se guardan, más venenosas se vuelven».

La única persona en la que podía confiar, y con la que no podía compartir sus secretos, y Sabé, la única persona con la que podía compartir sus secretos, pero en quien no estaba seguro de poder confiar. Sin embargo, podría conseguir algo, una forma de dejar escapar ciertos secretos y seguir manteniendo su naturaleza oculta.

—Mis secretos deben seguir siendo míos por el momento. Puede que los comparta algún día, pero hoy no. Pero en cuanto a misterios, compartiré uno. Mi padre mencionó algo una vez, y siempre me he preguntado qué significaba. —Hizo una pausa, humedeciéndose los labios resecos—. ¿Alguna vez habéis oído mencionar las Escamas de Set?

Sabé frunció el entrecejo ligeramente.

—Naturalmente. Se las menciona en numerosos lugares en los textos antiguos, a veces no siempre de forma directa.

Recorrió la mesa, deslizando los dedos a lo largo de la parte superior de las tablillas desplegadas. Se detuvo en una pulida losa de granito marrón cerca del final. Sus dedos reseguían el texto mientras leía.

—«Y Set tenía tres monedas de poder, aunque fueron robadas antes de que pudieran ser gastadas por completo».

—¡Las Escamas de Set no son monedas!

Sabé se dio la vuelta hacia él e inmediatamente Anok se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—No creo que sean monedas —añadió con rapidez—. Por la forma en la que hablaba mi padre, claro. —Ni siquiera se convenció a sí mismo.

Pero Sabé volvió a dirigir su atención a las tablillas.

—Es una metáfora. Muchos de los textos antiguos están llenos de esas afirmaciones indirectas, lo que es parte del motivo por el que tan pocos pueden entenderlos incluso si consiguen descifrar los símbolos. Se dice que las tres Escamas le otorgaban a Set el dominio sobre todas las serpientes de la tierra, sobre todas las criaturas de sangre fría que se arrastran, y también sobre los que adoran a tales bestias. ¿Sabes?, los primeros seres que vivieron en este mundo, fueran hombres o no, únicamente adoraban a lo que podían ver: animales, montañas, rocas, tormentas, el sol en lo alto, la luna, las estrellas por la noche. Sólo más tarde llegaron los dioses e hicieron que esas primeras personas les rindiesen culto.

Anok hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Pensaba que los dioses habían llegado antes que los hombres, que ellos habían creado a los hombres.

—Como dije, puede que no fueran hombres auténticos, en todos los

detalles de cuerpo y carne, pero cree lo que quieras. Yo creo que eran criaturas parecidas a nosotros, en espíritu si no en forma, y ellos no tenían dioses.

—¿Esto qué tiene que ver con las Escamas de Set?

—Algunas historias dicen que él mismo las forjó. Otras, que las encontró. Otras, que las robó. Otras, que él y otros dos dioses forjaron una cada uno y que Set se quedó con las tres.

Anok pensó en eso. ¿Podrían los tres dioses ser Set, su antiguo enemigo Ibis y Parath?

Sabé continuó.

—Pero, sin ninguna duda, había tres y sólo tres, y Set las llevaba en una cadena alrededor del cuello. En cuanto se hubo hecho con el dominio de aquellos que adoraban a serpientes y víboras, Set se volvió muy poderoso, y los otros dioses sintieron celos, temiendo que pudiera utilizar su poder para apropiarse de sus adoradores también. Pues, en su orgullo desmedido, los dioses habían ordenado a sus discípulos que se postraran ante ellos, que se arrastrasen como las bestias de Set, y, al hacerlo, los habían hecho susceptibles al poder de este dios. Así que robaron las Escamas y se pelearon por ellas incesantemente. Ningún dios pudo aferrarse nunca a más de una durante mucho tiempo, y acabaron desperdigadas por todo el mundo y se perdieron.

»Pero eso fue hace mucho tiempo, antes de los hombres. A veces, en los textos antiguos encuentro historias acerca de que una u otra de las Escamas ha sido hallada, pero sospecho que sólo son rumores. Además, de manera individual, su poder es limitado, y dos no son mejor que una. Sólo cuando están las tres juntas pueden ofrecer el poder digno de un dios.

Tres Escamas para conceder el poder de un dios, y Anok había sostenido dos de ellas en la mano. Llevaba una alrededor del cuello en este mismo instante, oculta en su disfraz de frío hierro. Se estremeció.

Anok sintió la necesidad de distanciarse del tema.

—Mi padre era comerciante y viajó por muchos reinos en su juventud. Tal vez oyó historias acerca de ellas en algún lugar durante sus viajes.

Sabé frunció la boca, como si hubiera probado algo agrio.

—Tal vez —dijo.

Aunque Anok contaba con bastante libertad por parte del templo, no podía evitarlo por completo. El segundo día de cada semana se le exigía que regresase para recoger su estipendio, y también se esperaba que se reuniese con Kaman Awi si el Sumo Sacerdote estaba presente y libre.

Durante sus últimas visitas, Anok había sido capaz de anticipar los momentos en los que el sacerdote estaría ocupado con asuntos del templo. Pero sabía que esa táctica le fallaría con el tiempo, sometiéndolo al examen del sacerdote, y por eso aquellas visitas lo ponían de muy mal humor.

El día de visita al templo se había convertido en una costumbre que Fallon o Teferi estuviesen esperando para acompañarlo cuando se levantaba por la

mañana. Pero esta mañana del segundo día, la villa estaba vacía salvo por Anok.

Encontró la cama de Fallon sin usar, lo que sugería que, como a menudo había sido el caso últimamente, se había emborrachado y había pasado la noche en alguna taberna. Teferi ya se había levantado y se había marchado.

Tomó un rápido desayuno de fruta y pan antes de dirigirse a la casa del anciano erudito.

Entró por su cuenta y, al oír voces, se dirigió en silencio al estudio. Allí encontró a Teferi ayudando a Sabé a clasificar una gran pila de tablillas. El peso y el gran tamaño de los antiguos textos convertían su almacenamiento y el encargarse de ellos en una tarea constante. Teferi estaba encantado de aliviar al anciano de esta labor a cambio de sus clases.

Mientras el acólito observaba sin que lo vieran desde fuera de la habitación, Teferi hizo una pausa para leer en voz alta alguna palabra que Anok no reconoció.

Sabé sonrió y asintió, indicándole dónde situar la tablilla.

Con una sonrisa, el kushita leyó a continuación una palabra de otra tablilla, y el proceso se repitió.

Anok se preguntó si Teferi había olvidado qué día era, y parte de él se enfureció al pensarlo. Sin embargo, era evidente que su amigo se estaba divirtiendo, y Anok se resistió a interrumpir. Con el corazón retorciéndosele a causa de las emociones contradictorias, se retiró sin hacer ruido.

Mientras atravesaba el patio y se dirigía a la calle, la Marca de Set volvió a molestarlo. Parecía susurrarle, pidiéndole que regresara a casa de Sabé, castigara a su desobediente amigo y arrancara al anciano sus secretos a la fuerza. Tuvo visiones borrosas de los tormentos atroces y dolorosos que la Marca infligiría a Teferi y a Sabé.

Anok se gruñó a sí mismo, bajó la cabeza y se alejó de la casa. Sin embargo, incluso mientras caminaba, la Marca parecía estar intentando hacerlo retroceder. Cada paso suponía un esfuerzo, y se sentía como si fuera cuesta arriba a través de arena suave.

Dobló la esquina y caminó en dirección al templo. Hubiera sido bastante sencillo parar uno de los numerosos carruajes de alquiler que recorrían las calles o pagar a un pilluelo callejero para que buscase a Barid, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

Desde luego, habría sido un medio más seguro de atravesar las calles, pero caminar suponía una distracción de sus oscuros pensamientos. Esperar a Barid habría sido incluso peor.

Sin embargo, tampoco era un buen día para caminar. A través de la cuenca inclinada y poco profunda que formaba la ciudad central, podía ver la muralla al sur, y sobre ella avanzaban nubes oscuras trayendo humedad desde el suroeste.

Kheshatta era una ciudad muy diferente de Khemi. El tamaño de los mejores edificios era menor y menos opresivo; los estilos, más variados. Lujosas casas se alzaban a sólo unas calles de las viviendas de los pobres.

La verdad era que la riqueza significaba poco aquí. La única línea de clases realmente definida se situaba entre los brujos y los fabricantes de venenos, aquellos que contaban con conocimientos místicos y los que no.

Según ese estándar, Sabé era un hombre muy rico aquí; pero puesto que decidía no utilizar su poder, éste resultaba poco patente.

«¿Ese es mi destino? ¿Terminar humilde y solo sin nada más que textos antiguos para que me hagan compañía? ¿De qué sirve el poder si no se ejercita? Y, si se ejercita, ¿no merezco todas las recompensas que pueda proporcionarme? Sin embargo, aquí estoy, avanzando trabajosamente hacia mis maestros para mendigar un puñado de oro».

Iba tan perdido en sus pensamientos que no se fijó en el grupo de hombres que caminaban hacia él por la calle hasta que chocó de frente con uno de ellos.

Los dos rebotaron lejos del otro y Anok se sobresaltó al encontrarse contemplando el joven rostro de uno de los extraños hombres que Barid había identificado como khitanios. La cara del hombre era estrecha, angulosa y estaba bien afeitada, con pómulos altos y ojos oscuros: estrechas hendiduras que se sesgaban suavemente.

Anok miró alrededor. Los tres compañeros del hombre también eran khitanios, todos mayores, aunque seguían teniendo un aspecto fuerte y peligroso, si bien no eran particularmente altos. Uno entre ellos era más viejo incluso que el resto, su cabello corto y negro y la barba encerada estaban salpicados de gris. Por su porte y aire de tranquila autoridad, Anok lo tomó por el líder del grupo, aunque se mantenía detrás de los otros, observando la escena con atención.

El más joven de los dos compañeros del hombre lo contemplaba con la clase de asco indiferente que uno podría mostrar por un insecto desagradable que encontrara en su cama. El rostro del mayor permanecía imperturbable e inescrutable. Únicamente el hombre con el que había chocado mostraba algo más: una obvia mirada de ira.

—¿Estás ciego, amante de serpientes, para que no cedas el paso a los siervos de la Araña de Jade?

Anok se mantuvo firme, aunque trató de no enfurecerse.

—No tengo nada contra vosotros. Nuestro encuentro fue un accidente. Dejadlo así.

El hombre lo fulminó con sus ojos estrechos y de forma extraña.

—Amante de serpientes, lo que nosotros tenemos contra ti y tu asqueroso culto es el hecho de que respires. ¡Ponte de rodillas e implora perdón y tal vez te dejemos vivir!

A pesar de sus esfuerzos por controlarse, a Anok le hervía la sangre en

silencio. Ya había soportado demasiado hoy como para seguirle la corriente a un estúpido desconocido. Los hombres sólo llevaban pequeñas dagas, no armas de verdad. Quizá era hora de que aprendiesen el aspecto que tenían tales armas.

Retrocedió un paso y, con un único movimiento rápido, sacó sus espadas de las vainas que llevaba a la espalda. Mientras sostenía el acero bruñido frente a él, la reacción del agresor no fue la que el acólito había esperado.

El joven soltó una carcajada.

—¿Desenvainas acero contra los siervos de la Araña de Jade? Tu ignorancia es vergonzosa. ¡Yo, Shi BaiLing, te mostraré lo estúpido que eres!

De repente, el hombre adoptó una pose extraña: pies separados, rodillas flexionadas, brazos y manos alzados en una curiosa postura, las manos rectas y abiertas con rigidez. Parecía más un baile que un ataque.

Sin embargo, Barid había dicho algo acerca de su «hechicería con la mano abierta» y el recuerdo de aquello le concedió a Anok un momento para prepararse.

De manera repentina, se materializaron bolas de energía ardiente bajo las palmas de las manos del khitanio, y éste se movió, casi demasiado de prisa para que los ojos de Anok lo siguieran, lanzándole esa energía hacia las espadas.

El ataque le arrancó las armas de las manos, que salieron volando por el aire a su espalda.

De manera instintiva, su mente lanzó un hechizo de invocación. Utilizó su poder y, antes de que las espadas pudieran caer al suelo, ya las había recuperado.

Sintió cómo cambiaban de rumbo y giraban de regreso a él. Las arrancó del aire, dejando que las empuñaduras chocaran contra las palmas de las manos y las devolvió a las vainas con la misma rapidez y destreza con que las había sacado.

—Está bien que ahora conozca tu nombre, Shi BaiLing. Yo me llamo Anok Wati, hijo de Khemi, y no me gustaría acabar con un hombre a menos que hayamos sido presentados como es debido.

A continuación, alzó las manos, listo para enfrentar magia contra magia.

La sonrisa de BaiLing se desvaneció al darse cuenta de que se enfrentaba a un adversario más temible de lo que había esperado.

—Lo vuelvo a repetir —dijo Anok—, no tengo nada contra vosotros ni contra vuestro culto. Quizá no deberíais apresuraros tanto a juzgar a un hombre por su aspecto.

El acólito se fijó en que los compañeros de BaiLing se estaban apartando y el mayor de ellos mostraba el entrecejo fruncido en señal de obvia desaprobación.

—En ese caso —replicó BaiLing—, ¡no te juzgaré por tu aspecto, sino por

tu temple! —Lanzó de nuevo el brazo hacia adelante con una rapidez cegadora.

La defensa de Anok contra el ataque fue completamente refleja, pues no hubo tiempo para pensar. Adelantó la mano derecha para desviar el ataque y el hechizo de fuerza de BaiLing se enfrentó al suyo.

Las dos energías se encontraron con un sonoro estruendo en el espacio del largo de un brazo que se encontraba entre las manos extendidas de ambos. La fuerza del golpe fue tan grande y repentina que Anok pensó que el brazo se le iba a hacer pedazos. Apretó los dientes y empujó, pero estaban igualados.

Tras varios momentos de lucha, Anok alzó la mano derecha, utilizando únicamente una porción minúscula del poder de la Marca de Set. Hizo un gesto que añadió poder a su hechizo.

BaiLing se vio lanzado hacia atrás contra los brazos de sus compañeros, con su hechizo inutilizado. El joven se zafó de sus hermanos de culto y se estaba preparando para volver a saltar hacia Anok cuando el hombre de más edad le colocó una mano sobre el hombro. BaiLing titubeó y el hombre se inclinó hacia adelante para susurrarle algo al oído.

El khitanio frunció el entrecejo. Se estremeció y pareció guardar su ira en su interior.

—¡Es tu día de suerte, amante de serpientes! Mi maestro Dao-Shuang me dice que ThothAmon ha regresado a su castillo sobre el lago. Aunque no nos gustan los de tu clase, y tú nos has ofendido, ni siquiera nosotros le declararíamos la guerra a un hechicero tan poderoso como él. ¡Por su sombra, incluso a un mosquito como tú se le puede perdonar la vida!

Retrocedió y tres de los hombres rodearon a Anok y continuaron su camino. Se dio la vuelta para verlos marchar.

El más anciano, Dao-Shuang, se entretuvo un momento.

—Debéis perdonar a mi alumno. Es joven e impulsivo. Cuenta con habilidad superior a su edad y sabiduría inferior a ella. Aunque nuestras casas son enemigas, no veo maldad en vuestras acciones, y está escrito que, aunque un hombre siempre está atado a su casa, no siempre está atado a causa de ella. —Le dedicó una leve reverencia—. Que volvamos a encontrarnos en días mejores. —Pasó junto a Anok y siguió su camino.

El acólito se quedó allí, el corazón le seguía latiendo con fuerza debido al encuentro y los brazos aún le dolían. Sin embargo, lo habían afectado más las palabras que los golpes.

¿Era cierto? ¿Estaba ThothAmon en Kheshatta? Aunque se esperaba su llegada, no eran buenas noticias. Ramsa Aál le había prometido que tendría una audiencia con el gran hechicero, y temía que fuera una audiencia a la que tal vez no sobreviviera.

Siguió adelante cuando comenzaba a caer una lluvia cálida y neblinosa. No tomó ninguna precaución para protegerse de ella y meditó de nuevo acerca de su encuentro con los khitanios. Pensando en ello, el joven agresor BaiLing no

había mostrado signos de ser un hechicero poderoso.

Aunque el ataque había sido potencialmente devastador, el poder se centraba en la habilidad, el sigilo y la velocidad, no en la pura fuerza.

Ojalá él contase con tal habilidad. Una y otra vez, Sabé había tratado de enseñarle magia sutil, y él siempre había regresado a los grandes hechizos de poder. A pesar de sus conocimientos, Sabé conocía poco a la gente y, a pesar de su sabiduría, no era un gran profesor.

Esas eran cualidades que había admirado de su padre, y había sentido la presencia de esas mismas cualidades ausentes en Dao-Shuang. Parte de él quería quitarse la estola de Set, correr tras ellos y suplicarle a Dao-Shuang que fuera su maestro.

Si su vida le perteneciera, quizá lo habría hecho, pero no era así. Se trataba de una mezcla de cargas, promesas, deudas y mentiras. A menudo había tocado el medallón que le rodeaba el cuello recordando a su padre. Ahora, lo golpeó con el puño, como si quisiera hacerlo pedazos y liberarse.

Lo único que consiguió fue hacerse daño. El medallón quedó intacto, naturalmente. No se libraría de él con tanta facilidad.

Puede que nunca se librase de él.

Recordó cuando Kaman Awi le dijo que era «mágico objeto contundente». Era cierto. Tenía poder, pero poca habilidad, y el precio de usar ese poder era una porción de su propia alma. Era como un musculoso idiota haciendo girar un mayal en el campo de batalla: una amenaza para todos los que lo rodeaban y para sí mismo.

Así no era como luchaba Anok Wati de los Cuervos. No era así como su padre le había enseñado a luchar.

Con espadas, sus puntos fuertes eran la velocidad, la astucia y la distracción, no la fuerza. ¿Por qué no podía aprender a utilizar la hechicería como utilizaba una espada? Si pudiera sustituir habilidad por poder, podría usarlo menos y así evitar parte de sus efectos negativos.

Podría ser posible, pero sin alguien que le enseñara, sin alguien que lo guiara, sería como un hombre andando a tientas en la oscuridad. Puede que con el tiempo encontrase lo que estaba buscando; pero, sin duda, se caería muchas veces antes de lograrlo. Ojalá que una de esa caídas no llevara a un pozo sin fondo.

Mientras llegaba a la puerta del templo, el día pasó de mal a peor. El oficial custodio apostado allí lo reconoció y le comunicó que debía presentarse en los aposentos de Kaman Awi. Con aire grave, preguntó el camino y el custodio le hizo una señal a uno de sus hombres y le ordenó que escoltase a Anok hasta su destino. Se le negaba incluso la excusa de perderse o confundirse por el camino.

La amplia habitación oval estaba ubicada en la tercera planta, en una torre situada en una esquina del patio interior del templo. Aunque era un único

espacio continuo, Anok no vio a Kaman Awi cuando lo hicieron pasar. La habitación estaba abarrotada de cosas: libros, pergaminos, objetos místicos de todo tipo y otros más extraños aún que supuso serían instrumentos para el estudio de la «ley natural».

Unicamente reconoció algunos: una pesa de balanza de las que a veces se usaban en los mercados para pesar oro y plata, aunque más grande y de más cuidada elaboración; relojes de sol; cuerdas de medición con nudos; varillas de medición con muescas; plomadas; tazas marcadas para medir y botes de sustancias desconocidas que podrían estar relacionadas con la alquimia.

El tarro de rayos de Kaman Awi también se encontraba allí, sobre una mesa, y Anok tuvo cuidado de mantenerse lejos de él.

Cogió un brillante cilindro de cristal y lo sostuvo en alto, fascinado por cómo deformaba todo lo que se miraba a través de él.

Se sorprendió cuando el Sumo Sacerdote apareció de repente de detrás de una pila de libros.

—Curioso, ¿verdad? Presiento que tiene que haber algún uso para su capacidad de distorsionar el modo en el que se ven las cosas, pero se me escapa cuál podría ser.

El joven volvió a dejar el cristal, rápida y cuidadosamente, donde lo había encontrado.

—No me molesta tu curiosidad, acólito. La valoro. Aunque en este lugar —señaló alrededor de la habitación—, de vez en cuando puede resultar… —esbozó una leve sonrisa—, peligrosa.

—Lo siento, maestro.

—Te dije que me llamaras Kaman Awi. —Se acercó y empujó suavemente la barra de cristal con la yema del dedo—. Por suerte, escogiste examinar un objeto bastante inofensivo. Sin embargo, me pregunto… Una bola de cristal también deforma lo que se ve. ¿Podría eso estar relacionado con su capacidad para ver de forma mística desde lejos? Me pregunto si, a cierto nivel, la ley mágica y la ley natural están entrelazadas. De todas formas, es algo en lo que pensar.

—Ciertamente, suena interesante…, Kaman Awi.

—Hay otras cosas que me interesan. —Su tono se volvió más serio—. He oído que has convencido al erudito ciego Sabé para que te ayude en tus estudios.

No tenía mucho sentido negarlo.

—Es cierto.

Kaman Awi entrecerró los ojos.

—Desde que tengo memoria, desde que yo no era más que un joven acólito, los sacerdotes han codiciado los secretos del anciano. Pero él los guarda celosamente, y muchos hechiceros de gran poder compiten por ganarse su favor. De hecho, incluso nuestro maestro ThothAmon se ha beneficiado en

alguna ocasión de esas pocas pizcas de conocimiento que el anciano decide ceder, y por ello se nos prohíbe tomar medidas contra él.

Anok escuchaba con inquietud.

—¿Qué medidas consideraríais?

El sacerdote sonrió levemente.

—Aventuro que unos días con nuestros estudiosos de anatomía harían que estuviese ansioso por compartir sus secretos con nosotros. Pero lamentablemente ThothAmon no está de acuerdo y hemos tenido que esperar… hasta ahora. —Se acercó—. No sé qué hiciste para convencerlo, pero tienes una oportunidad. Puede que al fin esté preparado para revelar sus secretos. Puede que, en su vejez, busque alguien a quien pasárselos.

Puso la mano sobre el antebrazo de Anok, y algo en aquel gesto hizo que se le pusiera de punta el vello de la nuca.

—Debes hacer todo lo necesario para granjearte el favor del anciano, y todo lo que aprendas de él debes compartirlo de inmediato conmigo. Sólo conmigo.

—Como deseéis. —Apartó el brazo con cuidado.

—Ramsa Aál me ha dicho que tienes miedo del poder de la Marca de Set, que no te atreves a usarlo. ¿Es cierto?

El acólito se humedeció los labios con nerviosismo.

—Puede que haya algo de verdad en ello. La gran magia tiene su precio, como bien sabéis.

—La supuesta corrupción, y locura. Entiendo tu temor, sí. La locura es un trastorno de aquello que más valoro: la mente. Durante mucho tiempo he luchado por mantener mi mente libre de locura. Sin embargo, debes saber que muchos pueden evitar la locura, al menos a largo plazo. Que tú mismo hayas sido capaz de utilizar magia poderosa hasta el momento sin volverte loco es un signo alentador.

—¿Y qué pasa con la corrupción, maestro?

La comisura de la boca de Kaman Awi se torció hacia arriba y los ojos se le entrecerraron hasta formar rendijas.

—¿Qué pasa con ella? Esto es algo a lo que un hechicero de Set no debería tener miedo. Esta corrupción no es nada más que una liberación de los grilletes que atenazan la mente del hombre, de esas insignificantes preocupaciones morales hechas únicamente para hombres inferiores a nosotros. —Miró a Anok, y la mirada del sacerdote, con los ojos brillando misteriosamente en el fondo de las cuencas ensombrecidas, le produjo escalofríos—. No temas a la corrupción, Anok Wati. Acéptala. Liberará tu mente para hacer cosas extraordinarias. Cosas imposibles.

Fue entonces cuando comprendió que Kaman Awi había acudido al pozo de la corrupción y había tomado tragos largos y profundos. Sólo ahora veía su auténtica naturaleza.

Un hombre así no dudaría en matar, torturar o mutilar en busca de su preciado conocimiento, y ahora Anok se encontraba directamente entre Kaman Awi y algo que éste anhelaba mucho, muchísimo.

Mientras abandonaba el templo, los cuchicheos de la Marca de Set le resultaron desesperantes. ¿Era ésta la corrupción que temía, o los comienzos de la locura? No podía estar seguro.

Tan intensa era su angustia que se vio de pie en una esquina de la calle, fuera del templo, golpeándose la muñeca contra el borde de un muro, una y otra vez hasta que la muñeca le quedó magullada e hinchada. Sólo entonces los susurros se apagaron hasta ser un murmullo lejano.

Al llegar a casa de Sabé, Anok se las arregló para enviar a Teferi y a Fallon a comprar comida. Quería hablar con el anciano erudito a solas. Le informó de su conversación con Kaman Awi y le expresó su preocupación acerca de las amenazas gemelas de la corrupción y la locura.

Sabé lo escuchó; a continuación, se sentó con cuidado en una silla para reflexionar.

—Está bien que te preocupen estas cosas. Este es el misterio de la hechicería: utilizarla sin destruir a quien la usa. Sin embargo, los hechiceros tienen sus métodos. Ese es el motivo por el que existen cultos como el tuyo.

—Pero el culto existe para venerar a Set.

Sabé soltó una risita.

—Set es real. La mayoría de los dioses a los que los hombres veneran son reales en cierta forma, o eso creo. Pero puede que lo que sean supere nuestro entendimiento. Demonios que buscan engañar a los humanos por sus propios motivos o seres poderosos que han caído de las esferas celestiales. Puede que haya dioses. ¿Quién soy yo para decirlo? Pero en cuanto a los cultos y los templos, aunque puede que sirvan a los propósitos de los dioses, los construyen los hombres con sus propios objetivos en mente.

—No lo entiendo.

—Como acólito, sin duda has realizado los rituales y los cánticos de poder para tus maestros.

—Naturalmente. En mis primeros días de acólito no hacíamos otra cosa.

—Y, al hacerlo, tus compañeros y tú asumisteis una pequeña cantidad de locura y corrupción, aunque tal vez no lo supierais. Ese poder fluye hacia vuestros maestros, y sois vosotros, sus estudiantes, quienes soportáis el precio.

Anok pensó en ello y se dio cuenta de que era cierto, que eso explicaba la sensación extraña que había sentido y que había visto en los otros después de aquellas ceremonias.

—¿Eso es todo lo que los acólitos son para ellos, alimento para su poder?

—Y dime, ¿quién realiza la mayoría de la hechicería sencilla para los sacerdotes, esos hechizos menores que se necesitan cada día en el templo?

Veía lo que Sabé quería decir.

—Los acólitos. Se considera un honor servir a tus maestros de este modo y que se evalúen tus habilidades.

—Eso quieren que creáis; pero, como tales, los acólitos sois poco más que esclavos útiles para ellos. Un hechicero sabio busca poseer la magia más poderosa y, sin embargo, no usarla. Reserva esa magia hasta que no le queda más alternativa que utilizarla o hasta que su propósito requiere hechizos más poderosos de los que sus discípulos son capaces de llevar a cabo.

—¿Un hechicero poderoso sigue siendo poderoso al no usar su magia?

—No importa lo gran guerrero que sea, un gran general no lucha una guerra con su propia espada.

—Los hechiceros no son generales.

—No precisamente, no; pero, al igual que los generales, muchos cuentan con soldados de a pie.

Anok frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿qué puede hacer un hechicero solitario, sin discípulos ni sirvientes?

—Hay otras sendas de restitución que pueden impedir lo inevitable: rituales, meditación y la sanación del sueño profundo, que puede recuperar la mente. Sin embargo, a los hechiceros poderosos les resulta difícil dormir, y se dice que algunos de los más poderosos ya no duermen en absoluto. —Estudió el rostro de Anok y pareció considerar que había llegado el momento de ofrecer una pizca de esperanza.

»No tienes discípulos ni sirvientes a los que chuparles el poder, pero tienes amigos que podrían ayudarte a recuperarte tras hacer uso de él. Elige sabiamente dónde usas tu magia y espera que tus amigos puedan apartarte del borde del pozo.

Fue el turno de Anok de suspirar.

El erudito sonrió con tristeza.

—¿Ves en qué senda tan difícil te has situado? Con mis conocimientos, aventuro que podría encontrarme entre los hechiceros más poderosos de Kheshatta, pero sé demasiado bien lo que el uso de ese conocimiento me haría. Ningún hombre hace uso del poder que yo poseo y sigue siendo él mismo.

Las manos arrugadas de Sabé se cerraron formando puños, como alguien que se enfrentara a una verdad sobrecogedora.

—Valoro mi cordura más de lo que valoro el poder. Esa es la diferencia entre yo y alguien como ThothAmon. Cada vez que él usa los grandes poderes que tiene a su disposición, lo arriesga todo, y lo hace con desenfreno.

—Entonces, ¿eso es todo lo que hay?

Los labios del anciano se apretaron formando una línea fina y sin sangre.

—Con la gran magia, hay métodos por los cuales el hechicero puede elegir el veneno, para cambiar locura por corrupción o corrupción por locura. ThothAmon y los de su clase aceptan la corrupción como una virtud. Tú —

dijo con tono grave—, debes decidir cuál elegirás.

Una vez más, los sueños de Anok fueron inquietantes.

Soñó que se encontraba en el patio del templo de Kheshatta, hablando con Ramsa Aál y Kaman Awi. Sus palabras no tenían sentido para él, pero, de todas formas, se sentía fascinado.

Al oír un alboroto, se dio la vuelta y vio cómo llevaban a rastras a Teferi y a Fallon hacia el centro del patio, donde un par de plataformas parecidas a altares hechos de piedra los aguardaban. Los ataron a las plataformas y sus amigos lo llamaron, pero Anok apenas podía oírlos.

Entonces, Kaman Awi dijo algo que por fin logró entender:

—Aquí vienen los cirujanos.

Una hilera de sacerdotes salió por una puerta en fila de a uno y avanzaron hacia sus amigos atados. Portaban una espantosa colección de instrumentos: sierras con largos mangos, cuchillos, aguijadas con puntas de metal, pinchos afilados, todos pulidos y relucientes bajo el sol.

Ramsa Aál miró a Kaman Awi.

—¿Crees que durarán mucho?

Kaman Awi asintió con la cabeza.

—Días. Tendrán una muerte larga y espantosa. A menos que… —Se volvió hacia Anok—. Tú podrías matarlos, acólito.

Ramsa Aál hizo un gesto de asentimiento.

—Utiliza la Marca de Set. Para eso te la di.

Kaman Awi frunció el entrecejo.

—El la encontró. Es suya.

—Sí, supongo que sí. Está en su muñeca.

Anok se frotó la muñeca.

—No la quiero —exclamó—. ¡Sacádmela!

Ramsa Aál sonrió.

—Ahora te pertenece. Oh, mira, ¡están empezando!

El acólito se dio la vuelta y vio a los cirujanos rodeando a sus amigos.

—Invoca el rayo —sugirió Ramsa Aál—. Me gustaría verlo.

Teferi y Fallon comenzaron a gritar de dolor.

La Marca de Set pareció cobrar vida en su muñeca. La cabeza de la serpiente se giró y le habló.

—Déjame invocar el fuego. Será rápido. ¡Y los cirujanos también morirán!

—¡Todos moriremos! —Ramsa Aál sonrió de oreja a oreja—. ¡Sí! ¡Mátanos a todos! ¡Acaba con nuestro dolor!

Lo gritos se volvieron más fuertes, pero alguien pronunció su nombre en un tono de voz sorprendentemente tranquilo.

El suelo tembló y vio una montaña irguiéndose sobre la ciudad, un volcán que escupía fuego y humo de su cima.

—Fuego —rogó Kaman Awi, aferrándose a su brazo—. ¡Que sea fuego!

—¡Anok! —La voz era ahora más fuerte y se despertó de golpe, contemplando la oscuridad. Algo resplandecía con una luz débil y amarilla, y buscó la fuente de la misma. Notó que la bola de cristal que había sobre la mesa detrás de él estaba brillando.

—Anok, ¿estás ahí? —La voz surgía del cristal, y se dio cuenta de que se trataba de Rami.

Bajó de la cama, estiró la mano para coger la esfera de cristal y se volvió a sentar sobre las mantas. Miró dentro del cristal y vio el rostro del ladronzuelo iluminado débilmente por una titilante vela.

—Rami, estoy aquí. Estaba durmiendo. ¿Tienes noticias para mí?

—Me preguntaba si responderías. Habla en voz baja. No quiero que me descubran.

De inmediato, se preguntó dónde estaría Rami, pero decidió que se enteraría muy pronto.

—¿Qué has averiguado? ¿Dónde está Dejal?

—Ahora está otra vez en Khemi. Hace varias semanas se marchó al frente de una caravana con unos treinta camellos y se dirigió al desierto. Otros cinco acólitos de Set fueron con él. Llevaban herramientas para excavar, provisiones para una larga temporada y armas. Con ellos viajaron muchos peones y custodios de Set. Hoy han regresado al templo.

—¿Trajeron algo?

El shemita sonrió.

—Esta es la parte que sabía que querrías oír. Tenían un montón de fardos pesados envueltos en tela, y al principio no había forma de saber qué eran. Pero ahora lo sé. Desenvolvieron los fardos en el templo y comenzaron a ensamblar su contenido hasta montarlo todo.

—¿Todo el qué, Rami?

—Trajeron algo asombroso: ¡el esqueleto de una serpiente gigante! ¡Parecía petrificado, como si estuviera hecho de piedra!

Anok parpadeó sorprendido. ¿Los huesos de Parath? Se suponía que había sido Set el que había exiliado al dios perdido al desierto. ¿Por qué lo volverían a traer al palacio los discípulos de Set? Entonces comenzó a hacerse preguntas.

—Rami, ¿cómo supiste esto? ¿Tienes un espía dentro del templo?

La sonrisa del otro hombre se ensanchó.

—Soy un ladrón. ¿Cómo crees que lo averigüé? ¡Me metí en el templo y lo vi con mis propios ojos!

—Rami —insistió con creciente inquietud—, ¿dónde estás ahora?

—Sigo en el templo, en el fondo de los conductos de ventilación, donde nadie puede oírme, ¡si tú hicieras el favor de bajar la voz! ¿Quieres que vuelva y vea qué está haciendo Dejal ahora?

—¡No! ¡Estás en grave peligro! ¿No viste los esqueletos?

—Vi algunos huesos, sí. Es un templo de sacrificios. Es de esperar que haya

huesos.

—¿Cómo crees que llegaron hasta los conductos de ventilación, Rami?

La expresión del shemita era de confusión.

—No había pensado en eso.

—¡Rami, sal de ahí! ¡Ahora!

La imagen cambió, sacudiéndose violentamente. Anok alcanzó a ver el rostro de Rami, sus manos y el tenue contorno del conducto de ventilación mientras lo recorría. Entonces, se detuvo.

—Oigo algo.

—¿El qué?

—Un ruido susurrante delante de mí, como cuero raspando sobre piedra.

«¡Los dedos de Set! ¡Las pequeñas serpientes albinas se lo comerán vivo!»

—¡Rami! Da media vuelta. Aléjate del sonido lo más rápido que puedas. ¡Tu vida depende de ello!

La imagen giró y comenzó a moverse de nuevo.

—Si no te importa, ¿de qué estoy huyendo? —La voz de Rami estaba teñida de miedo—. No saberlo sólo lo empeora.

—Pequeñas serpientes blancas, miles de ellas. Se mueven juntas, comen carne y pueden arrancarte la carne de los huesos más rápido de lo que un hombre puede acabar con un panecillo.

Rami tosió.

—Puede que saberlo no fuera tan buena idea después de todo. Si sigo moviéndome así me voy a delatar, o me veré obligado a entrar en una habitación donde me descubrirán.

—Si eso lo que debes hacer, hazlo. Al menos, en ese caso, habrá alguna esperanza de escapar. Quizá pueda hablar con los sacerdotes a través del cristal, idear alguna historia que haga que te perdonen la vida.

Nuevamente, el movimiento se detuvo.

—¿A qué estás esperando, Rami? ¡Sigue!

—¡Las oigo delante de mí, Anok! ¡Las oigo, y no hay salida!

Anok pensó desesperadamente. ¿Cómo podría salvarse Rami? De repente, se dio cuenta de que le picaba la Marca de Set. La rascó fuerte con las uñas intentando mantener la mente despejada.

—¿A qué lado es más fuerte el sonido?

En el cristal, vio a Rami mirar a un lado, luego al otro, con los ojos abiertos de par en par a causa del miedo.

—Frente a mí —respondió.

Anok colocó la mano sobre el medallón de su padre, que le seguía colgando alrededor del cuello. Incluso a través del hierro podía sentir la forma de la Escama de Set en su interior. Si estuviera allí, podría utilizarla para ordenar a las pequeñas serpientes que se alejasen de Rami. Pero el shemita estaba en Khemi, a muchos días de distancia. Si él pudiera viajar con la misma

facilidad que sus palabras, con la misma facilidad que estas imágenes…

—¡Anok! ¿Qué hago?

Los cristales unidos mágicamente servían de alguna forma de conducto para esas imágenes, para sus palabras. ¿Podrían también servir de conducto para la magia?

—¡Anok! ¡Ayúdame! ¡Las oigo! ¡Están cerca!

Si fuera fácil, los hechiceros lo harían constantemente. Entregarle a un subalterno un cristal a través del cual poder lanzar hechizos desde lejos sería algo muy útil. Así que no era algo sencillo o habría oído hablar de ello.

Pero eso no quería decir que fuera imposible.

La marca le picaba en la muñeca, recordándole que tenía a su disposición más poder del que la mayoría de los hechiceros podría soñar.

—¡Anok! —Rami prácticamente estaba sollozando—. ¡No quiero morir!

Ahora sabía demasiado bien cuál sería el precio de usar ese poder. Sin embargo, a menos que decidiera actuar, Rami estaba condenado. El pequeño ladrón nunca había sido el mejor de los amigos, pero había sido un aliado durante muchos años. No merecía el destino al que se enfrentaba ahora. No se enfrentaría a él en absoluto si no estuviera cumpliendo las órdenes del acólito.

—¡Anok!

—Rami, no debes dejarte llevar por el pánico. Quiero que alargues el cristal hacia las serpientes en cuanto puedas verlas. Sosténlo hacia ellas, ¡y no lo muevas! ¿Me entiendes?

—¡Tengo miedo!

—¡Hazlo que te digo, Rami! ¡Haz lo que te digo! ¡Es tu única oportunidad de sobrevivir!

—Sí. Sí. Haré lo que dices.

—¿Están cerca?

—Puedo oírlas en la oscuridad. ¡Muy cerca!

—¡Tiende el cristal!

La imagen se movió, no podía ver mucho de la lisa superficie salvo oscuridad.

Pero podía oír.

El movimiento seco y apergaminado de incontables cuerpos escamosos, restregándose unos contra otros y contra la antigua piedra.

Podía oír a Rami lloriqueando de miedo. La imagen temblaba a la vez que su mano.

Entonces vio… algo…, una palidez en la oscuridad.

Una ola que surgía de la negrura, una ola de blanco en movimiento, innumerables serpientes que se retorcían, hambrientas de carne.

Rami gimoteó.

Anok aferró el medallón que contenía la Escama de Set, concentrándose en su poder para dar órdenes a las serpientes, recurriendo a él, dejándolo pasar a

través de su cuerpo, a través de la Marca de Set y salir a través del cristal.

No sucedió nada.

Las serpientes se acercaban cada vez más.

Apretó el cristal con fuerza con la mano izquierda, como si intentara aplastarlo, concentrándose en la Marca de Set, dejando fluir su poder.

La marca empezó a arder, pero ignoró el dolor.

El cristal comenzó a resplandecer con más fuerza en su mano, hasta que la habitación quedó tan iluminada como si fuera pleno día.

Podía oír la Escama de Set zumbando mediante sus sentidos místicos. El brazo le temblaba por el esfuerzo mientras sostenía el cristal.

¡Más poder!

Se mordió el labio inferior hasta que notó el sabor de su propia sangre.

El zumbido de la Escama le aullaba en los oídos.

—¡Anok!

Le temblaba todo el cuerpo por la tensión. Se le agarrotaron los músculos. Podía sentir cómo el poder surgía del medallón que sostenía con la mano derecha a través de su cuerpo y a través de la mano izquierda hacia el cristal.

Parecía como si pudiera sentir cada paso, cada metro de distancia entre Rami y él, cada montaña, cada arbusto, cada grano de arena. ¡Tan lejos!

Siguió esforzándose, con los ojos cerrados. Vio estrellas, destellos bajo los párpados.

Aunque parecía inútil, siguió luchando. Desde que había invocado el rayo para destruir la guarida de los Escorpiones Blancos no lo había intentado con tanta fuerza, y, sin embargo, parecía que no era suficiente.

—¡Anok! ¡Anok!

La voz de Rami parecía pequeña y lejana.

—Anok, ¡se han detenido!

El acólito abrió los ojos.

El cuerpo pareció aflojársele. Podía sentir cómo el poder fluía libremente a través de él, como un arroyo que corría por su curso rocoso. Podía sentir cómo hormigueaba la Marca de Set. Casi parecía feliz de que hubiesen desatado su poder.

Se sentía ebrio, mareado. ¡Estaba enviando su magia a medio país de distancia! ¿Qué otro hechicero podría hacer algo así?

—¡Anok! ¿Qué hago ahora?

Se entusiasmó ante aquella maravilla. ¡Magia a distancia!

—¡Anok! ¿Qué hago?

Su voz surgió en un gruñido.

—¡Por mí te puedes morir!

¡No! Eso no era lo que quería. Había hecho esto por un motivo.

—¡Muévete, si valoras tu vida! ¡Sal del templo mientras puedas!

—Todavía me están rodeando.

—¡Haz lo que te digo!

De repente, parecía tan asustado de Anok como de las serpientes.

—Si tú lo dices. —Hubo una pausa—. ¡Se repliegan ante mí! Mientras me muevo hacia ellas ¡se apartan!

—Claro que sí. ¡Les da miedo mi poder!

—Anok, ¿te encuentras mal? No suenas muy bien.

—¡Nunca he estado mejor! ¿No sientes el poder en tu mano? ¡Poder que yo te he enviado! Eres un tipo afortunado al poder servirme, Rami.

—Sobre este asunto de «servir»…

Anok experimentó un súbito momento de claridad y se dio cuenta que esos últimos minutos la Marca de Set había estado hablando tanto como él.

—¡Rami, muévete más de prisa! Tienes que salir de ahí rápido. ¡No sé cuánto tiempo podré seguir con esto!

—¿Anok? ¿Eres tú, viejo amigo, hermano?

El sudor le corría por la frente y le caía en los ojos.

—¡De prisa!

—¡Voy lo más rápido que puedo!

Anok se dio cuenta de que el corazón le latía con fuerza y respiraba con dificultad. Tenía que contener a las serpientes hasta que Rami estuviera a salvo fuera de los conductos de ventilación.

—¿Cuánto falta?

—No mucho. Ya no las veo frente a mí. Creo que entraron en un pasadizo lateral, pero ¡siguen detrás de mí!

—¡Rápido! —La cabeza le palpitaba de dolor y le costaba respirar.

—¡Estoy en la entrada! Pero tendré que meterme el cristal en el bolsillo para agarrar la cuerda.

—En ese caso —respondió Anok, jadeando—, te sugiero que agarres la cuerda primero, metas el cristal en el bolsillo y luego saltes antes de que te atrapen.

—Sí. Sí. Puedo hacerlo.

La imagen se sacudió; a continuación, cambió bruscamente y se volvió negra.

Rami saltó, pero fue Anok el que de repente descendió en caída libre.

Cuando el shemita se introdujo el cristal en el bolsillo, fue como si el circuito se hubiera roto.

El flujo de poder que atravesaba el cuerpo de Anok pareció partirse de pronto e invertirse.

Su cuerpo se convulsionó mientras el cristal se oscurecía.

Cayó hacia adelante, de frente sobre la cama, incapaz de moverse, distante de su cuerpo de alguna manera extraña.

Le pareció ir a la deriva, hacia arriba y lejos.

Débilmente, pudo oír la voz de Rami.

—¡Anok! ¿Sigues ahí? ¡Anok!

Pero se encontraba demasiado lejos para responder, y demasiado entumecido para que le importara. Observó su cuerpo desde la distancia, mientras su espíritu parecía alejarse con el viento.

Rami se deslizó por la cuerda y aterrizó suavemente a cuatro patas. Apenas podía ver en medio de la oscuridad, pero sabía que eso únicamente significaba que otros tampoco podrían verlo a él. El corazón le latía con fuerza mientras esperaba a ver si oía a las serpientes, pero parecía que se habían quedado en los confines del conducto de ventilación. Anok sabía lo de las serpientes. ¿Por qué no se lo había advertido?

Naturalmente, le había dicho que se mantuviera lejos del templo; pero cuando se enteró de que Anok había penetrado en sus profundidades —con todos esos tesoros—, ¿cómo pudo haber pensado que él no intentaría colarse? ¡En serio!

Rami se quedó inmóvil al oír voces lejanas hacia la parte delantera del edificio. ¡Custodios!

Manteniéndose agachado, se alejó del templo, las suaves zapatillas de cuero que llevaba amortiguaban sus pasos. Se encontraba a unos cincuenta pasos del edificio cuando se dio cuenta de que la cuerda seguía allí colgando. Si los guardias no la encontraban antes, sin duda la descubrirían al amanecer.

¡Por los codos de Bel!, ¿en qué había estado pensando? Estarían buscándolo y él no se atrevería a intentar salir de la ciudad interior hasta que se hiciera de día.

Suspiró y siguió corriendo. Ahora no se podía hacer nada al respecto. Salió de la plaza, giró hacia una calle lateral y luego entró en el callejón más cercano, siguiendo una ruta que había trazado con cuidado aquella tarde. Giró a la izquierda hacia otro callejón, a la derecha en otro más y, de pronto, tropezó con una rata.

El animal chilló y se escabulló con rapidez. Rami cayó y rodó. Se puso en pie rápidamente de un salto, pero hizo demasiado ruido en el proceso.

Corrió un poco más hasta que casi choca contra el muro de un callejón sin salida.

«¡Me salté un giro!»

Volvió sobre sus pasos, forzando la vista en medio de la oscuridad, siguiendo las paredes con los dedos, contando ventanas y puertas. Localizó el callejón correcto y entró con rapidez, siguiendo un ligero olor a fruta a medio pudrir y cabezas de pescado.

Al final del pasadizo encontró su destino: una leñera medio vacía detrás de una tienda de comida, con la mayor parte de su contenido amontonado delante. Pasó con cuidado por encima de la leña apilada y se dejó caer en un hueco en la parte de atrás.

Un gato le bufó antes de salir corriendo. Rami se agachó en la oscuridad y

esperó atento algún signo de persecución.

Esperó un largo rato.

Al final, convencido de encontrarse a salvo por el momento, cerró los ojos, respiró hondo y dejó salir el aire a través de los labios. Pensó en aquellas serpientes blancas avanzando retorciéndose hacia él, como una ola de muerte ascendiendo por la playa.

De repente, se sintió débil y tembloroso. El corazón le latía con fuerza y estaba sin aliento. Se le ocurrió de pronto lo cerca que había estado de morir. Sólo un milagro lo había salvado. Un milagro llamado Anok.

Pensó en el cristal que llevaba en el bolsillo. Anok querría saber que seguía con vida. Si podía enviar magia a través del cristal, tal vez pudiera enviar algún tipo de hechizo de ocultación, algo que lo mantuviera a salvo hasta que pudiera escapar de la ciudad interior.

Rami se metió la mano en el bolsillo y localizó el cristal frío y suave. Para su sorpresa, el objeto estaba oscuro. Lo frotó con la manga.

—Anok —le dijo—. Anok, ¿estás ahí?

No hubo respuesta.

—¡Anok!

Nada.

«Puede que haya salido un momento», razonó en su interior.

Rami se deslizó hasta sentarse en la tierra fría y apisonada del fondo de la leñera. Con cuidado, sostuvo el cristal en equilibrio sobre un trozo de leña que sobresalía frente a él.

Se sentó allí, esperando a que el cristal se iluminara, a que la voz de Anok le hablara.

En algún momento, comenzó a dormitar.

Aún seguía esperando cuando la primera luz roja del amanecer encontró la puerta de la leñera.

16

Anok estaba de pie como una estatua en el Mar de Arena, los granos arrastrados por el viento se amontonaban alrededor de sus piernas. Permaneció indiferente, contemplando el lejano horizonte, durante lo que parecieron mil años.

Entonces se oyó un crujido, el sonido seco y hueco de hueso chocando contra hueso, y Parath apareció deslizándose ante sus ojos. El esqueleto muerto parecía animado por medio del fuego, las costillas vacías estaban llenas de llamas que le ascendían por el cuello y salían por la boca abierta y las cuencas vacías de los ojos.

La serpiente se arrastró alrededor de él, llevaba en alto la parte delantera del cuerpo de modo que su cráneo se encontraba mucho más arriba de la cabeza de Anok. Parecía estar inspeccionándolo.

El acólito se sentía nervioso, asustado, pero no se movió. Era una estatua, tan inmóvil como lo había estado Parath una vez.

Al fin, la serpiente habló.

—Has conseguido poder, Anok Wati. Le has robado su poder a Set, como estaba seguro que harías. Sin embargo, te resistes a él. ¿Por qué?

No habló. Era una estatua.

—Si vas a usarlo para servirme, ¡debes convertirlo en parte de ti! ¡Debes aceptarlo! ¿Por qué luchas? ¿Por qué te resistes? ¿Por qué usas tu poder únicamente para servir a tus supuestos amigos? ¿Por qué no lo usas para servirte a ti mismo?

La serpiente ósea se arrastró más cerca de él, sus espirales iban dejando huellas curvas en la arena arrastrada por el viento. Bajó la cabeza, hasta que Anok se encontró mirando directamente hacia la boca abierta y los pozos llameantes de sus ojos.

—¡No niegues tu sed de poder! ¡No niegues que te entusiasma, que disfrutas de ella! Todos los hombres comparten esta ansia. Todos los hombres pueden ser corrompidos, incluso los más virtuosos. ¡No le tengas miedo! ¡El poder te ha elegido! ¡Hazlo tuyo!

Parath pareció desvanecerse en la arena en movimiento y Anok se quedó allí otros mil años, hasta que la arena movida por el viento le subió por el cuerpo y, al final, le cubrió los ojos, sumiéndolo en la oscuridad.

La oscuridad adquirió algún tipo de forma, de sustancia, y se dio cuenta de pronto de que le cubría el rostro y la boca como una mortaja. Sintió un pánico

repentino y notó con cierto alivio que había recuperado la capacidad de moverse.

Se sacudió con furia y gritó, intentando arrancarse el capullo que lo atrapaba.

Había luz, y unas manos fuertes lo volvieron a empujar hacia algo suave.

—Teferi —exclamó la voz de Fallon—. Creo que la fiebre ha remitido.

Anok respiró con dificultad, estiró la mano y le agarró el antebrazo con tanta fuerza que la mujer se estremeció.

—¿Cuánto tiempo?

La bárbara bajó la mirada hacia él con una mezcla de preocupación y sorpresa.

—Cuatro días y cuatro noches desde que te vino la fiebre. —Se humedeció los labios. Parecía cansada, como si no hubiera dormido desde hacía mucho tiempo—. Los curanderos no sabían decirnos qué te pasaba. Temíamos que murieses.

Teferi entró en la habitación, lanzándole a Fallon una mirada de desaprobación al hacerlo.

—Ella tenía miedo por ti. Y o sabía que simplemente era una fiebre, nada más.

La afirmación sonó falsa, y Anok sospechó que el kushita únicamente estaba intentando protegerlo de la verdad. Casi había muerto, o eso les había parecido a sus amigos.

Sin embargo, incluso mientras pensaba en ello, sabía que no era cierto. No había habido ningún peligro para su cuerpo. La Marca de Set lo curaría de cualquier enfermedad. Incluso ahora podía sentir cómo el poder le ascendía por el brazo. Aquel sueño de muerte se había debido al cansancio causado por la gran magia necesaria para salvar a Rami, un tiempo de recuperación y restablecimiento.

Parpadeó. Si sus compañeros pensaban que sólo había padecido una fiebre, entonces no podían saber que había hablado con Rami, ni lo que había hecho. Tras considerarlo un momento, decidió dejarlo así.

¿De qué serviría compartir la información con ellos? Teferi simplemente se preocuparía, como sucedía con todo lo mágico, y Anok no sabía qué significaba todo aquello. ¿Por qué había enviado Ramsa Aál a Dejal a traer los huesos de Parath desde el desierto? ¿Se le había aparecido de verdad Parath en el sueño?

Quizá era sólo eso, un sueño. O quizá, pensó con tristeza, se trataba de la primera grieta en su cordura, del primer signo de que la hechicería lo estaba llevando a la locura.

Se incorporó, sintiéndose descansado, fuerte y muerto de hambre. No se sentía menos cuerdo ni más corrompido, aunque no estaba seguro de saberlo si ése fuera el caso. Sin embargo, había sufrido resacas mucho peores.

«Esto no es tan malo. Tal vez no debería tenerle tanto miedo a la gran magia si me puedo recuperar con tanta facilidad».

Se puso en pie, encontró su ropa y comenzó a vestirse.

Teferi lo observaba con inquietud.

—¡Deberías volver a la cama! ¡Hace sólo unas horas estabas casi muerto!

El acólito lo miró y sonrió.

—Pensaba que habías dicho que me encontraba bien, que Fallon era la única que estaba preocupada por mi vida, ¿no?

El kushita frunció el entrecejo.

—Puede que no fuera del todo sincero. ¡Deberías descansar!

Anok siguió vistiéndose y se fijó en que Fallon lo había estado observando con apreciación. La miró a los ojos y sonrió.

La mujer bárbara parecía…, no avergonzada (Anok no estaba seguro de si la naturaleza bárbara era capaz de ello), sino como si la hubieran sorprendido cogiendo fruta del árbol del rey. Sin embargo, tras un momento, ella le devolvió la sonrisa con picardía.

—Creo que de verdad se siente mejor, Teferi. Tal vez deberías confiar en él en este tema.

El kushita suspiró.

—Muy bien, entonces. ¿Te sientes lo bastante fuerte como para ir a una taberna a comer? Puedo mandar a buscar el carruaje de Barid.

El acólito negó con la cabeza.

—No está lejos. Puedo caminar.

Su amigo arrugó el entrecejo, pero no dijo nada.

—Teferi, de verdad que eres la madre que nunca tuve.

Fallon soltó una carcajada y Teferi se enfureció ante la broma.

A Anok no le importó.

Anok tampoco le reveló la verdad acerca de su misteriosa «fiebre» a Sabé, aunque el anciano erudito parecía tener dudas sobre la historia mientras se la contaba durante su siguiente visita.

—Me alegra que te vuelvas a sentir bien, aunque la naturaleza de tu enfermedad todavía me tiene intrigado.

El acólito siguió siendo evasivo.

—Puede que un guiso en mal estado fuera mi perdición o alguna enfermedad que pillara en la calle. He oído que hay extrañas enfermedades que llegan aquí desde el este, a través de la ruta de caravanas.

El anciano hizo un gesto de asentimiento.

—Es cierto, aunque lo repentino de tu recuperación es poco corriente en ambos casos. ¿Estás seguro de que la magia no tuvo algún papel en tu curación?

Anok se encogió de hombros. Entonces recordó que el anciano no tendría forma de sentir el gesto y respondió.

—¿Quién sabe? Mi uso de la magia en el pasado ha sido algunas veces inconsciente e instintivo. Puede que, en medio de la fiebre, haya causado sin darme cuenta algún hechizo sanador. De hecho, eso debe de ser. ¿De qué otra forma se puede explicar mi recuperación?

Sabé seguía sonando escéptico.

—Claro, ¿de qué otra forma?

Dejó correr la discusión y volvió al asunto que tenían entre manos, situando con cuidado una serie de tablillas sobre la mesa frente a él.

—Siguiendo con ello, puede que haya llegado el momento de que aprendas esos rituales de recuperación y restablecimiento de los que hablamos. —Pasó los dedos sobre la parte superior de una de las tablillas—. Según los escritos de Neska, el antiguo hechicero de la Atlántida, un hechicero puede limpiarse de corrupción mediante…

—Tal vez podríamos guardar eso para otro día —interrumpió Anok—. En este instante me interesan más los grandes hechizos de poder, hechizos que se puedan utilizar para luchar contra un enemigo hechicero. Se dice que vos conocéis hechizos perdidos en el tiempo, que ningún hechicero esperaría y que pocos pueden resistir.

El erudito arrugó el gesto.

—Ése no era nuestro plan. Deberías aprender los rituales de restauración primero.

Anok soltó una carcajada.

—No estoy planeando usar los hechizos. Al menos, todavía no, y nunca lo haré salvo en las circunstancias más extremas.

—No sé si…

—Sabé, os pago para que me ayudéis a aprender a luchar contra las fuerzas de Set. ¡Yo me ocuparía de ese asunto primero!

El anciano respiró hondo y dejó salir el aire por la nariz. Tras unos segundos, comenzó a amontonar las tablillas que acababa de desplegar sobre la mesa y las reemplazó por el contenido de otra pila.

—Muy bien, entonces. Si insistes, consideremos los escritos de Marti, el ermitaño vendhio…

Sintiéndose satisfecho de estar al mando de la situación, Anok no pudo evitar sonreír, y se alegró de que el anciano erudito no lo pudiera ver.

17

La vida en Kheshatta cayó en una especie de rutina, una rutina que fue dejando a Anok cada vez más aislado de sus amigos. La mayor parte de las mañanas, se levantaba temprano, tomaba un rápido desayuno y se dirigía a casa de Sabé, normalmente con Fallón o Teferi de escolta.

Allí, comenzaba su tutelaje acerca de los hechizos arcanos y antiguos que sólo conocía Sabé. Aunque Teferi se quedaba a menudo la mayor parte del día, Fallón se marchaba en cuanto terminaban sus deberes de escolta.

A pesar de que Anok descubrió que le gustaría pasar más tiempo con ella, la inquieta sangre bárbara de la mujer le pedía que errase. Fallón pasaba el día explorando las calles y tabernas de la ciudad de los brujos, tentadoras aventuras para las que él no tenía tiempo. Más de una vez había regresado llena de sangre y magulladuras, y siempre con una cruel sonrisa de triunfo en el rostro.

Aunque Teferi también pasaba tiempo en las tabernas, se había hecho muy amigo de Sabé. A pesar de que seguía existiendo una tensa formalidad entre Sabé y Anok, tal barrera no existía entre el viejo erudito y el gigante kushita. Teferi estaba encantado de pasarse los días haciendo recados y ayudando a Sabé.

Puede que lo que le resultase más molesto a Anok fueran las clases de lectura tantas veces retrasadas. Mientras él estudiaba los antiguos textos, luchando por extraer de ellos algunas migajas de poder, Sabé le enseñaba pacientemente a Teferi a leer no sólo estigio y aquilonio, sino los rudimentos de las antiguas lenguas de sus tablillas, un secreto que no había compartido con ningún hombre, ni siquiera con Anok.

Así que, a pesar de estar rodeado por los demás, el acólito se encontraba cada vez más solo con sus pensamientos, y éstos no resultaban una compañía agradable. La Marca de Set llenaba sus sueños de perturbadoras visiones de sangre, sacrificio y muerte; y, a medida que pasaba el tiempo, esas imágenes se introducían en sus pensamientos incluso cuando estaba despierto a menos que se mantuviera constantemente alerta.

No compartió su creciente miedo con nadie, y siguió guardando en secreto su comunicación con Rami. El miedo únicamente aumentó el enconado rencor que sentía hacia aquellos que lo rodeaban.

Sólo alguna que otra vez disfrutaba de un momento de claridad, y entonces se daba cuenta de que sus amigos siempre le habían sido leales y de que era él

quien se había separado de ellos, descendiendo por alguna oscura senda de la que tal vez no regresase.

Una vez a la semana volvía al templo para recoger su oro y consultar con Kaman Awi. Ahora veía la auténtica naturaleza del Sumo Sacerdote, la corrupción que pudría su alma. A pesar de su actitud torpe y cordial, el sacerdote era completamente despiadado en su búsqueda de poder y conocimiento. Sólo había que escuchar los gritos que surgían de las salas de los cirujanos para darse cuenta de ello.

Pasaron dos semanas antes de que pudiera volver a ponerse en contacto con Rami. Cada noche desde que hubo despertado de la fiebre, en la intimidad de su habitación, sacaba el cristal y llamaba a Rami, pero no había respuesta. Había empezado a pensar que había rescatado al ladronzuelo de los defensores comedores de carne del templo únicamente para que cayera en manos de sus protectores humanos. Si era así, sin su intervención, Rami habría muerto hacía tiempo.

Por lo que resultó una sorpresa cuando, una noche, el rostro de Rami apareció por fin en las profundidades de la bola de cristal.

—¡Rami! ¿Dónde has estado?

—Perdón, Anok. Tras escapar de esas diabólicas serpientes del templo, me entraron unos temblores y no se me iban. Así que me corrí una juerga de cuatro días, arrastrándome por todas las tabernas entre la orilla del puerto y las murallas de la ciudad interior. Y entonces… —Rami vaciló. Su expresión era de pena.

Anok frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurrió, Rami?

El shemita tragó saliva.

—Yo… perdí el cristal. Es decir, no estaba perdido de verdad. Simplemente, no podía encontrarlo.

El acólito soltó un gruñido.

—¿Perdiste el cristal de visión?

—No podía encontrarlo. Volví sobre mis pasos, naturalmente. Pero había un montón de pasos, y dado que la mayoría de ellos eran tabernas y burdeles, no pude evitar disfrutar un poco por el camino. Al final encontré el cristal cerca del Gran Mercado, en el tocado de una puta con la que había pasado una tarde muy agradable la semana anterior.

—Estoy seguro de que era una chica muy especial, Rami. —Su voz rezumaba sarcasmo.

—Fue algo realmente memorable —respondió el otro con seriedad. Entonces, su expresión pasó a ser de confusión—. Si pudiera recordarlo. —Se encogió de hombros, como si todo el asunto no tuviera importancia—. En cualquier caso, no dejé de vigilar a Dejal para ti, aunque no me he acercado al templo.

Eso, al menos, era una buena noticia.

—¿Qué se sabe de él, entonces? ¿Lo estás vigilando ahora?

—Lo haría, pero se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Hace cuatro días trajeron al templo un carro especial, uno con muchas ruedas tirado por cuatro caballos, hecho para transportar algo largo y estrecho. Entró en el templo y salió después con un atado grande encima, largo y más grueso que el cuerpo de un hombre, pero que se estrechaba como si fuera…

—¡Una serpiente gigante!

«¡Han vuelto a montar los huesos de Parath!»

—Como si fuera una serpiente. Exactamente.

—¿Dices que se lo llevaron a alguna parte?

—Formaron una caravana. Ese carro, muchos camellos, Dejal, ese sacerdote, Ramsa Aál, y un montón de sus sirvientes, y se dirigieron al oeste por el camino hacia Kheshatta, hacia ti. Por eso me he estado esforzando tanto por ponerme en contacto contigo. El carro los retrasará, pero imagino que podrían llegar ahí en unos días.

Anok parpadeó sorprendido. ¡Ramsa Aál y Dejal venían a Kheshatta, y traían a Parath con ellos! ¿Qué podría significar eso?

Desesperado por conseguir información, Anok planeó su habitual viaje del segundo día al templo con la esperanza de encontrarse con Kaman Awi, no de evitarlo como de costumbre. Evidentemente, el Sumo Sacerdote y sus extraños estudiosos de la ley natural eran parte del plan de Ramsa Aál, aunque Anok no podía adivinar cómo exactamente.

Se despertó antes de lo normal; pero lo enfureció comprobar que Teferi ya se había levantado y había desaparecido, suponía que habría ido a casa de Sabé. Parecía que no podía esperar a que amaneciera para comenzar sus estudios con el erudito ciego.

La habitación de Fallon estaba vacía y Anok sospechaba que no había dormido allí, aunque resultaba difícil decirlo ya que nunca hacía la cama.

Llenó una bolsa con pan y dátiles para comer por el camino y, a continuación, salió a la calle. A mitad de camino, se encontró con Fallon, que se tambaleó hacia él entonando una canción desafinada en cimmerio. La mujer le rodeó el cuello con los brazos y se colgó de él; el aliento le olía a bebida. Le sonrió.

—¡Anok! ¿Qué estás haciendo aquí?

El acólito la miró con el entrecejo fruncido.

—Vivo aquí.

Ella miró alrededor.

—¡Yo también!

—¿Dónde has estado toda la noche?

La bárbara pareció sorprenderse.

—¡Dónde estoy cada noche! ¡Consiguiendo información!

—¿Es así como lo llaman ahora?

Fallon hizo un mohín.

—¡No! ¡No! ¡Hablo con la gente! ¡Averiguo cosas!

—¿Qué cosas?

Su compañera torció el gesto.

—Bueno, esta misma noche he oído dos cosas importantes. ¡Dos! —Se colgó sin fuerzas del cuello de Anok y sus ojos parecieron vidriarse.

—¿Fallon?

Se sobresaltó, y lo miró parpadeando.

—¡Anok! ¡Wati! —Soltó una risita tonta—. ¡Wati, Wati, Wati!

—Dijiste que habías averiguado cosas importantes.

La mujer bárbara levantó tres dedos frente al rostro del acólito.

—¡Dos cosas importantes! —Se le volvió a vidriar la mirada.

—¡Fallon! ¿Qué cosas?

Arrugó el entrecejo intentando recordar.

—Esto. Lo que oí. ¡Podría ser importante! —Torció el gesto, esforzándose en pensar. Entonces sonrió—. ¡Las arañas son veneno! —Soltó una risita y se dejó caer sobre él—. Hueles bien —murmuró.

—Eso ha sido muy útil, Fallon. Y ¿cuál era la otra cosa muy importante que tenías que decirme?

Levantó la mirada hacia él, seria.

—Espera. Ésa la recuerdo. Alguien está aquí.

—¿Quién está aquí?

Lo miró con seriedad y comenzó a soltar risitas tontas.

—¡Alguien! —Siguió riendo.

—Tengo que ir al templo.

La bárbara parpadeó y su expresión se volvió seria de nuevo. Se apartó de él, balanceándose de manera ostensible.

—¡Espera! ¡Voy contigo! —Señaló hacia la puerta principal de la villa—. Déjame coger mi espada.

Anok arrugó el entrecejo.

—Ya la llevas, Fallon.

La mujer pareció sorprenderse, luego bajó la vista hacia el cinto con asombro.

—¿De dónde ha salido esto? —Levantó la vista hacia Anok y comenzó a reír de nuevo. Se tambaleó hacia él y comenzó a manosearlo con torpeza—. ¡Quédate aquí! —Soltó una carcajada—. ¡Estoy tan borracha!

El acólito la apartó.

—Ve a echarte, Fallon. —Se dirigió hacia la calle.

La mujer lo observó marchar con una expresión de confusión en el rostro. A continuación, asintió con la cabeza y señaló hacia la casa.

—Voy a ir a tumbarme. —Luego, como si se diera cuenta por primera vez, exclamó—: ¡Estoy tan borracha!

Mientras se alejaba, Anok se preguntó si en esas últimas palabras había un matiz de tristeza en la voz de la bárbara.

Su humor había mejorado poco para cuando llegó al Templo de Set, mojado y muerto de frío. Menmaat, el oficial de los custodios que había conocido al llegar al templo la primera vez, estaba allí. Saludó a Anok en tono amable, pero éste sólo respondió con una mirada hostil y un gruñido.

—¡Anok!

Levantó la vista al oír su nombre y parpadeó sorprendido. Había esperado encontrarse más tarde con Kaman Awi. No había imaginado que el Sumo Sacerdote estaría esperándolo fuera del templo.

El sacerdote se encontraba frente a una hilera de cinco carros dorados tirados por blancos caballos de guerra estigios, bestias feroces y orgullosas, recién almohazadas. Intrincados estandartes de Set ondeaban desde las astas de cada carro, y un oficial de los custodios, vestido con armadura ceremonial ligera y sedas de vivos colores, conducía cada uno de los vehículos.

Soldados de a pie con una vestimenta similar permanecían en posición de firmes cerca de los carros junto a un grupo de acólitos y sacerdotes, todos ataviados con túnicas de seda de la mejor calidad.

Anok se aproximó a Kaman Awi, haciendo una reverencia mientras se acercaba.

—¿Me habéis llamado, maestro?

—¡Sí, sí! ¡Deja de hacer reverencias! ¡Déjame verte! —Retrocedió un paso y lo miró de arriba abajo—. ¡Estás hecho un desastre! —Se dio la vuelta y observó a los acólitos que estaban esperando—. ¡Tú! —Señaló a un sorprendido joven novicio—. Pareces de su misma talla. ¡Entrégale tu túnica!

El novicio pareció sentirse horrorizado y se quedó inmóvil.

Kaman Awi agarró un ornamentado bastón de madera y metal, apretó un cierre en el centro y una bola dorada situada en la punta de una varilla de metal surgió del extremo con un chasquido. Con un único y rápido movimiento, tocó el dorso de la mano del novicio con la bola.

Se produjo un estallido, un destello azul, y el novicio soltó un grito y retrocedió de un salto sacudiendo la mano.

Kaman Awi sonrió de oreja a oreja.

—¡Escucha cuando te hablo, novicio! —Se inclinó hacia Anok y le dijo en un susurro—: He estado trabajando con mis tarros de rayos. ¿Te gusta mi juguete?

El joven observó mientras el novicio se sacaba frenéticamente su inmaculada túnica exterior y se la pasaba a Anok. Este se sacó la estola y la bolsa y se cambió de túnica, pasándole la sucia al novicio. Sintió que estaba llamando un tanto la atención al mostrar las armas que llevaba a la espalda,

normalmente ocultas por la túnica; pero a estas alturas, la mayoría de los que vivían en el templo se habían acostumbrado a la excentricidad.

Kaman Awi miró al novicio con desdén.

—¡Tienes un aspecto espantoso! Te quedarás aquí.

El confundido novicio se dio la vuelta y se escabulló a través de la entrada en forma de arco de regreso al interior del templo.

—Perdón, maestro Kaman Awi, ¿a quién vamos a ver?

El aludido volvió la vista hacia Anok y arqueó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que vas a ver a alguien?

Señaló hacia la hilera de carros.

—También podría preguntar si va a haber un desfile.

El Sumo Sacerdote sonrió pero no dijo nada.

—Evidentemente, el objetivo de todo esto es impresionar. Os preocupa mi aspecto; así que, obviamente, yo también debo impresionar. El carro del centro tiene una caja de seguridad encadenada al fondo, una señal de que llevamos algo de valor. Los custodios, entonces, cumplen una triple función: impresionar, protegernos a nosotros y proteger lo que sea que haya en esa caja. Por lo tanto, supongo que no vamos a salir a impresionar a la gente de Kheshatta con nuestras galas. Le llevamos algo valioso a alguien a quien esperamos impresionar, tal vez con la esperanza de conseguir su favor o, tal vez, con la intención de comprar o intercambiar algo, también de valor.

Kaman Awi esbozó una amplia sonrisa.

—¡Estupendo! Deducción y razonamiento. ¡Me gusta ver eso en mis acólitos!

Anok se encogió de hombros.

—A mí me parece bastante obvio.

—Te sorprendería saber cuántos novicios de los que vemos aquí fallarían esa sencilla prueba. Buscan poder como una polilla busca la llama, y todo movimiento, todo pensamiento, sigue esa única línea.

El joven consideró sus palabras con cuidado.

—¿Vos no buscáis poder también?

—Todos buscamos poder, Anok Wati. Todos nosotros no somos más que polillas ante su llama. Pero el secreto es volar cerca sin quemarse, y esa senda nunca sigue una línea recta. Ese camino sólo ofrece dos posibilidades: alejarse cada vez más del poder o dirigirse directamente hacia el centro de destrucción. Ver y simplemente moverte es el camino de un tonto. Pensar tu camino antes de dar un paso: ésa es la senda del poder.

—Lo tendré en cuenta —respondió Anok.

—Asegúrate de que así sea. Sube al carro. —Sin pensar, le dio un golpecito en el hombro con el bastón.

El joven dio un respingo, pero no ocurrió nada.

El sacerdote sonrió con timidez.

—Lo siento. Tras cada descarga debe recargarse por medio de un mecanismo oculto en el fondo del carro, que a su vez se abastece del movimiento del eje al girar.

Subió con cuidado al carro junto a Kaman Awi. Un par de soldados se apretaron a su lado, aunque Anok trató de mantenerse lejos del bastón de rayos. Observó mientras el sacerdote tiraba de una palanca en el lateral del bastón, retrayendo la bola y la varilla de nuevo en el interior de su escondite; a continuación, introdujo la base del bastón en encaje del suelo donde se sostuvo por su cuenta. Al colocar el objeto en su sitio, oyó un pequeño chasquido y captó un olor a aire quemado.

Kaman Awi notó su interés con satisfacción.

—Ahora mismo sólo es un juguete, pero imagina la muralla de la ciudad con cientos de éstos, cien veces más grande que éste, ¡mil veces más potente! Imagina si el Culto de Set pudiera descargar rayos a voluntad sobre los bandidos y los asaltantes. Nuestro poder sobre Kheshatta volvería a ser absoluto, como debería ser, como lo era antaño. ¿Puedes imaginarte lo que sería descargar rayos sobre tus enemigos, joven acólito?

Anok no dijo nada, pero no tenía que imaginárselo. Recordó su primer gran hechizo y la ruina humeante en que se convirtió la guarida de la banda de los Escorpiones Blancos en Khemi. Sin embargo, ese hechizo casi lo mata, casi lo vuelve loco. La hechicería tenía su precio, y tal vez eso era lo único que salvaba al mundo de ser reducido a tal ruina.

Kaman Awi planeaba liberar semejante poder accionando un cierre, liberar los rayos con la misma indiferencia con que un hombre podría disparar una flecha. En ese caso, ¿qué podría salvar al hombre de su propia locura? ¿Cómo sobreviviría el mundo? Se estremeció. Había males aún mayores que los hechizos de poder y los antiguos dioses.

El Sumo Sacerdote hizo una señal con la mano y los carros se pusieron en marcha con gran estruendo, rodearon el patio delantero del templo, atravesaron las puertas y salieron a las calles de la ciudad.

Mientras pasaban, la gente se paraba a mirar, algunos con asombro, otros con miedo y otros con ira. Algunas veces les lanzaban cosas: comida podrida, piedras y otras cosas menos agradables recogidas de la calle; pero cada vez el proyectil se detenía antes de tocar los carros y rebotaba, como si chocara contra una pared invisible.

—Un hechizo sencillo realizado por los acólitos situados en los carros de la parte delantera y trasera —explicó Kaman Awi—. Estos no son nuestros auténticos enemigos. La plebe de Kheshatta elige bandos, como los espectadores eligen un camello favorito en una carrera. Ninguno de nuestros auténticos enemigos se atrevería a atacarnos de forma tan directa por una razón tan nimia. Saben que la represalia sería enorme.

—¿Por qué tenemos tantos enemigos aquí? ¿No le pertenece toda Estigia a

Set?

Kaman Awi soltó una risita.

—Ése es parte del motivo por el que te he traído, Anok, la otra razón es que quiero contar con tu poder a mi lado. Es hora de que aprendas cómo funcionan las cosas en Kheshatta, y esta misión será una buena lección.

Rodaron al norte a través de las calles, hacia las imponentes laderas de las montañas cubiertas de bosques.

—Este lugar es una encrucijada de numerosos caminos de caravanas con abundante comercio, Anok. Es exuberante y fértil para el cultivo de las plantas de los fabricantes de venenos, y los desiertos que rodean este lugar están llenos de templos y ruinas antiguos, donde se pueden encontrar objetos de poder. Las propias montañas tienen vetas de metales (latón, cobre, hierro) con los que se pueden elaborar armas. Y el mismo lugar en sí es rico en potencial para la hechicería. Aquí se pueden hacer cosas que no se pueden hacer en ningún otro lugar. Aquí se pueden deshacer cosas que no se pueden deshacer en ningún otro lugar.

—Así que todo el mundo quiere este lugar, ¿no?

—Cada culto, cada facción, cada ejército, cada nación, y puesto que todos lo codician, ninguno puede tenerlo de verdad. Aunque se encuentra dentro de las fronteras de Estigia, no es estigio en absoluto. Pero tampoco es kushita, ni shemita, ni keshanio. Lo compartimos todos mientras lo protegemos de los demás. —Señaló hacia las laderas de las montañas—. Hoy vamos a llegar a un acuerdo con otra de esas facciones: los fabricantes de venenos.

Las casas de la ciudad estaban comenzando a espaciarse, dando paso a propiedades amuralladas rodeadas de árboles. El aire era húmedo y fresco, lleno de olor a agua y a plantas exóticas. Corrían arroyos a lo largo de cauces a ambos lados del ahora serpenteante camino, y a menudo cruzaban pequeños puentes sobre riachuelos más grandes. Las aves lanzaban llamadas desde la vegetación y los insectos pasaban zumbando, saliendo rebotados de vez en cuando al chocar con el dosel mágico del desfile.

—He oído hablar mucho de los fabricantes de venenos —comentó Anok—; sin embargo, siento que prácticamente no sé nada.

Kaman Awi resopló con desdén.

—El señor envenenador con el que vamos a encontrarnos, Sattar, es típico de los de su clase. Es propietario hereditario de su plantación y la defiende por medio de la fuerza y la coacción. Es un matón y un idiota, que valora más el oro que el auténtico poder.

—Pero dijisteis que los fabricantes de venenos poseían conocimientos que deseabais para vuestro templo.

—Aquellos que se ocupan de las plantas especiales, los que mezclan las hierbas sagradas y preparan las pociones, a ésos los valoramos, pero son poco más que ganado para la gente como Sattar, alguien a quien utilizar y matar

cuando le conviene y le apetece.

«¿Como vuestros acólitos y discípulos?», pensó. Pero Anok se contuvo, pensando únicamente que cualquiera que intentara negarle el poder supremo al Culto de Set no podía ser malo del todo.

Los árboles se volvieron más espesos y el camino giraba de aquí para allá mientras ascendía por la ladera cada vez más empinada. Pasaron junto a caravanas de mulas de carga. Algunas transportaban haces de plantas secas; otras, vasijas y frascos cerrados, y todas iban acompañadas de guardias con armas y armadura montados a caballo.

Al final, encontraron un alto muro de piedra autóctona y lo recorrieron un trecho hasta llegar a una pesada puerta de hierro vigilada por numerosos hombres armados. Los guardias abrieron las puertas para que pasaran los carros y les hicieron señas para que entraran.

A lo lejos, entre los árboles, Anok pudo ver un enorme palacio construido sobre un precipicio. Seguramente ofrecía unas vistas espectaculares de la ciudad y del lago situados debajo. Probablemente incluso se podía ver el otro lado de la frontera con Kush desde aquí, y quizá incluso permitiera alertar con antelación ante ataques de bandidos y asaltantes.

Algo pasó zumbando junto a Anok. Un insecto furioso tal vez.

¿Un insecto?

Aferró a Kaman Awi por la manga, pero el aviso llegó demasiado tarde. El conductor del carro se desplomó, así como los custodios que los flanqueaban. Sin la tensión en las riendas, los caballos aflojaron el paso hasta detenerse.

Anok miró hacia adelante y hacia atrás. Todos los custodios habían caído. Sólo quedaban los sacerdotes y los acólitos. Trató de coger las espadas mientras Kaman Awi se agazapaba tras el revestimiento del carro con el rostro rojo de ira.

—¡Esos holgazanes bastardos de Ibis! ¡Les dije que mantuvieran el hechizo hasta que estuviéramos en el palacio!

De repente, todos los árboles y arbustos que los rodeaban parecieron crujir y separarse a la vez. Hombres armados, hombres rudos y peligrosos, aparecieron de todas partes. Los rodearon un centenar o más de soldados, con las espadas desenvainadas. Uno entre ellos, un hombre alto y moreno con una barba puntiaguda y la cabeza afeitada, se adelantó y envainó la espada.

Le sonrió a Anok.

—Soy Sattar, señor envenenador de la plantación Orkideh. Os doy la bienvenida.

18

Kaman Awi atisbo por encima del revestimiento del carro. Los ojos le centelleaban en dirección a Sattar.

—¿Qué significa esto? Venimos a hacer negocios, de buena fe, y vos abatís a mis custodios con vuestras artimañas, ¡sin ningún motivo!

Sattar se rio. Su risa era como un estruendo desde el fondo del pecho, como el movimiento de un volcán.

—No, había una intención, al igual que había una intención para que vinierais en carros dorados, con magníficas sedas y banderas ondeando para vuestro amado dios serpiente. Esperabais causar impresión. —Sonrió con astucia—. Pero ¡sé que yo os he causado mayor impresión!

—¿Matando a mis soldados?

Sattar soltó una carcajada.

—Poneos en pie como un hombre, sacerdote. No os haremos daño. Esto no era más que una demostración.

Kaman Awi se levantó con cautela, alzando las manos con indiferencia al hacerlo.

—Vuestra gran magia no funcionará aquí. Un río subterráneo fluye bajo este lugar y las sales disueltas en él extraen la mayor parte de la energía mágica y la llevan hasta el lago situado mucho más abajo. Resulta irónico que precisamente lo mismo que os vuelve tan débiles aquí pueda ser parte de lo que hace que vuestro maestro ThothAmon sea tan poderoso en su fortaleza.

Los ojos de Anok se abrieron de par en par. Podía sentir que era cierto. Incluso la Marca de Set parecía fría y muerta sobre su muñeca. Aquí únicamente funcionaría la magia menor, y eso significaba que los acólitos no habían sido negligentes al realizar el hechizo. La magia los había abandonado al entrar en este lugar. Con razón los antepasados del señor envenenador habían decidido construir su palacio aquí.

Sattar sonrió.

—Irónico, también, que este arroyo y sus sales sean la fuente del raro elixir que buscáis.

El fabricante de venenos hizo una seña a sus hombres para que guardasen las armas. Por primera vez, Anok se fijó en una clase diferente de soldados que permanecían detrás de los otros: kushitas, delgados como postes y aún más altos que Teferi. No llevaban armas a la vista, aparte de un largo bastón de brillante bambú decorado con plumas en un extremo y una bolsa de cuero que

cada hombre llevaba alrededor del cuello.

Sattar se aproximó al carro, extendió la mano con cuidado hacia uno de los caídos y arrancó del cuello del hombre un diminuto dardo de bronce rematado con un penacho de plumas. Lo sostuvo en alto para que lo vieran.

—Mi brebaje especial. Estos hombres se despertarán en una hora más o menos, descansados y contentos. Si queréis, después podréis azotarlos por su fracaso. —Hizo otra señal y un soldado se acercó a cada carro—. Mis hombres os llevarán el resto del camino hasta mi palacio y se ocuparán de vuestros custodios hasta que despierten. ¿Habéis comido? Mi gente os ha preparado un desayuno.

El interior del palacio resultó una sorpresa para Anok. En la mayor parte de Estigia, la madera era poco común y cara. Las casas de los ricos estaban hechas de piedra; las de los muy pobres, de adobe y estuco, y las de un término intermedio, de ladrillo cocido y bloques moldeados. La madera se utilizaba en puertas, contraventanas, adornos y refuerzos donde no se podía emplear nada más. El bambú era aún más raro.

Aquí, todo el interior estaba cubierto con abundante madera noble y bambú, barnizados y lustrados para resaltar la belleza de la veta. A través de todas las ventanas se podían observar extensos panoramas de verdor, y tiestos llenos de plantas desconocidas y exóticas cubrían los alféizares, se alzaban en los lugares soleados y colgaban de ganchos del techo. Ningún castillo ni templo le había parecido tan magnífico.

Se había desplegado un banquete para ellos en una larga mesa. Frutas y verduras extrañas y llenas de color habían sido ingeniosamente cortadas y presentadas en bandejas; un arco iris de verdes, amarillos, naranjas y rojos.

Sirvientes carentes de expresión en el rostro permanecían detrás de la mesa con abanicos para ahuyentar a las moscas e insectos. De hecho, la mayoría de los sirvientes que Anok había visto al entrar a la casa tenían la misma expresión vacía y dichosa. Parecían drogados, y el acólito sospechaba que lo estaban.

Los sirvientes de Set observaban con curiosidad la variedad de manjares, pero ninguno estaba dispuesto a consumirlos.

Sattar los miró un momento.

—¿No tenéis hambre?

Kaman Awi lo fulminó con la mirada.

—Sois un fabricante de venenos.

El otro hombre se rio a carcajadas. Señaló a uno de los acólitos.

—Tú, elige algo de la mesa, lo que sea, y me lo comeré. ¡Vamos!

El acólito miró a Kaman Awi, luego agarró un pedazo de melón y se lo pasó a Sattar.

Este examinó el trozo color naranja unos segundos, entonces lo lanzó al aire y lo atrapó con la boca, masticó con avidez y se lo tragó. Sonrió.

—¿Veis?

—Quizá tengáis un antídoto —repuso Kaman Awi.

La sonrisa se desvaneció. Miró al acólito que le había pasado la fruta.

—Si quisiera matarlo, habría absorbido el veneno por la piel. Ya estaría muerto.

Con los ojos como platos, el acólito se examinó las yemas de los dedos; a continuación, se las limpió frenéticamente con la túnica.

—Sin duda, si quisiera mataros, ya habríais muerto una docena de veces. Habéis venido a hacer negocios. No hay beneficios en mataros. ¿Ninguno de vosotros es lo bastante valiente como para degustar las frutas de nuestra plantación?

Anok se acercó a una fuente de trozos verdes y con forma de estrella que chorreaban jugo. Eran las piezas más raras de la mesa. Cogió un pedazo y se lo llevó a la boca con cuidado. La pulpa era dura y ácida, pero no desagradable. Mientras masticaba, el sabor se volvió dulce y almizcleño. Se trataba de una experiencia interesante y, por el momento al menos, no estaba muerto.

De pronto, se dio cuenta de que los poderes sanadores de la Marca de Set probablemente le resultasen inútiles aquí. Si de verdad había veneno en la fruta, no contaba con ninguna defensa. Si embargo, estaba seguro de que Sattar decía la verdad. Si hubiera querido que muriesen, estarían muertos.

—Muy bueno —le comentó a Sattar—. El sabor es complejo y poco común.

Los otros observaron a su compañero; a continuación, uno por uno, tomaron corteses porciones de la mesa. Anok se fijó en que Kaman Awi fue el único que se abstuvo de probar la comida.

En cuanto fue evidente que habían terminado de comer, Sattar les indicó que lo siguieran a través de una puerta situada a la derecha.

—Venid. No sois la primera visita esta mañana. Es hora de que conozcáis a los otros.

Subieron dos escalones y salieron a una habitación mucho más amplia, con numerosas puertas en forma de arco que conducían a una galería que daba al lago y a las tierras situadas más allá. Un altísimo abeto estaba ingeniosamente situado para impedir ver la isla fortaleza de ThothAmon, como si se tratase de una mancha en el paisaje.

Salieron a la galería y Anok se fijó en un grupo de butacas de bambú situadas de espaldas a ellos. Había varios hombres sentados allí. Iban vestidos con vistosa ropa de seda bordada con oro. Llevaban gorros redondos y planos y el oscuro cabello les colgaba por la espalda en cuidadas trenzas. El acólito estudió los símbolos bordados en su ropa y, aunque no pudo leerlos, le resultaron familiares. Se le erizó el vello de la nuca.

Al oírlos acercarse, los hombres se pusieron en pie y se dieron la vuelta. Anok conocía sus rostros. Dos de ellos eran Dao-Shuang y Bai-Ling, del Culto de la Araña de Jade; los otros, los mismos miembros del culto que los

acompañaban aquel día en la calle.

Dao-Shuang miró a Anok a los ojos e inclinó la cabeza ligeramente, aunque no dijo nada.

El rostro de Kaman Awi enrojeció.

—Primero envenenáis a mis custodios y ahora me traéis aquí con estos… —chisporroteó como una olla hirviendo, buscando la palabra—, ¡estos extranjeros!

Sattar trató de parecer inocente, aunque era evidente que se estaba divirtiendo.

Anok estaba comenzando a dudar de la conclusión de Kaman Awi acerca del aprecio de Sattar por el poder. Había observado que el señor envenenador valoraba mucho el poder, disfrutaba usándolo. Simplemente, no se trataba de la misma clase de poder que Kaman Awi valoraba o entendía. En el mundo del fabricante de venenos, el sacerdote de Set estaba en franca desventaja.

—Habéis venido hasta aquí para ofrecer la negociación de un producto, al igual que estos honorables visitantes del este. —Un levísimo indicio de sonrisa le cruzó los labios—. Es interesante que ambos hayáis venido buscando el mismo artículo. Lamentablemente, sólo hay una botella en todo el mundo y mis maestros de brebajes han tardado años en prepararla.

Kaman Awi fulminó a Dao-Shuang con la mirada.

—¿Para qué queréis el Elixir de Orkideh?

—Curiosamente, no lo quiero para nada en particular. Tal vez use la botella para decorar mi estudio. Quizá sirva para mejorar el sabor del pescado. Simplemente, he oído que vuestro culto lo desea desesperadamente para utilizarlo en algún grandioso plan de poder y, por lo tanto, quiero negároslo. Hemos doblado el precio que habíais ofrecido.

—¡Entonces, lo volveremos a doblar! —exclamó Kaman Awi.

—No somos un pueblo rico —dijo Dao-Shuang—, pero también ofrecemos el doble.

El sacerdote soltó una risita, sonriendo con renovada confianza.

—Los cofres de Set son profundos. Ofreceremos más que vos, ¡sea cual sea el precio!

Sattar pasó la mirada de uno a otro.

—Hay otros factores a tener en cuenta.

Kaman Awi lo miró frunciendo el entrecejo.

—¿Qué factores? Nuestra oferta es la más alta. Nuestra oferta se hizo primero, ¿no es así?

—Sin embargo, el oro del Culto de la Araña de Jade llegó aquí primero. —Hizo una reverencia ante los hombres en un gesto de falsa humildad—. Un humilde agricultor como yo no podría arriesgarse a ofender a ninguno de vuestros poderosos cultos al elegir a uno antes que al otro. —Miró a Kaman Awi—. ¿De qué sirve el oro, si no voy a vivir para gastarlo? Debéis resolver este

asunto entre vosotros.

El Sumo Sacerdote parecía sentirse horrorizado.

—No puede haber acuerdo entre nosotros. Debemos obtener el elixir y no puede haber otra satisfacción.

—Bueno —respondió Sattar de una forma que sugería que había estado esperando este resultado, y probablemente deseándolo—, entonces tal vez podáis resolver el asunto mediante un combate, puede que uno de habilidad mágica.

Dao-Shuang lo miró con burla.

—La magia no funciona aquí. Ya nos lo habéis demostrado.

Anok se preguntó si Sattar habría llevado a cabo algo tan audaz con las Arañas de Jade como el ataque a los custodios.

—La gran magia —aclaró el fabricante de venenos—. Aquí aún funciona algo de magia menor hasta cierto nivel, y lo que propongo es una prueba de habilidad y concentración, no una lucha de hechicería a muerte.

Dao-Shuang fulminó a Kaman Awi con la mirada y éste se la devolvió, ceñudo.

—Eso podría ser aceptable. ¿Quién participaría en este combate?

—No lo sé. Puede que Kaman Awi y vos, como líderes de vuestros cultos…

—Tal vez deberíamos poner a prueba a los jóvenes guerreros de nuestros cultos, uno contra otro —terció Dao-Shuang—. Mi estudiante, Bai-Ling, es bastante competente, y sé que vuestro acólito, Anok Wati, promete mucho.

Kaman Awi lanzó una dura mirada Anok; obviamente sentía curiosidad por saber cómo sabían su nombre las Arañas de Jade.

—En ese caso, eso podría ser aceptable, siempre y cuando el combate no ofrezca una ventaja clara a ninguno de los dos bandos.

Sattar sonrió.

—Oh, éste es mi combate. Podéis confiar en que no habrá favoritismos. —Señaló unas escaleras que descendían hacia los jardines—. Habéis elegido a vuestros paladines. Ahora, ¡dejadme que os muestre mi jardín del dolor!

19

La comitiva, encabezada por Sattar, recorrió un sendero que serpenteaba a través de los terrenos del palacio, pasó por campos ajardinados de fragantes flores a las que daban sombra árboles frutales, luego descendió por una escalera hasta una llana plataforma de tierra, puede que de unos doscientos pasos de ancho, donde una serie de edificios de piedra y madera más sencillos se arrimaban a la ladera de la montaña.

Seguía habiendo muchas plantas aquí, aunque los arriates parecían tanto funcionales como decorativos, cuidadas hileras de flores y arbustos exóticos, algunos de ellos protegidos mediante cercas de metal y madera. Los edificios más altos parecían graneros, almacenes y secaderos en los que se recogían diversos materiales relacionados con las plantas para su procesamiento.

A través de las puertas abiertas del secadero situado más cerca, Anok pudo ver grandes atados de hojas marrones, cada uno de la altura de un hombre, que colgaban en hileras de las vigas. Del secadero surgía un extraño olor picante.

Filas de largos edificios bajos, con tejados y laterales hechos de un tejido translúcido impermeabilizado con algún tipo de revestimiento, se iban llenando de plantas en crecimiento, protegidas de este modo de los elementos.

Más allá había construcciones más pequeñas, en las que unos hombres con aspecto de intelectuales se encorvaban sobre bancos de trabajo tomando esquejes, contando semillas o machacando y mezclando diversas hojas y raíces. Otros removían grandes calderos de cobre que bullían sobre hogueras u observaban extraños artefactos calentados por medio del fuego: ollas cerradas de cobre conectadas por medio de tuberías en espiral, de las que salían silbando y goteando vapor y olores extraños.

Mientras pasaban por delante de las puertas de esos lugares, Kaman Awi siempre aflojaba el paso para mirar hacia adentro con una mezcla de curiosidad y envidia, pero Sattar nunca le permitía entretenerse en ningún sitio demasiado tiempo.

Por fin, llegaron a un edificio de piedra alto y estrecho, sin ventanas y protegido por una puerta cerrada con llave. Anok se fijó en que el techo era puntiagudo y estaba cubierto del mismo material translúcido que las casas de crecimiento que habían dejado atrás.

Entraron en un oscuro vestíbulo, luego subieron un tramo de escaleras que daba a un largo balcón que rodeaba una brillante sala central situada en la parte más alta del edificio. La luz entraba por el techo translúcido y descendía

hasta una maraña de arbustos rojos y de un verde oscuro y aspecto céreo que crecían más abajo. Anok observó que las hojas tenían bordes irregulares de los que surgían lo que parecían ser espinas.

A nivel de suelo, bajo sus pies, la sala estaba atravesada por resistentes postes de bambú, espaciados de manera uniforme, aproximadamente a un brazo de distancia, desde un extremo de la sala al otro.

Mientras permanecían junto a la verja, intentando adivinar la naturaleza del combate de Sattar, varias docenas de los guardias del señor envenenador ascendieron por los escalones tras ellos, cada uno con un largo bastón de bambú, y se dispusieron de manera regular alrededor de la verja. El humor de los hombres era jovial, como si supieran qué esperar y previeran disfrutarlo.

Sattar pidió que le prestasen atención.

—Como dije, llamo a este lugar el jardín del dolor. Su objetivo principal es cultivar los singulares arbustos que veis debajo: una planta conocida como hierba de fuego. Es excepcionalmente poco común y, de hecho, ya no existe en estado salvaje, pues el hombre la ha erradicado dondequiera que la ha encontrado. Las espinas son venenosas. Al tocar la piel, causan un dolor atroz, como si se hubiera introducido la parte expuesta en el fuego. Pero lo que es aún más interesante: el dolor no pierde intensidad con el tiempo, y para los casos de exposición de una extremidad, la amputación fue antaño la única solución.

Sonrió, examinando las expresiones que mostraban los rostros de sus visitantes.

—De hecho, las personas afectadas generalmente se alegraban de realizar la amputación por sí mismos, incluso royéndose la extremidad, si no había otra opción disponible para ellos. Una exposición más amplia inevitablemente tenía como resultado la muerte, por ninguna causa física aparte de supremo dolor.

—Esto es primitivo —repuso Dao-Shuang.

—Diluido, el veneno tiene muchas aplicaciones, incluyendo alivio para los miembros doloridos de los ancianos y el tratamiento de ciertas fiebres que se encuentran únicamente en las selvas de los Reinos Negros. Naturalmente —sonrió—, aún hay quien paga por el veneno sin diluir y, de vez en cuando, por el antídoto. No es asunto mío qué uso hagan de él.

Anok tenía la mirada fija en Sattar.

—¿Pensáis ponernos a prueba con dolor?

El fabricante de venenos soltó una carcajada.

—Sólo, tal vez, para el torpe.

Chasqueó los dedos. Trajeron una bandeja rectangular y la sujetaron a la verja frente a ellos. Sobre ella había dos discos de metal con grabados, cada uno del tamaño de un plato.

Sattar levantó la mirada hacia sus invitados.

—¿Reconocéis estos artefactos?

Eran más pequeños que el que Anok había hecho girar hasta destruirlo en el Gran Templo de Khemi, pero su objetivo era inconfundible.

—Ruedas de Aten —respondió.

—Muy bien —lo felicitó Sattar. Miró a BaiLing—. ¿Vos también las habéis visto?

—Sí, pero no veo qué función cumplen aquí. Seguramente no hay suficiente energía mágica para un auténtico combate de voluntad, y ¿por qué dos en lugar de una, como se usan generalmente?

—El flujo de nuestro río subterráneo disminuye en la estación seca y guardamos estos objetos aquí para comprobar su capacidad para debilitar la magia. Si se las puede hacer girar con demasiada facilidad, entonces sabemos que debemos permanecer en guardia ante ataques de hechiceros. En los años que llevo al mando de esta plantación, nunca ha ocurrido; sin embargo, nunca se es demasiado cauto. Pero aquí siempre hay magia suficiente para que alguien de vuestra habilidad las haga girar. Mirad… —Puso en movimiento uno de los discos con la palma de la mano—. BaiLing, éste es el vuestro. Sólo tenéis que hacer que siga girando. —Movió el otro—. Anok Wati, éste es el vuestro.

Mientras Sattar hacía girar el disco, Anok se acercó, sintiendo los giros y ayudándolos a continuar. Exigía una sorprendente cantidad de atención para una tarea tan insignificante, pero no resultaba difícil para alguien con su preparación y experiencia.

Los dos discos giraban uno junto al otro sobre la pequeña plataforma.

—Ahora —anunció Sattar—, pondremos a prueba vuestro poder de concentración.

Uno de los hombres de Sattar agarró a los dos contrincantes por el brazo y los condujo a los extremos de la sala.

A cada uno se le entregó una vara de bambú y una pequeña puerta se abrió en la verja frente a ellos.

El señor envenenador sonrió.

—Os sugeriría que os sacarais las sandalias. Así os resultará más fácil mantener el equilibrio sobre el bambú.

A regañadientes, Anok se quitó el calzado y se subió al poste de bambú más cercano de los que cruzaban la habitación. Se tambaleó allí un momento antes de pasar un pie hasta el siguiente poste, haciendo que fuera más fácil mantener el equilibrio, luego volvió la vista atrás mientras la puerta se cerraba de golpe a su espalda.

Al otro lado de la habitación, BaiLing se unió a él sobre el bambú.

Un murmullo de entusiasmo surgió de los hombres de Sattar, que se apoyaron contra la baranda, con sus largos palos preparados. Anok entendía ahora que su objetivo era mantener a los contrincantes lejos del borde, donde podrían apoyarse en él o agarrarse a la verja.

De repente, en el fondo de su mente, sintió cómo su rueda de Aten se bamboleaba y se concentró en volver a imprimirle velocidad.

—Concentraos, jóvenes amigos —recomendó Sattar—. El primero que deje que su rueda caiga será el perdedor. Ese es el combate. No hay más reglas.

BaiLing observó a Anok desde el otro extremo de la habitación, luego hizo girar su vara de bambú como si fuera un bastón. Aunque la vara era liviana, seguía siendo suficiente para hacer caer al contrincante hacia la atroz muerte que esperaba debajo. Se movió hacia Anok, pasando suavemente de poste a poste con elegancia y equilibrio felinos.

El acólito se movió con cautela, intentando vigilar a su oponente, el punto de apoyo y concentrarse en la rueda, todo a la vez. Era como intentar darse palmaditas en la cabeza y frotarse el vientre al mismo tiempo, sólo que un poco más difícil.

Notó los primeros indicios de miedo. Aunque Sattar había dicho que ninguno de los dos tendría ventaja, era evidente que la formación de BaiLing incluía un nivel de equilibrio y agilidad que Anok no podía igualar.

El estudiante de la Araña de Jade pareció sentir su debilidad. Esbozó una ligera sonrisa y, a continuación, embistió, lanzando el extremo de su bastón hacia el rostro de Anok.

El acólito se agachó hacia un lado, haciendo que el bastón fallara; pero con ello perdió el equilibrio. Dio un traspié, saltó con fuerza al siguiente poste y luchó por hacer que la rueda siguiera girando.

BaiLing pasó a su lado con rapidez, cruzando un poste, dos, tres. Balanceaba el bastón por el extremo, intentando golpearle los pies para hacerlo caer.

Anok saltó justo a tiempo, el bastón le golpeó en los dedos de los pies provocándole mucho dolor mientras pasaba bajo él. Volvió a aterrizar sobre el poste con un fuerte golpe y saltó al siguiente, tratando de mantenerse en equilibrio; entonces se dio cuenta de que su rueda de Aten estaba tambaleándose.

Habría sido muy sencillo dejar que la rueda cayera. El combate habría terminado, nadie habría salido herido y el plan general de Ramsa Aál, fuera cual fuera, se vería frustrado.

BaiLing le dirigió una sonrisa rapaz, mientras daba vueltas a su alrededor.

«¡Deja que caiga! ¡Acaba con esto!» Su mente hablaba, pero su corazón lo negaba, y su orgullo no le dejaría perder.

Anok observó a BaiLing. El discípulo de la Araña de Jade se movía constantemente, sin desequilibrarse nunca. Entonces, demasiado confiado, se acercó en exceso a la verja.

Se alzó una ovación mientras uno de los hombres de Sattar clavaba el extremo de su vara de bambú entre los omóplatos de BaiLing y empujaba.

El joven se tambaleó, dio tres rápidos pasos por el poste y luego se dio la

vuelta para fulminar con la mirada a su atacante.

Dándose cuenta de que su oponente estaba distraído, Anok balanceó su bastón hacia la parte posterior de su cabeza.

BaiLing se agachó en el último instante, cambió el peso del cuerpo de forma que se sostuvo sobre un solo pie, levantó el otro y saltó por el aire para aterrizar dos postes más allá de Anok.

Al instante, el hombre de Araña de Jade comenzó a moverse de nuevo hacia él.

Un poste, dos postes.

BaiLing blandió su bastón con las dos manos haciéndolo descender hacia Anok.

El acólito lo bloqueó con su propia arma.

El otro contendiente invirtió la dirección del bastón y volvió a golpear.

Anok lo bloqueó, pero se vio obligado a mover un pie hacia atrás para mantenerse en equilibrio.

BaiLing atacó otra vez.

Anok se movió.

Ataque.

Movimiento.

Anok se dio cuenta muy tarde de que lo habían empujado demasiado cerca de la verja.

Dos palos de bambú se le clavaron en el costado derecho, golpeándole de manera dolorosa las costillas mientras lo volvían a empujar hacia el centro de la sala.

Sus pies rechinaron sobre los lustrados postes de bambú.

La habitación comenzó a dar vueltas. Vio la expresión de inquietud en el rostro de Kaman Awi, los vítores de los hombres de Sattar.

Luchó por mantenerse en equilibrio, tambaleándose de un poste a otro. Iba a caer.

A menos que…

Lanzó el bastón de bambú lo más fuerte que pudo, lo que le proporcionó empuje suficiente para mantenerse en pie sobre el poste. Recuperó el equilibrio con rapidez, recordando hacer girar a la vez la rueda de Aten.

BaiLing soltó una carcajada, moviéndose suavemente a lo largo de un poste, lejos de Anok, mientras hacía girar el bastón. Ahora el acólito estaba desarmado, era presa fácil en el jardín del dolor.

Anticipando que el inminente ataque lo distraería, Anok intentó hacer que su rueda se moviera lo más rápido posible. Cuanto más rápido girase, más tiempo podría aguantar sin que él le prestase atención. Pero la magia era tan débil aquí que apenas podía hacerla girar.

Entonces, se le ocurrió una idea. No podría ganar este combate haciendo girar su rueda, sino haciendo que la de BaiLing cayese. Abrió su mente,

sintiendo la rueda de su oponente además de la suya. A diferencia de la que había en el templo, las planchas de ésta sólo le permitían girar en una dirección. No podía invertir el sentido de sus giros, no podía reducir su velocidad, pero podía sentirla, conectada a su propia rueda.

BaiLing se acercó más mientras seguía haciendo girar su bastón.

Anok conservaba un recuerdo de cuando él y los otros Cuervos eran poco más que niños en el Gran Mercado de Odji y jugaban a un juego al que llamaban «el mono».

Robaban una fruta del puesto de un vendedor en concreto. Éste los perseguía, pero ellos corrían hacia el puesto de un vendedor de pescado que había cerca. El pescado colgaba de largos postes para que se secara. Ellos subían de un salto y hacían girar los postes hasta un muro cercano, luego huían hacia un lugar seguro.

Hacía muchísimo tiempo que Anok no jugaba al mono. Esperaba no haber olvidado cómo se hacía.

Avanzó hacia BaiLing, que levantó su bastón para atacar.

Anok se inclinó hacia atrás mientras daba un paso hacia adelante. Su pie no llegó al poste y el acólito comenzó a caer entre ellos.

Su rueda empezó a bambolearse cada vez más.

Anok se estiró, agarró el poste con ambas manos y se columpió por debajo, los pies le pasaron rozando por encima de las espantosas espinas.

Su rueda se tambaleó más, reduciendo la velocidad. Sintió dónde giraba la rueda de BaiLing, rápida y firme.

Mientras se columpiaba, estiró los dedos de los pies y dobló las piernas hacia arriba, hacia el estómago de BaiLing.

Su rueda amenazaba con caerse, pero no la hizo girar. La empujó, sintió cómo cruzaba la pequeña plataforma describiendo espirales y tambaleándose hacia la de BaiLing.

Cogió desprevenido a su oponente en ambos campos de batalla. El aire salió de golpe de los pulmones del estudiante de la Araña de Jade cuando los pies de Anok lo golpearon en el vientre, y su rueda de Aten golpeó a la de BaiLing a la vez que el acólito la hacía girar más de prisa.

Con un sonido metálico, la rueda de BaiLing salió disparada de la plataforma, cayó entre los postes de bambú y aterrizó en los arbustos de abajo.

BaiLing, atónito, cayó hacia atrás, su bastón salió volando, se golpeó la cabeza contra un poste y se escurrió entre ellos, asiéndose a duras penas con una mano.

Anok cayó de manera desgarbada entre dos postes. Distó mucho de ser un aterrizaje elegante, pero sí firme.

Se alzó una ovación.

Pudo ver cómo Kaman Awi levantaba el puño en el aire en señal de triunfo.

La expresión en el rostro de Dao-Shuang era de preocupación por su

estudiante.

Anok se giró e intentó agarrar a BaiLing por la muñeca, pero los dedos le resbalaron antes de que el acólito pudiera llegar a él.

Cayó en medio de las plantas picadoras, se debatió como un loco y comenzó a gritar.

Rápidamente, Anok se sacó el cinto de la túnica y transformó el extremo en un lazo, lo hizo descender y trató de enganchar la muñeca de BaiLing. El estudiante de Dao-Shuang estaba demasiado enloquecido a causa del dolor como para ayudar en la operación, pero Anok logró atraparle el brazo de todas formas.

Mientras intentaba liberar a BaiLing de las espinas, se dio cuenta de que sus compañeros estaban allí con él, elaborando lazos parecidos con su propia ropa. Uno trajo algunas de las varas de bambú y las situó entre los postes para proporcionar una especie de plataforma desde la que levantar al joven.

Trabajando juntos, pudieron enganchar las dos muñecas de BaiLing y lo subieron.

Mientras lo tendían sobre la plataforma improvisada, un risueño Sattar les lanzó unos gruesos guantes de cuero.

—No le toquéis la piel —les advirtió—. Está cubierto de veneno.

—Tenemos que ocuparnos de él —repuso Dao-Shuang.

Sattar se encogió de hombros.

—No servirá de nada. Habrá muerto al anochecer. Le haríais un favor si lo degollarais ahora. —Sonrió—. La sangre nutre las plantas.

Anok lo fulminó con la mirada.

—Dijisteis que había un antídoto.

—Dije que había uno. No que se lo ofrecería al desventurado que cayera en el jardín del dolor.

Dao-Shuang saltó sobre la verja y aferró la pechera del abrigo de Sattar.

—¡Dadme el antídoto!

Al instante, se vio rodeado por los hombres de Sattar, con los cuchillos desenvainados y dirigidos hacia su garganta.

—No podría entregarle el antídoto al perdedor sin ofender a los ganadores de mi combate.

Con los gritos de BaiLing resonándole en los oídos, Anok se situó en actitud desafiante ante el señor envenenador.

—¡Dadle el antídoto! —gritó.

Su ira era tan inmensa, que incluso la Marca de Set vio interrumpido su sueño. ¡Puede que hubiera magia suficiente en este lugar para matar a un solo hombre!

Algo en la mirada del acólito hizo que la determinación del impertinente fabricante de venenos flaqueara. Frunció el entrecejo con preocupación.

—Es… muy caro.

La mirada de Anok no vaciló.

—¡Pagaremos!

Kaman Awi ahogó una exclamación.

—¡Anok!

—Pagaremos cualquier precio —intervino Dao-Shuang.

Sattar torció el gesto; a continuación, hizo una señal. Uno de sus hombres desapareció y regresó rápidamente con una botella sellada que el fabricante de venenos le pasó a Anok.

—Administradle la mitad por la boca —explicó Sattar—; luego, vertedle el resto por encima para neutralizar el veneno.

Por medio de las cuerdas improvisadas, pasaron a BaiLing por encima de la verja hasta el suelo. Anok abrió la botella y, con cuidado, derramó el líquido rojo en la boca de BaiLing, que no dejaba de gritar. El repugnante producto salpicó por todas partes, pero al menos una parte bajó por la garganta del joven, y de inmediato, éste pareció sentir cierto alivio.

Anok le vertió el resto sobre manos, pies, rostro y cuello, donde las espantosas espinas le habían pinchado la piel expuesta.

Las convulsiones de BaiLing perdieron intensidad, sus gritos se hicieron menos frecuentes y, al fin, cayó en una bendita inconsciencia.

El acólito se puso en pie y lanzó la botella vacía por encima de la verja hacia las plantas de abajo. Avanzó hacia Sattar.

—El trofeo pertenece al Culto de Set —dijo con firmeza—. Y puesto que vos y vuestros hombres habéis disfrutado hoy de un espectáculo a nuestra costa, aceptaréis el precio inicial que os ofreció nuestro culto. ¡Nada más!

El fabricante de venenos lo miró a los ojos un momento e iba a comenzar a hablar, pero titubeó, y de mala gana, asintió con la cabeza.

—Es aceptable.

Bajó la mirada hacia BaiLing.

—El antídoto es un regalo —anunció—. Quizá podamos hacer más negocios en el futuro.

Anok lo miró con el entrecejo fruncido.

—Espero que no.

Sattar suspiró.

—Ese también es un resultado satisfactorio.

Dos de los otros discípulos de la Araña de Jade formaron una parihuela con dos abrigos y bajaron a BaiLing por las escaleras. Los otros espectadores también comenzaron a bajar.

Mientras Anok aguardaba su turno, una mano musculosa se le apoyó en el hombro. Se volvió mientras Dao-Shuang se acercaba a su oreja.

—Nos habéis vencido en nombre de Set, y eso no puede ser bueno. Puede que lleguéis a lamentarlo. —Hizo una pausa—. Pero yo no estaré tras de ello. Estoy en deuda con vos. Si hay honor este día, es vuestro, y sólo vuestro.

El camino de regreso al templo transcurrió en silencio. Kaman Awi aferraba con fuerza contra el pecho la botella que habían comprado.

Apenas era mediodía y, sin embargo, a Anok le parecía que habían estado un mes fuera del templo. Se sentía débil y tembloroso. La Marca de Set zumbaba y le hormigueaba en la muñeca, agitada tras haber sido tentada con semejante ira y aun así viendo su poder negado.

Dao-Shuang le había dicho que podría lamentar su victoria, y ya era así. Le había entregado al culto alguna parte importante en su malvado plan, y lo había hecho únicamente por orgullo.

De lo único que disponía ahora era de más información. Tenía que preguntarse qué clase de gran hechizo requeriría un elixir elaborado con agua que absorbía magia.

Mientras su carro se detenía en el patio delantero del templo, Anok se fijó en un grupo de camellos atado junto a un extremo del edificio, pero no le prestó mucha atención. A pesar de que la mayoría de las caravanas se detenían en las afueras, las privadas que transportaban bienes pesados a veces continuaban hacia el interior de la ciudad, y ya había visto camellos en el templo en alguna ocasión.

Apenas había atravesado la puerta principal del templo cuando una voz familiar lo llamó, una voz que le provocó un nudo en el estómago.

—¡Anok! ¿Cómo te va, hermano?

Se dio la vuelta y vio a un acólito caminando rápidamente hacia él por el suelo de mármol. Llevaba un intrincado bastón mágico en la mano derecha.

Se trataba de Dejal.

El antiguo Cuervo se acercó y abrazó a Anok, quien únicamente pudo quedarse rígido y soportar el repugnante roce.

Dejal lo soltó y retrocedió un paso, con una sonrisa en el rostro.

—Nuestra caravana viajó de noche y llegamos aquí ayer por la tarde. Me dijeron que te quedabas fuera del templo y me indicaron cómo llegar a donde te alojas. Estaba a punto de ir a allí y llamarte a petición de Ramsa Aál.

Kaman Awi se situó junto a él, contemplando a Dejal con curiosidad.

—¿El Sacerdote de los Acólitos está aquí?

Dejal inclinó la cabeza.

—Sí, maestro. Acabo de verlo hace tan sólo un momento.

Anok intentó parecer sorprendido, a pesar de que Rami lo había avisado. Lo único inesperado era la velocidad de su llegada.

Dejal alzó el mentón con orgullo.

—¡Ya no es el Sacerdote de los Acólitos, maestro! Ahora lo han ascendido a Sacerdote de los Hechos, se le ha encargado directamente llevar a cabo los planes de nuestro maestro, Thoth-Amon.

Anok parpadeó sorprendido. Esto era más que un ascenso de poca importancia, incluso más que el sumo sacerdocio. Sólo había unas docenas de

Sacerdotes de los Hechos en el culto y no estaban adscritos a ningún templo en particular. Los Sumos Sacerdotes de los templos, los propios templos y todos los recursos del culto estaban a su disposición, como Thoth-Amon quería. La verdad era que únicamente respondían ante él, o ante el Sumo Sacerdote del culto designado mientras él estaba viajando fuera del reino.

—Dijiste que Ramsa Aál me había llamado. ¿Por qué motivo?

—Un Sacerdote de los Hechos no necesita tener un motivo, acólito —repuso otra voz familiar a su espalda—. Ni necesita explicarse ante nadie salvo el propio Thoth-Amon.

Kaman Awi inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Ramsa, felicidades por tu ascenso. Es bien merecido.

Ramsa Aál se fijo de repente en la botella que llevaba.

—Tienes el Elixir de Orkideh. ¡Estupendo!

Anok se encogió. No estaba preparado para esto, pero iba a tener que hacer lo que pudiera.

Hizo una reverencia ante Ramsa Aál y se dio cuenta de que ahora llevaba una estola dorada decorada con joyas, una marca de su nuevo cargo.

—Maestro, es un honor volver a serviros.

—¿De verdad? Los sacerdotes me han dicho que has es tado disfrutando de tu nueva libertad y que pasas poco tiempo en el templo. Puede que no quieras ser un acólito después de todo.

Dirigió la vista hacia Kaman Awi, con la esperanza de obtener alguna muestra de apoyo tras convertir la misión del día en un éxito. Pero el Sumo Sacerdote no dijo nada, al parecer esperaba quedarse con toda la gloria.

El acólito trató de parecer dolido.

—Maestro, he estado trabajando duro estudiando los antiguos textos de poder.

—Bajo la tutela de Sabé, al que desde hace mucho tiempo se conoce por ser un enemigo de nuestro culto.

—Y un guardián de antiguos conocimientos que se le han negado al culto, maestro. Me he ganado su confianza y llevaré este conocimiento a aquellos que pueden usarlo por derecho.

Ramsa Aál lo miró con escepticismo.

—Sin embargo, Kaman Awi me ha informado de que le has traído poco más que migajas de esas antiguas tablillas de Sabé. ¿Dónde están estos hechizos de poder que afirmas conocer?

—Los textos viejos son crípticos, complicados y difíciles de traducir, incluso para Sabé. El anciano no anota nada, por lo que los textos deben ser traducidos de nuevo cada vez. Me llevará tiempo aprender los grandes hechizos, pero lo lograré.

El sacerdote consideró lo dicho un momento y luego asintió.

—Muy bien. Estoy satisfecho, aunque no del todo. He codiciado los

secretos de Sabé durante mucho tiempo, aunque nos resultaba conveniente simplemente que otros no aprendieran a usarlos contra nosotros.

«Otros como yo».

Ramsa Aál continuó:

—Pero puede que hoy acabes deseando haber estudiado más duro y haber aprendido más de prisa. ¡Pues hoy, como te prometí hace algún tiempo, es el día de tu audiencia con Thoth-Amon!

20

Las ideas se agolpaban en la cabeza de Anok. Las cosas estaban yendo mucho más rápido de lo que nunca hubiera imaginado, y no estaba preparado. Su mayor preocupación era el medallón de su padre, que llevaba debajo de la túnica, y la Escama de Set oculta en su interior. Ahora deseaba haber hecho igual que en Khemi y haberle encontrado un escondite seguro o, al menos, habérsela confiado a Teferi.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, sabía que la auténtica razón por lo que no había hecho ninguna de estas cosas era que alguna pequeña parte de él quería tener la Escama de Set cerca.

La parte que codicia el poder de la escama.

Pero ahora era demasiado tarde, a menos que pudiera escabullirse.

—Maestro, hoy no vine esperando veros, mucho menos a nuestro maestro ThothAmon. Tengo la ropa sucia y arrugada. Dejadme regresar a mi vivienda a buscar una túnica limpia.

Ramsa Aál esbozó una ligera sonrisa.

—A ThothAmon no le preocupa tu ropa, acólito. Tu valor para él reside en tu conocimiento y en tu poder, y serás juzgado en base a ellos. —Le hizo un gesto a Anok para que lo siguiera—. Ven, sus carros personales deberían estar ya esperándonos en la entrada lateral.

Dejal lo miró y asintió con la cabeza. Al hacerlo, inclinó de manera casual su bastón de tal forma que la parte superior golpeó suavemente el hombro de Anok. Éste notó el roce, pero sus preocupaciones se encontraban en otra parte y eran mucho más apremiantes.

Diligentemente, se dio la vuelta y siguió a Ramsa Aál. Mientras caminaban, Anok repasaba mentalmente todo lo que había leído y oído acerca de hechizos de engaño y ocultamiento. Había habido un gran número de ellos, ya que los hechiceros siempre estaban tratando de transportar clandestinamente algún objeto de poder u ocultarlo de sus enemigos para poder usarlo en un ataque sorpresa.

Sin embargo, incluso mientras revisaba esos hechizos, los descartó uno a uno. Lo único que lograrían sería atraer la atención de un maestro hechicero como ThothAmon, y éste sabría de inmediato que se estaba ocultando algo.

Atravesaron una puerta lateral con forma de arco hacia un pórtico, donde dos carros y sus conductores custodios esperaban. La primera impresión de Anok fue que al frente de cada carro iba un tiro de dos sementales blancos,

igual que los otros en los que había montado antes.

Unicamente cuando uno de los enormes corceles se dio la vuelta y lo miró con llameantes ojos de color naranja y enseñó sus dientes puntiagudos se dio cuenta de que no era así. Volvió a examinar a los «caballos» y se fijó en todos los detalles diferentes: las orejas demasiado puntiagudas, las colas sin pelo con afiladas espinas en la punta, las pezuñas hendidas.

Miró a Ramsa Aál de manera inquisitiva.

—¿Caballos demonio?

El sacerdote asintió.

—Fuertes, veloces e infatigables, aunque temperamentales. Sólo comen carne fresca; preferentemente, según me han dicho, carne humana.

Ver a las espantosas criaturas lo llenó de temor. No por miedo a las bestias en sí, sino más bien al uso despreocupado de gran magia que éstas representaban.

—Pero maestro, para un viaje tan corto, seguramente también habrían servido caballos normales. Los carros habituales del templo están enganchados frente al edil i ció. ¿Por qué usamos éstos?

Ramsa Aál sonrió mientras se subía a uno de los carros.

—Están aquí para que los vean. Nuestro maestro idea cualquier excusa para enviarlos por la ciudad a realizar re cados. Anuncian a todo el que los ve que el señor del Ani lio Negro, el Sumo Sacerdote de Set, el más poderoso de todos los hechiceros, ThothAmon, ha regresado a Khc shatta, que su magia es incomparable y que todos deben ceder ante él.

Anok se dio cuenta de que esto era un desfile, una de mostración de poder para todos los que los vieran pasar por las calles.

El acólito se preguntó de qué espantoso pozo infernal habían sido invocadas estas criaturas y qué indescriptible poder había hecho falta para traerlas aquí. De repente, su magia elemental parecía ciertamente pobre. ¿Cómo podía esperar vencer a un hombre que manejaba semejante poder? ¿Cómo podía esperar siquiera ocultar sus secretos en presencia de tal hechicero? Si la intención de los demoníacos sementales era asustar a los enemigos de ThothAmon, Anok debía llegar a la conclusión de que en su caso estaba funcionando bastante bien.

Avanzó y se subió al otro carro junto al conductor con yelmo, que miraba hacia adelante con rigidez. El conductor situado tras ellos indicó con un grito que estaban listos. El custodio de su carro agitó las riendas y las grandes bestias echaron hacia atrás las cabezas para emitir un sonido. No un relincho, sino algo más parecido a un grito.

Comenzaron a trotar. Las pezuñas hendidas lanzaban chispas sobre los adoquines mientras tiraban rápidamente de los carros alrededor de la parte frontal del edificio y salían por la puerta principal. Torcieron en la calle al otro lado del templo e, inmediatamente, todos los transeúntes se detuvieron para

ver pasar los carros. Los que estaban en la calle retrocedieron, algunas mujeres y niños incluso salieron corriendo aterrorizados mientras avanzaba la espantosa comitiva.

Viajaron hacia el norte algún tiempo, pasando a unas manzanas de la villa de Anok y de la casa de Sabé, luego giraron al este hacia un amplio bulevar que descendía hasta la orilla del lago. Al fondo del mismo, Anok pudo ver el paso elevado, extendiéndose sobre el agua verde, y la isla rocosa sobre la que se posaba el palacio de ThothAmon.

Los caballos demonio comenzaron a galopar, dejando mientras corrían un rastro de fuego tras sus cascos que se iba desvaneciendo.

Anok se agarró con fuerza a la reja dorada y tallada de manera elaborada que cruzaba la parte delantera del carro mientras descendían por la calle dando saltos y causando un gran estruendo. Las gente, boquiabierta, se apartaba de su camino; caballos, mulas y camellos se desbocaron y los carros siguieron moviéndose cada vez más rápido.

Una vez más, el joven pensó en el medallón que le rodeaba el cuello y en su contenido. Un hechizo de engaño únicamente atraería la atención sobre él. El frío hierro del medallón proporcionaba cierto grado de ocultamiento, pero dudaba que eso engañase a un gran brujo como ThothAmon. Debía de haber algo que pudiera hacer.

Pensó en el efecto de absorción de las aguas de Orkideh y eso le hizo recordar un hechizo que había en uno de los viejos textos, un hechizo de transferencia. Su objetivo era extraer todo el poder de un objeto místico y transferirlo temporalmente al cuerpo del hechicero. Sin su magia, la Escama de Set no era nada salvo un decorativo pedazo de oro.

Naturalmente, la magia sería igual de perceptible en Anok, puede que incluso más. Pero su cuerpo ya estaba infectado por la Marca de Set y, puesto que la magia de la Escama también tenía su origen en Set, quizá una sirviera para ocultar a la otra.

Estaban bastante cerca del paso elevado y ésa era la única idea que se le ocurría. Recordó las palabras del hechizo, escritas en una lengua prácticamente olvidada cuyo origen era anterior al tiempo de los hombres. Anok había memorizado las palabras, sin saber qué significaban en realidad. Eso sólo lo sabía Sabé.

Susurró en voz baja.

—Komoal, anek-et, presoss, tukwillan, martay-et, sotow-et-ek…

Con sus sentidos internos, pudo oír un sonido sibilante, como el viento soplando a través de una angosta cueva, y sintió cómo la magia de la Escama inundaba su cuerpo como agua caliente, haciendo que le hormiguease la piel y se le erizase el vello de la nuca.

Notó una sensación extraña en la Marca de Set, como si se estuviera reuniendo con algo de lo que había sido separada antes del comienzo de los

tiempos. De una forma extraña, resultaba embriagador… e instructivo.

El poder de la Escama de Set nunca había parecido proporcional a la importancia que el culto le atribuía. Ahora, por vez primera, Anok tuvo la sensación de que era muchísimo más que un simple juguete para controlar a las serpientes.

Ahora entendía por qué los sacerdotes deseaban tener las tres Escamas.

De repente, las deseaba para sí mismo.

El pensamiento lo tenía tan embriagado que apenas se dio cuenta de que el carro volvía a girar hacia el estrecho paso elevado de piedra que cruzaba el lago.

Las nubes negras siguieron llegando, rozando casi la torre más alta de la oscura ciudadela de ThothAmon, y un viento frío azotó la superficie del lago, alzando olas con crestas de espuma blanca.

A la mitad del paso elevado, el carro redujo la marcha hasta detenerse sin ningún motivo aparente. El aire frente a ellos pareció convertirse por un momento en niebla, entonces la claridad regresó desvelando un puente levadizo de madera que se accionaba desde un puesto de guardia en el otro extremo.

Anok parpadeó sorprendido, dándose cuenta de que el puente y el puesto de guardia habían estado protegidos por un hechizo de encubrimiento de gran poder y sutileza. Cualquier atacante que se lanzara hacia la guarida de ThothAmon habría caído de cabeza a las aguas oscuras y profundas.

Mientras el acólito miraba hacia abajo, un enorme bagre lo bastante grande como para tragarse a un hombre atravesó la superficie, dio una voltereta y los contempló ávidamente con ojos muertos y lechosos. El joven se estremeció mientras el gran cuerpo cubierto de cieno, de un verde grisáceo y de al menos quince pasos de largo, pasaba para luego desaparecer con una sacudida de su cola del alto de un hombre.

Un arco de rocío voló por el aire y le dio a Anok en la cara, haciéndole dar un respingo como un hombre que despertara de un sueño. Agitó la cabeza, tratando de despejarla, mientras el puente descendía con un chirrido y un fuerte sonido metálico de cadenas. El extremo del puente cayó con un ruido sordo sobre el embarcadero situado frente a ellos.

Los carros se lanzaron hacia adelante, retumbando sobre el puente, y llegaron a los adoquines de piedra del otro extremo. El segundo carro estaba a punto de salir del puente, cuando los guardias comenzaron a subirlo de nuevo, gruñendo a causa del esfuerzo mientras hacían girar la enorme rueda de madera que enrollaba la cadena.

Anok alzó la mirada hacia las imponentes torres negras de la fortaleza de ThothAmon cada vez con más miedo.

Ahora estaba atrapado en la torre del homenaje insular del brujo, y era muy probable que no saliera nunca. Estaba seguro de que ThothAmon

descubriría sus engaños de inmediato. Cuando eso ocurriera, lo torturarían hasta matarlo, lentamente, como sólo un hechicero negro podía hacerlo.

21

Teferi trajo el montón de tablillas de pizarra de la sala de almacenamiento de Sabé y lo situó con cuidado sobre la gruesa mesa de madera. Los antiguos mamotretos eran frágiles y se rompían con facilidad. Unos pocos ya habían sido reparados en algunos lugares con un pegajoso mortero negro que Teferi no lograba identificar.

Bajó la mirada hacia el último de arriba, cavilando sobre la hilera de grandes caracteres que cruzaban la parte superior. Uno a uno, los analizó gramaticalmente y sintió una mezcla de orgullo e inquietud al darse cuenta de que decía: «Que aquel que lea este texto maldito tenga cuidado».

Sabé se situó junto a él y pasó los dedos sobre la misma línea.

—¿Sabes que haces un ruidito cuando estás preocupado, amigo mío? Es un murmullo bajo, en el fondo de la garganta, en el que pocos repararían.

Teferi lo miró sorprendido. La perspicacia del anciano erudito seguía llenándolo de asombro. ¿Quién más podría «oír» un entrecejo fruncido?

—¿Lo que te preocupa es este texto? No tienes de qué preocuparte. Algunas almas se sienten atraídas por la magia y a otras les repugna. Tú estás en el último grupo. Podrías leer en voz alta los textos más oscuros hasta el fin de tu vida y no invocar suficiente magia como para darle la vuelta a un grano de arena.

—¿Debería tomarme eso como un insulto?

—Deberías tomártelo como un cumplido, amigo mío. Desearía que también fuera mi caso. Toda mi vida, mi mente, con su sed de conocimientos, y mi alma, con su sed de poder, han luchado por la supremacía. Me temo que esta guerra sólo concluirá en mi tumba.

—En ese caso, ojalá sea una guerra sin final.

Sabé sonrió con tristeza.

—Sé que tus intenciones son buenas, Teferi, pero soy muy viejo y estoy muy cansado. Tal vez ése sea el motivo por el que al fin he compartido mis conocimientos con Anok y contigo. En el crepúsculo de mis días me vuelvo confiado, o puede que simplemente ansioso por deshacerme de mis cargas.

Las nubes que habían cubierto el cielo toda la mañana se separaron unos segundos y unos débiles rayos de luz descendieron a través de las altas ventanas del frente de la habitación. Sorprendido, Teferi se fijó en el ángulo de los mismos. Era mucho más tarde de lo que pensaba.

—¿Dónde está Anok? Ya debería estar aquí.

Sabé arrugó el entrecejo.

—¿Anok? Hoy es su día en el templo. Supongo que Fallon está con él.

—Fallon salió a beber anoche y no volvió a casa. Esto es culpa mía. Estaba tan impaciente por venir aquí y estudiar que olvidé qué día era.

—Tal vez Anok está esperándote en la villa —sugirió.

—No lo creo. Habría venido a buscarme. Lo más probable es que haya ido solo.

Sabé alzó las manos y agitó los dedos. A continuación sacó la lengua, como si estuviera probando el aire, y torció el gesto de inmediato.

—Noto que algo va mal —anunció en tono grave—. Ve, de prisa.

Teferi cogió su espada de un gancho en la pared y se dirigió hacia la puerta.

—Soy un mal amigo —masculló entre dientes.

Aunque no esperaba encontrar a Anok allí, regresó a la villa por si acaso. Halló a Fallon en la habitación delantera, boca abajo y roncando sobre un sofá.

El kushita le dio un golpe en el hombro y la mujer gimió y se debatió tratando de coger la espada que reposaba en el suelo a su lado. Aún no la había encontrado cuando alzó la mirada, con cara de sueño, y reconoció a Teferi.

—Hay un viejo dicho —farfulló—. «Deja que los durmientes cimmerios reposen».

—¡Despierta, borracha! —Se arrepintió de sus palabras incluso mientras las pronunciaba. Acompañar a Anok había sido su responsabilidad, no la de ella—. Anok ha ido al templo solo.

La bárbara volvió a dejar caer el rostro sobre el sofá.

—Anok puede cuidarse solo.

—Puede ser, pero las calles de esta ciudad están llenas de peligros desconocidos. Cuidar de él es nuestra responsabilidad. Sabé cree que puede haber peligro.

La mención del nombre del erudito pareció conseguir que se moviera. La mujer bárbara gruñó y se levantó de los cojines, el largo y oscuro cabello le cayó sobre los ojos. Teferi la estudió con desaprobación. Esta situación no era culpa de ella, pero eso no justificaba su comportamiento reciente. ¿Dónde estaba la orgullosa guerrera cimmeria?

Fallon se sentó en el borde del sofá un momento; luego recogió su espada.

—Tienes razón. Ultimamente he hallado demasiado consuelo en el alcohol. Di mi palabra de que protegería a Anok en sus viajes, y ésa es mi obligación.

Salieron a la calle en el preciso instante en que la lluvia comenzaba a caer de nuevo, fuerte y cálida, y rápidamente acabaron empapados, Fallon, particularmente, tenía un aspecto espantoso. Teferi la observó.

—¿Qué te pasa últimamente?

La cimmeria no lo miró a la cara, sólo frunció el entrecejo.

—No hay excusa. Me preocupan mis propios demonios, Teferi. Declaro con orgullo mi origen cimmerio, pero cada vez me alejo más de sus bosques

oscuros y colinas sombrías. ¿Adonde huiré después? ¿Al Océano Oriental? ¿Al mismo borde del mundo? ¿O, simplemente, al fondo de una jarra? No lo sé.

El kushita quería reprenderla, pero las palabras de la mujer le llegaron al corazón. Él había vivido toda su vida en el exilio, lejos de la tierra de sus antepasados. Incluso ahora que su frontera maldita se encontraba a sólo un día de marcha hacia al sur, no iba allí.

No podía.

No quería.

Así que siguieron adelante en silencio y no volvieron a hablar de ello.

Sólo habían recorrido unos cuantos bloques cuando Teferi vio pasar el carruaje de Barid y lo paró. El bajito vendhio se encorvaba en el asiento del conductor bajo un abrigo de hule que lo protegía de la lluvia.

—Vamos al Templo de Set a buscar a nuestro amigo Anok. Esta mañana salió sin escolta y nos preocupa su seguridad.

Barid torció el gesto.

—Y bien que deberíais preocuparos. Mi hermano lo vio hace menos de una hora, montado en un carro dorado tirado por corceles antinaturales, cruzando el paso elevado que lleva al palacio de Thoth-Amon.

Teferi soltó un gruñido y Fallon lo miró a los ojos con una expresión de inquietud. El kushita apartó la mirada, alzándola hacia el cielo gris. Gotas de lluvia le descendieron por las mejillas.

—Anok, te hemos fallado.

22

Un par de custodios condujeron a Anok y a Ramsa Aál a través de un inmenso vestíbulo cubierto de vitrinas llenas de antiguas reliquias: pequeñas estatuas, tablillas, joyas, vasijas pintadas con retablos de dioses olvidados, cristales de vivos colores y los esqueletos de criaturas extrañas y espantosas.

Todos estaban protegidos por puertas de cristal transparente, casi libre de imperfecciones, que por sí mismo valía un dineral. En esta habitación había más cristal del que Anok había visto en toda su vida.

También había estatuas grandes. Las de mayor tamaño reposaban directamente sobre el pulido mármol del suelo, otras se alzaban sobre elaborados pilares de granito. Ninguna de ellas representaba la forma humana.

Allí, talladas en mármol, granito e incluso fundidas en plata, aparecían las formas de criaturas antinaturales, demonios alados, diablos con cuernos en la cabeza, monstruosos espíritus elementales, dragones con muchas patas y demonios necrófagos sin rostro.

Entre las vitrinas y las estatuas, custodios de rostros sombríos se mantenían intranquilos en posición de firmes, resultaba evidente que les preocupaban en igual medida los objetos que protegían que cualquier intruso.

Sin embargo, aunque esta colección ridiculizaría a la de cualquiera de los museos que Anok había visto en Kheshatta, el acólito presentía que únicamente representaba una pizca de las reservas mágicas del maestro oscuro, sólo aquellos artículos demasiado insignificantes en cuanto a su poder para merecer la protección inmediata de ThothAmon.

Se adentraron aún más en las entrañas del palacio, a lo largo de oscuros corredores cubiertos con gruesos tapices que amoriguaban el ruido de sus pasos, hasta que llegaron a los cimientos circulares de la gran torre central, donde ascendieron por la escalera en espiral más grande que Anok había visto nunca, lo bastante ancha como para que seis hombres pudieran colocarse hombro con hombro.

Anok levantó la mirada. En lo alto pudo ver un descansillo semicircular en medio de la penumbra. Por el centro del hueco pasaba una gruesa cadena, y arañas de hierro con lámparas de aceite colgaban cada diez metros aproximadamente, como cuentas en un collar.

Con cada escalón de mármol su miedo aumentaba. Cada paso lo alejaba de la más mínima oportunidad de salvación o huida.

La ascensión pareció durar horas, pero al fin llegaron al descansillo y

recorrieron un último tramo de escaleras que subía a través del techo de la sala.

Hacia la cámara privada de ThothAmon.

La torre se ensanchaba en la parte superior, por lo que el diámetro de la sala era al menos noventa metros más ancho que el hueco por el que habían ascendido. La cámara se extendía de este a oeste, de un lado al otro de la torre, y se curvaba en cada extremo, desde donde se podía mirar hacia el lago y las tierras situadas más allá.

Al este se podía ver toda la extensión de la ciudad, la muralla al sur y las montañas donde se posaban los palacios y las plantaciones de los otros brujos y de los fabricantes de venenos.

Indudablemente, a ThothAmon le gustaba vigilar a sus súbditos y a sus enemigos constantemente. Los lados de la sala eran rectos, con numerosas puertas gruesas que conducían a habitaciones más pequeñas.

Una puerta en particular pesaba tanto como la de un palacio y estaba cerrada con cadenas y barras de hierro. Una diminuta mirilla situada al nivel de los ojos estaba cubierta por medio de una tapa de hierro con cerrojo y bisagras.

A Anok no le apetecía saber qué monstruo demoníaco podría tener allí encerrado el señor del Anillo Negro.

Se dirigieron al extremo oriental de la habitación, desde donde salieron a una amplia terraza que se encontraba detrás de las columnas. La terraza no estaba cubierta, pero la piedra estaba seca y no se percibía el viento que agitaba el lago formando crestas de espuma blanca. Se trataba de la misma clase de hechizo que protegía las ventanas de la sala de Ramsa Aál en Khemi, aunque a una escala mucho mayor.

Los custodios retrocedieron hacia el interior de la cámara, dejando a Anok y a Ramsa Aál solos en la terraza. Esperaron varios minutos en silencio.

—No veo a nuestro maestro —dijo Anok, tratando de no dejar que su voz sonara esperanzada—. Tal vez se esté ocupando de otros asuntos más urgentes, y no nos recibirá hoy.

—Nunca me ven —repuso una voz profunda, tan cerca de Anok que lo sobresaltó—, a menos que yo quiera que me vean.

El acólito se volvió para enfrentarse a la voz, a la vez que Ramsa Aál se volvía con calma e inclinaba la cabeza, con la mano izquierda bajo la frente.

A Anok le habían enseñado el protocolo que se debía seguir al reunirse con el más importante de los sumos sacerdotes; pero, en aquel momento, lo olvidó. Se quedó en blanco mientras contemplaba la imponente figura de ThothAmon.

En cierta forma había esperado un hombre bajito, viejo y arrugado. Sin embargo, ThothAmon era alto, mucho más que Anok, casi tanto como Teferi, y más ancho de hombros. Mientras se acercaba a ellos, se movía con elegancia,

sin la arrogancia de un guerrero ni el andar vacilante de un anciano.

Llevaba una amplia túnica roja y negra, primorosamente bordada con hilos de oro y, en el cráneo aparentemente sin pelo, un casquete de metal brillante como un espejo. Su rostro era anguloso y profundamente cincelado; la nariz, larga y aguileña; la piel, oscura y gris, como las cenizas frías de una chimenea. Una perilla puntiaguda enmarcaba su boca sin labios y unos ojos como canicas negras destellaban desde las cuencas hondas y ensombrecidas.

Sonrió, y fue algo sobrecogedor.

De repente, Anok recordó sus modales e inclinó la cabeza en saludo al Sumo Sacerdote de Set.

—Arriba —ordenó—. Levantaos y miradme, sirvientes.

Su voz era profunda y retumbante, pero había un trasfondo sibilante que a Anok le recordó a una serpiente. ThothAmon dirigió su atención en primer lugar a Ramsa Aál.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos cara a cara, alumno. Tenemos asuntos que tratar, pero los detalles pueden esperar a que llegue el momento oportuno. —Miró a Anok, como si eso debiera tener algún significado oculto—. Ahora, lo único que necesito es que las cosas vayan como deberían.

Ramsa Aál miró alrededor con nerviosismo.

—¿Puedo hablar con libertad aquí, maestro?

—Este lugar está bien protegido mediante los hechizos de poder más oscuros. Nadie oirá nuestras palabras: ni brujos, ni demonios, ni dioses.

Ramsa Aál asintió con la cabeza.

—En ese caso, todo va según lo planeado, maestro. Protegidos con mi magia, mis subordinados recuperaron los antiguos huesos del desierto corriendo un gran riesgo, los montaron y los han traído aquí. Set ni siquiera sospecha que su viejo rival haya desaparecido.

Anok escuchaba atentamente, tratando de mantener el rostro impasible. ¿Ramsa Aál y ThothAmon conspiraban contra su propio dios? ¿Cómo era posible?

ThothAmon arqueó una fina ceja.

—¿Te atreves a decir que conoces lo que los dioses saben?

Ramsa Aál sonrió.

—Sigo vivo, ¿no?

El otro hombre esbozó una sonrisa burlona.

—Así es, y es cierto, sin duda Set no permitiría que semejante hereje viviera. Por eso debes soportar tú solo el peso de este plan. Incluso nuestras conversaciones aquí me ponen en peligro. Si tienes éxito, me entregarás todo el poder que hayas robado y yo lo compartiré contigo. Pero si fracasas, tú y sólo tú sufrirás la ira de Set. ¿Entendido?

—Desde luego, maestro. Si no nunca hubiera sugerido un plan tan audaz.

Corro grandes riesgos con humildad a vuestro servicio, maestro.

ThothAmon agitó la mano con enfado.

—¡Mentiras! Buscas poder, igual que yo. Eres demasiado débil para hacer esto solo; de lo contrario, te quedarías con todo y me matarías mientras estuviera dormido.

Estiró la mano izquierda, con los dedos extendidos, mostrando un grueso anillo de metal oscuro y brillante obsidiana, decorado con diamantes negros.

—Recuerda que, pase lo que pase, siempre estarás atado a mí. Con sólo un giro del Anillo Negro podría hacer que el corazón dejara de latirte en el pecho, ¡y no hay lugar en el mundo en el que puedas esconderte de ese poder!

Ramsa Aál pareció afligirse. Una actuación que ni siquiera engañó a Anok.

—¡Yo nunca traicionaría a mi maestro!

—Así es. ¡Nunca lo harás!

Se concentró en Anok y se acercó un paso, mirándolo de arriba abajo.

—¿Así que ésta es tu nueva mascota?

Estiró la mano de repente; sus dedos, fuertes y parecidos a garras, aferraron el brazo izquierdo del acólito y le subieron la manga para examinar la marca que le rodeaba la muñeca.

—Entonces, es cierto. ¡La Marca de Set! —Miró a Anok a la cara y frunció el entrecejo ante lo que vio—. Me desconcierta por qué la Marca de Set elegiría a éste. Es débil, pequeño y está mancillado por sangre extranjera. —Las afiladas uñas de la mano derecha del Sumo Sacerdote se clavaron en la muñeca de Anok mientras agitaba la mano izquierda abierta ante el rostro del joven—. ¡Ni siquiera ha aceptado el poder de la marca! ¡Le tiene miedo a la corrupción! —Prácticamente escupió la última palabra.

Entonces, algo lo hizo vacilar. Movió la mano sobre el pecho de Anok, luego agarró la estola dorada que le rodeaba el cuello, la levantó y le abrió la túnica para dejarle el pecho al descubierto.

Aferró el medallón que había allí y después retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¡Hierro frío! —Su rostro formó lentamente una sonrisa. A continuación, soltó una carcajada—. ¡Hierro frío! ¿Piensas que esto te protegerá de la corrupción?

Se echó hacia atrás mientras se limpiaba las manos como si se las hubiera ensuciado.

Al arreglarse la túnica y la estola, Anok se dio cuenta con una pequeña sensación de triunfo de que, al menos en esto, había engañado al maestro hechicero.

ThothAmon no había sentido la Escama de Set en el interior del medallón, ni parecía sentir su magia, almacenada temporalmente en el cuerpo de Anok.

El Sumo Sacerdote se le acercó al rostro. El aliento le olía a clavo y a ajo.

—Déjame decirte algo, acólito. Noto que me tienes miedo, y haces bien,

pues soy poderoso y despiadado. Podría aplastarte con mi magia y no darle mayor importancia que a comerme una uva en el desayuno.

»Pero no siempre he sido así. El poder de un hechicero es inconstante en el mejor de los casos; su destino, incierto; sus enemigos, innumerables. En mi larga vida he sido pobre y rey, Sumo Sacerdote y, más recientemente de lo que te imaginarías, esclavo.

Sostuvo la mano izquierda en alto para que Anok la viera.

—Pero yo no era nada hasta que hallé el Anillo Negro y lo hice mío. El anillo me llamó, y yo respondí.

»Una marca de poder te ha escogido y, a diferencia de la mía, ¡nunca podrán quitártela! ¡No puedes imaginarte los celos que eso me hace sentir! Si fuera posible, me la quedaría, pero no puedo, así que debo ayudarte a usarla en mi lugar.

Su tono se volvió comprensivo, casi de lástima, y a Anok se le erizó de repente el vello de la nuca.

—Comprende, entonces, que no hay maldad en lo que hago ahora. Simplemente, es lo que se debe hacer, y no lo hago con más ira de la que siente un hombre cuando mata a un mosquito.

A continuación, ThothAmon se dio la vuelta, como si se marchara, y comenzó a alejarse. Tras sólo unos pasos, se volvió, con los ojos muy abiertos, las manos en alto, e instintivamente Anok supo lo que iba a suceder.

Reaccionó de manera igual de instintiva: alzó las manos, con las palmas rectas, y visualizó en su mente un antiguo jeroglífico de protección.

Un instante después, el ataque lo golpeó como una potente ola. El aire a su alrededor crepitó a causa de los rayos, y, aunque estaba preparado, sus pies retrocedieron varios pasos a través del pulido suelo.

Entonces pasó, y Anok notó una repentina sensación de alivio.

Se había preparado para el ataque y lo había sobrellevado bien.

¿Esto era lo mejor que el señor del Anillo Negro podía ofrecer?

Pero ThothAmon simplemente sonrió al ver que Anok estaba ileso.

—Tus reflejos son buenos, acólito, así como tu dominio de los hechizos básicos. Ahora, ¡prepárate para la auténtica prueba!

Una vez más, el Sumo Sacerdote levantó las manos.

Y una vez más, Anok respondió, aunque en esta ocasión dispuso de un momento para pensar en ello y recordó las técnicas del Culto de la Araña de Jade. Si ThothAmon esperaba incitarlo a utilizar el poder de la Marca de Set, tal vez había un modo de evitarlo, no usando poder, sino ingenio.

Si el ataque era como una ola, en ese caso su respuesta debía ser como algo que pudiera abrirse camino a través de una ola. De nuevo se imaginó el jeroglífico de protección, pero duplicado, y en su mente los situó uno junto al otro para formar una punta, como la proa de un barco.

El ataque llegó, el doble de potente que el último; sin embargo, la defensa

puntiaguda de Anok lo dividió y desvió la mitad a cada lado.

Una parte salió disparada y cogió a Ramsa Aál desprevenido. El impacto lo lanzó de espaldas contra la verja antes de poder levantar una defensa.

ThothAmon lo miró.

—Te aconsejaría que te mantuvieras apartado, siervo. Podrías resultar herido.

Los ojos de Ramsa Aál estaban muy abiertos mientras retrocedía contra la verja del extremo más oriental de la terraza y se agachaba.

ThothAmon volvió a girarse hacia Anok y torció el gesto, entrecerrando los ojos oscuros.

—¿Te crees muy listo, acólito? ¡Puede que lo seas, pero eso no te salvará aquí!

Atacó de nuevo.

Anok intentó el truco defensivo otra vez, pero este ataque fue mucho más fuerte. Retrocedió tambaleándose, completamente turbado.

Notó el sabor de la sangre en la boca.

ThothAmon ladeó la cabeza mientras lo miraba.

—¿Te dolió?

Levantó la mano.

—No. Déjame imaginármelo. —Enderezó la cabeza.

»Mi próximo ataque podría destruirte. Yo no le tengo miedo a la corrupción. No le tengo miedo absolutamente a nada. ¿Quién sabe cuáles podrían ser mis límites?

»Si quieres sobrevivir, te sugeriría que me atacases primero.

Los ojos de Anok se ensancharon. ¿Era un truco? ¿Lo estaban empujando a justificar su propia muerte? Tal vez su treta no había logrado engañar nunca a ThothAmon. Tal vez simplemente lo matasen y le quitasen la Escama de Set.

Y sin embargo, si ése fuera el caso, ¿por qué necesitaría el Sumo Sacerdote una excusa? Había dejado claro que mataría sin vacilación si servía a sus fines, y aquí, en Estigia, en el centro de su propia fortaleza, ¿quién se atrevería a cuestionarlo?

No, esto em una prueba, nada más. Sin embargo, incluso mientras ThothAmon lo ponía a prueba, él se ponía a prueba contra sí mismo. Conocía las consecuencias si recurría a la Marca de Set. Se había resistido a ella durante mucho tiempo, pero la marca cada vez lo aferraba con más fuerza.

Ahora que la había mezclado con el poder de la Escama de Set, ¿quién sabía qué podía suceder? Quizá incluso contase con poder suficiente como para aplastar al señor oscuro de Set.

Quizá pudiera cortarle la cabeza a la serpiente y vengarse de Set al fin, por su padre, ¡por Sheriti!

¡Tienes el poder! ¡Destruyelo!

Los ojos de Anok se abrieron de par en par. Las palabras habían salido de

su cabeza, pero no eran suyas.

¡Reniego de ti!

¡Reniego de tu poder!

No, contraatacaría, pero sin el poder de Set, sin los os euros hechizos que la Marca de Set le había obligado a memorizar. Había aprendido muchas otras cosas durante sus estudios en el templo. Tendrían que bastar.

No pronunció las palabras en voz alta para no poner a ThothAmon sobre aviso, simplemente las pensó.

«En el nombre de lord Opp, el antiguo, invoco las fuerzas del caos, las llamo de la nada y dispongo que mis enemigos… ¡se hagan añicos!»

Un relámpago de poder surgió de sus manos y se lanzó hacia ThothAmon como un enjambre de abejas furiosas. Lo envolvió en un fuego de color rosa danzando alrededor de su cuerpo. El Sumo Sacerdote apretó los puños cerrados, ejerció presión con los brazos, dobló los codos hacia fuera y la energía se rompió, los restos se alejaron revoloteando y dejaron de existir con un chisporroteo.

ThothAmon se irguió cuan alto era.

—Si eso es lo mejor que puedes hacer, acólito, entonces tu apego a la vida no debe de ser demasiado fuerte.

Arremetió contra Anok. El esfuerzo pareció casi insignificante, y, sin embargo, casi derriba al joven. Sus defensas quedaron destruidas como el papiro de una tumba antigua.

Sintió cómo se le tensaba el cuerpo, los huesos le crujían y el mismo cráneo intentaba cambiar de forma. El dolor era cegador; sin embargo, no se cayó.

Tenía que haber una forma de salir de esto.

Levantó la mirada a través de unos párpados temblorosos a causa del esfuerzo de seguir abiertos.

—Cedo… ante… la habilidad superior de mi maestro.

ThothAmon parecía casi sorprendido.

—No lo entiendes, acólito. ¡Esto no es un combate! Es un duelo entre hechiceros. ¡Es matar o morir! ¡No hay concesión salvo la muerte!

»Ahora, atácame, o cederás… ¡por incomparecencia!

Anok se dio cuenta de que no tenía alternativa. Tenía que llamar a la Marca de Set, y puede que incluso al poder de la Escama. Si acabar con el Sumo Sacerdote era la única salida, ¡entonces eso era lo que tendría que hacer!

Tensó el cuerpo mientras invocaba los poderes que aguardaban, no, que rogaban que los liberasen. ThothAmon había vivido con el poder de Set. ¡Ahora, que muera con él!

De su puño izquierdo parecieron salir rayos, rayos y fuego. Por toda la habitación, los espejos se hicieron añicos, los muebles fueron lanzados contra la pared y todo lo que se podía romper se rompió.

El hechicero pareció combarse, como si se fuera a desplomar, pero luego se

volvió a enderezar. Ahora había dolor en su rostro.

Dolor y rabia.

Contraatacó, cogiendo a Anok por sorpresa. En cierta forma, no fue más que una bofetada mágica en el rostro, pero, protegido como estaba, el acólito sufrió todo el impacto de la misma. Cayó de rodillas, aferrándose la barriga, mientras sentía cómo sus tripas se retorcían y se rasgaban como trapos podridos.

Muy por debajo de la terraza, pudo oír gritos de alarma.

ThothAmon se acercó a él.

—Eso ha sido impresionante, acólito, pero no lo que estaba buscando. Me has causado dolor por nada, ¡y por ese motivo sin duda morirás!

Anok sabía que el señor del Anillo Negro era un hombre de palabra. Sabía que el golpe mortal estaba a punto de producirse.

Pero él aún tenía la Marca de Set y el poder de la Escama.

Y tenía más.

Antiguos hechizos, oscuros y prohibidos, anteriores al tiempo del hombre.

¡Entréganoslos! ¡Canalízalos a través de nosotras! ¡Deja que multipliquemos su poder una docena de veces! ¡Deja que destruyamos el Anillo Negro! ¡Deja que hagamos que su poseedor sangre!

Las palabras llegaron a sus labios en una lengua perdida desde antes de que la Atlántida se hundiera bajo las olas.

—¡Idnyc-ahk ozark lisab du sandrab et!

Fue como si su cuerpo hubiera sido alcanzado por un rayo, las extremidades se le flexionaron a causa de la fuerza del paso de la energía a través de él. Lo dejó como si fuera una bola translúcida, rodando colina abajo como una roca.

La fuerza pasó sobre ThothAmon y lo lanzó como a una hoja seca. El sacerdote voló cinco pasos por el aire antes de aterrizar de rodillas y desplomarse de bruces.

Pero Anok no se encontraba en condiciones de congratularse. Se tambaleó y cayó de rodillas. Por dentro, podía sentir cómo la Marca de Set lo curaba, la sentía volviendo a unirle las tripas, pero no se encontraba nada bien.

Temblaba y se estremecía, todo el cuerpo se le contraía espasmódicamente. Quería vomitar, pero incluso los músculos del estómago le habían dejado de funcionar correctamente. Había usado la gran magia de antaño, y ahora estaba pagando el precio.

Sin ayuda, su cuerpo se desgarraría a sí mismo sin importar lo que la Marca de Set hiciera para recomponerlo. Como mucho, únicamente prolongaría su agonía.

Sin embargo, a través de todo esto, un sonido atrajo su atención.

Levantó la mirada y vio a ThothAmon poniéndose en pie. El señor del Anillo Negro pareció detenerse un momento para calmarse; a continuación, se

acercó a Anok con aire resuelto.

Mientras se aproximaba, introdujo la mano bajo la túnica y extrajo con soltura una ornamentada daga para sacrificios.

Lo único que el acólito podía hacer era observar.

El Sumo Sacerdote le agarró el pelo, le tiró hacia atrás de la cabeza para exponerle el cuello y el joven sintió cómo el cortante filo le atravesaba la piel.

Se situó muy cerca de Anok, de forma que lo único que éste pudiera ver fueran aquellos oscuros ojos negros.

—Permíteme compartir contigo una lección que he aprendido por medio del dolor y las experiencias duras, acólito.

»No importa lo grande que sea el hechicero, con el tiempo su magia se agotará. Y entonces… —Esbozó una ácida sonrisa—. Y entonces, ¡un hechicero puede caer ante el cortante filo del acero como cualquier otro mortal!

Anok aguardó a que llegase el rápido ataque de la hoja, el cálido torrente de su propia sangre.

No se produjo.

En lugar de ello, ThothAmon le soltó la cabeza, se puso en pie y se alejó.

Unos pasos se acercaron a toda velocidad, y media docena de custodios y sirvientes de la casa se abalanzaron escaleras arriba. Se detuvieron y contemplaron la destrucción.

—Maestro —dijo el sirviente de más edad—, oímos ruido y acudimos inmediatamente. ¿Puedo serviros en algo?

ThothAmon sonrió.

—Sí —respondió—, ¡sí puedes!

Se acercó al sirviente, volviendo la vista hacia Anok al hacerlo.

—Ya ves, ya ves, acólito, tu poder está agotado. Al igual que el mío, pero…

El sacerdote se movió tan de prisa que el sirviente nunca sospechó hasta que fue demasiado tarde. En un instante, el hechicero estaba tras él, le había echado la cabeza hacia atrás y le había pasado el cuchillo con fuerza por la garganta.

El sirviente emitió un sonido gorgoteante, se aferró el cuello y cayó, los ojos se le agrandaron mientras observaba cómo torrentes carmesí escapaban entre sus dedos. La sangre se le agotó a la vez que el pulso se le apagaba.

Los otros sirvientes retrocedieron, pero estaban demasiado asustados incluso para huir.

Una salpicadura de sangre cruzaba el pecho de ThothAmon. Se mojó dos dedos en ella y, con delicadeza, se los llevó a la boca. Cuando los hubo chupado hasta dejarlos limpios, se volvió a girar hacia Anok.

—Tú estás agotado y ves que mi poder se restaura con facilidad gracias al sacrificio de la sangre. Eso es porque yo no tengo miedo.

Anok gimió de dolor y cayó sobre un costado en el frío suelo de mármol.

ThothAmon se acercó a él y se arrodilló a su lado.

—Ahora debes pagar el precio, de una forma u otra —dijo—. Corrupción, locura o muerte. ¡Elige!

Anok no dijo nada, pero en su corazón ya había elegido.

El Sumo Sacerdote lo estudió un momento, luego, una expresión de desprecio cruzó su rostro.

—¡Has elegido mal!

Se levantó de repente y se alejó.

Ramsa Aál se atrevió por fin a salir de su escondite.

—Maestro, ¿qué debo hacer con él?

ThothAmon no volvió la mirada mientras desaparecía a través de una de las puertas laterales.

—Déjalo en su residencia. Puede que algún día me resulte útil. Si vive. Y si alguna vez vuelve a estar cuerdo.

Anok oyó las palabras aunque apenas podía entenderlas. Toda su atención estaba concentrada en un arroyo de sangre del sirviente que iba deslizándose lentamente por el suelo hacia él, más cerca, tentadoramente más cerca.

Estiró una mano temblorosa y casi iba a tocarlo cuando unas manos fuertes lo agarraron por los tobillos y comenzaron a llevárselo a rastras.

23

Anok estaba tendido sobre un sofá en la habitación frontal de su villa. Teferi y Fallón también estaban allí, pero el acólito no los miraba. Sus ojos estaban clavados en la sólida alfombra de escorpiones que ascendía lentamente por la otra pared.

—Estaba así cuando lo encontré —explicó Teferi—. Los custodios lo dejaron tirado en nuestra puerta principal.

—No se mueve. ¿Está herido?

Fallón se situó frente a su rostro y Anok se movió a un lado, para así poder ver alrededor de la mujer y observar a los escorpiones, que ya casi habían llegado a la unión entre la pared y el techo. Sus brillantes cuerpos negros se apretaban unos contra otros como la vacas en una manada.

—Hay señales de heridas, pero ya están curadas. Está ardiendo como si tuviera fiebre, pero no creo que esté enfermo. Esto es magia muy mala.

Fallón se apartó, pero se contuvo y trató de aparentar desconcierto.

—Esto es totalmente incomprensible para la gente como tú y como yo, Teferi.

—He enviado a un muchacho a buscar a Sabé —respondió el kushita en tono grave—. Hasta entonces, que Jangwa proteja su mente, a dondequiera que haya ido.

Ahora los escorpiones estaban en el techo sobre ellos, sus filas se dividieron y giraron, formando antiguos jeroglíficos de poder cuyo significado Anok simplemente podía adivinar. Lo hicieron reír.

—¡Oh, Anok, esto es culpa mía! —exclamó Teferi.

—¡No es culpa suya, sino tuya! ¡Es mejor amigo de lo que te mereces!

La voz era tan familiar, hacía tanto tiempo que no la oía. Se volvió y lo vio sentado junto al sofá, encorvado hacia adelante, con los dedos entrelazados y con una expresión de ira arrugándole el entrecejo. Los ojos de Anok se ensancharon.

—¿Padre?

Su padre agitó la cabeza con tristeza.

—¿Qué te has hecho? ¿Acaso no te enseñé nada? ¡No puedes vivir entre serpientes sin que te salgan escamas!

—Lo siento, padre.

—¿Con quién está hablando? —preguntó Fallon.

Teferi la hizo callar.

—Estoy muerto, ¡y nada lo cambiará! Esta misión de venganza es una locura. Te encomendé una tarea sencilla, ¡y has fracasado completamente!

—Si de verdad tengo una hermana, padre, no puedo encontrarla. Este medallón pesa tanto.

—Es mejor que se pierda a que acabe en las manos de nuestros enemigos.

—¡Lo he mantenido a salvo!

—Lo has traído al umbral de nuestros enemigos, ¡y el día aún no ha terminado! Set es paciente, al igual que nosotros. Tú no eres más que una hebra en un tapiz que viene de cincuenta generaciones atrás. Si continúa cincuenta más, que así sea, pero ¡no se debe rasgar por la mitad!

—¡Sólo intenté serviros, padre!

El hombre apartó la mirada.

—Me habrías servido mejor si hubieras lanzado el medallón en la arena, hubieras hallado una esposa y me hubieras dado nietos regordetes. Tu hermana te habría encontrado con el tiempo. Ahora, te has condenado a ti mismo y también a mi legado. ¿Cómo protegerá un loco la Escama de Set?

—¡No estoy loco!

—Sí, si lo estás —contestó Fallon.

Teferi la fulminó con la mirada.

—¡Cállate!

—No es una mala mujer —opinó Sheriti—. Dice lo que piensa. Le falta elegancia, y también le falta capacidad para engañar. Sólo se miente a sí misma.

Anok sonrió al ver su bello rostro de nuevo, su cabello dorado resplandeciente bajo la luz que entraba por la ventana.

—¡Oh, preciosa! ¡Has vuelto conmigo!

Fallon parecía asombrada.

—¿Está hablando conmigo?

Sheriti estiró una mano y le acarició la mejilla.

—Deberías estar hablando con ella. Tiene un espíritu fuerte, más fuerte de lo que ella cree. La necesitas tanto como ella a ti. Sois dos personas rotas que podrían ayudarse una a la otra. ¿Alguna vez oíste el chiste sobre el hombre de una pierna que se enamoró de la mujer de una pierna?

—No.

—Caminaron juntos hacia el altar. —La muchacha sonrió, satisfecha con el chiste. Luego, la sonrisa se desvaneció mientras lo miraba a la cara—. No lo entiendes, ¿verdad? Pobre Anok. Nunca lo entendiste. —La joven pareció fundirse con la luz del sol, hasta que sólo quedó la luz.

La puerta se abrió y un muchacho kushita de unos nueve años condujo a Sabé al interior. El anciano le dio una moneda y el chico desapareció rápidamente.

Teferi se acercó a cogerlo por el brazo.

—Está aquí. Os lo mostraré.

Sabé se encogió apartándole las manos.

—¡No hace falta! Estoy ciego, pero puedo sentir su calor, notar el hedor de la magia oscura. Para mí, es como un faro. —Se acercó, se sentó junto a Anok y le tocó la frente con la mano. Los viejos dedos eran ásperos y fríos—. ¿Habla?

Teferi asintió.

—Habla con gente que lleva muerta mucho tiempo.

—Eso es muy malo. La locura está muy dentro de él. Ha usado un hechizo muy oscuro, ha extraído poder de los atroces pozos negros de los dioses antiguos.

Frunció el entrecejo y movió la mano sobre la frente del acólito.

—Aquí hay algo familiar, aunque antes nunca lo había detectado así. Algo que se ha ocultado de mí. Pero no sé lo que es. —Su frente se arrugó por encima de la tela que le cubría los ojos—. Está pasando algo. ¡Creo que un hechizo está terminando!

Anok también podía sentirlo.

El poder de la Escama de Set que había transferido a su cuerpo comenzó a regresar a su dorado hogar, y al hacerlo, se llevó algo con él. La locura salió de su cuerpo como el veneno que se succiona de una herida.

Miró al anciano.

—¿Sabé? ¿Qué ha ocurrido?

—Ojalá lo supiera. Has usado magia poderosa, joven Anok, y te has causado la locura. No sé por qué la locura es tan grande, no puedo… —Entonces, pareció darse cuenta de pronto.

Agarró el brazo izquierdo de Anok y se estremeció al tocar la marca que le rodeaba la muñeca. Su expresión se tornó furiosa.

—¡La Marca de Set! ¿Por qué no me lo dijiste?

Al acólito no le gustó aquel tono.

—Tengo derecho a guardar secretos. ¿Cómo podía saber si podía confiar en vos?

—¿En mí, que os he confiado a ti y a tus amigos mis pro pios secretos, largo tiempo guardados? ¿Cómo pudiste ocultarme esto?

—¿Qué diferencia habría supuesto que lo supierais?

—Bueno, nunca te habría tentado con los antiguos textos de poder. ¡Nunca te habría enseñado hechizos como el que usaste! La Marca de Set ansia tal poder, se alimenta de él. Se le debe negar, ¡para que no te consuma el alma! Un hechicero normal podría usar un hechizo como ése y recuperarse de la locura o de la corrupción que acarrea. Pero uno que lleve la marca… —Negó con la cabeza con tristeza.

Anok no podía aceptar lo que estaba diciendo. Se levantó tan de prisa del sofá que Sabé se alzó y retrocedió de un salto.

—De todas formas, ¿qué sabéis vos de esto? ¿Qué podéis saber de la Marca de Set?

El rostro de Sabé enrojeció.

—¿Que qué puedo saber yo?

Se apartó de un tirón el apretado puño de la manga para mostrar la piel, suave y sonrosada como la de un niño, y allí, una marca idéntica a la de Anok.

El acólito negó con la cabeza.

—No puede ser. ¡Los textos dicen que la marca no se ha concedido en quinientos años!

—Los textos no mienten. Sin duda, has visto cómo el poder de la marca puede recomponer la carne. Durante quinientos años ha mantenido a la muerte lejos de mi puerta, hasta que incluso el Culto de Set ha olvidado mi nombre. He resistido ese frío abrazo durante mucho tiempo, esperando poder librarme algún día de esta maldición antes de ir a mi pira funeraria.

—Pero vos también conocíais toda esta magia. Habéis leído todos los textos que yo he leído y mil más. ¿Cómo es que habéis resistido a su tentación? ¿Por qué no os habéis corrompido ni vuelto loco?

La boca de Sabé temblaba por la emoción, sus labios lucharon por formar las palabras a través de la ira que sentía. Por fin, dijo: —¡Idiota! ¡He cometido errores! ¡He pagado el precio! Crees que soy viejo y ciego. —Cogió el nudo que le sujetaba la tela alrededor de los ojos—. Bueno, en cierto modo soy ciego, pero ¡no por falta de ojos para ver!

Se arrancó el trapo.

Fallon ahogó una exclamación.

La boca de Teferi se abrió con asombro.

Allí, oculta por la tela, la arrugada piel que le rodeaba los ojos estaba fruncida y cubierta por una costra de brillantes escamas verdes. Y, rodeados por esas escamas, estaban los ojos; grandes, redondos y amarillos. Las pupilas eran verticales tajos negros.

Anok los conocía bien. Ya había visto antes ojos así, en las grandes serpientes de Set del templo.

—¡Este es el precio que pagué por mis escarceos con la gran magia! ¡Tener los ojos fríos e inhumanos de una serpiente de Set! Ver en la carne humana sólo algo cálido que matar y consumir. Ojos que pintan cada imagen únicamente en sombras de maldad, ¡ojos que corrompen la mente y el alma!

Con cada palabra, su voz cambió, se volvió más oscura, más siniestra.

De repente, Sabé alzó las manos y se apartó de ellos, luchando por recuperar el control mientras volvía a colocar la tela en su sitio.

Cuando lo hubo hecho, se desplomó sobre una silla, con la cabeza baja, sin volverse hacia ellos, tratando de recobrar el aliento.

—Ahora ya lo sabes —dijo al fin—. Mi último secreto también es tuyo. ¿Ves por qué te he ayudado, joven Anok, en tus planes contra el Culto de Set? Pero yo soy el tonto. Ciego, no pude ver la marca que te destruiría.

—Lo siento —se disculpó Anok—. No lo comprendí.

—No necesito tu lástima. Lo que he hecho, me lo he hecho a mí mismo. Que no sea tu destino, aunque no estoy seguro de cómo podemos salvarte.

—Pero ¡la locura ha pasado! ¡Y juro que no volveré a usar la gran magia!

Sabé dio la vuelta hacia ellos. Su expresión era desdeñosa.

—No hagas promesas que no puedes cumplir. Y en cuanto a la locura, no te consideres libre. Ni siquiera entiendo cómo estás libre de ella ahora.

Anok explicó rápidamente su treta de introducir la magia de la Escama en su interior y cómo ésta le había extraído la locura del cuerpo.

Sabé negó con la cabeza.

—¿Una Escama de Set? ¿Cuántos secretos más tienes?

—Unos pocos —respondió el acólito.

El erudito suspiró.

—Esto no es más que una tregua. La locura regresará. Como mucho, dispones de algunos días.

—En ese caso, repetiré el hechizo y usaré la Escama para limpiarme.

—Y cada vez que lo hagas, la Marca de Set extraerá más poder de la Escama, volviéndose más fuerte hasta que su corrupción te consuma como casi hizo conmigo. Ésa no es la solución.

—Entonces, ¿estoy condenado?

La boca de Sabé tembló.

—Podría haber una esperanza. Durante toda mi vida he registrado los antiguos secretos en busca de alguna respuesta a mi propio dilema. En esos años sólo he hallado algo prometedor. Era demasiado tarde para ayudarme a mí, pero a ti podría ofrecerte un poco de esperanza.

Teferi se adelantó con entusiasmo.

—¿De qué se trata? ¡Decídnoslo!

Sabé arrugó el entrecejo.

—Habrá mucho peligro.

Fallon esbozó una amplia sonrisa.

—Peligro otra vez. Siempre hay peligro en la senda de un luchador. ¿De qué otra forma se ganaría la gloria? ¿De qué otra forma sus historias merecerían ser contadas?

—Puede que nunca hubiera esperanza para mí, Anok. Pero yo nunca tuve amigos así en mis momentos de necesidad.

El joven miró a los ojos a cada uno de sus amigos, intercambiando un silencioso reconocimiento. A continuación, su atención regresó a Sabé.

—Entonces, ¿cuál es esa esperanza de la que habláis?

El anciano abrió la boca, pero se detuvo antes de hablar.

—Nos observan —anunció. Después, alzó la voz—: ¡Muéstrate!

Una cortina se apartó y Dejal entró en la habitación.

—Perdóname, pero ¿hay sitio para otro viejo amigo en tu búsqueda?

Los ojos de Anok se ensancharon. Dejal. El traidor. ¡El asesino! ¿Qué

estaba haciendo aquí?

Como si le respondiera, Dejal tocó la bola de cristal de la parte superior de su bastón mágico.

—Te toqué con esto cuando te marchabas del templo. Sirve para establecer una conexión. Eso, sumado a nuestra larga relación, me permitió seguirte incluso dentro de la guarida de ThothAmon y observar tu dura prueba. No podía oírte allí debido a los hechizos de ocultación, pero sí podía ver.

—¡Me has estado espiando!

—Me preocupaba tu bienestar. He oído historias de aquellos que han tenido una audiencia con el señor del Anillo Negro en sus aposentos. Algunos no regresan nunca, y pocos regresan sin cambios, como veo que es tu caso.

No estaba de humor para falsas cortesías.

—A ti no te preocupa nadie salvo tú mismo.

Dejal esbozó una leve sonrisa.

—Hay algo de verdad en que valoro mis intereses sobre todo lo demás. Pero mis intereses están entrelazados con los de otros también. Sobre todo con lo tuyos, hermano.

»Gran parte de mi ascenso en el culto se ha debido a mi relación contigo. Admito que tengo poco de mi parte que ofrecer. Mi padre es rico, pero no tanto como muchos otros, y no soy buen mago, me apoyo en mi bastón de chucherías mágicas en más de un sentido. No eres leal a Set, ¿y qué? Eso no es asunto mío. Pero mientras ThothAmon y Ramsa Aál sigan convencidos de que algún día podrías resultarles útil, también me servirá.

Anok se burló.

—Y si acabo con tu querido culto, ¿qué?

Dejal soltó una carcajada.

—Puede que abrigues esas vanas ilusiones. Yo no las comparto. En ese sentido, eres un problema que, tarde o temprano, se resolverá solo. Lo único que tengo que hacer es apartarme y observar. De hecho, sospecho que sin mi ayuda tus magníficos planes terminarán ahora mismo.

Teferi miró a Dejal con el entrecejo fruncido.

—Aunque me duela admitirlo, puede que tenga razón, Anok. Podríamos necesitar un brujo, y que tú uses más magia sólo sería acelerar tu perdición. Dejal nos servirá, siempre y cuando sirva a sus propios intereses también.

Anok hizo una mueca. Ciertamente, Dejal podría resultar útil, pero estaba igual de seguro de que no se podía confiar en él, y no podía decirle a Teferi el motivo. Le había ocultado la verdad del asesinato de Sheriti a su amigo durante tanto tiempo que el secreto se había enconado, y contarlo ahora podría hacerle perder a su aliado justo cuando más lo necesitaba.

—Muy bien. Oigamos la tarea que Sabé nos ha encomendado, luego decidiremos si necesitamos tu ayuda.

Sabé parecía preocupado.

—No me gusta esto. No se puede confiar en él.

Anok asintió con tristeza.

—Lo sé muy bien. Pero ya sabe demasiado, así que no nos queda más alternativa que mantenerlo cerca.

El erudito suspiró.

—Muy bien. —Hizo una pausa y ordenó sus pensamientos—. Durante innumerables años he visto referencias aisladas en los textos a un antiguo hechicero llamado Neska. La mayor parte de los textos sugerían que era de la Atlántida, aunque yo sospecho que ése podría haber sido simplemente el lugar en el que moraba. Sinceramente, puede que ni siquiera fuera completamente humano. Pero los textos decían que realizaba magia grande y poderosa, y que era un hombre sabio, bueno y justo.

—Por lo que sabemos —intervino Teferi—, eso es una contradicción.

—Exacto —convino Sabé—, y por eso seguí buscando.

»Me enteré de que había escapado de la Atlántida cuando se hundió y que vino al lugar que más tarde sería conocido como Estigia; pero todos los informes decían que su poder se había reducido enormemente. Más tarde averigüé que fue debido a que una columna le había caído sobre el brazo izquierdo mientras el antiguo reino se hundía, y que se vio obligado a cortarse la extremidad con su propia espada para escapar.

Teferi hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Sin embargo, se dice que guio a numerosos habitantes de la Atlántida a un lugar seguro, que construyó una ciudad en Estigia y que cuidó de ella hasta su muerte. La gente erigió una pirámide en su honor y lo enterró allí. Pero él no pudo salvarlos de los ignotos horrores que más tarde se extenderían sobre Estigia. La ciudad fue abandonada y se perdió en las arenas.

Anok vio cómo algo se arrastraba por la pared. Un escorpión solitario. Apartó la mirada, sacudió la cabeza, y la criatura desapareció.

—Eso es muy interesante, pero no veo en qué puede ayudarme.

—Paciencia. Dije que usó magia sin corrupción ni locura, y con el tiempo averigüé de qué forma. Se dice que forjó dos brazaletes que contrarrestarían los efectos negativos de la hechicería y que permitirían utilizarla para hacer el bien. Uno se perdió con su mano, pero el otro está enterrado con él.

—Entonces, ¿ese brazalete podría curarme, liberarme para poder usar la Marca de Set para castigar a quienes lo merecen? —Levantó la mirada y vio a Dejal observándolo.

—Sólo con un brazalete, y con tu espíritu ya infectado por la magia oscura, no lo creo. Pero podría proporcionar una base, un ancla, para que un hombre fuerte pueda apartarse de la locura y la corrupción. Incluso con el brazalete, no será fácil.

Anok caminaba por la habitación.

—¿Qué elección tengo? ¿Cómo encontramos esa tumba?

—Sospecho que no está lejos de las montañas, en el desierto. Los hechiceros vienen aquí porque éste es un lugar natural de poder, y entonces también lo era. Muchos han registrado la arena y no han encontrado nada. Pero yo he hallado un antiguo hechizo de orientación que os guiará hasta la tumba.

—En ese caso, decídmelo, y partiremos.

Sabé permaneció un rato en silencio.

—Me temo que es demasiado pronto para que hagas magia. Sólo acelerarás el regreso de la locura.

Dejal sonrió.

—Así que parece que necesitas un hechicero, hermano.

—Y el templo… —añadió Sabé—. No estará desprotegido. ¿Quién sabe lo que el gran Neska puede haber dejado para vigilar su tumba?

—Ésa sería la parte del asunto que implica peligro —comentó Fallon, mientras desenvainaba la espada y la extendía.

Teferi vaciló sólo un momento antes de sacar su espada y colocar la hoja sobre la de ella.

—Entonces, estamos juntos en esto.

Anok los miró.

—Aseguraos de que sabéis adonde conduce esa senda. No nos enfrentaremos a bandidos, piratas ni custodios. Sin duda, ese templo estará protegido por criaturas sobrenaturales. En mi tiempo con el culto, he leído acerca de cosas, incluso he visto cosas. Hay criaturas más antinaturales, repugnantes y espantosas de lo que os podéis imaginar.

—Tengo mucha imaginación —respondió Teferi—. ¡Vayamos al ataque!

Sin embargo, Anok sospechaba que en realidad no lo sabían, no lo entendían.

Nadie lo hacía, hasta que contemplaba por primera vez el oscuro abismo con sus propios ojos.

24

Salieron de Kheshatta antes del amanecer del día siguiente.

Los fabricantes de veneno y los grandes hechiceros que contaban con propiedades y plantaciones en las montañas al norte de Kheshatta protegían celosamente su privacidad, por lo que los cuatro viajeros (Anok, Teferi, Fallón y Dejal) condujeron a sus monturas con cuidado mientras ascendían por el bien marcado camino de caravanas que llevaba al paso de montaña.

Montaban camellos, tres alquilados para el viaje y el animal blanco de Fallón, *Fenola*. Las bestias parecían particularmente fuera de lugar mientras recorrían el serpenteante camino hacia lo alto de las exuberantes montañas. Sin embargo, mientras se alejaban de la cuenca de la ciudad, el terreno comenzó a secarse, la flora empezó a consistir principalmente en achaparrada hierba marrón, frondosos cactus en flor y unos matorrales desconocidos con hojas amarillentas y azuladas y brillantes bayas verdes.

Al coronar la cima del paso obtuvieron una vista despejada de la tierra situada más allá, las yermas zonas llenas de rocas rojas, los lechos de los ríos completamente secos y las cambiantes dunas de arena que amenazan con tragárselo todo.

Tal vez lo hicieran algún día.

Tuvieron cuidado de seguir el camino establecido que descendía dando vueltas por la empinadas y traicioneras laderas entre rocas sueltas y caídas.

Fue difícil. El camino no estaba muy transitado. Las caravanas grandes usaban el angosto paso del oeste, por donde Anok había entrado en la ciudad, y luego giraban al norte desde allí. Les costaba medio día de viaje, pero la marcha era más fácil tanto para los viajeros como para los camellos.

Anok no disponía de medio día de sobra. Podía oír las voces imaginarias constantemente, como un zumbido en los oídos, y los pequeños escorpiones siempre se encontraban al borde de su campo de visión. Sus travesuras podrían haberlo divertido si no hubiera sabido de la invasora locura que representaban.

También veía a su padre y a Sheriti de vez en cuando, aunque normalmente de lejos, y no le hablaban. En cierto momento, pasaron junto a su madre, que estaba sentada en una roca cerca del camino. La llamó y los otros lo miraron de forma extraña antes de que Anok se diera cuenta de que ella no estaba allí.

Además, vio a otros que llevaban mucho tiempo muertos. Elericus, el jefe de los sirvientes de la casa de su padre. Asrad, el Cuervo muerto tiempo atrás,

que avanzó junto a ellos montado sobre un camello espectral durante un rato antes de despedirse de Anok con la mano y tomar su propio camino.

Vio personas a las que él había matado: piratas, bandidos, lord Wosret y los Escorpiones Blancos. Salvo que esta vez eran escorpiones de verdad: cabezas humanas sobre cuerpos pálidos y bajos, que corrieron a lo largo de la pequeña caravana sobre patas con muchas articulaciones, agitando las pinzas y las colas con aguijones en dirección a Anok hasta que el sendero se estrechó y quedaron atrás.

Cuando al fin llegaron a los llanos en la base de la montaña, Dejal se situó al frente de la marcha. Era hora de abandonar el camino más usado y seguir el hechizo localizador de Sabé.

Dejal sostuvo su bastón en alto frente a él, con la esfera de cristal y varias chucherías mágicas reluciendo bajo el sol, y entonó el antiguo conjuro que el anciano erudito les había proporcionado.

Un rayo de luz brilló desde el cristal en la parte superior del bastón y comenzó a rastrear el horizonte. Trazó un círculo completo y luego se detuvo, señalando hacia el nordeste antes de desvanecerse. Hicieron girar a los camellos hacia la derecha y fueron en esa dirección.

Cada media hora más o menos, Dejal repetía el hechizo y ajustaban la dirección lo necesario. Dejaron atrás toda señal de caminos o sendas, mientras serpenteaban entre rocas y trozos secos de maleza.

No vieron ni el más mínimo indicio de asentamientos humanos, y Teferi comenzó a impacientarse.

—¿Cuándo sabremos que estamos cerca? Esto no parecen las ruinas de una antigua ciudad. No parece nada.

—Cuando nos acerquemos —explicó Dejal—, el rayo de luz debería brillar hacia abajo.

El kushita parecía escéptico, pero por lo general no confiaba en la magia.

—¿Por qué Sabé no podía haber tenido simplemente un mapa? Esto sigue sin parecer nada.

—Si fuera fácil de encontrar —repuso Anok—, alguien ya lo habría descubierto hace mucho tiempo.

—Esperemos que nadie lo haya encontrado —añadió Dejal—. Yo también he leído acerca de la tumba de Neska en mis estudios. Si yo lo hecho, incontables personas también.

—Conocer a Neska no es lo mismo que saber dónde se encuentra su tumba —dijo Anok—. Sabé unió las partes de este hechizo localizador usando una docena de tablillas diferentes que le costó cientos de años reunir. Tengo esperanzas de que seamos los primeros.

Tenían que serlo, meditó con tristeza, o estaba condenado a la locura.

Y a había transcurrido la mitad de la tarde antes de que notaran un cambio en el ángulo del rayo. Estaban entrando en otra área parcialmente cubierta de

dunas, y con cada kilómetro recorrido había más arena y menos rocas. Los camellos, aparentemente contentos ante el cambio tras una mañana de terreno difícil y a menudo desconocido, comenzaron a coger velocidad.

Con las prisas, se lo pasaron, y tuvieron que retroceder. Cuando al fin llegaron al emplazamiento, resultó una decepción.

—Aquí no hay nada salvo dunas —rezongó Teferi—. ¿Estás seguro?

Dejal volvió a entonar el hechizo. El rayo de luz se lanzó hacia abajo en un ángulo muy marcado, hundiéndose en una gran duna frente a ellos.

—Estoy seguro —respondió.

—Si hay algo aquí, lleva enterrado mucho tiempo, y un ejército de peones tardaría un mes en destaparlo.

—No es menos de lo que te mereces —le dijo lord Wosret a Anok al oído.

Cuando giró la cabeza no había nadie, sólo el débil eco de una carcajada.

—Tiene que haber una forma —exclamó Fallon—. No podemos rendirnos así, sin más.

—Hay una forma —contestó Dejal. Apoyó el bastón contra la silla de su camello y agarró una pequeña estatuilla de piedra que colgaba de una cadena de plata. Cerró los ojos y comenzó a entonar—: Wachun, dios pastor de las arenas cambiantes, mueve a tu rebaño a tierras más verdes y deja al descubierto lo que una vez estuvo enterrado.

Anok oyó un zumbido, aunque puede que de nuevo no fuera con los oídos. Durante un momento, no pareció ocurrir nada más.

Entonces, el viento aumentó, girando alrededor de la duna más y más rápido hasta formar un remolino de polvo. La arena fue succionada hacia el interior del cono de aire, otorgándole forma y sustancia.

El viento aulló a su alrededor, aunque ellos parecían encontrarse al borde de la influencia del torbellino.

La duna comenzó a encogerse de manera visible mientras la arena se esparcía por el cielo. Durante un rato no vieron nada. Entonces, un tejado de granito tallado apareció en la cima, como una casa pequeña o un templo. Curiosamente, contaba con numerosas tallas de peces extraños y conchas marinas.

Mientras la arena seguía cayendo, resultó evidente que esto sólo era una pequeña estructura en la cima de una gigantesca pirámide escalonada. Aunque había otras pirámides escalonadas en Estigia, ésta era única en el sentido de que los «escalones» en realidad descendían por el lateral de la pirámide, formando una especie de espiral cuadriculada que se podía usar para ir desde el nivel más bajo hasta la estructura de la cima.

En la piedra junto a la rampa había grabado un retablo continuo de dibujos y escritura en unos jeroglíficos desconocidos.

—He visto símbolos como éstos en algunas de las tablillas más viejas de Sabé —anunció Teferi—. Creo que ni siquiera él sabe leerlas.

Los dibujos parecían narrar alguna gran historia. Había muchas representaciones de embarcaciones, costas y algo que podría haber sido una isla construida en el lomo de una tortuga gigante.

—Creo que es la historia de la Atlántida —opinó Anok—. Comienza en la parte superior y desciende serpenteando hasta el mismo fondo.

—Por la dirección de la luz, lo que nos interesa es el fondo —dijo Dejal—. Puede que la cámara funeraria esté dentro.

La base de la pirámide quedó expuesta al fin, junto con parte de un patio de piedra que la rodeaba y el final de un camino de adoquines que conducía hacia la arena en el extremo este.

Como Dejal había predicho, había una entrada hacia el interior de la pirámide. Pero no estaba oculta: se trataba de un ancho túnel enmarcado por un arco de piedra y dos grandes estatuas de mármol de peces caminando sobre cuatro patas con escamas.

Fallon miró hacia donde el camino desaparecía en la arena.

—Podría haber toda una ciudad enterrada aquí, como dijo Sabé.

—No necesitamos una ciudad —respuso Anok—. Necesitamos lo que hay en el templo. Yo necesito lo que hay en el templo.

Descendieron por la arenosa pendiente y ataron los camellos a una columna de piedra lejos de la entrada de la pirámide.

Teferi la observó con recelo.

—Si la entrada estuvo alguna vez cerrada, ahora está abierta. Puede que los ladrones de tumbas ya la hayan despojado de sus tesoros.

—Recuerda que Sabé dijo que habría guardianes —dijo Anok—. Quizá este templo no necesitaba puerta para que no entrasen los intrusos.

—Oh, eso suena bien —comentó Fallon con sarcasmo.

Las voces zumbaban en el fondo de la cabeza de Anok, y éste no estaba de humor para bromas.

—¡Nadie te obligó a venir!

Lamentó sus palabras de inmediato; pero en ocasiones se sentía como un invitado en su propio cuerpo, simplemente observando lo que ocurría, escuchando las palabras que se decían y teniendo muy poco que ver con ninguna de las dos cosas.

Vio la expresión de dolor y enfado en el rostro de la mujer bárbara.

—No debería haber dicho eso. No soy el de siempre.

Teferi lo miró con el entrecejo fruncido a causa de la preocupación, pero no dijo nada. Contempló el interior del túnel.

—Ahí dentro está oscuro. Tendremos que encender antorchas.

—Puede que no —repuso Anok. Introdujo la mano en su bolso y sacó cuatro piedras translúcidas del tamaño de un puño.

—¿Eso son piedras de luz, como la que usaste una vez? ¿Cómo las llamaste?

—Joyas de la Luna —respondió Anok—. Sabé las encontró en su despensa. Dijo que hace cientos de años que no le sirven para nada, pero que podrían resultarnos útiles hoy.

Sacó su daga y se pasó el filo de la hoja por el dorso del brazo, sólo lo suficiente para cortar la piel y permitir que saliera una pequeña gota de sangre. Embadurnó la primera piedra con un poco de sangre. Al hacerlo, ésta despidió una brillante luz blanca.

Se la pasó a Teferi, luego untó con la sangre la siguiente y se la dio a Fallon, que la cogió con cuidado, al parecer sorprendentemente remilgada con el tema de la sangre.

Manchó una tercera y se la ofreció a Dejal. En lugar de cogerla, Dejal estiró la mano, mojó el dedo en el corte del brazo de Anok y lo pasó por una esfera parecida insertada en un lado de su bastón.

—Quédatela para ti —le dijo.

Anok sintió que se le cerraba con fuerza la mandíbula al ver a Dejal chuparse el dedo. «La sangre es poder», le había dicho Ramsa Aál una vez. Se planteó que probablemente acabara de cometer un error dándole poder a su enemigo, sin importar lo pequeño que fuera, pero era demasiado tarde para recuperarlo.

Se encogió de hombros y atravesó la entrada.

—Desenvainad las espadas y seguidme —recomendó, mientras sacaba una de las suyas.

Notaba la espada extraña, casi desconocida en la mano. Su intención de practicar entrenándose con Teferi había dado paso a su obsesión por estudiar los viejos textos, y a Teferi le había dado por entrenarse con Fallon en lugar de con él.

Cuando llegase el peligro, tal vez tuviera que recurrir a la magia, y no estaba seguro de lo que incluso los hechizos más pequeños le harían ahora.

Simplemente encender los orbes, un acto que no debería haber requerido ningún esfuerzo mágico en absoluto, lo había dejado atontado y mareado.

Podía sentir la magia alrededor de ellos, surgiendo de cada piedra del antiguo templo, e hizo que se le retorcieran las tripas. Le daba ganas de vomitar, pero, de alguna forma, también le daba hambre.

No era él, era la Marca de Set. Pero las sensaciones ya no procedían sólo de la muñeca. Podía sentir cómo sus fríos zarcillos se abrían paso por el brazo, a través del hombro, alrededor del pecho, como garras extendiéndose para agarrarle el corazón.

Dejal lo miró, pero no había ningún indicio de preocupación en su rostro.

—¿Te sientes mal, hermano?

Soltó un gruñido y le pareció detectar una leve sonrisa en la cara de Dejal.

¡Asesino! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Roba el poder del templo y mátalo!

—¡Cállate!

Teferi se deslizó frente a él.

—Por qué no me dejas ir primero, Anok.

No discutió, aunque se sintió como un cobarde por permitir que su amigo lo hiciera. Se sentía débil y totalmente inútil.

¡Tienes poder! ¡Úsalo! ¡Úsalo! ¡Ellos sólo quieren robártelo! ¡Aplástalos! ¡Aplástalos a todos!

Dirigió un rugido gutural a las voces, un salvaje sonido de ira. ¡Tenía que librarse de esta maldición aunque tuviera que cortarse su propio brazo!

Pero también podía sentir la infección en el pecho, y sabía que era demasiado tarde para eso. Sólo la muerte podría rescatarlo. Sólo la muerte. Y si Sabé era un ejemplo, incluso eso podría negársele.

El aire que salía del templo mientras atravesaban la entrada no estaba viciado. Era limpio y fresco, como un viento que soplara a través de una cueva. Anok tuvo la extraña sensación de que el aire era muy antiguo, como si hubiera estado congelado en el tiempo, desde el momento de la inhumación de Neska hasta el momento en el que ellos habían entrado.

Iluminadas por la luz azul de las esferas, las paredes del túnel que se podían ver estaban cubiertas con tallas del mar: olas de mármol congeladas, peces, conchas, calamares y personas que eran mitad humanos y mitad peces. Fallon los contempló al pasar.

—Estamos en el desierto. ¿Por qué todas estas criaturas marinas?

—La Atlántida era una isla —explicó Dejal—. Este lugar es en igual medida una tumba para la Atlántida muerta que para el propio Neska.

Pasaron a través de una entrada que llevaba a un espacio tan grande que sus luces no podían mostrarles las paredes ni el techo.

Entonces se oyó un estruendo, un deslizamiento de piedra sobre piedra, y una enorme puerta de piedra bajó suavemente tras ellos.

—Esto no puede ser bueno —apuntó Teferi preparando la espada.

A continuación, una luz destelló desde las cuatro lejañas esquinas de la habitación. Provenía de grandes esferas parecidas a las Joyas de la Luna, pero cada una era tan grande como la cabeza de un hombre y todas estaban montadas sobre elaboradas columnas de piedra de al menos el doble del alto de un hombre.

La habitación que quedó al descubierto era inmensa, como si la mayor parte del interior de la pirámide estuviera vacío. El suelo era cuadrado y el techo se inclinaba hacia adentro hasta formar una punta muy por encima de sus cabezas.

En cuanto a guardianes, no vieron ninguno. Al igual que ocurría en el corredor, había representaciones del mar por todas partes: tallas, murales pintados en las paredes y estatuas. Alrededor de la habitación había estrellas de mar hechas de piedra, sus cuerpos se erguían de forma que se mantenían sobre las puntas de los brazos, y eran casi tan altas como un hombre.

Un elemento dominaba la habitación: una plataforma de mármol con un altar y, detrás del altar, una enorme estatua de un nautilo, una criatura con muchos brazos parecida a un calamar, con ojos feroces y una preciosa concha en espiral que le protegía la parte posterior del cuerpo.

Contemplaron la estatua maravillados.

—¿Es éste el dios de la Atlántida? —preguntó Fallon.

Dejal estudió el altar.

—Tal vez se requiera un sacrificio antes de que se nos permita seguir adelante —sugirió.

Teferi lo miró.

—¿Te estás ofreciendo, Dejal?

El aludido hizo una mueca.

Se produjo otro roce de piedra sobre piedra, seguido de otros muchos. Surgían de todas partes. Un movimiento llamó la atención de Anok.

—¡Las estrellas de mar de piedra! ¡Se están moviendo!

Teferi arremetió contra la que estaba más cerca, con la espada en alto.

—¡Hemos encontrado a los guardianes!

Hizo descender la espada y el arma golpeó uno de los brazos de la estrella de mar. Se oyó un crujido y la hoja sólo se hundió unos centímetros. Cayó polvo de la grieta, pefo la criatura siguió avanzando.

Teferi se echó atrás y volvió a golpear. Su ataque halló de modo certero el mismo lugar.

Otro crujido, luego un ruido de resquebrajamiento, y la pata cayó.

Sin embargo, la estrella de mar siguió avanzando con las cuatro patas restantes.

Teferi balanceó el arma otra vez.

- otra.
- otra.

Una pata más se desprendió y la estrella de mar perdió el equilibrio y cayó.

Pero no dejó de moverse. Y lo que era aún peor, en el punto en el que le habían cortado las patas, se estaban formando otras nuevas, pequeñas aunque perfectamente moldeadas, que iban creciendo mientras ellos miraban.

Fallon intervino en la lucha, manteniéndose con agilidad lejos de los brazos que se balanceaban y dando tajos a las extremidades hasta que éstas caían.

Pero la primera estrella de mar que Teferi había inutilizado ya estaba comenzando a ponerse en pie, y una docena más se acercaban a ellos desde todos los rincones de la habitación.

Peor aún, golpear la piedra estaba desgastando las hojas de sus espadas, mellando los afilados bordes. Pronto, sus armas resultarían inútiles.

«Tan inútiles como yo». Lo único que Anok podía hacer era apartarse y

mirar. Sus pequeñas espadas no servían de nada contra los enemigos de piedra.

Una estrella de mar cogió a Teferi desprevenido y uno de sus gruesos miembros le tocó el brazo de la espada. Se pegó a él al instante y, lentamente, el grueso brazo se le enroscó alrededor. Cuando estaba a punto de cerrarse sobre él, el kushita rugió y consiguió liberarse de un tirón.

Pero no sin pagar un precio. Tenía el brazo en carne viva y ensangrentado donde la cosa lo había agarrado. Ahogó una exclamación y sacudió el brazo dolorido.

—¡Esa maldita cosa me ha arrancado la mitad de la piel!

Pero eso sólo lo distrajo un momento, antes de volver a asestar tajos.

Anok miró a Dejal.

—Los están agotando. ¡Haz algo!

Dejal contempló su bastón, aparentemente haciendo inventario de los objetos mágicos sujetos a él. Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó una varilla de metal del largo de una mano. Giró el bastón para mostrar un cilindro de latón de la misma longitud aproximadamente.

—¡Oíd, demonios antinaturales, la música de la destrucción, escuchad ahora la campana del trueno!

Golpeó la varilla contra la campana de latón, pero no se produjo un pequeño repique.

Fue un trueno.

Un trueno ensordecedor que hizo que Anok se llevara las manos a las orejas, que estalló en su pecho y provocó que le dolieran los huesos.

La estrella de mar situada más cerca de Teferi se rompió en pedazos, ninguno de ellos mayor que un puño.

Dejal se volvió hacia donde Fallon luchaba con dos de las criaturas.

Golpeó la campana.

Un trueno, y se desmoronaron. Una se convirtió en polvo mientras la espada de Fallon chocaba contra ella.

Dejal pareció reír, aunque lo único que Anok podía oír era el zumbido en los oídos y las siempre presentes voces de su cabeza.

Golpeó la campana. Otro guardián del templo cayó.

De nuevo, pareció que se reía.

Anok vio algo al borde de su campo de visión y se dio la vuelta.

—Míralo —dijo Sheriti—. Cree que está ganando. Esto sólo es el principio.

Entonces, desapareció.

Una a una, las estrellas de mar fueron destruidas por medio de espadas y magia; a aquellas que sobrevivieron las hicieron retroceder.

No.

Se estaban replegando.

Los otros parecieron darse cuenta a la vez que Anok. Detuvieron el ataque

y observaron cómo las estrellas de mar se escabullían cerca de las paredes y se quedaban inmóviles en sus posiciones originales.

Dejal sostuvo su bastón en alto en señal de triunfo.

—¡Las derroté!

—Las derrotamos —lo corrigió bailón, mientras se acercaba a examinar el brazo herido de Teferi.

Anok recorrió cautelosamente la habitación con la mirada, sintiendo que había magia allí.

—No —dijo en voz baja.

La sonrisa de Dejal se desvaneció y miró a Anok.

Se oyó un ruido. Húmedo, líquido, que provenía de la dirección del altar.

Anok se volvió para contemplar la enorme estatua del nautilo. Estaba cambiando.

Mientras la observaba, los ciegos ojos de piedra se volvieron negros, húmedos y translúcidos, las docenas de tentáculos de piedra se convirtieron en carne curtida de un gris verdoso y la espiral de piedra de la concha adquirió el color y la transparencia de fino marfil.

Un hedor se extendió por el aire, como de pescado que se ha dejado demasiado tiempo en el muelle.

Un silbido retumbó procedente del carnoso embudo situado junto a la cabeza de la cosa.

Comenzó a moverse.

—Retroceded —gritó Anok.

Los tentáculos trataron de agarrar a Teferi y éste balanceó la espada.

La curtida piel era como una armadura de cuero. La hoja golpeó con un ruido sordo, dejando únicamente un pequeño corte sin sangre.

Sin embargo, los cortes parecían doler, pues el brazo herido se encogió.

Los tentáculos se extendieron formando un arco a ambos lados de la cabeza y descendieron para ejercer presión contra la plataforma de mármol. Con un estruendo, la gran concha se deslizó unos pasos hacia adelante.

Anok se acercó, quedándose fuera de lo que parecía ser el alcance de la cosa, y golpeó los tentáculos con sus dos espadas, esperando poder causar daño cerca de las puntas, donde eran más finos.

Pero la cosa se impulsó hacia adelante. Le arrancó la espada de la mano izquierda y, al instante, le dio la vuelta y la usó contra él.

El acero chocó contra el acero, y el acólito se dio cuenta de repente de que lo que los atacaba no era una bestia estúpida. Aquellos ojos, tan grandes como un escudo, lo miraban con una inteligencia asesina e inhumana.

Anok balanceó la espada con las dos manos, partiendo la hoja que sostenían los tentáculos. La criatura apartó el arma rota de inmediato y volvió a asumir sus medios de ataque originales.

El acólito se agachó mientras un tentáculo le pasaba sobre la cabeza.

Teferi dejó escapar un grito cuando uno de los brazos le envolvió el tobillo y lo alzó, cabeza abajo, como si fuera un muñeco de peluche.

Fallon se acercó corriendo, trató de liberarlo y acabó siendo atrapada por la cintura. Gritó de dolor mientras el brazo se apretaba con fuerza a su alrededor.

Las espadas no detendrían a aquella cosa.

¡Magia!

Se volvió hacia Dejal, que simplemente contemplaba a la cosa, paralizado, no sabría decir si debido al miedo o al asombro.

—¡Dejal! ¡El trueno!

La cabeza del otro acólito se giró rápidamente hacia él, como un hombre que despertase de un sueño. Balanceó la varilla de metal contra la campana.

¡Trueno!

La cosa se estremeció y los tentáculos se apartaron del dolor.

¡Trueno!

Teferi y Fallon fueron lanzados al suelo, donde lucharon por ponerse en pie y escapar de los brazos que se sacudían.

¡Trueno!

Un enorme ojo lleno de odio miró a Dejal.

Un tentáculo salió volando, tan de prisa que fue como un relámpago respondiendo al trueno.

Dejal chilló mientras le arrancaba el bastón de la mano.

El tentáculo lo subió muy alto. Luego, lo hizo descender sobre la superficie del altar.

La madera se astilló, las chucherías de metal se hicieron pedazos, la piedra y el cristal se rompieron, la esfera de cristal de la parte superior se convirtió en polvo.

Una exclamación de horror escapó de los labios de Dejal al ver su preciado bastón, objeto de tanto trabajo, fuente de todo su poder, destruido ante sus ojos.

El acólito se quedó allí clavado, incluso mientras la gran concha se deslizaba hacia él.

Otra vez.

Y otra.

Los tentáculos se extendieron para aplastarlo.

¡Deja que muera! —Anok oyó la voz en su cabeza—. ¡Deja que el cabrón muera!

Los tentáculos trataron de agarrar el cuello de Dejal.

Anok gritó:

—¡No! —Alzó las manos, actuando por instinto—. ¡Trueno!

Retumbó, el doble de fuerte que antes.

Las paredes se sacudieron.

Cayó polvo del techo.

El altar se agrietó y se derrumbó.

La bestia retrocedió, lejos de Dejal, y huyó hacia un lugar seguro.

Y, en ese momento, Anok se dio cuenta de que había estado equivocado.

La voz que acababa de oír en su cabeza no había sido la de la Marca de Set.

Había sido la suya.

La marca lo había engañado para que salvara al asesino de Sheriti.

Sintió cómo los helados zarcillos le crecían en el pecho, oyó cómo las voces de su cabeza aumentaban de volumen, como un coro entonando una canción.

El gran nautilo se apartó de Dejal, que luchaba por levantarse del suelo, y fue hacia Teferi y Fallon.

Anok soltó un rugido de ira, pero el daño estaba hecho.

Sus amigos seguían en peligro y el trueno no bastaría.

Las ideas se le agolpaban en la cabeza mientras trataba de ignorar las voces, los mosquitos imaginarios que zumbaban alrededor, intentando recordar algún hechizo, cualquier hechizo, que pudiera derribar a esta monstruosidad.

La cosa se giró y la luz se reflejó en un lado de su concha como si fuera nácar, como si fuera hueso pulido.

Había un hechizo, no para matar a un monstruo, sino para derribar a un ejército.

Tendría que servir.

Alzó las manos. Las palabras del gran hechizo estaban en una antigua lengua, una de las pocas que conocía bien; pero mientras pensaba en ellas las tradujo al estigio.

—¡Enemigo, de brazo fuerte, legiones contra los pocos de los nuestros, tu fuerza no merma, sin embargo es inútil sin huesos!

El poder surgió de la Marca de Set, y él lo permitió. La marca gritó triunfalmente.

El nautilo se arrastró hacia Teferi y Fallon, raspando la concha contra la piedra.

Pero entonces, la concha se convirtió en polvo.

Toda ella, la gran espiral, se volvió polvo y se desplomó sobre el suelo. La criatura chilló. Ahora parecía mucho más pequeña: la mayor parte de la concha había sido espacio vacío. Lo que quedó detrás de la cabeza fue un cuerpo suave, carnoso e informe que se agitaba haciendo un ruido húmedo al moverse.

Fallon sintió la debilidad de inmediato. Con un grito, atacó, saltó sobre un tentáculo arqueado, se lanzó por encima de la cabeza de la cosa y hundió la espada hasta la empuñadura en aquel cuerpo suave e indefenso.

El monstruo chilló, mientras trataba de alcanzarla con los brazos.

Teferi pasó corriendo junto a ellos en ese momento de distracción y le clavó la espada profundamente en la carne, luego deslizó la hoja por toda su

longitud.

Un fluido azulado que podría haber sido sangre o bilis salió a borbotones.

Los tentáculos se agitaron y se movieron sin propósito ni inteligencia, luego cayeron al suelo sin vida con un áspero golpe.

Todos se quedaron paralizados mientras lo observaban en busca de algún indicio de movimiento.

—Está muerto —dijo Dejal ahogando una exclamación. Luego, soltó una carcajada—. ¡Está muerto!

El padre de Anok miró a su hijo.

—Lo mataste —dijo.

—Lo mataste —repitió Sheriti.

Los escorpiones treparon por un lado del altar y cubrieron el cuerpo del monstruo muerto. Teferi y Fallon no parecían verlos.

Se produjo otro sonido, piedra sobre piedra.

Todos se estremecieron.

Anok luchó por enfocar la vista hacia la dirección del sonido. Una puerta en la pared posterior de la sala, que antes había estado oculta por la concha del monstruo, ahora estaba al descubierto y se estaba abriendo. Tal vez el mismo hechizo que había animado a la criatura la había mantenido cerrada. Ahora que había sido destruido, la puerta se abría. Unas esferas de luz iluminaban el interior.

Dejal sonrió.

—La tumba de Neska. ¡La encontramos!

El escorpión de tamaño humano con la cabeza de lord Wosret se acercó correteando a Anok y sonrió.

—¡Demasiado tarde para ti, loco! Ahora podremos jugar juntos… ¡para siempre!

La cola retrocedió, describió una curva con el negro aguijón goteando veneno y se hundió profundamente en el pecho del acólito.

Anok gritó y levantó las manos, tratando de defenderse.

Pero el aguijón subió y bajó.

Hundiéndose en él.

Otra vez.

- otra.
- otra.

25

Anok estaba tendido en el suelo de la pirámide, jadeando. Fallón le sostenía la cabeza mientras Teferi lo miraba con una expresión de gran inquietud.

—Pobre Anok —se lamentó Sheriti, agachándose junto a él y rozándole la frente perlada de sudor con sus suaves dedos. El escorpión Wosret se acercó correteando detrás de ella. Los ojos de Anok se agrandaron. Intentó avisarla.

La muchacha volvió la vista atrás y vio al escorpión. Se dio la vuelta y lo espantó con la mano.

—Fuera —dijo—, fuera.

Wosret frunció el entrecejo y regresó arrastrándose hacia las sombras.

Al parecer, Teferi y Fallón no lo habían visto.

Sheriti lo miró con seriedad.

—Lo mantendré alejado todo el tiempo que pueda. Tienes que darte prisa.

Anok logró sentarse.

—La tumba…

Teferi alargó la mano y cogió la de su amigo.

—¿Puedes caminar?

Anok tosió. Cada respiración era una agonía. La Marca de Set intentaba curarlo, pero él luchaba contra ella.

—Si —respondió—. Ayúdame.

Teferi tiró de él para ponerlo en pie. Intentó mantenerse erguido, pero las piernas amenazaron con doblársele. El kushita lo agarró, ahogando una exclamación.

El acólito sintió algo húmedo y pegajoso contra la piel y se dio cuenta de que se había apoyado en el brazo herido de su amigo. No había nada que él pudiera hacer al respecto.

—Vamos —propuso Teferi—, averigüemos qué es lo que necesitas de este lugar.

Dejal se situó frente a ellos.

—Ya lo tengo —dijo, mientras cogía el otro brazo de Anok.

Teferi no se movió.

—Yo sé lo que estamos buscando y cómo usarlo para ayudar a Anok. Puedo conseguir que entremos y salgamos rápido. Podría haber otros guardianes y os necesitamos a vosotros dos para que nos cubráis la retirada.

El kushita dejó salir el aire a través de los dientes. Soltó a Anok.

—Daos prisa —exclamó.

El herido se apoyó contra Dejal, que llevaba la espada que le quedaba a Anok. Era su única defensa ahora que el bastón de Dejal se había roto.

El túnel era estrecho y había una profunda pendiente que descendía hacia el lecho de roca situado debajo de la pirámide.

Anok podía ver al escorpión Wosret observándolos desde las sombras.

Sheriti avanzaba tras ellos. Redobló el ritmo para caminar delante de Dejal. Lo estudió atentamente.

—Por algún motivo, no confío en él —comentó.

Un tajo enorme se abrió en su garganta y la sangre comenzó a caerle sobre la parte delantera del vestido de seda, dejando un rastro en el suelo mientras la joven caminaba.

—No confío en él —repitió. En su hermoso rostro aparecieron magulladuras amoratadas—. No sé por qué.

Mientras se adentraban en la cámara funeraria, se iluminaban más esferas. Cualquier otro día, Anok se habría asombrado.

Las paredes estaban cubiertas de oro. No de oro batido, sino de láminas de oro sólido. Nichos y anaqueles estaban atestados de artículos de oro y plata, arcones de joyas se desbordaban, piedras preciosas de todos los colores y tipos emitían destellos desde el suelo, desparramadas como guijarros, riquezas suficientes para una docena de reyes.

Anok lo miró y lo descartó con la misma rapidez. No sentía magia en nada de aquello. La piedra más humilde del templo de arriba le interesaba más que una esmeralda del tamaño de un huevo de oca de aquí abajo.

No, esto sólo era una distracción, pirita de hierro para los codiciosos.

El auténtico tesoro de Neska se encontraba en el centro de la pequeña habitación, sobre una plataforma funeraria de arenisca común, entre los huesos secos de un hechicero muerto desde mucho antes de que Estigia tuviera siquiera un nombre.

Anok se apartó de Dejal, tropezó y se sostuvo contra la fría piedra de la plataforma.

Los huesos eran tan antiguos que prácticamente estaban negros. Tenían el tamaño y la forma de un hombre alto y de hombros anchos, pero había algo extraño en ellos, algo raro en las costillas, en los dedos y, sobre todo, en la forma de las cuencas de los ojos y del cráneo, que sugerían que no era un hombre de verdad.

Se trataba de otra criatura, de un demonio, de una cosa anterior al hombre o, tal vez, procedente de uno de los mundos malditos de más allá del arco del cielo nocturno.

Sin embargo, en cierta forma, era exactamente lo que Anok había estado esperando y, cuando lo vio, supo que era el auténtico Neska.

El esqueleto sólo tenía un brazo.

Cualquier ropa, cualquier adorno que pudiera haber llevado aquel cuerpo

se había convertido en polvo mucho tiempo atrás, salvo por algunos fragmentos de metal en el brazo restante. En el primer y tercer dedos de la mano había dos gruesos anillos de oro y, en la muñeca, un sencillo aro de algún metal plateado que Anok no pudo identificar.

El aro era pequeño, se apretaba con fuerza alrededor del hueso, y al acólito le resultaba difícil entender cómo había encajado alrededor del brazo del hechicero vivo.

—De prisa —lo urgió Sheriti, mientras sus rasgos comenzaban a descomponerse y pudrirse—. ¡Debes actuar de prisa!

El brazalete parecía estar hecho de una sola pieza. Acercó la mano hacia él, tratando de encontrar el cierre. Pero en cuanto lo movió, los huesos del interior se convirtieron en polvo negro.

Alzó el brazalete para examinarlo y sintió que algo le hormigueaba en los dedos. Una energía. No magia, sino algo parecido a contramagia.

No, exclamó la voz en su cabeza, esta vez desde luego que no era la suya.

¡No, no, no!

Dejal se puso a su lado, pero él se apartó, guardándose el brazalete.

Mientras lo examinaba de cerca, se oyó un chasquido, y el brazalete se abrió de golpe mediante algún cierre oculto.

—Rápido —dijo Sheriti. La carne descompuesta le caía a trozos del cráneo.

Sostuvo el brazalete junto a su muñeca derecha para compararlos. Era demasiado pequeño.

De repente, se cerró.

Jadeó mientras se le clavaba en la carne, más y más fuerte.

Se produjo un chisporroteo y la carne situada debajo del metal comenzó a evaporarse como hielo sobre un fuego. Gritó de dolor mientras el metal se le hundía en el brazo, hasta que al final se cerró alrededor de una rama desnuda de músculo y hueso.

Entonces, la herida comenzó a cerrarse, la carne y los tendones se restituyeron solos, la piel cubrió la herida y se soldó.

El dolor se desvaneció y, con cautela, flexionó la mano derecha hasta formar un puño, luego movió los dedos.

Se masajeó la muñeca. Podía sentir el brazalete bajo la carne, un suave aro junto al hueso. También podía sentirlo dentro. Incluso aunque sus ojos, sus sentidos, su mente le mintieran, el aro de Neska era eterno, inmutable, un punto de referencia que nunca variaba, un punto de apoyo que nunca se movía.

Con esto, ¡podría luchar!

Sintió los zarcillos de la marca en el pecho.

Los sintió, ¡y empujó!

La Marca de Set gimió en su mente.

Los zarcillos se retiraron, marchitándose.

Luchó contra ellos, centímetro a centímetro.

Retrocediendo por el hombro.

Retrocediendo por el brazo.

Retrocediendo hasta el interior de la propia Marca de Set.

Jadeó y se desplomó contra la plataforma.

Chocó contra el cráneo de Neska, que salió rodando, cayó al suelo y se destrozó convirtiéndose en polvo.

¡Listo!

Sheriti se situó frente a él. Restaurada. Hermosa. Perfecta. Se inclinó hacia su rostro, mirándolo fijamente a los ojos.

—Adiós —dijo.

Los labios de la muchacha rozaron suavemente los de él.

A continuación, desaparecieron.

Anok dejó escapar el aire con un estremecimiento.

—Hermano, ¿te sientes mejor? —preguntó Dejal, con una extraña euforia en la voz.

Anok asintió con la cabeza.

—Yo…

Las palabras se le atascaron en la garganta.

Los dos anillos de oro que estaban en la mano de Neska habían desaparecido.

Dejal llevaba uno en cada mano. Extendió los brazos, apretó los puños y sonrió.

—Has tenido suerte al encontrar un modo de contener la oscuridad, hermano. Pero es una pena que no hayas decidido, como yo, aceptarla. —Tendió las manos frente a él para examinar los anillos—. No tengo tanto talento como tú para la magia, Anok. Preparé mi pequeño bastón de poder y estos últimos meses he pasado todo el tiempo revisando los antiguos pergaminos en busca de pistas que me condujeran a otros objetos mágicos. Objetos que pudieran concederme poder y el favor de mis maestros. Favor como el que se te concedió a ti, ¡y que tú desperdiciaste!

Se dio la vuelta hacia Anok y esbozó una espantosa sonrisa.

—Imagina mi alegría cuando, mientras espiaba a mi enemigo, averigüé que iba a la tumba donde se ocultaban dos de estos objetos, dos de los más poderosos; objetos que de lo contrario nunca podría haber soñado encontrar: ¡los Anillos de Neska! —Se los tendió para que los viera—. ¿Por qué crees que necesitaba esos aros en las muñecas, Anok? Había creado dos de las armas mágicas más poderosas que se hayan fabricado nunca, ¡y tenía miedo de usarlas! Así que elaboró los aros para dominar ese mal. ¡Pero yo no les tengo miedo! ¡Escupo en el Aro de Neska! Mi bastón mágico está roto, pero con esto, ¡ya no lo necesito!

Anok luchó por mantenerse en pie sin ayuda. Los anteriores

enfrentamientos mágicos lo habían dejado exhausto, y la lucha por contener a la Marca de Set, aún más. No estaba en condiciones para otra batalla.

—Ya tienes tu poder. Así que márchate.

Dejal soltó una carcajada.

—Me marcharé. ¡En cuanto te haya matado a ti, a tu puta bárbara y a ese despreciable montón de basura kushita al que llamas amigo! ¡Me marcharé satisfecho de no tener que volver a oír tu nombre de mestizo! ¡Me marcharé y reclamaré el respeto de Ramsa Aál que tanto merezco!

Pareció ocurrírsele una nueva idea.

—¡Puede que incluso lo mate, ocupe su lugar y siga adelante con su plan para gobernar toda Hiboria! —Se rio para sí socarronamente.

Anok se planteó qué hacer a continuación. Estaba débil, pero no indefenso, y había recuperado su habilidad para usar la magia. Reunió toda su voluntad e invocó un rayo de poder mágico.

Dejal sintió que estaba ocurriendo algo, pero demasiado tarde.

Anok alzó las manos, un rayo de energía saltó de sus palmas y salió disparado hacia Dejal.

Y más allá de él, hacia lo alto del hueco, por el interior de la pirámide, más allá de Teferi y Fallon y hasta el sello de piedra que bloqueaba la entrada.

Con sus sentidos mágicos, Anok notó cómo la magia se fundía con la piedra.

Susurró:

—¡Rómpete!

Desde lo alto se oyó un chasquido, un estruendo y el sonido de piedras que caían.

Anok gritó hacia lo alto del hueco:

—¡Corred! ¡Salid déla tumba!

Dejal soltó un grito de rabia. Una onda de fuerza golpeó a Anok y lo lanzó por el hueco hasta aterrizar entre los escombros del suelo de la pirámide.

Se sentó mientras le concedía a la Marca de Set la libertad suficiente para curar sus huesos rotos y la carne magullada. Hizo una mueca mientras sentía cómo se le cicatrizaba la carne.

Un ruido lo hizo darse la vuelta y, a su espalda, pudo ver a Teferi en el túnel ahora abierto. Se notaba claramente que estaba tratando de decidir si debería irse o quedarse.

Anok lo miró a los ojos.

—¡Sálvate! ¡No me esperes!

El kushita titubeó un momento más y luego salió corriendo.

Justo a tiempo.

Dejal salió caminando lentamente del hueco de la cámara funeraria. Resplandecientes rayos de poder le danzaban alrededor de las manos, como fuego élfico alrededor del mástil de un barco, y mostraba una expresión de

furia demente en el rostro.

Sintiendo una calma que no había experimentado desde hacía meses, Anok se puso en pie para enfrentarse a su atacante. Respiró hondo.

—Puede que esos anillos sean poderosos, Dejal, pero tú eres débil. Eres como un niño que coge una espada y se cree un guerrero. Mátame, si puedes, pero nunca vuelvas a amenazar a mis amigos.

Anok sintió que algo crecía en su interior, formándose de la veta pura de furia hacia Dejal que había reprimido durante tanto tiempo. Pero lo que surgió no fue furia.

Fue tristeza por un amigo perdido tiempo atrás.

Compasión por un espíritu demasiado débil para valerse por sí mismo.

Se trataba de la sombría determinación que uno siente al matar a un perro fiel infectado de rabia.

Tenía que hacerse.

Se haría.

Anok invocó el poder de la Marca de Set como nunca antes lo había hecho. Sin temor ni vacilación, lanzó un rayo de poder puro sobre Dejal.

Las paredes de la pirámide se sacudieron.

Las esferas de luz cayeron de sus columnas y rodaron por el suelo, lanzando sombras locas mientras daban vueltas.

Bloques de piedra, grandes como caballos, cayeron del techo.

Dejal fue lanzado hacia atrás con violencia, pero luego pareció frenarse y se detuvo, flotando en el aire. Comenzó a reírse como un loco.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer, Anok? ¡Los Anillos de Neska han estado descansando, aumentando su poder durante miles de años! Tu Marca de Set se ha quedado sin fuerzas, al igual que tú. —Se posó suavemente en el suelo y extendió los brazos—. ¡Haz lo que puedas! Agótate, ¡así será más fácil matarte!

Anok no dudó en responder a la invitación. Atacó con un hechizo de pestilencia.

Los ojos de Dejal siguieron clavados en él, incluso mientras en el rostro se le formaba una costra de forúnculos. Sonrió y, con la misma rapidez, había sanado de nuevo.

—Veo que no me he protegido lo bastante bien. Los anillos aún cuentan con un poder sin explotar con el que rechazar tus hechizos.

Aunque no estaba familiarizado con los anillos, Dejal iba aprendiendo rápido, y Anok se dio cuenta de que cuanto más esperase, menos posibilidades habría de que cualquiera de sus hechizos funcionase.

—¡Relámpago!

De las yemas de sus dedos surgieron relámpagos que cubrieron a Dejal con una vaina de chisporroteante fuego azul.

Pero cuando se disipó, el acólito estaba ileso.

—¡Fuego!

Una espectral figura de llamas escapó de la mano de Anok y se lanzó hacia Dejal.

Éste agitó las manos y el espíritu de llamas se disipó antes de poder tocarlo siquiera. Soltó una carcajada, alzó la mano izquierda y chasqueó los dedos en dirección a su oponente.

Anok fue lanzado hacia atrás. Atravesó una de las estrellas de mar de piedra y golpeó contra la pared que había detrás. Una vez más, instó a la Marca de Set a que lo sanase, pero esta vez hubo un precio. Pudo sentir cómo sus zarcillos le volvían a crecer por el brazo, y no disponía de tiempo ni de voluntad para obligarlos a retroceder. El Aro de Neska lo ayudaba a luchar contra el mal de la marca, pero no ofrecía inmunidad.

Observó las otras estrellas de mar que lo rodeaban y, con una exclamación, levantó los brazos aún a medio sanar, los huesos crujieron mientras se movía.

—¡Animaos!

Las estrellas de mar comenzaron a moverse como antes, deslizándose lentamente para rodear a Dejal.

El acólito se rio histéricamente.

—Estas cosas no pudieron derrotarme antes, Anok, ¡y no contaba con una centésima parte del poder de estos anillos!

Una de las estrellas de mar estiró un brazo y agarró a Dejal por la muñeca. Sonriendo, el joven apretó el puño y el brazo se hizo pedazos hasta convertirse en polvo. Con regocijo, permitió que las estrellas de mar se acercaran, que lo tocaran, y entonces las destruyó.

Durante un momento, se distrajo.

Anok dejó que los huesos destrozados se le curasen, luego se puso en pie con dificultad. Se aproximó con sus sentidos místicos y tocó las guardas que rodeaban la persona de Dejal como una armadura impenetrable. Tal vez, en un buen día, con la Marca de Set al máximo de poder y si él no estuviera agotado, podría haber penetrado esas guardas lo bastante como para ponerle a Dejal un ojo morado o arañarle la mejilla.

En un buen día.

Hoy no era ese día. Estaba completamente protegido ante cualquier ataque que Anok pudiera lanzarle.

Ése fue el error de Dejal.

Un tremendo error.

Había concentrado todas sus considerables energías en protegerse.

Había olvidado proteger los anillos.

Anok liberó el último resto de hirviente ira, el último resto de tristeza por la pérdida de Sheriti, el último resto de furia al ver a sus amigos en peligro, y los transformó en dos rayos de poder.

Iba a hacer algo espantoso, incluso para un odiado enemigo.

—Perro rabioso —exclamó.

La cabeza de Dejal se giró de repente.

Miró a Anok a los ojos.

Sabía que algo iba mal.

Anok liberó los rayos de poder.

Instintivamente, Dejal intentó protegerse, sin entender que eso era exactamente lo que no debía hacer.

La energía atacó a los antiguos anillos.

Se unió a la de ellos.

Los infectó.

Los anillos explotaron.

Una neblina húmeda y roja salpicó la cara de Anok.

Dejal gritó. Gritó, y gritó otra vez, y siguió gritando.

Alrededor de él toda la pirámide tembló. La última humillación se unía a las otras de aquel día. Durante miles de años había permanecido inquebrantable.

Hoy, caería.

Anok avanzó con calma, situándose delante de Dejal.

Éste estaba de rodillas.

Los brazos le habían desaparecido, no quedaba nada salvo muñones carbonizados, demasiado quemados incluso para sangrar, que se agitaban convulsivamente.

—Te apoderaste de los anillos de Neska, Dejal. Ahora conoces su maldición, ¡por duplicado! ¿Qué hechizos lanzarás ahora, sin manos para lanzarlos?

Dejal logró acallar sus gritos. Por un momento, mientras una lluvia de piedras sueltas y polvo caía alrededor de ellos, sólo pudo jadear y sollozar. Entonces levantó la vista hacia Anok. Sus ojos reflejaban desesperación y tristeza.

—¡Clemencia! ¡Sé clemente conmigo, hermano! ¡Telo suplico! ¡Mátame! ¡Hazlo rápido! —Su cuerpo se retorció y su cabeza se hundió.

Tal vez estuviera intentando hacer una reverencia. Tal vez simplemente estuviera intentando no caerse.

A Anok no le importó.

—¿Igual de clemente que tú con Sheriti, Dejal? Vi su cuerpo, vi las marcas, vi la tortura a la que la sometiste. Allí no hubo clemencia.

—¡Fue idea de mi padre, no mía! La mató Ramsa Aál, no yo. ¡Yo simplemente se la llevé!

—¡Como si eso te hiciera menos culpable! Fuiste tú quien la sacó de la seguridad de su casa con tus mentiras. ¿Usaste mi nombre, Dejal? ¿Le dijiste que la necesitaba? ¿Me hiciste cómplice de su asesinato?

La única respuesta de Dejal fue estremecerse, con los ojos tristes, como un

perro apaleado.

—Si los otros también tomaron parte en su muerte, consuélate sabiendo que ellos también morirán, con tanto dolor como pueda infligirles. —El templo comenzó a desmoronarse a su alrededor—. Pero fuimos amigos una vez, así que no volveré a levantar las manos para hacerte daño. Pero no me mires buscando clemencia. —Se dio la vuelta y comenzó a alejarse—. La muerte te reclamará, a su debido momento.

Dejal comenzó a gritar de nuevo. El ruido retumbó por el largo túnel y a través de la entrada en forma de arco, detrás de la cual esperaban Teferi y Fallon.

A su espalda, el túnel de entrada se hundió, la pequeña estructura de la cima se desplomó formando un montón de escombros y una piedra tan grande como una casa descendió rodando por un lado de la pirámide y aterrizó cincuenta pasos a su izquierda con un estruendo que hizo temblar el suelo.

Salieron corriendo, desataron a los camellos y ascendieron con dificultad por la arenosa pendiente alejándose de la pirámide.

Mientras alcanzaban la cima, un ruido sordo surgió a sus espaldas. Se dieron la vuelta y vieron cómo la pirámide se hundía sobre sí misma; la arena volvió a deslizarse sobre el agujero para tragarse las piedras que se venían abajo.

Se subieron a los camellos y los hicieron trotar unos mil pasos o más antes de girarse a mirar.

La pirámide había desaparecido tragada por la arena, únicamente una altísima columna de polvo cada vez más espeso mostraba dónde se había alzado.

Observaron aquel paisaje un rato, hasta que el polvo se hubo disipado y las dunas se volvieron de color naranja bajo la luz del sol poniente.

Teferi miró a Anok.

—¿Encontraste lo que necesitabas?

Asintió con la cabeza.

—Sí, y vuelvo a estar sano.

—¿Qué le pasó a Dejal? —preguntó Fallon.

Anok observó la arena, respiró hondo y dejó salir el aire lentamente por la nariz.

—Nos traicionó, y ha pagado el precio de su traición.

Levantó la vista hacia Teferi.

—Amigo mío, hay cosas de las que tenemos que hablar, secretos que te he ocultado mucho tiempo.

»Pero hoy no. Cuando lleguemos a Kheshatta. Y espero que, entonces, seas capaz de perdonarme.

Volvió a mirar hacia las montañas.

—Aún hay luz. Avancemos mientras podamos.

Recorrieron el camino de regreso a través de la arena. Anok se acercó a Fallon, la miró y sonrió con tristeza.

—Te vas a enfadar muchísimo cuando te enteres del tesoro que acabas de perder —le dijo.

Anok estaba tendido sobre su manta, contemplando el negro mar de estrellas, y se preguntó de cuál de ellas habría llegado Neska. Un meteorito cruzó su campo de visión, emitió un resplandor verde y desapareció.

Oyó un ruido, alguien moviéndose en la oscuridad, y Fallon se deslizó en silencio junto a él, acurrucándose a su lado.

Al parecer, lo había perdonado por el tesoro perdido.

Anok no lo lamentó, simplemente pensó en Sheriti y suspiró.

Si Teferi fuera la mitad de comprensivo (una cuarta parte, una octava parte), tal vez pudieran superar esto.

Ese era un problema. Había muchos más.

Había contenido la locura y la corrupción, y ahora disponía de un arma contra ellas.

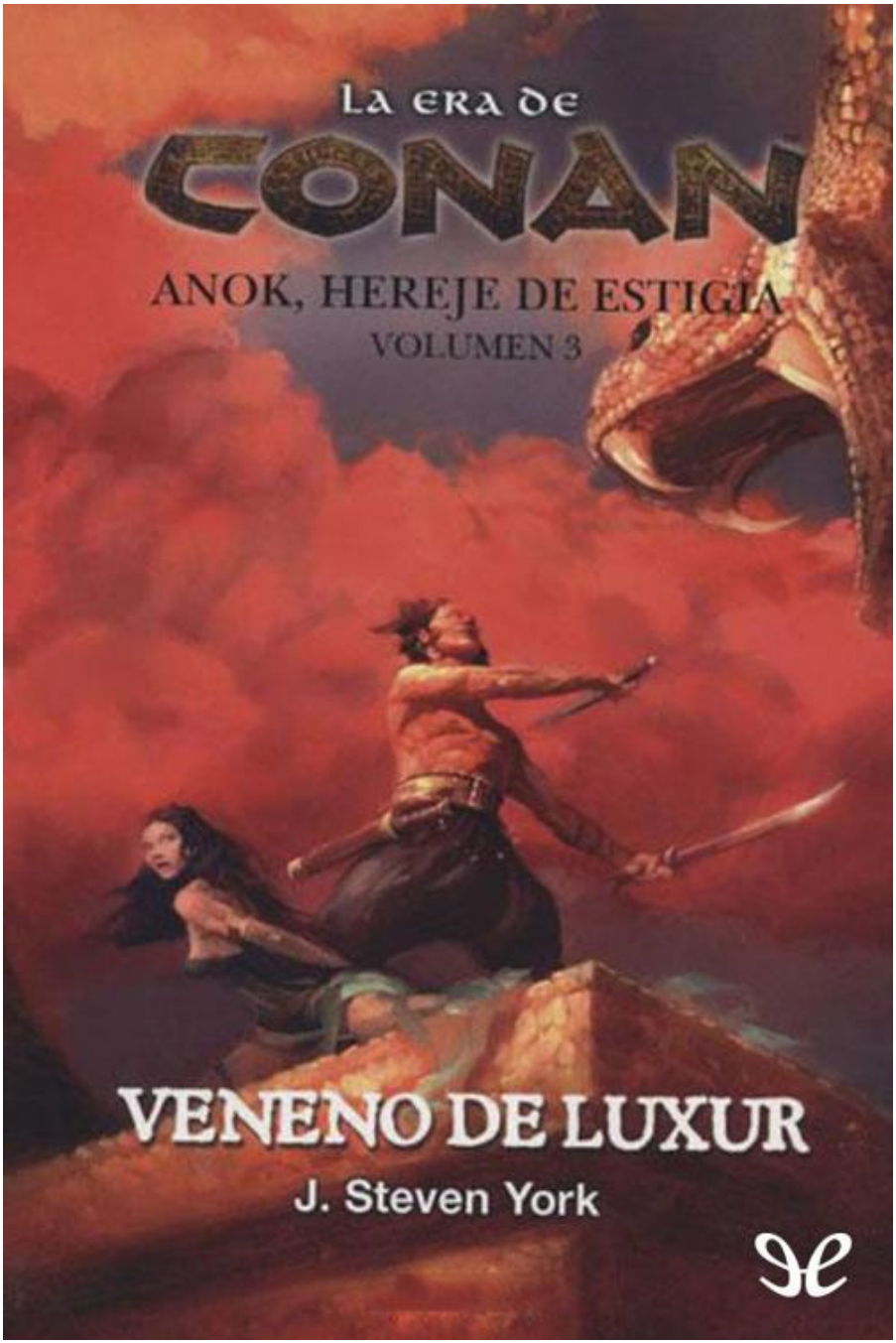
Pero no se había librado de su amenaza.

Ahora sabía que nunca lo lograría.

Pero había esperanza. Esperanza de que pudiera hacerse justicia por aquellos que habían sido asesinados. Esperanza de que los intrincados secretos de su pasado pudieran al fin desentrañarse, de que pudiera encontrar a su hermana perdida.

Esperanza era lo único que tenía.

Pero aquí, bajo el cristalino cielo del desierto, con una buena mujer a su lado, la esperanza bastaría.


La era de
CONAN
ANOK, HEREJE DE ESTIGIA
VOLUMEN 3
VENENO DE LUXUR
J. Steven York

En el temible reino de Estigia, un joven guerrero combate el Culto de Set desde dentro…

Anok Wati, el hereje de Set, ha recibido la iniciación como sacerdote en el maligno culto del dios-serpiente. Maldito a causa de un inefable poder místico, atrapado en una guerra entre dioses, Anok debe luchar tanto contra los enemigos que lo rodean como contra la corrupción que crece en su propia alma.

Uno a uno, los secretos del misterioso pasado de Anok se desvelan y, con cada uno de ellos, se ve más envuelto en los siniestros planes del sacerdote Ramsa Aál. Ahora, Anok ha desatado sin darse cuenta un horrible mal y, a menos que logre despertar al héroe que lleva dentro y destruir a un dios encarnado, toda Hiboria se verá condenada a la esclavitud.

Sin embargo, ¿cómo podrá un único hechicero destruir a un dios viviente?

Con Veneno de Luxur termina la emocionante trilogía dedicada a Anok, hereje de Estigia.

epublibre

J. Steven York

Veneno de Luxur

La Era de Conan: Anok, hereje de Estigia - 3

ePub r1.0
Titivillus 01.09.16

Título original: *Age of Conan: Venom of Luxur*
J. Steven York, 2005
Traducción: Aida Candelario Castro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Agradecimientos

Esta trilogía es la empresa de mayor calibre en la que me haya visto envuelto nunca, y no habría sido posible sin la ayuda, el apoyo y, de vez en cuando, la paciencia de muchas personas maravillosas.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi agente, Jodi Reamer, por su sabio consejo y apoyo.

Como siempre, mi más profunda gratitud a mi esposa, Chris, cuya enorme ayuda demostró ser no sólo inestimable, sino también indispensable. También por su eterna comprensión y apoyo. Espero ser capaz de devolverle el favor mientras se enfrenta a sus propios plazos de entrega.

Gracias a toda la estupenda gente de Conan Properties International que ha participado en este proyecto y lo ha guiado a través de las diferentes etapas, incluyendo a Fredrik Malmberg, Matt Forbeck (con un agradecimiento especial para Matt por tolerar mis nervios destrozados hasta el final), Theo Bergquist y Jeff Conner.

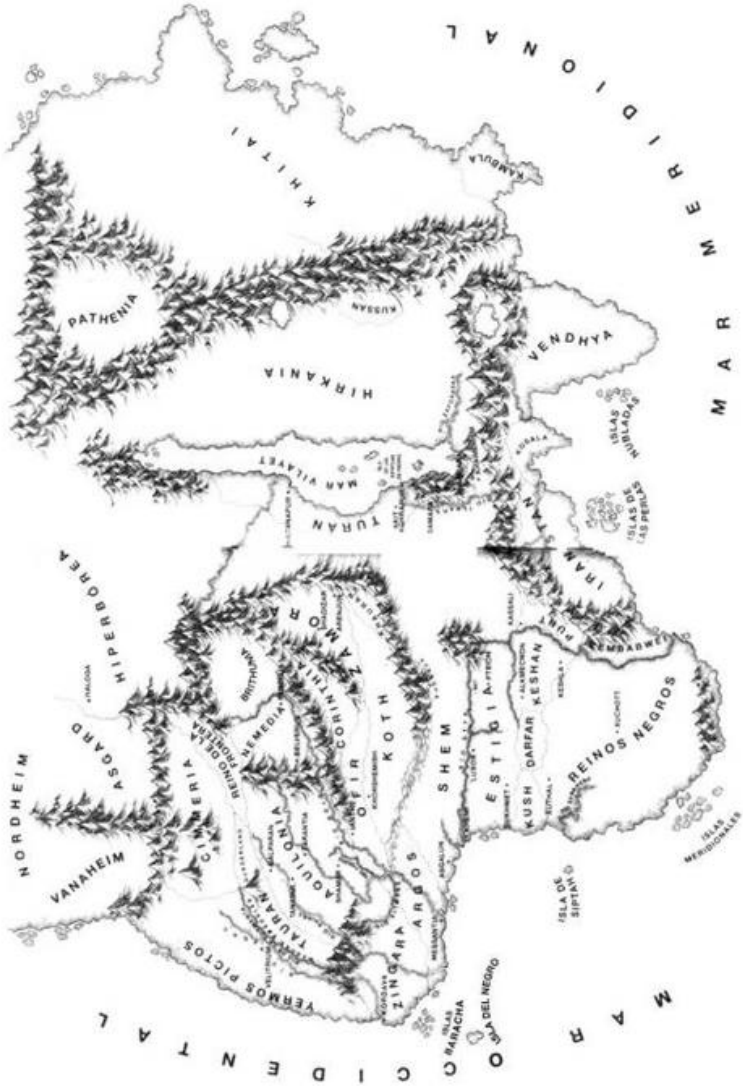
En especial, gracias a Ginjer Buchanan de Ace, que ya ha estado a mi lado en cinco novelas.

Les doy las gracias a todos los amigos que me han brindado ánimo, apoyo y consejo y que ofrecieron sus impresiones durante el proyecto, incluyendo a Sean Prescott, Dean Wesley Smith (sí, Dean, tenías razón), Kristine Kathryn Rusch, Loren Coleman, Rose Prescott, a todo el grupo de almuerzo dominical y a mis colegas del Sandbox, que me ayudaron a mantenerme cuerdo cuando dejé de tener vida.

Gracias a mi familia, sobre todo a mi padre, Jim York, a mi madre, Martha York (sabuesa secreta de internet) y a mi hermano Tim, que me ayudaron a resistir en los momentos difíciles. Gracias a mis hijos, Shane y Lynette, por pensar que algo que yo hago es genial.

Por último, gracias a Justin Sweet por algunas de las portadas más impresionantes que he visto nunca.

Y, naturalmente, mi agradecimiento para Robert E. Howard. Sin él, no somos nada.



Y así, en mi centésimo tercer, y último, año en la ciudad estigia de Kheshatta, vino a mí el joven brujo y guerrero Anok Wati. Llegó hasta mí como acólito del odiado dios serpiente, Set, que ha envenenado esta tierra y mi propia alma con su maldad.

Antes de poder lograr que se fuera, averigüé que se trataba de un hereje de Set que conspiraba en secreto contra el culto. Aunque lo que se proponía parecía imposible, no pude evitar identificarme con su ira, y accedí a ayudarlo. Sin embargo, no comprendí que se trataba de un

hombre con muchos secretos, algunos de ellos oscuros y espantosos.

Mientras lo tentaba inocentemente con los sobrecogedores secretos sobre hechicería de mis antiguos textos, lo menos que me imaginaba era que compartía conmigo algo más: la horrible maldición de la Marca de Set, una marca de poder que casi con toda certeza conducirá a quien la lleve a la corrupción y la muerte.

Únicamente me enteré de la verdad después de que Anok se encontrara al borde la locura; y él y sus compañeros buscaron el Aro de Neska, el único objeto que podría compensar la Marca de Set y ayudarlo a recuperar la cordura.

Regresó victorioso, tras arrancar su trofeo de una antigua tumba y con la certeza de haber destruido a un traidor compañero de su pasado.

Sin embargo, el exceso de confianza es algo terrible para un hechicero, pues cuando cree que ha dominado la magia, a menudo es el momento en que descubre que la magia lo ha dominado a él.

287.a Tablilla de Sabé el Sabio

1

El viento caliente le lanzaba arena al rostro, y Anok tiró de la tela que le cubría la boca y la nariz, entrecerrando los ojos a causa del polvo. Su camello se balanceaba suavemente bajo él mientras atravesaba con paso firme el páramo estigio.

Entonces, el viento quedó atrás. Se limpió la arena de los ojos secos y ardientes y dirigió la mirada más allá de los otros camellos de la caravana, a través de la ondulada roca roja de la llanura, hacia las lejanas montañas. Era como si tuviera los ojos llenos de piedras, y hacía tiempo que se había quedado sin lágrimas.

La Marca de Set le hormigueaba en la muñeca izquierda, y recordó sus poderes curativos. Hasta ahora se había resistido a usar su poder para nada más que para asuntos de vida o muerte; sin embargo, ahora contaba con el Aro de Neska para controlar ese poder.

¿Qué podría tener de malo?

Cerró los ojos y se concentró.

—Sana —susurró.

Notó una sensación eléctrica que comenzó en la marca, le ascendió por el brazo, le cruzó el rostro y le llegó a los ojos. Mientras el hormigueo se apagaba, el alivio fue inmediato y espectacular.

Abrió los ojos, que ya no le molestaban. La arena había desaparecido y vio las lejanas montañas con una claridad cristalina, casi sobrenatural. Lo que es más, tuvo el presentimiento de que no importaba cuánto soplase el viento el resto del día, él no volvería a tener problemas con la vista. Era como si sus ojos estuvieran hechos de cristal y los párpados de cuero resistente y flexible.

Sonrió, hasta que se acordó de su amigo Sabé, con quien compartía la maldición de la Marca de Set. Sabé, a quien todos en Kheshatta conocían como el «erudito ciego», no estaba ciego en absoluto.

En realidad, cuando era joven, la magia de Set lo había corrompido de tal modo que los ojos se le habían vuelto como los de una serpiente, permitiéndole ver el mundo únicamente en sombras de odio. Al final, para proteger su cordura, se había visto obligado a tapárselos y a pasar su vida en la oscuridad.

Sin embargo, Sabé nunca había contado con la ventaja del Aro de Neska, que ahora se cerraba alrededor de los huesos del interior de la muñeca derecha de Anok, ni había sido advertido del terrible peligro que representaba la Marca de Set.

«Eso no me ocurrirá a mí. Es imposible. Tengo otras cosas que hacer.»

Uno de los otros camellos de la caravana se rezagó para situarse a su altura. El hombre que lo montaba llevaba la túnica escarlata y la estola de oficio de un sacerdote de Set. Y no de cualquier sacerdote, sino de un Sacerdote de las Necesidades, uno de los más poderosos de todo el culto.

Se trataba de un hombre alto, delgado aunque musculoso, con piel de un blanco irisado, de cabello blanco y ojos oscuros, que lo señalaban como miembro de una de las familias nobles más antiguas y poderosas de Estigia. Su nombre era Ramsa Aál. Era el patrocinador de Anok en el culto, su preparador, su maestro.

En el fondo, también era el odiado enemigo de Anok, quien con mucho gusto lo mataría con sus propias manos. Según al menos una versión, Ramsa Aál había asesinado a

Sheriti, el primer amor de Anok y su más vieja amiga. Sin ninguna duda, fue cómplice de su asesinato, y sólo por eso tendría que morir.

Pero no hoy.

Aún quedaban muchos secretos que aprender de Ramsa Aál, y mientras el sacerdote ascendía en el poder, llevaba a Anok con él hacia lo más alto del Culto de Set. El joven sabía bien que el único medio seguro de matar a una serpiente era cortarle la cabeza.

Ramsa lo miró con una conocida sonrisa burlona.

—La tumba del Rey Perdido está al otro lado de la próxima colina. —Señaló una elevación, donde una caravana procedente del oeste, de viajeros con túnicas blancas, serpenteaba a lo largo de la cima—. Peregrinos de Khemi, acaudalados ancianos y patrocinadores del culto que llegan portando tributos de oro para el sepulcro.

La mueca se transformó en una amplia sonrisa mientras observaba a los viajeros.

—Nos divierte dejarlos creer que el Rey Perdido fue un elegido de Set, escogido para unirse a él en su reino eterno más allá de las estrellas.

Anok enarcó una ceja.

—¿Las historias no son ciertas?

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—El templo está vacío, y siempre lo ha estado. Se mantiene tan inmaculado y sin que los vándalos ni los asaltantes de tumbas lo

toquen, precisamente porque nunca se ha usado.

Coronaron la colina y bajaron la mirada hacia un pequeño valle ocupado por un complejo de antiguos, aunque hermosos, edificios de piedra, el más magnífico y ornamentado de los cuales era la propia tumba.

—En el interior de esos espléndidos muros no hay ningún sarcófago de oro, ni tesoros para la otra vida, salvo aquellos que los peregrinos traen como ofrenda y que rápidamente llevamos a nuestros depósitos de Khemi o Luxur. —Volvió a reír—. Esos estúpidos nunca sabrán que en el interior de la cámara funeraria sólo hay paredes inacabadas de piedra sin adornos.

Aunque sospechaba que Ramsa Aál sólo se reía de la estupidez de los discípulos de Set, decidió ver si eso era todo.

—No veo la gracia, maestro.

El sacerdote lo miró, con una ceja enarcada con socarronería. Habían entablado numerosas justas verbales desde que el sacerdote llegara a Kheshatta, y el asunto provenía de ambas partes.

—La idiotez de estos tontos que intentan comprar el camino hacia la vida eterna es obvia, pero la mayor chanza es mucho menos evidente. El rey anónimo que construyó esta tumba fue asesinado por su propio hermano; sus herederos fueron masacrados en sus camas; sus riquezas divididas entre sus maquinadores parientes; su cuerpo quemado y sus cenizas esparcidas. Si de verdad hay un reino eterno, él nunca llegará allí.

—¿No creéis en la vida eterna, maestro? Los Pergaminos de Set…

—Hay pergaminos y pergaminos, acólito. Gran parte de lo que leéis en vuestros primeros estudios no es más que el alimento que les damos a las ovejas que ves aquí. —Ladeó la cabeza de manera extraña —. Y la senda hacia la vida eterna no se encuentra sobornando a dioses veleidosos, ¡sino logrando poder terrenal! —Soltó una risita y volvió a mirar a los peregrinos—. Si no aprendes nada más, por lo menos aprende bien esa lección.

Anok tenía otras preguntas acerca de su misteriosa misión hacia este sepulcro aparentemente inútil, pero guardó silencio por el momento. Cuantas más preguntas hacía, más preguntas formulaba Ramsa Aál a cambio. Había pocos interrogantes que Anok estuviera dispuesto a responder ahora mismo. Sobre todo acerca de lo que había ocurrido en la tumba de Neska, el hechicero perdido de la Atlántida, semanas atrás, y de la muerte de su amigo renegado y compañero acólito, Dejal.

Al regresar a Kheshatta, Anok había proporcionado a Ramsa Aál y a Kaman Awi, el Sumo Sacerdote del templo de Set en Kheshatta, una

versión de los acontecimientos que se mantenía lo más próxima posible a la verdad sin revelar los secretos de Anok.

El joven pensó que sería más fácil mantener en pie una mentira si contenía gran parte de verdad.

Había resultado una decisión acertada, ya que Ramsa Aál parecía querer oír la historia una y otra vez, insistiendo en cada ocasión que le proporcionara algún detalle nuevo, cuestionando cada pequeña contradicción. En esta versión modificada de los hechos no habían ido a la tumba en busca del aro controlador de magia de Neska, sino de objetos de poder mágico. Ajustándose a la realidad, contó cómo Dejal halló los Anillos de Neska, atacó a sus compañeros y casi los mató. También les había contado cómo logró derrotar a Dejal atacando y destruyendo los anillos en lugar de a Dejal personalmente, y que el otro acólito acabó enterrado cuando la tumba se derrumbó.

Lo que había omitido mencionar era que el Aro de Neska se cerraba ahora en el interior de su muñeca derecha, y que le concedía la habilidad de manejar magia poderosa y, a la vez, resistir su corrupción y su desesperante influencia. Con él, Anok había recuperado su frágil cordura, y ahora se sentía preparado para continuar con su infiltración en el culto con la esperanza de destruirlo desde dentro.

Pero también se vio preguntándose qué era el Culto de Set. Había esperado un ejército de maldad fuertemente cohesionado, unido y controlado por un dios sobrenatural. Lo que halló fue un grupo abierto de hombres que se reunían empujados por su sed de riqueza y poder, cada uno con sus propios planes, cada uno construyendo su propia base de poder, cada uno buscando alguna ventaja sobre los demás.

El Templo de Set en Khemi era todo lo diferente que se podía ser del templo de Kheshatta. El primero era un grandioso centro de poder, riqueza e intriga, envuelto en el boato de Set. El segundo era una estructura mucho más modesta, donde Kaman Awi se dedicaba al estudio de la hechicería y la «ley natural». Su sed de conocimiento era absoluta, e igual de corruptora que las ansias más comunes de poder o riqueza. Lo que él veneraba de verdad era el conocimiento, no a Set.

Incluso el Sumo Sacerdote del culto, Thoth-Amon, conspiraba en secreto contra su propio dios. La poca lealtad que existía dentro del culto se podía convertir en traición en un segundo, y todos los sacerdotes lo sabían.

Anok sospechaba que Ramsa Aál era muy consciente de que el joven pensaba traicionarlo cuando surgiera la ocasión. Pero en ese sentido él no era diferente de cualquier otro acólito del templo.

Se había unido al culto esperando ser un hereje solitario, pero

parecía que se había unido a un culto de herejes, que se inclinaban ante su dios serpiente mientras planeaban usar y robar el poder de éste. ¿Era él tan diferente a los demás?

«Sí, lo soy.»

Aún contaba con sus secretos familiares. Aún contaba con la furia por el papel del culto en la muerte de dos de las personas más importantes de su vida: su padre y Sheriti, su más vieja amiga y primer amor. Aún contaba con la Marca de Set en su muñeca izquierda, una marca de aterrador poder místico que apenas había aprendido a aprovechar, y una de las misteriosas Escamas de Set, un artefacto místico que Ramsa Aál deseaba enormemente.

Tenía muchas razones para odiar a Ramsa Aál y al culto, y recursos con los que podría hacerles mucho daño.

Mientras dirigía la mirada hacia el sol, alcanzó a ver un camello grande recortado contra el horizonte, un camello con dos jinetes conocidos. Sólo los vio un momento, antes de que pasaran detrás de una colina, perdiéndose de vista, y tuvo cuidado de no llamar la atención sobre ellos. Sin embargo, esbozó una sonrisa secreta al verlos.

«Tengo algo más también. ¡Tengo amigos!»

Teferi iba sentado atrás sobre la descomunal silla del camello blanco, sus piernas largas y morenas contrastaban con el pálido pelo de la ijada del enorme animal. Jugaba ociosamente con el arco, tensando la cuerda y apuntando hacia objetivos imaginarios en el paisaje que se perdían en la distancia tras ellos y a los esporádicos lagartos que correteaban de un escondrijo a otro.

Podía sentir la piel desnuda de la musculosa espalda de la mujer apretada contra la suya, pero la sensación le resultaba más molesta que erótica. Trató de percibir el olor de su compañera, pero el hedor del camello sobrepasaba todo lo demás. Se retorció, intentando poner un poco de distancia entre ellos.

Fallón se apartó el largo cabello negro y lo miró por encima del hombro.

—¿Tienes algo que decir, Teferi?

Se planteó una docena de alternativas, y abandonó cada una de ellas en nombre de la diplomacia.

—Sólo estaba buscando una posición más cómoda. No me gusta montar en la parte de atrás de este camello como si fuera un niño.

—Los camellos blancos son grandes, están hechos para transportar cargas pesadas. A *Venóla* no le importa.

—*A* mí me importa. Deberíamos haber alquilado un segundo camello.

—¿Por qué malgastar dinero cuando el camello que ya poseo es suficiente?

El kushita soltó un gruñido.

—¿No te gusto, Teferi?

—Eres una buena compañía.

La mujer le sonrió con suficiencia.

—¡Halagos! ¿Todos los hombres de las llanuras de Kush cuentan con este don?

El comentario lo hizo estremecer, y casi no respondió.

—Nací en una ciudad. Sólo recuerdo las llanuras de la tierra de mis antepasados en mis sueños.

Fallón permaneció un momento en silencio y la sintió moverse con nerviosismo. Cuando habló, su tono fue de disculpa.

—No quise ofenderte, Teferi. Ha sido una larga marcha y apenas has hablado. Si no te gusto, me gustaría saber por qué.

El kushita soltó una risita de incredulidad.

—Tú has dejado claro que yo no te gusto como hombre. —Las palabras sonaron sorprendentemente amargas, incluso en sus propios oídos—, ¿Por qué te importa? La seguridad de mi amigo, de mi hermano, es un asunto de honor para mí. Para ti sólo es un trabajo. ¿No puedes hacerlo en silencio?

—Anok no me paga lo suficiente como para guardar silencio, y a ti te paga también por un asunto de honor, aunque sé que estarías aquí de todas formas. Pero puede que no me entiendas tan bien como crees.

—¿Estás diciendo que seguirías estando aquí si no hubiera dinero de por medio?

—Soy cimmeria. Nosotros vivimos como Crom nos hizo vivir: luchar, aporrear a la vida en la cabeza, tirarla al suelo y robarle la bolsa. Pero una bolsa llena de monedas no vale nada. Una bolsa bien gastada es otro asunto, y una bolsa bien conseguida es aún mejor. Estas últimas semanas me he enfrentado a antiguos monstruos, he sobrevivido a un mal sobrenatural, y a una indecible traición. He visto cosas que harían temblar a hombres duros, y tengo historias que contarles a mis nietos, si por algún accidente vivo lo bastante para tenerlos. —Dirigió la mirada hacia el horizonte y asintió con la cabeza, aparentemente más para ella misma que para él—. Eso es mejor que el dinero.

Teferi suspiró.

—Por el dinero o por la gloria, no hay mucha diferencia.

—¿Piensas tan mal de mí? Anok es tu amigo, pero para mí ha sido mucho más que eso.

El kushita soltó una carcajada.

—¡Compartiste su cama! ¿Cuánto significa eso para ti?

—¿Crees que porque soy una mujer atrevida me acuesto con un hombre de la misma forma que un perro se rasca un picor? Son los hombres los que piensan con las entrañas, y apostaría a que tú has dejado que las tuyas piensen por ti más de una vez.

Teferi se estremeció ante aquella verdad, pero no dijo nada.

—Para que conste, Teferi, eres un hombre de buena planta y, si ésa fuera mi única preocupación, me encantaría poner a prueba tus habilidades en la oscuridad. Pero no soy la mujer que crees, y mi corazón y mi mente están muy confundidos estos días.

Su compañero se humedeció los labios resecos.

—Entonces, tal vez, si no añadieras vino a esa confusión…

La mujer bárbara giró la cabeza y lo fulminó con la mirada, aquellos oscuros ojos cimmerios estaban llenos de sangre y fuego.

—¿De eso va todo esto?

—Cuando Anok te necesitó, cuando se enfrentó solo al demonio Thoth-Amon, tú te habías refugiado en una cantina.

—¡Y tú te habías refugiado en una biblioteca con Sabé! Ninguno estábamos allí con él, Teferi. Los dos debemos vivir con nuestro fracaso. Sin embargo, por mucho que lo intentemos, no podemos proteger siempre a Anok del peligro de la senda que ha escogido. Se ha situado contra el mismísimo Culto de Set.

El kushita suspiró.

—Entonces, ¿por qué lo estás siguiendo? ¿Por qué molestarse siquiera en responder a su llamamiento?

Fallón permaneció un momento en silencio.

—No hubo ningún llamada. Oí a Anok hablar de este viaje y pensé en seguirlo. Luego, te mentí acerca de sus instrucciones. No quise alquilar otro camello porque Anok no me dio dinero para alquilarlo.

Teferi parpadeó sorprendido. Luego, soltó una carcajada.

—¡Me has engañado, mujer! He sido muy injusto contigo al dudar de tu buena voluntad y tu valor. Me inclino ante ti.

La bárbara esbozó una sonrisa.

—No lo olvidaré.

—¿Un hombre de buena planta?

La sonrisa desapareció. Fallón le hizo bajar la cabeza y ordenó en voz baja al gran camello que descendiera. El animal se dejó caer rápidamente de rodillas y apoyó la panza en la arena.

Siguiendo el ejemplo de la bárbara, Teferi se bajó del camello y se arrastró por el suelo para atisbar por encima de una roca rojiza. Observaron cómo una pareja de soldados con armadura ligera recorrían a caballo el camino situado más abajo. Teferi reconoció al

instante el fajín escarlata y los volantes del mismo color de las riendas.

Se dejó caer sentado, con la espalda contra la roca, y escuchó cómo el ruido de los cascos se perdía en la distancia. Luego, miró a Fallón.

—Custodios de Set. ¿Estamos cerca de ese sepulcro del que me hablaste?

—Sin ninguna duda. Según lo que averigüé en las calles de Kheshatta, el culto mantiene a toda una guarnición de tropas aquí para proteger el sepulcro y sus tesoros.

—Podrías haberme avisado.

—No sabía que iba a haber patrullas. Pensaba que se quedarían cerca del tesoro.

Teferi volvió a mirar por encima de la roca. Al oeste, vio una caravana de peregrinos coronando una cima. Los jinetes iban lujosamente vestidos, y había muchos camellos de carga. Todos transportaban algo grande.

Se volvió a deslizar detrás de la roca.

—Puede que el tesoro no se encuentre donde pensamos —comentó.

2

Anok había esperado que el sepulcro fuera poco más que las ruinas de una antigua tumba sola en medio de este desolado desierto. Sin embargo, mientras la caravana descendía serpenteando por la ladera, vio algo bastante diferente.

La tumba propiamente dicha (un gran edificio de piedra con el techo plano y coronado por una baja cúpula central) estaba en excelente estado, sus numerosas columnas aparecían limpias, lustradas y decoradas con pictogramas recién pintados siguiendo el estilo antiguo.

Tampoco estaba sola. La rodeaba lo que equivalía a una pequeña agrupación de edificios, algunos restaurados a partir de ruinas y otros de construcción más reciente. Había pequeñas casitas en las que podían quedarse los peregrinos, alojamientos para los obreros, un edificio grande y muy elaborado que probablemente alojaba al clero residente, cocinas rodeadas de hornos humeantes que olían a pan, un largo refectorio común, almacenes para los suministros, corrales para los camellos y los caballos, un gran pozo y una cisterna cubierta para el agua, y barracones para un contingente muy visible de tropas de custodios.

Todo hablaba de la gran riqueza que el culto podía reunir aquí de sus discípulos.

¡Y todo esto por una tumba vacía!

La caravana recorrió las calles de piedra apisonada hacia los corrales. Allí esperaban criados para ayudar a des montar a los jinetes y descargar los camellos. Un sacerdote de alto rango aguardaba fuera de la cerca de piedra observándolos atentamente.

Anok vio cómo desmontaban los otros jinetes: varios acólitos del templo de Kheshatta, todos leales a Ramsa Aál, y unos cuantos «estudiosos de la ley natural» de Kaman Awi. A Anok únicamente le resultaban vagamente conocidos, pero le parecía que eran de la especialidad de alquimia.

¿Qué hacían unos alquimistas en un lugar como éste?

—¡Anok! —Ramsa Aál le hizo señas para que se acercara—, Ven

conmigo.

Fueron a saludar al sacerdote que los esperaba, un hombre mayor, delgado, al que la larga exposición al desierto había curtido la piel morena. El hombre inclinó la cabeza mientras se aproximaban. Aunque su rango era considerable, el título de Ramsa Aál de Sacerdote de las Necesidades lo superaba.

—Lord Ramsa Aál, supongo. Yo soy Suten Rasui, Sacerdote del Sepulcro, a vuestro servicio. —Alzó la cabeza y sonrió de forma poco creíble—. ¿Cómo se encuentra nuestro maestro ThothAmon? Bien, espero.

—¡Lo bastante bien como para arrancaros la piel con sólo un gesto de la mano!

La sonrisa de Suten Rasui se desvaneció.

—¿Señor?

—He oído que os oponíais a mi misión aquí, que apelasteis ante el mismísimo ThothAmon para detenerla.

Rasui adoptó una expresión parecida a la de un niño testarudo al que cogen robando un higo.

—Muy bien, entonces. —Bajó el tono de voz y miró de un lado a otro para comprobar quien podría hallarse cerca—. Me opuse, cierto. Sabéis las riquezas que este sepulcro produce para el culto. ¿Pondríais eso en peligro por una insensata búsqueda? ¡La tumba está vacía!

—No del todo, y lo sabéis. Aún cuenta con custodios, y es a ellos a quienes busco, a quienes busca nuestro maestro.

Suten Rasui frunció el entrecejo.

—No os buscaréis más que problemas. Los guardias místicos de este templo nunca han sido derrotados.

Ramsa Aál esbozó una ligera sonrisa.

—¡Hoy caerán! —Dirigió la mirada hacia los barracones—. ¿La guarnición está preparada, como se os ordenó? —Sí.

—Entonces, decidles que formen en la parte trasera de la tumba, listos para luchar. En cuanto a vuestro oro, mantened a los peregrinos lejos de la tumba unas horas, y nunca sabrán lo que ocurre dentro.

Suten Rasui parecía turbado.

—¿Qué les voy a decir?

El rostro de Ramsa Aál mostraba enfado.

—¡Sois sacerdote! ¡Contadles alguna mentira!

Regresó junto a los camellos, y Anok lo siguió.

—No lo comprendo, maestro. ¿Por qué hay custodios en una tumba vacía? Y si los custodios nunca han sido vencidos, ¿cómo podéis estar seguro de que la tumba está vacía?

Ramsa Aál sonrió.

—Hace mucho tiempo, el culto perforó un túnel en la roca de la parte posterior de la tumba y la halló vacía. Los guardias aguardan en la entrada de la tumba, y no molestan a aquellos que permanecen en sus profundidades. Respecto al objetivo de los custodios, fueron creados por el Rey Perdido antes de su asesinato. Al saber de la traición de su familia, les encomendó su tarea eterna antes de que lo mataran. Si él no iba a ser enterrado en su tumba, quería asegurarse de que ningún hombre lo fuera, sobre todo el traidor de su hermano. En ese sentido, sus custodios siempre han tenido éxito.

—Entonces, ¿entraremos en el templo por el túnel secreto?

—Así es, y lo atravesaremos hasta llegar casi a la entrada, donde esperan los custodios. Iremos con suficientes soldados como para entablar combate con ellos mientras yo realizo mis hechizos.

—Pero ¿por qué, maestro? ¿Qué valor pueden tener esos custodios para vos, sobre todo si ya los habéis derrotado?

El sacerdote se distrajo un momento mientras dos sirvientes descargaban con torpeza una gran vasija de cerámica y casi la dejan caer.

—¡Cuidado! Esa vasija contiene sangre de vírgenes, tratada con hierbas sagradas y el raro Elixir de Orkideh. Rompedla, y tendré que probar el hechizo utilizando vuestra sangre en su lugar. Lo más probable es que no funcione, pero vosotros ya estaréis muertos de todas formas.

Anok aguzó el oído ante la mención del Elixir de Orkideh. Corriendo un gran riesgo, el joven había ayudado a Kaman Awi a obtener la singular poción de manos del lord envenenador Sattar en Kheshatta. Había ganado el elixir en una prueba de combate contra un acólito del Culto de la Araña de Jade, un enemigo de Set.

Ahora se daba cuenta de que sus esfuerzos habían estado motivados por el orgullo más que por la razón, y al obtener el elixir había ayudado a su pesar a la misma gente a la que había jurado destruir. Fuera cual fuera la misión que debían llevar a cabo hoy, a todas luces habría sido imposible. También resultaba evidente que Kaman Awi había deseado esa cosa desesperadamente.

Pero ¿por qué? No tenía sentido. ¿Qué podría querer Ramsa Aál de una tumba vacía?

Mientras Fallón permanecía atrás para sujetar al camello, Teferi se arrastró hasta el borde del precipicio apoyándose sobre el vientre y echó un vistazo. Observó la escena que se desarrollaba abajo unos minutos, luego se apartó del borde antes de regresar trotando junto a la mujer, con el entrecejo fruncido a causa de la preocupación.

—¿Qué has visto?

—Están reuniendo a los soldados. Llevan armadura y van preparados para una batalla a pie, aunque no veo a nadie contra quien puedan luchar.

La mujer bárbara sonrió.

—Tal vez hayan oído que una guerrera cimmeria y su temible compañero kushita andan cerca.

—No bromees. Hay peligro cerca, aunque no puedo decirte de dónde llega. Sea cual sea la dirección de la que proceda, nuestro amigo Anok se encuentra en el centro. Ojalá pudiera estar a su lado. ¡Este secretismo me atormenta!

—A mí tampoco me gusta ocultarme, Teferi; sin embargo, no lograremos nada apareciendo allí de repente. Debemos ser pacientes.

—Sé paciente tú. Yo rechinaré los dientes.

Eallon soltó una risita.

—Como quieras.

El kushita le dirigió una mirada de enfado.

—Te ríes de mí.

—Te preocupas como una cabra. Anok es un hombre. No necesita que seas su niñera.

—No lo conoces como yo. Crecimos juntos, luchamos codo con codo cien batallas en los callejones de los barrios bajos de Odji. Es un buen hombre, fuerte pero atribulado, con secretos que sospecho que, incluso después de todos estos años, no comparte conmigo. Ha tenido escarceos con la magia oscura y piensa que ahora la ha derrotado. Pero yo no creo que ésta haya acabado con él.

Fallón frunció el entrecejo.

—Hay algunos demonios a los que no puedes combatir por otra persona. Puede que te pida ayuda, pero no se la puedes dar.

—¿Demonios como la bebida?

La mujer entrecerró los ojos.

—Tal vez.

Teferi pensó en ello un momento.

—En ese caso, puede que el mayor de mis demonios sea que desconozco cuál es mi sitio. No quiero ser una niñera, y ésta no es la forma en la que habría elegido vivir mi vida si no fuera por mi preocupación por mi amigo. Presiento que hay alguna razón para que yo esté aquí, sólo que no sé cuál es.

La mujer bárbara enarcó una ceja.

—Entonces, ¿cuál es mi objetivo?

Su compañero soltó una risita.

—Si quieres, puedes ser la ayuda a sueldo, y puede que no la mejor disponible.

Pero ella arrugó el gesto, como si no apreciara el chiste.

Tres docenas de soldados formaban frente a un pequeño edificio detrás de la tumba. La construcción carecía de ventanas y una sólida puerta de madera protegida con pesados cerrojos bloqueaba la entrada. Podría confundirse fácilmente con un almacén, pero Anok estaba seguro de que ocultaba la entrada del túnel que llevaba a la tumba.

Los soldados iban equipados con yelmos de acero bruñido, cota de malla y armadura ligera de placas, y llevaban espadas y escudos rectangulares decorados con el sello de Set. Los diez hombres a la cabeza de la formación también portaban picas cortas con puntas de magnífico acero.

Uno de los soldados era de edad más avanzada que el resto, y su yelmo iba rematado por una cresta de crin roja que lo señalaba como oficial. Anok observó cómo Ramsa Aál se acercaba a él.

—¿Eres el oficial al mando de esta guarnición?

El rostro del hombre se mantuvo inexpresivo, como si estuviera esculpido en piedra.

—¡Sí, mi señor!

—En ese caso, durante la próxima hora serás relevado de tu puesto.

Eso hizo que el oficial parpadease, pero nada más.

—¿Puedo preguntar por qué, mi señor?

—Para que sobrevivamos, esos hombres deben seguir todas mis órdenes, directamente y sin dudar.

El oficial frunció el entrecejo muy levemente.

—Perdonadme, mi señor, no pretendo ofender, pero no creo que los hombres os sigan como deseáis. Semejante lealtad debe ganarse por medio de las dificultades y la sangre.

—¿Tú te has ganado esa lealtad?

El oficial adoptó un ligero aire de suficiencia tras haber conseguido explicarse.

—Sí, mi señor, creo que sí.

Ramsa Aál pensó en ello sólo unos segundos.

—Entonces, ordenarás a tus hombres que me sigan como lo harían contigo, so pena de muerte para ti.

La rígida fachada del oficial se rompió al fin.

—¿Mi señor? ¡Esto es indignante, incluso para alguien de vuestra condición!

—No seré yo quien te mate. Será lo que nos aguarda ahí dentro —lo amenazó señalando la puerta.

El oficial contempló la puerta con nerviosismo.

Anok se preguntó si el hombre sabría lo que les esperaba. Los protectores de este lugar no tenían razones para entrar, y la tumba había sido abierta siglos atrás.

Ramsa Aál continuó.

—Pero no morirás solo, pues tus hombres también morirán, igual que yo, y —señaló a Anok— mi estudiante también. Si me siguen, volverás a recuperar tu mando en una hora y lograrás un ascenso. Si me fallan, moriremos como uno solo.

El oficial recuperó la compostura, apretó la mandíbula, sacó pecho y mantuvo el mentón en alto.

—No os fallaremos, mi señor.

Dio un giro brusco para situarse frente a sus hombres.

—¡Escuchadme, custodios! Hoy nos enfrentamos a un enemigo distinto a cualquiera al que nos hayamos enfrentado antes, distinto a cualquiera al que hayamos sido entrenados para combatir. Por lo tanto, le cedo temporalmente mi autoridad a este Sumo Sacerdote de Set, cuyos conocimientos de nuestro enemigo sobrepasan los míos. Él y su acólito se han comprometido a permanecer a nuestro lado en la batalla y a compartir nuestro peligro como si fuera el suyo. ¿Estáis con nosotros?

Los hombres gritaron como uno solo:

—¡Sí, mi señor!

Ramsa Aál se situó frente a los hombres, alzándose ante ellos, como Anok le había visto hacer a menudo ante sus acólitos. El sacerdote estaba familiarizado con el mando.

—No os equivoquéis —anunció—. Esto es la guerra. Será breve, pero feroz y mortal. Cada hombre que permanezca hoy a nuestro lado ganará cinco monedas de oro como paga de combate. Para las familias de los que mueran, siete monedas.

Observó atentamente la reacción de los hombres ante el último comentario, buscando —imaginó Anok— algún miembro débil que necesitase ser apartado. No encontró a ninguno, aunque se oyeron algunos murmullos de descontento cuando mencionó la paga para las familias de los que cayeran.

Ramsa Aál parecía estar esperando esta reacción. Sonrió.

—No parece mucho para vuestras familias, pero no creo en sobornar a un hombre para que caiga ante la espada del enemigo. ¡Vivid para cobrar vuestras cinco monedas, y todos seremos felices!

El comentario provocó risitas entre las tropas.

A Anok no le quedó más remedio que admirar la facilidad con la que el sacerdote se los había ganado. Si Ramsa

Aál era en última instancia su enemigo, aún había mucho que

aprender de él.

Tras ellos, un obrero que portaba una antorcha encendida abrió la puerta.

—Hay antorchas dentro —indicó.

—Que cada seis hombres cojan una antorcha y la enciendan con la de este obrero —ordenó el oficial. Entonces miró tímidamente a Ramsa Aál—. Si a mi señor le parece bien, naturalmente.

El sacerdote asintió. Señaló la vasija de sangre, que se encontraba más allá de la puerta.

—Que dos de tus hombres lleven esto… con cuidado. He estudiado mapas de la tumba. Hay una cámara amplia al final del túnel. Que tus hombres formen allí. Nosotros llegaremos en seguida.

Vio la mirada de desaprobación en el rostro del oficial.

—No hay peligro hasta que lleguemos a la cámara delantera de la tumba. ¡Adelante!

Se giró hacia Anok.

—Dime, acólito, ¿recuerdas cómo usar esas espadas tuyas?

El joven entrecerró los ojos, casi preguntándose si se trataba de un truco. Ramsa Aál siempre había considerado el apego de Anok por sus armas convencionales como una debilidad. Sin embargo, no tenía mucho sentido mentir.

—Practico con frecuencia, maestro.

El sacerdote hizo un gesto afirmativo.

—Eso está bien. Tu magia no te servirá de nada en el templo. Nuestros enemigos son inmunes a todos los hechizos salvo a uno, motivo por el cual han permanecido intactos hasta hoy. Ahora, dame la mano.

Con la obediencia casi irreflexiva que le había sido inculcada en el templo de Khemi, Anok extendió la mano derecha.

Ramsa Aál le sostuvo los dedos un momento, luego el acólito vio el destello de una daga en su otra mano. Rápida como las serpientes que su culto veneraba, la punta de la daga la pasó suavemente por el dorso de la mano, marcando una línea de gotas de sangre.

A continuación, Ramsa Aál enfundó la daga y sacó de una bolsa del cinto un pequeño cristal ovalado del tamaño adecuado para que encajase en la mano. Lo pasó por la sangre dejando una mancha. Al hacerlo, el cristal comenzó a brillar desde dentro. Bajo la luz del sol apenas era visible, pero Anok sabía que en la oscuridad la iluminación que proporcionaba resultaba considerable.

Ramsa Aál le soltó los dedos y el joven los sacudió. Era como si hubieran estado atrapados bajo una pesada piedra.

—¿Tienes tu Joya de la Luna?

Anok asintió con la cabeza. Sacó un cristal similar de la bolsa que llevaba al hombro y la frotó sobre la sangre, luego se chupó la herida. La sangre le dejó un sabor cobrizo en la boca. Aunque se trataba de una pequeña humillación, lo enfureció que lo utilizasen así. «¡No le apetece derramar ni una sola gota de su preciosa sangre!»

También había otras razones para sentirse utilizado. Mientras descendían por los escalones hacia la oscuridad de más abajo, Anok se dio cuenta de que se sentía decepcionado. Había transcurrido poco tiempo desde que cerrase el antiguo Aro de Neska alrededor de su muñeca derecha, un ancla contra la corrupción de la hechicería que creía que le proporcionaba control sobre la maligna Marca de Set que llevaba en la muñeca izquierda.

Pero desde aquel día había habido pocas ocasiones para poner a prueba esa teoría, y consideraba que era una estupidez arriesgarse con la magia poderosa simplemente por realizar magia poderosa. «Aquí —pensó—, puede que haya un enemigo digno de usarla.» Pero acababan de comunicarle que ni siquiera la gran magia funcionaría. Nunca antes se había sentido incómodo ante la oportunidad de usar las espadas.

«Si para él no soy nada más que un espadachín hábil, en ese caso demostraré que soy un luchador poderoso. Me respetará de una forma u otra.»

Sin embargo, incluso mientras pensaba eso, sabía que estaba mal. Si titubeaba en el momento adecuado, si permitía que los custodios del templo abatieran a Ramsa Aál, entonces, los planes de conspiración del sacerdote podrían verse frustrados. Incluso si simplemente permitía que el contenido de la vasija que llevaban escaleras abajo tras ellos se derramara, eso podría retrasarlos durante meses, o años, hasta que se pudiera fabricar más del elixir que era su ingrediente más importante.

Además, tendrían que conseguirlo. Tras su último encuentro, el lord envenenador Sattar no sentiría mucha simpatía por el Culto de Set. Anok se había fijado en la forma en la que Sattar lo había mirado cuando se habían enfrentado el uno al otro.

Algo en los ojos del acólito, en su voz, algo que él aún no comprendía, había proporcionado a uno de los hombres más temidos de Kheshatta una dosis de su propia medicina, por así decirlo. Sattar había sabido lo que era el miedo, y durante ese breve momento había estado dispuesto a darle a Anok cualquier cosa que pidiera. Sattar nunca permitiría que esa humillación se repitiera.

Encontraron a los custodios esperándolos en formación en la sala. Bajo la parpadeante luz de las antorchas y el frío resplandor azul de sus joyas, los muros de piedra de la sala se veían rugosos y sin

terminar. Elegantes y estilizadas columnas sostenían el techo, pero no presentaban tallas ni decoración alguna. Algunas piedras incluso llevaban todavía las marcas de tiza de los canteros y mamposteros que habían construido la tumba siglos atrás.

Los braceros, con los ojos abiertos de par en par a causa del miedo, dejaron la vasija en el suelo en la base de la escalera. Ramsa Aál la miró, luego dirigió la vista al capitán.

—A este ganado le falta valor para transportar la vasija allí adonde debe ir. Asigna la tarea a dos de tus hombres. Deben ser de miembros fuertes y nervios firmes. Sólo servirán los más valientes.

El capitán asintió y eligió a dos de sus hombres. Estos envainaron de mala gana las armas y levantaron la vasija por las asas de cuerda.

En el centro de la habitación había un bloque de piedra que les llegaba a la cintura. Ramsa Aál se acercó y rozó la parte superior con los dedos, examinándolo.

—Ésta —anunció— es la cámara funeraria del Rey Perdido, donde su sarcófago habría conservado su forma mortal y todas sus riquezas materiales para que pudiera reclamarlas en la otra vida. Ahora no alberga nada salvo el polvo de sueños destrozados. —Dirigió la mirada hacia una entrada alta y estrecha cerca del otro extremo de la sala—. Debemos ir por ahí.

Un sello de piedra, que resultaba evidente que antaño había cubierto la abertura, reposaba ahora en el suelo en el interior de la sala, y pasaron sobre él mientras salían.

Recorrieron en fila un largo y angosto túnel de sección triangular, ancho en la base y sólo con el espacio suficiente para la cabeza de un hombre en la parte superior. Todos salvo los hombres más bajos tuvieron que agachar la cabeza y girar los hombros para pasar. Anok no podía ver a los hombres con la vasija, pero se imaginaba las dificultades que debían de estar pasando.

—Había otra entrada más amplia por la que se habrían traído al templo el cuerpo y los tesoros del rey —explicó Ramsa Aál—, pero su traidora familia la cerró tras su asesinato. Esta es la ruta que habrían usado los últimos trabajadores que salieron del templo antes de que éste fuera sellado, aquellos responsables de proteger la cámara funeraria propiamente dicha.

Anok miró por encima de los hombros de los custodios que iban por delante de él, y lo sorprendió ver que parecía no haber salida. De hecho, el túnel giraba y doblaba sobre sí mismo. Puede que la intención fuera entorpecer a los asaltantes de tumbas para que no pudieran sacar con rapidez los tesoros del rey.

Ramsa Aál se acercó a él.

—No estoy preparado para compartir toda la naturaleza de nuestro plan, acólito. Ten fe en que se desvelará como algo asombroso ante tus ojos, y en que con el tiempo todo se aclarará. Pero debes saber que lo que hacemos transformará el Culto de Set, y eso sólo es el principio. La gloria perdida del Imperio Estigio pronto será restaurada, y luego, sobrepasada. Nuestro maestro ThothAmon se sentará en el trono inmortal de este imperio, y aquellos de nosotros que le hemos servido bien seremos sus señores de poder. El nuestro será un imperio como nunca antes se ha visto. —Su voz se volvió fría como el hielo—. Que el mundo tiemble ante él.

Anok se estremeció. Aquellas palabras eran una locura, naturalmente, aunque pronunciadas con tal convicción que no pudo desecharlas. Había conocido a ThothAmon, y el ansia de poder de aquel hombre era tal que se atrevería a aspirar a algo así.

Sin embargo, ¿qué podría conducir a ese poder en esta tumba vacía? Puede que nada directamente, pero aquí había muchos elementos en juego que él aún no comprendía. Estaban las tres Escamas de Set, una de las cuales aún conservaba en su poder. Había visto indicios de que, si alguna vez llegaban a unirse, las tres Escamas serían de alguna forma mucho mayores que la suma de sus partes.

Aún estaban los huesos de Parath, el dios perdido de Estigia, que Ramsa Aál y Dejal había traído poco tiempo atrás a Kheshatta. Sin embargo, Parath era un enemigo declarado de Set.

También quedaban todavía los secretos de su propio pasado, que parecían de alguna forma desconocida ser parte de este rompecabezas: el motivo del asesinato de su padre, de dónde había sacado la Escama, cuál había sido su relación con Parath y con el Culto de Ibis. ¿Y qué pasaba con su misteriosa hermana, de quien su padre sólo había hablado en sus últimos y agonizantes momentos?

A Anok lo atormentaba pensar que si atacaba a Set demasiado pronto podría destruir su única oportunidad para desentrañar su pasado. Si Ramsa Aál moría aquí, ¿qué secretos morirían con él?

No, las cosas habían ido demasiado lejos como para que las dudas lo confundieran. Ya había actuado demasiadas veces en la auténtica causa del servicio de Set. Hoy obstaculizaría la senda de la serpiente, no la ayudaría. El destino elegiría qué sucedería, pero juró que aquel día la búsqueda del culto fracasaría o Ramsa Aál moriría.

El túnel dobló sobre sí mismo una vez más. De vez en cuando, Anok vio pintadas sobre las paredes escritas en estigio antiguo posiblemente por los trabajadores que habían construido la tumba. La mayoría carecían de sentido para él. Podía leer las palabras, pero sin un contexto no significaban nada.

Sebishai es injusto, mal rayo lo parta.

La madre de Sokkiw se acuesta con un asno.

La cantería de Nebie no tiene belleza ni personalidad.

Resultaba un recordatorio aleccionador de que las preocupaciones de los hombres rara vez los sobrevivían. Anok se preguntó si debería tomar esto como una lección y olvidar su obsesión con el pasado. Decidió que si Ramsa Aál moría, llevándose con él los secretos del pasado del joven, que así fuera.

Atravesaron un arco de entrada que conducía a una habitación amplia y de techo bajo. La pared a su espalda estaba cubierta de pedestales, espaciados aproximadamente a un brazo de distancia. Anok supuso que estaban pensados para sostener estatuas, puede que incluso de la traidora familia del rey, pero permanecían vacíos.

En la pared frente a ellos, una serie de entradas en forma de arco, una frente a cada pedestal, daban a lo que parecía ser una sala aún más grande.

—Esta sala es donde aguarda nuestro adversario —anunció Ramsa Aál en voz alta.

Los custodios lo miraron asustados.

—No pueden oírnos, ni sentirnos, hasta que atravesemos esos portales y crucemos una línea delimitada por cierto hechizo. Según mis estudios, hallaremos esa línea cinco pasos en el interior. En cuanto hayamos pasado esa línea, no se nos permitirá salir vivos a menos que mi hechizo los detenga. Protegedme y proteged la vasija con vuestras vidas, pues dependen de esas dos cosas.

Anok sacó las dos espadas de las vainas que llevaba a la espalda. Se preguntó cuánto se podía creer del discurso de Ramsa Aál. No le cabía ninguna duda de que el sacerdote sacrificaría las vidas de todos aquellos hombres, y también la suya, si servía a sus propósitos.

No, si se interrumpía el hechizo habría otra salida, y puede que una oportunidad mejor para sobrevivir si su única intención era escapar.

—Dos filas al frente —ordenó Ramsa Aál—. Los espadachines más fuertes primero, las antorchas después. El resto se quedarán atrás para protegernos a la vasija y a mí.

Anok miró al sacerdote a los ojos.

—Yo debería quedarme cerca de vos.

La comisura de la boca de Ramsa Aál se curvó hacia arriba.

—¿Tanto han disminuido tus habilidades? —Estudió el rostro del joven un momento—. Pensaba que no. Te situarás al frente y en el centro para dirigir nuestro avance.

«Y donde no me vea tentado de apuñalaros por la espalda.»

Anok trató de no torcer el gesto, pero hizo lo que el sacerdote ordenó, abriéndose paso entre dos anchos custodios, con brazos duros como troncos de árboles, cada uno de los cuales llevaba una espada de casi el doble de tamaño que las hojas gemelas del acólito.

Atravesó el arco central, y la fila lo siguió. Se detuvo tras dar tres pasos cortos en el interior, procurando no sobrepasar los cinco pasos que Ramsa Aál había identificado como el límite desde el que ya no podrían regresar.

El joven contempló la oscuridad que se abría ante ellos. Podía distinguir algo allí, una uniforme hilera de siluetas un poco más claras que el resto de la penumbra que se extendía por la habitación frente a él y se alejaba en ambas direcciones.

Anok volvió la vista atrás y, al hacerlo, algo en la pared junto al arco le llamó la atención. Al principio pensó que se trataba simplemente de más pintadas, pero luego se fijó en el aspecto marrón y con costras de los antiguos símbolos estigios y se dio cuenta de que habían sido escritos con sangre.

A la débil sangre de los usurpadores
Sólo les dejo esta maldición

A todos aquellos cuya codicia

Les lleve a aspirar

A vivir como reyes

Morid como reyes
Dormid el sueño eterno en las tumbas de reyes
Con la sangre del auténtico rey

Decorando sus dagas
Malditos sean vuestros espíritus eternos
Proteged esta tumba vacía para siempre
Mientras nuestro rey festeja en el paraíso

Al leer esas palabras, Anok sintió un hormigueo que lo hizo estremecer. Estas no eran palabras vanas. Tenían un sabor a magia, de la más oscura y espantosa. Sintió cómo la Marca de Set despertaba, como si estuviera ávida de compartir esa oscuridad, pero no había nada que compartir.

Aquellos a los que se maldecía llevaban muertos mucho tiempo. Pero mientras el acólito pensaba en la negrura que se abría más adelante, se preguntó si de verdad se habrían ido.

Un paso más hacia la oscuridad, tal vez para ver qué peligro aguardaba allí.

Pudo entrever el brillo amarillo de armaduras de metal pulido, idénticas placas traseras con símbolos arcanos y yelmos con adornos singulares.

Se oyó un chirrido, como si con un movimiento similar todas las figuras encorvadas se hubiesen enderezado. El polvo cayó en cascada de sus hombros y yelmos.

Había descubierto la primera mentira de Ramsa Aál. Cuatro pasos dentro, y no habría vuelta atrás.

Nuevamente, como si los accionase un mecanismo de relojería idéntico, la hilera de figuras con armadura giró, con las espadas, lanzas y escudos preparados, las botas chocaron sobre la antigua piedra del suelo en perfecta sincronía.

Aunque las armaduras sólo se divisaban débilmente a la luz de las antorchas, bajo los yelmos se podían ver las caras.

Los rostros verdes, demacrados y ligeramente iluminados de los muertos, las bocas abiertas, los dientes desnudos, los ojos como esferas vacías de fuego verde. Se trataba de una especie de fantasmas, espectrales y translúcidos, pero por sus movimientos, por la forma en que la pesada armadura se apoyaba sobre ellos, contaban con cierta clase de peso y sustancia.

Uno de los hombres retrocedió aterrorizado, dejó caer la antorcha y se dio la vuelta para huir.

Un caballero muerto avanzó con un traqueteo de cadenas y lanzó un gancho de metal. El objeto golpeó al hombre entre los omóplatos con un sonido húmedo. El hombre soltó un alarido borboteante y la cadena sujeta al gancho se tensó de inmediato, levantándole los pies del suelo.

Fue arrastrado tan rápido que podría haber habido un caballo al

galope al otro extremo de la cadena, tan de prisa que no tuvo tiempo de gritar antes de que los no muertos con armaduras lo rodearan y sus armas comenzaran a caer una y otra vez. El acero repicó contra armadura, hueso y piedra.

Cuando se apartaron, con las armas chorreando rojo, allí no había nada parecido a un hombre, sólo un montón de metal, carne troceada y hueso triturado en medio de un charco de sangre.

«Ahora —pensó Anok con gravedad—, he descubierto que Ramsa Aál dijo algo cierto.»

Sólo se podía hacer una cosa.

Se lanzó por delante de los enormes hombres que lo flanqueaban.

—¡A por ellos!

Los hombres lo siguieron con un grito, aunque notó el miedo en sus voces. Estaban luchando por sus propias vidas, no por la gloria del culto.

Anok utilizó las espadas cruzadas para bloquear el arma corta de un fantasma que llevaba en la cabeza un penacho de plumas de halcón. La boca del fantasma se abrió en su dirección con un grito silencioso, la lengua negra y seca se enrolló en el interior como un trozo de carbón.

De aquella boca no muerta, y de otra docena más, surgió el grito de batalla de los no muertos. No fue un lamento ni un alarido, sino un gemido profundo, de un tono tan bajo que Anok pudo sentirlo en el pecho.

Forcejeó contra el brazo armado de la cosa. Para tratarse de criaturas sin carne ni sustancia eran fuertes como un hombre, aunque afortunadamente más lentas. A su alrededor, Anok pudo ver a los otros defendiéndose de los caballeros no muertos.

Más rápido de lo que su oponente fue capaz de responder, el acólito apartó la espada de la cosa a un lado, echó hacia atrás la espada izquierda y se la clavó en el cuello.

Se produjo un crujido y una débil resistencia, como si atravesase un melón con la espada. La cosa agitó los brazos y dejó caer su arma.

¡Se los podía herir!

Su mayor temor había sido que no se les pudiera hacer ningún tipo de daño a aquellas cosas por medios físicos. Pero, como había sospechado, contaban con cierta sustancia, cierto grado físico, que se podía cortar y atravesar con una hoja. Ahora sabía que ellos también tenían una oportunidad.

Tiró de la espada hacia un lado con un movimiento rápido, haciéndola girar por el cuello del fantasma, y la cabeza se despegó limpiamente; el yelmo golpeó las piedras con gran estrépito.

Oyó un crujido de hueso sobre piedra tras él, y giró a tiempo de cortar el brazo armado de un caballero que se le había acercado sigilosamente por la espalda. Desde atrás, el sable de un custodio se encargó de la cabeza de la cosa y terminó el trabajo.

Anok hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza al custodio y se volvió para entablar combate con otro caballero. Con el rabillo del ojo vio cómo Ramsa Aál y los dos custodios que llevaban la vasija entraban lentamente en la habitación sorteando los combates.

Los protectores de la tumba parecían sentir que ellos suponían la auténtica amenaza y atacaban su círculo de custodios intensamente. Sin embargo, los caballeros fantasma caían con rapidez, y Anok se sintió inquieto.

Algo se movió junto a su bota. Bajó la mirada y vio cómo un caballero decapitado estiraba la mano lentamente, agarraba el borde de un yelmo que había cerca y se lo colocaba junto con la cabeza de nuevo sobre los hombros. La resplandeciente carne espectral sanó casi de inmediato, y el caballero comenzó a ponerse en pie.

El joven se quedó tan paralizado que no se fijó en la espada que la criatura sostenía en la otra mano hasta que casi fue demasiado tarde.

El acero brilló hacia él. Anok retrocedió de un salto y ahogó una exclamación mientras la espada le hacía un corte en el brazo derecho. Soltó un gruñido de dolor e hizo descender la espada izquierda sobre la cosa, cortándole el brazo por el codo.

La criatura siguió moviéndose, girando, buscando el brazo perdido.

Anok miró alrededor. Por todas partes, los caballeros caídos se restauraban.

—Vigilad a los caídos —gritó con todas sus fuerzas, intentando hacerse oír por encima del estruendo del entrechocar de espadas y armaduras.

La advertencia llegó demasiado tarde para un custodio. Un caballero restaurado se alzó sobre una rodilla y le clavó la espada por debajo de la placa pectoral directamente hasta el corazón. El hombre escupió un coágulo de sangre y cayó de bruces. No habría restauración para él.

Fue en ese momento cuando Anok comprendió la espantosa naturaleza de estos protectores. Eran infatigables, implacables, y no importaba cuántas veces cayeran, siempre regresaban.

Si ahora caían con facilidad, los hombres acabarían cansándose, cometerían más errores, los enemigos caídos los cogerían desprevenidos y, uno a uno, morirían.

Anok retrocedió y se introdujo en el círculo de protectores que rodeaba a Ramsa Aál. El sacerdote prestaba poca atención a lo que lo

rodeaba. En lugar de ello, estaba leyendo un antiguo libro de magia; sus labios se movían, pero las palabras apenas resultaban audibles.

Anok sabía por experiencia que no era el volumen con el que se pronunciaba un hechizo lo que le confería poder, sino la convicción y la concentración con las que el hechicero leía las palabras. El acólito sospechaba que la concentración de Ramsa Aál era muy profunda. No pudo evitar admirar la capacidad del sacerdote para aislarse del ruido y el peligro que lo rodeaban.

Anok entrecerró los ojos.

«¡Es vulnerable!»

El joven siguió luchando, aunque con menos fervor del que podría haber empleado, esperando a ver si el destino supondría la perdición del sacerdote.

Lentamente, a un ritmo que haría que una tortuga se impacientase, se movieron hacia el centro de la habitación, con un repiqueteo constante de espadas y armaduras, y de vez en cuando el grito de un hombre herido o moribundo.

Los custodios se estaban agotando. Podía ver el miedo en sus ojos. Cuando dejaran de creer en su propia supervivencia, estarían muertos.

Despedazó el brazo de un caballero: el primer golpe rebotó en la armadura, el segundo cortó la mano por la muñeca mientras caía hacia él.

El arma pasó girando junto a él y la punta le rajó el rostro al custodio que se encontraba a su lado. La sangre caliente salpicó el brazo izquierdo de Anok. Sintió cómo la energía invadía la Marca de Set al contacto con la sangre y escuchó el grito de júbilo en su cabeza.

El hombre herido chilló de dolor, medio cegado por su propia sangre; otra espada lo cogió completamente por sorpresa al encontrar su vientre.

Anok lo vio caer mientras intentaba concentrarse en el Aro de Neska que le rodeaba la muñeca derecha para utilizar su inflexible fuerza para empujar el mal de la Marca de Set de nuevo hacia su escondite.

Entonces, otro hombre cayó ante él, y otro más.

De repente, sus líneas se desmoronaron.

Numerosas antorchas cayeron o se apagaron, sumergiéndolos en la oscuridad.

Un caballero no muerto pasó junto a Anok, hacia Ramsa Aál.

El sacerdote levantó la mirada justo a tiempo para ver su inminente muerte, con los ojos muy abiertos, no a causa del miedo, sino de la ira.

«¡ Eso es!»

Una espada se hundió en la axila del caballero fantasma, haciéndole dar un cuarto de giro y retrasándolo lo suficiente como para que un custodio cercano pudiera cortarle las piernas por las rodillas.

Anok tardó unos segundos en darse cuenta de que el arma que le había salvado la vida a Ramsa Aál había sido la suya.

Liberó la hoja de un tirón con un húmedo sonido de succión, luego decapitó a la cosa con un movimiento fluido.

«¿Por qué he hecho eso?»

Miró a Ramsa Aál. Si había esperado gratitud de parte del sacerdote, se iba a sentir decepcionado. La atención del sacerdote se centraba en la vasija que uno de los custodios designados para transportarla arrastraba por el suelo. El otro estaba tendido unos pasos más atrás; la vida se le escapaba a chorros por el cuello abierto.

Un hacha surgió con un destello de la penumbra y le partió la cabeza al otro custodio.

Anok clavó la mirada en la vasija.

Ramsa Aál seguía leyendo mientras los hombres se aglomeraban a su alrededor tratando de rechazar a los no muertos. Pero el sacerdote no dejaba de mirar con nerviosismo hacia la vasija.

Anok respiró hondo.

«¡La vasija!»

Sin ella, el hechizo fallaría, así como el plan de Ramsa Aál.

Era un suicidio, naturalmente; a menos que Ramsa Aál tuviera algún plan secreto para escapar y llevarse a Anok con él. Pero cuando el sacerdote viera lo que iba a ocurrir, el acólito dudaba de que pudiera seguir contando con su favor.

Apretó los dientes y avanzó hacia la vasija.

Dos caballeros se interpusieron en su camino. El acólito giró, le cortó el brazo a uno, le dio una patada al otro en el estómago y de un empujón lo hizo retroceder.

Volvió a girar y hundió la espada derecha en otro caballero.

Lanzó otra patada con la que golpeó la vasija en lo alto del cuello e hizo que cayera de lado.

La arcilla se hizo añicos.

Anok notó el hedor metálico de la sangre vieja, el olor penetrante y exótico de las hierbas mágicas y algo parecido a la brisa del océano, que podrían ser las sales del Elixir de Orkideh.

La sangre se derramó por el oscuro suelo formando un amplio charco.

Al instante, la voz de Ramsa Aál aumentó de volumen. Las palabras se oyeron con claridad.

—¡… por este río de sangre, llévate esta antigua maldición, para que estos espíritus puedan volar libres!

Se produjo un silbido y la sangre se transformó de repente en un vapor rojizo, en una niebla que les llegaba a las rodillas y que se extendió por el suelo de la habitación, bullendo y arremolinándose.

Un caballero embistió contra Anok con la espada en alto.

Entonces titubeó. Sus brillantes ojos verdes parecieron ensancharse.

Alrededor de él, los gemidos se volvieron más fuertes, hasta tal punto que sintió punzadas de dolor en los oídos y le pareció que el cráneo se le iba a partir.

De repente, la armadura del caballero atacante se inclinó y comenzó a caer; sin embargo, el resplandeciente fantasma del interior no cayó con ella. En vez de ello, pareció alargarse mientras lo arrastraban hacia arriba, y sus rasgos se deformaron hasta que se vio succionado a través del techo de piedra y desapareció.

Anok miró en derredor sorprendido, mientras uno tras otro los fantasmas eran arrastrados hacia arriba y desaparecían, dejando que sus armaduras y armas cayeran repiqueteando contra el suelo.

La nube de vapor rojo fue arrastrada hacia el centro de la habitación, donde giró un momento como si fuera un remolino; a continuación, ascendió entre giros hasta el techo y se desvaneció con un trueno.

Anok sostuvo las espadas en alto, buscando algo contra lo que luchar, pero los protectores del templo se habían ido. Estaban solos, los vivos, los moribundos, los muertos, y montículos de armaduras vacías, que emitían un resplandor dorado bajo los restos de las antorchas.

Ramsa Aál señaló a un custodio ileso.

—¡Corre! Consigue ayuda para trasladar a los heridos. Diles que ya no hay peligro.

El sacerdote se dio la vuelta y miró a Anok, que aguardaba la reprimenda y el castigo que debía llegar ahora.

—Acólito. —Su voz era grave y seria—. Excelente trabajo. Tus instintos místicos deben de haberte dicho exactamente cuál era el momento preciso para derramar la sangre y completar el hechizo. Cuando los custodios que transportaban la vasija cayeron, temí que el hechizo estuviera condenado a fracasar.

¡El momento preciso!

No había impedido el hechizo, ¡lo había completado!

Ramsa Aál soltó una risita.

—Deberías saber que también has hecho un gran favor a los

usurpadores del Rey Perdido. Ese era el hechizo que acabamos de romper. Al morir, sus espíritus fueron atraídos hasta aquí, hacia el interior de estas armaduras encantadas, para pasar la eternidad protegiendo la tumba vacía del hombre que habían matado. Hemos liberado sus espíritus para que puedan seguir adelante.

Anok recorrió con la mirada las armaduras caídas que los rodeaban. Los espíritus de los no muertos parecían haberlas mantenido unidas, haberles dado forma. Ahora, las placas sueltas, yelmos, botas y guanteletes estaban tirados por todas partes.

El acólito se arrodilló para examinar las inscripciones en el dorso de un guantelete que tenía junto al pie. Al extender la mano hacia él, se sobresaltó al ver que el guante se movía, y por poco se cae sentado.

Ramsa Aál se rió.

—Esa, mi talentoso acólito, es la verdadera razón por la que estamos aquí. El ectoplasma de los no muertos mantenía unidas estas armaduras, les confería movimiento, y les permitía volver a ensamblarse cuando las separaban; sin embargo, esos espíritus contaban con poca capacidad de movimiento. Sin ayuda no podrían haber dado ni un solo paso, mucho menos alzado una espada. Es la propia armadura o, más concretamente, la aleación mística con la que se construyó, la que tiene la auténtica capacidad de movimiento. Nuestro hechizo no cambió eso.

Anok levantó la mirada.

—¿Estáis aquí por las armaduras?

—Por el metal, y su capacidad de movimiento.

—Pero ¿por qué?

Ramsa Aál se rió de manera cómplice.

—Eso se desvelará con el tiempo. —Miró hacia la parte delantera de la cámara, el extremo más alejado del lugar por donde ellos habían entrado—. Nuestros asuntos aquí casi han concluido. Ahora que los protectores del templo se han ido, no hay necesidad de que salgamos por el tortuoso camino por el que entramos. ¿Ves ese contorno en forma de arco en la pared? Es una puerta, sellada tiempo atrás. Haz algo útil, acólito. ¡Ábrela!

Anok permaneció inmóvil. La Marca de Set del brazo izquierdo aún le hormigueaba y le ardía tras tocar la sangre fresca. Sabía que la sangre era uno de los ingredientes más poderosos de la magia oscura y al que la Marca de Set parecía responder mejor.

Se frotó la muñeca mientras examinaba la abertura tapiada con ladrillos. Era el doble de alta que un hombre y tenía cinco pasos de ancho. Naturalmente, un pequeño agujero, lo bastante grande como para que pasara un hombre, habría servido, pero él contaba con un

poder que ansiaba que lo utilizaran.

—Que así sea —dijo.

Se concentró en la entrada, luego echó hacia atrás el brazo izquierdo como si fuera a lanzar una piedra invisible.

—¡Destrúyete!

Sintió cómo el poder le ascendía por la mano, a través de los dedos, mientras arrojaba la piedra invisible hacia el centro de la puerta sellada.

Los ladrillos se hicieron añicos, formando un agujero del tamaño de un hombre por el que entró a raudales la luz color naranja del atardecer. Desde el exterior oyó innumerables exclamaciones y gritos de alarma.

No acabó allí.

Fue como si se hubiera abierto una grieta en un dique y las aguas hubieran comenzado a escapar. Los ladrillos se soltaron del borde de la abertura y salieron flotando hacia el resplandor del día, ensanchando el agujero rápidamente, hasta que toda la entrada quedó abierta.

A través de la puerta vio una multitud de peregrinos, sacerdotes y acólitos que contemplaban asombrados los cientos de ladrillos que se cernían girando en silencio en el aire unos metros por encima de sus cabezas. No sabía que estuvieran allí aguardando, y si dejaba caer los ladrillos ahora, docenas de ellos resultarían heridos.

Echó hacia atrás la mano izquierda, que aún sostenía en alto para hacer levitar los ladrillos, y lanzó la mano abierta hacia adelante.

—¡Polvo!

Con un estruendo ensordecedor parecido a un trueno, los ladrillos se hicieron pedazos hasta convertirse en una fina arena amarilla que descendió sobre la asustada muchedumbre.

Se produjo un momento de temor que se convirtió en vítores, e incluso en risas, cuando se dieron cuenta de que no estaban en peligro.

Aprovechando la oportunidad, Ramsa Aál atravesó la puerta, instando a Anok a que lo siguiera.

Salieron hasta un elevado descansillo en lo alto de una amplia escalera de mármol, protegida mediante un tejado que sobresalía y enmarcada por columnas pintadas de vivos colores. Ramsa Aál alzó los brazos de manera dramática.

La multitud respondió con una ovación al ver al sacerdote. Este les gritó:

—¡Sed testigos del poder de Set! ¡El espíritu del Rey Perdido ha ascendido en este día, y sus tesoros han ido con él al paraíso!

Los peregrinos parecieron enloquecer de júbilo.

—¡Set! ¡Set! ¡Set! ¡Gloria a Set! ¡Set! ¡Set!-gritaron una y otra vez.

Ramsa siguió actuando para la audiencia, con los brazos aún en alto. Se inclinó hacia Anok y dijo en un tono que sólo él pudiera oír:

—Buena jugada, acólito. Se oirá hablar de este día en toda Estigia, y los peregrinos acudirán a este lugar con innumerables tributos para visitar esta tumba vacía.

El sacerdote pareció considerar algo un momento y se volvió a acercar a Anok.

—Sólo hay una forma de mejorar este día, acólito. Esta noche, durante los festejos, llevaremos a cabo una ceremonia. ¡Es hora de que comiences tu iniciación como sacerdote completo de Set!

3

Teferi se arrastró por la oscuridad, guiándose más por el oído que por la vista. En el emplazamiento de la tumba sobre la colina sonaba como si se estuviera celebrando una fiesta, aunque de un estilo contenido y respetuoso. Podía oír música religiosa, interpretada con arpas, cuernos, caramillos, flautas y tambores, y el sonido de muchas voces entusiasmadas.

Al llegar al borde y echar un vistazo, vio numerosas antorchas ardiendo delante de la tumba ahora abierta, fuegos encendidos para calentar diversos calderos de piedra, y montones de gente, de pie o sentada frente a los escalones del templo, al parecer aguardando algún acontecimiento.

Muchos soldados custodios permanecían en posición de firmes alrededor del borde del patio delantero de la tumba. Muchos más se mezclaban con la multitud reunida, formando fácilmente la parte más ruidosa y bulliciosa de la concurrencia, como si celebrasen algún acontecimiento del que los otros no tenían conocimiento.

¿Qué había ocurrido hoy en esa tumba?

Eso era un misterio. Teferi había visto a Anok, al sacerdote Ramsa Aál, a muchos soldados y a otras gentes entrar en un pequeño edificio detrás del templo. La mayor parte de los otros habían aparecido después. A algunos los sacaron heridos o muertos; pero, de alguna forma, Anok y Ramsa Aál habían salido por la parte delantera del templo, y de un modo de lo más espectacular.

Nada de ello acababa de tener sentido, y a Teferi le resultaba molesto gran parte de aquel asunto. Hoy se había realizado mucha magia oscura aquí. Podía sentirlo en los huesos. Y eso no auguraba nada bueno para Anok.

Se deslizó de regreso a la oscuridad, arrastrándose un poco antes de trotar el resto del camino de vuelta al campamento. Encontró a Fallón acurrucada bajo una manta, su rostro era un pálido óvalo apenas visible a la luz de las estrellas.

—¿Qué noticias traes? —preguntó, manteniendo la voz baja.

—Ninguna. Parecen estar esperando algo, un discurso, o una

ceremonia de alguna clase. No veo a Anok ni a ese maldito sacerdote por ninguna parte.

La mujer levantó la mirada hacia él, y el kushita se detuvo para preguntarse si de verdad ella podía ver su piel mucho más oscura en la penumbra. Había oído que los cimmerios estaban dotados de sentidos particularmente agudos.

—Desde esta tarde pareces especialmente preocupado por nuestro amigo ausente; sin embargo, no me has dicho por qué.

—Tú no viste lo que ocurrió cuando surgieron del templo.

—Lo oí.

—Probablemente lo oyeron en Khemi. Era magia poderosa y, por lo que pude ver, hecha por poco más que para alardear.

—Sí, y dijiste que el sacerdote salió de la entrada abierta con Anok tras él.

—El sacerdote se comportó como si hubiera sido cosa suya, sí, pero eso es algo natural en los sacerdotes: atribuirse el mérito cuando merece la pena. Me temo que pueda haber sido Anok.

Oyó crujir la manta y se imaginó que la mujer bárbara se había encogido de hombros.

—¿Y qué si lo hizo? Me dijo que ahora domina la magia, que ya no lo domina ella a él.

—Eso es lo que él dice —respondió Teferi con escepticismo.

—Entonces, ¿todos arriesgamos la vida por nada, para ayudar a Anok a conseguir ese brazalete?

—El Aro de Neska.

—Sí, eso. Arriesgamos la vida por una razón, ¿verdad? Porque si fue sin motivo, entonces debería haber pasado más tiempo agenciándome los tesoros de Neska y ¡menos ayudando a Anok y a Dejal a desvalijar el cadáver en busca de baratijas!

Teferi arrugó el gesto ante la mención de Dejal, su traidor y ahora muerto compañero de infancia. Fue víctima de su propia ansia de poder. Que siga muerto y nunca se vuelva a hablar de él.

—¿Por nada? No, trajo a Anok de regreso del borde de la corrupción y la locura mágicas, pero ahora se comporta como si le concediera dominio sobre la maligna Marca de Set. Me temo que no es así. En todo caso, ha aumentado la sed de poder mágico de nuestro amigo, con todo el peligro que entraña.

Fallón resopló con sorna.

—Si odias tanto la magia, ¿por qué estudias esas tablillas y pergaminos polvorientos con Sabé?

—Por muchas razones. Para honrar a mi amiga muerta Sheriti, que estudiaba para ser escriba; para ayudar a Anok en su misión de

derribar al Culto de Set; pero, sobre todo… —Suspiró—. Sobre todo, porque no puedes combatir lo que no conoces. Si la hechicería es mi enemiga, debo conocerla bien.

—¿Y que te corrompa a ti también? Es mejor no saber nada. Es mejor luchar valiéndose de habilidad e instinto, ¡como el auténtico guerrero que sé que eres! Tú no fuiste hecho para bibliotecas ni mamotretos cubiertos de polvo.

»Tú y yo somos diferentes, pero también nos parecemos. Bárbaros de sangre, criados en el exilio lejos de las tierras que son nuestro derecho de nacimiento. Entonces, ¿cómo hemos llegado a este lugar, lejos de nuestra patria, congelándonos en la oscuridad porque no nos atrevemos a encender un fuego?

La mujer bárbara soltó un gruñido y se golpeó la pierna con el puño.

—Buena cimmeria estoy hecha, he pasado demasiado tiempo lejos de las tierras norteñas de mi nacimiento para temblar por un poco de frío como éste. ¡Apuesto a que Conan no tiritaría bajo las mantas en una noche como ésta!

Teferi soltó una risita.

—Ahora, el gran Conan es rey. Sin duda esta noche duerme frente a un gran fuego en su castillo, con una docena de concubinas aquilonias para darle calor. No hace falta que te menosprecies por él.

De repente, pudieron oírse vítores desde la cima de la colina, y grandes tambores iniciaron un ritmo constante.

Teferi escuchó un momento y luego se puso en pie de un salto.

—¡Está pasando algo! —Comenzó a dirigirse a su mirador oculto.

Fallón titubeó sólo un momento antes de deshacerse de la manta.

—¡Espérame!

Anok sólo había estado unas horas lejos de la tumba del Rey Perdido antes de regresar nuevamente por el túnel secreto de la parte de atrás. Para su sorpresa, la sala al fondo de las escaleras había sido transformada en su ausencia. Estaba bien iluminada con lámparas de aceite, habían traído muebles y se habían levantado mamparas con cortinas para crear una serie de habitaciones y vestidores improvisados.

Al entrar, había visto portadores sacando los restos de la Armadura de Mocioun (como ahora sabía que se llamaba) por la entrada del túnel, mientras ésta seguía sacudiéndose y moviéndose, incluso atada en fardos para su transporte. La mayor parte ya había sido amarrada a los camellos cuando él había vuelto a entrar en la tumba, y a estas alturas la caravana ya podría estar llevándola de regreso a Kheshatta.

La Armadura de Mocioun. La ironía del asunto se le ocurrió de

repente. El nombre del Rey Perdido se había olvidado mucho tiempo atrás; pero en cuanto a Mocioun, el hechicero que había creado la armadura, su nombre aún se recordaba. Anok supuso que había cierta inmortalidad en la hechicería. El poder de un rey moría con él, pero el poder de un hechicero podía seguir vivo miles de años después de que su carne se hubiera convertido en polvo.

Criados, sacerdotes y acólitos pululaban por allí, preparando lo que obviamente iba a ser una ceremonia bastante elaborada.

Anok miró a su alrededor con escepticismo.

«Todo esto no puede ser por mí.»

No, lo más probable es que fuera en beneficio de los peregrinos que se concentraban fuera de la tumba. Ramsa Aál y los sacerdotes locales vieron una oportunidad para incrementar el poder y la influencia del culto sobre las clases adineradas, y la estaban aprovechando al máximo.

Sin estar seguro de adonde se esperaba que fuera, miró alrededor buscando a alguien, cualquiera, conocido. Iba tan concentrado que dejó de fijarse por donde caminaba y tropezó con una gran cesta redonda de la que cuidaba un estigio curtido y bajito vestido únicamente con un taparrabos.

El acólito oyó un silbido furioso procedente del interior de la cesta y retrocedió con rapidez. El hombrecillo lo fulminó con la mirada. Con los ojos saltones y extraviados, delgado como si se muriera de hambre, la piel del hombre estaba arrugada y era casi negra.

—Tened cuidado de no hacer enfadar a mis pequeñas —gruñó.

Anok se apartó con rapidez y se encontró mirando a un criado alto y calvo de alto rango, a juzgar por su plateada estola del templo.

—Debéis ser preparado para la ceremonia. Seguidme.

Anok fue conducido a uno de los vestidores, donde aguardaban varios criados. Se corrió una cortina y se pusieron a trabajar de prisa, lavándole el polvo de pies, rostro y manos, y quitándole la túnica habitual. A pesar de las protestas del joven, también le desabrocharon las espadas y las colgaron en una silla con la ropa que habían desechado.

Mientras los criados lo vestían con una elaborada túnica ceremonial de color negro, oro y escarlata, Anok trató de ordenar los acontecimientos del día. Una vez más, había acudido involuntariamente en ayuda de sus acérrimos enemigos. Le había salvado la vida a Ramsa Aál y había completado el hechizo que había proporcionado al sacerdote el metal encantado que necesitaba para su misterioso plan. Por último, había proporcionado una demostración de magia que sin duda beneficiaría enormemente al culto.

¿Cómo había fracasado de manera tan lamentable en sus intentos por frustrar al sacerdote?

Anok se vio desorientado y abrumado a causa de la situación. Las cosas estaban sucediendo muy de prisa.

¡Sacerdote!

Convertirse en sacerdote nunca había sido parte de su plan. Naturalmente, la supuesta ambición de todo acólito de Set era convertirse en sacerdote del culto, para conseguir acceder al poder y a los recursos de hechicería que sólo poseían los sacerdotes. Sin embargo, la mayor parte nunca progresaba hasta ese rango, y aquellos que lo hacían a menudo necesitaban años de servicio al culto para que se los tuviese en cuenta para el ascenso.

Anok llevaba escasos meses con el culto.

Su promoción no debería estar teniendo lugar y, por lo tanto, no estaba preparado para ello. No sabía prácticamente nada de lo que debía esperar de la ceremonia de iniciación, ni de lo que le ocurriría después. Tenía una vaga idea de que ésta podría ser sólo la primera de muchas ceremonias, pero ni siquiera estaba seguro de eso.

Un criado se encontraba ante él sosteniendo una estola de Set, ribeteada de oro, con una gran piedra de color rojo sangre situada en la parte delantera. Otro sirviente, un anciano estigio de nariz aguileña que había estado supervisando los preparativos de Anok, agarró el medallón de hierro de su padre, que colgaba alrededor del cuello del joven. Anok trató de hacer que lo soltara, pero sólo consiguió estrangularse con la cadena.

No había prácticamente ninguna posibilidad de que el hombre encontrara accidentalmente el cierre oculto que desvelaría la Escama de Set escondida en su interior, pero a Anok no le gustaba que nadie más lo tocase.

El criado levantó la vista hacia él, con el entrecejo fruncido y una mirada de desaprobación en los ojos.

—¿Qué es este horrible trozo de basura? Debería llevármelo.

Anok consiguió recuperarlo al fin de un tirón.

—No es más que un recuerdo.

El criado enarcó una ceja.

—Entonces, yo os lo guardaré. No deberían ver a alguien de vuestra condición llevando semejante porquería; sobre todo, durante una ceremonia tan importante.

—¡Nadie lo verá! La estola de Set lo ocultará, y quiero mantenerlo cerca.

El hombre arrugó el gesto, entrecerrando los ojos oscuros.

—¿De qué se trata para que sea tan importante para vos?

Miró al hombre directamente a los ojos.

—Contiene el testículo seco del primer criado al que maté por insolencia. Me gusta llevarlo cerca del corazón.

El sirviente parpadeó sorprendido y dio un pequeño paso atrás.

—Bueno, en ese caso, sí. Ciertamente, nadie lo verá. Lo dejaremos donde está.

—Eso estaría bien —respondió Anok con sequedad.

Reprimió una sonrisa. Si había aprendido algo de valor de Ramsa Aál era que el miedo era la forma en la que un sacerdote de Set mantenía la lealtad de sus inferiores. Estos criados estaban acostumbrados a tratar con peregrinos ricos y malcriados procedentes de Khemi y de Luxur, quienes por su parte esperaban ser humillados por los cuidadores del sepulcro sagrado. Era parte del espectáculo, parte del fingido sufrimiento por su dios.

Pero Anok no era un peregrino para que lo mangoneasen. Tal vez no pudiera controlar lo que Ramsa Aál y los otros le hicieran, pero aún había muchos en el culto sobre los que podía ejercer su propia autoridad.

Una criada apareció con una paleta de pastas y polvos de colores. Le pintó con cuidado contornos oscuros alrededor de los ojos y le aplicó colorete en mejillas y labios según el estilo antiguo. De vez en cuando, Anok había visto sacerdotes maquillados de esta forma para alguna de las ceremonias más antiguas y sagradas. Terminaron de engalanarlo cuando la mujer le cubrió la cabeza con un tocado negro bordado, adornado con cuerdas hechas de hilo de oro.

Ramsa Aál apareció. Vestía una túnica aún más elaborada y una larga banda sobre el cuello que se extendía casi hasta el suelo a cada lado. El bordado reproducía una gran serpiente, con la cabeza colgando al lado izquierdo del cuerpo del hombre. También se había puesto un alto tocado con una cresta dorada de serpiente. Al igual que Anok, llevaba pintura ceremonial, incluyendo una retorcida serpiente pintada en oro sobre la frente.

Bajó la vista, con cuidado de no desequilibrar el alto sombrero, y se quitó un poco de polvo de la banda.

—Los sepulcros siempre tienen las mejores galas, mejores incluso que el Gran Templo de Khemi.

—Maestro, no sé qué va a ocurrir aquí esta noche.

El aludido enarcó una ceja.

—Sabes lo que necesitas saber. Situarte ciegamente en las manos de los más altos poderes del culto es parte de la prueba. —Su expresión pareció suavizarse ligeramente—. Comprende esto, acólito: hoy darás un paso importante en el camino hacia el sacerdocio,

aunque sólo el primero de muchos.

Se acercó a un cesto que había en una esquina y que contenía varios cetros y bastones ceremoniales. Extrajo un largo báculo dorado con una cabeza de cobra en la parte superior. La serpiente tenía la boca abierta dejando al descubierto los colmillos de plata, y unos rubíes ocupaban el lugar de los ojos. Lo examinó un momento; luego, al parecer satisfecho, lo sacó y se lo quedó.

Se volvió a girar hacia Anok.

—Que ésta sea tu lección aquí, una que yo he aprendido a través del padecimiento y la experiencia. Las grandes cosas se logran por pasos, construyendo una cosa, una acción, una porción de conocimiento sobre otra. He aprendido que ahí es donde fracasan la mayoría de los grandes hechiceros. Buscan un gran objeto de poder, un gran hechizo, que les concederá todo lo que desean. Pero he aprendido de Kaman Awi el valor de estudiar cómo se pueden combinar las cosas. Mediante una serie de pasos estudiados y planeados se puede lograr cualquier cosa. Ningún poder está por encima del poder que pronto poseerá nuestro culto.

Dirigió una sonrisa a Anok.

—Tú formas parte del plan, acólito, aunque aún no sabes de qué forma. Ten fe en que cumplirás con tu propósito, ¡y será glorioso!

4

Los tambores retumbaron, y los peregrinos reunidos aplaudieron mientras Anok y Ramsa Aál salían por la puerta delantera de la tumba recientemente abierta. Media docena de sacerdotes con vestiduras ceremoniales ya se encontraban en el amplio pórtico con columnas del edificio, junto con numerosos criados que también vestían elaborados trajes ceremoniales.

Sin embargo, Anok no pudo evitar fijarse en el hombrecillo moreno y lleno de arrugas que se agazapaba detrás de uno de los pilares, oculto a la concurrencia, mientras aferraba una cesta peligrosa, a juzgar por los sonidos que surgían de ella. Seguía llevando únicamente el sencillo faldellín, y su mirada se alzó hasta Anok desde las sombras que le ocultaban el rostro.

El acólito centró su atención en el aproximadamente centenar de peregrinos que se habían reunido y que lo miraban con expectación. Se sentía incómodo ante tanta gente. Había pasado la mayor parte de su vida como poco más que una cara anónima en una ciudad abarrotada, y este tipo de atención le resultaba inquietante.

¿Qué decían sus rostros? ¿Lo consideraban algún héroe al que loar o simplemente lo miraban como harían con el plato principal de un banquete? No estaba seguro.

Ramsa Aál se acercó a la parte frontal del pórtico y se situó en el borde del último escalón, flanqueado por una pareja de custodios de resplandeciente armadura que sostenían lanzas ceremoniales doradas.

Alzó los brazos y la multitud guardó silencio rápidamente.

—¡Escuchadme, discípulos de Set! —Lo dijo gritando, aunque con la voz adiestrada de un experto orador—. Habéis viajado lejos para presentar vuestros respetos a Set en éste, su sepulcro más sagrado. Sin embargo, habéis sido bendecidos con mucho más. Habéis tenido la suerte de llegar aquí en un gran día. ¡Un gran día, sin duda!

Una ovación se alzó en respuesta, y el sacerdote permitió que continuase unos momentos antes de volver a hacer señas para que guardasen silencio.

—Habéis sido testigos de algo grande —prosiguió—. Es vuestro

deber hacia Set regresar a vuestras ciudades natales y templos y hacer correr la voz de lo que ha ocurrido. En este día, el Rey Perdido se ha llevado los tesoros terrenales de su tumba al reino eterno, donde se sienta a la izquierda de Set, como uno de sus sirvientes más queridos. Ahora todos pueden dar fe de que este templo está vacío, despojado de todas sus riquezas y ornamentos, prueba de la recompensa para todos aquellos que sirvan a nuestro maestro Set. ¡Vida, poder y riquezas eternos serán vuestros!

De nuevo hubo aplausos, con mucha más energía esta vez. Ramsa Aál experimentó cierta dificultad para volver a tenerlos bajo control; al final, agitó en el aire el báculo dorado para que le prestasen atención.

—A partir de mañana, la tumba del Rey Perdido se abrirá a todos los peregrinos para que puedan ver lo que ha sucedido aquí. ¡Los aquí reunidos seréis los primeros en verlo con vuestros propios ojos!

Nuevos aplausos. Anok no podía creer la audacia de todo aquello. Les mostrarían una tumba vacía que siempre había estado vacía, y les dirían que se trataba de la prueba de una vida después de la muerte que Ramsa Aál le aseguraba que era una farsa.

Cuando al fin volvieron a calmarse, Ramsa Aál le echó un vistazo a Anok.

—Sin embargo, aún hay más en esta historia. Comienza meses atrás en el Gran Templo de Set en Khemi, donde a un joven acólito le fue otorgado un don especial, una marca de poder que no se había visto durante generaciones.

Dos de los sacerdotes locales se situaron a cada lado de Anok. Uno le levantó el brazo izquierdo por encima de la cabeza y le retiró la manga para que todos pudieran verlo.

Ramsa Aál volvió la vista hacia el joven y anunció:

—¡La Marca de Set!

Los peregrinos comenzaron a gritar de manera espontánea:

—¡Set, Set, Set!

—Oyó la llamada de Set y fue atraído hasta aquí para utilizar el poder que le había sido concedido para abrir la tumba de forma que el Rey Perdido pudiera reclamar sus tesoros.

La multitud murmuró. Alguien gritó:

—¡La mano de Set!

Ramsa Aál continuó:

—Esta era su misión, al igual que vosotros habéis sido llamados a este lugar para realizar ofrendas a Set. Todos somos ofrendas a Set. Nuestra sangre, nuestra carne, nuestras propias vidas. ¡Creed en él, servidle, y seréis recompensados en el Reino Eterno!

Nuevos gritos llenaron el lugar:

—¡Set, Set, Set, munificente Set!

—¡Oídme, peregrinos! Una vez más volvéis a ser bendecidos con fortuna esta noche. Como recompensa por su excelente servicio a Set, este acólito, Anok Wati, comenzará las pruebas y ceremonias de ascensión para convertirse en sacerdote de Set.

Hubo vítores y alguien volvió a gritar:

—¡La mano de Set! ¡La mano de Set!

—Normalmente, estas ceremonias y pruebas se llevan a cabo en secreto, envueltas en misterio para todos salvo los círculos más íntimos del culto. Pero hoy deseamos que sepáis lo que nosotros sabemos: que los sacerdotes estamos por encima de vosotros por una razón. Nos hemos ganado nuestros títulos mediante servicio, sacrificio y peligro. Observad, id y contad lo que habéis visto hoy. ¡Contad lo que significa ser un sacerdote de nuestro dios!

Volvió la mirada con indiferencia hacia Anok; luego, miró a los sacerdotes que había a cada lado del joven.

—Sujetadlo —ordenó tranquilamente.

Antes de que Anok pudiera reaccionar, cada uno de los sacerdotes que se encontraban a su lado le agarró un brazo y se lo retorció a la espalda de forma que no pudiera moverse. Lanzó una mirada acusadora a Ramsa Aál, pero el rostro del hombre era una ilegible máscara de indiferencia. De nuevo, su voz se alzó en beneficio de los reunidos:

—Anok Wati, has sido elegido por tu dios para los ritos de ascensión, para convertirte en su instrumento en la tierra. Tu dios no pide tu promesa de fidelidad. No necesita tus promesas ni juramentos. ¡El te ha elegido, y poseerá tu alma! ¡Por medio de estas pruebas, te convertirás en uno con tu dios!

Avanzó a paso ligero hasta donde aguardaban el hombrecillo y su cesta. Se detuvo un momento y se situó el puño sobre el corazón, donde probablemente se ocultaba la segunda Escama de Set, y puede que incluso la tercera.

Entonces, el hombrecillo levantó la tapa de la cesta e introdujo la mano dentro. Un silbido bajo comenzó a surgir del interior, y Ramsa Aál apareció sosteniendo una enorme cobra negra por debajo de la cabeza.

Se dio la vuelta y salió de detrás de la columna; los peregrinos soltaron un grito ahogado, tanto a causa del miedo como del asombro.

La serpiente era tan larga como la altura de un hombre y gruesa como la muñeca de una mujer; las brillantes escamas negras destellaban bajo la luz de las antorchas. No forcejeaba ni intentaba

morder al sacerdote, simplemente miraba alrededor con curiosidad. La lengua roja y en continuo movimiento probaba el aire.

Ramsa Aál regresó junto a Anok, quien intentó apartarse de la serpiente. Al hacerlo, los sacerdotes le retorcieron los brazos, empujándolo hacia adelante.

Trató de invocar el poder de la Marca de Set, pero se dio cuenta de por qué lo sujetaban sacerdotes y no custodios. También lo dominaban a un nivel místico. Los dos se habían unido para crear un hechizo de sujeción que podría dejar impotente incluso el poder de la Marca de Set, por un tiempo al menos.

La serpiente se giró hacia él, con los ojos brillantes en medio de la oscuridad; se irguió de repente, silbando, y desplegó la capucha.

La muchedumbre jadeó, e incluso los sacerdotes que lo sujetaban intentaron retroceder. Unicamente Ramsa Aál permaneció tranquilo, sin que el miedo lo afectase.

El corazón de Anok latía con fuerza. Sólo le quedaba una esperanza. Si Ramsa Aál le daba órdenes a la serpiente utilizando el poder de la Escama de Set que llevaba alrededor del cuello. No sabía que Anok también poseía una. Ni tampoco los sacerdotes que lo sujetaban, por lo que habrían lanzado el hechizo sin tener en cuenta el poder de la Escama.

Naturalmente, existía la posibilidad de que le revelase la existencia de la Escama a Ramsa Aál. Sin embargo, mientras veía cómo el veneno goteaba de uno de los colmillos de la serpiente, decidió que ése era el menor de sus problemas.

Trató de alcanzar el amuleto con la mente. Resultaba difícil incluso sentirlo, oculto en el interior frío del hierro del medallón de su padre, aún sabiendo que estaba allí. Incluso a pesar de que había fundido los poderes del objeto con los suyos. Meses antes no hubiera sido posible en absoluto, pero las habilidades de Anok en los asuntos de hechicería habían aumentado de manera considerable últimamente.

¡Ahí! Sintió débilmente cómo la Escama de Set despertaba de su sueño.

—¡Acólito de Set, es hora de que la esencia de nuestro dios fluya por tus venas! ¡Te concedo el don del veneno!

Anok observó a la serpiente, la vio retroceder como si fuera a atacar.

Intentó dejar a un lado el miedo, concentrarse sólo en el poder de la Escama de Set.

La cabeza de la serpiente se lanzó hacia adelante.

Luego se detuvo.

La capucha se relajó muy levemente. La serpiente parecía

confundida.

Ramsa Aál torció el gesto, con el entrecejo fruncido a causa de la concentración.

La capucha de la serpiente se desplegó completamente. El animal silbó.

Anok se concentró en la Escama de Set, pero algo parecía ir mal…

La serpiente se echó hacia atrás.

Atacó.

El joven ahogó un grito al sentir los afilados colmillos hundírsele en el cuello, y notó el caliente chorro de veneno penetrar en las heridas.

Algo líquido le bajó por el cuello. Sangre o veneno, no podía estar seguro.

Comenzó a respirar con dificultad y sintió cómo el veneno bombeaba con cada latido de su corazón hacia su pecho, hacia su cerebro.

El cuerpo pareció aflojársele, y los sacerdotes lo sostuvieron en pie cuando las piernas le fallaron.

Se le nubló la vista. Fue como si su mente se alejara flotando hacia el aire nocturno, contemplando la escena desde lo alto.

Oyó la voz de Ramsa Aál como si llegara desde muy lejos.

—¡Con este veneno se transformará! ¡Con este veneno será juzgado! ¡Que despierte convertido en un instrumento de nuestro dios, o que no despierte en absoluto!

Mientras la oscuridad lo rodeaba, aún pudo oír los gritos:

—¡Set, Set, Set, munificente Set! ¡Set, Set, Set, munificente Set!

Teferi observó horrorizado mientras los sacerdotes agarraban a su amigo y la cobra era alzada ante el rostro de Anok. Fallón estiró la mano y le apretó la muñeca hasta que el kushita sintió como si los huesos se le fueran a partir.

Nunca antes había deseado que Anok utilizara magia, pero ahora sí lo hizo.

Se iba a ver defraudado.

No ocurrió nada, no llegó ningún indulto. Contempló sin poder hacer nada cómo la serpiente clavaba los colmillos en el cuello de Anok, vacilando una eternidad, que podría haber sido el lapso de tiempo de un único latido, antes de retirarse, plegar la capucha y enroscarse con calma alrededor del brazo del sacerdote.

Vio cómo su amigo se desplomaba entre los dos sacerdotes, que lo llevaban por los brazos, mientras Ramsa Aál dirigía su discurso a los discípulos reunidos frente a la tumba.

Comenzaron a gritar y a aplaudir mientras se llevaban a Anok a

rastras a través de la entrada en forma de arco que conducía al interior de la tumba.

Teferi tenía la boca seca. Tumba. Las implicaciones de aquella palabra eran demasiado espantosas como para tenerlas en cuenta.

—Asesinos —musitó Fallón; su voz era un forzado susurro.

Teferi liberó la muñeca de manos de la mujer y se levantó hasta apoyarse en las rodillas.

—Tengo que ir con él.

—¿Estás loco? Ese es uno de los lugares más sagrados del culto. No tolerarán allí a nadie que no lleve sangre estigia pura, mucho menos a un kushita de pura sangre.

—Entonces —repuso Teferi, mientras se ponía en pie y regresaba junto al camello—, no entraré por la puerta principal.

Fallón se levantó y fue tras él.

—No puedes hacer nada. ¡Ya podría estar muerto! —Pareció ahogarse con aquellas palabras.

Teferi recogió sus armas.

—No puedes saber eso.

La mujer le puso la mano sobre el hombro.

—Teferi, si he perdido un amigo esta noche, no perderé dos. Un guerrero desea morir en una gloriosa batalla, pero no sin motivo ni beneficio. —Hizo una larga pausa—. Aún podemos proporcionarle venganza, pero sólo si buscamos un momento en el que las probabilidades estén más a nuestro favor.

El kushita se dio la vuelta y la miró. Los ojos de la mujer brillaban a la luz de las estrellas.

—Debo ir con mi hermano, no importa el precio. Debo confiar en que Jangwa, el dios de los lugares vacíos, ejerza su dominio aquí y permanezca a mi lado. —Cogió el arco—. Demuestras sensatez al quedarte. Si no regreso, puedes vengarnos a los dos. Pero si lo consigo, voy a necesitar que estés lista para escapar.

La oyó tragar con fuerza en la oscuridad.

—En ese caso, prepararé a *Fenola* para viajar y cogeré tu otro arco y esperaré. No soy tan buena con el arco como tú, pero tal vez pueda disparar lo bastante bien como para cubrir vuestra huida si es necesario.

Su compañero soltó una risita forzada.

—Tendrás suerte si tan sólo puedes tensar mi arco, pero es un plan tan bueno como cualquier otro.

Anok se encontraba en la cima de una alta duna esculpida por el viento y contemplaba los alrededores, un infinito mar de imponentes dunas que se extendían hasta el horizonte. Soplaba un viento

constante que alzaba un velo de arena que lo difuminaba todo. Sin embargo, los finos gránulos no le hacían escocer los ojos ni le obstruían la nariz como debería haber ocurrido.

El paisaje era brillante como si fuera mediodía, pero no había sol, y el cielo era de color rosa. El no proyectaba ninguna sombra. Era como si la luz proviniera de todas partes y de ninguna.

El aire olía a madreselva en flor.

Bajó la vista y se dio cuenta de que iba vestido con un sencillo faldellín, una túnica sin mangas y sandalias de fibra de coco, el tipo de ropa que le gustaba llevar durante el tiempo que vivió en los barrios bajos de Odji. Sus espadas también se encontraban allí, atadas al cinto como antaño había sido su costumbre.

No llevaba túnica del templo ni estola de Set, e incluso el medallón de hierro de su padre había desaparecido. Al recordar lo que había sucedido antes, se llevó los dedos a la zona del cuello donde se habían clavado los colmillos de la cobra. No había herida ni cicatriz, únicamente un extraño calor bajo la piel.

—¿Estoy muerto? —Dirigió la pregunta al desierto.

La respuesta fue un seco susurro proveniente del otro lado de la cima de la siguiente duna. Apareció una chata cabeza ósea, con cuencas oculares vacías del ancho de los hombros del joven y mandíbulas repletas de dientes afilados, seguida de una sinuosa espina dorsal bordeada de costillas curvas.

Ya lo había visto antes.

¡Parath!

La última vez que había visto al autoproclamado dios perdido de Estigia, el esqueleto estaba inmóvil, atrapado en el desierto (eso dijo) por la antigua traición de los dioses Set e Ibis.

Ahora se movía con la elegante fuerza de una serpiente de verdad.

—Esto es un sueño —dijo Anok.

La gran serpiente se irguió ante él y la arena cayó de sus blancos huesos en arroyos. La voz surgió a la vez como un retumbante estruendo y un silbido seco, por lo que el joven tuvo que aguzar el oído para escuchar tanto las notas altas como las bajas.

—Esta es la tierra de sombras entre la vida y la muerte. Yo he estado atrapado aquí, bajo esta forma de serpiente, desde antes del tiempo de los auténticos hombres, cuando grandes bestias caminaban por el mundo.

—Entonces, si no estoy muerto, pronto lo estaré.

—¡No! Te he traído aquí para que podamos hablar. ¡Has perdido la fe en mí, Anok Wati! ¡Has perdido la fe en la misión que te he encomendado! ¡Has perdido la fe en las creencias de tu padre!

Anok se estremeció ante la mención de su padre. Su memoria se vio arrastrada de nuevo a su Usafiri hacia el Mar de Arena, una búsqueda espiritual en la que se había encontrado con Parath por primera vez. Parath aseguraba que su padre (de hecho, toda la línea paterna de Anok) había servido al dios caído.

Pero desde entonces Anok había averiguado cosas que le hacían pensar de otro modo.

—Tengo dudas. Hay cosas que me preocupan. He visto pruebas de que mi padre era un agente de tu enemigo declarado Ibis, no tu sirviente, como afirmas.

—¡Yo no afirmo nada, pequeño humano! ¡Yo digo la verdad! Tanto Ibis como Set son mis enemigos. Al igual que tú representas el papel de acólito de Set para atacarlo por mí, también tu padre actuaba como sirviente de Ibis por la misma razón. ¿Eres tan ingenuo que no puedes verlo?

Anok parpadeó sorprendido. Tenía sentido. Su padre podría haber aparentado ser un discípulo de Ibis para atacar al dios lunar en nombre de Parath.

—Entonces, ¿qué pasa con mi hermana?

—¿Hermana? —La voz de Parath era de incredulidad—. ¡Tú no tienes ninguna hermana!

Anok se sentía confuso. ¿Cuál era la verdad aquí? Su padre le había dicho que tenía una hermana, que debía encontrarla y darle la Escama de Set que le había confiado. Sin embargo, siempre había fracasado en esa tarea. Incluso aquí, al borde de la muerte, había fracasado.

¿Cuál era la verdad? Sólo una persona podría decírselo con seguridad, y esa persona había abandonado tiempo atrás el mundo de los hombres, asesinado ante los ojos del joven Anok.

Echaba tanto de menos a su padre…

Se sentía vacío y frío. Comenzó a notar un dolor punzante en la zona caliente del cuello. Se fijó en una porción del firmamento, más oscura que el resto, donde el cielo rosado y los amarillos remolinos de arena dejaban paso a un añil más intenso. Lo llamaba.

—He fracasado. No puedo liberarte de este lugar, de la misma forma que no puedo liberarme a mí mismo. —Comenzó a descender por la duna en dirección al punto oscuro en el horizonte—. Tal vez el espíritu de mi padre me espera detrás de la siguiente duna. Déjame ir con él.

Con una rapidez asombrosa, la serpiente ósea se deslizó por la duna tras él, lo adelantó y le bloqueó el paso con sus enormes anillos; las curvas costillas lo rodeaban como una cerca.

—Tu padre se ha ido. No te aguarda nada allí salvo frío, oscuridad y olvido. ¡La vida no ha terminado contigo, y yo tampoco! ¡Estás destinado a jugar un papel importante en el destino de los dioses!

—Yo no tengo destino. No puedo devolverte a la vida. Soy un hechicero mediocre.

—Eres más poderoso de lo que crees, pero te resistes a ese poder a cada paso. Tus esfuerzos por luchar contra él son inútiles y patéticos, pero no puedes resistir eternamente. ¡Dejarás que el poder te domine!

—Soy libre.

—¡Eres un instrumento de poderes que ni siquiera puedes comenzar a comprender!

—Sigo sin poder traerte de regreso.

—No hace falta que lo hagas. Esa es la tarea de otros. Tu momento de grandeza no llegará hasta después. Cuando ocurra, recuerda quién es tu auténtico amo ¡y tráeme las Escamas Doradas!

La arena pareció moverse bajo sus pies, arrastrándolo hacia atrás cada vez más rápido.

Parath se desvaneció en la distancia.

—Recuerda a tu amo —la voz resonó en la lejanía—, ¡Tráeme las Escamas!

Fue como si la arena se acabase bajo los pies de Anok, como si estuviese dentro de un reloj de arena. Cayó y la negrura se lo tragó.

La oscuridad lo envolvió y él agradeció la inconsciencia.

Teferi se alejó corriendo por la cresta, agachándose para que no lo vieran recortado contra el cielo nocturno desde abajo. Resultaba difícil ver mucho a la luz de las estrellas, pero eso suponía una ventaja para él.

Había pasado la mayor parte del día tendido en su posición estratégica sobre el sepulcro, estudiando los alrededores y memorizándolo todo. Llevaba en la mente un mapa y ya conocía la ruta exacta que utilizaría para entrar en el templo.

Se abrió paso alrededor de la cara occidental antes de descender la ladera por un angosto cauce seco que había descubierto antes en el muro de contención.

Aunque estaba aún más oscuro en el fondo, no necesitaba ver. Podía estirar las manos y tocar las empinadas paredes a cada lado. Tampoco tenía que vigilar ante un ataque desde todas direcciones, sólo del frente, de atrás y de arriba.

Se movía poniendo énfasis en la velocidad más que en el sigilo. Tropezó más de una vez y provocó una cascada de piedrecitas que se deslizaron ruidosamente por la ladera, pero no se podía evitar. Con el veneno en la sangre de Anok, cada segundo contaba.

Teferi había visto a su amigo sanarse mágicamente de heridas graves, pero confiaba mucho menos en su capacidad para ocuparse de una dosis de veneno tan devastadora. La rapidez con la que se había desplomado no era buena señal.

El kushita se consideraba afortunado de no haber visto ninguna patrulla de custodios. Al parecer, la mayor parte de los guardias se encontraban en la ceremonia.

«Tienen suerte de que sólo sea yo y no un grupo de bandidos en busca de oro.»

En realidad, en ese momento los bandidos habrían supuesto una buena distracción, pero no podía tener tanta suerte.

Todo su plan se basaba en una suposición. Había visto entrar gente en el pequeño edificio detrás del templo muchas veces. Además, había visto entrar o salir más personas de las que podrían haber cabido dentro. Y en varias ocasiones había visto gente, incluyendo a Anok, entrar en la pequeña construcción y aparecer por la parte delantera de la tumba.

Asumiendo que no hubiera artimañas mágicas en juego, los dos edificios tenían que estar conectados bajo tierra. Había visto cómo volvían a llevar a rastras a su amigo inconsciente hacia el interior de la tumba. Anok aún seguiría dentro o saldría por el lado del pequeño edificio.

«De cualquier forma, lo encontraré.»

Un muro bajo rodeaba la parte posterior del emplazamiento. Se planteó escalarlo, pero resultaría difícil hacerlo en silencio. En lugar de ello, miró hacia una puerta en forma de arco al norte. Una sola antorcha la iluminaba débilmente, y el solitario guardia parecía haberse dormido de pie.

Una única flecha certera habría acabado con él, pero también señalaría a Teferi como a un invasor asesino. Teniendo en cuenta la abrumadora inferioridad en la que se encontraba, no lograría gran cosa con ello. Aún cabía la posibilidad de que consiguiese entrar con una mentira.

Si no era así, había traído otras armas tradicionales de su gente, armas de sigilo. También contaba con una nueva arma que había conseguido recientemente en Kheshatta. No tenía tanta práctica con ella como le habría gustado, pero podría servirle.

Sin embargo, tras meter la mano en la bolsa, fue el arma tradicional la que sostuvo tranquilamente a la espalda. Avanzó con audacia hacia la puerta, aparentando estar sin aliento y a punto de desplomarse.

El asustado custodio, un hombre de rostro redondo, se puso en

guardia de un salto y alzó la espada.

—¡Alto, en nombre de Set! ¡Detente o muere!

Teferi fingió ignorar la espada y se inclinó como si estuviera demasiado cansado como para permanecer erguido.

—Tengo… tengo un mensaje importante… para mi amo…, Anok Wati…, un acólito de Set…, asesor del poderoso Sacerdote délas Necesidades… Ramsa Aál… Soy su… sirviente…

El custodio pareció relajarse, convencido de que Teferi representaba más una molestia que una amenaza.

—Ningún extranjero puede entrar en este sagrado lugar…

—¡Pero, señor! ¡Mi piel es kushita, pero yo nací en Estigia!

El otro hombre soltó una carcajada.

—¡El nacimiento no es nada! ¡La sangre lo es todo! La noble sangre de Estigia corre por todos los que entran aquí.

Teferi no pudo resistirse a levantar la vista hacia el hombre un momento. La nariz puntiaguda y aguileña era el único indicio de que una gota de sangre estigia corría por él. Inclinó la cabeza con rapidez y se guardó el desprecio para sí.

—¡Pero, señor custodio! He venido desde muy lejos. Traigo noticias del templo de Kheshatta… Directamente del Sumo Sacerdote…

—En ese caso, ya lo has hecho bastante bien. ¡Dame el mensaje y lárgate!

Teferi frunció el entrecejo. Esto no iba a funcionar.

—Como deseéis, mi señor.

Se acercó y, de detrás de la espalda, su brazo se lanzó hacia adelante, su alcance se había ampliado mediante un pulido mazo negro, un garrote con un bulto en un extremo. La bola se estrelló contra la mandíbula del guardia y Teferi oyó cómo se rompía el hueso. Al hombre se le pusieron los ojos en blanco mientras caía hacia atrás, rebotaba contra el interior del arco de la puerta y chocaba con un golpe sordo contra el suelo.

Teferi lo arrastró rápidamente dentro de la puerta, donde vio una pequeña choza a un lado. Metió al hombre dentro y sacó un par de lazos de la bolsa. Las cuerdas de cuero con nudos corredizos se usaban para atar las patas de las presas vivas o muertas, y funcionaban igual de bien con los hombres. Le colocó las manos detrás de la espalda, les puso el lazo y aseguró la cuerda con unos cuantos nudos; a continuación repitió el proceso en los tobillos. Amordazó al soldado con el fajín de su propia túnica, estremeciéndose con compasión al sentir el chirrido de los huesos en la mandíbula rota. Sin duda, este desventurado no iba a arrancarse la mordaza a mordiscos.

Había algo más. Metió la mano en la bolsa y sacó una pequeña caja hecha de bambú hueco. Abrió la tapa y extrajo su nueva arma, un dardo de acero con un mechón de pelo en la parte de atrás, con cuidado de no acercarse a la punta envenenada. Pinchó al hombre en el cuello con la punta, lo sacó y lo lanzó hacia la oscuridad. Según el fabricante de venenos de Kheshatta al que se lo había comprado (¿y acaso no eran los mejores de Hiboria?), pasaría al menos un día antes de que el hombre despertase.

Salió de la choza sin que lo vieran y cerró la puerta tras él. Manteniéndose en las sombras, se movió hacia la pequeña edificación anexa. Mientras atisbaba alrededor de una esquina hacia su destino, divisó a dos peones que cargaban un carro con estiércol de camello, probablemente de la caravana cargada de pesados fardos que había visto partir justo antes del atardecer.

Retrocedió para ocultarse, sacó dos trozos de tubo de bambú tallado de la bolsa, los unió por los extremos y giró la conexión para encajarlos. Luego, sacó la cajita de bambú y cogió dos de los diminutos dardos. Introdujo uno en la boquilla, con cuidado de no dejar que el veneno tocase los bordes, respiró hondo, se llevó la cerbatana a los labios, apuntó con cuidado y sopló.

Se produjo un rápido silbido, como si un pajarillo hubiera pasado a toda velocidad. El hombre situado más cerca se dio una palmada en la parte posterior del cuello, y casi instantáneamente se desplomó sin hacer ruido.

Teferi se escondió y recargó. El segundo disparo sería más difícil. La rapidez era de fundamental importancia, y el objetivo podría estar moviéndose. Inspiró, se asomó, apuntó y disparó.

El dardo alcanzó al segundo hombre en la mejilla. Este soltó un pequeño grito, se dio un manotazo en ese lado de la cara y cayó sobre su compañero. No fue un disparo elegante, pero serviría.

Teferi colocó la cerbatana en el carcaj, corrió hacia los hombres y los llevó a rastras hasta la pequeña construcción. Como había esperado, había una escalera dentro.

Menos grato fue ver a un custodio al fondo, de espaldas a él y con armadura, por lo que un disparo de cerbatana por atrás sería casi imposible.

En lugar de ello, apagó la solitaria antorcha del interior de la estructura y se retiró hacia las sombras. Con un fuerte susurro, y transmitiendo toda la autoridad de la que fue capaz, ordenó:

—¡Aquí arriba! ¡Rápido!

El custodio se dio la vuelta y ascendió despacio por la escalera con el arma preparada.

El kushita se agazapó encima de la abertura del túnel con otro dardo en la mano. Aguardó hasta que el hombre estuvo frente a él, bajó de un salto y aterrizó a su espalda.

Le tapó la boca con la mano y lo pinchó en el cuello con el dardo. El custodio forcejeó brevemente antes de relajarse.

Teferi dejó en el suelo al custodio con armadura haciendo el menor ruido posible. Resultaría prácticamente imposible subirlo por las escaleras a rastras o cargándolo sin hacer demasiado ruido, por lo que lo dejó allí tendido y descendió cautelosamente por la escalera más allá del caído.

Halló una sala debajo, iluminada por numerosas lámparas y dividida mediante cortinas. Vio vestiduras ceremoniales y varios artefactos del templo tirados por allí, y supuso que se encontraba en alguna clase de almacén para la ceremonia que se desarrollaba al frente de la tumba. Aunque no veía a nadie, había gente cerca. Oía voces, pasos y veía sombras en movimiento que se proyectaban en el techo de la sala; pero no escuchó ningún indicio de alarma.

Al echar un vistazo alrededor de una esquina, Teferi vio a dos acólitos sacándose el atuendo ceremonial. Extrajo la cerbatana y preparó dos dardos con cuidado. Con un veneno tan potente, había aprendido por experiencia que era peligroso apresurarse demasiado.

Uno de los acólitos, un estigio de piel marfileña, se quedó sólo con el taparrabos, convirtiéndose en un blanco fácil. Un simple soplido, y un dardo apareció entre sus omóplatos. El hombre soltó un grito y agitó los brazos, tratando en vano de alcanzar el proyectil.

Mientras lo hacía, se dio la vuelta, mostrándole el dardo a su compañero, que sólo había llegado a quitarse el tocado. Los ojos del hombre se abrieron como platos y abrió la boca para dar la voz de alarma.

Teferi ya había recargado y se llevó la cerbatana a los labios a toda prisa.

El dardo salió muy desviado y se clavó en la lengua del acólito. El hombre sacó la lengua de forma grotesca intentando arrancarse el dardo, pero al clavarse tan cerca del cerebro, el veneno resultó efectivo casi de inmediato. El hombre cayó primero de rodillas, con los ojos en blanco, y luego se desplomó pesadamente de costado.

Teferi lo observó, la lengua atravesada por el dardo aún le colgaba de la boca como si fuera un perro dormido. Se dio cuenta de que, con la prisa, casi se había olvidado de inspirar antes de llevarse la cerbatana a los labios. Con esta arma, el control de la respiración lo era todo. «¡Suerte que el dardo acabó en su lengua, no en la mía!», se dijo.

Decidió que ya se había arriesgado bastante con la nueva arma y la volvió a meter en el carcaj. Arrastró rápidamente a los dos hombres hacia un área de vestuario con cortinas y corrió la lona de la parte delantera.

Se agachó junto a los cuerpos un momento, atento por si oía indicios de que lo hubieran descubierto; a continuación se deslizó bajo la cortina trasera hasta un cubículo vacío similar en el otro lado. Una mesa con grandes asas para transportarla estaba ubicada en el centro del lugar, repleta de botes con hierbas y aceites ceremoniales. Junto a ellos había un puñal de aspecto repugnante, con una hoja que se retorcía de un lado a otro como el cuerpo de una serpiente y cuya empuñadura tenía la forma de la cabeza de una serpiente dorada.

El kushita se estremeció al pensar en los innumerables inocentes cuya sangre probablemente habría derramado aquella arma.

«¡Maldito sea este culto! ¡Malditos sean por matar a mi hermano!»

El último pensamiento lo sorprendió y lo enfureció. Aún no debería dar a su hermano por muerto; sin embargo, sabía lo que el veneno de la cobra negra podía hacerle a un hombre y a qué velocidad, incluso cuando la mordedura se localizaba en una extremidad. Anok había sido mordido en el cuello.

«¡No! ¡Mi hermano tiene que vivir, o ese maldito sacerdote lo pagará!»

Teferi se sobresaltó cuando la cortina del otro extremo se abrió de repente y se encontró mirando a un asustado sacerdote a los ojos.

El kushita agarró el garrote e intentó golpear al hombre en la cabeza.

Sin embargo, el sacerdote era rápido; se agachó y retrocedió en un solo movimiento, de forma que el garrote sólo consiguió arrancarle el tocado de serpiente.

Teferi volvió a apuntar al estómago del hombre con la esperanza de romperle al menos una costilla, pero el sacerdote saltó por encima del garrote, se apoyó en una mano y dio una voltereta hasta aterrizar suavemente sobre los pies a unos pasos de distancia.

«Tiene aptitudes.»

Teferi estaba planeando el siguiente ataque cuando el hombre alzó las manos e hizo un gesto…

«¡Magia no!»

—¡Aros de Crytos, atad a este bárbaro! —invocó.

Se produjo un destello de luz y Teferi sintió un hormigueo. Luego, nada. Se movió de manera experimental, y no notó ningún impedimento.

El sacerdote parecía confundido mientras retrocedía a trompicones

para mantener la distancia con su atacante.

Teferi no lo entendía, pero sonrió.

Mientras el kushita se acercaba, echando atrás el garrote por encima de la cabeza, el hombre agitaba las manos como un loco.

—¡Arenas de Estigia, vientos del hogar, arrancad la carne a este hombre y mostradme los huesos!

Un poco de viento tiró brevemente de la ropa de Teferi y desapareció. Los ojos del sacerdote estaban abiertos de par en par a causa del miedo y la confusión.

Dejó caer el garrote en el centro del cráneo del hombre y éste cayó como si fuera un saco de arroz.

«Debiste haber seguido luchando. Habrías tenido una oportunidad.»

—Buena pelea, kushita.

La voz había surgido a su espalda, y Teferi la conocía bien: ¡Ramsa Aál! Se dio la vuelta.

El hombre se encontraba detrás de otros dos sacerdotes, que permanecían con las manos en alto listos para realizar magia. Un par de custodios aguardaban detrás de Ramsa Aál, sosteniendo el cuerpo flácido de Anok entre ellos.

—No lo matéis —ordenó Ramsa Aál con una sonrisa cruel—, pero podéis romperlo un poco.

Uno de los sacerdotes blandió su báculo ceremonial mientras el segundo comenzaba a recitar entre dientes los comienzos de algún hechizo más lento.

El sacerdote con el báculo sostuvo el objeto por encima de la cabeza.

—¡Por el poder de Set, invoco a sus serpientes!

El báculo pareció transformarse en su mano en un auténtico ramillete de víboras venenosas que lanzó inmediatamente a Teferi, una masa sibilante con colmillos que chorreaban veneno.

El kushita blandió su garrote. Se oyó el sonido de madera golpeando contra madera, y el hechizo se rompió. El báculo repiqueteó contra el suelo, inofensivo.

Los labios de Ramsa Aál se abrieron, y una expresión de sorpresa y asombro le apareció en el rostro. Observó cómo el segundo sacerdote completaba su conjuro.

—¡Por el poder de Set, te arranco tu alma inmortal! —invocó el sacerdote con un gesto.

Teferi notó un hormigueo que le subió por el cuerpo, como si lo recorrieran hormigas, y le danzó alrededor de la cabeza y el cuello, haciéndolo estremecer. Entonces, la sensación desapareció.

El sacerdote retrocedió con una expresión de sorpresa en el rostro. Miró a Ramsa Aál, que simplemente sonrió de manera cómplice.

Teferi escuchó gritos y tintineos de armadura que descendían por las escaleras a la carrera y entraban por la parte delantera de la tumba. De repente, fue como si aparecieran custodios de todas partes.

El kushita tiró el garrote y desenvainó la espada, preparado para luchar con todas sus fuerzas para hacerles pagar por la vida de Anok y la suya propia con tanta sangre como pudiera derramar.

Ramsa Aál exclamó:

—¡Aguardad! Deseo hablar con este inferior, si es que puede hablar.

Un capitán de los custodios apareció tras el grupo de soldados. La confusión y la furia se reflejaban en su rostro.

—¡Este extranjero dejó a uno de mis hombres con la cabeza rota y la mandíbula fracturada! ¡Permitidnos hacérselo pagar!

Ramsa Aál le hizo una seña para que se apartara.

—Lo más seguro es que ese idiota tuyo se durmiera en su puesto. Probablemente seguir con vida sea más de lo que se merece. —Miró a Teferi—. Te conozco, kushita, nos hemos visto antes. Anok te pintó como un idiota musculoso que le servía de guardaespaldas, y yo estuve dispuesto a creerlo. Pero mi acólito es mucho más inteligente que eso, ¿verdad?

Teferi lo fulminó con la mirada.

—Su inteligencia no impide que ahora esté muerto, ¡como os sucederá pronto a vos!

—Comprendo. ¿Vienes a rescatar a tu amo?

—¡Vengo a rescatar a mi hermano!

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—Ningún primitivo kushita, ni siquiera uno tan poco común como tú, es hermano de un hombre de sangre estigia, aunque se trate de un pobre mestizo como éste. Pero no temas: la serpiente que lo mordió había comido hierbas místicas y se le había extraído el veneno hasta que lo que quedó era débil. Con el tiempo, se recuperará. ¡En cuanto a ti…!

—¡Rogad para que lo que decís sea cierto, pues vuestra vida depende de ello!

Ramsa Aál recorrió con la mirada el círculo de custodios furiosos, todos ellos ansiosos por luchar.

—Me parece que eso no debería preocuparme. No seré lo bastante estúpido como para volver a malgastar magia contigo. —Soltó una risita—. Anok es muy, muy listo.

»Justo cuando creo que sé cómo piensa, me sorprende. ¡Tomar un

zimwi-msaka de guardaespaldas! ¡Ingenioso! ¡Y yo que había oído que todos los tuyos habían muerto! Si lo hubiera sabido antes, tu sangre podría haber resultado útil en mi contrahechizo contra los protectores de la tumba. Pero ahora es demasiado tarde para eso.

Teferi frunció el entrecejo. El nombre sonaba parecido a la lengua nativa de su gente. Podría significar algo como «cazador de espíritus» o «cazador de demonios», no estaba seguro. Pero no había oído nunca la palabra exacta. ¿Cómo la conocía un sacerdote estigio?

Ramsa Aál estudió la expresión de confusión de su rostro y se rió.

—Aún mejor: ¡un zimwi-msaka que no sabe que es un zimwi-msaka!

—¿Qué queréis decir?

—Anok debe de saberlo. Pregúntaselo cuando regrese de su comunión con Set. O pregúntaselo a tu amigo Sabé. El erudito ciego puede decírtelo…, si quiere.

En ese momento, Anok tosió, un poco de espuma de color rosa le apareció en los labios. Sin embargo, aunque se movió, permaneció inconsciente.

Ramsa Aál hizo una señal, y los dos custodios que cargaban a Anok lo dejaron boca abajo en el suelo y retrocedieron.

—Si buscas a tu amo, ahí lo tienes. Nosotros hemos terminado aquí. —Chasqueó los dedos en dirección a un sirviente que observaba, encogido, desde detrás de una cortina—. ¡Tú! Busca dos camellos frescos para mi acólito y su criado, con agua y provisiones de sobra para regresar a Kheshatta.

Teferi pensó decir que no necesitaba esas cosas, pero al hacerlo daría a entender que Fallón aún los esperaba en el desierto. Sería mejor guardarse algunos comentarios. Obligándose a aparentar una calma que no sentía, volvió a fingir ser el buen sirviente.

te.

—Mi amo os daría las gracias, si pudiera.

Ramsa Aál asintió con la cabeza.

—Eso está mejor, kushita. Tu lealtad es admirable, pero recuerda tu condición, y que cada vez que respires de aquí en adelante se lo debes a mi clemencia.

Teferi se tragó la rabia, y el sabor resultó ciertamente amargo. Guardó la espada, se acercó con cuidado para ocuparse de Anok y se arrodilló a su lado.

Le corrían hilos de sangre de las marcas de colmillos del cuello. Tenía la piel fría y húmeda; el pulso, rápido y débil; la respiración, lenta. Tenía los párpados ligeramente abiertos, mostrando únicamente el blanco de los ojos. Lanzó una mirada acusadora al sacerdote.

—Está en comunión con su dios. Si se lo considera digno, regresará. Si es débil, nadie puede ayudarlo.

—¡Mi hermano no es débil!

Ramsa Aál hizo un gesto de asentimiento.

—No, no creo que lo sea.

5

Teferi se apoyaba contra una pesada caja de madera llena de viejas tablillas de pizarra y piedra, parte de la mayor biblioteca de antiguo conocimiento de toda Kheshatta. El hombre al que pertenecía la biblioteca caminaba furioso de arriba abajo por la habitación de la pequeña casa.

Aunque el hombre, Sabé (cuyos ojos estaban vendados con una andrajosa venda de tela), no podía ver, se movía con vigor y confianza. Conocía cada grieta y cada rincón de su casa, y no había mucho peligro de que chocase contra nada salvo con un visitante que se interpusiera.

Teferi tuvo cuidado de apartarse de en medio. Le caía bien Sabé, los dos se habían hecho amigos desde que el kushita llegó a Kheshatta como guardaespaldas de Anok. Pero ahora se mantenía a cierta distancia de él.

Sabé era conocido como el «erudito ciego de Kheshatta», pero ellos habían averiguado poco tiempo atrás que el anciano no estaba ciego en absoluto. En su juventud había sido discípulo de Set, y la corrupción mágica había convertido sus ojos en los de una serpiente: ojos malignos que retorcían la visión de Sabé del mundo.

Eligió vivir como un ciego antes de permitir que la espantosa visión del mal lo guiara.

Averiguar eso no había hecho más que aumentar el respeto que Teferi sentía por el viejo erudito; pero aun así se estremecía al pensar en aquellos ojos, y se apartaba cada vez que el anciano se acercaba demasiado.

Sabé se detuvo y se giró hacia Teferi.

—He oído hablar de esto, aunque en mi tiempo no se realizaba. A los candidatos a sacerdotes se les inyectan repetidas y cada vez mayores dosis de veneno de serpiente. Por su parte, las serpientes son alimentadas con roedores, que a su vez sólo comen hierbas mágicas, lo que concede propiedades mágicas al veneno. Aquellos a los que se trata así experimentan potentes visiones. Algunos dicen que entran en comunión con el propio Set.

—Aguardad —interrumpió Teferi—, ¿habéis dicho «repetidas»? ¿Queréis decir que le volverán a hacer esto?

—Por lo que he oído, la cobra sólo es el principio, para aumentar su inmunidad al veneno y para acostumbrar a su cuerpo a resistirse al veneno con magia. Después llegará el veneno de las hijas de Set, las serpientes más sagradas del culto.

—¡Eso es una locura! ¿De qué puede servir?

Sabé frunció el entrecejo.

—Para quebrantar su determinación. Para destruir su resistencia a la corrupción y que así caiga completamente bajo la influencia del culto de Set.

—Pero él tiene el Aro de Neska. ¿Eso no lo ayudará?

El erudito inclinó la cabeza.

—Tú mismo lo has dicho. Anok tiene demasiada fe en ese antiguo objeto. Es un ancla a la cordura y la razón, nada más. Le da algo a lo que aferrarse en los momentos de oscuridad, un punto de referencia para guiarlo por lugares malignos; pero él debe hallar su propia senda, debe apartarse del mal. Esos tratamientos están pensados para debilitar precisamente esa clase de determinación. Anok se encuentra en grave peligro.

—Entonces —apuntó Teferi—, ¡vayamos con él! En este momento Fallón se sienta junto a su cabecera, velándolo. Anok no despertó durante el viaje desde la tumba del Rey Perdido, ni lo ha hecho desde entonces.

La boca de Sabé colgó abierta a causa de la sorpresa.

—¿Ir? ¿Qué puedo hacer yo?

—Podéis estar allí para guiarlo cuando despierte. Si tiene visiones, debéis estar allí para decirle lo que significan.

El anciano parecía triste y confundido.

—¿Ir? No puedo dejar todos mis antiguos textos…

—Vuestra casa está protegida por un millar de trampas y cepos mágicos. Estarán a salvo un rato.

Sabé suspiró, y de repente tuvo el aspecto de un hombre viejo y débil. Teferi se preguntó cuánto tiempo hacía que el viejo ermitaño no salía de su casa.

No importaba que Sabé fuera más que viejo, conservado por magia antigua más allá de su vida natural, y no importaba que estuviera más que débil; la fuerza de su personalidad siempre lo había hecho parecer más joven y fuerte de lo que era.

En cierta forma, este pasajero vistazo de frágil realidad resultaba tan inquietante para Teferi como ver los aterradores ojos de serpiente de Sabé.

El kushita intentó que su voz sonara tranquilizadora.

—Anok os necesita, y no podemos moverlo. Debéis ser fuerte e ir con él. No estaremos fuera mucho tiempo.

Sabé se humedeció los labios resecos.

—Sí, tienes razón. Naturalmente. —Señaló un banco en el que se amontonaba una colección de cosas—. Coge mi cartera, capa y bastón. Iremos.

Teferi le pasó la capa y el bastón. Él mismo llevó la pesada cartera.

—Podría llamar un carro.

—Sólo está a unas calles de distancia. ¡Soy viejo, pero no estoy muerto!

Salieron de la casa. La puerta se cerró con un chasquido, y Sabé toqueteó brevemente el extraño y complejo mecanismo de latón de la cerradura. El kushita tuvo el presentimiento de que la cerradura, como gran parte de los alrededores, estaba llena de ocultos peligros mágicos para cualquiera que entrase en este lugar sin permiso.

Sabé dejó que Teferi lo guiara por el camino de piedras, a través de la puerta de la cerca y hacia las concurridas calles de Kheshatta. Apartó al anciano cuando un carro tirado por un buey, cargado con grandes barriles de veneno y protegido por shemitas de aspecto feroz armados con hachas, pasó ruidosamente por la calle de adoquines.

Kheshatta era célebre por ser una ciudad de hechiceros, pero también era la ciudad de los fabricantes de venenos, los famosos maestros estigios de las pociones y los polvos, tan espantosos como, a veces, beneficiosos.

Los fabricantes de venenos, en sus palacios de las verdes y arboladas colinas al oeste de la ciudad, guardaban sus secretos y sus poderes con tanto celo como los hechiceros.

Las dos principales facciones de poder de la ciudad mantenían una precaria tregua. Cada una realizaba intercambios con la otra, cada una hacía uso de la otra sin una pizca de confianza entre ellas. Se trataba de una ciudad interesante y llena de colorido, pero Teferi no podía decir que lo apenara marcharse.

Caminaron un rato en silencio, hasta que notó que Sabé vacilaba, y se detuvieron en la esquina de una calle frente a uno de los numerosos museos de reliquias místicas de la ciudad.

—Lo siento —se disculpó el kushita—, camino demasiado rápido.

—En absoluto, mi joven amigo. Es sólo que noto que algo te inquieta, algo aparte de tu preocupación por Anok.

Teferi no sabía si debía responder. Sus preocupaciones no parecían demasiado importantes en ese momento. Sin embargo, no sabía cuándo volvería a encontrarse a solas con Sabé.

—Tuve un encuentro inquietante con los sacerdotes de Set en el sepulcro. Varios de ellos trataron de usar magia para herirme, y todos sus hechizos fallaron. En aquel momento pensé que tal vez había sido el miedo lo que les había hecho pronunciar mal los conjuros. Pero el sacerdote Ramsa Aál dijo que era otra cosa. Dijo que yo era un… —Se detuvo, tratando de recordar el término exacto—. Un zimwi-msaka.

Comenzaron a caminar de nuevo hacia la villa de Anok, ahora andando más despacio.

—He visto este término en algunos de los viejos textos.

—Una vez me dijisteis que algunas almas se ven atraídas hacia la magia, y que a otras les repugna, y que yo pertenecía al último grupo. Me dijisteis que podría leer en voz alta los textos oscuros eternamente y «no invocar suficiente magia como para darle la vuelta a un grano de arena». ¿Eso es todo?

—Eso pensé en aquel momento, pero puede que haya algo más en ti. ¿Dijiste que tu familia huyó de Kush para escapar a la corrupción mágica de los reinos oscuros del sur?

—Eso es lo que me han contado. Las fuerzas oscuras de la hechicería y la brujería avanzaron al sur desde Estigia hacia Kush y los reinos de más allá, y corrompieron las almas de nuestra gente. Mis antepasados huyeron al norte, pero fueron capturados y permanecieron como esclavos en Estigia hasta que la mayor parte de los esclavos fueron liberados al fin. Luego vivieron en el exilio y en la pobreza, saliendo adelante a duras penas en esta tierra maligna.

—¿Alguna vez lo has puesto en duda? Si el mal que corrompió a tu pueblo venía del norte, ¿por qué huir en esa dirección? Y si corrompió a toda tu gente, ¿por qué se salvaron tus antepasados?

El kushita sintió un fugaz momento de rabia.

—¿Estáis diciendo que mi padre me mintió?

—Estoy diciendo que la historia puede haberse tergiversado tras incontables repeticiones a lo largo de las generadones. Estoy diciendo que ciertos hechos podrían haber sido omitidos para proteger a sus hijas e hijos de los secretos de su propio origen.

—Habláis con acertijos. ¿Qué es un zimwi-msaka? Vos lo sabéis, ¿verdad?

—Sé lo que he leído en los textos, y sé que podría estar tan tergiversado y ser tan dudoso como lo que tú me has contado. Se dice que, en la antigüedad, los zimwi-msaka eran un clan de guerreros que apareció en Kush. Eran grandes luchadores y grandes cazadores, pero también eran más que eso. Se decía que no se podía usar ningún tipo de magia para hacerles daño, que la magia se deslizaba sobre ellos como las gotas de lluvia sobre un ganso. Incluso su sangre era

resistente a la magia. Algunos de los textos antiguos incluyen la sangre de un zimwi-msaka como ingrediente en los contrahechizos más potentes, y se decía que se podía utilizar para envenenar a demonios y monstruos sobrenaturales.

Teferi agitó la cabeza confuso.

—¿Vos creéis que yo soy uno de esos guerreros? ¿Cómo podría eso ser posible? Nací en un barrio bajo de Estigia, soy el hijo mayor de una familia pobre. No soy nada.

—Siempre he sabido que eras mucho más que nada, mi joven amigo, aunque no podría haber soñado siquiera cuánto más. Se dice que el poder de los zimwi-msaka se transmite a los descendientes, a todos los de sangre kushita pura.

»Sin embargo, la mayor parte de los textos dicen que los zimwi-msaka ya no existen. Todos coinciden en que no podían ser corrompidos por las fuerzas oscuras que se apoderaron de Kush, Darfar y los Reinos Negros de más allá. Algunos dicen que fueron asesinados hasta que no quedó ninguna mujer ni niño durante los tiempos oscuros. Otros afirman que permanecieron ocultos, luchando contra las fuerzas oscuras durante generaciones, hasta que todos murieron.

»En cambio, puede que los últimos supervivientes de ese noble linaje vinieran a Estigia, para vivir en secreto y volver a aumentar su número. Puede que, con el tiempo, llegaran incluso a olvidar quiénes eran.

Se acercaron a la verja de la parte delantera de la villa alquilada de Anok. Teferi se detuvo.

—Entonces, ¿estáis diciendo que mi destino es regresar y liberar a Kush de la fuerzas malignas que lo atrapan?

Sabé se encogió de hombros.

—¿Quién puede decir cuál es el destino de un hombre? Pero el de tus descendientes, puede que sí. Puede que un día tus hijos, o los hijos de tus hijos, reclamen tu patria perdida.

Teferi sacudió la cabeza. Resultaba demasiado increíble. Y sin embargo, en su corazón, de algún modo sabía que era cierto. De alguna forma confusa, tal vez siempre lo había sabido.

—Ramsa Aál pensaba que Anok conocía mi herencia. ¿Podría ser?

—No veo cómo. Sin embargo, los grandes hombres (ya sean hechiceros, guerreros o líderes) algunas veces cuentan con un modo casi sobrenatural de atraer hacia ellos durante su vida justamente a la gente que necesitan. Puede que tu amigo siempre haya necesitado un paladín que pueda resistir contra la misma magia que lo corrompe a él. —Estiró la mano hacia Teferi—, Y ahí estás tú.

El kushita hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dio la vuelta para atravesar la verja.

—En ese caso, puede que sí tenga un destino. Si no puedo salvar mi patria, quizá pueda salvar al menos a mi mejor amigo.

Se turnaron para cuidar a Anok. Tarde por la noche, Fallón los llamó.

—¡Se está despertando!

Sabé y Teferi entraron corriendo en el dormitorio de Anok, donde Fallón estaba sentada en el borde de la cama. La mujer bárbara le limpiaba la frente enfebrecida con un paño que humedecía en un cuenco que había sobre la mesita de noche. El acólito gemía y se movía mientras agitaba los párpados.

Sacudió los brazos débilmente, como si esquivara alguna amenaza imaginaria. Teferi alcanzó a ver la Marca de Set en su muñeca izquierda. La marca de poder grabada en su piel tenía la forma de una serpiente que se enroscaba alrededor de la muñeca, la cola apuntaba a lo alto del brazo hacia el corazón, la cabeza descendía por el dorso de la mano.

La marca era la fuente de gran parte del poder místico de Anok, y también de sus problemas, pues el uso de la Marca de Set conducía inevitablemente a la corrupción. Sólo recientemente habían averiguado que Sabé también portaba la Marca de Set, y que ésta había llevado directamente a la ceguera autoimpuesta del viejo erudito.

Ahora, Anok luchaba por evitar enfrentarse a un destino similar, o puede que a uno aún peor. Con la orientación de Sabé, y la ayuda de sus amigos, Anok había conseguido el Aro de Neska, que ahora se cerraba alrededor de los huesos de su muñeca derecha, para ayudarlo a resistir la influencia de la magia oscura. Mientras veía sufrir a su amigo, Teferi se preguntó si todo había sido para nada.

Los ojos de Anok se abrieron de par en par, mirando a la nada. Se sentó de repente.

—¡Padre! —Se quedó mirando al vacío, tratando de recobrar el aliento. Entonces, lentamente, sus ojos parecieron enfocar. Examinó a Fallón, parpadeó, luego volvió a parpadear—, ¿Cuánto tiempo?

—Casi tres días.

Recorrió la habitación con la mirada.

—Kheshatta. Estamos de nuevo en Kheshatta.

—Teferi te sacó del sepulcro y te volvimos a traer aquí, aparentemente al borde de la muerte.

—No estoy muerto. —Casi parecía sorprendido.

Teferi esbozó una sonrisa.

—Tienes buen aspecto, para estar muerto, hermano.

Fallón estiró la mano y le tocó el rostro con delicadeza.

—La fiebre ha remitido.

Sabé asintió con la cabeza.

—Su cuerpo se ha deshecho del veneno mediante el uso instintivo de la magia. ¿Hubo visiones?

Anok se fijó en el cuenco de agua, metió la mano y se lanzó un puñado de agua a la cara. Se enjugó los ojos con los dedos y luego se los pasó por el oscuro cabello.

—Sí, pero eso no es lo que me preocupa. Antes de la prueba se me reveló más del plan de Ramsa Aál. Debemos actuar de prisa. Presiento que Ramsa Aál está cerca de algo. Algo muy peligroso.

—Temo que puedas estar en lo cierto —coincidió Sabé—, Pero también me preocupas tú. Deberías descansar.

Anok se incorporó y pasó las piernas por encima de un lado de la cama.

—He dormido tres días. ¿Cuánto descanso más puede soportar un hombre?

Se quedó allí sentado un momento, serenándose. Luego miró a Fallón.

Teferi observó la expresión de la mujer y se dio cuenta de que ella tenía la esperanza de que le dijera algo tierno. No sucedió.

—Ramsa Aál cargó una caravana con la armadura mística que cogió del templo. ¿La viste?

La mujer bárbara parecía desilusionada pero ocultó rápidamente aquella emoción.

—La vi al atardecer de aquel día, rumbo al camino de camellos de regreso a Kheshatta.

—Entonces ve y trata de averiguar qué ocurrió con ella cuando llegó, sobre todo qué pasó con la carga.

Fallón asintió desalentada y se puso en pie.

—Iré a las tabernas donde se reúnen los conductores de caravanas. Tal vez alguien sepa algo. —Se dirigió a la puerta—. Y puede que, una vez allí, consiga algo de beber.

Teferi la observó irse con cierta inquietud. Fallón y él tenían sus diferencias; sin embargo, también descubrió que sentía un creciente cariño y compasión por la cimmeria. Ella había estado en lo cierto al decir que tenían muchas cosas en común, entre las que se contaba la preocupación compartida por Anok. El kushita también sabía que la mujer bárbara era una persona con defectos… y, a su modo, frágil.

Fuera cual fuera el potencial con el que Fallón contaba para ayudar a Anok, podía desaparecer fácilmente con bebidas fuertes.

Anok acababa de mandarla a la fuente de su mayor debilidad con razones de sobra para rendirse a su abrazo.

—Tal vez debería ir con ella —sugirió Teferi—. Dos podrían averiguar más cosas que uno.

Anok pensó en ello un momento, luego hizo un gesto de asentimiento.

—De todas formas, me gustaría hablar con Sabé en privado. Ve, pero regresa después a buscarlo. Debería contar con una escolta hasta su casa, y creo que yo no estoy todavía a la altura de la tarea.

Teferi se dirigió rápidamente a la puerta, con la mente y las emociones hechas una maraña. Aún no se había recuperado del impacto de las revelaciones de Sabé sobre su herencia. Su preocupación se debatía entre Anok y Fallón, y no estaba seguro de cuál era la mejor forma de ayudar a cada uno de ellos, mucho menos a los dos.

Pero había algo más que lo molestaba mientras dejaba a Anok y a Sabé solos. Lo decepcionaba que, después de todo por lo que habían pasado, su hermano adoptivo aún sintiera que era necesario ocultarle cosas.

Anok dedicó unos minutos a quitarse el sudor de la cara, utilizando agua del cuenco. A continuación, sintiéndose fresco, se levantó de la cama para buscar ropa adecuada.

Se tambaleó al levantarse, tenía las piernas débiles y vacilantes. Notaba punzadas de náusea en el estómago y le martilleaba la cabeza. Trató de ignorarlo todo mientras cogía una túnica limpia de un armario que había contra la pared. Al hacerlo, se fijó en el medallón de su padre, que alguien le había sacado y había colgado en un gancho dentro del armario.

Comenzó a pasarse la cadena del medallón por el cuello, pero luego lo pensó mejor. Se puso la túnica, se la ató a la cintura, y regresó arrastrando los pies para sentarse en el borde de la cama. Sabé estaba sentado en un taburete a unos pasos de distancia, esperando pacientemente.

Anok contempló el sencillo medallón de hierro que tenía en la mano.

—Ha llegado el momento de que hablemos de esto —le dijo a Sabé.

Sostuvo el medallón entre las manos y, con una habilidad nacida de la práctica, le dio una serie precisa de giros y vueltas hasta que al fin se abrió por el medio con un chasquido, como la concha de una almeja. Dentro, brillaba un elaborado objeto dorado.

Aunque no podía ver, Sabé reaccionó de inmediato a la Escama de

Set, ahora al descubierto.

—¿Qué es eso? ¿Qué acabas de hacer?

Como antiguo practicante de hechicería, Sabé tenía sentidos que reconocían inmediatamente lo sobrenatural. Aunque el hierro frío del medallón la había mantenido bien oculta, el anciano detectó ahora la Escama.

Anok se la tendió; Sabé se estiró hacia ella y la cogió en sus manos, examinándola detenidamente con los dedos.

—No has hablado de la Escama de Set desde justo antes de que fueras a buscar la tumba de Neska, cuando me la desvelaste por primera vez. —Volvió el rostro hacia Anok y le puso la Escama en las manos—. Ni siquiera debería tocar esto. La tentación del poder para alguien como yo es demasiado grande. Tú tampoco deberías tenerla. Deberías confiársela a Teferi.

—Es mi responsabilidad, no la suya. Mi padre me la confió momentos antes de morir. Tiene algo que ver con mi pasado. Algo que ver con mi destino. Sin embargo, no sé qué es realmente. —Miró a Sabé—. Ayudadme.

—Está bien que lo pidas. Temía que ya hubieras sido seducido por su poder y la guardases celosamente para ti. Si así fuera, puede que me hubiera sido imposible ayudarte.

—Yo también siento su poder, aunque no parece servir de mucho. No es un arma, en ningún sentido que se me pueda ocurrir. Tal vez podría usarse para volver a las serpientes contra tus enemigos. Creo que Ramsa Aál usó la suya para ordenarle a la cobra que me mordiera. Pero hay numerosos medios mágicos para llamar y dominar a las bestias, algunos mucho más efectivos y útiles.

El erudito se apoyó en su bastón y asintió con la cabeza.

—Así es. Que las Escamas se puedan usar para dar órdenes a las criaturas de sangre fría parece no ser más que un accidente de su auténtico poder. Muchos objetos de gran poder cuentan con capacidades secundarias que son colaterales al propósito buscado. Uno no llena tanto una copa sin derramar un poco.

—Entonces, ¿cuál es el propósito buscado con las Escamas?

—Eso es un misterio. Se han escrito muchas historias acerca de cómo se elaboraron las Escamas y de lo que pueden hacer; pero ¿quién puede decir si alguna es cierta? Para que su auténtico poder se manifieste, sería necesario reunir las tres Escamas y conectarlas mediante metal forjado en un fuego sagrado, y eso no ha ocurrido desde antes de que se separasen por primera vez. Todas las leyendas coinciden en eso. Algunas veces se han unido dos, pero nunca tres. Unicamente con las tres juntas resultarán evidentes su poder y

propósito auténticos. Algunos dicen que será un presagio del fin del mundo.

Anok recordó el momento anterior a que la cobra negra lo atacara, y se estremeció.

—Como dije, creo que Ramsa Aál usó el poder de la Escama para darle órdenes a la cobra. Al sentirlo, traté de repelerla con el poder de esta Escama. Sé que me arriesgué a que la descubriera, pero estaba desesperado. Ramsa Aál aplastó su poder de alguna forma. Temo que ya tenga dos de las Escamas.

Sabé frunció el entrecejo.

—Puede que este caparazón de hierro frío en el que la llevas debilitara su poder. O puede que la corrupción del alma de Ramsa Aál lo haga más capaz de dominar el poder de la Escama.

—Quizá, pero no lo creo. Y si así fuera, en ese momento las tres Escamas estuvieron a poca distancia unas de otras. Ramsa Aál podría haber estirado la mano simplemente y haberla cogido, y el antiguo poder habría sido suyo.

—Quizá habría sido mejor que lo hubiera hecho. Pues el auténtico poder de las Escamas Doradas, de las llamadas Escamas de Set, no fue creado para ser empuñado por un hombre. Tendría tan pocas posibilidades de sostener ese poder en sus manos y sobrevivir como de cabalgar sobre un relámpago. No, aunque los hombres han tratado de encontrar las Escamas a lo largo de la historia en una insensata búsqueda de poder, son las herramientas de dioses, semidioses, demonios y monstruos.

El viejo erudito se echó hacia atrás, pensando un momento.

—Hay muchas historias acerca de cómo surgió el mundo. Cada reino y raza tienen la suya, aunque muchos temas comunes aparecen una y otra vez. Hay una versión que concierne a las Escamas Doradas.

»En esta historia se dice que una enorme serpiente dorada rodeaba el mundo, sosteniéndose la cola con la boca, y que lo vigilaba de tal forma que nada podía crecer allí. Era un lugar vacío y sin vida.

—¿Set?

—Se cuenta que esto fue mucho antes de Set o de cualquiera de los otros dioses. Transcurrió una eternidad, y luego llegó un héroe —continuó.

—Si no había nada vivo, ¿de dónde llegó el héroe?

Sabé giró la cara hacia él torciendo el gesto.

—Piensas como un hombre lógico, y este tipo de historias nunca son lógicas. Están llenas de contradicciones como ésa. Simplemente, acepta que es así.

Se detuvo un momento, tratando de recordar por dónde iba.

—Así que el héroe llegó y desafió a la serpiente por la posesión del mundo. La serpiente no quiso ceder, y se produjo una gran batalla que llenó los cielos de fuego. Al final, la serpiente hirió de muerte al héroe, pero con su último aliento éste lanzó un potente golpe. La serpiente resultó aplastada, y el mundo se vio libre para crecer y volverse fértil.

—¿Y qué pasa con las Escamas Doradas?

—¡Paciencia! A veces eres como un niño. Esa es la siguiente parte.

—De la sangre del héroe surgieron las primeras criaturas que con el tiempo se convertirían en hombres. Eran valientes y fuertes, pero contaminadas para la eternidad por el veneno de la serpiente, condenadas para la eternidad por sus propios defectos.

»Los huesos destrozados de la serpiente se transformaron en las serpientes y en las cosas que se arrastran por el mundo: los huesos pequeños en las serpientes y lagartos naturales; los grandes, en serpientes sobrenaturales, dragones y otros monstruos de ese tipo. Las escamas de la serpiente dorada cayeron y se convirtieron en los dioses, demonios y otros monstruos sobrenaturales que atormentan a los hombres; todas salvo las tres escamas donde golpeó el héroe.

—Las Escamas Doradas.

Sabé esbozó una leve sonrisa.

—¡Así es! Las Escamas son las partes ausentes que unen a los hombres, a los dioses y a las cosas que se arrastran. Algunos dicen que ésa es la razón por la que la mayoría de los dioses exigen que sus discípulos se inclinen ante ellos, que se arrastren sobre el vientre como una criatura de sangre fría.

—¿Vos creéis que esta historia es cierta?

El erudito se encogió de hombros.

—Muchas de estas historias tienen algo de verdad, incluso aunque gran parte sea también fantasía. No son más que cosas que cuentan los hombres para explicar lo que está más allá de su comprensión. ¿Quién puede decir qué ocurrió en realidad? Pero sabemos que las Escamas son reales, y su legendario poder también. No fueron hechas para los hombres.

—Entonces, ¿Ramsa Aál es un estúpido, por lo que debería cruzarme de brazos y dejar que se destruya a sí mismo?

Sabé soltó un gruñido, adoptó un aire despectivo.y pareció pensar un rato.

—Esto no es sólo cosa suya. Kaman Awi, el Sumo Sacerdote de Set en Kheshatta, guía su mano. A pesar de su arrogancia, Kaman Awi es un hechicero peligrosamente brillante a su manera.

A estas alturas, Anok conocía bien a Kaman Awi. No se parecía a

ninguno de los sacerdotes de Set con los que se había encontrado y, sin embargo, a su modo, estaba aún más corrompido que la mayoría.

—Está obsesionado con el estudio de lo que él llama «ley natural», el estudio de cosas del mundo natural, y de cómo podrían aplicarlas los hombres. No estoy seguro de que sea realmente hechicería.

—Ni yo tampoco, aunque usa hechicería, alquimia y las artes de los fabricantes de venenos en sus planes. Busca combinar las fuerzas más poderosas con las que el hombre se ha atrevido a jugar, y me temo que nada salvo maldad puede surgir de ello. Y, si él está involucrado, entonces tienen un plan, aunque no consigo comprenderlo.

Anok contempló desalentado el objeto dorado que sostenía en la mano. Parecía tan inofensivo… ¿Cómo podía algo tan pequeño ser tan antiguo, tan maligno, estar tan lleno de terror en potencia?

Por fin, Sabé habló:

—Cualquier plan que incluya el poder de las tres Escamas de Set podría cambiar el mundo.

6

Teferi había tratado de seguir a Fallón por la calle, pero en una ciudad tan grande y concurrida como Kheshatta, incluso una ventaja de tan sólo unos minutos era demasiado. No la divisó por ninguna parte cuando salió de la villa, y se vio obligado a recorrer las numerosas tabernas y cantinas en las que pensó que podría encontrarla.

Comenzó en aquellos lugares frecuentados por los conductores de caravanas. Se los podía identificar fácilmente sólo con olfatear la puerta principal. El olor de un camello era acre e inconfundible, aunque pocos en Estigia lo consideraban desagradable.

En la tercera parada, una taberna ubicada debajo de un burdel en la parte occidental de la ciudad, encontró a un shemita borracho que recordaba haberla visto.

—Una mujer grande —explicó—, de pelo oscuro. ¡Con enormes —soltó una risita— jorobas! Es la dueña del camello blanco que guardan en el puesto oeste, ¿verdad?

Teferi puso los ojos en blanco, pero simplemente asintió con la cabeza.

—Preguntó por una caravana que trajeron los adoradores de serpientes, que transportaba una especie de armadura, toda atada en apretados fardos, como si tuvieran miedo de que se escapara.

—¿Qué le dijisteis?

El shemita levantó la mirada hacia él y sonrió, dejando ver los huecos de la media docena de dientes que le faltaban.

—¿Una bebida para un viajero sediento que acaba de llegar del desierto?

Teferi se planteó brevemente sacarle algunos dientes más, luego dejó unas monedas de cobre sobre la mesa. Una rubia moza de taberna trajo una jarra de cerveza fresca, y sonrió a Teferi con la esperanza de recibir una propina mejor.

El shemita dio un largo trago. A continuación miró a Teferi, sorprendido, como si acabara de aparecer por arte de magia.

—¿Qué le contasteis a la mujer?

—Le dije que llevaron esa cosa a algún lugar a lo largo del camino que lleva al este por la orilla del río. —Dio otro trago.

—¿Eso es todo?

El hombre no respondió y comenzó a levantar la jarra de nuevo.

Teferi puso la mano sobre la parte superior de la jara y la volvió a dejar caer sobre la mesa.

—¿Eso es todo?

—Preguntó si habían llegado forasteros a Kheshatta. Le dije que yo acababa de llegar con una caravana llena de hojalateros y herreros, y que corre el rumor de que han estado llegando de toda Estigia durante semanas. —Soltó una carcajada—. ¿Hojalateros y herreros? ¿Para qué necesita una ciudad de hechiceros y fabricantes de venenos tantos hojalateros y herreros?

Teferi dejó al hombre con su bebida y salió de la taberna. Kheshatta no era célebre por sus hojalateros y herreros, pero, como cualquier ciudad grande, contaba con unos cuantos, y éstos tenían sus barrios. Pensó en ir al barrio de los joyeros, pero aunque la armadura era de color dorado, no parecía realmente de oro, y era una armadura. En vez de ello, fue al barrio frecuentado por herreros, fabricantes de espadas y armeros.

Los herreros, por lo general, no eran gente habladora y, de hecho, desconfiaban bastante de los desconocidos que hacían preguntas. Muchos guardaban celosamente secretos de familia sobre metalistería que se remontaban una docena de generaciones y suponían que cualquiera que estuviera husmeando era un competidor en potencia fingiendo no saber nada del oficio o un espía contratado.

Teferi pasó varias horas frustrantes deambulando de forja a taberna, de taberna a herrería, de herrería a forja, sin averiguar nada. Hasta llegó a ofrecerle una entrega inicial para una daga muy cara a un armero aparentemente bien informado, pero éste se negó a contarle ningún cotilleo e incluso a hablar de Fallón.

Su búsqueda podría haber concluido allí si no se hubiera tropezado con un herrero anciano en una cantina cerca de la orilla del lago que admitió haber hablado con Fallón.

El viejo llevaba un parche en un ojo y las manos y los brazos presentaban las cicatrices de innumerables quemaduras. Las cejas habían desaparecido por completo. Sin embargo, aún había músculo bajo su piel fina y curtida, y su ojo bueno brillaba mientras contemplaba el fuego de la chimenea al fondo de la taberna.

—Oh, vi a vuestra dama cimmeria, pero es amiga mía. Fue del brazo conmigo hasta mi herrería, donde los inútiles de mis hijos están acabando con el negocio; luego me mimó, ¡y hasta me dio un beso en

la cabeza mientras ellos miraban! Eso pondrá a esas ratas en su sitio por un tiempo. ¡Piensan que su viejo padre está acabado y que no vale para nada! —Soltó una risita—. Amigo mío, por eso no os diré nada.

Teferi necesitó conversar al menos una hora y pagar muchas bebidas para convencer al viejo herrero de que de verdad era amigo de Fallón y simplemente quería encontrarla.

—No estoy seguro de adonde fue, pero estaba haciendo preguntas acerca de todos esos herreros que han llegado a la ciudad. Le dije que el Culto de Set se estaba construyendo una forja nuevecita cerca de los barracones de los custodios y que han estado trayendo gente de todas partes. Extranjeros. También les pagan un montón de dinero. No quieren tener nada que ver con nosotros, los lugareños. Supongo que se figuran que hablaríamos demasiado. —Escupió en el suelo—, ¡Malditos amantes de serpientes! —Bajó la áspera voz hasta que no fue más que un susurro y miró alrededor con recelo—. Naturalmente, no me habéis oído decir eso.

Teferi apretó unas monedas contra la suave palma de la mano de la bonita moza de la taberna y salió del lugar en dirección nordeste alrededor del extremo del lago. Divisó los barracones, rodeando en la distancia la orilla del lago más allá del límite de la expansión de la ciudad; una utilitaria fortaleza de esquinas cuadradas y de tamaño medio rodeada por una fortificación amurallada.

Aunque Kheshatta había sido históricamente una ciudad asediada por los asaltantes de fronteras y los bandidos, estaba bien protegida mediante ejércitos privados financiados por los fabricantes de venenos y los hechiceros. Sus tropas a sueldo se encargaban de la formidable muralla sur, que protegía la ciudad de los asaltantes provenientes de Kush y de los numerosos accesos por medio de sendas y rutas de caravanas. Incluso contaban con una pequeña armada de agua dulce formada por embarcaciones de combate rápidas y de poco calado, equipadas tanto con velas como con remos, que surcaban el lago y patrullaban su extensa costa.

Aunque se trataba de mercenarios, los que Teferi había conocido eran gente orgullosa y disciplinada. Las deserciones eran poco comunes, y nunca había muchas vacantes en sus filas a excepción de las bajas producidas en los asaltos. La mayor parte de los oficiales habían servido incondicionalmente durante años, y algunas familias habían permanecido al servicio de las fuerzas de la ciudad durante generaciones.

Los custodios de Set eran tolerados más que bienvenidos en el interior de las fronteras de la ciudad, y una concentración de tropas nunca podía aparecer sin provocar un enfrentamiento con este ejército

privado. Esto debía resultar mortificante a los custodios, pues su autoridad era casi absoluta en la mayor parte del resto de Estigia.

Sin embargo, si el culto poseía algo de importancia que debía guardar, éste era el único lugar, aparte del propio Templo de Set, donde por lógica lo tendrían.

Que Teferi pudiera ver los barracones no significaba que éstos se encontraran cerca. Era una caminata considerable, y se estaba planteando qué hacer cuando divisó a un viejo (y en este caso útil) conocido. Se situó en la calle frente al carruaje tirado por muías y agitó el brazo.

El conductor de piel morena y cabeza calva le devolvió el saludo y el kushita se apartó a un lado mientras el carro pintado de vivos colores se situaba junto a él y se detenía. El conductor, moviéndose con mucha energía para un hombre de su edad, bajó del asiento de un salto.

—¡Teferi! ¡Es un placer, como siempre! No os había visto desde hacía tiempo. —Miró alrededor—, ¿Dónde está vuestro amigo, Anok Wati?

El aludido se encontró frunciendo ligeramente el entrecejo ante la mención de aquel nombre.

—Eloy está ocupado con otros asuntos, pero yo necesito transporte y puede que los últimos cotilleos.

—Bueno, en ese caso, subid. —El hombre señaló los bancos de la parte posterior del carruaje abierto y volvió a trepar al asiento del conductor. Sin embargo, antes de seguir adelante, volvió la mirada con una expresión de disculpa en el rostro—. Me temo que no lamento que hoy os encontrarais solo. Debo admitir que, a veces, la presencia del señor Anok me resulta… inquietante. —Sacudió las riendas, y las dos muías comenzaron a moverse con paso firme.

—Lo conozco desde que éramos niños, Barid, pero os entiendo. Mi viejo amigo ha cambiado mucho durante este último año, y temo que no haya sido para mejor. Mi objetivo es acabar con sus problemas y recuperar al amigo que una vez conocí. Por esta razón busco hoy información.

—En lo de la información, tal vez pueda ayudar. Hablo con mucha gente y oigo muchas cosas. En cuanto al resto, ¿adonde queréis ir?

—En la otra dirección. Quiero acercarme a la fortaleza de los custodios al otro lado del lago.

Barid volvió la vista con una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué asunto podéis tener allí?

Teferi sonrió.

—Asuntos de entrometido que los custodios no aprobarían, que es el motivo por el cual sólo quiero acercarme. Aproximarme más y ver lo que quiero ver requerirá precaución y sigilo.

—¿Os interesa la forja?

Teferi enarcó una ceja, sorprendido, pero, por medio de sus pasajeros, sus amigos y su aparentemente inagotable lista de hermanos, Barid tenía buenos contactos en la ciudad.

—¿Qué sabéis de la forja?

—Mi tercer hermano, Mesha, es uno de los mejores albañiles de toda Kheshatta. —Pareció pensar en ello un momento—, Bueno, al menos es uno de los albañiles más rápidos de toda Kheshatta, lo que parece ser el motivo por el cual los sacerdotes de Set lo contrataron. Han estado construyendo un nuevo recinto junto a la fortificación y, en el centro, una gran forja para fundir metales. La forja está terminada, pero mi hermano sigue trabajando en los cobertizos y muros que la rodean. Dice que ellos valoran la rapidez sobre todo lo demás, y que no parece importarles mucho que los ladrillos puedan derrumbarse tras unas cuantas estaciones de los monzones.

—Eso sin duda es información útil. Me gustaría echarle un vistazo a ese recinto.

Barid lo miró por encima del hombro y esbozó una sonrisa.

—En ese caso, ¿os gustaría entrar?

Anok regresó a su dormitorio y corrió las cortinas para intentar descansar, pero aquello no duró mucho. Se quedó tumbado despierto, contemplando el arco pintado y enlucido del techo y atrapando moscas al vuelo, para luego aplastarlas y lanzarlas hacia una esquina de la habitación.

Se agitó inquieto mientras pensaba en todo lo que le había ocurrido desde que salió de Khemi. A pesar de la reciente visión de Parath, su misión parecía menos clara que nunca.

Su intención había sido unirse al Culto de Set, averiguar sus secretos y usarlos para atacarlo desde dentro. En lo primero había tenido éxito; en ciertos sentidos, más de lo que hubiera podido soñar. Ahora se encontraba en la senda para convertirse en un sacerdote de Set, para tener cierto poder y autonomía reales. Como había averiguado, los acólitos eran a menudo poco más que criados y mágicos soldados de infantería que danzaban al capricho de los sacerdotes.

En cuanto a los secretos, parecían no tener fin; y aunque al parecer no se encontraba más cerca de hallar al asesino de su padre y desentrañar los misterios de su muerte, había descubierto que realmente disfrutaba adquiriendo secretos sobre hechicería,

estudiando mamotretos y objetos arcanos y que, incluso, ansiaba ahondar en el «estudio de la ley natural» de Kaman Awi.

Ahora, con el poder de la Marca de Set compensado con el control del Aro de Neska, al fin se sentía preparado para aplicar parte de los conocimientos de hechicería que poseía.

Sin embargo, a pesar de todo este poder y conocimientos, no sabía muy bien cómo utilizarlos al servicio de sus objetivos. A pesar de todo su poder, no duraría una hora, puede que ni unos cuantos minutos, contra los hechiceros y los ejércitos de Set. Ramsa Aál y Kaman Awi parecían estar planeando algo que pondría todo ese poder en evidencia, algo que Sabé decía que podría cambiar el mundo.

Pero ¿no era eso exactamente lo que Anok quería hacer? ¿No quería acabar con la existencia del inmundo Culto de Set, vengarse de aquellos que habían sido injustos con él y con aquellos a los que quería y liberar al pueblo de Estigia de la tiranía y la maldad?

Se incorporó de repente en la cama.

¡Eso era! Había estado ahí desde el principio. ¡Ésa era su misión! No debía entorpecer a Ramsa Aál en su plan para cambiar el mundo. Debía aceptar su papel como nuevo sacerdote de Set y mano derecha de Ramsa Aál. Debía ayudar al sacerdote en todo lo que fuera posible.

Entonces, cuando llegara el día, debía robarle el plan al oscuro sacerdote, ¡y hacerlo suyo!

7

En lugar de dirigirse directamente a los barracones, Teferi y Barid giraron al oeste, hacia un barrio en el que residían muchos de los compatriotas vendhios de Barid. Se trataba de un lugar lleno de colorido: todos los edificios, paredes y columnas estaban primorosamente decorados con pintura de tonos brillantes, madera trabajada y piedra tallada. Predominaban los arcos y las formas redondeadas, y muchos edificios estaban coronados con ornamentadas columnas y finas torres parecidas a agujas.

Por todas partes había tallas, pinturas y estatuas de extraños seres que podrían haber sido dioses o deidades vendhias: mujeres y hombres con muchos brazos, un hombre con tres cabezas, un hombre peludo que parecía medio simio y una extraña criatura con cuerpo de hombre y cabeza de elefante. Olores de cocina acres y exóticos surgían de numerosas tiendas y edificios, algunos tan fuertes que casi hicieron que a Teferi le llorasen los ojos.

El kushita sabía poco de Vendhya, aparte de que se trataba de un extenso reino situado muy al este, al otro lado del brazo del Mar Meridional. Lo que había oído del lugar sonaba atractivo: fértil, cálido, una tierra hermosa, antigua y civilizada. Sin embargo, Barid y su clan parecían bastante contentos de haberse marchado.

Aparentemente, la suerte de uno en la vida se decidía en buena parte según la casta en la que se nacía, y Barid y sus parientes se encontraban en el mismísimo fondo en aquella sociedad.

Barid aseguraba que aquí en Kheshatta la condición de un hombre únicamente se veía limitada por su audacia, inteligencia e iniciativa. El vendhio hacía que esta corrupta y peligrosa ciudad fronteriza pareciera un paraíso.

Quizá para él lo fuera.

Barid los condujo a una calle lateral, donde encontraron una gran fábrica de ladrillos. Teferi vio cobertizos de almacenamiento, montañas de arcilla y arena, pilas de combustible, abrevaderos de madera en los que se preparaba la mezcla, moldes de madera para fabricar los ladrillos y hornos en forma de colmenas, todo ello

atendido por laboriosos vendhios, principalmente mujeres y niños. Los pocos hombres se encargaban del trabajo más pesado o parecían encontrarse allí únicamente el tiempo necesario para cargar ladrillos en resistentes carros de carga o en muías con cestos atados sobre el lomo.

Una mujer se apartó del fuego de un horno que estaba atizando para saludar a Barid con una cálida sonrisa. Tenía el rostro casi tan moreno como el de una kushita, pero sus rasgos eran estrechos y delicados y los ojos grandes y oscuros. Llevaba una joya roja sujeta de alguna forma en el centro de la frente. Aunque resultaba difícil calcular su edad, algo en su rostro hablaba de sabiduría y experiencia.

—Barid, honorable hermano de mi esposo, ¿qué te trae hoy por aquí?

—Hermosa Hema, vengo a pedir un favor. ¿Mi hermano aún trabaja para los sacerdotes de Set?

—Concluirá esta semana. Pero sí, hoy está allí, terminando una pared.

Barid miró alrededor con astucia.

—Me gustaría entregarle una pequeña cantidad de materiales, puede que unos ladrillos, con mi carro. También me gustaría coger ropa prestada para que mi amigo y yo podamos parecer albañiles de la empresa de mi hermano.

—Nos harías un favor. Mesha se quedó sin unos ladrillos especiales esta mañana, y no he tenido obreros libres para entregarlos. En cuanto a la ropa, eso no es nada para nuestro hermano rico. Siempre estaremos en deuda contigo.

Barid se rió.

—Mesha terminó de devolverme los préstamos hace años.

La mujer inclinó la cabeza respetuosamente.

—En espíritu, estamos en deuda contigo, querido hermano. Siempre lo estaremos.

Se giró y comenzó a dar órdenes a los hombres que trabajaban en el patio, indicándoles que cargasen una pequeña pila de ladrillos amarillentos en la parte posterior del carro de Barid. El conductor, por su parte, llevó a Teferi a un cobertizo en el que la ropa de los obreros colgaba de unos ganchos de madera a lo largo de una pared.

La ropa era uniforme, y muy sosa según el estándar vendhio: pantalones holgados, chalecos con bolsillos, una camisa exterior amplia que se podían sacar fácilmente cuando hacía calor y un tocado parecido a un turbante que Barid tuvo que ayudar a Teferi a ponerse.

Barid observó con desaprobación las perneras de los pantalones, que terminaban en las pantorrillas de Teferi, y las mangas, que no le

llegaban a las muñecas.

—Esto es lo más grande que hay aquí, pero me temo que los vendhios no somos tan altos.

Teferi se observó.

—Si no llamo demasiado la atención, esto servirá.

Barid sonrió con tristeza.

—Confía en mí, conozco cómo funcionan las clases sociales. Los custodios miran por encima del hombro a los peones y artesanos no estigios que contratan como si fueran poco mejores que animales de tiro. Al igual que ocurre con las clases bajas de mi nación, esas personas son prácticamente invisibles para ellos. No te verán entre sus filas. No serás digno de que se fijen en ti.

Teferi asintió con la cabeza.

—Normalmente, no consideraría eso algo bueno; pero hoy me parece bien.

Anok terminó de vestirse y se colocó la estola de Set alrededor del cuello. Sintió una extraña sensación de orgullo al hacerlo. Por vez primera, parecía significar algo, reflejaba las pruebas a las que había sobrevivido y a las que aún debía sobrevivir.

No es que se sintiera orgulloso de ser un discípulo de Set, ¡claro que no!, pero había cierta satisfacción en su creciente rango en el culto y en el poder y la autoridad que pronto serían suyos.

Apartó la cortina que cubría la puerta y se sorprendió al ver a Sabé sentado ante una mesa en la sala, jugando una partida en solitario de azulejos de espíritu; sus dedos leían los grabados de las piezas dispuestas sobre la mesa. Mientras Anok observaba, escogió dos azulejos y los pasó a la pila del «reino eterno».

—¿Qué estáis haciendo todavía aquí? Pensaba que os habríais ido.

Sabé se giró en su dirección. Una ceja gris asomó por encima de la parte superior de la venda.

—¿Ya no soy bienvenido en tu casa?

De repente, Anok sintió que se ponía a la defensiva.

—No, no quise decir eso. Simplemente, no sabía que había alguien aquí. Creí que todos se habían marchado.

—Obviamente no. Pensé que alguien debería quedarse para cuidarte durante tu recuperación.

«¡Vos no estáis en condiciones para cuidar de nadie!», pensó, pero contuvo la lengua.

—Puedo cuidarme solo. Me siento mucho mejor.

—Eso es evidente, puesto que te has vestido para salir.

Anok volvió a mirar, para asegurarse de que la tela que cubría los ojos de Sabé seguía bien puesta en su sitio.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Oí tus sandalias sobre el suelo y el sonido de las placas de metal de tu estola frotando unas contra otras al moverte. El dobladillo de tu túnica del templo también causa un leve sonido cuando caminas.

—En ese caso, sí, me he vestido para salir.

—No te encuentras bien. Te estás recobrando de una dura prueba.

—Me siento bien. En realidad, me siento mejor que bien. Me siento lleno de energía, como si hubiera tomado un tónico.

—En cierto modo, así ha sido. Pero no es la clase de tónico que te resultará beneficioso.

Anok estaba empezando a enfadarse, y de repente se dio cuenta de que estaba hambriento. Descubrió un cuenco con fruta, eligió una chirimoya de piel color naranja y le dio un mordisco. Bajo la apergaminada piel, la pulpa era suave y dulce, un hilillo de jugo le bajó por el mentón.

—¿Y vos, cómo lo sabéis? De niño, los escorpiones me picaron tantas veces que desarrollé inmunidad al veneno. Ahora, que me pique un escorpión es poco más que un aviso para que permanezca alerta. Cuando fui de Usafiri al desierto, me había desplomado cuando la picadura de un escorpión me reanimó. Sin eso, tal vez no hubiera sobrevivido.

—Esto es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—A la serpiente que te mordió le habían extraído la mayor parte del veneno y había tomado hierbas con propiedades místicas. Lo que entró en tus venas tenía más de poción que de tónico, una poción preparada al servicio de Set. Esta tradición comenzó después de mi tiempo en el culto, así que no puedo decir mucho acerca de lo que podría hacerte, pero dudo que pueda ser bueno.

Anok soltó una áspera carcajada.

—¿Dudáis? Pero no lo sabéis. Tal vez estas infusiones de veneno no sólo me ofrezcan inmunidad contra el veneno de serpiente, sino también a la influencia de la serpiente.

Pensó un momento en lo que eso podría significar.

—Quizá impida la horrible transformación que os hizo cegaros. Quizá lo que os pasó a vos provocó que comenzara la tradición. ¿Habéis considerado esa posibilidad?

Había esperado que Sabé discutiera el punto, pero, en lugar de ello, el viejo erudito parecía desconcertado.

—No puedo decir que no sea así. Nunca he oído hablar de otro sacerdote que se haya transformado a causa de la corrupción como le ocurrió a mis ojos. Sin embargo, hasta que llegaste tú, nunca había

oído hablar de otro que hubiera sido maldecido con la Marca de Set. Incluso si los tratamientos ofrecen cierta protección contra la transformación física, no harán nada para disminuir la corrupción espiritual. Eso no le convendría a Set.

—En ese caso, seguirá siendo mejor que nada. Yo me encargaré del resto.

—Eso es lo que tú dices. Así que, cuéntame, ¿adonde vas con tanta prisa?

—Al templo. Puede que Ramsa Aál haya regresado del sepulcro, pero, si no es así, tal vez pueda sacarle algo de información sobre sus planes a Kaman Awi. En cualquier caso, sospecho que él podría saber más acerca de esta parte. Tiene que ver con el metal, y eso se encuentra dentro de su campo de estudio de la ley natural.

—¿Y si Ramsa Aál ha regresado?

—Entonces, me vendrá bien aparecer lo antes posible para no mostrar debilidad.

Sabé se volvió hacia él, arrugando el gesto. Aunque el viejo erudito no podía ver, Anok tuvo la sensación de que le estaba clavando la mirada, de que lo examinaba intensamente.

Por fin, Sabé habló:

—¿Para demostrarle que te has recuperado del ritual del veneno?

—Sí, supongo que sí.

—¿Para que pueda decidir que estás listo para otro?

—Si eso es lo que se debe hacer, estoy preparado. Ya lo he soportado una vez. No tengo la menor duda de que, ahora que estoy debidamente preparado, lo haré mejor.

—Suenas casi ansioso de repetir el ritual.

Anok comenzó a negarlo, pero se detuvo y recapacitó. Había algo de verdad en ello. Al sobrevivir al ritual, experimentaba una sensación de logro, de haber demostrado su valía. Era un reto, y Anok siempre había disfrutado con los retos.

—Hago lo que hay que hacer. He llegado muy lejos, y ahora presiento que estoy cerca de lograr mi objetivo. ¿Es una sorpresa que esté deseando acelerar el proceso?

Sabé giró la cabeza levemente y sonrió, algo poco común y, en cierta forma, aterrador.

—Crees que lo has dominado, ¿verdad?

Anok frunció el entrecejo.

—¿Dominado qué?

—La hechicería y todo lo que conlleva: corrupción, locura. Piensas que lo has dominado y que puedes hacer lo que te plazca sin consecuencias. Bien, déjame decirte algo: ¡no es así!

—No sabéis de lo que estáis hablando.

—¡Sí lo sé! Una vez, yo fui exactamente igual que tú.

Anok notó cómo la cara le enrojecía de rabia.

—¿De qué forma? ¿Contabais con el Aro de Neska para contrarrestar vuestra Marca de Set? ¿Pasasteis por los rituales del veneno para protegeros de la influencia de las serpientes? Estoy cansado de oír que nuestros caminos son iguales. Son muy diferentes. Sigo una senda distinta a la vuestra. ¡Yo no acabaré como vos!

Pasó junto a Sabé pisando fuerte y recogió la bolsa al salir.

Mientras atravesaba la puerta, oyó cómo Sabé decía en una voz tan baja que tal vez no había pretendido que él lo oyera: —Sigues una senda distinta, y me temo que termina en un lugar mucho peor que la mía.

8

El carro de Barid estaba hecho para las calles de la ciudad. Cerca del límite de la misma, el camino pasaba de adoquines a tierra apisonada, llena de baches y profundas rodadas. Teferi juraba que sentía cada uno de aquellos baches en los riñones mientras pasaban sobre ellos con una regularidad que hacía vibrar los huesos. Un viento helado llegaba de la orilla del lago a su derecha, trayendo con él hedor a porquería de pantano, vegetación a medio pudrir y pescado muerto.

Barid pareció tomárselo todo con calma.

—Con la construcción de la forja han venido muchos carros pesados por aquí últimamente, y el camino no es adecuado para ese tráfico. Por suerte, ya no queda mucho.

Teferi levantó la mirada hacia la ladera que se encontraba a su derecha. La pendiente era empinada, y unos afloramientos de roca amarilla que se iba desmenuzando aparecían con frecuencia a través de la oscura maraña de arbustos y árboles. Montañas de piedras, e incluso peñascos procedentes de las mismas rocas yacían en la base de la montaña y a lo largo de los dos lados del camino, lo que sugería que los desprendimientos y las pequeñas avalanchas eran frecuentes.

A diferencia de las montañas al oeste de la ciudad, éstas no eran apropiadas para la construcción, y por lo tanto estaban casi deshabitadas. No resultaba sorprendente que los poderes que controlaban la ciudad hubieran estado dispuestos a ceder este lugar para los barracones de los custodios.

Doblaron una curva suave que avanzaba pegada a la orilla del lago y Teferi vio cómo más adelante las laderas se apartaban del lago creando una llana extensión de tierra en la que se había levantado la fortificación.

El lugar parecía aún más austero de cerca. Las torres con la parte superior cuadrada y las murallas carecían casi por completo de decoración o adornos. Podría haberse tratado de una prisión con la misma facilidad que de una fortaleza.

El objetivo del lugar no era ser alabado ni llamar la atención. Se

trataba de una señal tangible de que el dominio del Culto de Set sobre Kheshatta era endeble.

Las altísimas fortificaciones habían sido construidas hasta el mismo borde del lago, sin duda para defenderse de un ataque por agua; pero probablemente también para reducir el peligro de las rocas y piedras al caer. El camino giraba bruscamente a la izquierda, pasando junto a la fortificación por el interior. Sin embargo, mientras doblaban aquella curva, Teferi comprobó que había sido desviado recientemente aún más cerca de la ladera, para permitir que unas construcciones pequeñas y amuralladas pudieran ser levantadas contra los muros de piedra mucho más altos de la fortificación.

El olor a humo de madera era intenso. Más allá del muro vio varios edificios pequeños, cabañas con tejados de paja que podrían ser viviendas para los obreros, cobertizos para el combustible y un pequeño establo o almacén. La alta y afilada chimenea de una forja escupía nubes de humo gris.

Atravesaron la puerta principal de la fortificación y Barid saludó con la mano a los guardias al pasar. Los hombres apenas los miraron.

Mientras avanzaban a lo largo del muro del nuevo complejo, Teferi vio varios lugares en los que estaba incompleto. Los obreros seguían colocando ladrillos en la parte superior. Pararon junto a una puerta más pequeña que conducía al interior del complejo.

Un custodio de aspecto aburrido se apoyaba contra un lado del dintel. Levantó la mirada mientras se aproximaban, se situó frente a ellos y alzó la mano. Se acercó a ellos con expresión de desconfianza en el rostro picado de viruela e inspeccionó el coche.

—Esto no parece un carro de trabajo.

Barid esbozó una sonrisa.

—No lo es…, normalmente. Mi hermano, Mesha, me ha dicho que este trabajo va con retraso y me pidió ayuda. Mi criado —señaló a Teferi— y yo le hemos traído unos ladrillos, y también se los descargaremos, para ahorrar tiempo a los hombres más hábiles. No lo haría —miró alrededor con precaución antes de continuar—, pero le debo dinero, y no me atrevo a hacerlo enfadar. Como sabéis, los albañiles tienen brazos fuertes y manos duras como piedras. ¡Podría partirme como si fuera un junco seco!

El guardia rodeó el carro para acercarse a la parte posterior, echó un vistazo a las pilas de ladrillos bajo la cubierta de cuero y, tras pensarlo un momento, los hizo seguir con un gesto.

Barid saludó con la mano a uno de los albañiles al pasar, y éste le devolvió el saludo con una sonrisa; aparentemente había reconocido al conductor del carro. Aunque todos los albañiles eran vendhios, los

hombres que trabajaban en la forja eran de otras razas: shemitas y hombres de piel oscura que podrían ser de la rica en metales Punt.

Teferi vio mejor la forja mientras pasaban junto a ella. La base era un arco de ladrillos del alto de un hombre, semienterrado en un elevado montículo de tierra para conservar el calor. Incluso desde lejos, el kushita sintió el calor de las brasas que ardían dentro, mientras una cadena de hombres se pasaba un torrente de carbones procedentes del almacén de combustible adyacente.

Al otro lado de la forja, aunque igual de cerca, se levantaba una cabaña cerrada. Las paredes eran llamativamente más macizas que las de los demás edificios y el techo estaba hecho de tablas de madera en lugar de paja. No podía haber muchas dudas de que protegía algo de valor.

Teferi comprobó que tenía tamaño más que suficiente como para albergar la armadura que había visto llevarse de la tumba del Rey Perdido. Siguieron adelante, hasta un cercano hueco en el muro, donde tres hombres colocaban afanosamente mortero y ladrillo.

El de mayor edad de los tres levantó la mirada mientras se acercaban, dejó de trabajar y fue a recibirlos.

Era más joven que Barid, con más pelo. Unos músculos abultados se le tensaban bajo la piel marrón cobriza de los brazos. En eso, al menos, Barid no le había mentido al guardia. A pesar de las diferencias, la relación cercana con Barid era evidente para cualquiera que los mirase a la cara. Tenía que tratarse de su hermano.

Mesha saludó a Barid mientras éste bajaba del carro y comenzó a hablar con él en vendhio. Miró a Teferi con recelo e hizo una pregunta, probablemente quería saber quién era este desconocido.

Al ver la incomodidad del kushita, Barid respondió en estigio para que pudiera entenderlo.

—Éste es Teferi, un amigo y cliente habitual. Quería ver la misteriosa forja del culto con sus propios ojos, por razones personales, y me ofrecí a hacerle un favor. Espero no haberte causado problemas.

—Claro que no, hermano. Dentro de un día habremos acabado y nos libraremos de este asqueroso lugar. Aunque aquí no hay nada que valga la pena ver, aparte de chapuzas. Los sacerdotes de Set me han asegurado que esta forja sólo se usará durante un mes aproximadamente, luego dejarán que se derrumbe.

Teferi observó el extraño mecanismo que utilizaban para accionar un enorme fuelle. Lo manejaban mediante una serie de engranajes con dientes que giraban por medio de un par de muías atadas a un palo que daba vueltas sobre un poste fijo. Mientras las muías marchaban sin cesar por su senda circular, el fuelle de cuero se inflaba y

desinflaba.

Con cada ráfaga de aire, el fuego se hacía más intenso, y de la cima de la chimenea saltaban chispas. Observó los tejados de paja y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que uno de ellos prendiera.

En el centro del fuego había un alto crisol, y en la parte superior del mismo se veía una brillante y roja masa de metal líquido. El metal presentaba una extraña cualidad: no bullía. El crisol parecía estar situado en un lugar bastante firme, sin embargo, el metal parecía encontrarse en constante movimiento: pequeñas olas aparecían en la superficie, ascendían con curiosa lentitud, para luego volver a caer.

—Parece que estaban deseando comenzar a trabajar —comentó Teferi.

—Ya llevan un día en ello —apuntó Mesha—, De vez en cuando, dos de ellos entran en ese cobertizo con martillos y cinceles. Aporrean un rato y luego salen con un trozo de metal dorado que añaden al crisol.

Teferi asintió con la cabeza.

—Dorado, pero no de oro, ¿verdad?

Mesha lo miró con cierta sorpresa y asintió.

Barid apartó la lona y cogió un ladrillo.

—Será mejor que descarguemos esto antes de que nuestro amigo de la puerta empiece a sospechar.

Mesha señaló un lugar cerca de la pared en el que amontonarlos, y los tres hombres se encargaron rápidamente de la carga. Cuando terminaron, Barid lanzó la lona sobre la parte posterior del carro y luego se las arregló para encargarse de un recado que los llevó a los dos más cerca de la forja.

Teferi notó una expresión extraña y relajada en los hombres que se ocupaban del fuego. Se movían despacio, como si fueran sonámbulos. También había otros hombres más alerta, pero éstos se mantenían lejos de la forja y trabajaban con herramientas de mango largo que les permitían ejercer su labor desde cierta distancia.

En cuanto se encontraron lo bastante lejos como para que no pudieran oírlos y se dirigían de nuevo al carro, Teferi preguntó acerca de aquel extraño comportamiento.

—Yo no lo entiendo —respondió Mesha—, pero tenemos órdenes estrictas de que nadie se acerque a menos de veinte pasos de la forja en cualquier dirección. Un sacerdote viene aquí una vez al día, y creo que pone a los que atienden el fuego bajo un hechizo hipnótico para nublarles la mente. Es algo muy extraño.

Pasaron junto a una construcción más pequeña, una herrería, de la que surgía una chimenea de menor tamaño que también escupía

humo. Pudieron oír un martilleo constante que procedía de dentro, pero las ventanas estaban demasiado altas como para ver el interior, y la puerta permanecía cerrada.

Tras ver todo lo que probablemente lograrían ver, Teferi y Barid volvieron a subirse al asiento delantero del coche. Después de darle las gracias a Mesha, se dirigieron a la puerta.

Los esperaba el mismo guardia, que los observó acercarse. Una vez más, se interpuso y levantó la mano. Rodeó el carro, mirando dentro, y se detuvo en la parte posterior, observando la lona.

Barid lo miró con el entrecejo fruncido.

—Nos registrasteis al entrar. ¿Qué sentido tiene esto?

Mi hermano necesita más ladrillos, y debo ocuparme rápido de mis asuntos.

El custodio lo ignoró y levantó el borde de la lona. Se le abrieron mucho los ojos, levantó la mirada hacia ellos y desenvainó la espada con rapidez.

—¡Vosotros no vais a ninguna parte! —Apartó la lona y retrocedió de un salto—, ¡Antes tendréis que explicar cómo ha llegado esta mujer bárbara a vuestro carro!

Teferi bajó la vista y vio a Fallón agachada tras el asiento posterior del carro, con una mano vacilante sobre la empuñadura de la espada y una expresión de supremo fastidio en el rostro.

Anok se apoyaba con impaciencia en el muro que rodeaba su villa. Una nube gris pasó por delante del sol, amenazando lluvia y llevando frío a la concurrida calle.

Veinte minutos antes había enviado a un muchacho a buscar a Barid y su carro. Había transcurrido tiempo suficiente para que el chico encontrase a Barid en la cochera y regresase, y el acólito estaba empezando a enfadarse.

Pasó un coche vacío y se planteó pararlo. Sin embargo, no reconoció al conductor, un shemita de mal aspecto con una cicatriz irregular que le bajaba desde la frente hasta la mandíbula por el lado derecho de la cara. Viajar solo con un conductor desconocido podría resultar igual de peligroso para alguien como Anok que ir caminando hasta el templo por su cuenta sin protección.

Observó cómo el carro desaparecía por el otro lado de la calle, cuando un movimiento repentino le llamó la atención. Alguien corría hacia él. Reconoció el andrajoso faldellín naranja, la piel morena y la rebelde mata de pelo negro. Se trataba del muchacho que había enviado a buscar a Barid.

El chico se acercó a la carrera y se detuvo dando un resbalón, las gastadas sandalias que llevaba ofrecían poco agarre sobre las

resbaladizas losas. Se dobló por la cintura y apoyó las manos en las rodillas, mientras respiraba con dificultad.

—¡Señor Anok Wati! No encontré a Barid. No estaba en casa. Su coche se había ido. ¡Perdonadme, por favor!

Anok resopló indignado. El maldito vendhio nunca estaba cuando se lo necesitaba.

—Entonces, vete. No puedo perder más tiempo esperando.

El muchacho se quedó allí, vacilante, mirando a Anok con nerviosismo.

—¿Qué quieres?

El aludido inclinó la cabeza disculpándose.

—Cuando el señor Teferi me manda a un recado como ése y Barid no está, normalmente me da unas monedas por las molestias.

Anok adoptó un aire despectivo.

—¿Parezco kushita? ¡Yo no soy Teferi, chico! Conseguirás mis monedas cuando me traigas lo que te pido. Mejor suerte la próxima vez. —Balanceó el dorso de la mano hacia él como si espantase una mosca invisible—, ¡Ahora, lárgate!

El muchacho frunció el entrecejo y dio unos pocos pasos titubeantes.

Anok desenvainó la daga y susurró un hechizo muy sencillo.

Los ojos del joven se agrandaron a causa del miedo cuando la hoja se transformó en una serpiente furiosa que silbó y lo atacó. El muchacho soltó un chillido y huyó calle abajo lo más rápido que pudo.

Anok soltó una carcajada mientras agitaba la daga para romper el hechizo de ilusión. La hoja curva regresó a su apariencia original y el acólito la introdujo en la vaina que llevaba al cinto.

La nube se alejó y el sol volvió a brillar sobre el rostro de Anok. Tal vez no lloviera después de todo. Eso lo hizo decidirse. Con Teferi y Fallón fuera espiando para él, no le quedaría más remedio que caminar, sin importar el riesgo.

Descendió por la calle a paso ligero, esquivando vendedores ambulantes, aprendices haciendo recados y toda una colección de muchedumbre callejera, discípulos de bajo nivel de un culto u otro.

Algunos de estos últimos le dirigieron miradas de desprecio al pasar, pero no eran de los que jugaban ni tan siquiera con la clase de hechicería de nivel medio que la mayoría de los acólitos de Set podían manejar con facilidad.

Ya se había alejado muchas manzanas de la villa antes de darse cuenta de que había olvidado ponerse las espadas. Eso le hizo romper el ritmo brevemente, más a causa del desconcierto que de la

preocupación.

¿Cómo se había podido olvidar de las espadas? Durante la mitad de su vida habían sido sus compañeras constantes, casi tan parte de él como los dedos de las manos o de los pies. Aquellas primeras semanas de acólito, cuando no había podido llevarlas, habían sido una tortura.

¿Cómo había podido salir sin ellas así sin más y no darse cuenta siquiera?

«Porque no las necesito. ¡No le tengo miedo a nada!», se dijo con una sonrisa

Sus habilidades con la hechicería compensaban más que de sobra la carencia de armas. Contaba con la daga, si era preciso derramar sangre a la antigua, pero apenas era capaz de imaginar cómo podría ser eso necesario.

Giró hacia el sur, en dirección al Templo de Set, volviéndose más audaz a cada paso. Ahora, cuando la gente veía su túnica de acólito y lo miraba con desdén, él les devolvía el gesto. Si lo rozaban al pasar, o incluso lo empujaban, no dudaba en devolver el golpe.

Si iba a haber problemas, que los hubiera. ¡ Se alegraría!

No, lo estaba deseando. Recordó su primer encuentro con los discípulos del Culto de la Araña de Jade. ¡Ellos sí habían sido adversarios dignos!

Fantaseó con un nuevo encuentro. La última vez que se habían visto, el acólito se había ganado el respeto de Dao-Shuang, un maestro local del culto, al salvarle la vida a su estudiante, Bai-ling. Sin embargo, las circunstancias habían sido humillantes para Bai-ling, y éste podría culpar a Anok. Puede que incluso buscase al discípulo de Set para vengarse.

Habría una pelea. «¡Oh, sí, mi victoria sería tan dulce!»

Pero no había ni rastro de los discípulos de la Araña de Jade, ni de ningún otro adversario que mereciera la pena mencionar. Nada salvo escoria callejera, que apartaba rápidamente la mirada al ver la furia y la determinación en sus ojos.

Podía ver el Templo de Set por encima de la parte superior de los edificios más próximos, y estaba perdiendo las esperanzas de que este paseo ofreciera algún tipo de excitación, de reto.

Entonces, se detuvo frente a la entrada de un callejón oscuro y angosto.

El pasadizo estaba atestado de cosas y sucio, y era de todo menos recto. No podía ver más que una docena de metros antes de que un saliente impidiese ver el resto de su considerable longitud. No consiguió divisar a nadie a lo largo del callejón, pero resonando en la distancia oyó voces que hablaban alguna lengua desconocida, ladridos

de perros y el inquietante compás de enormes tambores cuyo retumbar sentía en el estómago.

De la entrada del callejón surgía un hedor, no sólo a basura podrida sino a muerte. A muerte humana.

Barid le había advertido una vez al pasar que éste era el hogar del Culto Zambulano de Hanuman. Hanuman era un dios-bestia famoso por una sed de matar y corrupción que igualaban a las de Set, aparentemente sin el teatro ni las farsas que a veces empleaban los discípulos de Set para asustar a las masas.

Se trataba de un culto pequeño, aunque temido, y no les gustaban nada Set ni sus adoradores.

Anok dio un paso hacia el callejón. Para él, con su túnica de acólito, entrar era garantía de que lo atacasen, y los discípulos eran famosos por su ferocidad y dominio de los hechizos oscuros.

Sólo vaciló un momento más antes de adentrarse en los estrechos confines del callejón.

—¡Atacadme —anunció con tranquilidad—, si os atrevéis!

9

Teferi miró primero a Fallón y luego al custodio. Se trataba de un único soldado, pero justo al otro lado de la fortificación se encontraba la mayor concentración de tropas de custodios a este lado de Khemi, y podrían echárseles encima en un minuto.

Parpadeó. Luego miró al custodio y sonrió de modo tranquilizador.

—¿La mujer? ¡Oh! ¡La mujer! Bien.

El kushita volvió a mirar a Fallón, a quien parecía interesarle lo que iba a decir tanto como a los demás. Sin embargo, la mujer bárbara seguía envolviendo la empuñadura de la espada con la mano, y Teferi sabía que únicamente harían falta unos segundos para que la situación se convirtiera en algo sangriento y los sentenciara a todos.

—¡Oh! —exclamó—, queréis decir la puta.

Fallón lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—¡Ah! —continuó Teferi—, no puedes decir que has vivido hasta que has sentido los fuertes muslos de una mujer bárbara rodeándote el cuerpo.

Fallón inclinó la cabeza y lo contempló de una forma de lo más amenazadora, pero aun así siguió guardando silencio.

La actitud del custodio se relajó un poco.

—Ahora explicadme qué está haciendo esta puta en la parte de atrás de vuestro carro.

Teferi le dirigió una mirada de desesperación a Barid, que se encogió de hombros.

—Era… ¡un regalo! Sí, un regalo por el aniversario del nacimiento del hermano de Barid. ¡Eso es!

El guardia parecía confundido.

—Pero yo registré el carro al entrar. ¡Aquí no había ninguna mujer escondida!

—Estaba… —Volvió a mirar a Barid, quien nuevamente se encogió de hombros—. Estaba bajo un encantamiento. ¡Sí! Un encantamiento que le daba forma de ladrillo. La mirasteis directamente y no lo supisteis.

El guardia lo observó, entrecerrando los ojos con recelo.

—¿Una mujer bárbara de ladrillo?

—¡Sí! Es lo último para entrar esclavos de contrabando. Está de moda en los Reinos Negros. Los conviertes en un ladrillo y luego los llevas a donde quieras, dices el conjuro mágico y les devuelves la forma de seres humanos vivos.

—¿Un ladrillo?

—Ingenioso, ¿verdad?

Miró nuevamente a la mujer.

—Si le habéis traído una puta, ¿por qué sólo ha estado aquí unos minutos?

Teferi soltó una risita nerviosa.

—Mesha ya no es tan joven como antes. Por eso le trajimos una puta. ¡Sabíamos que sería un regalo barato!

El custodio abrió la boca para decir algo, cuando un grito de terror a su espalda le hizo darse la vuelta.

Todos volvieron la vista hacia la forja, donde los obreros provistos de largos palos empujaban el crisol, que se había desequilibrado y corría peligro de caerse. Los extremos de los palos de madera ardieron en los lugares en que tocaban el crisol al rojo vivo.

Cierta cantidad de metal fundido salpicó fuera del recipiente y comenzó a fluir formando un ardiente riachuelo rojo por el suelo.

Los hombres corrían frenéticamente de aquí para allá, buscando más palos, farfullando y gritando en lenguas que Teferi no podía entender. A continuación, el minúsculo río de metal fundido pareció estremecerse y se levantó del suelo como si fuera una serpiente.

El hombre que se encontraba más cerca gritó al verlo, luego soltó un chillido cuando la masa se lanzó hacia adelante. Un llameante tentáculo lo envolvió por la cintura, y una docena de zarcillos más pequeños brotaron rápidamente y se enrollaron alrededor del cuello, cuerpo y extremidades del hombre. La ropa crepitó y estalló en llamas. El hedor a carne quemada llenó el aire.

Un grupo de hombres apareció portando cubos de agua que lanzaron sobre el hombre que gritaba. Se oyó un fuerte silbido. El agua se transformó en una nube de vapor que ascendió hasta el cielo gris.

Cuando se disipó, los gritos habían cesado.

El cadáver carbonizado y ennegrecido colgaba laxo, suspendido en un armazón de metal enfriado que se retorcía alrededor de su cuerpo desfigurado como si se tratase de alguna espantosa escultura.

El custodio se dio la vuelta.

—Es la segunda vez esta semana —dijo. Luego parpadeó sorprendido al observar la parte posterior del carro. Estaba vacío.

Miró a Teferi y agitó la espada en el aire.

—¿Dónde está la mujer?

El kushita lo contempló con aire inocente.

—¿Qué mujer?

—¡La puta bárbara!

—Bueno, decididamente era bárbara, pero no estoy seguro de lo de puta —respondió Teferi.

—¡Vosotros la contratasteis!

—Me lo inventé. En realidad, no la había visto en mi vida. Pero vos no parecíais estar dispuesto a aceptar esa respuesta, así que intenté pensar en algo.

Apuntó con la espada hacia el rostro de Teferi.

—¡Estáis en graves problemas! ¡Voy a llevaros con mi oficial al mando!

El kushita dirigió la mirada hacia la fortificación.

—Bueno, si es necesario. Sin duda, vuestro jefe querrá saber cómo la mujer consiguió pasar sin que la vierais y entrar en el complejo. Le diremos todo lo que sabemos. —Miró al guardia—. Naturalmente, tal vez tenga algunas preguntas para vos también. La mujer estaba tratando de salir de la fortificación, no de entrar, lo que significa que ya se le había colado a alguien. Quizá a vos.

El custodio arrugó el gesto y se mordió el labio mientras pensaba en ello.

Teferi se había pasado toda la vida lidiando con custodios. Sabía que la lealtad de los soldados comunes como éste a menudo tenía límites, sobre todo cuando no había nadie con autoridad observando, y que preferían evitar el escrutinio de sus superiores siempre que fuera posible. Sin duda, el soldado había cometido otros delitos de pequeña importancia que deseaba mantener ocultos.

El custodio soltó un gruñido y envainó al espada.

—No le habléis de esto a nadie. Nunca visteis a la mujer. Ella nunca estuvo aquí. ¡Ahora, marchaos! —ordenó—. ¡Y no regreséis!

Salieron por la puerta con rapidez, rodearon la parte trasera de la fortificación y regresaron por la orilla del lago. Teferi no cesó de volver la vista atrás buscando señales de persecución, pero no venía nadie.

Acababan de perder de vista la fortificación cuando pasaron bajo las ramas bajas de un árbol. Fallón cayó del follaje en la parte de atrás del carro destinada a los pasajeros, se agachó y miró cuidadosamente por encima de la parte posterior del asiento de atrás hasta que se convenció de que nadie venía tras ellos.

A continuación, todavía agachada, se acercó y se sentó en el suelo

del carro manteniendo la cabeza baja. Levantó la mirada hacia Teferi. Los labios le formaban una apretada mueca de enfado y tenía los ojos entrecerrados a causa de la irritación.

—¿Una puta? Te dejaré probar mis muslos bárbaros cuando los use para partirte el cuello.

El callejón apestaba a muerte. A muerte humana. Rodeó el extremo de un edificio, dio la vuelta alrededor de una pila de cestas vacías y contempló una hilera de rostros.

Rostros muertos.

Las cabezas colgaban del saliente de una ventana, meciéndose bajo el frío viento, al igual que los pollos suspendidos en el mercado. No tenían cuerpo, pero no las habían cortado. De cada una colgaba una columna ingeniosamente extraída. Todas ellas refulgían por los restos de sangre, como grotescos renacuajos colgados del cuello.

El acólito las examinó mientras la furia le subía por el pecho. Todos los rostros mostraban una expresión de horror; las bocas permanecían abiertas como si gritasen, silenciadas por una lengua negra e hinchada. Varias cabezas eran de mujeres; una, más pequeña, de un niño. Ya no se podía decir si se trataba de un niño o una niña.

«¡Asesinos!»

Al menos, la mayoría de las víctimas de Set morían rápido, observando con ojos que se iban apagando cómo la sangre se les escapaba a chorros, o cómo les arrancaban el corazón. La muerte por tortura era un destino reservado para las víctimas especiales, y para las ceremonias especiales.

Ni siquiera los sacerdotes de Set se la infligirían a un niño.

Los oyó moverse en las sombras, agitándose en sus escondites. Eran los malditos discípulos de Hanuman. Algunos eran zambuíanos, otros kushitas-shemitas e incluso había algunos hiborianos; sin embargo, todos tenían el mismo aspecto: sucios, con la ropa hecha jirones, los ojos hundidos y salvajes.

Habían vendido el alma en nombre del poder, y su humanidad prácticamente había desaparecido.

Eran dos docenas de personas. Se enfrentaron a Anok sin miedo. Algunos desenvainaron espadas. Otros se agacharon y gruñeron, mostrando unos dientes afilados que se habían limado hasta formar puntas.

Anok flexionó los dedos, haciendo crujir los nudillos mientras los doblaba y los convertía en puños. La manga izquierda cayó hacia atrás, dejando ver la Marca de Set. Anok la miró y permitió que la furia fluyera hacia ella.

«No saben lo que es el miedo.»

«¡En ese caso, yo se lo enseñaré!»

Durante el camino de regreso a la ciudad, Teferi y Fallón se sentaron en la parte posterior del carro de Barid. Teferi estaba despatarrado en el asiento delantero que miraba hacia atrás, Fallón iba frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

No hablaron durante un rato, simplemente se miraron el uno a la otra. El coche rebotaba bruscamente por el camino del lago, pero el sol había atravesado las nubes haciendo que el viaje de vuelta fuera más agradable que el de ida. Sin embargo, se notaba frío en el ambiente, del que tenía más que ver con la discordia personal que con el clima.

Por fin, Teferi rompió el silencio.

—¿Qué estabas haciendo allí? ¡Podrías haber conseguido que nos mataran!

La mujer soltó una dura carcajada.

—¿Que qué estaba haciendo allí? ¿Qué estabas haciendo tú?

—Indagando sobre la caravana de armadura encantada que enviaron de la tumba del Rey Perdido.

—¿Y cómo conseguirse averiguar adonde fue? ¿Siguiendo mi rastro, tal vez?

Teferi hizo una mueca y apartó la mirada. Finalmente lo admitió:

—Sí, pero no esperaba encontrarte allí. Tu recorrido pasaba por tantas tabernas…

La cimmeria entrecerró los ojos.

—¿Así que diste por sentado que acabaría completamente borracha antes de llegar siquiera a la forja?

Su compañero arrugó el entrecejo y apartó la mirada.

—Tal vez —respondió al fin.

—Entonces, me has juzgado de manera injusta y equivocada. Me estaba yendo bien cuando llegaste tú y provocaste a los herreros hasta que no me quedó más alternativa que ocultarme en este carro. ¡Tendría motivos más que justificados para vengarme con tu pellejo!

—Puede que sí.

El silencio regresó, y de nuevo se miraron uno a la otra.

Fallón alejó la sombría nube con una lenta sonrisa.

—No puedo afirmar que no me tentara la bebida. Preferiría enfrentarme a toda la guarnición de custodios armada sólo con un palo puntiagudo que pagar buena plata por una cerveza aguada. Y, sin embargo, lo hice.

—¿Por qué?

—Porque sabía que si volvía a casa borracha, tú estarías allí para juzgarme, y tu dura valoración no habría estado equivocada. Ya he

llorado demasiado tiempo la pérdida de la gran guerrera cimmeria que puede que no llegue a ser nunca y he ahogado mis penas en la bebida. Si continúo, nunca seré una guerrera… ni una cimmeria, en absoluto.

Fallón se mordió el labio y contempló un estilizado galeón que remaba con rapidez por el lago.

—Me he enfrentado a piratas, bandidos y monstruos del otro lado del velo sin ceder; sin embargo, ese monstruo es el que más me asusta de todos.

—En ese caso, yo permaneceré a tu lado. A pesar de nuestras diferencias, siempre lo he estado.

La mujer bárbara esbozó una triste sonrisa.

—Eres un buen amigo, Teferi. ¿Qué haríamos unas desdichadas criaturas como Anok y yo sin ti?

El kushita torció el gesto y suspiró ante la mención del nombre de Anok.

—Me temo que no he sido un amigo lo bastante bueno para mi hermano. Ultimamente he estado pensando que tal vez le habría ido mejor si nunca me hubiera conocido.

Los ojos de la cimmeria se abrieron de par en par con incredulidad, y soltó una carcajada.

—¿Cómo es posible que digas eso?

—Fui yo el que convenció a Anok de que fuera al Usafiri, el viaje hacia el páramo. Fue allí donde tuvo las visiones que lo llevaron a esta descabellada búsqueda.

—¿Quién eres tú para decir que éste no era su destino desde el principio? ¿Quién puede decir que el Usafiri no lo salvó de una senda aún más oscura? Espero que no hayas perdido las esperanzas en nuestro amigo. Estos son días difíciles, pero su destino no está escrito ni mucho menos, y su espíritu aún es fuerte.

La mujer agitó la cabeza, perpleja.

—Todo esto me resulta extraño: la gente de sur siempre estáis pidiendo respuestas y consejo a los dioses, suponéis que ellos saben mejor que vosotros mismos cómo orientar vuestras vidas.

—¿Los cimmerios no le rezan a… a Crom?

Ella asintió con la cabeza.

—Crom. Algunos lo llaman el Señor de la Loma, pues vive en una gran montaña que lleva su nombre. Al nacer, nos concede fuerza, valor, voluntad y pasión. Eso es todo lo que necesitan los cimmerios. El no atiende nuestras oraciones. No quiere nuestra veneración. No le importan nuestros sacrificios. No morará en nuestros templos. Es un dios severo y distante, pero no nos molesta, y he oído decir que cada

vez que un cimmerio surge ensangrentado y victorioso de una batalla, Crom sonríe… un poco.

Teferi soltó una risita.

—Quizá eso no sea tan malo.

El kushita contempló el paisaje mientras pasaban el límite de la ciudad, donde las casas empezaban a ser más altas y a encontrarse más próximas unas de otras. Un grupo de niños kushitas pasó chillando por la calle, persiguiendo a un cabrito que se había escapado de la cuerda.

—Ahora incluso me he puesto a pensar en mi propio Usafiri, cuando mis visiones me dijeron que dejara atrás a mi familia, para que tuvieran una boca menos que alimentar, y buscara mi propio camino. No me contó nada de mi auténtico destino, de mi auténtico derecho de nacimiento, ni si lo compartían mis hermanos y hermanas. Tal vez aún debería estar con ellos.

—¿No dijiste tú mismo que tu dios, Jani, sólo le da al viajero lo que necesita? En eso es diferente a Crom, pero no tanto como los dioses más entrometidos de los llamados hombres civilizados. ¿Por qué habría de decirte Jani lo que descubrirías por ti mismo? Puede que te enviara hasta Anok, y puede que incluso hasta mí, porque sabía que tú eras lo que necesitábamos.

El kushita se rió.

—¿Jani me envió hasta una cimmeria a quien su propio dios no quiere cuidar?

Fallón se encogió de hombros.

—Es una teoría.

Teferi volvió a reír, pero el ceño regresó en seguida al pensar en Anok.

—A pesar de todo, mi hermano se aleja más de mí cada día. Me oculta secretos. —Suspiró—. Siempre me ha ocultado secretos, pero en el pasado sentía que estaba tratando de protegerme. Ahora siento que ya no confía en mí. Cree que el Aro de Neska ha mitigado la influencia oscura de la hechicería, pero yo me temo que sólo le impide ver su perdición. No sé cómo ayudarlo.

—Ni yo. He oído decir que no se puede ayudar a un hombre que no pide ayuda. Pero juro que permaneceré a su lado.

Teferi esbozó una leve sonrisa.

—Sientes algo por él, ¿verdad? Haces un gran alarde de ser una fulana desvergonzada…

La aludida soltó una carcajada.

—¡Y bien que lo era! —Su expresión se tornó seria y apartó la mirada—. Sin embargo, me temo que este corazón de guerrera se está

ablandando. También le tengo miedo a eso porque, si se rompe, Crom no me ofrecerá consuelo.

Teferi asintió con la cabeza, solidario; luego miró al sur, por encima del perfil de la ciudad recortado contra el horizonte. Una nube negra se retorcía con furia en medio de la fragmentada cubierta de nubes, proyectando una oscura saeta de sombra sobre las calles situadas bajo ella. Se oyó un estruendo y vio cómo un relámpago danzaba sobre su oscura superficie.

Fallón miró a su compañero.

—¿Qué pasa?

El kushita negó con la cabeza, sin estar seguro.

—No lo sé, pero tengo un horrible presentimiento. —Se dio la vuelta—. Barid, por favor, llevadnos de prisa a la villa. Debemos averiguar qué ha pasado con Anok.

Mientras Anok permanecía de pie en el centro del callejón, la lluvia comenzó a caer de repente, lavándole la sangre del rostro y de la túnica. Pasó sobre el cuerpo de un adorador de Hanuman muerto, sintiendo cómo las costillas se rompían bajo su pie, y se dirigió hacia el hiboriano que le gruñía mientras lo observaba con sus cautelosos ojos amarillos, parecidos a los de un perro salvaje.

El hombre masculló algún tipo de conjuro. Mientras Anok miraba, el otro hombre comenzó a transformarse: le salió pelo de las extremidades, la nariz y las mandíbulas se proyectaron hacia adelante formando un hocico lleno de mortíferos colmillos, las orejas se volvieron grandes y puntiagudas, los dedos se le acortaron y le brotaron garras largas y curvas.

Se estaba transformando en la mismísima imagen de su dios-bestia.

La criatura avanzó, gruñendo, la espuma goteándole de los labios negros. Luego saltó con una súbita ferocidad.

Anok se lanzó a un lado para esquivarla, pero no lo bastante rápido como para evitar que las garras le rajaran la túnica y le raspasen el costado justo por encima de la cadera izquierda.

El acólito se dio la vuelta, riendo, y lamió la mezcla de agua de lluvia y sangre del enemigo que le bajaba por el labio.

La bestia se agazapó y un gruñido sordo le surgió del fondo de la garganta.

Anok sonrió.

—Ven —dijo con calma.

El cuerpo de la bestia se puso en movimiento como una lanza al vuelo, formando un arco hacia Anok, con las garras desplegadas y los colmillos desnudos.

Anok no la esquivó. Levantó las manos, sintiendo cómo el poder

pasaba a través de él, a través de la Marca de Set.

—¡Detente!

Los ojos de la criatura se agrandaron por la sorpresa. Estaba flotando en el aire por encima de la cabeza del acólito.

Anok estiró las manos y las situó alrededor del cuello de la bestia, una sobre la otra, sintiendo la carne y el hueso bajo el áspero pelaje gris. Invocó el poder una vez más mientras separaba las dos manos.

—¡Desgárrate!

Se oyó el ruido de la carne al rasgarse, de los tendones al romperse y de los huesos al partirse, seguido por un sincopado sonido de succión, como si alguien extrajera una larga sarta de cuentas del fango.

El acólito soltó una carcajada mientras la sangre caliente le salpicaba la cara. Extrajo la cabeza y la columna de la criatura y las sostuvo en alto mientras dejaba que el cadáver vacío y sin cabeza cayera a sus pies con un chapoteo sobre los adoquines empapados de lluvia.

Anok alzó su trofeo y lo agitó hacia el cielo negro mientras soltaba una estridente risa de júbilo, aunque allí no quedaba nadie con vida para verlo.

10

Los guardias de la puerta observaron boquiabiertos a Anok mientras éste se acercaba al templo: tenía la túnica rota, mojada y ensangrentada. Los ignoró y atravesó el patio delantero con paso resuelto hacia la entrada del templo.

Los acólitos y sirvientes se lo quedaban mirando al pasar. Anok podía verlos susurrando cuando ya se encontraba lo bastante lejos como para no oírlos, e imaginaba fácilmente sus palabras.

Estaba empezando a resultar irritante. Acercó la mano y se tocó el costado herido a través de una raja irregular en la túnica. Aunque aún se sentía pegajoso a causa de la sangre, la Marca de Set ya le había curado la herida. Suspiró. No contaba con un hechizo para componer la ropa dañada (tal vez tuviera que trabajar en eso), pero al menos no tenía que parecer recién salido de un río.

Se detuvo en medio de la cúpula central, un concurrido cruce de tráfico a través el templo, y extendió los brazos con toda tranquilidad.

—¡Viento del desierto!

Una brisa cálida sopló alrededor de él, cada vez más rápido, hasta que el viento comenzó a aullar. Un grupo de acólitos jóvenes lo observaban desde una entrada, y en sus ojos resultaban visibles tanto la admiración como el miedo.

Todo el mundo se detuvo alrededor de él. Contemplaron asombrados cómo una visible columna de viento, parecida a un remolino de polvo, ascendió serpenteando desde los pies del joven hasta el tragaluz en el centro de la cúpula.

Anok los ignoró, se sacó tranquilamente el tocado y sacudió la cabeza para dejar libre el cabello oscuro, permitiendo que el viento seco lo alzara y le extrajera, codicioso, todo rastro de humedad. Se miró el cuerpo y la ropa completamente seca. Su dominio de la magia elemental era tal que detener el viento requirió un acto de voluntad por su parte.

¡Basta!

El viento se desvaneció, aún más rápido de lo que había surgido. Muchos ojos lo observaron mientras se volvía a colocar el tocado y se

arreglaba la túnica, para luego atravesar la sala central y salir al patio.

La gente seguía mirándolo, pero ya no llamaba tanto la atención como al entrar en el templo. Comprobó los aposentos que le habían asignado a Ramsa Aál y le dijeron que, aunque el Sacerdote de las Necesidades había regresado a Kheshatta, había salido del templo a encargarse de un asunto y que no regresaría hasta más tarde.

Sin nada que hacer, Anok se dio cuenta de que estaba hambriento.

Al otro lado del patio olió a pan fresco y a alguna clase de guiso o sopa cocinándose en el refectorio. Se dio cuenta de que la hechicería se cobraba un precio físico además de espiritual.

Llenó una fuente con obleas de pan, fruta fresca, pasteles dulces y un gran cuenco de guiso de carne y verduras. Localizó una mesa vacía, se sentó y usó el pan para coger grandes trozos de guiso. Había limpiado el cuenco, estaba terminando con las últimas uvas y pensando en volver a por más cuando divisó a Kaman Awi con el rostro enrojecido que se dirigía directamente hacia él.

Anok levantó la mirada hacia el sacerdote mientras éste se acercaba.

—Saludos, maestro. ¿Os gustaría acompañarme? El guiso está muy bueno hoy.

El Sumo Sacerdote simplemente se quedó de pie a un extremo de la mesa, con los puños apretados. Por fin consiguió hablar, casi escupiendo las palabras.

—¿Qué has hecho?

Anok inclinó la cabeza con inocencia.

—¿Qué he hecho?

—Pregúntale a cualquiera en Kheshatta. Los rumores están recorriendo la ciudad más rápido de lo que un hombre puede caminar. ¡Al anochecer, todos sabrán que un discípulo de Set ha matado a todo el Culto de Hanuman!

—No a todo el culto, sólo a todo el culto de esta ciudad. Era un grupo pequeño. Unos pocos nada más.

Kaman Awi soltó un resoplido.

—Veintisiete, según los informes. ¡Veintisiete!

Anok cogió el último trozo de pan y limpió el interior del cuenco para atrapar cualquier resto de salsa que pudiera quedar allí.

—Yo sólo conté veinticinco. Tal vez se me pasaron algunos.

—¡No se te pasó nadie! ¡Simplemente, no te apeteció llevar la cuenta de todos los hombres a los que mataste! No sólo los mataste, les arrancaste las cabezas y las columnas del cuerpo.

Anok levantó la mirada hacia él. De repente se había dado cuenta de que contaban con una nutrida audiencia. Actuó para ellos.

El acólito soltó una dura risita.

—¡La forma de matarlos fue conforme a sus propias costumbres! Derramé su sangre en nombre de nuestro dios Set. ¿Cómo puede eso ser malo? ¿No os habéis cobrado innumerables víctimas con vuestras propias manos en nombre de nuestro glorioso señor Set?

A Kaman Awi le temblaron las manos.

—¡Eso es diferente!

—¿Su culto no es enemigo de Set?

—Sí, pero…

—Por favor. —La voz profunda de Ramsa Aál pareció surgir de la nada, y la multitud de espectadores se separó para dejarlo pasar—. Explícanos por qué es diferente, Kaman. El joven Anok nos ha hecho un favor. Sólo lamento no haberlo hecho yo mismo.

Kaman Awi se dio la vuelta, una expresión de pura exasperación le cubría el ancho rostro.

—No lo entiendes, Ramsa.

Ramsa Aál entrecerró los ojos ante la mención de su nombre.

—No lo entendéis, maestro —lo corrigió.

Kaman Awi parpadeó sorprendido; a continuación, inclinó la cabeza en señal de sumisión.

—Como deseéis, maestro. Pero esto es Kheshatta, no Khemi, ni Luxur. Set no domina todo este lugar. La ciudad existe en un estado de estabilidad, de equilibrio entre muchas fuerzas. Vuestro estudiante ha alterado ese equilibrio —señaló a Anok—, El Culto de Hanuman es pequeño aquí, pero existe una tregua tácita entre los cultos. Se producen disputas entre los discípulos de diferentes sectas, algunas incluso terminan en asesinatos. Pero no hay una guerra abierta, ni masacres totales, ni profanación de templos.

Ramsa Aál bajó la mirada hacia Anok con fingida sorpresa.

—Acólito, ¿también profanaste su templo?

—Si es cierto lo que se dice en la calle —prosiguió Kaman Awi—, los cuerpos de los caídos están esparcidos por los muros interiores, reducidos a poco más que a una pasta.

Ramsa Aál se dio la vuelta hacia Anok.

—¿Es verdad?

El acólito señaló un cuenco medio lleno que había en una mesa contigua.

—Había trozos —respondió—. Se parecía más a un guiso.

Ramsa Aál no pudo controlarse. Soltó una risita y luego estalló en carcajadas mientras Kaman Awi lo contemplaba angustiado. Por fin, el Sacerdote de las Necesidades se calmó y se enjugó una lágrima de la pálida mejilla.

Por último, se dirigió al Sumo Sacerdote.

—Si al final se rompe la paz en Kheshatta, no será hoy. Lo que sucederá hoy es que los otros cultos y hechiceros, incluso los fabricantes de venenos, nos temerán… ¡Como debería ser!

Alzó la voz, dándose la vuelta para actuar para todos los que los observaban.

—¡Regocijaos! Pues hoy, precisamente hoy, el Culto de Set será tratado en esta repugnante ciudad de herejes con el respeto que merece. Podréis caminar por las calles, mirar a los ojos a todos los que os encontréis y ver miedo. Sabed que esto sólo es el principio, que el dominio de nuestro culto sobre Estigia será absoluto, ¡ y esto sólo será el principio!

Un murmullo de asentimiento recorrió a los congregados.

Ramsa Aál bajó la mano, la colocó sobre el hombro de Anok y le indicó que se pusiera en pie.

—Sed testigos aquí del campeón del día, el ideal al que todos deberíais aspirar. ¡Alzad vuestras voces por Anok Wati!

A su alrededor, la gente comenzó a marcar un compás, golpeando fuentes, jarras e incluso los restos de huesos contra las mesas.

—¡Anok, Anok, Anok, Anok!

El joven no pudo evitar sonreír. «¡Sí, load al hereje de Set, idiotas!», dijo para sí.

Pero siguió sonriendo y no pudo menos que disfrutar con aquella adulación.

—¡Anok, Anok, Anok!

Teferi y Fallón regresaron a la villa para hallar que Anok no estaba y a Sabé dando vueltas por el salón. El erudito se detuvo en cuanto atravesaron la puerta.

—Se ha ido. —Había exasperación en su tono—. Dijo que al templo, pero no oí llegar ningún carro, y encontré sus espadas colgando de un silla en el rincón.

Teferi contempló las armas, asombrado. ¿Cómo había podido Anok olvidarse las espadas?

—Está en peligro. ¡Tengo que ir a buscarlo!

Sabé alzó la mano.

—No tiene sentido. Se fue hace mucho. O bien está a salvo allí o el peligro ya lo ha encontrado.

»Pero lo cierto es que me temo que es más probable que él suponga un peligro para otros que él mismo se encuentre en peligro. Ahora está más ebrio de poder que nunca, y no puede verlo. No sé decir qué hará después.

Teferi suspiró.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Quedarnos aquí sentados y esperar a que nuestro amigo se vuelva completamente loco?

—No, claro que no. Pero Anok está más enredado que nunca en los oscuros asuntos de Ramsa Aál y Kaman Awi. ¿Habéis averiguado algo?

—Sí. —Teferi describió la forja y cómo fundían el metal de la armadura mística de la tumba del Rey Perdido. También les contó cómo el metal que se había derramado había cobrado vida y matado al obrero.

Sabé se frotó el mentón y frunció el entrecejo.

—Esa armadura fue elaborada por el mago estigio Mocioun. Está escrito que este brujo había descubierto una magia que dotaba a los objetos de metal de capacidad de movimiento cuando los dirigía una voluntad externa. Según la descripción de Anok del enfrentamiento en la tumba, la armadura era tan sensible que incluso la débil voluntad de los espíritus no muertos atrapados en su interior era suficiente para darle vida.

—Entonces, ¿qué ocurrió en la forja?

—En su forma fundida, el metal puede resultar aún más sensible, más inestable. ¿Dijiste que los hombres que se ocupaban de los fuegos parecían sonámbulos? En ese caso, les habían suprimido la voluntad mediante algún método (hipnotismo, venenos, hechicería, o una combinación de los tres), para que no pudieran influir en el metal al acercarse. Cuando el metal que se derramó se aproximó demasiado a la voluntad consciente de un obrero, respondió.

Fallón agitó la cabeza con incredulidad.

—¡Lo mató!

Sin embargo, en cierto sentido, Teferi lo entendió.

—Esto es hechicería. Siempre hay un precio.

Sabé asintió con la cabeza.

—Podría mostrarse más sensible a aquellos pensamientos de autodestrucción y odio a sí mismo que roen los bordes de las mentes de todos los hombres. Ése es el poder que tiene la hechicería para consumir a los incautos. Ésa es la razón por la que un hechicero poderoso no necesita enemigos que lo destruyan. No cuando cuenta con su propia debilidad humana de espíritu —añadió con tristeza—. Ése es el defecto universal del hombre que echa por tierra todos los buenos planes.

Teferi sintió crecer el enfado en su interior.

—Habláis como si estuviéramos condenados desde que nacemos. Reconozco que sois sabio en algunos aspectos, erudito, ¡pero no aceptaré eso! No mientras aún queden algunos hombres y mujeres valientes —miró a Fallón— y de buen corazón en este mundo. Aunque

la arena cambie bajo nuestros pies, aun así podemos ascender por las dunas y atravesar los desiertos. Ninguna senda está cerrada para aquel con la voluntad para recorrerla. ¡ Eso es lo que creo!

Fallón asintió con la cabeza.

—¡Exacto!

Sabé no pudo evitar esbozar una sonrisa torcida.

—Sois jóvenes, amigos míos, y eso os da fuerza de cuerpo y de espíritu, algo que yo ya no poseo. ¿Quién soy yo para deciros lo que podéis hacer y lo que no? El destino sólo tiene tal poder sobre los optimistas y los tontos.

Fallón arqueó una ceja.

—¿Tontos?

Teferi soltó una risita.

—Es mejor que no preguntemos.

El viejo erudito, cansado, se sentó en la silla de la que aún colgaban las espadas de Anok.

—Si bien no soy sabio en todos los asuntos, creedme en esto que os digo. Vosotros tres sois más fuertes juntos que solos. Aceptad que, en algunos aspectos, Anok es más fuerte de lo que vosotros llegaréis a ser, y que, ahora mismo, él necesita vuestra fuerza más que nunca. Solo, ninguno de vosotros puede lograr sus objetivos. ¿Juntos? ¿Quién soy yo para decirlo?

Teferi dirigió la mirada hacia la puerta.

—Puede que no tenga mucho sentido, pero voy a ir a buscar a mi hermano.

Fallón asintió.

—Yo también iré.

Justo en ese momento oyeron el estruendo de las ruedas de un carro y el sonido de grandes caballos deteniéndose en la calle frente a la villa.

Teferi y Fallón se miraron el uno a la otra, y la cimmeria saltó sobre una mesa para poder ver por una de las altas ventanas de la fachada.

—Es un carro del Templo de Set —informó—. Está saliendo alguien, pero los árboles no me dejan ver quién. —Bajó de un salto y se trasladó a otra ventana—. Veo a dos custodios, pero ya se van.

La puerta se abrió y entró Anok. Tenía la túnica rajada en muchos sitios y cubierta de vetas oscuras y oxidadas y de manchones que podrían ser sangre. Se detuvo en la puerta, los miró y parpadeó sorprendido.

Teferi corrió hacia él.

—¡Hermano! ¿Estás bien?

El acólito se tambaleó y estuvo a punto de caer justo en el instante en que Teferi llegó a su lado y lo sujetó. El gigante kushita ayudó a su amigo a llegar hasta un sofá, donde se desplomó, sin fuerzas, entre los almohadones, contemplando el techo.

Mientras la cabeza le caía hacia atrás, Teferi vio las marcas frescas de colmillos en su cuello.

Anok parpadeó.

—¿Ya es hora de cenar? —Su voz sonaba débil—. Ha sido un día muy largo.

11

Anok se recuperó rápido del ritual del veneno. Ante esto, Teferi no estaba seguro de si debería alegrarse o inquietarse. Para el almuerzo, Anok había recobrado el color y estaba comiendo con voracidad.

Teferi lo observó cortar hábilmente un melón en trozos grandes con un cuchillo, separar la pulpa verde y de olor dulce de la cáscara y trocearla en dados que se llevaba a la boca fácilmente con la punta del cuchillo. Masticó con avidez y se limpió con la manga un poco de jugo que le bajaba por el mentón.

—Si sigues comiendo así vas a tener que pedirle al templo un aumento de la paga para tus gastos —apuntó Teferi.

Anok se rió.

—Supongo que me corresponderá un aumento cuando me invistan sacerdote.

Su amigo frunció el entrecejo.

—Querrás decir en el caso de que te invistan sacerdote. Parece que los planes de Ramsa Aál están progresando con rapidez. Tal vez todo esto haya terminado antes de que las cosas lleguen tan lejos.

Anok se apartó un trozo de melón de la boca y contempló la hoja, girándola de forma que el reflejo de la luz del sol que entraba por la ventaba recorriera su rostro.

—Hablas como si simplemente pudiéramos desbaratar sus planes e irnos a casa.

—¿No es ésa tu intención?

El acólito se comió el resto del melón y luego clavó la punta de la hoja en la superficie de la mesa, de forma que quedara allí vibrando.

—Si se pueden frustrar los planes de Ramsa Aál sin desvelar que soy un hereje, ¿por qué debería irme? Puedo seguir trabajando dentro del culto para provocar su caída, y puedo lograrlo con mayor eficacia en el papel de sacerdote. Cuanto más alto sea mi rango, más poder tendré, y más daño podré ocasionar.

—Hablas como si ésa fuera tu verdadera vocación, Anok. Debes decidir: ¿eres un hereje o un auténtico discípulo de Set?

Anok soltó una carcajada forzada y se reclinó en la silla, colocando

las manos detrás de la cabeza.

—Ya conoces la respuesta.

—¿De verdad?

Se echó hacia adelante, mientras apretaba los labios formando una fina línea.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Dudas de mí?

—Me preocupo por ti, hermano, eso es todo. Si te recuerdo tu misión, es sólo porque siento que debo hacerlo. No pierdas de vista cuáles son tus auténticos objetivos. Podrías hallarte más cerca de lo que crees, pero no te servirá de nada si acabas atrapado en la trampa de Set. —Señaló las marcas a medio sanar en el cuello de su amigo—. ¿Cómo pudiste dejar que te hicieran eso otra vez tan pronto?

Anok se mordió la comisura del labio y no miró a Teferi a los ojos.

—No dejé que me lo hicieran. Yo solicité el ritual.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú no lo entiendes, Teferi. Mi estatus en el culto está creciendo rápidamente. Soy famoso. La confianza de Ramsa Aál en mí crece. Sean cuales sean sus planes, ahora tengo plena confianza de que yo estaré a su lado cuando los lleve a cabo. Debo seguir convenciéndolo de mi lealtad hacia el culto.

—¿Sometiéndote al veneno?

—No es tan malo. La Marca de Set me ofrece algo de protección, y el veneno es débil. En ciertos sentidos, resulta estimulante.

—Hablas de ello como si fuera un baño en una fuente termal. Esto es veneno, Anok. ¡Veneno contaminado por la maligna magia de Set!

—Soy capaz de afrontar el reto. No flaquearé.

El kushita suspiró y caminó a lo largo de la estancia.

—Fallón vino antes, mientras estabas en el jardín.

—No la he visto esta mañana. ¿Dónde ha estado?

—En las calles, tratando de conseguir más información sobre los planes de Ramsa Aál. Oyó algunos cotilleos interesantes esta mañana y, de hecho, comenta que apenas se habla de otra cosa. Un discípulo de Set entró en el callejón del Culto de Hanuman y los mató a todos él solo.

Miró a Anok, quien, con el rostro impasible, no dijo nada. Finalmente, comentó:

—El Culto de Hanuman es un grupo repugnante, incluso desde el punto de vista de Set. Unos sucios fornicadores de animales y asesinos de bebés. Ha sido para bien.

Teferi lo observó, entrecerrando los ojos.

—Eso es lo que tú dices. —Aguardó a que su amigo añadiera algo más. Cuando no lo hizo, el kushita continuó-: ¿Por qué lo hiciste,

Anok? ¿Otro número creativo para impresionar a tu nuevo amo, Ramsa Aál?

—Ese fue el resultado, pero no era mi objetivo.

Teferi arrugó el gesto. Le resultó significativo que Anok no hubiera negado la parte acerca de que Ramsa Aál fuera su amo. Hubo un tiempo en el que nunca hubiera dejado pasar algo así. Ahora, simplemente protestaba por detalles de significado.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Anok arrugó el entrecejo. Apartó la silla y se puso en pie, desclavó el cuchillo de la mesa, lo limpió con un paño y luego lo volvió a meter en la vaina que llevaba a la cintura.

—Desde que regresé de la Tumba de Neska he buscado una auténtica prueba para mi poder y control. Tal oportunidad no se ha presentado, así que me vi obligado a idear una.

Extendió las manos y se miró a sí mismo.

—Como puedes comprobar, incluso después de eso y del ritual del veneno, estoy sano. No me he vuelto loco. Cuando me enfrente a mi batalla con Set, sabré qué armas se encuentran a mi disposición y cómo empuñarlas. Antes no lo sabía.

—¿Y esta matanza fue bien acogida en el templo?

—La verdad es que muchos estaban indignados, incluyendo a Kaman Awi. —Sonrió al recordarlo—, Pero Ramsa Aál saltó en mi defensa delante de la mitad del templo.

Teferi le espetó con desdén:

—Escúchate, Anok. ¡Hablas de esto con orgullo! ¡Ramsa Aál no es tu padre!

Las palabras le salieron de la boca antes de haberlas considerado detenidamente, y aterrizaron en el centro de la habitación como una roca lanzada por una catapulta.

Anok simplemente se lo quedó mirando con una expresión difícil de leer. Por fin, negó con la cabeza y se dio la vuelta.

—¡Anok! ¡No debería haber dicho eso! Fue injusto por mi parte.

El acólito respiró hondo y soltó el aire despacio.

—No, no, hacía falta decirlo. Puede que haya algo de verdad en ello. La muerte de mi padre a una edad tan temprana ha dejado un gran vacío en mi vida. Quizá siempre haya sentido una necesidad secreta de llenar ese vacío, y, como un idiota, he dejado que Ramsa Aál ocupe ese papel.

Se quedó allí de pie un momento, luego volvió la cabeza y escupió en el suelo con furia.

—¿En qué estaba pensando?

Se dirigió pisando con fuerza hacia las puertas abiertas del jardín,

se apoyó en el marco y contempló las plantas, aún abundantes tras los chaparrones de los días anteriores.

Teferi se preguntó si estaba siendo demasiado duro, o no lo suficiente. Sin embargo, Anok parecía sinceramente arrepentido. Se situó detrás de su amigo y le colocó una mano sobre el hombro.

—Has perdido tu senda, hermano. Déjanos ayudarte.

Anok soltó una carcajada.

—No puedo creer que me dejara las espadas. —Se dio la vuelta y las observó. Aún seguían colgando de la silla en un rincón del salón—. Hazme un favor, viejo amigo. Entrenemos como lo hacíamos en los viejos tiempos. Cojamos las armas y creemos la sencilla música del acero.

El kushita frunció el entrecejo.

—¿Crees que podrás?

Su amigo se rió y se acercó a coger el arnés con las espadas.

—Ya te lo dije, estoy bien. Mejor que bien, ahora que he descansado un poco.

Eso no hizo que Teferi se sintiera mejor, pero no dijo nada. El jardín de la villa era pequeño pero exuberante, y estaba rodeado por un alto muro. Estaba arreglado y bien atendido cuando se mudaron, pero se había descuidado y llenado de maleza desde su llegada.

De los tres, Fallón era la única que mostraba algo de interés, o conocimientos, en el cuidado de plantas. Teferi dedujo que habría aprendido durante el tiempo que fue esclava de joven. La cimmeria no hablaba mucho de ello, pero resultaba evidente que su interés en aquella labor se veía empañada por recuerdos desagradables; y ella solía trabajar en el jardín sólo alguna que otra vez y únicamente durante poco tiempo. De vez en cuando, contrataban a alguien para que viniera a limpiar la villa y a ocuparse de los jardines, pero esto no era Khemi, y ese trabajo no resultaba barato.

Salieron al jardín y siguieron el sendero de piedras hasta el enladrillado patio central. Era un día soleado, y las abejas zumbaban alrededor buscando la madreselva y los arbustos en flor que crecían a lo largo del muro.

Teferi se dio la vuelta para enfrentarse a Anok y desenvainó la espada.

—¿Recuerdas que la última vez que intentamos entrenarnos no fue muy bien? —preguntó.

El acólito inclinó la cabeza.

—¿De verdad ha pasado tanto tiempo? Supongo que sí. Cuando vi este jardín por primera vez supuse que lo usaríamos para practicar nuestra destreza en el manejo de la espada.

—Como hemos hecho Fallón y yo.

Anok se sujetó las correas del arnés y sacó una de las espadas. La extendió hacia adelante y dio un golpecito con la hoja contra el arma de Teferi, que era más grande. A continuación, desenvainó la segunda espada y adoptó una postura relajada, con las espadas en alto y los pies separados.

Había habido un tiempo, en las calles de Odji, los barrios bajos de Khemi, en que las espadas de Anok Wati habían sido una fuente de terror y respeto. Lo llamaban el «demonio de dos espadas», por su estilo de lucha a dos manos. Anok podía combatir tan bien como cualquiera con la mano izquierda o con la derecha, y pelear igual de bien con dos espadas que con una. Podía enfrentarse con un hombre hasta llegar a un punto muerto con una espada en la mano derecha y luego pasarla a la izquierda sólo para crear confusión. Era rápido, ágil, astuto; ganaba en sus enfrentamientos utilizando velocidad, destreza y distracción.

Parecía que había pasado una eternidad desde entonces. El dominio de la espada sólo permanecía con aquellos que vivían del acero día a día, o con los que practicaban con ella todos los días sin falta. Ultimamente, era como si Anok llevara sus armas más por costumbre que por otra cosa, y la aventura del día anterior parecía demostrar que incluso ese hábito se estaba debilitando.

—Seré indulgente contigo —aseguró.

Anok simplemente sonrió mientras cambiaba el peso de un pie al otro y se agachaba ligeramente anticipando un ataque.

«¿Espera a que yo me mueva primero? Está bien.»

Teferi echó el brazo izquierdo hacia atrás para equilibrarse, mientras agitaba la punta de la espada para ocultar sus intenciones; luego arremetió contra el lado derecho de su oponente.

Anok se apartó a la izquierda, utilizando la espada derecha para desviar la punta del arma de Teferi hacia arriba y hacia afuera, a la vez que la espada izquierda se dirigía hacia el costado expuesto del kushita.

Teferi giró y se echó a un lado, liberando la hoja a tiempo para apartar de un golpe la espada derecha del acólito. Su arma más pesada desvió con fuerza la espada y el brazo de Anok, lo que le ofreció una abertura.

Teferi embistió hacia adelante, apuntando al estómago de su oponente, preparado para detener la hoja antes de que pudiera ocasionar auténtico daño.

No hacía falta que se preocupara. Anok no estaba allí para recibir la punta cuando ésta pasó.

Se lanzó a un lado, utilizó la espada para guiar la hoja de Teferi hacia el suelo y luego se subió de un salto a una roca mientras el kushita forcejeaba tratando de desclavar su arma.

Anok le lanzó una carcajada desde su posición elevada.

— ¡Primera sangre! ¡ Creo que has ensartado a un gusano!

Teferi soltó un gruñido y balanceó el arma hacia los tobillos del acólito. Anok saltó en el último momento, de forma que la hoja sólo cortó el aire bajo sus pies; a continuación, apuntó al rostro de Teferi.

Su oponente esquivó la hoja, sólo para apartarse inmediatamente en la otra dirección para eludir a su gemela.

La primera arma golpeó.

El kushita retrocedió y la desvió.

La segunda.

Volvió a retroceder, mientras el acero repicaba contra el acero.

Las hojas se movían cada vez más rápido, de manera que lo único que Teferi podía hacer era retroceder y defenderse.

Con el rabillo del ojo, vio la sombra de una palmera a su espalda. Se dirigió hacia ella y descubrió la leve sonrisa en el rostro de Anok que indicaba que pensaba que iba a acorralar al contrario.

Notó el tronco sólido contra la espalda y vio la punta de la hoja de Anok dirigiéndose hacia su cara.

Se agachó y se apartó a la derecha, usando la espada para defenderse mientras rodeaba el árbol; la punta del arma del acólito se hundió en la madera y se quedó allí clavada.

Antes de que tuviera tiempo de sacarla, Teferi se lanzó hacia adelante, usando el árbol para cubrirse y obligando a Anok a abandonar una de sus armas.

Teferi sonrió.

—Ahora —dijo—, las cosas están más igualadas.

Anok le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza. Cogió la daga con la mano derecha y la desenvainó.

—¡Sigo siendo el demonio de dos espadas!

Si la diferencia de alcance y equilibrio de sus dos armas le molestaba, Anok no dio muestras de ello. Volvió a pasar rápidamente al ataque, usando la espada para mantener ocupada el arma de Teferi mientras trataba de apuñalarlo o cortarlo con el cuchillo. Teferi siempre logró mantenerse fuera de su alcance, pero lo obligaba a desviar la atención, y Anok era muy rápido con la daga.

El kushita simuló una estocada, retrocedió, balanceó la espada por encima de la cabeza y la hizo descender con un potente ataque a dos manos.

Anok cruzó las hojas atrapando la espada de Teferi entre ellas; a

continuación se echó hacia atrás, utilizando la fuerza del golpe de su oponente, más grande que él, en su favor.

Teferi cayó hacia adelante, desequilibrado, mientras Anok caía de espaldas sobre un parterre que amortiguó el golpe.

De pronto, Teferi encontró los pies del acólito contra su estómago, levantándolo en el aire y lanzándolo de cabeza contra el camino de piedra.

Se oyó un ruido sordo cuando golpeó contra las ásperas piedras, y notó cómo se le levantaba un trozo de piel de la espalda. Soltó un gruñido, se dio la vuelta y se quedó agachado a cuatro patas, sosteniendo aún la espada en la mano, preparado para el ataque de Anok.

En cambio, el acólito había regresado corriendo y estaba recuperando la segunda espada del tronco del árbol, Tras liberarla de un tirón, se dio la vuelta y sonrió.

—¡Así que las cosas vuelven a no estar tan igualadas!

Teferi miró alrededor y descubrió un trozo de una rama caída junto a su mano izquierda. Era casi tan gruesa como su muñeca y aproximadamente de un metro de largo. La agarró y se puso en pie.

—¡En ese caso —repuso—, busquemos otra forma de igualarlas!

Junto a una esquina del jardín, un trío de rocas verticales estaban ingeniosamente dispuestas formando un triángulo. Anok se dio la vuelta, corrió hacia ellas y saltó ágilmente sobre la que estaba situada más lejos; luego, se dio la vuelta para enfrentarse al kushita con las espadas gemelas preparadas.

Sin desear concederle ni un momento de descanso, Teferi soltó un grito de batalla y atravesó el patio central hacia él, alzando la espada por encima de la cabeza y sosteniendo la improvisada arma de madera diagonalmente frente al rostro en una posición defensiva.

Atacó entre las otras dos rocas, lanzando la espada contra el estómago de Anok.

El hombre más pequeño se alejó ágilmente en el preciso instante en que Teferi intentaba golpearle los tobillos con la rama.

Dio un salto, cruzando por encima del golpe, y aterrizó en la roca situada a la derecha del kushita.

Teferi se echó hacia atrás de forma instintiva mientras la punta de la hoja de Anok golpeaba la piedra detrás de donde se había encontrado su cuello.

El acólito volvió a saltar y cayó a la vez que lanzaba un golpe como un latigazo que Teferi desvió con la rama.

Anok tenía ahora el terreno elevado y lo aprovechó al máximo. Saltando de roca en roca, sus hojas gemelas atacaban desde todos los

ángulos. Teferi se sentía como si estuviera tratando de esquivar relámpagos; sin embargo, parecía haber un ritmo, una pauta, que podría anticipar…

De pronto, una de las espadas cambió de sentido y la otra golpeó de forma inesperada. La atrapó con su arma en un ángulo incómodo; la rama que llevaba en la otra mano estaba mal situada y resultaba inútil.

El pesado pomo de la espada de Anok le golpeó la parte superior de la cabeza. Hubo un trueno junto con el relámpago, y vio estrellas.

Antes de poder darse cuenta, una de las espadas de Anok se enredó en la guarda del arma de Teferi. La hoja le fue arrancada de la mano y salió volando para caer girando sobre los ladrillos del patio central.

Teferi consiguió bloquear un golpe con la rama de madera, pero se encontró inmediatamente en una gran desventaja.

Anok jugaba con él: lo alejaba para impedirle recuperar la espada, lo mantenía ocupado respondiendo a un ataque, a una finta tras otra, lo hacía retroceder constantemente.

Entonces, las hojas se acercaron desde dos direcciones a la vez. Se agachó y sostuvo la rama en alto para defenderse, pero se dio cuenta al instante de que lo había vuelto a engañar.

Las espadas no iban dirigidas a él. Se hundieron en cada uno de los lados de la rama, permitiendo que Anok utilizara la fuerza de ambos brazos para arrancársela de la mano y lanzarla por los aires.

Una de las armas de Anok quedó clavada en la rama, pero éste dejó que saliera volando también, y de inmediato la sustituyó por la daga.

Empujó a Teferi y le saltó sobre el pecho mientras caía.

El kushita aterrizó con un doloroso ruido sordo. Las rodillas del acólito lo empujaban contra el suelo, tenía la espada contra el cuello y la punta le hacía echar el mentón hacia atrás.

Se quedó allí tendido, resoplando, sabiendo que en una pelea de verdad podría estar muerto.

—¡Me rindo! —logró decir entrecortadamente.

La espada seguía apretada contra su yugular, la punta se hundió un poco en la suave carne de su mentón hasta que corrió un hilito de sangre.

Se dio cuenta de que algo iba mal y, aunque se veía obligado a echar la cabeza hacia atrás, consiguió mirar a Anok a los ojos.

Su amigo, su hermano, jadeaba, tenía la cara roja y cubierta de sudor y los ojos muy abiertos a causa de la ira y la sed de sangre.

—¡Me rindo!

Anok lo miró como si no fuera más que un animal. La mano que

sostenía la daga temblaba.

—¡Anok!

El acólito se apartó de un salto, dejó caer la espada e hizo a un lado la daga. Retrocedió tambaleándose, apartó el rostro y se desplomó como si no le quedaran fuerzas para mantenerse en pie.

Se quedó allí un momento, quieto; luego se rió.

—Te… te he engañado, ¿verdad? —Soltó otra carcajada, que sonó falsa en los oídos de Teferi.

»Pensabas que estaba débil y que me faltaba práctica. Te he sorprendido, ¿a que sí?

Se dio la vuelta con una media sonrisa en el rostro, pero se trataba de una máscara que ocultaba la sed de sangre que se iba desvaneciendo, y algo más.

Miedo.

«Una parte de él lo sabe, a pesar de que no quiere admitirlo ante sí mismo», reflexionó Teferi.

Anok se dio la vuelta y regresó rápidamente a la casa.

—Tenemos que volver a hacer esto pronto. Pero por hoy hemos terminado.

Luego, entró en la casa y desapareció alrededor de una esquina.

Anok estaba tendido en su cama, contemplando el techo, mientras trataba de entender lo que había ocurrido en el jardín aquella tarde. ¿Qué locura se había apoderado de él?

Intentó recordar la última vez que se había encontrado en una lucha como aquélla, una pelea con espadas, no con magia. Suponía que había sido durante el viaje en caravana, cuando los atacaron los bandidos y se vieron obligados a luchar por sus vidas contra una fuerza muy superior de kushitas a caballo.

Pero incluso entonces, cuando todo estaba perdido, había puesto fin a la lucha con hechicería, y eso era diferente.

Luchar con armas era un asunto de pasión y emoción. Se sentía ira, miedo, la fiebre de la batalla en la sangre. Pero pelear con magia era diferente, había menos emociones y más intelecto y voluntad. En cierto sentido, incluso en los momentos más apremiantes, más violentos, resultaba… fría.

En ese aspecto, combatir con armas se diferenciaba de aquello a lo que se había acostumbrado tanto. Ahora se daba cuenta de que no era tan sólo la suma de destreza en el manejo de la espada, velocidad y habilidad: era emoción. Y, en este caso, más que a muy pocas ansias de pelear, había sucumbido a demasiadas.

Eso era todo. Sencillamente, ya no estaba acostumbrado a un combate tan primario y animal. Sus emociones lo habían vencido. Eso

era todo.

La próxima vez, todo iría mejor.

Lo recordaría.

Se quedó allí tumbado, en silencio, observando cómo las sombras que entraban por la ventana se alargaban, la luz se teñía de color naranja, y seguía sin lograr convencerse completamente a sí mismo.

Aquello no llevaba a ninguna parte.

Tenía que dejar de darle vueltas al asunto y hallar alguna distracción que lo animase. Quizá, sólo por esta vez, podría dejar su túnica de Set, vestirse como un hombre común y corriente y salir a la calle para encontrar una taberna y emborracharse tranquilamente.

¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo así?

Justo en ese momento oyó la voz de Teferi en la otra habitación. Había habido silencio durante tanto rato, que había supuesto que el kushita se habría ido ya. Obviamente, estaba equivocado.

—Fallón, has regresado.

Anok se levantó sin hacer ruido y se acercó a la puerta para escuchar.

—He estado rondando las cantinas en busca de chismorreos, y oí cuando un guía de camellos decía que una caravana de cincuenta custodios llegó a los barracones orientales esta mañana por el camino de Pteion. —Se le notaba una ligerísima dificultad para hablar.

—Has estado bebiendo otra vez.

La cimmeria soltó una risita, un sonido ronco que a Anok le resultó atractivo.

—Sólo un poco. Tuve que guardar las apariencias, e incluso las bebidas aguadas tienen un efecto acumulativo.

Oyó cómo Teferi gruñía. No sonaba del todo satisfecho.

—Entonces, en cuanto a las tropas. ¿Se trataba de reemplazos?

—Refuerzos. Cuando estuvimos allí ayer, tú sólo viste el complejo de la forja. En aquel momento no pensé mucho en ello, y no me diste oportunidad de mencionarlo después, pero pude echar un vistazo dentro de la fortificación. Ya está abarrotada de tropas de custodios, andan muy ocupados entrenándose, como si practicaran para algún combate próximo.

—¿Por qué estarán concentrando tropas? Haría falta mucho más que eso para tomar Kheshatta; sin embargo, es mucho más de lo que necesitan para defender el templo y el fuerte. Nunca tolerarán que haya tantas tropas de custodios en la ciudad. De hecho, habrá quejas cuando se corra la noticia de que están acuarteladas cerca de la ciudad.

Anok ya había oído suficiente. Abrió la puerta y se dejó ver.

—Tal vez vayan en busca de la tercera Escama de Set.

Teferi lo miró con el entrecejo fruncido.

—Pensaba que habías dicho que Ramsa Aál ya tenía dos Escamas.

—Estaba equivocado en eso.

—Pero el poder de su Escama logró vencer al de la tuya en la primera ceremonia del veneno. ¿La de él es más poderosa que la tuya?

Anok bajó la mirada.

—No lo creo. Pienso que todas son iguales. Pero supuse que él había utilizado el poder de dos contra una. Puesto que ése no es el caso, debe de haber otras razones. Quizá sea más fácil dominar las Escamas para hacer el mal que el bien.

El kushita simplemente se lo quedó mirando, como si quisiera decir algo pero se estuviera conteniendo.

—¿Tienes algo que decir, Teferi?

—Te has vuelto a exponer a ti mismo al ritual del veneno. Tal vez aquel día una parte de ti lo deseaba, quería rendirse al mal de Ramsa Aál.

—¡Eso es absurdo!

—¿De verdad? Ya no estoy seguro.

Se dirigieron una mirada glacial. Por fin, Teferi apartó la vista y se volvió hacia la puerta.

—Tengo que ir a hablar con Sabé. Querrá saber esto.

«Y también le contarás lo que he estado haciendo, ¿verdad?», le reprochó interiormente Anok.

Pero no dijo nada, simplemente contempló cómo el kushita salía por la puerta.

—Tal vez llegue tarde —le dijo a Fallón—. Tal vez llegue muy tarde.

Fallón, confundida, se dio la vuelta y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios le pasa hoy?

—Estuvimos entrenando en el jardín hace un rato. El perdió. Estrepitosamente. Creo que eso lo hizo enfadar.

La mujer bárbara sonrió y soltó una carcajada, sorprendida.

—¿Derrotaste a Teferi? ¿En una pelea limpia?

—En una pelea limpia.

—¿Sin magia? ¿Sin artimañas de hechicería?

Con toda tranquilidad, dio un paso hacia ella, fijándose en lo hermosa que estaba bajo la luz del sol poniente.

—Nada salvo músculo y acero. Oh, y él cogió un palo en cierto momento, pero yo se lo quité rápido.

La cimmeria soltó una risita.

—¡Un palo! ¡Dime que no es verdad!

El acólito señaló hacia el jardín.

—Sigue allí, con las marcas de mis espadas en la madera. Vea verlo por ti misma.

Ella volvió a reír.

—Aceptaré tu palabra. Es sólo que resulta divertido imaginarse a Teferi luchando contigo con un palo.

Anok sonrió y se le acercó otro paso. La luz del sol se reflejaba en el cabello de la mujer como si se tratase de un halo de fuego. La cimmeria olía a flores y miel.

Fallón le leyó la mirada y pareció sorprenderse. Sin pensarlo, dejó que la punta de la lengua se le deslizara por el labio superior. Su sonrisa se desvaneció. Lo miró y parpadeó sorprendida.

—Anok, ¿en qué piensas?

—En nosotros —respondió.

—¿Nosotros? ¿Quieres decir tú y yo?

Anok miró alrededor con un gesto de burla en el rostro.

—Yo no veo a nadie más aquí. Sí, tú y yo. Ya va siendo hora de que hablemos.

Fallón parecía nerviosa. Desvió la mirada, pero no se apartó.

—Hace mucho tiempo que quiero hablarte de ciertas cosas, pero lo he ido retrasando. Aunque nos hemos acostado juntos muchas veces desde que salimos de Khemi, siempre fue como si se tratase de un asunto de lujuria y conveniencia, y no hablábamos mucho, después.

Anok esbozó una leve sonrisa.

—¿Y tú no compartías esa lujuria?

—Sí, lo admito. Pero no siempre estaba tan segura respecto a ti. Siempre parecía que era yo la que iba detrás de ti. Había cierta reserva, algo oculto. Y yo no preguntaba acerca de ello, no lo cuestionaba.

—Puede que haya algo de cierto en eso —admitió el acólito.

—Sé que tu corazón pertenecía, que tal vez aún pertenece a otra que ya no está. Y aunque ha pasado el tiempo, sé que esas heridas siguen frescas.

Anok se acercó más.

—Sheriti está muerta y enterrada, ahora lo sé, Puede que en el pasado eso se interpusiera entre nosotros. Pero ya no.

Fallón alzó la vista y se encontró con su mirada, los ojos de la cimmeria estaban muy abiertos a causa del asombro. Tenía un aspecto desprotegido, vulnerable.

Anok estiró la mano y cogió la de ella.

—Si me he contenido, si te he ocultado mi corazón, mi pasión, tal

vez veas que las cosas han cambiado. Que han cambiado mucho.

La acercó a él de un tirón. La bárbara soltó un grito ahogado, demasiado sorprendida incluso para fingir resistencia, al descubrir sus cuerpos pegados uno al otro.

Anok le rodeó la cintura con el brazo, la apretó con fuerza contra él y buscó sus labios con avidez.

Fallón dejó escapar un apagado grito de protesta que se trasformó en un gemido cuando sus labios cedieron ante la lengua de Anok.

El acólito la obligó a darse la vuelta, la empujó hacia atrás y la hizo chocar contra la pared junto a la puerta del dormitorio. La cimmeria jadeó mientras él volvía en un instante a estar sobre ella, le recorría el cuerpo con las manos, le mordía los labios. Las caderas de los dos se movían al unísono.

Anok sintió cómo una potente lujuria lo envolvía y soltó un gruñido, bajo y desde el fondo de la garganta. Le desabrochó el cinto de la espada y lo lanzó a un lado.

—Ahora estás indefensa —susurró.

La mano abierta de Anok ascendió por el cuerpo de la mujer, entre los pechos, hasta que los dedos rodearon el borde de la túnica. La mano se cerró alrededor de la tela.

Tiró con fuerza. Hubo una vacilación, un rasgón, y la prenda acabó en la mano del acólito, dejando a la mujer medio desnuda ante él. Anok apartó la tela hecha jirones y se empapó de ella con los ojos mientras la cimmeria retrocedía contra la pared.

Anok volvió a apretarse contra la mujer.

Fallón lo empujó débilmente con las manos, pero él la sometió con el poder de sus besos. Las manos del acólito bajaron suavemente más allá de los pechos palpitantes de la bárbara, le contó las costillas con los dedos, le acarició tiernamente los suaves costados hasta que halló la pretina de la falda.

La agarró con ambas manos y tiró hasta que algo se rompió, hasta que pudo deslizarle la falda por las caderas, para que cayera, inservible, alrededor de los pies de la mujer. Fallón jadeó.

Anok la tomó por los hombros con brusquedad, apartándola de la pared y guiándola de espaldas por la puerta hacia su dormitorio.

—¿Dices que me contengo contigo? Bueno, ahora lo tienes todo de mí. Toda mi pasión, todo mi corazón, toda mi lujuria, sin ocultar nada. Sin clemencia…

La empujó de espaldas sobre la cama. Fallón aterrizó sobre los codos, con las piernas flexionadas y la boca abierta, Anok no sabía si por el deseo o la sorpresa, y la verdad era que tampoco le importaba.

Se quitó su propia ropa con impaciencia, sintiendo el frío aire

nocturno contra el calor de su cuerpo. Se subió sobre la mujer y la obligó a tenderse de espaldas mientras le sujetaba las muñecas con las manos y le separaba las piernas con las suyas.

Dejó caer su peso sobre ella y la penetró con violencia.

Fallón dejó escapar un grito, forcejeando débilmente contra los brazos que la retenían, retorciendo su cuerpo bajo el de él.

Anok la silenció con sus labios y, al fin, no hubo nada entre ellos.

Nada en absoluto.

12

Teferi estaba sentado en el pequeño patio amurallado situado detrás de la casa de Sabé. Era de reducidas dimensiones, incluso comparado con el jardín de la villa en la que vivían ellos, y no crecía nada allí. Había unos pocos tiestos y maceteros, pero no contenían nada salvo tierra, unos palos de color marrón y hojas muertas. Hasta hacía poco, Sabé incluso había mantenido cubiertas con tablas las puertas que conectaban con la casa.

Fallón lo había convencido para que las volviera a abrir.

—Vivís como un ermitaño en una cueva que vos mismo habéis creado —lo reprendió la cimmeria—. ¡No estáis demasiado ciego para sentir la lluvia en el rostro o el viento en el pelo!

Sabé había transigido, y ahora, en las noches despejadas, pasaba la mayor parte del tiempo allí, a menudo con Teferi haciéndole compañía. El viejo erudito estaba sentado a una pesada mesa montada para ese fin, sus dedos se deslizaban por el texto escrito bajo una penumbra tan profunda que Teferi apenas podía ver la tablilla.

El kushita se reclinó hacia atrás y observó el cielo mientras las nubes se separaban como si fuesen una cortina, revelando una brillante alfombra de estrellas.

—¿No tenéis nada que decir, Sabé?

—¿Qué quieres que diga? Estoy leyendo.

—Os he contado lo que ha ocurrido hoy. Me temo que lo estamos perdiendo, a pesar de todos nuestros esfuerzos. He venido a veros en busca de consejo.

Sabé soltó un gruñido de indignación y apartó la silla ruidosamente de la mesa.

— i Y yo estoy leyendo! Soy un erudito. Eso es lo que hago. Eso es lo que has venido a buscar de mí, y ésa es la mejor forma en la que puedo ayudarte. —Se levantó de la silla mientras sacudía el dedo en el aire—, He olvidado más saber místico del que la mayoría de los hombres soñarían con conocer.

A continuación, suspiró y se volvió a desplomar sobre el asiento.

—El problema, mi joven amigo, es que lo he olvidado. Durante

todos estos años, la maligna Marca de Set me ha mantenido entero y con una salud razonablemente buena. Pero tiene sus límites, no sé si por defecto o por diseño.

»Ahora, mi mente envejece más rápido que mi cuerpo. Tengo que esforzarme incluso para recordar todos los volúmenes y tablillas que tengo aquí, mucho más lo que contienen. Así que, para ayudarte, debo repasar constantemente las obras relevantes. Seguramente te habrás dado cuenta de que te he pedido que me traigas las mismas tablillas una y otra vez.

Teferi frunció el entrecejo.

—Sí, pero supuse que las revisabais en busca de matices que se os hubieran escapado antes.

—Hubo un tiempo en que eso era cierto, y puede que aún lo sea un poco. Pero ahora las leo para no olvidarlas. Cuando me dijiste que eras un zimwi-msaka recordé vagamente que algunos de mis textos hacían alusión a ese clan perdido. No había podido encontrarlos hasta ahora.

»Hace cincuenta años o más, adquirí una pequeña colección de materiales que pertenecían a un brujo que había estudiado la antigua magia kushita.

—Creía que los kushitas no tenían magia, que toda procedía de Estigia y de más allá.

—En ese caso, estabas equivocado. Había hechiceros buenos (como las llamadas doctoras brujas que ayudaban a los zimwi-msaka) y hechiceros y brujas malvados. Estos eran forajidos y la gente los temía. La magia no formaba parte de la vida cotidiana, como en Estigia, pero era parte de ella de todas maneras.

—Entonces, ¿qué os dicen esos textos, y qué tiene que ver con Anok?

Sabé levantó la tablilla que había frente a él y la colocó sobre la pila con las otras que había leído; luego puso los codos sobre la mesa, muy separados, y apoyó el mentón sobre los dedos entrelazados.

—He averiguado esto de tu historia: Había muchas formas en las que los zimwi-msaka protegían a la gente del mal, y utilizaban diversas herramientas para llevarlo a cabo. Entre esas piezas que conseguí hace tiempo se encuentra lo que creo que es una de esas herramientas.

Se puso en pie.

—Ven conmigo.

Teferi siguió a Sabé hacia el interior de la casa a través de la gran habitación central, abarrotada de tablillas y pergaminos, y a lo largo del estrecho pasillo que conducía al ala oeste del edificio donde

estaban situados los aposentos personales del anciano.

Teferi casi nunca se había aventurado hasta allí durante sus visitas. Sabé aún era sumamente reservado, y esta parte de la casa seguía sin ventanas y permanentemente a oscuras. Al entrar, el kushita cogió una lámpara de aceite de un aplique de la pared, pues sabía perfectamente que no habría luz en el interior.

El aire estaba viciado y lleno de extraños olores: incienso, hierbas exóticas, cosas quemadas, cosas a medio pudrir, cosas muertas. Entraron en un pequeño almacén lleno de baúles, cajas y objetos raros. Apoyado contra una esquina estaba lo que parecía ser el ataúd de una momia de tamaño natural. Una máscara demoníaca en la tapa sugería que el ocupante no era del todo humano.

Sabé lo ignoró todo y señaló hacia un gran arcón situado en el centro del lugar.

—Aparta eso.

Teferi dejó la lámpara sobre un estante cercano, colocó ambas manos en el borde de la tapa y se apoyó contra él. Para su sorpresa, el arcón se movió fácilmente sobre alguna clase de ruedecillas ocultas desvelando una trampilla en el suelo.

—¿Abro esto?

Sabé asintió con la cabeza.

El kushita agarró el aro de hierro y tiró. La puerta con contrapeso se abrió con facilidad en medio de un chirrido y una lluvia de polvo asfixiante. Teferi se puso una mano sobre la nariz y la boca para no dejar entrar el polvo, y recuperó la lámpara.

Para cuando se hubo dado la vuelta, Sabé ya había bajado la mitad de una escalera oculta bajo la puerta. Corrió tras él.

Descendieron hacia la oscuridad y entraron en una cueva que se extendía debajo de la casa. En algunos lugares, la piedra había sido tallada para crear suelos planos y habitaciones de proporciones considerables, pero aún se podía ver la forma esencial de la cueva original.

Teferi alargó cuanto pudo el brazo con el que sujetaba la luz, tratando de establecer las dimensiones de la cueva, pero los pasadizos desaparecían en la oscuridad en tres direcciones al menos.

Alrededor de las paredes se amontonaban incontables tablillas y pergaminos, cajas con artefactos, estatuas y armas extrañas. Lo que parecía ser un completo altar de piedra para sacrificios, aún con oscuras manchas de sangre, se apoyaba hecho pedazos contra una pared.

El kushita miró a su alrededor, asombrado.

—¿Cuántas cosas hay aquí abajo, Sabé?

—Más de las que crees. Deberías saber que, cuando yo muera, no debes regresar a este lugar. El primero que entre tras mi muerte desencadenará un hechizo que hará que estas cuevas se derrumben, devolviendo todos estos secretos a la tierra.

—¿Todo esto se perderá?

El erudito soltó una carcajada.

—La mayor parte de lo que hay aquí es tan peligroso que nunca debería haber sido encontrado. Pero puede que haya algunas excepciones. Veamos, ¿dónde puse esa caja?

Teferi oyó el ruido seco de algo que se escabullía a su espalda. Se dio la vuelta y se encontró mirando la peluda cara gris de una araña del tamaño de un gato, los ocho ojos del animal resplandecían como esmeraldas bajo la luz de la lámpara.

Dejó escapar un grito y retrocedió de un salto mientras desenvainaba la espada.

La araña estaba colgada de la pared a la altura de la vista, y mientras el kushita observaba, correteó por el muro hacia Sabé. Se detuvo, se volvió a girar brevemente hacia Teferi y soltó un bufido de advertencia; a continuación, siguió avanzando hacia el viejo erudito.

—¡Sabé! ¡Cuidado!

El kushita se lanzó hacia adelante y apuñaló a la repugnante criatura en el torso, clavándola contra la pared.

Ocho patas grises y peludas se agitaron en el aire, un chorro de telaraña salió a borbotones de la parte trasera de la cosa, amontonándose sin causar daño en el suelo, un vapor de oscuro fluido verduzco bajó por la espada de Teferi y goteó en el suelo a sus pies. A continuación, la cosa se estremeció y se quedó inmóvil.

Sabé se dio la vuelta con toda tranquilidad, levantó la mano y palpó la cosa muerta para identificarla.

—Tendría que haberte avisado —comentó tranquilamente—. Estas criaturas son un problema aquí abajo. Ten cuidado.

«¡Y decidís decírmelo ahora!», le hubiera gustado gritarle.

El erudito se dio la vuelta y, al hacerlo, rozó con los dedos una alargada caja de madera con una inscripción en la tapa. Levantó la caja y se la tendió a Teferi.

—¿Puedes leerlo?

Era estigio antiguo. El kushita luchó con las palabras.

—Cuidado, aquel que use magia —leyó—. Utilizar lo que hay aquí dentro significa la… suerte.

—No suerte: muerte. Que es la razón por la que dejaré que tú abras la caja.

En el interior había una serie de objetos. Piedras talladas como

canicas, collares y otras joyas, tótems de oro, y un objeto de madera, grande y pesado, que ocupaba toda la longitud de la caja. Se trataba de un bastón, tal vez pensado para servir de cetro o garrote ceremonial, envuelto con cuero y alambre tensado y decorado con cristales de roca y cuentas talladas de huesos y conchas.

Teferi miró a Sabé.

—Todo esto es kushita.

El anciano esbozó una sonrisa.

—Más concretamente, todas esas cosas son zimwi-msaka. No sé si la mayor parte de ellas sirve para algo. Quizá sean baratijas o basura. Quizá sean muy importantes. No puedo decirlo, pero ahora son tuyas. Pero la caja fue hecha para el bastón, y es del bastón de lo que habla la advertencia de la inscripción. Cógelo.

Teferi titubeó.

—¡Adelante! No puede hacerte daño. Tú eres zimwi-msaka. ¡Tú eres el único que puede utilizarlo!

Teferi levantó el bastón de la caja.

Era casi tan largo como su brazo, y los nudos y la forma de la rama original aún resultaban visibles. Aunque lo habían despojado de la corteza, había sido pulido y presentaba un intrincado tallado con diminutos pictogramas. Era lo bastante pesado y lo bastante sólido como para utilizarlo de garrote, pero, de alguna forma, ésa no parecía ser su función.

—Ayer, cuando estaba entrenando con Anok, cogí un trozo de madera, aproximadamente de este tamaño y forma, para utilizarlo como arma. ¿Creéis que eso significa algo?

Sabé frunció la boca, pensando.

—Es posible. Ahora que sabes cuál es tu auténtica naturaleza, creo que tus instintos te están guiando de formas que aún no comprendes.

Contempló el bastón mientras lo agitaba. Una parte había sido vaciada y emitía un suave traqueteo al moverlo. Las cuentas y las decoraciones repiqueteaban unas contra otras melodiosamente. Era un sonido agradable.

—Pero esto no es un arma, ¿verdad?

—No en el sentido al que tú te refieres. Los textos dicen que es un Kotabanzi. Un «bastón de los sueños». Si la mente de una persona se ve atribulada a causa del mal, puede invitar a un zimwi-msaka a entrar en sus sueños, y supuestamente el Kotabanzi le permitirá viajar hasta allí para enfrentarse a ello.

El kushita alzó la mirada, sorprendido.

—¿Pretendéis que entre en los sueños de Anok? En su estado actual, ¿qué os hace pensar que se planteará siquiera invitarme a

entrar?

Sabé sonrió.

—Ya te invitó cuando me conoció. ¿Lo recuerdas?

Teferi parpadeó con sorpresa.

—El día que acudimos por primera vez a vuestra casa. Anok entró a veros y yo me quedé dormitando fuera, en el carro de Barid.

—Pensé que Anok era un enemigo y nos enfrentamos en un combate de mentes. El llamó a numerosos aliados durante ese combate, incluyéndote a ti.

—¡Ese sueño tan raro! ¿Era real?

—Tan real como lo son los sueños. —Se diola vuelta y comenzó a regresar hacia las escaleras—, Y tan peligroso como éstos pueden llegar a serlo. Existen peligros reales en los sueños. Todos los días muere gente mientras duerme.

Teferi lo siguió, atento por si aparecían más arañas monstruosas.

—Pero ¿esto llegará a funcionar conmigo? Dijisteis que yo era inmune a la magia.

—No te pueden hacer daño los hechizos pensados para herirte directamente, ni tampoco puedes iniciar magia por ti mismo. Pero aunque el Kotabanzi puede resultar peligroso, su propósito no es herirte, y por lo tanto puedes usarlo. La magia ya se encuentra en el interior del bastón, es parte de su creación, por lo que tampoco hay nada en ese sentido que te impida utilizarlo. Este objeto fue creado por una antigua chamana de tu gente para que lo utilizaran los tuyos, y sólo los tuyos.

Subieron por la escalera, tras lo cual Teferi cerró la trampilla y volvió a colocar en su sitio el arcón que la ocultaba. Regresaron al patio. Teferi dejó la caja sobre la mesa y se quedó de pie con el Kotabanzi en la mano.

—Me pregunto si Anok estará dormido —comentó mientras lo agitaba y escuchaba los relajantes sonidos—, ¿Podéis decirme cómo hacer que esto funcione?

Sabé esbozó una sonrisa, aparentemente desde muy lejos.

—Creo que ya está funcionando.

La voz del anciano pareció perderse en la nada y Teferi se dio la vuelta. A su espalda, un tramo de escaleras ascendía hacia el cielo por encima del muro y hasta las estrellas. La escalera estaba compuesta únicamente por los peldaños, de un negro perfecto, que colgaban en el aire sin ningún medio aparente de apoyo.

El kushita comenzó a subir, cada vez más alto. Aunque resultaba difícil ver los escalones negros, pisaba con seguridad, y no titubeó durante la ascensión. Se asombró al bajar la mirada y ver la ciudad

situada muy por debajo, las numerosas lámparas, antorchas y fuegos amarillos que parpadeaban como un cálido eco de los diamantes azules que centelleaban arriba en el cielo.

Siguió subiendo hasta que el mundo se hizo pequeño: las cordilleras como hormigueros, los océanos como charcos de mercurio, y sorprendentemente fue capaz de contemplar la última luz de color rosado de un lejano sol poniente, por encima de un horizonte extrañamente curvo, como si el mundo fuera como una de las bolas de cristal de Anok.

Y siguió subiendo, hasta que alrededor de él todo el cielo fue negro y ni siquiera podía ver los escalones. No debería haberse sorprendido cuando su pie buscó el siguiente escalón y éste no se encontraba allí.

13

Teferi tropezó ligeramente cuando sus pies aterrizaron sobre arcilla apisonada. Alzó la mano y entrecerró los ojos contra la luz del sol del mediodía. El cielo alrededor de él era de un azul oscuro, que se iba apagando hasta llegar a un rojo neblinoso cerca del horizonte. El aire era frío, seco y escaso, y supo al instante que se encontraba en la cima de una montaña, o en algún lugar muy alto.

Se dio la vuelta y contempló ante él una vista espectacular: el borde de un cañón, un centenar de veces más grande y abrupto que cualquier otro que el kushita hubiera visto en sus viajes. Se encontraba a tan sólo unos pocos pasos del borde. La otra pared se desvanecía con la bruma de la distancia, como si estuviera observando una cordillera lejana. Franjas de diferentes rocas, llenas de colorido, rodeaban todos los precipicios y torres, como las capas de un pastel. Muy lejos, por encima del cañón, un enorme pájaro negro (un halcón o, tal vez, un águila) trazaba círculos perezosamente.

Como no podía ver el fondo del cañón, se acercó más y miró con cuidado por encima del borde. Soltó un grito ahogado. Muy, muy abajo, una estrecha franja azul de agua serpenteaba por el fondo del cañón, reflejando tanto la luz del sol como el cielo. Pensó que si resbalaba podría tardar una hora en llegar al fondo. Sin embargo, no era algo que quisiera poner a prueba.

Justo en ese momento alguien pasó corriendo a su lado, lo bastante cerca como para rozarle la espalda, y el kushita se tambaleó en el borde, luchando por mantener el equilibrio. Mientras agitaba los brazos, tratando de evitar caerse, recordó lo que le había dicho Sabé:

«Todos los días muere gente mientras duerme.»

Una cascada de piedrecitas cayó por la pared del cañón antes de que pudiera apartarse del borde y situarse en un lugar seguro. Comprobó quién o qué lo había rozado y divisó a un hombre que corría a lo largo del borde del cañón.

Tardó unos segundos en reconocerlo.

—¡Anok!

Teferi corrió tras él. El kushita era más alto que Anok, tenía las

piernas más largas, así que no tendría muchas dificultades para acortar la distancia entre ambos Sólo que el acólito le llevaba ventaja.

También había que tener en cuenta el asunto de la prudencia. En algunos lugares, una llanura amplia y plana llegaba hasta el borde del cañón, pero en otros el camino se estrechaba hasta convertirse en un saliente poco más ancho que el pie de un hombre. En aquellos sitios Teferi aminoraba la marcha considerablemente, e incluso entonces seguía temiendo por su vida a cada paso.

Anok, en cambio, no aflojaba el paso. Corría a un ritmo constante, infatigable, con los ojos fijos en la otra pared del cañón, incluso mientras sus pies parecían encontrarse siempre a punto de resbalar y enviarlo a la muerte.

Mientras corría en pos de su amigo, Teferi alcanzó a ver al ave con el rabillo del ojo, y se dio cuenta de que ya no daba vueltas. Iba volviéndose más grande contra el cielo.

Teferi redobló el ritmo, manteniéndose lejos del traicionero principio siempre que podía. Pero Anok siempre corría a lo largo del mismísimo borde mientras las rocas se desmoronaban bajo sus pies.

Se oyó un monstruoso chillido y, al levantar la mirada, Teferi vio cómo el pájaro bajaba en picado hacia Anok con las alas negras desplegadas; su extraña cabeza blanca se veía ahora con mayor claridad. No se trataba de un halcón ni de un águila y comprobó que era mucho más grande: las alas abarcaban por lo menos media docena de pasos, y las garras eran lo bastante grandes como para levantar a un ternero… o a un hombre.

El animal se lanzó hacia Anok, y éste aún no lo veía.

«¡Ojalá tuviera mi arco!»

Como por arte de magia, ahí estaba, en su mano, y también el conocido peso del carcaj en la espalda. Sacó la flecha más pesada con punta de hierro, la situó en la cuerda, tensó y apuntó. La monstruosa ave se movía muy de prisa, por lo que sólo contaría con un tiro.

Siguió la trayectoria de la criatura y dejó que la cuerda se deslizara de sus dedos. El arco emitió un chasquido y la flecha se alejó trazando un arco y alcanzó al monstruo en la base del cuello.

El ave chilló, sacudió las alas desesperadamente y pasó volando junto a Anok.

Mientras ocurría esto, Teferi consiguió ver bien la cabeza del monstruo y comprobó que no se trataba en absoluto de la cabeza de un pájaro. Era la cabeza de Ramsa Aál.

A la vez que corría tras Anok, Teferi vigilaba al hombre pájaro con cautela. Ascendió más y más alto, batiendo las alas negras con fuerza contra el cielo. En cierto momento, la fecha se desprendió, como si en

realidad no hubiera llegado a penetrar y sólo hubiera quedado atrapada entre las plumas del monstruo. No vio ninguna herida, ni tampoco sangre.

Nuevamente volvió a trazar círculos, ganando altura para prepararse para otro ataque. Tenía que avisar a su amigo.

—¡Anok! —gritó, pero el acólito parecía no oírlo.

El ave giraba cada vez más alto; a continuación, se inclinó para otra pasada.

Teferi buscó otra flecha, y ya la había colocado en el arco antes de darse cuenta de que este ataque no iba a ser contra Anok. El monstruo había dirigido su atención hacia el kushita.

Para empeorar aún más las cosas, el sendero se estrechaba mucho en este lugar. No había dónde detenerse, ningún lugar en el que esperar el ataque. Siguió moviéndose hacia adelante, con el arco preparado, mientras el monstruo se volvía más y más grande y se dirigía directamente a por él.

Mientras continuaba avanzando tensó el arco; tendría que confiar en que sus pies hallasen dónde agarrarse.

El ave se acercó más. Teferi vio el rostro de Ramsa Aál, que chillaba furioso. Apuntó a la boca. Si pudiera matar a la bestia, aunque él mismo se viera arrastrado hacia el fondo del cañón, su amigo se salvaría.

Más cerca.

Tensó el arco, preparado para disparar. Preparado para morir.

Entonces, una flecha apareció volando desde un lado y atravesó el ala derecha de la criatura. El ave soltó un chillido al virar junto a Teferi, que soltó su proyectil.

El kushita tropezó y la roca cedió bajo sus pies. Luchó buscando un punto de apoyo, pero no halló ninguno.

Una mano fuerte lo agarró por el brazo y lo alzó hasta dejarlo de nuevo en el sendero. Miró a su rescatador.

—¡Anok!

El acólito lo observó, sorprendido. Aún llevaba el arco en la mano.

—¡Teferi! ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte, hermano.

Anok se dio la vuelta, distraído, mientras seguía mirando por encima del cañón.

—Me tengo que ir.

El arco había desaparecido y nuevamente corría por el borde del cañón, esta vez con Teferi pisándole los talones.

El kushita dirigió la vista hacia el cielo. El hombre pájaro iba ascendiendo de nuevo. Las flechas que parecían haberlo herido ya

habían desaparecido.

—Volverá otra vez.

—Siempre vuelve —respondió Anok sin volver la vista atrás—. Una y otra vez. Es agotador, pero no puedo hacer nada.

—Hermano, ¿por qué tienes que correr tan cerca de la orilla?

—Para poder ver. Puedes ver muy lejos desde el borde, y sin embargo, no lo suficiente. Las respuestas que busco se encuentran allí —señaló hacia al otro lado del cañón—, en alguna parte. Tengo que encontrar la forma de acercarme más, por eso sigo corriendo.

Teferi alzó la mirada hacia la monstruosa ave.

—Hermano, ahí vuelve otra vez. Apártate del borde. Es una caída muy grande.

Anok no abandonó su senda.

—No me caeré.

Teferi miró por encima del borde. En un saliente de roca, muy abajo, pudo ver la forma rota de un hombre tendido en un charco formado por su propia sangre, que goteaba por un lado de la roca y caía al abismo.

—Hermano —dijo—, ya te has caído.

Anok despertó con un sobresalto y se incorporó en la cama. Estaba jadeando, sudando. Miró con ansiedad por la ventana abierta hacia un cielo azul; pero allí no vio la forma negra de un pájaro, sólo unos fragmentos de nubes y una abeja zumbando.

Era por la mañana. El aire era cálido y olía a flores. Aquel olor le hizo recordar…

Su mano fue hasta el otro lado de la cama, y lo halló vacío, sólo quedaba un hueco arrugado en el lado que Fallón había ocupado. Apartó las sábanas, usó una esquina de la tela para limpiarse el sudor del cuerpo desnudo y encontró una sencilla túnica y un faldellín que ponerse.

Salió al salón. Las puertas que conducían al jardín estaban abiertas. Podía oír a los pájaros cantando. Hacía un día precioso, pero no ayudó en nada a aliviar la creciente sensación de terror que notaba.

Encontró a Fallón en la orilla del jardín. Estaba sentada como si hubiera estado esperándolo; tenía el rostro tenso e inescrutable. E iba vestida. No, no sólo vestida. Iba vestida para la guerra.

Llevaba un atuendo de cuero y malla, pesadas espinilleras atadas a las piernas, aros de hierro alrededor de las muñecas, y se inclinaba hacia adelante apoyándose en la empuñadura de la espada. Presentaba una postura relajada, pero algo sugería que estaba lista para luchar en el acto.

—Tenemos que hablar sobre lo de anoche —anunció la cimmeria.

La actitud de la mujer hizo que Anok soltara una risita nerviosa.

—Pensaba que eso era lo que querías.

—Yo quería estar más cerca del hombre que se había ganado mi corazón. No estoy muy segura de que él estuviera allí anoche.

—¿Qué quieres decir?

—Fuiste bastante brusco.

—Era lo que tú querías, ¿no?

—Fuiste brusco, y no querías parar.

—Tú no querías que parase.

—Ésa no es la cuestión.

—Tú no querías que parase.

—Si hubiera querido que parases, te habría parado; incluso si hubiera tenido que cortarte tus partes y hacértelas tragar. No te quepa la menor duda. Pero ésa tampoco es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es la cuestión?

—Si te hubiera pedido que parases, ¿te habrías detenido?

Anok parpadeó sorprendido.

—¡Tú no querías que parase!

La voz de la mujer bárbara se volvió más fuerte, más enérgica. Se puso en pie tranquilamente.

—¡Mira en tu corazón! ¿Habrías parado?

El acólito soltó una carcajada. ¡Esto tenía que ser una broma!

Pero la expresión de la mujer era muy seria.

—¿Habrías parado?

Anok se pasó la lengua por los labios, pensando.

«¿Qué quiere decir Fallón? Lo que ocurrió fue…»

La cimmeria cogió la espada con ambas manos y la levantó por encima del hombro.

—¿Habrías parado? —insistió.

A Anok se le cortó la respiración mientras comprendía de repente el horror del asunto. Se le hundieron los hombros. Fallón podría haberlo matado en ese momento, y a él no le habría importado.

—No —respondió débilmente, horrorizado ante su propia conclusión—. No.

La cimmeria bajó lentamente la espada.

—Ésa era la respuesta correcta —aprobó—. Ésa era la respuesta que habría dado el Anok que conozco. Si me hubieras mentido, si no hubieses podido ver tu propio corazón, no sé qué habría hecho.

Anok negó con la cabeza con tristeza.

—Una vez sacrifiqué a un perro rabioso —añadió la mujer bárbara —. También adoraba a ese perro.

Esbozó una leve sonrisa, pero no relajó la mano que empuñaba la

espada.

—Vine a hablarte de un sueño —explicó el acólito—. Ahora le encuentro más sentido.

En ese preciso momento, apareció Teferi en la puerta del jardín. El kushita miró a Anok y luego a Fallón.

—¿Qué pasa aquí?

—Hermano mío, me han mostrado el error en mi proceder. He llegado al borde de un gran abismo y puede que incluso ahora mismo esté cayendo en sus profundidades. —Los miró a los ojos, primero a Teferi, después a Fallón—, Amigos míos, ayudadme, por favor, pues yo no puedo ayudarme a mí mismo.

14

Ya casi había amanecido cuando Fallón salió sin hacer ruido del dormitorio de Anok. Llevaba puesta una túnica de seda y una falda de cuero. Su única arma, una daga, iba atada a la cintura, pero su espada estaba apoyada contra la pared, siempre cerca de su vista.

Aunque no podía verla, Sabé levantó la mirada de manera refleja cuando ella apareció.

La cimmeria se acercó y se sentó pesadamente en una silla al otro lado de la mesa.

—¿Cómo le va?

—Duerme profundamente. La fiebre ha pasado. Su cuerpo combate el veneno cada vez más rápido, Es por su mente por lo que tengo miedo. Éste es el tercer ritual de veneno en una semana. Aunque él lucha, me temo que no será suficiente.

La mujer bárbara miró a través de las puertas hacia el jardín de la villa, donde ardía una fogata. Las chispas danzaban hacia el cielo que precedía al amanecer, y Teferi estaba arrodillado sujetando el Kotabanzi, «el bastón de los sueños», con las manos en alto.

—También temo por él. Siempre vela las pesadillas de Anok, y siempre acaba atribulado.

—Es fuerte —aseguró Sabe—, Igual que tú.

—No me siento fuerte. Éste no es un enemigo al que pueda enfrentarme con músculos ni acero. —Se inclino hacia el anciano a través de la mesa—, ¡Tenéis que ayudarnos a luchar por él! Debéis mostrarme alguna arma mística, algún talismán, alguna espada mágica, como el Kotabanzi, para poder ayudar a Anok.

Sabé sonrió con tristeza.

—No hay nada para ti, mi hermosa guerrera. Tú no cuentas con ningún secreto de sangre oculto, ni destino escrito, ni talentos escondidos más allá de aquellos que ya sabes que posees por nacimiento y entrenamiento.

Fallón golpeó la mesa con los puños, enojada.

—Entonces, ¿de qué sirvo? ¿De qué vale una cimmeria si no puede pelear por el hombre al que…? —Las palabras se le atascaron en la

garganta.

Sabé estiró el brazo, buscó a tientas la mano de la mujer y colocó con dulzura sus dedos arrugados sobre los de ella.

—Sé muy bien cómo te sientes. A pesar de todos mis estudios, de todos mis conocimientos, no puedo ser de mucha ayuda en este tema. Conozco mil magias, pero no puedo utilizar ninguna. Resulto más que inútil. —Se tocó la tela que le cubría los ojos—. Soy una carga, Estoy ciego y tullido en el único aspecto que cuenta en este asunto.

—Sois demasiado duro con vos mismo, Sabé.

—Al igual que tú. No obstante, veo en Anok la culminación de todo por lo que he luchado durante estos largos años. Nunca tuve un hijo, pero si lo hubiera tenido, no podría haber pedido uno mejor. Sin embargo, parece que no puedo ayudarlo a triunfar donde yo he fracasado. —Le dio una palmadita en la mano—, Pero tal vez tú sí puedas.

—Acabáis de decir que…

—Un hecho que no le resta importancia a tus habilidades. Como la mayor parte de los cimmerios que he conocido, eres lo que eres. No hay subterfugios, secretos ni disimulos. Tal vez ocultes tus sentimientos, incluso ante ti misma, pero no puedes ocultar lo que eres. Va en contra de tu naturaleza.

—En ese caso, ¿qué es lo que soy?

El erudito esbozó una leve sonrisa.

—Si lo que te he oído decir de tu dios, Crom, es cierto, eres lo que él te ha hecho ser, y te ha hecho ser todo lo que necesitas ser. No trates de ser lo que no eres, porque es la determinación y la identidad de los cimmerios lo que te hace ser más fuerte de lo que cualquier mujer u hombre civilizado podrá nunca llegar a ser. Nosotros buscamos sin parar aquello con lo que tú naciste. —Se recostó en la silla y colocó las manos sobre las rodillas—. Sé quién eres, Fallón, y puedes estar segura de que será suficiente.

La mujer bárbara se levantó de la silla, rodeó la mesa, se inclinó y le dio un suave beso en la frente.

—Habríais sido un buen cimmerio, anciano.

El erudito sonrió.

—Es mentira, pero me alegra que lo digas.

El carro de Barid se detuvo frente a la puerta del Templo de Set. Anok contempló el portal sin entusiasmo. Uno de los custodios alzó la lanza en señal de saludo. El acólito le dio la espalda.

—Hoy no quiero entrar ahí —confesó.

Fallón se inclinó hacia él y lo rodeó con el brazo.

—Entonces, no entres. ¿Qué podría ser más fácil? —le susurró a la

oreja.

—Ramsa Aál me ha mandado llamar. Tengo que entrar.

La bárbara lo miró frunciendo el entrecejo, encontró sus ojos y contempló el fondo de su alma.

—¡No tienes que hacer nada! Las únicas cadenas que te atan son espirituales y mentales.

—Ésas son las cadenas que resultan más difíciles de romper.

—¡Ven conmigo! Barid puede llevarnos al puesto de camellos. Podemos montarnos en *Fenola* y encontrarnos en medio del desierto al anochecer. Barid podría avisar a Teferi y a Sabé, decirles adonde hemos ido.

—¿Adonde iríamos, Fallón?

—Volveríamos a Khemi. Podríamos encontrar un barco. Al otro lado de la frontera con Kush. O al este, allende las Montañas de Fuego, hacia Shem y las tierras de más allá. Podríamos coger un barco que nos llevase al otro lado del Mar Meridional, alrededor del cuerno de Vendhya, a Kambuja o Khitai. ¡No importa adonde! ¡Simplemente vayámonos!

—Ojalá pudiera. He llegado demasiado lejos, he visto demasiado. Presiento que hoy es un día importante, aunque no sé por qué. No puedo marcharme cuando las respuestas que busco podrían estar tan cerca.

Fallón le tomó el rostro entre las manos.

—¡Te estás comportando como un tonto, Anok!

El acólito echó un vistazo con nerviosismo a los guardias de la puerta.

—Nos están mirando —le recordó.

—En ese caso, ¡que vean esto!

La cimmeria le dio un beso fuerte e intenso en los labios, rodeándole el cuello con los brazos como si se tratase de delicadas serpientes de cuyos anillos nunca quisiera escapar.

«Pero tengo que hacerlo,»

La apartó con delicadeza mientras inspiraba el perfume del cabello de la mujer.

—Tengo que entrar. Tengo que hacerlo.

Se bajó del coche, y casi dio un traspié al hacerlo. Avanzó con determinación, sin mirar atrás, por temor a que eso lo destruyera.

Los guardias le dedicaron sonrisas. Uno se le acercó con una mirada lasciva.

—La puta cimmeria… ¿es buena? Podría decantarme por un poco de juego salvaje si el precio es adecuado.

Anok montó en cólera. Fulminó al guardia con la mirada e hizo un

levísimo gesto con la mano izquierda.

Los ojos del custodio se abrieron de par en par. Se llevó las manos al cuello y abrió la boca de forma que la lengua fue visible mientras se ennegrecía y se desmigajaba formando un polvo seco que le cayó en cascada de los angustiados labios. Emitió un grito ahogado y cayó de rodillas mientras Anok se alejaba.

Apretó los puños y el corazón se le llenó con toda la rabia acumulada. Podría hacer arder al hombre, cubrirle la piel de hormigas carnívoras, provocar que le hirviera la sangre en las venas. Pero únicamente si se daba la vuelta.

«Sigue caminando. Sigue caminando.»

Acercó la mano e hizo girar el pequeño anillo de plata que llevaba en la mano derecha, el que Sheriti le había comprado en el Gran Mercado de Khemi tanto tiempo atrás. Miró el grabado, el pequeño demonio de dos caras: Jani. El mercader que se lo había vendido le había contado a Anok que Jani traía buena suerte a aquellos que se hallaban en peligro porque podía ver en todas direcciones, pero debido a esa habilidad sólo caminaba en círculos.

—No puede salir del páramo —se dijo—, ni yo tampoco. —Frotó el anillo—. Oh, Sheriti, ¿qué pensarías de mí ahora?

Entró en el templo, sabiendo perfectamente que lo único que tenía que hacer era darse la vuelta y caminar en la otra dirección.

Deambuló como un sonámbulo por los pasillos y salas del templo. Muchos se dieron la vuelta para verlo pasar. Otros le brindaron saludos que no devolvió.

Ahora era famoso en el templo, lo respetaban, incluso lo temían (y sin duda lo temerían aún más cuando se corriera la voz de su encuentro con el guardia). Vio el entusiasmo en los rostros de los acólitos jóvenes. Querían estar cerca de él, ser sus amigos, o sus discípulos, para que se les pegara una pequeña parte de su poder y reputación.

«Así es como comienza, como un sacerdote consigue discípulos que hagan lo que se le antoje. Sin intentarlo, ya soy el perfecto sacerdote de Set, reuniendo aduladores para poder subirme sobre sus hombros encorvados.»

Su autoodio parecía no conocer límites. Apenas se dio cuenta de que su pasco lo condujo a los aposentos de Ramsa Aál. El sacerdote alzó la mirada del escritorio, donde había estado escribiendo con una pluma de junco sobre un papiro. Junto a él, un mapa destrozado y descolorido permanecía desenrollado.

—Acólito, ¿te encuentras mal? Tienes el rostro ceniciento.

Anok parpadeó, como si despertara de un sueño.

—Aún no me he recuperado del todo del último ritual del veneno, maestro. Estoy seguro de que se me pasará.

Ramsa Aál limpió la punta de la pluma en un cuenco con agua y la secó con un trapo antes de colocarla en una taza en un extremo del escritorio.

—Ningún candidato al sacerdocio ha pasado nunca por las pruebas del veneno con tanta rapidez como tú, Anok Wati.

Anok no pudo ocultar su sorpresa.

—Normalmente —continuó el sacerdote—, se prolongan a lo largo de un año o más. Algunas veces dos, en aquellos más débiles. Pero contigo todo progresa muy rápido. No veo la hora de que estés a mi derecha como un sacerdote completo.

Anok miró hacia adentro, hacia su propio corazón.

«¿Qué es esto? ¿Orgullo? ¡Basta! ¡Eres un hereje, no un sacerdote!»

Pero resultaba duro. Parte de él se enorgullecía de su propia fuerza, de su propia perseverancia. Nunca había pedido cuartel, nunca había suplicado clemencia. Siempre había aceptado lo que se le había presentado, y siempre había regresado a por más.

Ramsa Aál le hizo señas para que se acercara.

—Hoy vamos a ir al este para encontrarnos con un ejército de trescientos hombres. Llevaremos suficientes acólitos con nosotros para que nos sirvan en aquellos asuntos en los que la magia resulte más útil que la fuerza de las armas. Vamos a reclamar la segunda Escama de Set y a atacar a un enemigo de Set: Ibis.

Trató de no dejar ver su inquietud ante la mención del antiguo dios lunar.

—¿Ibis? Maestro, Ibis fue expulsado de Estigia en la antigüedad.

—Eso es lo que te han dicho. Pero hace mucho tiempo que el clero sabe que existen grupos de discípulos de Ibis en Estigia. Cada vez que hemos podido localizarlos, han sido capturados y torturados hasta la muerte en sacrificio a Set. Pero siempre hay más, y ya hacía tiempo que creíamos que Ibis conservaba de alguna forma un baluarte en Estigia. Pero nunca habíamos podido hallarlo…, hasta ahora.

Ramsa Aál cogió el mapa y lo desplegó para que Anok pudiera verlo mejor.

—Le quitamos esto a un espía de Ibis hace muchos años. Supuestamente muestra la localización de la fortaleza de alguna forma secreta, pero los sacerdotes de Khemi nunca pudieron desvelar su significado.

Anok examinó el mapa. Aunque resultaba obvio que no se trataba de la obra de un cartógrafo profesional, estaba elaborado con esmero, evidentemente por alguien con las habilidades de un buen escriba.

Distinguió el Mar Occidental, el río Estix, Khemi, Kheshatta, Luxur y otras ciudades importantes. El texto estaba en aquilonio y algo acerca de la mano le resultó extrañamente familiar…

De repente, a Anok se le heló la sangre en las venas.

«¡La mano de mi padre!»

¡Este era el mapa de su padre! ¿Un espía de Ibis? ¿Eso era lo que creía Ramsa Aál? Anok trató de analizar el asunto. Estaba comenzando a sospechar que Ramsa Aál actuaba en cierta forma como agente de Parath. Sin embargo, si tanto su padre como Ramsa Aál servían a Parath, ¿por qué creería que era un espía?

«Bien podría ser que Ramsa Aál sólo finja servir a Parath, a la vez que finge servir a Set. Si podía mentirle a un dios, ¿por qué no a dos? ¡Pero él sólo se sirve a sí mismo, y a su ansia de poder!»

El sacerdote introdujo la mano en el interior del cuello de su túnica, agarró la cadena de oro que tenía allí y se pasó la Escama de Set por encima de la cabeza.

Sólo una, no dos como Anok había creído. Pero si, como afirmaba, había hallado la clave para localizar la segunda, sólo necesitaba la que Anok llevaba oculta para completar sus planes.

Ramsa Aál dejó tranquilamente la Escama sobre el mapa y puso los dedos de la mano izquierda sobre ella.

—Fue Kaman Awi el que resolvió el acertijo. Su inteligencia puede resultar un fastidio a veces, pero tiene sus utilidades. La Escama de Set era la clave.

Deslizó la escama dorada por el mapa y la hizo girar hasta que la punta redondeada de la parte inferior encajó exactamente en la frontera norte de Estigia, enclavada en un meandro del gran río Estix.

El grabado de la Escama era idéntico al de la que Anok poseía: una espada llameante y dos serpientes encorvadas mirando para dentro hacia la hoja. Ramsa Aál dio un golpecito a la espada con el dedo.

—La espada señala el camino. —Trazó una línea que se alejaba de la punta del arma, torciendo al sur hacia Kheshatta—. No hay ninguna ciudad, ni poblado, ni asentamiento a lo largo de esta línea, salvo uno. Un pequeño oasis en el desierto, Nafri, lejos de las principales rutas de caravanas, lejos de cualquier cosa de valor o interés. —Levantó la mirada con aire cómplice—. Resulta sorprendente que alguien viva allí.

En ese preciso instante entró un joven acólito, miró a Anok con nerviosismo, lo rodeó dejando una amplia distancia y susurró algo al oído a Ramsa Aál. Las cejas del sacerdote se alzaron y observó a Anok con rostro inexpresivo.

El acólito se escabulló a toda prisa de la habitación.

—Anok —dijo Ramsa Aál con tranquilidad, con el tono que uno podría utilizar para reprender a un niño travieso—, estás a punto de entrar en batalla con trescientos custodios fuertemente armados a tu espalda. Esperemos que ninguno de ellos sea amigo del guardia al que le acabas de convertir la lengua en cenizas.

15

Salieron de Kheshatta a caballo para reunirse en los Barracones Orientales con un contingente de soldados montados. Anok averiguó que los soldados de infantería ya habían sido enviados días antes, en secreto y al abrigo de la oscuridad, para comenzar la marcha hacia Nafri.

Los preparativos habían comenzado semanas atrás, ocultando reservas de comida, agua y alimento para los animales a lo largo del camino. Al no necesitar transportar grandes cantidades de provisiones, la marcha resultaría rápida.

Anok no se consideraba un jinete experto. Había tenido pocas oportunidades para practicar aquella habilidad al crecer en la ciudad, y desde su llegada a Kheshatta no había habido motivos para montar en otra cosa que camellos, con los que ahora estimaba ser bastante competente.

Por esa razón, el viaje le resultó especialmente difícil.

Para ir más rápido, utilizaron caballos de guerra kushitas. Eran flacos y casi infatigables, pero también asustadizos y de mal carácter. Su montura, un semental negro al que le asomaban las costillas y los huesos de la cadera como si estuviera medio muerto de hambre, parecía particularmente difícil, pues lo tiró dos veces el primer día, lo que divirtió mucho a los custodios que iban con ellos.

Esa noche, descubrió que estaba agotado y dolorido de cabalgar hasta tal punto que se vio obligado a utilizar las capacidades curativas de la Marca de Set. Lo hizo de mala gana. Sentía que su resistencia contra la corrupción mágica era muy frágil, y el repentino viaje lo había alejado de la ayuda de sus amigos.

Se sentó solo y completamente agotado frente al fuego, con una ración de pan y cecina en la mano. Habían viajado hacia el este la mayor parte del día, bordeando el lago y adentrándose en terrenos a los que de vez en cuando llegaba una mínima parte de la lluvia de Kheshatta. A media tarde giraron al norte, ascendieron por un paso en las montañas y se adentraron en el desierto. No habían traído tiendas, y cada hombre contaba con poco más que con una manta.

Anok envolvió su comida en un trapo y la metió en la bolsa para más tarde, luego se pasó la manta alrededor de los hombros. Contempló a través de los pesados párpados cómo las chispas creadas por el fuego ascendían por el aire formando espirales y deseó poder estar en casa.

—Hermano —dijo Teferi—, aún sigo contigo.

Anok levantó la mirada y vio a su amigo en cuchillas junto al fuego, con su Kotabanzi en las manos.

«Debo de estar soñando», se dijo.

Teferi miró alrededor.

—Estás en el desierto. Hay muchos soldados a nuestro alrededor, muchos caballos. ¿Adonde vais?

—A un oasis, un enclave secreto de Ibis, para buscar otra Escama de Set.

—Se lo contaré a Sabé. Tal vez él sepa algo. —Se levantó y, sin mover los pies, se deslizó alejándose del fuego—. Te encontraré en tus sueños.

Anok se despertó sobresaltado y descubrió que el fuego se había reducido a ascuas. Localizó un sitio blando en el suelo, se envolvió en la manta y volvió a dormirse.

Teferi levantó la vista del fuego, consciente de pronto de que Fallón se hallaba de pie a su lado.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Horas —respondió la cimmeria—. Alguien debería velar por ti cuando emprendes tus viajes en sueños.

—Anok está sano y salvo —explicó Teferi—. Ramsa Aál lo ha llevado a otra de sus búsquedas, esta vez a un oasis en el norte.

—Deberíamos estar allí para protegerlo.

—Tiene un ejército con él, los custodios que viste entrenándose, y más aún procedentes de otros lugares. Supongo que no va a necesitar nuestras espadas. —Dirigió la mirada al Kotabanzi—. Esto es lo que Anok necesita ahora.

—Entonces, una vez más —comentó la mujer bárbara con añoranza—, no sirvo para nada.

Teferi le dedicó una sonrisa.

—Como dijiste, necesito que alguien me cuide mientras recorro el mundo de los sueños. Kheshatta no es un lugar seguro, ni siquiera en las mejores noches. Sería una estupidez morir por culpa de la punta de la daga de algún bandido en nuestro propio jardín.

—En ese caso, seré tu fiel protectora —le aseguró la mujer.

—¿Puedo confiar en que no serás presa de la bebida y me dejarás indefenso?

Fallón frunció el entrecejo, pero, para sorpresa de Teferi, contuvo la ira.

—Me he jurado dejar las bebidas fuertes desde…

La cimmeria no completó la frase, y la expresión de preocupación de su rostro hizo que el kushita no siguiera interrogándola.

Finalmente, Fallón dijo:

—Éste no es momento para ser débil, ni negligente. Debemos estar siempre en guardia. —Luego, se frotó los ojos—, Pero estaré más en guardia después de descansar un poco. —Miró a Teferi con curiosidad mientras regresaban juntos a la villa—, ¿Duermes alguna vez?

El kushita sonrió.

—Mientras camino por los sueños estoy durmiendo. La verdad es que puede resultar bastante reparador, cuando los sueños no son demasiado aterradores.

Pero la bárbara no le devolvió la sonrisa. Parecía perdida en sus propios e inquietos pensamientos.

—¿Te preocupa el ansia de beber?

La mujer levantó la vista hacia él, sorprendida. Luego, apartó la mirada.

—Aveces, sí.

—Tal vez yo pueda ayudarte —sugirió el kushita—. Tal vez deberías invitarme a entrar en tus sueños.

Entonces, por fin, la cimmeria rió.

—¡Qué más quisieras!

Anok y Ramsa Aál tardaron dos días cabalgando en rápidos caballos en llegar a las montañas situadas sobre Nafri. Localizaron una posición estratégica, entre un grupo de rocas irregulares, desde donde podían observar el lugar sin ser vistos.

A Anok no le pareció que fuera un bastión de Ibis, ni ninguna otra cosa, en realidad. Más bien daba la impresión de ser la clase de lugar que apenas se mantenía en pie: un grupo de cabañas, establos y construcciones pequeñas y sencillas hechas de piedra y ladrillos de barro. Incluso desde aquí se podía oler el humo de la leña de los fuegos para cocinar, el olor de la carne asada y de los animales encerrados.

Salvo por el humo que surgía formando volutas de las chimeneas, el movimiento de las palmeras al viento y el pulular de cabras, patos y otros animales, el lugar permanecía extrañamente tranquilo, Había pocos hombres y aún menos mujeres visibles, iban vestidos como nómadas y se sentaban en las entradas de las casas o en la plaza del pueblo junto al pozo; pero no se veía nada de la actividad matutina que uno esperaría en una pequeña aldea.

—Me parece que algo va mal —le dijo a Ramsa Aál—. ¿Dónde están los niños? ¿Dónde están los ancianos?

El sacerdote frunció el entrecejo mientras miraba hacia el oasis.

—Maldito sea Ibis —masculló—. Han sabido de nuestra llegada de alguna forma.

—¿Estáis seguro de que no nos han engañado? No veo ningún templo de Ibis aquí. Ningún templo de nada. ¿Podrían habernos conducido a una trampa?

Ramsa Aál alzó la mano como si tanteara el aire.

—No percibo ningún hechizo de ocultación ni engaño. Aquí no hay nada escondido. Lo que vemos es lo que hay. Y, sin embargo, estoy seguro de que lo que buscamos se encuentra aquí. El mapa es demasiado antiguo, y su significado se había ocultado de forma demasiado indirecta como para resultar un engaño. Puede que hayan trasladado la Escama de Set, pero el templo está aquí. ¡Lo sé!

Ramsa se dio la vuelta y se apartó de la cresta, de regreso a su caballo.

—Si esto es una trampa, nos encontrarán bien preparados para su traición. Ven.

Descendieron hasta donde se congregaba una tercera parte sus fuerzas, junto con varias docenas de acólitos que sin duda actuarían como los soldados místicos de Ramsa Aál.

—El resto de nuestras fuerzas se han reunido al norte y al oeste del oasis —explicó—. Entraremos en la ciudad por tres frentes.

Cabalgó ante las tropas allí congregadas y se acercó al oficial al mando. Extrajo una bola de cristal de una bolsa que colgaba de su silla.

Anok supuso que se trataba de un cristal de habla y visión, y que los otros cristales se encontraban en poder de los oficiales que conducían al resto de los soldados.

—Moved nuestras fuerzas hacia el interior de la ciudad cuando yo lo ordene —indicó—. Preparaos, pero no ataquéis. Dejaremos que ellos se muestren primero. Ante la primera señal de agresión, devolvedla con toda la ferocidad de la que seáis capaces. Matad a todo lo que se mueva: hombre, mujer o niño, con una excepción: cualquiera que lleve una túnica sacerdotal debe seguir con vida. Informad de cualquier cosa que pueda ser un templo, un sepulcro o algo de importancia mística. ¿Entendido?

El comandante asintió con la cabeza, y los otros comunicaron su confirmación a través de sus cristales.

—En marcha —ordenó. Manteniendo las filas cerradas, comenzaron el descenso ladera abajo.

Mientras descendían, Anok vio otras dos columnas de tropas que también se aproximaban: una desde el otro extremo del pueblo y otra por su izquierda. Al adentrarse entre las sencillas construcciones y por las estrechas calles de tierra no encontraron resistencia, ni muchos indicios de que reparasen en ellos siquiera.

Anok escrutó los tejados que los rodeaban, plenamente consciente del peligro que entrañaban los arqueros.

Ramsa Aál se inclinó hacia él y susurró:

—No te preocupes. Los acólitos nos protegen con un hechizo de desviación. Si no, no me ofrecería como un objetivo tan tentador. Es una pena que el hechizo sólo sea lo bastante potente como para protegernos a los del templo, pero los custodios son prescindibles.

La gente del lugar, si eso es lo que eran, los observaban con caras de pocos amigos mientras pasaban sobre sus monturas. Al estudiar los rostros sucios y tostados por el sol, Anok se dio cuenta de algo más.

—Ninguna de estas personas tiene ni una sola gota de sangre estigia —susurró a Ramsa Aál—, Veo shemitas, kushitas, hiborianos; pero ningún estigio. Tienen un aspecto peligroso, y muchos lucen cicatrices.

Ramsa Aál asintió.

—Mercenarios extranjeros, probablemente; sin lealtad a Estigia ni suficiente miedo a Set. Bueno, estoy seguro de que les enseñaremos a conocer ese miedo.

A Anok se le escapaba la lógica del plan del sacerdote, Situaba a sus tropas en una gran desventaja, vulnerables a una emboscada casi segura. Entonces cayó en la cuenta de cuál era la verdad. A Ramsa Aál no le importaban en lo más mínimo las vidas de sus hombres. Su única preocupación era hallar la Escama de Set, y esperaba que si los defensores se mostraban excesivamente confiados sintieran menor urgencia por ocultarla.

Ramsa Aál echó una mirada por encima del hombro hacia la columna de tropas que los seguía.

—Todos nuestros hombres estarán ya dentro de las fronteras de la aldea. —Miró alrededor con expectación—. Ocurrirá pronto.

Entonces, como si el sacerdote acabara de hacer una profecía, Anok vio cómo una docena de arqueros aparecía sobre los tejados de los edificios de alrededor, Sobre ellos cayó una lluvia de flechas procedentes de todas direcciones. Se oyeron gritos de agonía mientras los soldados comenzaban a caer, pero, conforme a las palabras del sacerdote, las flechas eran desviadas lejos de ellos y de sus monturas.

Alrededor de ellos se alzaron los escudos por encima de las cabezas para proteger a la columna de soldados, como si fueran las escamas de

una serpiente, y se desvainaron las espadas. Anok también cogió sus armas de forma instintiva, aunque no parecía que se encontraran en peligro inmediato.

Un grito de batalla surgió de algún lugar oculto, y todo alrededor se abrieron de repente las puertas. Del interior de las chozas y casuchas salieron en tropel hombres con armadura y provistos con espadas, hachas y martillos de guerra.

¡Estaban rodeados!

16

Al instante, se vieron en medio de un encarnizado enfrentamiento cuerpo a cuerpo contra el que el hechizo de desviación no ofrecía protección.

La ferocidad que lo rodeaba enardeció los sentidos de Anok. Estos eran mercenarios brutales que vendían su lealtad al mejor postor. No ofrecerían clemencia, ni tampoco la merecían. Se sentía ansioso por entrar en la lucha, pero su caballo no podía moverse sin pisotear a sus propios soldados.

Vio cómo un arquero avanzaba a lo largo de un tejado cercano y decidió no esperar.

Envainó una espada para contar con mayor movilidad. Sobresaltó a Ramsa Aál al saltar de su caballo y aterrizar sobre dos de los escudos alzados, con un pie sobre cada uno. Estos comenzaron a hundirse en el acto bajo su inesperado peso, pero él ya estaba en movimiento, corriendo rápidamente de un escudo a otro, como un hombre que cruzara un estanque saltando sobre gigantescas hojas de nenúfar.

Se detuvo sobre una pila de barriles que se apoyaban contra la pared de un edificio de ladrillo. Usando los barriles a modo de escalera, se lanzó sobre la parte superior de la pared y aterrizó en cuclillas sobre el tejado plano.

Se mantuvo agachado mientras vigilaba al arquero, que ahora se movía a lo largo del tejado del siguiente edificio, lanzando flechas sobre las tropas de custodios atrapadas en las estrechas calles de abajo.

Anok deseó al instante poder contar con su propio arco. «Bueno, si quiero un arco, voy a tener que cogerlo.» Sacó la daga y, agachándose, se acercó todo lo que pudo al hombre.

El arquero se dio la vuelta en el mismo instante en que Anok lanzaba la daga.

«¡Guíame, Sheriti!»

No había olvidado las incontables horas que su amante muerta había pasado enseñándole a manejar los cuchillos. Los ojos del arquero se abrieron de par en par y escupió sangre cuando la daga se

le enterró hasta el mango en el cuello. Anok llegó hasta él antes de que el hombre cayera muerto; envainó la otra espada y se apropió del arco y del carcaj del arquero.

Se trataba de un arco shemita, más ligero que el potente arco estigio al que estaba acostumbrado, pero serviría. Casi en el último momento se acordó de recuperar su daga de un tirón del chorreante cuello del arquero; le limpió la sangre con la túnica del muerto y la devolvió a su funda.

Después, examinó los tejados en busca de objetivos, y vio demasiados. Por suerte, todos centraban su atención en los invasores situados en la calle. Aún no se habían percatado de la presencia del acólito, pero aquella situación no duraría mucho a menos que tomase medidas.

Suspiró e invocó el poder de la Marca de Set, susurrando un hechizo que no había utilizado en mucho tempo: el Camino de Sombras. No lo volvería invisible, pero ayudaría a protegerlo para que los incautos no reparasen en él. Se trataba de la clase de hechizo que los sacerdotes trataban de evitar, de los que consumían mucho poder mágico a cambio de un resultado pequeño, pero en este caso era el que mejor le serviría.

Se arrastró por los tejados sin hacer ruido, acercándose al siguiente arquero. Sacó una flecha, tensó el arco y dejó que la cuerda de deslizara de sus dedos.

No acertó en el lugar deseado, sino que alcanzó al hombre en la parte posterior del hombro izquierdo. Éste se movió como un loco mientras intentaba alcanzar la flecha incrustada, tropezó y cayó de espaldas del tejado.

Uno de los otros arqueros se dio la vuelta al oír el grito del hombre, pero no vio a Anok, que ya había preparado otra flecha. Tensó y disparó. El hombre gritó cuando una flecha se le clavó en el pecho y se hundió hasta el corazón.

Varios arqueros se dieron cuenta entonces de que los estaban atacando.

Anok se movía con rapidez. Aunque el hechizo lo protegía de ser visto directamente, sus oponentes buscarían de forma instintiva el origen de las flechas que estaban derribando a sus compañeros.

Saltó de tejado en tejado, disparando mientras se movía. Otro arquero cayó muerto y uno resultó herido de gravedad. Otro, en un tejado algo más alejado, tuvo suerte cuando la flecha sólo le atravesó el brazo, pero la herida lo apartaría de la batalla.

El resto de arqueros se asustó. Ahora les preocupaba más su propia seguridad que las tropas de abajo, que era lo que pretendía Anok.

Disparó a uno más, luego eligió a otro, que al darse cuenta, comenzó a moverse.

Anok apuntó y lo siguió mientras corría, pero tiró con demasiada fuerza y el arma se partió con un fuerte chasquido.

El arquero se giró en el acto y disparó hacia el sonido.

Anok se dio la vuelta y se echó hacia atrás, justo a tiempo de ver cómo una flecha le pasaba volando a un dedo de la nariz.

El hombre lo buscó frenéticamente, con el arco preparado. Evidentemente el hechizo no se había roto. El hombre disparaba como un loco en dirección a cualquier sonido.

El acólito desenvainó la espada y se lanzó hacia él, corriendo de un lado a otro. Una flecha le atravesó el dobladillo de la túnica, rozándole levemente la pierna. Se mantuvo en silencio, a pesar del escozor, y llegó junto al hombre cuando éste sacaba otra saeta.

Anok apartó la flecha de un golpe haciendo que el arquero perdiera el equilibrio; le hundió la espada en el pecho y la sacó de un tirón mientras el hombre caía con un quejido por el borde del tejado, para ir a aterrizar en un corral lleno de aterrorizadas cabras.

Miró alrededor. El resto de arqueros se habían ocultado o bajado a la calle por miedo. Se dio cuenta de que había perdido contacto con las tropas de custodios y no tenía ni la menor idea de en qué dirección se habían ido.

En dirección norte oyó sonidos de fuertes enfrentamientos y vio nubes de polvo que ascendían hacia el cielo. Era una dirección tan buena como cualquier otra.

Al bajar la mirada hacia su brazo, vio la Marca de Set chorreando de sangre. Anok la había despertado de su sueño y la había empapado de sangre fresca. Oyó cómo la voz de la Marca le susurraba al oído, cómo lo abrasaba el ansia de matar.

El acólito soltó un gruñido de frustración mientras se dirigía hacia la batalla. Teferi podía ayudarlo en sus sueños, pero despierto y en el fragor de la lucha, cuando se necesita más ayuda, se encontraba solo.

Condujo su mente hacia la tranquilizante ancla del Aro de Neska, que rodeaba su muñeca derecha. Sólo ese objeto era inmune a la influencia de la Marca de Set, a la corrupción de la magia.

Cogió con la imaginación ese frío firmamento, formó un escudo con él y lo sostuvo en alto contra la maligna influencia de la Marca. No era mucho, pero era algo.

Llegó al borde de un tejado, bajó la mirada hacia una de las calles más amplias y la halló llena de cuerpos: muertos, moribundos o gravemente heridos; cerca de unas dos terceras partes eran custodios.

«¡ Ramsa Aál los ha conducido a una masacre!»

Sin embargo, también sintió una punzada de culpa por sí mismo. Si hubiera entrado en la batalla con toda la fuerza de su magia, y no simplemente con las espadas, podría haber salvado las vidas de muchos custodios. Aunque servían al mal, eso no significaba que todos fueran malvados. Sin duda, merecían morir en pie y luchando como hombres, no sacrificados en una emboscada.

Un confundido caballo sin jinete se tambaleaba entre aquella carnicería. No era la montura de Anok, pero serviría. Se lanzó sobre un toldo de lona, se deslizó por él, y saltó sobre la silla.

El asustado caballo se encabritó y Anok se agarró desesperadamente mientras el animal piafaba como un loco, corcoveaba una vez y salía precipitadamente hacia la batalla.

Anok vio la pelea justo frente a él. Desenvainó la segunda espada y sostuvo las dos en alto mientras el caballo se adentraba en la confusión. El acólito comenzó a balancear las espadas, clavando y cortando en cuanto podía separar mercenario de custodio.

Alrededor de él el signo de la batalla estaba cambiando. Aunque las bajas de los custodios habían sido muy graves al principio, superaban ampliamente en número a los defensores.

Ahora que el elemento de la sorpresa había desaparecido y los términos de la lucha se encontraban más equilibrados, la habilidad y entrenamiento superiores de los custodios comenzaban a dejarse ver.

Y lo que resultaba aún peor para los defensores: algunos de los suyos ya habían considerado que la batalla estaba perdida y huían para salvar la vida.

«Sólo se puede comprar la lealtad hasta cierto punto.»

De pronto, una flecha se clavó en el pecho de su caballo y el animal cayó hacia adelante al fallarle las patas delanteras. Anok saltó de la silla y se deslizó por el cuello del caballo para aterrizar con las espadas preparadas.

Se agachó mientras balanceaban un hacha hacia su cabeza; al levantarse le clavó la espada izquierda al atacante en el pecho.

Se hizo a un lado mientras una lanza venía hacia él y vio cómo un custodio apuñalaba a ese atacante por la espalda; entonces se dio la vuelta buscando otra presa.

Todos estaban combatiendo, uno contra uno; a veces, dos contra uno. La batalla casi estaba ganada.

La Marca de Set lo instó a concluirla con algún potente hechizo, pero con el enemigo mezclado con sus propias tropas, Anok no contaba con la habilidad para lograrlo sin matarlos a ambos.

Vio un caballo y un jinete que se acercaban desde la dirección opuesta y reconoció de inmediato la túnica y la estola del sacerdote.

¡Ramsa Aál!

El caballo se detuvo y se encabritó. Anok vio que Ramsa Aál mantenía la mano izquierda por encima de la cabeza, haciendo gestos, mientras sus labios formaban algún hechizo.

Por un momento pensó que el sacerdote iba a sacrificarlos a todos. Entonces los mercenarios comenzaron a retroceder, tambaleándose, y dejaron caer las armas. Muchos fueron derribados rápidamente por los custodios, pero no era necesario.

Los rostros de los defensores comenzaron a contraerse sobre sí mismos, se arrugaron y se volvieron de color marrón, como manzanas podridas. Parecieron encogerse, y sus cuerpos se desmenuzaron hasta convertirse en polvo y hueso en el interior de la ropa y la armadura. En cuestión de un minuto no quedó nada que pudiera identificarse como algo que alguna vez hubiera sido humano. Sólo polvo marrón que el viento se llevaba volando.

Las tropas supervivientes gritaron entusiasmadas, y el auténtico propósito del hechizo de Ramsa Aál se hizo patente. En el acto, su cuestionable liderazgo al traerlos a este lugar quedó olvidado. El sacerdote había estado en el fragor de la batalla, y le había dado fin por ellos.

Lo habrían seguido hasta los pozos del infierno si se lo hubiera pedido.

—Desplegaos —les ordenó—. Capturad a todo el que quede para poder torturarlo para sacarle información. —Se oyó un rugido de asentimiento de parte de los hombres ante la palabra «torturarlo»—. Buscad cualquier señal de Ibis, sus sacerdotes o su templo.

Los soldados comenzaron a abrirse en abanico, a excepción de los que se quedaron para ocuparse de los heridos.

Anok miró a Ramsa Aál. Los ojos del sacerdote estaban muy abiertos y tenían una rara expresión de embriaguez. Soltó una carcajada y bajó la mirada hacia el joven.

—Puede que yo no posea tu poder puro, acólito, pero recuerda que la habilidad, el entrenamiento y la experiencia aún cuentan mucho. —Volvió a reír con regocijo, casi como un loco—. He dejado que mis discípulos se encarguen de este tipo de magia durante demasiado tiempo.

¡ Sienta bien probar los grandes hechizos otra vez!

Anok notó cómo se le retorcían las tripas de envidia, de frustración y de rabia. La batalla había concluido demasiado pronto. La Marca de Set aún no estaba satisfecha.

Tras recuperar aparentemente su calma y cordura, Ramsa Aál se bajó de su montura y miró alrededor. Se encontraban a tan sólo unas

casas de la plaza central con su pozo, y el sacerdote comenzó a caminar resueltamente hacia allí.

Curioso, Anok lo siguió.

La plaza era pequeña, mucho más pequeña que el patio del Templo de Set en Kheshatta. En el centro, un bajo muro de piedra coronado con una tapa de madera señalaba el pozo. Un pesado arco también de madera situado sobre el pozo sostenía dos poleas con un juego de cuerdas: una pequeña, con un cubo amarrado a ella, y otra mucho más gruesa que terminaba en un gancho de hierro. Una pequeña abertura redonda en el centro de la tapa dejaba pasar el cubo.

Ramsa Aál caminó alrededor del pozo, examinando los tornos y el aparejo. A continuación, cogió una piedra del suelo y la dejó caer con cuidado por la abertura. Tras lo que pareció un largo rato, se oyó un chapoteo muy abajo.

Sin embargo, aún no parecía satisfecho. Lanzó el cubo hacia la oscuridad y soltó la cuerda hasta que lo oyeron chocar contra el fondo. Subió el cubo, mojó los dedos en el agua y la probó.

Anok se situó a su lado e hizo lo mismo. El agua estaba fresca y dulce. Introdujo las dos manos y bebió, luego se mojó el rostro y el cabello, lavando de forma casual la sangre de la Marca de Set.

Las desesperantes voces de su cabeza se calmaron un poco.

Miró a Ramsa Aál, que estaba demasiado distraído para darse cuenta, El sacerdote recorrió el borde de la tapa con los dedos, y Anok se fijó en que no era precisamente redonda. En los cuatro puntos cardinales había pequeños salientes que encajaban en cuatro ranuras situadas en la pared del pozo. También vio cuatro resistentes aros de hierro atados a la madera alrededor de la abertura central. El propósito de todo aquello no le resultó evidente de inmediato.

Ramsa Aál volvió a rodear el pozo, prestando atención ahora a lo que parecía ser un tonel de agua, también con una tapa de madera, situado contra un lado del brocal. Levantó la tapa, metió la mano dentro y sacó un par de cortas cadenas de hierro con ganchos en cada extremo. Sonrió cómo si le hubiera sido revelado algún secreto.

—Reúne a los hombres —indicó—, A todos los que puedas encontrar. Vamos a necesitar tanto espadas preparadas como espaldas fuertes. —Se subió de un salto a la tapa del pozo y miró hacia abajo a través del agujero—. ¡He encontrado el templo de Ibis!

17

Ramsa Aál observaba con gran interés mientras los custodios seguían sus instrucciones. Anok también miraba, desconcertado por lo que estaba ocurriendo.

Los dos trozos de cadena habían sido enganchados a los cuatro aros que rodeaban el agujero del centro de la tapa. Éstos, a su vez, habían sido sujetados al gancho del torno más grande. Evidentemente, el propósito era apartar la enorme tapa que cubría el pozo, pero no comprendía por qué motivo.

Engancharon un caballo al extremo de la cuerda, y una docena de hombres agarró la soga. Cuando Ramsa Aál dio la orden, tiraron. La cuerda chirrió y crujió, y la tapa se levantó un palmo por encima del borde de piedra del pozo y colgó oscilando. En lugar de dejar que la levantaran por completo, el sacerdote les ordenó que se detuvieran. Luego, siguiendo sus instrucciones, dos hombres giraron la tapa para que los cuatro salientes que sobresalían de los lados se alinearan con las cuatro ranuras presentes en los laterales del pozo. En esta posición, la tapa se deslizó por debajo del borde.

Los ojos de Anok se agrandaron al comprender.

—¡La tapa se puede bajar por el pozo!

Ramsa Aál se subió sobre la tapa, comprobó su estabilidad primero con un pie, y luego puso todo su peso sobre ella.

—Cuando yo era un joven acólito serví en la Prisión de Gemas, en la base de las Montañas de Fuego. Utilizaban montacargas parecidos a éste para bajar a los esclavos y a los prisioneros hasta sus infernales minas, para que recogieran piedras preciosas con destino, a los tesoros de Set.

—Entonces, ¿creéis que hay túneles debajo?

—O cuevas, o catacumbas. Pero el templo que buscamos se encuentra debajo. —Revisó la cuerda—. Calculo que esto resistirá el peso de diez hombres.

El sacerdote reunió a dos de los mejores acólitos para mantener un hechizo de protección y a seis custodios con armadura, gran parte de ellas procedentes de los mercenarios muertos, ya que el destacamento

de guardias había viajado ligero y rápido.

Los acólitos, Anok y Ramsa Aál se situaron lo más cerca posible del centro de la plataforma, con los custodios alrededor de la parte exterior, con las espadas desenvainadas y los escudos en alto, La cuerda crujió de manera alarmante bajo el peso de los hombres, y aunque la plataforma quedaba ajustada al interior del pozo, oscilaba ligeramente con cada movimiento.

Dos pelotones más, formados por diez hombres cada uno, estaban preparados para seguirlos como refuerzos. El clima era tenso, sólo Ramsa Aál parecía sentirse cómodo, incluso alegre, con el inminente descenso. Gritó la orden y hombres y caballos comenzaron a bajarlos hacia las ignotas profundidades.

Anok desenvainó las espadas y separó los pies para mantener el equilibrio. El corazón le palpitaba con más fuerza que cuando la batalla había comenzado. Si podía ver al enemigo, podía enfrentarse a él. No le gustaba la indefensión del descenso, ni el confinamiento.

Podía oler el miedo en los custodios que se apretaban a su alrededor.

Bajaron más y más, tanto que Anok tuvo tiempo de admirar la mampostería de la pared, tan minuciosa que la tapa nunca se enganchó en ningún saliente, ni se inclinó en ningún momento. Las cuatro ranuras que los guiaban recorrían el pozo con tal precisión que parecían haber sido cortadas en la pared con un enorme cuchillo.

La cuerda gimió y crujió. De vez en cuando, el borde de la plataforma rozaba ruidosamente contra la pared hasta que salía rebotada contra el lado opuesto. Anok miró a Ramsa Aál.

—Esto no va a ser una sorpresa —dijo en voz baja.

—Nuevamente —repuso el sacerdote—, esperemos que se hayan confiado en exceso.

La oscuridad aumentó, la parte superior del pozo era ahora un círculo de luz muy alejado, partido por la barra superior del torno. A su alrededor comenzaron a surgir cuatro aberturas junto a la plataforma. Las ranuras encajaban ahora en cuatro columnas. Más allá de la abertura, Anok pudo entrever una habitación mucho más grande, iluminada por unas lámparas colgantes.

Miraron alrededor, pero no había guardias, nada que sugiriera que los esperaban. Sin embargo, Anok sabía que eso era imposible.

—Tal vez se estén ocultando —sugirió.

Ramsa Aál se arrodilló e introdujo la mano por el agujero del centro de la plataforma. Se oyó un chapoteo cuando la mano se sumergió en el agua.

—Ingenioso. Estamos sobre una cisterna, o puede que incluso un

pozo de verdad. Lograría engañar a cualquiera que mirase dentro del pozo, o que dejase caer algo dentro, como hice yo.

El custodio de mayor rango miró al sacerdote con nerviosismo.

—¿Qué hacemos, señor?

Ramsa pareció pensativo un momento.

—Bajad de la plataforma. Pero despacio y con cuidado.

El oficial dirigió un gesto con la cabeza a sus hombres y éstos comenzaron a moverse con cierta vacilación.

Uno, más valiente, o tal vez más estúpido que el resto, bajó primero. La piedra se hundió ligeramente bajo sus pies y se oyó un estrépito, seguido por el chasquido de una docena o más de cuerdas de arcos.

Anok tuvo una imagen fugaz de una gran flecha con punta de acero que volaba directamente hacia su rostro, cuando de repente la saeta fue apartada de su trayectoria y desapareció hacia un lado.

En el acto, se vieron rodeados por un enjambre de flechas, que trazaron círculos como abejas furiosas hasta que, una a una, su energía se agotó y repiquetearon sin causar daño en el suelo.

El hombre que había hecho saltar la trampa se rió nerviosamente.

Ramsa Aál asintió con la cabeza.

—Bien hecho, acólitos.

Anok echó un vistazo al joven acólito que se encontraba a su lado y se fijó en la expresión demente de su mirada, el rastro de baba que le bajaba por la comisura de la boca y la gota de sangre que le caía de la nariz. Su compañero no parecía encontrarse mucho mejor.

—Maestro, me temo que no volverán a servirnos.

—No importa. La siguiente trampa, si es que la hay, será diferente. Ahora que mis ojos se están adaptando a la oscuridad, veo un pasadizo por ahí. —Señaló con la mano.

Anok forzó la vista mirando hacia la oscuridad y sólo logró distinguir un arco de piedra flanqueado por columnas y decorado con murales de figuras de dioses.

El oficial no parecía sentirse muy feliz mientras observaba cómo alzaban la plataforma fuera de la sala, bloqueando la mayor parte de la luz salvo un pequeño círculo sobre el agua de la cisterna.

—¿No deberíamos esperar a los refuerzos, maestro?

—¡No! Podría haber túneles de huida, Como mínimo, podrían intentar ocultar lo que hemos venido a buscar.

Varios soldados sacaron bolsas de las que extrajeron cristales blancos, lisos y del tamaño de un puño: Joyas de la Luna. Los hombres se hicieron un pequeño corte en el brazo con el cuchillo y rozaron los cristales con la sangre. Al hacerlo, brillaron con una luz fría y difusa,

parecida a la de la luna, y se los fueron pasando a sus compañeros.

El acólito al que Anok había estado estudiando antes se sacó su propio cristal del bolsillo y se lo pasó tranquilamente por el hilo de sangre que le mojaba el labio superior. Mientras el cristal comenzaba a brillar, Anok le miró los iris de los ojos, que se estaban volviendo de un alarmante tono amarillo mientras las pupilas se estrechaban transformándose en rendijas verticales.

Ramsa Aál miró al acólito un momento antes de alejarse y soltó una risita.

—Las Joyas de la Luna fueron descubiertas por los discípulos de Ibis. Ahora las usaremos para darles caza y destruirlos.

Dejaron atrás las columnas, siempre atentos a las trampas. A la luz de las piedras, Anok alzó la mirada hacia las columnas al pasar. En un lado estaba Ibis, pálido, con el cuerno de la luna como corona, y en el otro Bastet, una diosa menor de los gatos y la luna nueva, de quien algunos decían que era la esposa de Ibis. La piel de la diosa era tan morena como la de Ibis era clara, y tenía los rasgos de una gran gata de ojos verdes.

Al otro lado del portal encontraron una pared, giraron a la izquierda y descendieron por una escalera que conducía a un estrecho pasillo de techo alto.

Anok desconfió de inmediato. Curiosamente carecía de adornos para un lugar custodiado por un portal tan grandioso. También estaba extrañamente caliente, y olió a madera o carbón ardiendo.

El suelo era negro y extrañamente resbaladizo. Anok lo rascó con la punta de una de las espadas y la pátina corroída se despegó, desvelando un brillo de metal blanco debajo.

Gritó una advertencia, a la vez que trataba de recordar el hechizo de la Muerte Helada que Sabe le había leído una vez de sus antiguas tablillas.

Se oyó un estruendo y un estrepitoso sonido metálico mientras algo grande se desplomaba. De una larga ranura situada encima de la puerta al otro extremo del pasillo, una ola de líquido plateado corrió hacia ellos.

Anok ya estaba recitando el hechizo, liberando por completo la Marca de Set para hacer uso de su poder. La ola pasó sobre el soldado que se encontraba al frente de la columna. El custodio dejó escapar un grito cuando la masa le subió hasta la cintura en el mismo instante en que Anok susurraba la última palabra del antiguo hechizo.

El aire pareció transformarse en hielo, las paredes del túnel se cubrieron con una brillante capa de escarcha. La ola de plomo disminuyó de velocidad como si se tratase de sirope espeso hasta que

se detuvo. Felizmente, el soldado atrapado también se había congelado. Ahora era una estatua blanca con el horror aún visible en las rígidas facciones.

Anok bajó la mirada. El metal fundido se había quedado a un solo paso de sus pies calzados con sandalias. Se tambaleó a causa del poder del antiguo hechizo, sintiéndose mareado de repente.

Ramsa Aál se situó a su lado y lo sostuvo por el brazo para que no cayera.

Anok respiró hondo, se serenó y se deshizo del apoyo del sacerdote.

—Estoy bien.

—No sabía que la profecía se encontrara entre tus dones, estudiante.

No se trataba de eso, pero descubrió que le gustaba bastante el orgullo que notaba en la voz de Ramsa Aál y no lo contradijo.

El sacerdote los volvió a conducir escaleras arriba.

—Esto es un corredor falso. Ahora veo el error.

Llegaron a la cima de la escalera a tiempo de encontrarse con la siguiente oleada de soldados, y aguardaron a la tercera, que llegó poco después.

Mientras esperaban, Ramsa Aál examinó la pared lisa situada justo después del portal, pasando las manos sobre la piedra.

—Esta pared es falsa —anunció—. ¡Acólitos, un hechizo de interrupción!

El acólito con la hemorragia nasal hizo un gesto en dirección a la pared, luego ahogó un grito como si le hubieran clavado un cuchillo entre las costillas. Se estremeció y cayó al suelo, contrayéndose espasmódicamente a causa del dolor. Se le formó una espuma roja alrededor de la boca, se sacudió una última vez y se quedó inmóvil. Los ojos abiertos y de mirada perdida del acólito parecían los de una serpiente.

Ramsa Aál suspiró cuando el segundo acólito se arrastró hacia una esquina, sollozando y farfullando de miedo. El sacerdote miró al soldado situado más cerca y le ordenó:

—Mátalo.

El custodio se acercó al acólito, le echó la cabeza hacia atrás y, con un único y rápido movimiento, le partió el cuello.

Anok contempló la pared.

—Permitidme, maestro.

Echó las manos hacia atrás y luego las lanzó hacia adelante en dirección a la pared, notando cómo el poder lo envolvía como si fuera un torbellino. La mampostería se resquebrajó y comenzaron a volar

bloques de piedra por el aire.

Ya había hecho esto antes, en la tumba del Rey Perdido, pero ahora tenía más práctica. Resultó más fácil, incluso satisfactorio, conseguir arrancar las piedras con la fuerza de su voluntad, verlas descender por el aire con la gracia de aves juguetonas, para amontonarse perfectamente contra los flancos del pasadizo situado más adelante.

Se encontraron frente a una amplia sala de adoración, con bancos bajos para el rezo hechos de mármol ante los que podían arrodillarse los fieles, y un gran altar flanqueado por llameantes braseros de latón y rematado con una enorme estatua de oro de Ibis que sostenía la luna por encima de la cabeza con la mano abierta.

Entonces, Anok se fijó en otra cosa: una mujer de cabello dorado vestida de seda azul pálido que se encogía contra la base del altar.

—¡Allí! —exclamó—, ¡Una sacerdotisa!

—¡Capturadla! ¡La necesito ilesa!

Los soldados se abrieron en abanico, cubriendo el centro y los extremos de la sala, La sacerdotisa trató de eludirlos, y ya casi se había escurrido por una entrada secreta situada detrás del altar, cuando uno de los custodios la agarró y la hizo retroceder. Al hacerlo, la puerta se cerró. Tras clausurarse con un chasquido, la entrada desapareció en una pared aparentemente sin junturas.

Ramsa Aál se acercó corriendo a la puerta y pasó las manos sobre la pared lisa. Al no encontrar nada la golpeó con el puño, frustrado. Se dio la vuelta hacia la sacerdotisa.

—¿Cómo se abre esto?

La mujer forcejeaba inútilmente contra los dos guardias que le sujetaban los brazos. Irónicamente, su cabello era del color de los rayos de sol y le caía formando rizos alrededor de los hombros. Anok calculó que debía de ser unos años mayor que él, pero seguía siendo muy hermosa. Llevaba alrededor del esbelto cuello un emblema de la luna hecho de plata, y una fina banda del mismo metal le rodeaba la frente. Aunque el acólito no la había visto nunca, había algo extrañamente familiar en el rostro de la mujer.

La sacerdotisa los fulminó con la mirada. Había fuego en sus ojos.

—¡Nunca os lo diré!

—¿Dónde están los otros?

—Se fueron hace mucho tiempo, Escaparon a través de cuevas que nunca encontraréis. Sólo quedaron los mercenarios, y yo, para proteger el templo si sobrevivíais.

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—¿Una sacerdotisa como protección contra un ejército? ¿Los

discípulos de Ibis también son idiotas?

La mujer frunció el entrecejo.

—Lo habría logrado si no hubiera sido por su asquerosa hechicería. —Lanzó una mirada de odio a Anok.

Ramsa Aál volvió a reír.

—Pero no lo lograste. —Se acercó a ella, le cogió el mentón con la mano y la obligó a levantar el rostro para poder mirarla a los ojos—. Dime, ¿dónde está la Escama de Set?

La sacerdotisa parecía inquieta, pero no se asustó ante la mirada del sacerdote.

—No sé de qué habláis. ¡Nunca guardaríamos aquí nada con la mácula de Set!

—Oh, sí que lo sabes. Algunos las llaman las Escamas Doradas.

El sacerdote buscó bajo su túnica y sacó la cadena para mostrarle el medallón que colgaba de ella.

La sacerdotisa ahogó una exclamación al verlo.

—Oh-se rió Ramsa Aál—, sí que lo sabes. ¡Ahora, dímelo!

—¡Nunca!

El sacerdote se humedeció los labios.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que disfruté con el sacrificio de una mujer hermosa a Set…, torturándola lentamente.

Ramsa Aál levantó la mirada hacia la plataforma situada sobre sus cabezas y las escaleras a cada lado que conducían al nivel superior. Volvió a mirar a la sacerdotisa y sonrió.

—¿Te gustaría morir torturada en el altar de tu falso dios?

La mujer soltó un gruñido y trató en vano de soltarse de las manos de los soldados.

—Cogedla —ordenó Ramsa Aál, y los guardias comenzaron a arrastrarla escaleras arriba mientras el sacerdote sacaba su daga ceremonial y la sostenía en alto, admirando la forma en que las llamas se reflejaban sobre la pulida hoja.

Anok notó cómo se le aceleraba el corazón, expectante ante el sacrificio.

Ramsa Aál pasó a su lado y comenzó a subir por las escaleras.

/Síguelo! ¡Contempla el sacrificio! ¡Prueba la sangre!

«¡No!»

Las voces que oía dentro de la cabeza no eran la suya, Había liberado a la Marca de Set de su jaula y ahora, más que controlarla él a ella, ella lo controlaba a él.

Oyó los forcejeos mientras arrastraban a la sacerdotisa hacia el altar.

¡Sangre! ¡Dulce sangre!

«¡No! ¡Basta! ¡Esto está mal!»

En su mente, vio fugazmente la imagen de la sacerdotisa mientras Ramsa Aál le levantaba el rostro y la miraba a los… ¡ojos!

De pronto, se le heló la sangre como si alguien hubiera utilizado el hechizo de la Muerte Helada.

Buscó el Aro de Neska con la mente, buscó su firme asidero y, con un esfuerzo supremo, apartó a empujones a la Marca de Set de su mente para que regresara, gritando, a su oscuro escondite.

¡Ojos! ¡Esos ojos! ¡Los ojos de su padre! ¡Los ojos de su hermana!

La había encontrado, y en cualquier momento Ramsa Aál comenzaría a arrancarle la piel del cuerpo y a separarle la carne de los huesos.

18

Anok intentó pensar desesperadamente en algún modo de salvar a su hermana, Desde luego, nada que pudiera decir ni hacer disuadiría a Ramsa Aál, Lo único que lo haría aplazarlo sería darle aquello que más deseaba.

Le dio vueltas brevemente a la idea de presentar su propia Escama de Set anunciando que la había «encontrado» en alguna parte. Pero era posible que los sentidos místicos de Ramsa Aál pudieran identificar las tres Escamas, aparentemente idénticas, de manera individual. O quizá esto no era era más que un plan para hacerle entregar la Escama que mantenía oculta. En cualquier caso, en cuanto Ramsa Aál tuviera su Escama, Anok perdería toda influencia sobre el sacerdote.

Incluso era posible que, aun así, Ramsa Aál la torturase en busca de información acerca de la ubicación de la tercera Escama. O quizá entonces se sintiera libre de matarla y Anok necesitaría llegar a un acuerdo.

Mientras aquellos pensamientos le pasaban a toda velocidad por la cabeza, su mirada se posó en la parte frontal del altar, donde una decorativa hilera de redondos medallones de plata había sido fijada a la piedra, representando las fases de la luna. En el centro del altar, debajo de los medallones, aparecía un solitario círculo de humilde hierro, un poco más grande que los demás.

Se acercó corriendo a examinarlo. Era idéntico al medallón de su padre, en el que se ocultaba su Escama de

Set. Apretó la palma de la mano contra el círculo, lo giró, y lo sintió moverse.

Había tardado años en descubrir por accidente la pauta de precisos giros a la izquierda y a la derecha que abrían el cierre oculto del medallón. Después, había pasado innumerables horas muertas examinando el medallón, abriéndolo y cerrándolo.

Aplicó esa pauta al sello del altar con consumada habilidad.

Oyó cómo su hermana gritaba de dolor.

Se produjo un chasquido y se abrió un panel oculto cortado en la

piedra. Dentro, el espacio estaba abarrotado de una gran cantidad de objetos religiosos, que obviamente habían sido escondidos a toda prisa, y entre ellos, ¡un destello de oro!

Al igual que ocurría con la de Ramsa Aál, esta Escama colgaba de una cadena de oro. La agarró y la sostuvo por encima de la cabeza triunfalmente.

—¡Maestro, la he encontrado!

Ramsa Aál apareció al instante y miró hacia abajo por encima del borde del altar, con los ojos muy abiertos y la punta de la daga goteando sangre, Sonrió al bajar la mirada.

—¡Bien hecho, acólito! Has encontrado una clave fundamental para el más importante de nuestros planes.

Desapareció, y Anok pudo oírlo ponerse en pie y descender por la escalera situada en el otro extremo del altar, Mientras el sacerdote bajaba, Anok comprobó los otros objetos del compartimento. Había pequeños ídolos de fertilidad, joyas que representaban símbolos de Ibis y las fases de la luna, manuscritos que eran obviamente textos sagrados y… ¡un sencillo medallón de hierro! Anok cogió rápidamente el medallón y se lo metió en la bolsa que llevaba al hombro sólo unos segundos antes de que apareciera Ramsa Aál.

El acólito miró alrededor. Había muchos guardianes por allí, pero la mayoría de ellos centraba su atención en la parte superior del altar. Si alguno lo estaba observando, no contaría con un contexto para comprender el significado del pequeño robo. Si no era de plata o de oro o estaba cubierto de piedras preciosas, a ellos les parecería que carecía de valor.

Ramsa Aál se situó a su lado y cogió la Escama de Set. No pareció darse cuenta de la decepción de Anok. Su interés se centraba exclusivamente en la Escama. La sostuvo en alto bajo la luz y luego miró a Anok, como si se hubiera dado cuenta de repente de que estaba allí. Tenía una extraña expresión de embriaguez en los ojos.

—Discípulo, estamos muy, muy cerca del amanecer de una nueva era. No puedes imaginarte el poder que pronto será nuestro. —Levantó la mirada y se dirigió a los dos custodios que permanecían sobre el altar—. Bajad a la sacerdotisa. Ahora tengo otros planes para ella.

La condujeron escaleras abajo. La mano derecha le sangraba ligeramente. ¡Por suerte, sólo acababa de empezar!

Ramsa Aál se acercó a ella y examinó el amuleto de la luna que le rodeaba el cuello.

—Una Suma Sacerdotisa de Ibis resultará muy útil en nuestros planes.

Conforme a las palabras de su hermana, tras buscar durante horas, los custodios no encontraron ninguno de los túneles de huida, sólo varias trampas mortales más. Hallaron estas últimas de la forma más desagradable y, al final, Ramsa Aál se vio obligado a suspender la búsqueda.

—Sin duda —sentenció—, se fueron hace mucho tiempo, hacia el desierto o a esconderse en cuevas en la montaña. Sin embargo, podemos aseguramos de que nunca regresen a este lugar.

Tras despojar al templo de cualquier objeto de valor y profanar todas sus reliquias, estatuas y sepulcros, Ramsa Aál hizo que llenaran de agua todos los odres y barriles. Después, reunieron los cadáveres y animales muertos y los tiraron dentro del pozo, contaminando el agua.

Por último, arrojaron tras ellos todo lo que pudieron coger de la ciudad: cajas, barriles, toldos, trozos de muebles y tablas sueltas, lo empaparon con aceite de lámpara y le prendieron fuego.

Unicamente se salvaron unos cuantos de los mejores edificios situados en el centro de la aldea, que se convirtieron en los cuarteles temporales de la fuerza de ocupación. Al llegar la oscuridad, los custodios que habían sobrevivido se reunieron alrededor del pozo para apurar los alimentos y bebidas robados y para cantar lúgubres canciones de guerra por los muertos.

Anok aprovechó el momento para escabullirse de Ramsa Aál y los acólitos supervivientes y entrar en la casa en la que retenían a su hermana. Encontró a un par de guardias vigilando el trastero sin ventanas en el que estaba encerrada, disgustados por estar perdiéndose la celebración.

Al entrar, les mostró dos jarras de vino que había robado de la reunión junto al pozo.

—Quiero hablar con la prisionera a solas. Disfrutad del vino y esperad fuera. Yo la vigilaré, y en cualquier caso, la mujer no conseguirá pasar por delante de vosotros.

Los custodios parecían indecisos.

—¿Ponéis en duda mi autoridad? ¡Yo soy Kamanwati, el puño de Ramsa Aál! —Entrecerró los ojos—. ¿Preferís llenaros la boca de vino o que os convierta la lengua en arena?

Los ojos de los hombres se agrandaron y su actitud su volvió de inmediato de disculpa.

—¡Desde luego, mi señor! Agradecemos el obsequio y esperaremos fuera hasta que nos llaméis.

Aguardó hasta que salieron fuera para dirigirse a la puerta de la prisión provisional. Titubeó, notando una presión extraña en el pecho. Que estuviera a punto de reunirse con su hermana perdida sólo era

parte del motivo. Ella era un símbolo de su búsqueda de respuestas y de su pasado perdido. La sacerdotisa podría contarle incluso más cosas, pero, por el momento, la mujer sólo traía preguntas.

Parath aseguraba que él no tenía ninguna hermana, y al fin sabía con absoluta certeza que la afirmación del dios era falsa. Parath podría haber mentido, pero, de alguna forma, parecía que en realidad no lo sabía. ¿Cómo era posible? ¿Había ocultado el padre de Anok la existencia de su hija al dios al que servía? Y, si era así, ¿por qué? ¿O esto sólo era el principio del engaño del dios perdido?

Armándose de valor, llamó antes de abrir la puerta y mirar dentro con cautela. Por lo menos le habían proporcionado a la prisionera una lámpara y un catre, en el que su hermana (qué extraña parecía aquella palabra de pronto) estaba sentaba.

La mujer levantó la mirada hacia él. Tenía los ojos llenos de profundo odio.

Anok no podía culparla por eso. En cuanto a él, se sentía… decepcionado. ¿Qué había esperado que ocurriera cuando al fin encontrara a su hermana? ¿Que lo recibiera con cariño, que echara los brazos al cuello al hermano al que había perdido tanto tiempo atrás?

No, no se trataba de cómo estaba reaccionando ella. Se trataba de él. Anok había esperado… algo. Sentirse conectado. Sentirse realizado…, completo.

Pero no había nada de eso.

Aquella mujer era simplemente una desconocida, con razones de sobra para despreciarlo. Si el acólito le daba la espalda, ella podría matarlo sin llegar a saber nunca la conexión que existía entre ambos.

Sin embargo, no podía evitar sentir compasión por ella. Su túnica de seda azul estaba rota y sucia y tenía salpicaduras de sangre en algunas partes. Su lugar más sagrado había sido invadido, saqueado, profanado y destruido. Y la Escama de Set, el objeto que se había quedado a proteger, le había sido arrebatado por su mayor enemigo.

¿Cómo debía de sentirse su hermana ahora, y qué podría decir o hacer él para aliviar esa sensación?

Buscó en su bolsa y sacó un paquete envuelto en tela.

—Te he traído comida. Puede que te hayan dado algo, pero sin duda esto es mejor. —Volvió a meter la mano en la bolsa y extrajo una botella con tapón de corcho—. También tengo agua. Me temo que es lo único que queda de vuestro pozo.

Anok se fijó en que la mujer aún se agarraba la mano herida. Dejó la botella en el suelo, revisó su propia túnica, y encontró un punto relativamente limpio cerca del dobladillo del que arrancó una tira de tela.

Descorchó la botella, colocó un extremo de la tela sobre la abertura y le dio la vuelta brevemente para humedecer el trapo. Se acercó y señaló la mano de la sacerdotisa.

—Déjame ver eso.

La mujer frunció el entrecejo, claramente confundida y desconcertada, pero dejó que le cogiera la mano con sólo un poco de resistencia. Anok le limpió la sangre y le examinó la herida. Se trataba de un corte poco profundo a lo largo de la palma, con la intención de causar dolor más que un daño grave.

—No es nada —le explicó—, El sacerdote se detuvo a tiempo. No sabes lo que te habría podido llegar a hacer.

La mujer torció el gesto.

—Lo sé perfectamente. —Sostuvo la palma en alto para que él la viera—. El primer paso de la tortura es mostrarle a la víctima su propia sangre. El siguiente es causar dolor. El siguiente, martirizar. El siguiente es destruir, lo más lentamente posible, el cuerpo, la mente, la dignidad y toda pizca de esperanza. ¡He visto lo que los adoradores de Set le hacen a mi gente!

Anok se humedeció los labios secos y evitó mirarla a los ojos. En vez de ello, le volvió a coger la mano con delicadeza y usó la tira de tela para vendarle la herida.

En cuanto hubo terminado, ella apartó la mano rápidamente.

—¿Por qué haces esto, amante de serpientes?

Se preguntó si debería decírselo. Se preguntó si ella lo creería. En última instancia, tomó la salida de los cobardes.

—Tengo mis motivos para ocuparme de que estés cómoda. —Miró hacia la puerta de forma refleja, preocupándose de que no los oyeran —. Quiero ayudarte.

La sacerdotisa soltó una carcajada despectiva.

—¿Ayudarme? Probablemente esto no sea más que otro hábil medio de tortura. Darme esperanzas para luego hacerlas añicos con violencia y crueldad.

Anok contempló aquellos ojos tan extrañamente familiares, y supo lo que tenía que hacer.

—Voy a ayudarte a escapar.

La sacerdotisa negó con la cabeza, confundida.

—¿Por qué harías algo así?

La miró a los ojos. Esta oportunidad podría no volver a presentarse. Había cosas que Anok necesitaba saber.

—¿Cómo te llamas?

La mujer vaciló; luego, al ver que aquello no tenía nada de malo, respondió:

—Paniwi.

El acólito esbozó una leve sonrisa.

—Es un bonito nombre. Yo me llamo Anok Wati, pero antes tenía otro nombre. Me llamaba Sekhemar. ¿Ese nombre significa algo para ti?

La mujer negó con la cabeza y, por la falta de indicios de que lo hubiera reconocido, Anok estaba seguro de que decía la verdad. Había muchas cosas que podría contarle a su hermana, pero tal vez no lo creyera.

Sin embargo, había una cosa que podía mostrarle en la que no le quedaría más remedio que creer. Extrajo de la bolsa el medallón de hierro que había encontrado en el altar, lo apretó entre las palmas y, con unos hábiles giros, lo abrió.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par a causa de la sorpresa mientras Anok le mostraba el compartimento interior vacío.

—¿Cómo lo has sabido?

Le entregó el medallón y luego se sacó el otro de debajo de la túnica.

—Tu padre me dio esto. —Vaciló. Las palabras se le atascaron en la garganta—. Mi padre me lo dio.

A la sacerdotisa se le abrieron aún más los ojos por la impresión.

—El me lo entregó y, con su último aliento, me dijo que se lo llevara a mi hermana. Una hermana que nunca supe que tenía y que, tal vez hasta este día, nunca creí que existiera de verdad. Sin embargo, eres real.

Paniwi observaba el medallón, y evidentemente deseaba hacerle la siguiente pregunta, pero no estaba segura de si podía confiar en él lo suficiente para plantearla siquiera.

Anok cogió el medallón entre las palmas y lo abrió con rapidez como había hecho con el otro. Le dio la vuelta para que ella pudiera ver la Escama Dorada que reposaba en el interior.

La sacerdotisa la miró, contenta y asustada a la vez. Cerró el medallón de golpe y miró alrededor con disimulo.

—¿Ellos lo saben? ¿El sacerdote lo sabe?

—Se la he ocultado. No le sirvo, aunque lo parezca. No me agradan Set ni su culto. Sólo busco hacerles daño.

La ira centelleó en los ojos de la mujer.

—Entonces, ¿por qué usaste tu magia para conducirlos a mi templo? ¿Por qué les entregaste mi Escama Dorada?

Anok la miró con el entrecejo fruncido.

—¡Para salvarte la vida! ¡Era la única forma! No sabía que estarías aquí. No sabía que eras mi hermana hasta que te miré a los ojos y vi a

mi padre devolviéndome la mirada.

Paniwi arrugó el gesto y suspiró.

—Habría muerto con gusto para proteger las Escamas Doradas del Culto de Set. Sin embargo, puedo ver que tus intenciones eran buenas y, felizmente, el sacerdote sólo tiene una de las tres.

Anok apartó la mirada con nerviosismo.

—Para decir la verdad, tiene dos.

—¿Qué?

—Unos piratas se la vendieron hace unos meses. No sé dónde la consiguieron.

—Se dice que la tercera Escama fue arrojada al mar eras atrás para ocultarla de un demonio. Tal vez la corriente la arrastró a alguna playa, o alguna criatura de las profundidades la halló y la trajo de vuelta al mundo de los hombres. Set no debe conseguir la tercera Escama. Dijiste que tu padre te pidió que me la entregaras. Ayúdame a escapar y me la llevaré lejos de aquí, donde los adláteres de Set nunca la encontrarán.

Paniwi trató de coger la Escama, pero él no la soltó.

—¡No! Te ayudaré a escapar, pero tienes que dejar la Escama conmigo. He conseguido ocultarla de los sentidos místicos de Ramsa Aál, pero si te la llevas él lo sabrá y hará llamar a todos los ejércitos de Estigia y convocará toda la magia a su disposición para localizarte. Si te vas con las manos vacías, tendrás una oportunidad de escapar, y tal vez tenga ocasión de entregártela en otro momento.

—¡Si proteges la Escama, debes venir conmigo!

Anok negó con la cabeza.

—Ramsa Aál no permitirá una traición así. Temo que me daría caza, y a ti también. En ese caso, tendría la tercera Escama de todas formas. Pero si me quedo aquí, desbarataré sus planes y dispersaré las tres Escamas para que no puedan volver a utilizarlas.

Paniwi apoyó la espalda contra la pared y se llevó las rodillas al pecho.

—Si no puedo llevarme la Escama, entonces, no puedo marcharme. Es mi sagrado deber protegerla con mi vida.

—¡Tienes que irte! ¡Quizá no pueda protegerte!

—Eso no cambia nada. Debo correr ese riesgo para proteger la Escama.

—Yo podría protegerla mejor sin ti.

—Lo dudo. Pero ya veremos qué ocurre.

«¡Es testaruda y obstinada! —pensó Anok, que no pudo evitar esbozar una sonrisa—. Puede que sí sea mi hermana.»

19

Teferi levantó la mirada de su lectura cuando Fallón entró por la puerta principal de la villa. A juzgar por los desgarrones de su ropa, los cardenales de los brazos y los arañazos en la mejilla y la frente, la cimmeria se había metido en otra pelea de cantina. A juzgar por la sonrisa de suficiencia que llevaba en el rostro, había ganado ella.

El kushita decidió no hacer ningún comentario sobre las magulladuras. Desde que se había jurado dejar las bebidas fuertes, la mujer bárbara había recuperado gran parte de su antigua confianza en sí misma, y Teferi no quería que se sintiera cohibida por ese hecho. Fallón le había confiado que cuando las ansias por beber se volvían demasiado fuertes, entraba en una taberna, pedía agua, esperaba a que llegara el inevitable insulto o comentario e, inmediatamente, le daba una paliza a quien la había ofendido. El kushita tenía que admitir que era una táctica interesante, aunque se estaba corriendo el rumor por Kheshatta, y cada día era más difícil encontrar incautos que no estuvieran al corriente del asunto.

Así que, en vez de ello, la saludó con toda tranquilidad.

—Bienvenida. Hay pan fresco y fruta en la despensa.

—Comí en la Cabeza de Jabalí hace menos de dos horas. Oí rumores.

Teferi apartó el manuscrito.

—¿Sí? ¿Qué noticias hay, hermana?

—Algunos de los herreros estaban comiendo allí. Parece que su tarea ha concluido y los han liberado. Hablaban en iranistaní, por lo que no temían que los escucharan. —Esbozó una sonrisa burlona—. Por suerte, conozco esa lengua.

Teferi se reclinó en la silla.

—Parece que las conoces casi todas.

El kushita admiraba aquel don cimmerio para aprender idiomas. Había oído una historia que decía que el rey Conan podía soltar palabrotas en todas las lenguas conocidas por el hombre; aunque, como sucedía con la mayoría de las historias acerca del rey bárbaro, siempre quedaba alguna duda.

La cimmeria continuó.

—Hablaron mucho del «metal maldito». Parece que el hombre al que vimos morir no fue el único, y se alegraban de haber acabado con el trabajo a pesar de la magnífica suma que les pagaban. Ninguno vio completo lo que estaban construyendo, ni sabían para qué servía, pero, por la forma de las partes, hicieron conjeturas acerca de que se trataba de una armadura para un dragón o alguna bestia enorme.

Teferi frunció el entrecejo.

—¿Una bestia? ¿No un hombre?

—Estoy casi segura de que eso es lo que dijeron. Las palabras no son las mismas, pero hablaron de una bestia, o un monstruo antinatural, o alguna clase de criatura enorme.

—¿Podrían estar intentando los sacerdotes de Set traer a la vida a algún gran demonio para que lleve a cabo todo lo que se les antoje? —Se dio cuenta de pronto que la mujer bárbara parecía no estar escuchando, sino que le sonreía—. ¿Qué?

—¿Me has llamado «hermana»?

El kushita estaba realmente sorprendido.

—¿De verdad?

—De verdad.

Teferi notó que se le subía la sangre a la cara, luego soltó una risita.

—Quizá me acordé de los viejos tiempos en las peligrosas calles de Odji, de la unión con mis compañeros en obras y objetivos. Sinceramente, pensaba que aquellos días habían terminado.

—Me siento honrada.

El kushita volvió a reír.

—Y bien que deberías. —Se puso en pie y, al hacerlo, se fijó en la luz del color de la sangre que el sol poniente derramaba por encima del muro hacia el jardín—. Pronto será hora de comenzar la vigilia. —Recogió el Kotabanzi de la mesa donde lo había dejado—. Vayamos a proteger los sueños de nuestro amigo.

Dejaron los restos destrozados de Nafri en llamas. Se llevaron a Paniwi atada sobre una yegua negra capturada en la ciudad. La sacerdotisa mantuvo los ojos directamente al frente, sin volver la vista atrás hasta que la carnicería se perdió en el horizonte.

Anok deseaba consolarla, pero no había forma de hablar con ella sin llamar la atención, y suponía que sus palabras no le aportarían mucha paz. Después de todo, él tenía tanta culpa por lo sucedido como cualquiera. Sin su ayuda, Ramsa Aál podría haber fracasado en su búsqueda y, sin duda, le habría resultado más difícil entrar en el templo oculto de Ibis.

Viajaron con toda la dotación restante de soldados durante un día antes de dividirse. Mientras el conjunto de soldados regresaba a Kheshatta con el botín, unos cuantos de los custodios de más alto rango, Anok, Ramsa Aál y la prisionera se desviaron hacia un camino aún más angosto y menos utilizado que se bifurcaba una y otra vez, hasta que al final los condujo al fondo de un estrecho cañón en el desierto. Para sorpresa de Anok, Ramsa Aál hizo que le vendaran los ojos a Paniwi cuando abandonaron la senda principal. Se preguntó qué secreto querían ocultarle a la sacerdotisa.

El sendero del cañón serpenteaba sin cesar. Aveces era tan estrecho que los caballos apenas podían pasar. Al fin, después de medio día de viaje, llegaron a un antiguo templo tallado en la roca desnuda de la pared del cañón.

Dos enormes columnas flanqueaban la puerta, y ambas se entrelazaban con unas gigantescas serpientes de piedra cuyas cabezas los contemplaban desde lo alto. Encima de la puerta había una estatua de Set de diez veces el alto de un hombre. Su apariencia era, en cierta forma, como la que había en el templo de Khemi, salvo por el rostro, que se parecía más al de una serpiente y menos al de un humano. Las escamas le cubrían los brazos y piernas y tenía garras de reptil en manos y pies.

En medio de los escalones aparecía un gran bloque de piedra que resultaba evidente que había caído de algún lugar en lo alto del cañón. Se había hundido en los escalones, y la parte que quedaba a la vista estaba ladeada, pero aun así era más alto que la cabeza de un hombre.

Sacerdotes, custodios y otras personas del templo los esperaban, y era evidente que estaban preparando alguna ceremonia en los escalones. Una plataforma de madera había sido colocada en los escalones a un lado del bloque de piedra y se habían situado antorchas en altos postes de metal para alejar la penumbra que sin duda caería pronto en este hondo lugar en el que no daba el sol.

Cuando llegaron, se acercaron criados para ocuparse de los caballos y le quitaron la venda a Paniwi. Lo primero que vio la mujer fue la enorme estatua, y la observó aterrorizada.

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—Sacerdotisa de Ibis, contempla el primer templo de

Set, donde se dice que nuestro dios surgió por vez primera de su guarida de serpiente, en las profundidades del mundo. Contempla el hogar del enemigo más odiado de tu dios, donde hoy este hombre —cerró la mano sobre el hombro de Anok— se convertirá en sacerdote de nuestro poderoso dios.

Anok no sabía qué lo inquietaba más: la noticia de la inminente ceremonia, las mentiras de Ramsa Aál acerca de su lealtad a Set o la expresión de rabia y decepción en los ojos de Paniwi.

Caminaron en dirección al templo. Anok estaba tan distraído que no se fijó en una enorme serpiente enroscada sobre una roca hasta que prácticamente estuvo sobre de ella. Al sentirse molestado, el animal se alzó, desplegando una ancha capucha y abriendo la boca para dejar ver unos colmillos chorreantes.

Ramsa Aál no mostró miedo; se acercó a la gran serpiente (tan larga como dos hombres de alto) y sostuvo la mano abierta frente a la cara del animal. Cautivada probablemente por las dos Escamas de Set que llevaba el sacerdote, la criatura no atacó, sino que siguió su mano en una misteriosa danza mientras Ramsa Aál la agitaba adelante y atrás.

La serpiente no se parecía a ninguna que Anok hubiera visto antes: más grande que una cobra, sus irisadas escamas eran rojas, negras y amarillas, como las de algunas de las grandes Hijas de Set, las sagradas serpientes constrictoras del culto.

—Unicamente aquí —explicó Ramsa Aál—, en este lugar sagrado, las cobras nativas de Estigia se cruzan con las sagradas Hijas de Set. Estas serpientes son únicas en el mundo. Pueden matar con un mortal veneno o con sus aplastantes anillos. No existe ninguna más mortífera ni excepcional. —Hizo un gesto, y la serpiente recogió la capucha y se alejó tranquilamente—. Son preciosas, ¿verdad?

Paniwi no dijo nada, aunque Anok se encontraba lo bastante cerca como para verla estremecerse. Un par de guardias se la llevaron y Ramsa Aál condujo a Anok a una tienda que habían levantado cerca del templo para prepararse para la ceremonia.

Anok esperaba que lo vistieran con una túnica, pero, aunque los otros sacerdotes y acólitos llevaban puestas largas túnicas de color escarlata y oro, a ello vistieron únicamente con un faldellín rojo y joyas ceremoniales de oro, un ancho cinturón, aros alrededor de los bíceps y las muñecas, una cinta de oro alrededor de la cabeza y sandalias ornamentadas con serpientes doradas que se le enroscaban alrededor de los tobillos.

Aunque le desagradó, no le quedó otra opción que sacarse el medallón de su padre. La tienda era un sencillo refugio sin suelo, y cuando lo dejaron solo un momento, levantó una roca plana buscando un escondite. Al hacerlo, un inquieto puñado de crías de serpiente, como las que había visto antes, soltaron silbidos en su dirección.

Con cuidado, Anok colocó el medallón en el pequeño nido, a la vez que utilizaba un poco de la magia del mismo para calmar a las

serpientes.

—Cuidad esto, pequeñas. Volveré a buscarlo.

Mientras esperaba pudo examinar el templo más detenidamente. Resultó evidente el motivo por el que la ceremonia se iba a llevar a cabo en los escalones. A través de la gran puerta principal vio que el interior del templo se había derrumbado tiempo atrás. Una ojeada reveló una mezcolanza de rocas y columnas de piedra rotas que dejaban una abertura relativamente pequeña en el centro, como si fuera una cueva.

Mientras los participantes aguardaban, los custodios y sirvientes se congregaron delante de los escalones para observar. Entonces vio a Paniwi, en su rostro se leía una expresión de repugnancia y decepción.

La ceremonia comenzó justo después del anochecer, cuando varios custodios comenzaron a golpear grandes timbales siguiendo un ritmo. Los sacerdotes formaron en filas flanqueando la plataforma y comenzaron a salmodiar en estigio antiguo, siguiendo el compás de los tambores:

Set, oh dios de poder oscuro
Te alabamos a ti y a tus obras
Te alabamos a ti y a tus obras
Te ofrecemos a este, nuestro siervo
¡Incorpóralo a tu obra!

Dos custodios con armadura ceremonial y largos fajines color escarlata se acercaron y condujeron a Anok hacia el bloque de piedra. Mientras lo rodeaban, el acólito vio por primera vez los ganchos de metal que había incrustados en la piedra, y que éstos se correspondían con las muescas de los brazaletes que le habían dado. Antes de poder resistirse o protestar, lo alzaron y lo colgaron del bloque por las muñecas. Anok forcejeó, pero su propio peso mantenía los aros en los ganchos, y estaban lo bastante separados como para que no pudiera apoyarse en uno para soltarse del otro.

Cantaron de nuevo:

Set, oh dios de poder oscuro
Te ofrecemos a éste, nuestro siervo
Dale forma a su alma para realizar tu obra
Concédele el don de la corrupción
¿ Para que pueda empuñar el poder oscuro en tu nombre!

En las profundidades del templo, algo enorme se agitó. Anok pudo oír cómo grandes piedras rozaban unas contra otras mientras la criatura comenzaba a moverse.

Forcejeó otra vez, buscando algún modo de liberarse. Los sacerdotes volvieron a sus cánticos:

Set, oh dios de poder oscuro
Te ofrecemos a éste, nuestro siervo
Para que pueda convertirse en tu siervo
Trae a tu sagrada hija
¡Para que él pueda recibir el don del veneno!

En el interior de la oscuridad del templo, Anok pudo entrever cómo se movía algo. A continuación, surgieron dos ojos, grandes como cuencos de sopa y del color del cobre fundido. Una enorme lengua roja salió de repente. Apareció la cabeza, más ancha que los hombros de un hombre, y las escamas de tres colores relucieron a la luz del fuego: el negro de la noche, el amarillo del oro y el rojo de la sangre.

Una parte del cuerpo, de unos diez pasos de largo, salió del pasadizo, que apenas era lo bastante ancho como para que pasara. Se irguió, la lengua fría y en constante movimiento probó el aire, los ojos metálicos recorrieron a los allí reunidos, como un hombre estudiaría la mesa de un banquete.

Entonces, su atención pareció centrarse en Anok. Los ojos hambrientos lo enfocaron, mientras las rendijas de las pupilas se estrechaban. La amplia raja de la boca se separó un poco.

La criatura silbó, y Anok no pudo contener un estremecimiento. Desesperado, intentó invocar la Marca de Set, pero algo en el ornamentado aro de oro que le rodeaba la muñeca la bloqueaba. O quizá se trataba simplemente de que el poder de la Marca no funcionaría contra el propio Set. No importaba. ¡Estaba indefenso!

Entonces, Ramsa Aál se apartó de los otros sacerdotes y se situó entre Anok y la gran serpiente. Se echó atrás la capucha y sostuvo los brazos en alto.

—¡Gran Hija de Set! ¡Gran Hija de Estigia! ¡Escúchame!

La cabeza de la serpiente se lanzó veloz hacia abajo, tan de prisa que Anok pensó que se tragaría a Ramsa Aál de un solo bocado, e incluso los sacerdotes que lo rodeaban ahogaron una exclamación.

En lugar de ello, la criatura se detuvo, y su hocico cubierto de escamas quedó a un metro del rostro del sacerdote.

¡Naturalmente! Con las dos Escamas de Set, su dominio sobre la gran serpiente sería casi absoluto.

—Oh, Hija de Set, conoce a éste, nuestro siervo. Hasta hoy su nombre ha sido Anok Wati, «Soy un rebelde». Ahora, yo le doy un nuevo nombre a tu servicio, Anok Kamanwati, «Soy un rebelde oscuro». ¡ Que sea de tu agrado!

Ramsa Aál se hizo a un lado, se dio la vuelta hacia Anok y extendió el brazo hacia él.

La gran serpiente onduló hacia adelante, bajando la cabeza para

aproximarse, mientras clavaba los ojos en Anok, mirándolo fijamente y sin pestañear. La boca se abrió más; los colmillos, el doble de largos que la mano de Anok, se desplegaron lentamente de la mandíbula superior, amarillas gotas de veneno relucieron en las puntas.

La criatura se echó hacia atrás y luego se lanzó hacia abajo. Las puntas de los colmillos se le clavaron en la carne a ambos lados del cuello, justo encima de las clavículas. Anok gritó mientras el veneno lo inundaba como si fuera fuego líquido.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Deseaba desesperadamente invocar la Marca de Set para que lo curara.

La Marca le respondió a través del velo de dolor.

¡Libérame! ¡Convirtámonos en uno, en nombre de Set! ¡Ven a mí, Kamanwati! ¡Seamos como uno solo!

¡Eso era! Ése era el objetivo de la ceremonia. Obligarlo a rendirse a la Marca de Set.

¡Antes moriré!

Pero no quería morir.

¡Ayúdame!

Te ayudaré, Kamanwati.

¡No!

Las voces se mezclaban en su cabeza. Ya no sabía cuál era la suya, cuál la de la Marca de Set.

¡Ayúdame!

¡Sólo yo puedo ayudarte!

Pero había otra. No luchó más contra el veneno mortal. Dejó que se adueñara de él.

Que lo condujera a la oscuridad.

No había nadie aquí que pudiera ayudarlo.

Sólo encontraría ayuda en…

Los sueños…

20

La magia del Kotabanzi arrastró a Teferi fuera de su cuerpo, hacia el reino de los sueños. Recorrió el globo a grandes zancadas, con cada paso avanzaba medio día de viaje a caballo por la superficie del mundo. Las nubes se agitaban como niebla alrededor de sus pies.

La distancia carecía de significado. El tiempo carecía de significado. El mundo era un oscuro vacío, y el kushita no podía encontrar lo que buscaba.

Anok, ¿dónde estás?

¡Ayúdame!

La voz era débil, y sonaba muy lejos, pero se trataba sin lugar a dudas de su amigo.

La voz resonó a través de la niebla. Teferi siguió aquellos ecos, más rápido que cualquier caballo, más rápido que cualquier águila. El aire se agitaba a su paso.

—¡Hermano, estoy en camino!

Con cada paso, el aspecto del kushita cambió: la pintura de batalla le apareció en el rostro y en el cuerpo, lo cubría el emplumado tocado de los guerreros, la lanza en una mano, el arco en la otra, las flechas a la espalda. Ahora era un zimwi-msaka, guerrero nato, azote de la oscuridad.

—¡Hermano! ¡Yavoy!

De pronto, llegó a una llanura y vio a Anok atado a un bloque de piedra. Colgaba inánime, con la cabeza inclinada. Dos hilos de sangre le bajaban por el pecho.

—¡Hermano! ¿Qué te han hecho?

Incluso en el reino de los sueños, Anok estaba prácticamente sin vida.

Pero había algo más con vida aquí.

Algo maligno.

Dirigió la mirada hacia las cambiantes nubes de niebla. A veces, durante sólo unos segundos, adoptaban la forma de rocas, o árboles, o montañas, antes de dispersarse con una minúscula brisa.

Algo se movió.

Vio una larga forma serpenteante. Una gran serpiente que cambiaba mientras se movía, transformándose en humo, y luego regresaba otra vez. La criatura lo miró.

—¡Es mío!

Teferi se mantuvo firme mientras sostenía la lanza en alto. Alrededor de la punta danzaban relámpagos como fuego azul.

—¡Nunca!

—En ese caso, mi veneno lo matará. Morirá, y tú morirás con su sueño.

—No permitiré que eso ocurra.

Teferi empujó la lanza hacia la serpiente sin soltarla. Surgió una saeta de relámpagos, que le golpeó los anillos.

La serpiente cayó, se retorció y se transformó brevemente en humo; luego, volvió a estar completa.

—Es mío. ¡Es nuestro! —Con aquella última palabra, una sola voz, de alguna forma, se convirtió en dos.

Una extraña niebla comenzó a salir de debajo del brazalete que envolvía la muñeca izquierda de Anok. Fluyó velozmente hacia la serpiente, dentro de ella, uniéndose con ella, haciéndola más fuerte, dándole más sustancia.

—¡No morirá! ¡Es nuestro! ¡Ven a nosotros, Kamanwati!

El cuerpo de Anok comenzó a transformase en niebla y, poco a poco, se vio arrastrado hacia el interior del cuerpo de la criatura. Entonces, la serpiente comenzó a cambiar, adoptando la forma y el tamaño de un hombre.

Era Anok.

No era Anok.

Llevaba la túnica escarlata y la estola dorada de un sacerdote de Set. Un velo de color escarlata le cubría la mitad inferior del rostro, y tenía los ojos rasgados, como los de una serpiente.

—¡Anok!

—¡Anok está muerto! Yo soy Kamanwati, hijo de la serpiente, y ya no te necesito.

Hizo un gesto y una flecha de fuego verde surgió de repente y se estrelló contra Teferi como una ola.

El kushita se la quitó de encima, como un perro se sacude el agua.

—Y yo soy Teferi, hijo de Kush, un zimwi-msaka. ¡Tu magia no puede hacerme daño!

La cosa que se hacía llamar Kamanwati comenzó a reír. Una risa fría y vacía que hizo estremecer a Teferi. La criatura buscó sus espadas, y sacó las largas hojas curvas que relucieron bajo la pálida luz.

—En ese caso, serán dos espadas contra ninguna, y de todas formas morirás.

A regañadientes, Teferi cogió el arco. Un fantasma, una pálida sombra de Anok seguía colgando del bloque de piedra. ¿Cuál era su amigo? ¿Y si los dos lo eran? ¿Qué ocurriría si hería de muerte a este monstruo?

La criatura se acercó a él. Sus espadas danzaban por el aire. No tenía elección.

Soltó la flecha.

Kamanwati la desvió con las espadas.

Volvió a disparar.

Nuevamente, el proyectil fue desviado.

Kamanwati soltó una carcajada.

—Incluso aquí, nada puede vencer al acero salvo el acero, y un zimwi-msaka no lucha con espadas.

De pronto, Teferi se dio cuenta de que tenía razón. Sabé le había advertido que había debilidades en su inmunidad mágica. Quizá no pudiera protegerlo de algún hechizo que simplemente lo mantuviera en la forma que había elegido. Mediante alguna artimaña de Kamanwati, estaba atrapado en el aspecto de un zimwi-msaka, y la espada no estaba entre sus armas tradicionales. Aunque había utilizado una espada la mayor parte de su vida, no podía empuñar una aquí.

«¡Pero conozco a alguien que sí puede!»

Fallón observaba con nerviosismo mientras Teferi permanecía arrodillado delante del fuego, No se movía, y mantenía los ojos cerrados, pero la cimmeria podía sentir que algo iba mal. Incluso bajo el aire frío de la noche gotas de sudor recorrían el cuerpo y el rostro del kushita, brillando a la luz de la luna. Su rostro permanecía congelado con el entrecejo fruncido, y bajo los párpados los ojos se movían con rapidez, frenéticamente, como si buscara algo oculto.

La mujer bárbara se inclinó hacia él. Oía su respiración rápida, incluso los fuertes latidos del corazón. Se acercó más.

Entonces, Teferi habló, y todo el cuerpo de la cimmeria se sacudió a causa de la sorpresa, incluso se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Fallón! —El kushita mantuvo los ojos cerrados pero extendió el brazo hacia ella—. Si quieres ayudar a Anok, dame el brazo.

La bárbara vaciló. ¿Qué locura era ésta? Anok estaba lejos en el desierto, probablemente a muchos días de viaje de aquí. ¿Cómo podría ayudarlo?

—¡Fallón!

Se sentía confusa, pero sus instintos le dijeron lo que debía hacer. Extendió la mano y agarró el antebrazo de Teferi. Los potentes dedos del kushita se cerraron con fuerza alrededor del brazo de la mujer, y fue como si la arrastrase mil kilómetros en un instante…

Fallón apareció entre Teferi y Kamanwati, y por instinto desvió el ataque con la espada. Teferi se fijó en que, al igual que él, la cimmeria había adoptado el aspecto de una guerrera: pesada ropa cimmeria y una armadura hecha de cuero y piel reemplazaron a las prendas estigias más ligeras que la bárbara había adoptado recientemente.

Para compensar la segunda espada de su atacante, Fallón desenvainó de inmediato un largo cuchillo que llevaba al cinto. Kamanwati continuó con su ataque y, con feroz determinación, ella se defendió.

—¡Lucha, mujer! ¡Lucha con todo tu corazón, pues peleamos por el alma de Anok!

Teferi miró hacia el bloque de piedra, donde ahora colgaba la silueta de Anok, inmóvil e inánime; seguían arrebatándole briznas de sustancia que se convertían en parte de Kamanwati.

El coraje de Fallón le había hecho ganar algo de tiempo, pero ¿qué podía hacer? Aunque la cimmeria era una guerrera temible, este demonio con forma humana luchaba con toda la habilidad de Anok, aún con más fuerza, y diez veces la ferocidad de su amigo. En el pasado, lo habían llamado el «demonio de dos espadas», y ahora realmente lo era.

El acero golpeó contra acero.

Las hojas destellaron.

El repiqueteo de las espadas resonó a través de la cambiante niebla.

El repentino y horrible desgarro de la carne.

Un corte profundo apareció en el brazo de Fallón, pero la bárbara no vaciló, no flaqueó. Soltó un rugido de desafío y siguió atacando. Cada paso que hacía retroceder a Kamanwati era un triunfo.

Sin embargo, Teferi vio que su adversario sólo estaba aguardando el momento oportuno.

«Fallón perderá. Incluso aunque yo tuviera mi espada, tal vez no ganaríamos.»

La única persona que podría derrotar a Kamanwati era…

Sabé le había dicho que confiara en sus instintos. Ahora, éstos le dijeron lo que debía hacer.

Se dio la vuelta hacia la forma fantasmal que colgaba del bloque de piedra.

—¡Hermano, si necesitas sustancia, si necesitas fuerza, toma las

mías!

Hundió la mano en el pecho de Anok y notó cómo su mano se transformaba en humo y era atraída hacia el pálido contorno de su amigo, notó cómo le extraían su misma existencia del cuerpo. Se sintió desvanecer hasta que fue poco más que un observador flotando por encima de la batalla, incapaz de intervenir o incluso de hablar. ¿Había cometido un tremendo error?

Fallón no se había enfrentado nunca a un adversario como aquél. Podría haber habido alguno igual de fuerte, pero ninguno tan feroz, ninguno tan hábil, ninguno tan implacable.

Cada golpe que ella lanzaba con la espada era bloqueado y rechazado. Cada movimiento, contraatacado. Las hojas gemelas de Kamanwati destellaban por el aire tan rápido que parecían casi invisibles. La rodeaban como una nube de peligro, aproximándose desde todos los ángulos.

¡Dolor! ¡Un corte en la mejilla!

Este enemigo no buscaba el golpe mortal. La iba cubriendo de cortes, como un hombre tallando un palo. Si esto continuaba así, moriría desangrada mientras seguía luchando.

Sin embargo…

¿Podría haber una forma mejor de morir para una cimeria?

—¡Atácame, demonio! —rugió—. ¡No flaquearé!

Kamanwati soltó una carcajada.

—¡Entonces, morirás!

—¡Apártate de la mujer, impostor! ¡Apártate y enfréntate a tu auténtico enemigo!

Fallón no se atrevió a darse la vuelta para ver de dónde venía la voz, no se atrevió a apartar los ojos del monstruo que intentaba matarla. Pero conocía aquella voz, aunque le resultó familiar y extraña a la vez.

—¡Apártate!

Para sorpresa de la mujer bárbara, Kamanwati rechazó un último ataque, e hizo exactamente eso.

Ella también retrocedió mientras se limpiaba la sangre de la boca. Le echó una mirada al recién llegado.

—¡Anok!

Sin embargo, no era Anok. Era un Anok más joven de lo que ella lo había visto nunca, con el rostro suave, delgado y juvenil, aunque con ojos ya viejos por la experiencia. Llevaba encima suciedad y harapos en la misma cantidad. En las manos sostenía dos humildes espadas desiguales.

Aun así, no había miedo en sus ojos. Sólo la justificada rabia de los

justos.

Fallón había oído una vez la historia de cómo el joven Anok había rescatado a Sheriti, la hija de la prostituta, de unos bandidos en un callejón. De ahí había nacido la leyenda del «demonio de dos espadas». De ahí habían surgido los Cuervos, y todo lo que llegó después. ¿Este podría ser aquel Anok?

Kamanwati alzó las espadas, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¡Tú no eres un enemigo! ¡No eres más que un niño!

El joven Anok dijo con desdén:

—¡Soy más que eso! ¡Soy lo que elijo ser! ¡Soy el hijo de mi padre! —Miró a Fallón—, Preciosa, comparte conmigo tu noble corazón. Pues, al igual que tú, yo tampoco cederé.

Fallón notó algo húmedo en la mejilla; no era sangre, sino una lágrima.

—Mi corazón siempre es tuyo, valiente guerrero, mi espada siempre es tuya, mi fe siempre es real, Ahora, haz lo que tengas que hacer.

La cimmeria retrocedió, pues sintió que ésta no era su lucha, que ella ya había dado todo lo que podía para salvar a su amor. Ahora sólo podía observar, y tener esperanza.

El joven Anok levantó la espada derecha a modo de saludo, luego arremetió contra Kamanwati, cortando el aire con las armas.

No parecía estar a la altura de su adversario, que era más grande que él, pero no vaciló, y cuando se encontraron, el acero chocó contra el acero como no lo había hecho antes.

Cuatro espadas se movieron como relámpagos, destellos de acero los rodearon como un enjambre de abejas, el repicar y chirriar del metal llenó el aire como si se tratara de una espantosa música.

Aunque Anok era más pequeño, parecían estar muy igualados. Las espadas se movieron cada vez más rápido hasta que no fueron más que una masa borrosa. Ni siquiera los sentidos cimmerios podían seguirlas.

Pero aquello no tenía fin. Ningún combatiente pudo tocar al otro. No se derramó sangre. ¡Sin embargo, estaba ocurriendo algo!

Con cada golpe, Anok parecía hacerse más grande, su rostro se volvía más anguloso, los músculos de sus brazos comenzaban a sobresalir. Ante los ojos de Fallón, Anok el muchacho se estaba convirtiendo de nuevo en Anok el hombre.

—¡Anok! —exclamó con un jadeo, asombrada—. ¡Mi Anok ha regresado!

Y en los ojos del demonio también había algo nuevo. No había jactanciosa arrogancia. Sólo miedo.

Empujó al demonio hacia atrás. Atrás. Sus armas seguían igualadas, pero no así la fuerza de voluntad. Empujó hacia atrás.

Hasta que…

Un momento de debilidad. Una brecha. Anok se lanzó hacia adelante con la espada derecha y la hundió profundamente en el centro del vientre de Kamanwati.

El demonio dejó escapar un grito y luego pareció deshacerse, transformándose en una bandada de cosas negras que golpeaban el aire con las alas mientras se alejaban volando entre la niebla.

Anok se volvió hacia Fallón. Le sonrió, la saludó con la espada y luego se situó frente a su otro yo, que seguía prisionero en el bloque de piedra.

Al hacerlo, se convirtió en humo y se vio arrastrado de nuevo hacia la forma prisionera, que volvió adquirir sustancia y el aspecto de un hombre. Levantó la mirada hacia la cimmeria, y ella se sintió caer.

Teferi jadeó a causa de la impresión. Abrió los ojos de golpe y se cayó hacia adelante sobre las rodillas mientras seguía sosteniendo el Kotabanzi en la mano. Ante él, el fuego aún ardía con fuerza, y al levantar la mirada vio que la luna no se había movido. Parecía que simplemente habían transcurrido unos minutos, tal vez sólo segundos.

Miró a Fallón. La bárbara apenas podía mantenerse en pie. Verdugones rojos le marcaban los brazos, el cuerpo y el rostro. Le salía sangre de la nariz y lágrimas de los ojos. Lo miró con una expresión de incredulidad.

—Sí —le aseguró Teferi—, fue real. Eso es lo más cerca que quiero volver a estar de la muerte. Sin embargo, me temo que no será la última vez.

Anok abrió los ojos y se encontró colgando del bloque de piedra, del de verdad esta vez, aún frente a la gran serpiente.

Todos lo observaban, y él le devolvía la mirada a la enorme serpiente. La miró fijamente hasta que ésta tuvo que apartarse.

Satisfecho, ejerció presión contra los aros de metal que lo sujetaban, con músculos tanto físicos como de otro tipo. Se oyó un fuerte estallido, luego otro, mientras los aros se hacían añicos, y Anok bajó hasta la plataforma que había debajo.

Hizo un gesto y la gran serpiente pareció sentir quién era su amo. La criatura se dio la vuelta y regresó a su guarida arrastrándose con rapidez.

Ramsa Aál se acercó a él con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza.

—¿Kamanwati?

Anok lo miró, y asintió con la cabeza.

—Sí.
Pero eso no era lo que estaba pensando.
«Llámame como quieras, profanador. ¡Ya acabaré contigo!»

21

Dos días después, Teferi y Fallón estaban sentados en el salón de Sabe, contándole con detalle la batalla en sueños que habían mantenido con el otro aspecto de Anok, Kamanwati. Ya lo habían informado de los hechos poco después de que hubieran ocurrido, pero sólo brevemente, pues querían mantener la vigilia cuando Anok regresara al reino de los sueños.

Eso no ocurrió. Ese día no. Ni esa noche. Y, aunque habían salido del encuentro optimistas con respecto a la redención de su amigo, ésta se había convertido en oscura inquietud.

Por lo tanto, resultó una auténtica sorpresa cuando Anok entró por la puerta principal de Sabé, vistiendo la túnica rojo sangre y la estola dorada de un sacerdote de Set.

Teferi saltó de la silla. Su primer instinto fue saludar a su amigo con alegría, pero cambió de parecer y cogió la espada.

Anok alzó la mano, pero al darse cuenta de que eso podría considerarse una amenaza viniendo de un mago, se la llevó rápidamente a la espalda.

—Eso no es necesario, viejo amigo. A pesar de mi siniestro atuendo, sigo siendo yo, y estoy tan bien como podría esperarse.

—Es cierto —coincidió Sabé—, Si la Marca de Set lo hubiera consumido, ya no sería bien recibido aquí y probablemente nunca hubiera logrado atravesar mi puerta con vida. —Se reclinó en la silla —. Considerando todo lo que ha ocurrido, me había preparado para cualquier eventualidad.

Anok asintió con la cabeza.

—Actuáis con sensatez, como siempre, Sabé.

Al oír esto, Fallón corrió hacia él y lo abrazó con una desenfrenada calidez que no hubiera demostrado, al menos no con otros mirando, sólo una semana atrás.

El correspondió al ardor de la cimmeria, y se aferraron el uno a la otra con una desesperada intensidad que hablaba menos de pasión y más de alguna emoción más profunda. Había sucedido algo entre ellos durante el encuentro en sueños que Teferi no entendía del todo, pero

resultaba evidente que las cosas eran diferentes entre los dos. El kushita se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Aguardó pacientemente hasta que los dos amantes pudieron separarse, entonces apretó el brazo de su amigo.

—Hermano, estábamos preocupados. He intentado llegar a tus sueños durante dos días, sin éxito.

—No he dormido durante dos días. Aún sigo… adaptándome a lo que me ha ocurrido. Ni siquiera sé si aún puedo dormir. Es muy raro.

—El sueño volverá a ti —aseguró Sabé—, No eres tan diferente de tu antiguo yo como pueda parecer.

Anok miró a Fallón a los ojos.

—Quizá, en ciertos sentidos, soy más como mi antiguo yo de lo que lo he sido en mucho tiempo. Pero me temo que nuestros problemas no han terminado, ni mucho menos. —Apartó una silla y se sentó en ella con cansancio. A pesar de su declaración anterior, Teferi se preguntó si de pronto se quedaría dormido sentado—. Han ocurrido muchas cosas. Ramsa Aál tiene ahora la segunda Escama de Set, que estaba guardada en un templo secreto de Ibis. Sólo necesita la que yo llevo para completar sus planes, sean cuales sean.

—¡Entonces, deberíamos destruirla inmediatamente! —apuntó Teferi—. Persigue los misterios de tu pasado todo lo que quieras, pero guardarla es buscar un desastre.

Sabé negó con la cabeza.

—Se dice que las Escamas de Set son casi eternas. No pueden ser destruidas por ninguna fuerza del hombre. Fueron forjadas juntas con fuego mágico, y sólo pueden ser destruidas juntas.

Anok inclinó la cabeza.

—En cualquier caso, esas dos cosas, los secretos de mi pasado y el destino de la tercera Escama, están más profundamente entrelazados de lo que crees, Teferi. He encontrado a mi hermana perdida.

Los ojos del kushita se abrieron con asombro.

—¿Qué?

Fallón sonrió.

—¡Anok! Me alegro por ti.

Él arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—Fue un reencuentro difícil, un reencuentro complicado. Mi hermana es una sacerdotisa de Ibis cuyo deber era proteger la Escama de Set. Fue mi mano la que le entregó la Escama a Ramsa Aál. —Vio la expresión de sus rostros—. Era la única manera de salvarla de la tortura. Es una prisionera, y ahora que me ha visto ungido como sacerdote de Set no sé si confiará en mí si intento ayudarla. De todas formas, no le importa lo más mínimo su propia vida. Un juramento la

ata a su deber con respecto a la Escama, al igual que a mí.

Fallón sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

Sacó el medallón de su padre de debajo de la túnica.

—Mi padre me confió esto no para que me lo quedara, sino para que se lo entregara a mi hermana. Hasta que pueda hacerlo con total seguridad, no puedo deshacerme de él.

Teferi no pudo evitar sentirse frustrado. Se dio la vuelta y se alejó unos pasos hasta detenerse, inmóvil, con la mirada fija en una esquina.

—Esto es una locura.

—Da igual. No creo que dure mucho. Todos los preparativos de Ramsa Aál han concluido. Nos marchamos a Luxur pasado mañana a primera hora para preparar una gran ceremonia. Teferi, Fallón, si queréis acompañarme, os sugiero que guardéis en el equipaje todo lo que tengáis de valor. No creo que regresemos a este lugar.

Teferi se dio la vuelta, asombrado.

—¿Tan pronto?

Anok soltó una carcajada.

—Te quejas por todo, hermano. La conspiración será frustrada en breve y mi hermana será puesta en libertad o sospecho que nada tendrá importancia.

—En ese caso —sugirió Teferi—, deberíamos ir a hacer preparativos, y tú, hermano, deberías descansar.

El aludido asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón. —Miró a Sabé—. Erudito, habéis sido nuestro amigo y guía. Echaré de menos vuestros consejos y vuestra sabiduría.

Sabé respondió con desdén:

—No los echarás de menos en absoluto, porque pienso ir con vosotros.

Anok parecía sorprendido.

—¿Qué?

El anciano se encogió de hombros.

—He invertido cualquier meta que pueda quedarme en la vida en vuestro destino, jóvenes amigos. No quiero dejar de ver cómo acaba. En cualquier caso, no he visto las magníficas pirámides y templos de Luxur desde que era un muchacho, y aunque no volveré a verlos, recorreré sus calles otra vez y me lavaré los pies en las aguas del imponente Estix una vez más antes de caer en el olvido.

Anok permaneció en silencio.

—Ramsa Aál me permitirá ir con entusiasmo si cree que eso podría

conducirle a tan siquiera uno de mis secretos más minúsculos. De todas formas, iré por mi cuenta si es necesario. No podéis detenerme.

Anok pensó en ello y asintió.

—Nos alegraría contar con vuestra sabiduría en este momento oscuro, gran sabio. El peligro es grande, pero, si estoy en lo cierto, éste no es un lugar seguro, ni ningún otro.

—En ese caso, está hecho. Haré los preparativos para cerrar esta casa. Debo asegurarme de que sus secretos están a salvo, por toda la eternidad si es necesario. Antes de que te marches, tengo que darte una última cosa. Un obsequio, un recordatorio de que recorres la estrecha senda entre el bien y el mal, y de mi fe en que siempre hallarás el camino.

Fue hasta un armario, abrió la puerta y sacó dos largos fardos envueltos en hule. Los llevó hasta ellos y los colocó sobre la mesa. Apartó el más pequeño de los dos y lo desenvolvió con cuidado.

Dentro había una hermosa espada de longitud media, La guarnición y el pomo estaban cubiertos con capas de oro y esculpidos de manera elaborada con símbolos místicos en una lengua antigua. En la parte superior del pomo, donde se unía con la guarnición, había un ojo con incrustaciones de marfil y jade, y en el centro de la pupila, una centelleante gema negra.

Anok la cogió, sintiendo el peso del arma. La hoja era de acero de extraordinaria calidad. La textura del metal presentaba unas vetas que sólo unos pocos espaderos en el mundo podrían igualar. Sabía que sería resistente, y que contaba con un borde muy afilado. Le encajaba bien en la mano y era casi de la misma longitud que sus armas actuales.

Volvió a mirar a Sabé.

—Es una espada preciosa. No puedo aceptar un regalo como éste.

—Si te hace sentir mejor, tiene un defecto. Esta antigua arma que me fue encomendada mucho tiempo atrás se llama la Espada de la Sabiduría. Antaño tuvo grandes poderes místicos, entre ellos que podía guiar la mano de quien la empuñaba al punto más débil de cualquier enemigo. Pero esa magia se desvaneció hace mucho tiempo, y no es fácil restaurarla. Sin embargo, es una espada magnífica y hermosa. —Destapó el segundo paquete y sacó otra espada. A diferencia de la Espada de la Sabiduría, la empuñadura y la guarnición de ésta eran de acero y muy sencillas. La hoja era de buena calidad, pero carecía de cualquier tipo de adorno—. Yo encargué esta espada. Es lo mejor que se puede hacer en Kheshatta, lo que dista mucho de ser lo mejor del mundo, pero es un arma decente. Y aunque su apariencia es diferente, en términos de peso y equilibrio, es

exactamente igual a la otra.

En el fardo también había un par de vainas con un arnés para llevarlas a la espalda, como Anok tenía por costumbre. Sopesó la segunda arma, comparando el peso y el equilibrio. Formaban una pareja extraña y dispar, y sin embargo, en cierta forma, a Anok el contraste le pareció correcto.

—Gracias, Sabé. Son realmente magníficas.

Miró a Teferi y a Fallón.

—Id vosotros delante, Necesito hablar con Sabé a solas sólo un momento, pero os alcanzaré.

El kushita asintió con la cabeza, y él y Fallón salieron a la calle.

Anok observó cómo sus amigos se marchaban, luego se dio la vuelta hacia Sabé, que estaba sentado con una expresión en el rostro que daba a entender que lo sabía.

—No te preocupes —le aseguró—, los has engañado.

—Pero no a vos, sabio. Estaba seguro de que vos no os dejaríais engañar.

—Yo he estado en tu lugar, joven guerrero. Me he acercado al borde del abismo y he contemplado las llamas.

—Ellos creen que he salido de la ceremonia sacerdotal sin haber cambiado, redimido del mal. Pero para salvarme del veneno tuve que rendirme a la Marca de Set como nunca antes. He desatado algo muy oscuro en el interior de mi propia alma, anciano. Llamadlo Kamanwati. Llamadlo demonio. Sé que es parte de mí. —Dirigió la mirada tras sus amigos—. No quiero engañarlos, pero puede que nunca entiendan lo que yo he visto.

Sabé asintió con la cabeza.

—Todos los hombres cuentan en su interior con una capacidad para el mal supremo. Pero la mayoría lo niegan, o rehúsan a reconocerlo. Tú sólo te diferencias en que has visto a tu bestia cara a cara. Tú conoces el oscuro corazón del hombre, al igual que yo.

Anok asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo soportáis?

—Día a día, joven guerrero, día a día. Como debes hacerlo tú.

22

Cuando Anok llegó al templo de Kheshatta para comenzar el viaje a Luxur, encontró buenas y malas noticias. Las buenas eran que Ramsa Aál y su séquito ya habían partido. Se habían marchado en rápidos carros el día anterior, y Anok no tendría que aguantar que el sacerdote lo observara durante el viaje.

Las malas noticias eran que se había llevado a la prisionera, a la hermana de Anok, con él.

Lo consolaba un poco el hecho de que Ramsa Aál ya no parecía sentir mucho interés por su hermana, aparte de como un medio para lograr algún fin mayor. Dudaba que la torturasen o la molestasen hasta que llegase el momento de que la sacerdotisa jugase su papel final en los planes de Ramsa Aál, fueran cuales fuesen.

Aunque Luxur se encontraba al norte de Kheshatta, la ruta más rápida, para aquellos que podían permitírselo, era viajar al oeste hasta el río Bakhr, uno de los pocos afluentes mayores del Estix. Fue por esta ruta por la que viajaron Anok y sus compañeros.

Tan arriba, el Bakhr era poco más que un ancho y turbio arroyo poblado de cocodrilos, y los cuatro emplearon primero un pequeño bote. Más adelante, el arroyo se hizo más ancho, aunque no menos turbio. Por la noche paraban en una serie de pequeñas posadas levantadas a lo largo de las riberas para los viajeros del río. Por fin, tras tener que cargar el bote para rodear una gran cascada, transbordaron a una embarcación más grande, una balsa propulsada mediante pértigas. Esta balsa contaba con alojamientos a bordo, aunque se trataba de poco más que de tiendas instaladas en la cubierta. Por último, ya en el propio Estix, subieron a bordo de una enorme gabarra que ya estaba cargada de pasajeros. La mayor parte de sus compañeros de viaje eran de Set, Pteion y de otros puntos al este, y casi todos parecían dirigirse a Luxur.

Anok se fijó de inmediato en que la mayoría de los pasajeros llevaba la túnica blanca de los ancianos de Set, la adinerada élite del culto, que intentaba comprar desesperadamente el favor de su dios. Esto le resultó curioso.

Aunque Luxur era el símbolo más visible del poder religioso y político en Estigia, lo cierto era que su importancia era menor en la mayoría de los sentidos. El palacio real se encontraba allí, pero se decía que el rey Ctesphon era poco más que un títere de Thoth-Amon y los Sumos Sacerdotes de Set. Y a pesar de que la ciudad antigua era célebre por sus impresionantes pirámides y su lealtad a los ideales de Set, Khemi era, de hecho, el centro del poder del culto, aunque otros lugares se considerasen más sagrados.

Al final, Anok escogió a uno de los ancianos, un mercader de baja estatura y que se estaba quedando calvo, que pareció sentirse halagado de que un sacerdote de Set lo abordase, y le preguntó adonde iban todos.

El mercader pareció sorprenderse.

—¿Sois sacerdote de Set? ¿Cómo es posible que no lo sepáis?

Anok se mostró evasivo.

—Mis compañeros y yo acabamos de regresar de un largo viaje a una jungla de no creyentes, una misión del propio Thoth-Amon. Aún no he recibido asesoramiento de mis superiores y estoy deseando saber qué noticias hay.

El mercader condujo a Anok a un lugar tranquilo junto a la barandilla y miró alrededor detenidamente para ver quién podría estar escuchando.

—Esto no es para los oídos de los no creyentes, ni siquiera para los discípulos comunes del culto. Los ancianos hemos sido invitados únicamente debido a nuestra… condición especial.

—Ya veo —repondió Anok, intentando mantener un tono diplomático.

Los sacerdotes nunca dejaban pasar una oportunidad para adular los egos de los ancianos, particularmente si pensaban que así podrían conseguir vaciarles los monederos más a fondo. Por lo general, la estrategia surtía efecto.

—Va a haber una ceremonia en la Gran Pirámide de Set, donde seremos testigos del advenimiento de una encarnación viva de nuestro señor Set. A todos los que lo presencien se les concederá el favor de nuestro dios y disfrutarán de abundantes riquezas en vida y de grandes alegrías después de la muerte. ¡Será un gran día!

—Desde luego —coincidió Anok, tratando de parecer entusiasmado.

La verdad era que sentía más miedo que entusiasmo. A juzgar por todo lo que había averiguado, sospechaba que el acontecimiento no iba a ser una ceremonia en honor a Set en absoluto, sino más bien para profanarlo, para robarle su poder. ¿Qué función cumpliría la

presencia de los ancianos adoradores de Set?

Más tarde, aquel mismo día, llegaron a Luxur. Lo primero que vieron de la ciudad fue la Gran Pirámide de Set, la cual, más que aparecer por encima del horizonte, simplemente pareció surgir imponente de la neblina del cielo, como una montaña vista de lejos.

De hecho, aunque había muchas pirámides en el límite de la ciudad (la última de ellas era el monumento funerario casi terminado del rey Ctesphon), y aunque muchas eran más elegantes que la angular Pirámide de Set con sus lados escalonados, ninguna era tan grande.

Anok nunca había estado allí antes, pero estaba familiarizado con ella, pues había numerosos cuadros y dibujos de la pirámide adornando las paredes de los dos templos en los que había servido.

Mientras que las otras pirámides no eran más que tumbas, la Pirámide de Set era un monumento y un templo dedicado al dios Set. Había una magnífica entrada en la base de la que se decía que llevaba a muchas salas sagradas del interior.

Flanqueando la entrada había dos escaleras que conducían a un rellano, y, desde ahí, una única y amplia escalinata llevaba a la cima truncada. En lo más alto de la pirámide había un pequeño y solitario templo: un techo plano sostenido por columnas de piedra resguardando un altar.

Mientras la gabarra en la que viajaban pasaba del cauce principal del río a uno de los numerosos y anchos canales que habían sido construidos para traer piedras para las pirámides a través de la ciudad, el zigurat surgió como un telón de fondo.

Dominando el extremo oriental de la ciudad se encontraba el palacio, un edificio antaño espléndido caracterizado por muros altos y torres estrechas de erosionada piedra amarilla. Al oeste estaba el palacio negro de Thoth-Amon, más pequeño que el palacio real pero mucho más ornamentado y de construcción reciente. Todavía ahora se podían ver las lejanas figuras de los obreros que construían una nueva ala. Anok sospechaba que la construcción no se detendría hasta que fuera el palacio más grande y espectacular de toda Estigia.

La ciudad propiamente dicha no se parecía a nada que Anok hubiera visto nunca. Mientras que la arquitectura no resultaba menos opresiva que la de cualquier ciudad estigia, se veían influencias de los reinos hiborianos y también de las otras tierras del norte. A pesar de que había grandes mansiones y casas más pequeñas, aquí no había barrios bajos ni nada parecido. Aparte del palacio en sí, todos los edificios estaban cuidados y en buen estado.

Se notaba una sensación de precisión y orden que a Anok le resultó

casi inquietante, como en la amurallada ciudad interior de Khemi, sólo que aún mayor.

«Esta es la ciudad de Set.»

Estaba seguro de que no se trataba de una ciudad construida en el nombre de un culto, sino en el nombre de un dios.

Acercaron la gabarra a remo a un largo muelle situado cerca del centro de la ciudad, donde otra embarcación parecida ya estaba descargando a los pasajeros y las mercaderías. Cuando bajaron al muelle, los recibieron los gritos de un oficial de rostro adusto, cuyo tono se suavizó en cuanto vio la túnica de sacerdote de Anok.

—Disculpad, señor, pero vuestros criados —señaló a Teferi y a Fallón, ignorando a Sabé, cuya sangre estigia resultaba más evidente — tendrán que llevar esto en la ciudad. A menudo, aquellos que no tienen auténtica sangre estigia no son bien recibidos aquí, —Sacó unas etiquetas de arcilla numeradas provistas de cuerdas de cuero para poner alrededor del cuello—. Sin esto que los identifique, podrían arrestarlos o ejecutarlos en el acto. —Miró a Fallón de arriba abajo—. Sería una lástima ver vuestra propiedad dañada.

La cimmeria miró desdeñosamente al oficial, pero Anok le hizo una señal para que permaneciera en silencio.

—Puesto que he venido aquí al servicio de nuestro señor Thoth-Amon, espero que eso no ocurra. También sería una lástima ver tu «auténtica sangre estigia» derramada en el río Estix para alimentar a los peces.

El oficial palideció e hizo señas frenéticamente a un escriba para que se acercara y anotase sus nombres y datos.

—Incluiré una nota acerca de que estos sirvientes están al servicio especial de nuestro señor y me encargaré de que la información se haga circular entre los custodios que patrullan las calles. No se les hará ningún daño.

—Aseguraos de que así sea.

Cuando el oficial se alejó para ocuparse de otros visitantes, Teferi se inclinó hacia Anok.

—A qué ciudad tan bonita nos has traído. ¡Me alegro tanto de estar aquí!

—La verdad es que estaba deseando ver la legendaria ciudad de los reyes —confesó Anok—, Ahora, sólo me alegraré cuando podamos marcharnos.

Mientras esperaban carruajes que los llevaran al templo, Anok halló un lugar tranquilo donde pudo contarles su conversación con el mercader, y su desconcierto acerca del motivo para traerlos aquí.

—Tal vez —sugirió Sabe—, haya algo de verdad en la historia que

les han contado a los ancianos del culto, pero sólo un poco. Tal vez estemos aquí para presenciar el advenimiento de un siervo vivo de algo, aunque puede que no de Set. Quizá de un demonio. Si pudieran engañar de alguna forma a los ricos y poderosos para que siguieran a ese falso dios como si fuera el suyo…

Pero Anok tenía dudas. Parecía una artimaña muy elaborada a cambio de una recompensa tan pequeña, y por supuesto no se trataba del acontecimiento que haría cambiar el mundo que habían estado esperando.

Justo en ese momento, Anok se fijó en un grupo de prisioneros que estaban sacando de la bodega de la siguiente gabarra. Estaban sucios y harapientos, y sufrían bajo el peso de las cadenas y los pesados yugos de madera. Sin embargo, sus ojos se vieron atraídos por los andrajos que vestían, que eran de magnífica seda, y que mostraban brillantes colores bajo la suciedad que los cubría.

Estos no eran simples esclavos.

Se excusó con sus compañeros y se acercó sin que lo vieran. Los prisioneros eran tanto hombres como mujeres, la mayoría de edad avanzada, con un aire de autori dad que se traducía en indignación ante su actual suerte. Aunque los custodios los empujaban con lanzas para que siguieran adelante, los prisioneros parecían más ultrajados que asustados. Evidentemente, se trataba de personas acostumbradas a ejercer la autoridad.

Y aunque la ropa que llevaban le resultó extraña en todos los casos, algo en el corte y la ornamentación le hizo pensar que podría tratarse de sacerdotes y sacerdotisas de otros dioses distintos a Set. Un hombre, un shemita calvo y con una cicatriz distintiva que le recorría la cabeza, le era familiar. Lo había visto muchas veces sentado en los escalones de un templo de Bel en Kheshatta.

Esto no podía ser una coincidencia. Estos hombres y mujeres sagrados habían sido secuestrados y traídos a Luxur por órdenes de Ramsa Aál. Ellos también eran parte de su plan.

Entonces, uno de los prisioneros, un hombre más bien bajo, se dio la vuelta hacia él, y Anok reconoció aquel rostro en el acto: ¡Dao-Shuang, maestro del Culto de la Araña dejade!

23

El Templo de Set en Luxur prácticamente no era un templo. La mayoría de las ceremonias en honor a Set que se llevaban a cabo en la ciudad se celebraban en la Gran Pirámide.

Más que un templo convencional, se trataba de un complejo amplio y amurallado que contenía muchos edificios. Varias construcciones más grandes cumplían funciones administrativas y proporcionaban un lugar seguro en el que guardar los artefactos sagrados y los tesoros del culto. También había cuarteles para las numerosas tropas de custodios apostadas allí, establos para los animales y edificios de viviendas para los criados y los acólitos de bajo rango.

Sin embargo, la mayor parte de las construcciones eran villas individuales (algunas, modestas casitas; otras, casi palacios), donde los sacerdotes y los acólitos de alto rango vivían y tenían sus aposentos privados.

A Anok y sus amigos se les asignó rápidamente una villa de tamaño medio de dos pisos cerca de la puerta, y el criado que les mostró el camino les señaló cuál era la de Ramsa Aál, una de las más grandes del complejo.

Su nuevo hogar era más grande que la villa que tenían en Kheshatta, y estaba amueblada con mucho más lujo. Al contemplar los muebles caros aunque dispares, Anok sospechó que habían sido elegidos, probablemente al azar, entre el tributo que habían traído los esperanzados ancianos.

Tanto en tamaño como en diseño le recordó la casa de su padre en Khemi, y pensar en ello le causó dolor. Parecía que no estaba más cerca de encontrar al asesino de su padre.

Anok culpaba al Culto de Set, pero cada vez estaba más convencido de que no podía mirarse al culto como a un todo. Se trataba de un grupo de hombres codiciosos y poderosos que sólo servían a su dios de palabra, y a la sed de poder de hecho. Perjudicar al culto era un objetivo encomiable, pero nunca le proporcionaría la satisfacción de saber que había encontrado al verdadero asesino de su

padre y de que le había hecho justicia.

Les entregaron sus pertenencias poco después y, con inquietud, comenzaron a instalarse. Ninguno se comportó como si esperase quedarse mucho tiempo, menos Sabé, que localizó con prontitud la habitación más grande y cómoda y la reclamó como suya.

—La edad tiene sus privilegios.

De inmediato, el anciano comenzó a sacar de las cajas los pergaminos que había traído con él.

Anok se fijó en que ninguno parecía provenir de su tesoro de sabiduría mágica. Aquellos que estaban en lenguas que Anok podía entender (aunque sólo fuera mínimamente) eran obras de teatro, poseía, crónicas de héroes muertos tiempo atrás y unos pocos de naturaleza erótica.

—Os comportáis como si estuvierais de vacaciones, Sabé.

—La situación es seria, y mi tiempo en este mundo podría ser corto. ¿No debería disfrutar de los días u horas que me queden?

Anok no dijo nada más. Quizá Sabé tuviera razón. Teferi y él habían sido lo bastante corteses como para ignorar que Anok y Fallón se habían mudado al mismo dormitorio.

Volvió a mirar al viejo erudito.

—¿Sabéis más de lo que decís acerca de lo que va a ocurrir?

—¿Quieres decir si cuento con alguna profecía, con alguna previsión acerca del futuro? No creo mucho en lo primero y, desgraciadamente, nunca he tenido ningún talento para lo segundo. Sólo dispongo de vagas conjeturas.

»Ramsa Aál ha traído a este lugar a personas que, por su parte, tienen poder sobre otros. A su vez, ¿no se les exige a los discípulos de la mayoría de los dioses que se inclinen ante sus sacerdotes y sacerdotisas? ¿Muchos de los ancianos del Culto de Set no son por su parte dirigentes de hombres, reyes de imperios mercantes, líderes en sus ciudades o amos de numerosos criados y esclavos? Si se pudiera crear un hechizo para atar a cualquiera de ellos, ¿el poder del mismo no se vería incrementado cien veces? ¿Mil? ¿O más?

»¿Un hombre que se atreve a usurpar los discípulos de su propio dios vacilaría en hacerle lo mismo a otros también?

—¿Las Escamas pueden lograr eso?

—Las tres Escamas no han estado juntas desde antes de que existiera la historia. No puedo afirmar que puedan hacerlo; pero, lamentablemente, tampoco puedo negarlo.

La mención de los otros sacerdotes, sacerdotisas y maestros de cultos hizo que Anok volviera a pensar en su hermana.

—Vi que llevaban a los otros prisioneros a un pequeño recinto

cerrado cerca de los cuarteles, pero mi hermana no estaba allí. Sospecho que Ramsa Aál la tiene en su villa, pero no voy a descansar hasta estar seguro.

Sabé hizo una mueca.

—Es algo demasiado peligroso simplemente para satisfacer tu curiosidad. Ahora no puedes hacer mucho por ella.

—¿Quién ha dicho que ése sea mi único objetivo? Fisgonearé, escucharé a escondidas si puedo, Tal vez consiga averiguar más cosas del plan de Ramsa Aál y de cómo en cajan todas las piezas. —Miró por la ventana hacia el tono rosa, cada vez más tenue, del cielo—. Está cayendo la noche, y tengo que ver qué puedo descubrir.

Mientras se movía por la oscuridad, Anok olió la humedad del agua de los canales y las plantas de floración nocturna de los jardines del templo. Las estrellas brillaban con fuerza. No había luna, y el aire se llenaba con los cantos de innumerables ranas que sin duda prosperaban en los canales y acequias y en los pantanos de juncos que bordeaban muchas áreas del río cercano.

Brillaban muchas luces en las ventanas de la villa de Ramsa Aál, por lo que se aproximó con cuidado. Se encontraba a unos cincuenta pasos de distancia cuando divisó al primer custodio montando guardia fuera. Probablemente habría más.

A su pesar, invocó el hechizo del Camino de Sombras para ocultarse de los guardias. Era difícil engañar con él a Ramsa Aál o a un sacerdote de Set, pero debería bastar para pasar por delante de cualquier custodio si tenía cuidado.

Con cautela, rodeó la parte trasera de la casa, echando un vistazo al interior desde varias ventanas. Unicamente vio un lujoso mobiliario digno de un palacio y unos cuantos guardias y criados domésticos ocupándose de sus tareas. Por fin, en una esquina posterior, descubrió una ventana con los postigos cerrados de la que surgía luz a través de las grietas.

Al acercarse y tocar los postigos, descubrió que habían sido atrancados desde el exterior: una señal prometedora. Se inclinó hacia la ventana y atisbo a través de una grieta.

Dentro había una pequeña habitación con una cama sencilla, una silla de madera y un lavabo. Paniwi estaba sentada en la cama y llevaba puesto un sencillo vestido blanco de seda. Su túnica de sacerdotisa colgaba de un gancho en la puerta. Sus captores la habían limpiado y remendado. Quizá fuera necesario para el hechizo de Ramsa Aál que la llevara puesta.

Parecía triste, aunque ilesa. Anok estudió el rostro de su hermana y halló cosas que le recordaron a su padre, incluso su propio reflejo.

Resultaba tan extraño, tan triste, haberse encontrado de este modo.

«Hallaré una manera de arreglar esto, hermana. Te liberaré y cumpliré con el último deseo de mi padre.»

Oyó cómo se cerraba de golpe una puerta en una habitación situada encima de él y se pegó bien a la pared. La ventana de arriba estaba abierta, y oyó pasos y cómo movían una silla.

A continuación, escuchó una voz que reconoció en el acto, una voz que hizo que un escalofrío le recorriera los huesos. ¡Thoth-Amon!

—No me gusta esto, sacerdote. No puede haber mayor herejía contra nuestro dios Set que lo que planeas: robarle su culto y sus discípulos para tus propósitos.

—Como habéis hecho vos, aunque a través de la inteligencia más que de la magia —contestó la voz de Ramsa Aál—. Vos le pedís poder a Set, al igual que yo, pero sólo le servís porque sirve a vuestros propios intereses. ¿Y qué os ha aportado? ¿Dominio sobre un reino seco y en decadencia cuyo imperio desapareció tiempo atrás, cuyo tiempo terminó tiempo atrás? Si lo conseguimos, tendremos el mundo a nuestros pies. Los discípulos de todos los dioses se verán obligados a seguir al dios que hemos creado, y a su vez, él responderá ante nosotros. Los pocos bajo nuestro dominio que no siguen a ningún dios serán aplastados, o traeremos a sus sacerdotes y los someteremos al dominio de nuestro dios.

—Estuve de acuerdo con este descabellado plan únicamente porque, si fracasa, la cólera de Set caerá sobre ti y tus adláteres, no sobre mí. Aunque me quedaré cerca, no estaré presente en tu ceremonia blasfema. Sólo si tiene éxito llegaré y ocuparé el lugar que me corresponde en el trono de nuestro nuevo culto.

—Tendrá éxito, maestro.

—Te conviene que sea así, sacerdote, pues, si fracasa, el precio será tu vida y tu alma. Sin embargo, para intentarlo, aún necesitas la tercera Escama de Set. ¿Dónde está? ¡ Dijiste que sabías dónde se encontraba!

—La tiene el joven sacerdote hereje, estoy totalmente seguro de ello.

—¿Tu mascota, Anok? No estoy contento con él. Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad. Hasta ahora, ha tenido demasiado éxito para resistirse a las seducciones de nuestro culto. Nunca se le debería haber permitido llegar tan lejos. Tortúralo, quítale la Escama y acaba de una vez.

—Las tres Escamas deben permanecer separadas hasta el momento crítico. Si tan sólo me enterase de dónde se encuentran exactamente las tres, eso atraería la atención de fuerzas oscuras y poderosas, por no

mencionar al propio Parath. El dios ansia las Escamas, y por ahora, ése es el único poder de verdad que tenemos sobre él. En cuanto al hereje, no temáis. Muchos, incluyéndome a mí, se han unido al culto con otros propósitos. Pero a la larga todos sucumben al dulce canto del poder. Cuando llegue el momento, nos la proporcionará y lo hará por voluntad propia, para poder compartir su poder.

—En ese caso, déjale creer que va a ser así. No me importa. Pero no se puede confiar en él. Cuando tengas la última Escama, mátalo inmediatamente.

24

reciclo con alguna clase de ave, y también sabían igual. Pero las partes no eran precisamente patas ni alas.

El misterio se resolvió cuando Sabé cogió un trozo y lo probó. Sonrió al reconocerlo mientras masticaba.

—¡Ah! ¡Hacía tanto tiempo que no comía ancas de rana!

Teferi, que le estaba dando un prudente mordisco a un pedazo, lo escupió sobre la mesa haciendo mucho ruido.

—¡Ranas!

Fallón se encogió de hombros, olió un trozo, lo probó, y se puso varios más en el plato.

Anok se rió del kushita.

—¡Hermano, en Odji te vi comer ratas muchas veces cuando no había nada más!

Su amigó pareció indignarse.

—Aquello eran ratas. ¡Las ranas son impuras!

A pesar de sus bromas, Anok pasó de las ancas de rana y se conformó con un trozo grande de pescado y un montículo de arroz aromático relleno de verduras y sazonado con jazmín.

Cuando estaban terminando de comer, llegó un criado que le pasó a Anok un pequeño pergamino atado con una cinta. Dentro había una nota escrita con la letra de Ramsa Aál.

El sirviente ya se estaba dando la vuelta para marcharse cuando Anok le pidió que esperase.

—¿Ramsa Aál te entregó esto personalmente?

El criado simplemente asintió con la cabeza.

—¿Sigue aún en el templo?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Adonde fue?

El sirviente sólo lo miró de una forma extraña mientras fruncía el entrecejo.

—¡Habla, hombre! Incluso si te ordenaron no dar tal información, puedes decirme eso.

El ceño del hombre se hizo más profundo.

De pronto, Anok se dio cuenta de que varios de los otros criados habían abandonado sus tareas y también lo miraban.

El hombre abrió la boca y señaló el interior de la misma con el dedo.

No tenía lengua. Emitió una pequeña exhalación de aire que apenas podía llamarse sonido, y Anok se dio cuenta inmediatamente de que era más que eso. Le habían mutilado la garganta para impedirle hablar por completo.

Recorrió con la mirada a los otros criados, y se imaginó que debía de ocurrirles igual a todos.

—Lo siento —se disculpó—. No lo sabía.

Los cuatro compañeros se quedaron sentados sin decir nada mientras los sirvientes despejaban la mesa y desaparecían con la misma rapidez y silencio con que habían llegado.

—Éste es un lugar espantoso —dijo Teferi—. No lo parece, y eso lo hace aún más espantoso.

Anok volvió a mirar la nota.

—No creo que estemos aquí mucho tiempo. Tengo que ir a la Gran Pirámide de Set esta noche para asistir a una ceremonia importante.

—El sacerdote no tiene la tercera Escama —apuntó Fallón—, Éste no puede ser el hechizo que todos teméis.

Sabé asintió pensativo.

—Pero lo que planean lanzar no es un hechizo sencillo, y si es como otros planes concebidos por Kaman Awi Urshé, podría contar con varios pasos. El de esta noche podría ser el primero.

—Bueno —respondió Anok—, en ese caso, tengo todo el día. No pude hablar con mi hermana anoche, pero, según lo que oí, Ramsa Aál se ha marchado para encargarse de los preparativos para la ceremonia. Si este primer paso no implica a los sacerdotes de otros dioses, mi hermana seguramente seguirá en la villa, y tal vez pueda arreglármelas para hablar con ella. Hay cosas que necesito saber, respuestas que sólo ella puede darme.

En lugar de dirigirse directamente a la villa de Ramsa Aál, Anok dio un tranquilo paseo junto al recinto cercado. Si los prisioneros ya no estaban, era probable que se hubieran llevado a su hermana también. Se sintió aliviado al comprobar que la pequeña edificación seguía ocupada por los prisioneros.

Éstos lo observaron a través de las ventanas y puertas con barrotes del pequeño edificio de ladrillo, al igual que un aburrido guardia, que lo saludó con una inclinación de cabeza al pasar. Anok intentó no parecer demasiado interesado en los prisioneros, pero resultaba difícil no quedarse mirando al harapiento grupo. Le habría gustado poder

hablar con ellos, preguntarles si sabían por qué estaban aquí, pero no se atrevía. Supuso que si quería respuestas tendría que conseguirlas de su hermana.

Mientras doblaba la esquina del edificio, se encontró mirando a la cara a Dao-Shuang, el maestro de la Araña de Jade, que lo observaba a través de una ventana con barrotes.

Cuando sus ojos se encontraron, sucedió algo. Anok se encontró en otra parte, en el vestíbulo de un gran templo construido al estilo khitanio, con paredes pintadas de rojo, blanco y oro, y columnas y vigas cubiertas de brillante laca negra.

Dao-Shuang también estaba allí, no como el mísero prisionero que acababa de ver, sino fuerte, con buen aspecto y vestido con sus galas ceremoniales: una reluciente túnica de seda amarilla bordada con extraños símbolos, atada a la cintura y tan larga que le ocultaba los pies y casi rozaba el suelo. Las largas mangas se ensanchaban al final y de cada muñeca le colgaban largas colas. En la parte superior de la cabeza llevaba un gorro pequeño y redondo de la misma seda brillante.

La sensación le resultó familiar, y Anok se dio cuenta de que le recordaba a cuando Thoth-Amon lo había retado a una Guerra de Almas. Al instante, se puso en guardia ante un ataque.

Dao-Shuang, o su avatar, alzó una mano.

—No temáis, Anok Wati, esto no es un ataque. Creen que estoy indefenso, pero aunque sus hechizos de sujeción me han debilitado, aún quedan recursos de los que puedo disponer.

—¿Sabéis por qué os han traído aquí?

—He tenido visones fugaces de espantosos acontecimientos, de cosas que aún podrían llegar a suceder. Sé que mi culto se encuentra en grave peligro, y que no está a mi alcance ayudar a los míos. Todo el futuro depende de vos, y es del futuro de donde os traigo esta advertencia: Para servir a todos los dioses, no debéis servir a ninguno.

La visión se desvaneció y Anok se encontró de nuevo en el complejo del templo, observando el recinto cercado. Dao-Shuang lo miró, inclinó la cabeza, cerrando lentamente los ojos al mismo tiempo, luego dirigió la mirada hacia él una vez más y se dio la vuelta, desapareciendo en el interior de la prisión.

Un custodio lo miró con curiosidad, y Anok prosiguió su camino para no despertar más sospechas. Rodeó los jardines como si hubiera salido a dar un rápido paseo y se dirigió de nuevo a la villa de Ramsa Aál.

Una vez más, invocó el hechizo del Camino de Sombras y pasó tranquilamente junto a los guardias de la puerta, que ni siquiera

miraron en su dirección. Fue hacia el frente de la casa como si tuviera cosas que hacer allí, miró hacia dentro un momento a través de la puerta abierta y luego recorrió la parte delantera, atisbando por las ventanas.

Vio criados, pero ninguna señal del propio Ramsa Aál.

Tras convencerse de que el sacerdote no estaba en la casa, localizó la ventana con los postigos cerrados y sacó con cuidado la tranca que la mantenía bloqueada.

Encontró a su hermana estirada en la cama cuando abrió los postigos.

Paniwi se incorporó de repente y él le hizo una seña para que se mantuviera en silencio, trepó por la ventana y cerró los postigos tras él.

La sacerdotisa se sentó en el borde de la cama y lo miró con recelo.

Anok la ignoró y concentró su mente en el Camino de Sombras, extendiendo el hechizo hacia ella de tal forma que ocultara la conversación a cualquier persona que pudiera escucharlos. Soltó un gruñido a causa del esfuerzo. Si el Camino de Sombras suponía un enorme gasto de magia a cambio de un resultado pequeño, este hechizo resultaba ahora mucho más del doble de difícil.

Notó la influencia de la Marca de Set, y la mano izquierda se le cerró brevemente de manera involuntaria. Hizo caso omiso y se concentró en Paniwi.

—Ahora deberíamos poder hablar sin que nos molesten los guardias.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué has venido, sacerdote?

De pronto, Anok se sintió cohibido a causa de su túnica escarlata.

—A pesar de lo que has visto, sigo sin ser un auténtico siervo de Set.

—¿Sirves a Ibis, entonces? ¿A quién sirves? ¿Cuál es tu dios?

Miró a su hermana, perplejo.

—La verdad es que no lo sé. Pensaba que lo sabía, pensaba que sabía cuál era el dios de mi padre, pero ahora descubro que todo es un castillo de mentiras. Necesito que me ayudes a averiguar quién soy.

El rostro de la sacerdotisa se suavizó, aunque el recelo se mantuvo.

—¿Tan poco sabes de tu propia historia? ¿Nuestro padre no te contó nada?

Anok suspiró.

—Lo asesinaron cuando yo no era más que un muchacho. Tuve que huir y acabé en las calles, con miedo de que sus asesinos me encontraran. Me vi obligado a aprender a cuidarme solo, incluso tuve

que cambiar el nombre con el que nací por otro que me inventé.

Vaciló. Resultaba sorprendentemente difícil hablar de estas cosas.

—Mi padre me reveló muy poco de su verdadera naturaleza. Yo pensaba que era un simple mercader. No sabía nada de la Escama de Set, ni de ti. Fue únicamente en los últimos momentos de su vida cuando me dio el medallón y me dijo que te buscara.

—¿Así que no tienes nada de nuestro padre?

—Fue bueno conmigo. Me pasó parte de su sabiduría, compartió conmigo parte de su fuerza y me enseñó a luchar lo bastante bien como para sobrevivir. Pero de sus mayores secretos, nada. Ahora me pregunto si simplemente quería evitar que me preocupase, y si en caso de que hubiera vivido los habría compartido conmigo en señal de que me había hecho adulto. Pero nunca conoceré esas respuestas.

Paniwi frunció el entrecejo, meditando sobre las palabras de su hermano.

—Te contaré lo que sé. Tenemos el mismo padre pero, como habrás adivinado, no la misma madre.

»Yo nací en Nemedia, y mi madre murió en el parto. Cuando era un bebé, mi padre me entregó al templo de Ibis para que me educaran como sacerdotisa. Pero él no me olvidó. Vino a visitarme muchas veces.

»En una de aquellas visitas, me contó que se había visto obligado a casarse con otra mujer, pero que su corazón aún le pertenecía a mi madre, y sólo a mi madre. Tiempo después, me habló de ti. Aunque no sentía amor por tu madre, a ti te amaba como a su hijo, y me dijo que yo de bería quererte como a mi hermano.

—¿Cómo te tomaste la noticia?

No lo miró.

—Me enfadé. Me sentí traicionada. Era un honor servir a Ibis, pero que mi padre me hubiera abandonado y criara a un desconocido como a su hijo…

—Mi madre era estigia, se casó con mi padre por conveniencia. El no la amó hasta el final, cuando ella murió para protegerme. Apenas la recuerdo. Sólo lo recuerdo a él y su casa, hasta que me arrebataron incluso eso.

—En ese caso, nuestras vidas han sido tristes.

—¿Todavía sientes rencor hacia mí?

Paniwi negó con la cabeza.

—Eres todo lo que me queda de mi padre. ¿Cómo podría?

—Y tú eres todo lo que me queda a mí del mío. Ojalá ésa fuera nuestra principal preocupación.

—Pero tenemos otros deberes, otras promesas, que están antes

incluso que la sangre —recalcó su hermana.

—Por eso estoy aquí. Tu misión, tu propósito, está claro. El mío no. Necesito saberlo. ¿A qué dios servía nuestro padre?

La boca de Paniwi se abrió con asombro. Entonces, soltó una carcajada.

—¿Necesitas preguntarlo?

—Me dijeron que servía a un dios perdido de Estigia llamado Parath.

La sacerdotisa volvió a reír.

—¿Quién te dijo eso? Nunca he oído hablar de ese dios. ¡Tu padre servía a Ibis! Entregó su vida a Ibis. Entregó sus hijos a Ibis. ¿Qué mayor amor puede haber? Él era el

Guardián de la Escama Dorada, como lo había sido su padre, y su padre antes de él, y como lo habrías sido tú si el destino no te hubiera llevado por esta extraña senda.

Anok sacudió la cabeza, confundido.

—¿Quieres decir que mi padre quería que te entregara la Escama sólo para que tú pudieras devolvérmela como legado?

Paniwi se encogió de hombros.

—Ésa podría haber sido su intención. Él sabía que si venías a mí con la Escama, yo os habría llevado a los dos a un lugar seguro. Yo te habría explicado tu legado como Guardián de la Escama Dorada, y tú habrías continuado por esa senda.

—Pero ahora quieres quedarte tú con la escama que llevo.

La sacerdotisa suspiró.

—Ahora las cosas no están tan claras, Anok. Has puesto tu Escama Dorada en grave peligro de caer en manos de nuestros enemigos, y ya les has entregado la mía. —Tardó un tiempo en continuar—. Después de todo lo que ha ocurrido, no estoy segura de que se te pueda seguir confiando la Escama por más tiempo.

Anok se encolerizó, y notó cómo la Marca de Set respondía a esa emoción. Con cierta dificultad, logró centrarse usando el Aro de Neska, y volvió a empujar la ira a algún oscuro rincón de su mente.

—No creo que esas Escamas Doradas se le puedan confiar a nadie. ¿Por qué debería confiarle una al templo de Ibis, y mucho menos dos?

Paniwi asintió con la cabeza.

—Ni siquiera el templo de Ibis debería poseer la tercera. Dejemos que Set se la quede. Aquí está tan a salvo como en cualquier otro lugar.

»De todos los dioses venerados por el hombre, sólo Ibis sabe que el poder no es constante ni permanente. El rostro de Ibis debe perderse en la oscuridad antes de poder honrarnos con su gloriosa luz dorada, e

incluso esto quedará en el pasado. Se le pueden confiar dos Escamas a Ibis porque él no buscará la tercera, e incluso esas dos han permanecido siempre muy lejos la una de la otra: una en el Templo de Ibis y la otra en secreto con el Guardián.

—Entonces, ¿por qué están en Estigia?

—Cuando yo era aún una niña, los agentes de Set comenzaron a buscar las Escamas. Estuvieron muy cerca de robar la que se encontraba en nuestro templo, y la Suma Sacerdotisa tuvo una visión acerca de que el único lugar en el que los discípulos de Set no buscarían las Escamas sería en su propio reino maldito. Una fue llevada al templo secreto que teníamos allí, el cual había permanecido a salvo durante muchas generaciones, y yo fui con ella. Nuestro padre se llevó la segunda a Khemi, al mismo centro del Culto de Set.

—Eso no salió tan bien como tu sacerdotisa predijo —repuso Anok.

—Quizá no entendemos el verdadero significado de la visión. Quizá todo esto estaba escrito.

—Un amigo muy sensato me dijo que él no confiaba mucho en las profecías, y yo me inclino a pensar igual. —Se puso en pie—. ¿Sigues negándote a dejar que te ayude a escapar?

—No sin las Escamas Doradas.

Anok negó con la cabeza.

—En ese caso, veremos cómo termina esto. Si todo ello ha ocurrido por alguna razón, esperemos que sea una que nos guste.

Salió por la ventana, cerró los postigos tras él y desapareció con rapidez.

Un carro llegó y se llevó a Anok a la pirámide al atardecer.

Al llegar allí, descubrió que en la base de la pirámide se aglomeraban obreros, custodios, acólitos y sacerdotes.

Habían montado una gran tienda para mantener en secreto el centro de las actividades, pero se había congregado una multitud de ancianos y gente del lugar a los que una hilera de custodios mantenía a cierta distancia. Los guardias se apartaron para dejar pasar al carro de Anok.

Mientras atravesaban el gentío, bajó la mirada y se sorprendió al ver a una persona a la que reconoció: Seti Aasi, el padre de Dejal, un rico mercader que había comprado el ingreso de su hijo entre los acólitos y, sin saberlo, lo había conducido a la senda hacia la locura y la muerte.

Anok apartó la mirada con rapidez y se sintió aliviado cuando cruzaron la multitud y los custodios se cerraron tras ellos.

Era poco probable que Seti Aasi supiera que él había matado a su hijo en un duelo mágico. No había habido testigos, y Anok tampoco

había sido demasiado preciso en el informe que le proporcionó a Ramsa Aál. En cualquier caso, el mercader seguía siendo una fuente de tributos, y por ello los sacerdotes probablemente le habrían comunicado que su hijo había muerto trágica, aunque heroicamente, en el noble servicio a Set.

Sin embargo, Anok siempre había sentido una profunda aversión por aquel hombre, y no quería tener ningún contacto con él, ni siquiera aunque se tratase únicamente de las lisonjeras atenciones de un anciano buscando el favor del culto.

Mientras se acercaba a la tienda, Anok vio el largo vagón que Rami le había contado que habían construido para trasportar los huesos de Parath, reposando vacío cerca de allí.

«No hay duda de que pretenden resucitar a Parath.»

Esta idea se vio confirmada al entrar y descubrir un extraño espectáculo. En el interior de la tienda había dos largas mesas paralelas, como si estuvieran dispuestas para un gran banquete. En una descansaban los huesos de Parath, y en la otra, una armadura con la forma de una serpiente de latón, intrincadamente articulada en placas individuales para permitir el movimiento sinuoso de una serpiente.

Aunque indudablemente habían ampliado la mole aleándola con metales más convencionales, no cabía ninguna duda de que este caparazón metálico había sido forjado con el metal fundido de la Armadura de Mocioun.

Cada trozo de la armadura estaba sujeto de forma individual con cuerdas bien apretadas que se conectaban a unos ganchos que había en la mesa. Mientras observaba, vio cómo la serpiente de latón se enroscaba y se agitaba mientras forcejeaba débilmente contra las ataduras.

Sin embargo, aún resultaba más extraña la transformación que estaba teniendo lugar. Comenzando por la cola, trozo a trozo, estaban desmontando la armadura.

Primero los obreros cortaban las cuerdas que sujetaban un segmento de la armadura. Lo sacaban y lo volvían a ensamblar alrededor del esqueleto de Parath. Herreros provistos de braseros portátiles martillaban remaches al rojo vivo, haciendo saltar chispas por el aire, hasta que cada nueva pieza quedaba conectada a la anterior; entonces la ataban de nuevo a la mesa con cuerdas.

Anok observó asombrado mientras la serpiente de latón se volvía a formar rápidamente alrededor de los huesos de Parath.

«Parath carece de piel, así que le han construido una. Pero ¿y la carne? ¿Qué pasa con el corazón?»

Al ver al joven, Ramsa Aál se acercó y lo saludó calurosamente.

Anok lo miró con una frialdad que esperó que el sacerdote no pudiera detectar.

«Anoche mismo estabais conspirando para matarme, ¿o lo habéis olvidado?»

Pero Ramsa Aál estaba de buen humor, casi atolondrado, mientras observaba cómo los numerosos obreros y artesanos terminaban su labor. Ahora estaban enrollando la pared posterior y el otro extremo del techo de la tienda para exponer al sol a un Parath ensamblado. Justo detrás, Anok vio la entrada en la base de la pirámide, con las gruesas columnas que sostenían el rellano situado encima. Si se inclinaba hacia atrás, podía seguir con la mirada la larga escalera que llevaba al altar situado en la cima.

El aire estaba lleno de arena procedente del desierto que se extendía más allá. Las enormes dunas siempre amenazaban con extenderse alrededor de las bases de las pirámides y tragarse la estrecha zona verde que crecía a orillas del cercano río.

—Sacerdote, ¿no sientes curiosidad por saber lo que estamos haciendo aquí?

—Veo que habéis usado la Armadura de Mocioun, que conseguimos en la tumba del Rey Perdido —respondió—. Pero ¿de qué puede servir blindar los huesos de una serpiente del templo muerta tiempo atrás?

Ramsa Aál sonrió de manera evasiva.

—Esta no es una de las grandes Hijas de Set. Es algo muchísimo más antiguo, y muchísimo más peligroso. ¡Estos son los huesos de Parath!

Anok trató de parecer sorprendido.

—¿Un antiguo dios?

Ramsa Aál lo miró con curiosidad.

—¿Un dios? No, un poderoso demonio, un enemigo de Ibis y… de otros.

«¡Así que no está al tanto de mi relación con Parath! Quizá mientras él conspira para controlar al dios perdido, el dios perdido también conspira contra él.»

El sacerdote continuó.

—Desterrado tiempo atrás, volverá a vivir, al servicio de nuestro culto y de nuestro maestro Thoth-Amon.

«¡Decidlo! ¡Y a vuestro servicio!»

Pero no dijo nada semejante. En su lugar, le hizo una seña a Anok y recorrió la longitud de la serpiente de latón.

—Espero que te acuerdes bien de los hechizos que te enseñé en

Khemi.

Anok casi no lo oyó. Mientras caminaban, él iba mirando la piel de la serpiente de latón, que estaba cubierta con finas placas montadas unas sobre otras y cortadas en forma de escamas; escamas que, mientras se acercaban a la parte delantera de la falsa bestia, resultaban idénticas tanto en forma como en tamaño a las Escamas de Set.

—¿Hechizos? Sí, estoy seguro de que los recuerdo todos.

—Y uno en particular: la Defensa de Anigmus.

—¿La defensa contra el fuego de demonio? La estudiamos, pero siendo acólitos nunca contamos con el poder para llevarla a cabo, ni siquiera como práctica.

Ramsa Aál bajó la mirada hacia la muñeca de Anok y la Marca de Set.

—Bueno, sacerdote, ahora tienes el poder, y nuestra magia debe trabajar al unísono o ambos moriremos.

Al llegar a la cabeza de la serpiente encontraron a un sacerdote de alto rango esperándolos. Ramsa Aál lo presentó como Buiku-Ra, Sumo Sacerdote de Luxur y su más viejo amigo.

Anok apenas podía mirar al hombre. Mantenía los ojos clavados en el cráneo de metal que había sido fabricado para cubrir los huesos de Parath y en los fríos ojos de cristal que le devolvían una mirada carente de expresión.

Pero Ramsa Aál seguía concentrado en la tarea que les ocupaba.

—¿Tienes tu hechizo preparado, Buiku?

El sacerdote asintió con la cabeza.

—El hechizo de invocación traerá al espíritu de Parath para que se una a sus huesos, pero será necesario un potentísimo sacrificio de sangre para completarlo.

Ramsa Aál dirigió la mirada hacia Anok con toda tranquilidad.

—Pierde cuidado. Me he preparado para ello.

A Anok se le atascó el aliento en la garganta. ¿Era él el sacrificio? El hechizo de protección lo distraería, y sus habilidades mágicas, a pesar de ser grandes, se encontrarían completamente ocupadas. ¿Podría hacer todo esto y defenderse del cuchillo de Ramsa Aál también?

—Es la hora —anunció Ramsa Aál—. ¡Comencemos!

25

El Sumo Sacerdote Buiku-Ra introdujo la mano en una bolsa de seda y sacó un puñado de hierbas mágicas, secas y machacadas hasta formar pequeños copos. Las lanzó al interior de la boca de la serpiente de latón y comenzó un conjuro.

—Sagrados mensajeros del viento, traed de tierras lejanas el espíritu del poderoso exiliado tiempo atrás. Que regrese del páramo a este gran recipiente.

En el interior de la boca de la serpiente comenzó a aparecer una niebla azulada que brillaba débilmente dentro de sus recónditas profundidades.

Por el movimiento de los labios de Ramsa Aál, Anok vio que éste estaba recitando en silencio su propio hechizo.

El sacerdote dirigió la mirada hacia él.

—¡Ahora, Anok! ¡Debemos contar con la Defensa de Anigmus!

El joven alzó las manos, preparado para dar forma a las fuerzas que estaba a punto de liberar, y recitó las palabras del hechizo. Estaban en una antigua lengua que no entendía, pero eso no las hacía menos efectivas.

Buiku miró a su amigo.

—¡Ramsa, necesitamos el sacrificio de sangre pronto o el hechizo fallará!

Visible como una leve distorsión en el aire, como si los rodeara una burbuja de algún líquido apenas palpable, la energía surgió de las manos de Anok. Requería una gran concentración dar forma y mantener aquella burbuja; sin embargo, con el rabillo del ojo observó cómo Ramsa Aál, que seguía susurrando su hechizo, cogía la daga para sacrificios que llevaba en el cinto. Anok se tensó ante el ataque.

—¡Ramsa! —La voz de Buiku era apremiante.

Ramsa Aál hizo una pausa en su hechizo y sonrió.

—Es como en los viejos tiempos, ¿verdad, amigo mío?

A continuación, se movió con una rapidez asombrosa.

Pronunció la palabra final del hechizo mientras la daga atravesaba el aire y rasgaba la carne como si fuera un trapo harapiento.

Un estallido de llamas de color naranja apareció en la boca de la serpiente de latón. Fue como si se prendiera fuego a la niebla azul y descendiera como una deflagración a lo largo de su cuerpo. Anok casi perdió el control del hechizo, lo que los habría condenado a todos.

Cuando lo recuperó, echó un vistazo y vio cómo la vida se le escapaba a chorros a Buiku-Ra por un corte en la yugular, atravesaba la defensa, que sólo contenía las llamas, y parecía alimentar el extraño fuego que crecía dentro. Ramsa Aál sostuvo al Sumo Sacerdote: con una mano le agarraba la parte posterior de la túnica y con la otra le mantenía la cabeza hacia atrás para dirigir el flujo de sangre cada vez más débil.

—Lo lamento, Buiku, pero la sangre de un amigo traicionado es un sacrificio realmente poderoso.

En el interior de la serpiente de latón las llamas de color naranja se retorcieron y danzaron, casi como si estuvieran vivas. Lenguas de fuego salieron disparadas de la boca abierta y se estrellaron contra la defensa, zarandeando a Anok como si alguien hubiera chocado contra él. Sin embargo, logró mantener la concentración, y todos siguieron a salvo.

Notó la mano de Ramsa Aál en el codo apartándolo de la serpiente. Retrocedieron más allá del aparente alcance de las llamas, y pudo abandonar la protección.

Anok comprobó en ese momento por qué habían enrollado la tela de la tienda. A pesar de ello, algunos postes y cuerdas estaban comenzando a soltar humo y a arder, y unos criados boquiabiertos esperaban temerosos con cubos y jarras de agua para sofocar las llamas no deseadas.

La serpiente de latón comenzó a emitir un extraño sonido sibilante. No se trataba del silbido de una serpiente, sino de un sonido parecido al del vapor que se escapa por la junta de la tapa de una olla hirviendo. Tras los ojos de cristal surgió un resplandor, como si tuviera carbones encendidos.

Aunque la refrenaban innumerables cuerdas, un estremecimiento recorrió toda la longitud de la serpiente. La larga mesa también se retorció y se sacudió, y las patas se levantaron del suelo a su vez mientras la onda recorría el cuerpo.

Entonces hubo otro espasmo más fuerte. Con un sonido como el de un hechizo de fuegos artificiales khitanio, las cuerdas se partieron rápidamente, una tras otra.

La serpiente de latón se irguió mientras pequeñas bocanadas de humo escapaban de las uniones de su cuerpo. La cabeza se elevó por encima del nivel del viejo techo de lona, y la parte posterior de la

mesa se hundió bajo el peso de la criatura.

Ramsa Aál se acercó, con los brazos por encima de la cabeza, como si quisiera hacerse lo bastante grande como para merecer la atención del monstruo.

—Gran Parath, he sido yo, tu humilde siervo Ramsa Aál, quien te ha traído de regreso de tu exilio eterno.

La serpiente bajó la mirada hacia él.

—¡Yo soy Parath! ¡Contempladme, y sabed lo que es el miedo!

Anok se quedó allí y observó cómo Ramsa Aál se apoyaba en una rodilla e inclinaba la cabeza ante el falso dios.

A continuación, el Sumo Sacerdote se puso en pie y señaló hacia la entrada de la pirámide.

—Mira, Gran Parath, la pirámide de tu enemigo, que pronto será tuya. Entra y aguarda mi llegada, pues mañana es el día de tu ascensión, y debemos prepararnos.

Parath contempló la entrada.

—¡Sí! Profanaré la pirámide de mi odiado enemigo con mi presencia.

Pareció que la serpiente iba a moverse, pero luego miró la forma ensangrentada de Buiku tendida en el suelo. Abrió la boca y una ola de llamas surgió para envolver el cuerpo.

—Una pira funeraria para aquel que me entregó su vida. —La gran serpiente comenzó a moverse con elegancia, aunque acompañada del suave traqueteo de las placas móviles y el silbido quedo del vapor—. Que nunca se diga que Parath no es un dios generoso. —Y se arrastró hacia la oscuridad de la entrada.

Anok lo observó asombrado. En efecto, se trataba de la voz que él conocía como Parath, pero no había habido ni una sola palabra dirigida a él, ni un solo indicio de que lo hubiera reconocido. ¿Ya había cumplido su propósito? ¿Es que ya no merecía que el dios caído se fijara en él? ¿O es que ya lo había olvidado por completo?

Sin embargo, mientras se arrastraba entre las enormes columnas, Parath vaciló, se detuvo y volvió la cabeza.

Durante un momento, Anok estuvo seguro de que los brillantes ojos de cristal lo miraban fijamente.

Y en ese momento notó un tirón. Fue como si, durante un instante, tanto su voluntad como su amor propio simplemente hubieran desaparecido y otra fuerza lo dirigiera.

Entonces, Parath se dio la vuelta y se adentró en las sombras. Aunque sólo alcanzó a verlo fugazmente mientras entraba en la oscuridad, Anok se preguntó…: ¿podía sonreír una serpiente de latón?

Anok había regresado a casa una hora después del anochecer, justo

mientras sus compañeros se preparaban para cenar.

Ahora, los cuatro estaban sentados en silencio alrededor de la mesa de comedor de la villa. La cena había terminado, la mesa había sido despejada y los criados se habían marchado. A su alrededor las velas ardían débilmente, y la serenata de las ranas les llegaba con fuerza a través de las ventanas. Anok incluso había divisado una diminuta, que recorría el techo con sus patas con ventosas. Ahora había desaparecido de la vista, había encontrado refugio en alguna grieta o hueco, pero aún podía oírla. Su voz era la más fuerte de todas.

—Resulta difícil de creer —dijo Anok por fin—. Es… el fin del mundo.

Sabé soltó un sonido de indignación.

—Exageras. ¡No se trata de eso! El mundo cambia, no termina. Los imperios caen, las montañas se derrumban, los continentes se deslizan hacia el mar, pero el mundo sigue.

—Con perdón, anciano, pero no me gustaría estar presente cuando ocurra cualquiera de esas cosas —repuso Teferi con sequedad—. Cuando los imperios caen, la gente como nosotros acaba aplastada, y en grandes cantidades.

—En ese caso —respondió Sabé—, el imperio no debe caer.

Anok soltó un gruñido de tristeza.

—¿Estáis diciendo que, para proteger a mis amigos, debo ayudar al Culto de Set?

—Los cultos pueden ser malignos, los dioses pueden ser malignos, pero sin hombres, son como Parath: simples huesos secos en el desierto. Debes elegir a tu mayor enemigo, Anok Wati, y debes decidir qué es lo que quieres proteger, El mundo no es responsabilidad tuya. ¿Qué es lo que en verdad te importa?

Anok recorrió la mesa con los ojos mirando a sus amigos. Que el mundo se fuera al infierno. Le importaban ellos, y sí, su hermana también, pero en cuanto al resto…

Sin embargo, no habría escapatoria de la clase de magia que Ramsa Aál planeaba desencadenar. No en Estigia. Ni en Hiboria al norte, ni en los Reinos Oscuros al sur, ni siquiera al otro lado del Mar Meridional.

—Nos enfrentaremos a este peligro —decidió—. Nos enfrentaremos a él, frustraremos los planes de hombre y dios, y nos marcharemos de este lugar para siempre, si podemos.

Fallón lo miró a los ojos.

—Pero ¿y tu pasado, Anok? ¿Y el asesino de tu padre?

Anok respiró hondo y dejó salir el aire lentamente.

—Si no estaba escrito que lo averiguase, dejemos que descanse.

Estoy preparado para dejarlo atrás. Que repose con mi padre en su tumba, y yo aceptaré este fracaso.

Sabé torció la boca formando una expresión extraña. Tenía más aspecto de mueca que de sonrisa.

—No te lo dije antes porque no quería influir en tu decisión, pero si vas mañana al templo para enfrentarte a Parath y a Ramsa Aál, la verdad acerca de la muerte de tu padre te será revelada. No importa qué más suceda, para bien o para mal, estoy seguro de esto. Si hubieras decidido otra cosa, ese secreto siempre habría estado cerrado para ti.

La extraña certeza que había en la voz de Sabé borró cualquier duda que Anok pudiera haber tenido sobre sus palabras.

—Sabé, pensaba que no creíais en las profecías y que no poseíais el don de la previsión.

—Sólo esta vez, sólo en este asunto, estoy seguro. Ése es mi obsequio para ti. Si fracasas, no morirás en la ignorancia.

—Eso, entonces, es un pequeño favor.

26

Con el desayuno, los criados le entregaron a Anok una nota de parte de Ramsa Aál con instrucciones para el día. Lo emplazaba después del desayuno a algún tipo de reunión en las puertas del templo. Anok no se imaginaba de qué podría tratarse, ya que la ceremonia principal, que la nota llamaba «la ceremonia de la unión», tendría lugar al anochecer en la Pirámide de Set. El nombre resultaba lo suficientemente impreciso como para no ofrecer mucha información. ¿Quién se iba a unir a qué?

«Tal vez —pensó tristemente—, la unión de las tres Escamas.»

Mientras comían, celebraron un rápido concilio y trazaron un plan. Puesto que la ceremonia de la unión estaba programada para el anochecer, Fallón y Teferi darían la vuelta, se acercarían a la pirámide desde el desierto después de que oscureciera e intentarían subir por la parte posterior del zigurat.

—Teniendo en cuenta a los prisioneros, parece que habrá un sacrificio, y éste probablemente ocurrirá en el altar de la cima de la Pirámide de Set. También es el lugar en el que tengo más posibilidades de perturbar el desarrollo de la ceremonia, pero eso es asunto mío. No os preocupéis por mí. Rescatad a mi hermana si podéis y liberad a los otros prisioneros si queréis. Si no voy detrás de vosotros inmediatamente, escapad por el desierto.

Teferi asintió con la cabeza.

—Conseguiré camellos y víveres suficientes para que los cinco podamos huir. Si debemos irnos sin ti, dejaremos una montura con provisiones para que escapes.

—Para cuatro —corrigió Sabé—. Y o soy demasiado viejo y lento para semejante teatro.

Fallón lo miró sorprendida.

—¡Sabé, no podemos dejaros aquí! Me estremezco al pensar lo que el Culto de Set podría haceros como venganza por lo que vamos a llevar a cabo.

—Soy viejo y lento, pero no estoy indefenso. Os entregaré algunos de mis objetos más valiosos para que los pongáis a buen recaudo,

luego conseguiré un pasaje en barco hacia Kheshatta esta tarde. Con todos los viajeros que están llegando, hay muchos barcos que se marchan vacíos.

»Viajar río abajo es bastante rápido, y ya estaré bien lejos antes de que se sepa de vuestra traición. Cuando estéis a salvo, podéis avisarme a través de cualquiera de los tratantes de libros y pergaminos antiguos de Khemi, si queréis. Todos me conocen.

Anok asintió con tristeza. Eso sería lo más seguro para el viejo erudito. Era una pena que hubiera llegado tan lejos para tan poco, pero no tenían mucho control sobre los acontecimientos.

Tras el desayuno, Anok volvió a sus aposentos para ponerse las galas del templo.

Cuando apareció, poco tiempo después, y salió de la villa, se sorprendió al encontrar a Fallón en la parte delantera cepillando a un gran camello blanco.

Parpadeó asombrado y Fallón le dirigió una sonrisa.

—¡*Fenola!* Pensaba que la habías dejado en Kheshatta.

La cimmeria soltó una carcajada.

—Fui al puesto de camellos con la intención de venderla, pero no pude soportarlo. Por suerte, nuestro amigo Flavilah, el guía de caravanas, y sus hijos estaban allí.

Pude contratar a su hijo menor, Moahavilah, para que trajera a *Fenola* hasta aquí por la ruta más rápida posible. —Levantó la mirada hacia el enorme animal con orgullo—, *Fenola* es el camello más rápido del desierto. Llegaron esta mañana.

Anok miró alrededor.

—¿Moahavilah sigue aquí?

El joven nómada había demostrado de sobra su valor y temple cuando los bandidos habían atacado su caravana de camino a Kheshatta, y Anok había llegado a sentir aprecio y admiración por él.

—Sólo lo vi brevemente. Como dijo Sabe, es fácil conseguir un pasaje en barco, y Moahavilah ya está de camino para reunirse con su padre y hermanos en Khemi.

Anok sacudió la cabeza con asombro mientras se alejaba. Pensaba que había ciertas cosas y ciertas personas a las que nunca volvería a ver ni volvería a oír hablar de ellas, y sin embargo reaparecían.

Estaba bien contar con aquellas pequeñas alegrías en este oscuro y espantoso día.

De camino a la puerta, pasó junto al recinto cercado, y vio que estaban llevando a los prisioneros a la Gran Pirámide. Parecían asustados, pero avanzaban arrastrando los pies junto a los guardias mientras acudían a enfrentarse a su destino.

La reunión, si se la podía llamar así, resultó ser principalmente un espectáculo para los ancianos, para aumentar su entusiasmo por asistir a la ceremonia propiamente dicha que tendría lugar más tarde aquella noche. Anok no podía explicarse por qué se requería su presencia, pero no podía marcharse estando bajo la atenta mirada de los sacerdotes locales. Ramsa Aál brilló por su ausencia. Anok tuvo que preguntarse si se trataba de un entretenimiento, o de alguna clase de distracción.

Aparte de provocar un entusiasmo febril en los ancianos y la gente del lugar, la principal función de la reunión era presentar al recién ascendido Sumo Sacerdote de Luxur. Asombrosamente, Anok oyó pocas preguntas o comentarios acerca de cómo había ocurrido esto, o qué le había sucedido al antiguo Sumo Sacerdote. El asesinato no era algo extraño ni poco común entre los sacerdotes, pero en Khemi siempre había alimentado animados cotilleos tanto dentro como fuera del templo. Aquí no.

Entre los sacerdotes y acólitos a los que escuchó o con los que habló, descubrió una extraña mezcla de temor y expectativa en sus voces. Todos parecían comprender que estaba a punto de suceder algo de enormes consecuencias, pero estaban demasiado preocupados por su bienestar y estatus para ver algo más allá de eso.

Aunque no hablaban directamente de la repentina sustitución de su Sumo Sacerdote, de forma indirecta era un tema de gran preocupación. Los cambios de régimen a menudo ofrecían oportunidades de promoción y ascenso, y todos se estaban situando en consecuencia.

En términos generales, resultó una experiencia extraña e inútil. Los ancianos ya estaban entusiasmados, y respondían a cualquiera que llevara incluso una túnica de acólito. Cualquier sacerdote local y de bajo rango podría haber presidido la reunión con idéntico éxito. Algo iba mal.

Anok regresó a la villa después del mediodía con una sensación de inquietud. Resultó que su presentimiento estaba justificado.

Teferi se reunió con él en la puerta.

—¡Sabé ha desaparecido!

Anok miró alrededor, esperando que hubieran malinterpretado la situación. Todo parecía limpio y ordenado en la villa.

—Dijo que se iba a ir al muelle. Puede que ya esté a salvo en un barco.

—Me entregó un bolso con objetos mágicos y unas tablilias, como prometió, pero cuando lo comprobé después, todas sus otras pertenencias aún seguían en su habitación.

Fallón entró por la puerta de atrás.

—Y yo estuve delante con *Venóla* toda la mañana. No lo vi salir. —Señaló hacia la puerta—. He revisado los alrededores del templo y no lo encontré a él ni a nadie que admitiera haberlo visto.

Anok subió las escaleras y comprobó la habitación de Sabé. Los otros lo siguieron.

—No veo señales de lucha. —Extendió la mano y tanteó la habitación con sus sentidos místicos. Frunció el entrecejo—, Ha habido magia aquí hace poco, un hechizo de ocultación, puede que incluso el Camino de Sombras que yo mismo he utilizado.

Se dio la vuelta hacia sus amigos.

—Teníais razón al preocuparos. Creo que se lo ha llevado Ramsa Aál o sus agentes. Me enviaron a esa inútil ceremonia esta mañana para alejarme de la villa.

Teferi arrugó el gesto.

—El hechizo no habría funcionado conmigo, pero estaba fuera comprando camellos y suministros.

—O habría funcionado porque no estaba pensado para hacerte daño directamente —sugirió Anok—, Recuerda, Ramsa Aál sabe que eres un zimwi-msaka. Habría ajustado su plan en consecuencia.

Teferi arrugó el entrecejo. Una expresión de sombría resolución apareció en su rostro.

—Tenemos que encontrarlo.

Anok negó con la cabeza.

—Yo tengo que encontrarlo, y no será difícil. Ramsa Aál lo habrá llevado a la pirámide, estoy seguro, quizá con el propósito específico de garantizar que no intente marcharme con la tercera Escama de Set.

—Lo que él quiere es la Escama —apuntó Teferi—, Déjala conmigo.

—La necesitaré para negociar la vida de Sabé, Seguiremos adelante con el plan original, sólo que liberaremos a Sabé y también lo llevaremos con nosotros.

Fallón le estudió el rostro.

—Hay algo más que te preocupa, Anok. Puedo verlo.

—Simplemente estaba pensando en lo que Sabé dijo anoche. Habló como si hubiera tenido alguna visión o presentimiento sobre los acontecimientos de hoy. Creo que él sabía que esto iba a ocurrir. Puede que por eso no hubiera lucha. Simplemente está haciendo realidad su destino.

Teferi escupió en el suelo, indignado.

—No existe tal cosa. ¡El futuro aún no está escrito!

Anok suspiró.

—Hasta ayer, Sabé creía lo mismo.

Cuando Anok llegó a la Gran Pirámide de Set descubrió que tanto la tienda como las largas mesas del interior habían desaparecido. Fijas en agujeros entre las piedras del patio delantero y a cada lado de la escalera que ascendía hasta el altar, habían colocado numerosas lámparas de aceite sobre soportes de metal para iluminar la ceremonia de aquella noche.

Había muchos obreros ocupados con los preparativos, y algunos ancianos ya estaban dando vueltas por allí. Nada en la escena sugería que fuera una trampa.

Mientras se acercaba a la pirámide, Anok se fijó en que uno de los ancianos que esperaban era el padre de Dejal. Nuevamente trató de escabullirse, pero había tan poca gente que resultó imposible evitar que lo descubriera. Vio la expresión en el rostro de Seti Aasi al reconocerlo.

—¡Anok! —exclamó a su espalda—, ¡Anok Wati!

El joven pasó con rapidez, haciendo como si no oyera al hombre, y en seguida se encontró en la entrada donde varios custodios hacían guardia. Estos lo ignoraron hasta que preguntó por Ramsa Aál.

—El Sacerdote de las Necesidades se encuentra en el interior de la pirámide.

El custodio le indicó amablemente el camino. Al parecer, había muchos pasadizos dentro y debajo de la estructura, incluyendo una escalera interior que llevaba al altar.

Mientras recorría los oscuros pasillos de piedra de la pirámide, notó un extraño tirón del espíritu, como el que había sentido cuando Parath lo había mirado la noche anterior. No le cabía ninguna duda de que el falso dios se encontraba aquí, en alguna parte, en una de las salas ocultas de la pirámide. Pero fue a Ramsa Aál a quien encontró, no a la serpiente de latón. Como le había dicho el guardia, el sacerdote estaba meditando en una habitación iluminada con antorchas cuyas paredes estaban cubiertas con pictogramas de Set y sus serpientes.

Alzó la mirada cuando Anok entró, y sonrió.

—Alumno, has venido. Sabía que lo harías. —La sonrisa se desvaneció—. Ya no queda tiempo para juegos. Necesito la tercera Escama y sé que la tienes tú. Entrégamela.

El joven trató de parecer inocente.

—Maestro, ¿qué os hace pensar que yo tengo la tercera Escama de Set?

—Porque tu amigo Dejal juró que la tenías, y que si te introducíamos en el culto, si te seducíamos con su poder, él podría

conseguir que se la dieras. Estaba dispuesto a apostar su vida en ello.

Esbozó una agria sonrisa.

—Por desgracia para él, perdió la apuesta. Pero yo siempre he creído al igual que él que tú poseías la tercera Escama de Set. Había esperado que Dejal también tuviera razón en el otro asunto: que al recibirte en nuestro culto, al probar los frutos del poder y la aptitud para la gran hechicería que ya eran un don natural para ti, nos la entregarías libremente. —Su expresión se volvió seria—. Ya no me queda más tiempo para seguir esperando a que eso suceda. —Alargó la mano—, ¡Dame la Escama!

Anok lo miró fijamente.

—No.

Ramsa Aál soltó una risita.

—En ese caso, haremos un canje. ¡Guardias!

Un panel oculto se abrió en la pared a su espalda y aparecieron dos custodios arrastrando la figura maltrecha y ensangrentada de Sabé. Resultaba evidente que lo habían golpeado y torturado. Lo llevaron a la pared situada al fondo de la habitación y lo encadenaron allí.

A continuación, los custodios se apartaron y se situaron en guardia al lado de Ramsa Aál.

—Tu docto amigo y yo hemos pasado una mañana muy agradable juntos. A mí me habría gustado charlar, pero él se ha mostrado reacio a mantener su parte de la conversación. No fue una decisión acertada para alguien tan… frágil.

Sabé logró levantar la cabeza y soltó una carcajada débil y borboteante.

—No le conté nada, Anok. No negocies con él.

—Cambiaré la tercera Escama de Set por la vida de tu anciano amigo. Y si su vida significa tan poco para ti como al parecer significa para él, entonces haré que arresten a tu criado kushita y a tu puta bárbara y los traigan aquí también. Luego veremos cuánto valoras su sangre.

Anok seguía dudando. Sabía que Ramsa Aál planeaba matarlo en cuanto tuviera la Escama y que, al entregarla, perdería cualquier ventaja que tuviera sobre el sacerdote. Pero se dio cuenta de que Sabé estaba gravemente herido. Fuera lo que fuese lo que iba a ocurrir, tenía que suceder rápido.

Se sacó el medallón de su padre de debajo de la túnica, lo giró para abrirlo y le entregó la Escama a Ramsa Aál.

El sacerdote la examinó.

—Oculta en hierro frío. Sospechaba que podría tratarse de algo tan simple, pero no he necesitado la Escama hasta ahora. De hecho,

tenerla habría complicado enormemente mi trato con Parath. —Levantó la mirad hacia Anok—. Te agradezco que la hayas mantenido a salvo para mí.

Anok retrocedió, alzando las manos de manera defensiva.

—Sé muy bien que planeáis matarme ahora que tenéis la Escama. Esa tarea podría resultaros difícil. Cogedla y dejadnos a Sabé y a mí en paz. Será mucho más fácil así.

Ramsa Aál lo miró con calma y sin temor.

—Hay algo curioso en el diseño de la pirámide. Estas salas en la base de la estructura, en el centro, y las catacumbas de abajo, se usaron antaño para torturar y encerrar a hechiceros. La magia funciona mal aquí, ¿sabes?, si es que llega a funcionar.

Los custodios desenvainaron sus espadas.

Anok se rió mientras sacaba sus propias armas.

—¿Pensáis que esto es mejor para vos?

—Sí —contestó Ramsa Aál—, creo que sí.

El sacerdote deslizó tranquilamente el pie hacia un lado y apretó una piedra en concreto, que se hundió hacia abajo.

Se oyó un chasquido y el suelo se abrió bajo Anok, sumiéndolo en la oscuridad.

27

Anok se cortó el pulgar con el filo de la espada y sacó una Joya de la Luna del bolso. Cuando la sangre tocó la piedra, ésta comenzó a brillar de inmediato, desvelando que había aterrizado sobre el suelo arenoso de una caverna que se extendía debajo de la pirámide.

Cinco metros por encima de él, un rectángulo de luz señalaba la trampilla por la que había caído. Ramsa Aál se asomó por el borde.

—Es cierto, Thoth-Amon me dijo que te matara, pero esto es más divertido, y más justo. Al menos aquí tienes una oportunidad de sobrevivir. —Se sentó con las piernas cruzadas en el borde de la abertura y, con calma, comenzó a ensartar la tercera Escama en la cadena con las otras dos.

—No podéis usar las tres Escamas —le advirtió Anok—, Ningún mortal puede hacerlo y sobrevivir.

—Oh —respondió el sacerdote—, estoy seguro de que yo sé más acerca de las Escamas de Set que tú. Es cierto que no puedo empuñar todo su poder y sobrevivir, pero sí puedo llevarlas y usarlas de una forma muy limitada. Será suficiente para mi plan.

—Habéis pensado en todo.

—Así es. Por ejemplo, no estás solo ahí abajo, en la oscuridad.

A Anok le pareció oír que algo se movía al fondo de la cueva, unos pasos que se arrastraban.

—Hice que mis agentes te siguieran cuando fuiste a la Tumba de Neska, ¿sabes? —continuó—. Después de que la tumba se desplomara, entraron en los escombros y encontraron lo que quedó de Dejal. Se lo di a Kaman Awi para que sus cirujanos y alquimistas jugaran con él. Tenía terribles heridas, pero repararlo suponía tal reto que no pudieron resistirse.

—¿Dejal está vivo?

El sacerdote soltó una carcajada.

—Ya no está vivo. Pero tampoco está precisamente… muerto.

»Ahora —añadió, poniéndose en pie—, tengo que ir a prepararme para la ceremonia. Volveré más tarde a comprobar cómo os va.

Pisó un punto en concreto del suelo y la trampilla se cerró con un

chirrido.

Los pasos se oían ahora más cerca.

Anok recogió sus espadas del suelo y volvió a meter la más sencilla en la vaina, dejando una mano libre para sostener la Joya de la Luna. La sostuvo en alto, forzando la vista mientras escudriñaba hacia la oscuridad, con la Espada de la Sabiduría preparada.

Vio que algo se movía, una figura del tamaño de un hombre con una harapienta túnica de acólito. Llevaba la capucha sobre el rostro y las anchas mangas le colgaban a los lados.

—¿Dejal? ¿Eres tú?

Oyó algo parecido a un furioso sollozo. La figura inclinó la cabeza hacia atrás para dejar caer la capucha.

No era Dejal.

Era lo que quedaba de Dejal.

Los ojos eran los de su antiguo compañero, locos de ira y dolor. Pero el rostro era un amasijo de retazos mutilados, vueltos a coser en ángulos extraños; la piel había sido remendada con irisada piel de serpiente. La criatura abrió la boca, desvelando incontables dientes puntiagudos en el interior.

A continuación, alzó los brazos y las mangas se le deslizaron hacia atrás…

En su último duelo mágico, Anok había provocado que los Anillos de Neska que Dejal llevaba en los dedos explotaran, destrozándole las extremidades. Al parecer, los cirujanos de Kaman Awi habían encontrado lo que consideraron que eran recambios adecuados. Le habían injertado las partes delanteras de dos grandes serpientes, híbridos del Primer Templo de Set, que se retorcían y silbaban furiosas.

—Anok —dijo la criatura, reconociéndolo por fin—, ¡Anok, mira lo que me han hecho! —Entonces, la voz cambió y se llenó de rabia—, ¡Mira lo que me has hecho!

Soltó un rugido y lo atacó. Los brazos-serpiente se lanzaron hacia él tratando de atraparlo con las mandíbulas.

Anok se apartó a un lado mientras desviaba una de las cabezas de serpiente con la espada. Al hacerlo, la boca se abrió y una lluvia de veneno le dio en la cara.

Soltó un grito de dolor y dejó caer la Joya de la Luna para limpiarse el ardiente fluido de los ojos con la manga. Pero el escozor era tan inteso, a pesar de sus numerosas experiencias con el veneno, que apenas podía mantenerlos abiertos. Desesperado, invocó la Marca de Set para que lo curara. Ésta respondió con lentitud, como si la hubiera despertado de un profundo sueño.

Sin embargo, ayudó un poco, y Anok abrió los ojos justo a tiempo de ver a Dejal frente a él. Un brazo enroscado se lanzaba ya hacia su cuello.

Se le nubló la vista y balanceó la espada por instinto. La cabeza de la serpiente salió volando hacia la oscuridad.

Dejal lanzó un gritó y el brazo sin cabeza se enrolló de pronto con fuerza alrededor de la muñeca de Anok, llenándolo de sangre caliente y levantándole los pies del suelo.

Siguió sosteniendo la espada y esquivó desesperadamente los ataques del otro brazo. Pero el ojo derecho había sido el más afectado por el veneno, y eso le dejaba un punto ciego en ese lado. Distraído como estaba por los repetidos ataques del brazo, no vio que Dejal lo iba a morder, únicamente sintió cómo los dientes de cocodrilo se le cerraban sobre el hombro con una fuerza aplastante.

Soltó un grito. Dejal lo sujetaba con la tenacidad de una tortuga marina y no podía liberarse.

Pero Dejal también estaba distraído. El brazo intacto, que hasta ahora se había mantenido en constante movimiento, se quedó inmóvil frente a él un momento, con la boca abierta.

Lanzó hacia adelante la Espada de la Sabiduría, hundiéndola en la boca de la serpiente y sacándola por la parte posterior de la cabeza. El brazo se hizo atrás de repente, arrancándole la espada de la mano.

Notó cómo el cuerpo de Dejal se sacudía por el dolor, pero los dientes siguieron clavados en la carne de Anok. Buscó la daga a tientas, la encontró con los dedos y, con un solo movimiento, la sacó y se la hundió profundamente en la espalda.

La criatura retrocedió a trompicones, aullando de dolor. Agitó el brazo menos dañado, con la espada aún incrustada, hacia Anok. Este se agachó en el mismo instante en el que la punta del arma casi le alcazaba el cuello.

Desenvainó la segunda espada, agarrándola con ambas manos, mientras sus ojos heridos buscaban la imprecisa forma de Dejal. Descubrió el contorno de su cuerpo. Sin estar seguro de si estaba atacando a Dejal o a su sombra, Anok lanzó la espada hacia adelante con todas sus fuerzas.

Oyó un crujido húmedo y notó un escozor en las manos que agarraban el arma mientras la espada se hundía profundamente en la carne. La sangre caliente lo salpicó, empapando la Marca de Set, cuya energía pareció verse estimulada de repente. Anok sintió cómo comenzaba a trabajar en el hombro sangrante, los ojos dañados y las ampollas que le cubrían la cara.

La criatura se quedó allí de pie, contemplando la espada que

llevaba clavada en el cuerpo. Luego, levantó la mirada hacia Anok.

—Hermano —dijo—, es como en los viejos tiempos.

Entonces cayó hacia atrás, inánime, aunque los brazos siguieron agitándose débilmente.

Incluso con tan abundante sangre, la Marca de Set ya se estaba debilitando. Anok se sentía agradecido por ello. La sangre de un amigo traicionado dos veces resultaba una magia realmente poderosa y maligna, y controlar la Marca de Set habría resultado difícil de otro modo.

Recuperó las espadas y se acercó tambaleándose a la pared para apoyarse contra la fría roca. Incluso con la magia curativa, le dolía todo, particularmente el hombro, y hasta ahora no se le había empezado a aclarar la vista.

Continuaba atrapado en esta cueva, y su hermana y Sabé seguían prisioneros arriba, en la pirámide.

—¡Anok Wati!

La voz surgió encima de él y no la reconoció inmediatamente, sólo supo que no se trataba de Ramsa Aál ni de ninguno de sus amigos. Se dio cuenta de que también llegaba luz de arriba, y levantó la mirada entrecerrando los ojos.

En cierto momento habían vuelto a abrir la trampilla. Podía haber ocurrido en cualquier momento de la lucha, y era dudoso que él se hubiera dado cuenta.

Vio movimiento junto al borde de la trampa, y una cuerda llena de nudos cayó y quedó colgando a unos pasos de distancia, La agarró, y lenta y dolorosamente logró subir. Al acercarse a la cima, unas manos aparecieron y tiraron de él para ayudarlo el resto del camino.

Mientras rodaba por el suelo para tenderse de espaldas, levantó la mirada y sus ojos enfocaron una túnica blanca. La figura le dio la espalda y miró dentro del pozo.

—Anok Wati, —De pronto la voz le resultó familiar, aunque todavía no podía identificarla—. Mira lo que he hecho.

El hombre se apartó del pozo y Anok le vio el rostro con claridad por primera vez.

¡SetiAasi! ¡El padre de Dejal!

Anok buscó la daga, pero no había ira en la voz del hombre. Parecía triste y destrozado.

—Ahora su cuerpo reposa al fin, pero perdí a mi hijo hace mucho. Durante un tiempo, pensé que podrían devolvérmelo, pero estaba equivocado. —Negó con la cabeza—. Culpa mía, todo es culpa mía.

Mientras el corazón le latía con fuerza, Anok se puso en pie de un salto con renovada energía, agarró al hombre, le retorció el brazo a la

espalda y le colocó la punta de la daga en el cuello.

Seti Aasi parecía realmente un hombre aterrorizado, no una mente maligna.

—¿Qué eres? —gruñó Anok—, ¿A quién sirves?

—Soy… —Tragó saliva, y pareció obligar a su voz a funcionar—. Sólo soy un leal y humilde adorador de Set. Siempre ha sido así. Intenté ganarme el favor del culto, de los sacerdotes como Ramsa Aál. Nunca sospeché que los maestros a los que servía fueran… herejes que traicionarían a nuestro dios. Nunca lo comprendí.

Anok lo soltó y lo apartó de un empujón mientras sustituía con rapidez la daga que tenía en la mano por la espada.

—Yo sólo quería destruir a los adoradores de Ibis que pudrían Khemi desde dentro. Yo mismo me encargué de matarlos…

—¡Tú mataste a mi padre!

El hombre resultaba ingenuo en su inexistente sentido de culpabilidad. Hablaba como si sólo hubiera matado a unas moscas molestas.

—Servían a Ibis. No tuve elección.

El rostro del hombre era una máscara de confusión.

—Nunca comprendí por qué los sacerdotes se enfadaron tanto, nunca comprendí qué tenía tu padre que ellos pudieran querer. No paraban de decir: «la Escama, la Escama», pero eso no significaba nada para mí. Entonces averiguamos que habías escapado, y me ordenaron que te encontrara. Engañé a mi hijo para que se uniera a ti, para que se ganara tu confianza y te ayudara a llegar a la edad adulta.

—Mataste a mi padre antes de que tus maestros encontraran la Escama Dorada que sospechaban que guardaba. ¡La muerte de mi padre se debió únicamente a tu errónea fe en un dios vacío!

En su corazón había más desprecio que ira. Era como si a su padre lo hubiera matado una piedra al caer: inútil y sin sentido.

Pero había un culpable.

Anok señaló hacia el pozo.

—¡Mira a tu hijo!

El hombre obedeció con tristeza.

—Míralo, comprende lo que has hecho, y deja que eso sea lo último que veas antes de comenzar el viaje hacia los abismos de fuego.

Le hundió la espada profundamente en el pecho, girando la hoja para asegurarse de que la herida fuera mortal. Una lluvia de sangre cayó sobre él mientras liberaba el arma de un tirón.

Seti Aasi se inclinó como un árbol talado y se desplomó con un ruido seco. Anok miró hacia abajo y lo vio tendido sobre el cuerpo sin vida de su hijo.

—Al menos estáis juntos, padre e hijo. Eso es más de lo que yo podré decir nunca.

Se dio la vuelta y se alejó del pozo, la sangre fresca le provocaba un cosquilleo mientras le bajaba por la muñeca izquierda.

Encontró el mecanismo oculto que Ramsa Aál había utilizado y observó cómo se cerraba la trampilla.

28

—¡No! No lo haré.

—No tienes elección, Anok. Necesitarás el poder de la Espada de la Sabiduría. Ninguno de nosotros tiene elección. Pero si no puedes matarme a mí, entonces mata a la serpiente.

El anciano alzó la mano y se arrancó la venda que le envolvía la cara, dejando al descubierto los ojos fríos y aborrecibles de un reptil.

—¡Hereje! —exclamó Sabé con una voz que no era la suya—, ¡El hereje debe morir! —Balanceó el brazo y lanzó a Anok hacia atrás con una fuerza asombrosa.

Anok comprendió que no estaba realizando ningún esfuerzo por contener a la maligna criatura con la que había convivido todos aquellos siglos. El anciano estaba débil y destrozado, pero la bestia seguía siendo fuerte.

Sabé se puso en pie de un salto y Anok se dio cuenta de que tenía una daga en la mano. Buscó a tientas su propia funda y la encontró vacía. Le había robado el arma al empujarlo.

Rodó hasta ponerse en pie, sacando las dos espadas a la vez.

—¡Sabé! ¡Parad esto! No quiero haceros daño.

Pero Sabé cargó contra él con una rapidez sorprendente, blandiendo la daga en su dirección.

Por instinto, Anok adelantó la espada para defenderse.

Sabé se lanzó contra la Espada de la Sabiduría, deslizándose por ella hasta que chocó contra la guarda y se desplomó contra el pecho de Anok.

Levantó la mirada mientras la vida se apagaba de sus ojos, ahora humanos.

El anciano le dedicó una sonrisa.

—Te veo… como eres… por primera vez. Desearía… que fueras mi hijo.

Entonces, se fue.

Anok sacó la hoja empapada en sangre y bajó al anciano con cuidado hasta el suelo. Estiró la mano y le cerró los ojos. Se dio cuenta de que eran marrones.

Se puso en pie y, al hacerlo, percibió que la espada parecía diferente en su mano. La miró. La sangre que cubría la hoja comenzó a brillar con un extraño fuego nebuloso, luego fue como si se introdujera en el metal.

La empuñadura se calentó en su mano y el ojo de piedras preciosas situado debajo del puño cambió, se humedeció, casi parecía vivo. Entonces, de repente, los párpados dorados se cerraron sobre el ojo y la empuñadura se enfrió.

Pero la espada seguía siendo diferente. Parecía hormiguear y vibrar mientras la movía, resistiéndose a viajar en una dirección pero no en la otra, como si la guiara una mano invisible.

—Sabé, amigo mío, Os habéis ido, pero vuestro espíritu aún me guía, ¿verdad?

Anok descolgó varias lámparas de las paredes, empapó el cuerpo de Sabé con aceite y le prendió fuego. Era tanto el único funeral que probablemente recibiría el anciano como una distracción útil mientras avanzaba hacia el interior de la pirámide.

Al alejarse del centro de la estructura notó cómo la magia regresaba a él, y con ella, una creciente inquietud.

La Marca de Set daba vueltas por su mente como un gato enjaulado, impaciente y siempre tratando de escapar. Hoy había probado sangre poderosa varias veces, y Anok había invocado su poder en numerosas ocasiones.

Anok aún no se sentía recuperado de la ceremonia en la que lo habían nombrado sacerdote, y estaba comenzando a pensar que eso nunca sucedería. No había forma de «ponerse mejor». Había cambiado, y tendría que vivir con ello el resto de sus días. El Kamanwati estaba ahora atado a él como su propia sombra.

Deambuló por una serie de pasadizos, topándose con varios callejones sin salida. Pensaba que podría estar completamente perdido cuando, del fondo de un pasadizo, oyó un ruido conocido: un traqueteo de placas de metal, un silbido de vapor, un suave rugido de llamas.

¡La serpiente de latón!

Se metió en un nicho y se pegó bien a la fría piedra de la pared.

El ruido se volvió más fuerte, y oyó pasos y voces. Pasaron dos sacerdotes vestidos con largas túnicas ceremoniales, y siguiéndolos, Parath.

«Deben de dirigirse a la ceremonia de unión.»

Los sacerdotes no lo vieron, pero al pasar junto a él, la gran serpiente de metal se dio la vuelta y lo miró directamente un momento.

Anok notó cómo lo recorría una calidez, una sensación de deber, de ser aceptado. Entonces, la serpiente apartó la mirada y la sensación desapareció, se desvaneció de tal forma que unos segundos después apenas podía recordarla.

¿Qué había sido aquello?

Sacudió la cabeza para despejarla, luego atisbo al otro lado de la esquina tras la extraña procesión. Al hacerlo, vio cómo la punta de la cola de la serpiente de latón desaparecía al doblar un recodo. Sabiendo que se dirigían a la ceremonia, los siguió.

Como había esperado, se encontró con una serie de pasillos inclinados que ascendían por la pirámide. Al no haber pasadizos laterales, no había forma de perderse.

Iba rumbo al altar de Set, y a su destino.

Se movió despacio y con cuidado, dejando que los sacerdotes y Parath se mantuvieran por delante de él. Notaba que faltaba poco para llegar a la cima porque se oían los vítores y los cánticos de miles de voces.

La ceremonia había comenzado.

—¡Set, Set, Set, glorioso Set! —gritaban una y otra vez.

Entonces los cánticos enmudecieron como si se hubiera debido a la sorpresa, y prorrumpieron en desenfrenados aplausos.

«Han visto a la serpiente de latón.»

La rampa se abrió encima de él y vio la luz de infinidad de lámparas brillando en un techo de piedra de seis metros o más de alto. Los aplausos eran muy fuertes.

Con precaución, asomó la cabeza por el borde de la abertura.

La rampa llegaba hasta la parte posterior de la plataforma. Frente a él había una hilera de columnas de piedra, y en cada una de ellas habían atado a uno de los sacerdotes o sacerdotisas cautivos. Todas las cadenas llevaban graba dos símbolos místicos: hechizos de sujeción para impedirles utilizar su propia magia. Buscó a su hermana y la vio encadenada al poste más alejado situado a su izquierda.

Más allá de los cautivos vio a Parath, Ramsa Aál y a un grupo formado por otros sacerdotes y acólitos con atuendo ceremonial. Por último, en la parte delantera de la plataforma, se alzaba el altar para los sacrificios. Junto a él había una mesa de madera cubierta con una tela de seda roja y, sobre ella, una hilera de brillantes cuchillos para sacrificios: uno para cada prisionero.

Cuando se dio la vuelta, Anok vio que Ramsa Aál mostraba abiertamente las Escamas de Set encima de la túnica. A continuación, sin sacarse la cadena de alrededor del cuello, sostuvo las Escamas en alto para que los congregados abajo pudieran verlas.

Los aplausos volvieron a sonar. El sacerdote alzó los brazos y esperó a que se tranquilizaran.

—Por primera vez desde que se tiene constancia, las Escamas de Set se han reunido, su poder está ahora al servicio de nuestro culto. Pronto, todos le darán la espalda a sus dioses menores y rendirán culto como vosotros. ¡Contemplad el instrumento de nuestro dios que hemos creado! ¡Temblad ante su poder! ¡Veneradlo como a la encarnación de vuestro dios!

Desde su escondite, Anok se burló.

«¡Idiotas! No sabéis a qué dios adoráis.»

—Y, ahora —exclamó Ramsa Aál—, la ceremonia de la unión. ¡Es la noche de la ascensión!

Se dio la vuelta y contempló a Parath, que se erguía sobre él.

La gran serpiente se inclinó para exponer los tres sitios vacíos que tenía en la frente, donde encajarían las Escamas de Set.

—¡Ahora, siervo, entrégame las Escamas!

Ramsa Aál hizo una señal con la mano y varios acólitos comenzaron a entonar un hechizo. De pronto, los sonidos de la multitud se acallaron, y se extendió una calma inquietante.

Desde donde estaba, Anok podía oír los quejidos de los prisioneros y el viento que pasaba silbando junto a las columnas de piedra.

Oyó claramente a Ramsa Aál cuando respondió:

—No.

La serpiente de latón se irguió.

—¿Así que no cumples nuestro acuerdo?

Ramsa Aál soltó una carcajada.

—Como lo harías tú si tuvieras las Escamas. Te habrías convertido en dios de todo el mundo y no necesitarías de aquellos como yo. No puedo invocar el poder de las Escamas de Set para dominar a todos los hombres, pero puedo usar el suficiente para dominarte a ti, y a través de mí tú puedes utilizar el poder mayor para dominar a los hombres. Consuélate, puede que tú no me necesites en tu plan, pero ¡yo sí te necesito en el mío!

La gran serpiente silbó y una ráfaga de fuego le surgió de la boca y se onduló alrededor de la cabeza.

—¡Debería matarte!

Ramsa Aál volvió a reír. Extendió los brazos, mofándose de Parath.

—¡Inténtalo!

Se quedó así un momento, pero Parath no hizo nada. De nuevo, el sacerdote se rió.

—¿Lo ves? ¡Tú serás el dios de todos ellos, y yo seré el tuyo!

Parath volvió a soltar un silbido de enfado. Pero luego pareció

relajarse.

—Sabía que me traicionarías. He sido traicionado por dioses, hombrecillo. ¿No pensaste que estaría preparado? —Alzó la voz—, ¡Siervo! ¡Ven y destruye al sacerdote!

Nadie se sorprendió más que Anok cuando, sin pretenderlo, salió de repente de las sombras, con la Espada de la Sabiduría en la mano.

—Ven a mí, siervo —le ordenó Parath—, ¡Ven a mí, mi Kamanwati!

29

prendieron lo que estaba ocurriendo. Cuando Parath llamó a Kamanwati «siervo», Fallón no pudo evitar soltar una minúscula exclamación de asombro.

Teferi frunció el entrecejo con gravedad.

—Si nuestro hermano está perdido, nos corresponde a nosotros evitar la ascensión de Parath y liberar a su hermana.

Pero Fallón descubrió que estaba temblando de una forma de lo más impropia para una cimmeria.

—Si podemos —repuso la bárbara.

Anok avanzó con audacia, incluso mientras los custodios y los sacerdotes cerraban filas de manera protectora alrededor de Ramsa Aál. Se sentía raro, como si fuera un pasajero en el carro de su propio cuerpo. Pero, al menos por el momento, lo que Parath y él querían era lo mismo.

«Matar a Ramsa Aál y coger las Escamas.»

Los custodios fueron los primeros en atacar.

En su mente, Anok oyó cómo la Marca de Set gritaba de placer mientras agitaba la mano derecha con fuerza.

La primera oleada de cuatro soldados salió volando hacia atrás, por encima del borde de la plataforma, para aterrizar muy abajo en la cara de la pirámide.

La segunda oleada arremetió con las espadas en alto.

Anok cortó el aire con la mano, y los soldados acabaron divididos por la mitad a la altura de la cintura; los torsos se desplomaron sobre el suelo escupiendo sangre; las partes inferiores cayeron con mayor lentitud.

Anok sonrió.

Se rió.

¡No! ¡Él no!

Era otra persona, otra «cosa», que se regocijaba con la matanza.

—Está atado al poder de las Escamas, ¿sabéis? —anunció Parath—, Como pronto lo estaréis todos. Pero vosotros estáis atados por vuestra veneración a Set. Este hereje no. ¡Pues él, y sólo él, creyó en mí una

vez! Parte de él aún cree. ¡ El Kamanwati!

Vio miedo en los rostros de los acólitos mientras cerraban filas frente a Ramsa Aál. Uno lanzó un hechizo, y un relámpago azul surgió de sus manos.

Anok lo apartó con la espada.

«¡La espada tiene otros poderes!»

Le lanzaron más hechizos, y él los desvió con destreza, como habría hecho con la espada.

«La Espada de la Sabiduría es una protección contra la magia, ¡Sabé ha puesto esta arma en manos de nuestros enemigos, al igual que yo!»

Sin embargo, incluso mientras pensaba eso, no le parecía que fuera así. Sabé sabía mucho de lo que iba a ocurrir hoy. ¿Habría cometido un error tan grave sin un buen motivo?

«Debo de tener la espada por alguna razón.»

Luchó por recobrar el control de sí mismo, pero era como si tuviera la mente sujeta con bandas de hierro. Observó, sin poder hacer nada, cómo agitaba la mano y uno de los acólitos se rompía en pedazos: brazos y piernas salieron volando en todas direcciones.

Estaba atacando al Culto de Set, destruyendo a sus siervos. ¿No era eso lo que él quería?

Otro acólito lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos a causa del miedo, y se dio la vuelta para salir corriendo.

Anok agitó la mano y el hombre estalló en llamas. Envuelto en ellas, corrió por el borde del templo y cayó al vacío perdiéndose de vista.

Miró a los otros acólitos. El Hechizo de Silencio finalizó, y pudo volver a oír a los que observaban desde abajo. Lo que oyó fueron exclamaciones, gemidos y algún que otro grito de miedo o histeria.

Hizo un gesto. La piel se les arrugó, se les hundió sobre los huesos, convirtiéndolos en momias resecas antes de que llegaran a chocar contra las piedras del suelo.

Uno de los sacerdotes se agarró el pecho y cayó muerto, no por la magia, sino por el miedo. Otro trató de alejarse a rastras, sollozando, pidiendo clemencia. Un tercero simplemente se quedó de pie, con los ojos cerrados, esperando morir.

Parath observaba con aprobación.

Ramsa Aál se quedó inmóvil, aferrando con las manos las Escamas de Set, con el rostro lívido y apoyándose contra el altar.

—Retrocede-ordenó—, ¡Retrocede! ¡Obedéceme! ¡Retrocede!

Anok estiró la mano libre y agarró al sacerdote por el cuello, levantándolo en el aire. Luego lo dejó caer sobre el altar: la cabeza

chocó con un crujido y el sacerdote quedó inmóvil.

Anok cogió el primer cuchillo para sacrificios y se lo pasó rápidamente por el cuello. Un chorro de sangre caliente le salpicó el rostro.

Tomó la cadena con la mano y se la arrancó del cuello al sacerdote muerto; luego dio la vuelta y se dirgió con las Escamas hacia donde esperaba Parath.

Retiró la cadena y encajó las tres escamas en el hueco de la frente de Parath.

La gran serpiente de latón se volvió a erguir.

—¡Sí! ¡El poder de las Escamas Doradas es mío! ¡Por la sangre de este estúpido sacerdote, todos los que veneran a Set me pertenecen! ¡ Inclinaos ahora ante vuestro nuevo dios!

Entonces, como uno solo, la multitud congregada abajo se inclinó, al igual que los sacerdotes que habían sobrevivido. Se movían como títeres.

«¡ Se mueven como yo!»

—¡Los siguientes serán los adoradores de mi odiado enemigo, Ibis! —Parath se dio la vuelta hacia los prisioneros—. ¡Ve hacia la sacerdotisa, mi Kamanwati! ¡Mátala en mi nombre!

Anok regresó al altar, escogió un cuchillo limpio y fue hacia la columna a la que estaba atada su hermana. Mientras caminaba, luchó, sin resultado, para controlar aunque sólo fuera una pequeña parte de sus actos.

«¿Es así como todos nosotros vamos a vivir el resto de nuestro días? ¿Como marionetas de un falso dios?»

Se situó frente a su hermana, con el cuchillo en una mano y la Espada de la Sabiduría en la otra.

Paniwi lo miró, suplicándole con la mirada.

—¡Anok, no lo hagas! ¡ Nuestro padre no murió para esto!

Alzó el cuchillo y lo sostuvo frente al corazón de su hermana.

Tensó el brazo.

Le tembló la mano.

Teferi se encontraba en la parte posterior del templo, oculto todavía, con el arco preparado y apuntando con una flecha al corazón de Anok.

El cuerpo le temblaba a causa de la tensión. ¿Qué debía hacer? ¿Estaba ya muerto su hermano? ¿Sería esto un acto de clemencia?

La cuerda del arco se deslizó de sus dedos.

Anok luchó con toda su voluntad, con toda su alma, y supo que no sería suficiente.

La flecha rebotó en la hoja del cuchillo, arrancándoselo de la mano

y haciendo que saliera volando para caer repiqueteando en la oscuridad por un lado de la pirámide.

Anok soltó un gruñido (la «criatura» soltó un gruñido) y desencadenó un potente hechizo mortal en dirección al nuevo atacante.

Un rayo de luz le surgió de la mano y pasó sobre Teferi, que se inclinó hacia atrás como si lo hubiera golpeado una repentina ráfaga de viento. A continuación, el gigante kushita plantó los pies y sacó otra flecha.

—¡El sacrificio! —gritó Parath—. ¡Yo me encargaré de él! ¡Completa el sacrificio!

La gran serpiente arremetió de pronto contra Teferi, que se dio la vuelta y soltó la flecha.

Se oyó un traqueteo cuando la punta metálica rebotó contra las escamas de metal de Parath.

Anok levantó la Espada de la Sabiduría para completar el sacrificio.

Pero al alzar la hoja, el ojo que había en la empuñadura se abrió de golpe.

—*¡Anok Wati!* —La voz de Sabé le habló dentro de la cabeza—, *¿Quién eres? ¿A quién sirves?*

Se detuvo, recordando las palabras de Dao-Shuang…

«¡Para servir a todos los dioses, no debéis servir a ninguno!»

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo como si despertara de un sueño.

Levantó la mirada y vio a Fallón detrás de su hermana, con la espada preparada. La miró a los ojos.

La cimmeria propinó un potente golpe con la espada y las cadenas de Paniwi se rompieron.

Anok se dio la vuelta hacia Parath. La serpiente de latón se alzaba sobre su amigo, que trataba desesperadamente de contenerlo con la espada.

Encontró su voz.

—¡Parath! ¡Escúchame! ¡No soy… Kamanwati!

Al principio, luchó con cada palabra, pero cada vez que pronunciaba una, se sentía más fuerte.

—¡Nací siendo Sekhemar, y me he dado a mí mismo el nombre de Anok Wati!

»Soy un hereje. Renuncio al falso dios Parath. ¡Renunció a todos los dioses! ¡Renuncio a toda hechicería, salvo a esta espada que llevo en la mano!

La espada pareció moverse sola, apuntando hacia la serpiente de

latón.

Anok bajó la cabeza como un toro furioso y miró a Parath con los ojos entrecerrados.

—¡Cede ante mí, demonio, o regresarás a los abismos de los que llegaste!

—¡Idiota! —La gran serpiente se encaró con él—, ¡Te mataré yo mismo!

Anok desenvainó la otra espada, El metal simple y sin decoraciones se acomodó en su mano. En la Espada de la Sabiduría, el ojo se cerró, pero aún era como si la guiara una mano invisible.

—¡Teferi, Fallón, liberad a los prisioneros! —gritó.

Corrió hacia la serpiente con las espadas preparadas.

La gran cabeza se lanzó hacia él.

Anok rodó hacia un lado mientras las llamas que surgían de la boca de la serpiente le quemaban el brazo.

Se puso en pie y siguió corriendo, intentando situarse detrás de la serpiente, obligándola a darse la vuelta para que le resultara más difícil atacar.

Parath fue tras él. Uno de sus anillos aplastó a un sacerdote de Set que seguía postrado y que ni siquiera gritó al morir.

Se oyó un movimiento de piedras pesadas, y una de las columnas, que sólo unos momentos antes había sujetado a un prisionero, cayó y le aplastó la cola a la serpiente, Mientras caía, Teferi apareció por detrás, con los músculos tensos del esfuerzo al empujar las piedras.

Un grito acompañado de un chorro de llamas surgió de la boca de Parath, que se dio la vuelta para encarar al nuevo agresor.

Entonces, algo (alguien) pasó volando junto a Anok.

Dao-Shuang, délas Arañas de Jade, aterrizó al lado de la bestia. Sus puños emitían un resplandor de color naranja, como carbones encendidos. Los dejó caer como martillos contra el cuerpo de Parath.

Saltaron chispas y apareció una abolladura en el metal.

El cuerpo de Parath se movió hacia el maestro khitanio, haciendo que se apartara. Dao-Shuang rodó hasta en contrarse a salvo y se puso en pie.

—¡Si poseéis magia —les gritó el khitanio a los otros prisioneros liberados—, sería bueno que la utilizarais ahora!

Varios de los otros se adelantaron: un sacerdote de Yo gah, unas sacerdotisas de Ishtar, un acólito de aspecto salvaje de Ajuju el Oscuro, y otros más.

Teferi y Fallón se abalanzaron sobre Parath con las espadas, golpeándolo como haría un leñador con un árbol, dejándole abolladuras en el lomo de metal. Atacaban des de todos los ángulos,

como hormigas sobre una oruga, torturándola con sus picaduras.

Parath movía la cabeza de un lado a otro, sin saber dónde golpear primero.

Acercándose a ella, Anok metió el brazo entre las llamas y le clavó la espada de hierro en el paladar, de forma que la empuñadura quedara enganchada en la mandíbula inferior.

Retrocedió mientras Parath se erguía, sin poder cerrar la mandíbula.

Anok pasó corriendo junto a la enorme cabeza y devolvió la Espada de la Sabiduría a la vaina que llevaba a la espalda. Cambiando de dirección, saltó en el aire y se sujetó al cuello de Parath con brazos y piernas.

Notó el metal caliente bajo el cuerpo y se quemó donde lo tocó con la piel desnuda. Ignoró el dolor y trepó por el cuello de la serpiente, luchando por no caerse.

Por fin llegó a la parte superior de la cabeza de Parath mientras ésta se balanceaba de un lado a otro, intentando deshacerse de él desesperadamente.

Se agachó y agarró las Escamas de Set, luego, dejó que la serpiente se lo quitara de encima.

Aterrizó dolorosamente sobre el duro suelo, rodó y resbaló hasta detenerse contra una de las columnas exteriores del templo.

Se alzó sobre las rodillas y vio a Parath deslizándose tras él.

Anok esbozó una sonrisa forzada mientras aferraba las Escamas con más fuerza en la mano.

No se alejó de la gran serpiente. Corrió hacia ella.

La serpiente arremetió contra él.

Anok retorció el cuerpo y la esquivó. Al hacerlo, lanzó las Escamas, con toda su fuerza, al interior de las llamas de la boca abierta de Parath.

La serpiente rugió.

Sacudió la cabeza de un lado a otro hasta que la espada que llevaba clavada en el paladar se soltó.

Parath siguió chillando, agitando la cabeza arriba y abajo. Ráfagas de llamas le surgieron de la boca, hasta que al fin las Escamas de Set salieron despedidas y cayeron al suelo. El metal se fundió hasta convertirse en un charco sobre las piedras y pasó de su color dorado a negro.

Bajo ellos, un lastimero grito de angustia surgió de un millar de gargantas. Los sacerdotes que habían sobrevivido se pusieron en movimiento bruscamente y comenzaron a sollozar o a arrastrarse hacia un lugar seguro.

¡Los discípulos de Set estaban libres!

Parath gritó con ellos.

Gritó hacia ellos.

—¡No! ¡No! ¡Yo soy Parath! ¡ Soy un dios superior a todos los otros dioses! ¡Seguidme! ¡Adoradme! ¡Temedme!

»¡Amadme!

Anok volvió a desenvainar la Espada de la Sabiduría y notó cómo el arma guiaba su mano. Cargó directamente contra Parath, lanzándose por el aire.

Parath se dio la vuelta, ¡y se abrió un minúsculo espacio entre las placas del cuello!

La espada golpeó con fuerza, dio en el blanco con todo el peso del cuerpo de Anok, clavándose profundamente. Alrededor del borde de la herida salieron llamas, pero Anok se agarró mientras la gran serpiente se estremecía.

La hoja alcanzó el hueso, la columna sólida de la espina dorsal de Parath. Ésta se sacudió hacia un lado y el cuerpo de Anok se desplazó con ella.

La espada chirrió mientras la columna de Parath se partía y se separaba por la articulación.

Anok salió disparado, aferrando aún la Espada de la Sabiduría en la mano. Cayó sobre una rodilla y levantó la mirada a tiempo de ver a Parath retroceder tambaleándose, para luego caer sobre el altar y deslizarse por la parte delantera de la pirámide.

Anok se acercó corriendo. La serpiente rodó por la escalinata, floja e inánime, dejando escapar llamas y humo mientras chocaba contra los escalones. Rebotó cada vez más rápido hasta que, al final, chocó con un gran estrépito y se hizo pedazos.

Salieron volando placas de metal en todas direcciones, mezcladas con trozos de hueso y acompañadas por una nube de llamas que se fue apagando con rapidez.

Cuando el humo se disipó, no quedaba nada del falso dios salvo trozos rotos y chamuscados. La vida había huido incluso del metal de su cuerpo, que reposaba inmóvil sobre el patio delantero de la pirámide.

Parath estaba muerto.

Anok recogió su segunda espada, mellada y chamuscada, aún caliente a causa de las llamas de Parath, y la metió en la vaina. Contempló la Espada de la Sabiduría y también se la llevó a la espalda.

Teferi se acercó a él, le apretó el brazo y sonrió.

—Hermano, ¿hemos terminado aquí?

Fallón corrió hacia él y se le echó encima con tanta fuerza que casi lo hace caer.

—Bella dama —dijo mientras ella lo cubría de besos—. Entrégame tu corazón.

La cimmeria le dedicó una radiante sonrisa.

—Ya lo he hecho —respondió.

Cuatro camellos cruzaban con rapidez el desierto inexplorado de Estigia, perdiéndose en el extenso páramo.

—No recuerdo haberte invitado a venir con nosotros —dijo Anok.

Paniwi lo miró con una extraña media sonrisa.

—No lo hiciste, pero vine de todas formas.

—Parece que los adoradores de Set de toda Estigia aún están aturdidos y lo seguirán estando durante mucho tiempo. Podrías haber robado un bote fácilmente, como hicieron los otros prisioneros. A estas alturas podrías haber cruzado el Estix y encontrarte de camino a casa, hacia Nemedia.

Su hermana se encogió de hombros.

—Con la destrucción de las Escamas, mi deber hacia Ibis ha concluido. Ahora debo encontrar una nueva tarea en su nombre.

»El Gran Templo de Ibis aquí en Estigia ha desaparecido. Tardaremos años en establecer otro, pero debemos hacerlo si queremos que Estigia se vea libre alguna vez de la maldición de Set.

—Dioses —repuso Anok, agriamente—. Son tan malos uno como otro.

Paniwi pasó por alto sus palabras deliberadamente.

—Hasta entonces, me gustaría llegar a conocer a mi hermano perdido. Tal vez necesites que cuide de ti.

Anok frunció el entrecejo.

—Podrías haber sido de más ayuda contra Parath.

—No todos los dioses conceden hechizos de poder a sus discípulos. Utilicé mis contrahechizos para impedir que te abrasaras el brazo cuando le clavaste la espada en la boca.

Anok dobló el brazo. Tenía la piel rosada y se le estaba pelando.

—Todavía duele —se quejó.

—Todavía sigue ahí —respondió ella con sequedad.

Fallón contempló el brazo con preocupación.

—No se está curando —señaló la cimmeria.

—Lo hará a su debido tiempo —explicó Anok—, Lo dije en serio. Me he jurado no volver a usar hechizos. No volver a usar esta marca maldita. Sufriré como cualquier hombre. Lucharé como cualquier hombre.

Paniwi lo miró con escepticismo.

—No es tan fácil abandonar la tentación de la magia oscura. Acuérdate de lo que te digo, Anok: no puedes hacerlo solo. Debes comprometerte con algún dios. Si no es con Ibis, que sea con otro.

—¡Dioses! —Anok negó con la cabeza—. Nunca sucede nada bueno cuando se entrometen en los asuntos de los hombres.

—Pero a veces suceden cosas buenas cuando los hombres se entrometen en los asuntos de los dioses —apuntó Fallón.

Anok volvió a mirar a Paniwi, enarcando las cejas.

—¿Crees que debo tener un dios?

Su hermana asintió con la cabeza.

Anok se dio la vuelta en dirección a Fallón.

—Háblame de Crom —le dijo.